

Sophia Ramos

Factura al



Algunas deudas son para toda la vida...

SOPHIA RAMOS

FACTURA AL CORAZÓN

Para mis lectores de Wattpad,
quienes me enseñaron a soñar.

1

Una deuda inesperada

«Hoy será un mejor día», tuve el valor de decirme por primera vez en mucho tiempo durante una tarde de otoño en la que caminaba por las pacíficas calles de Los Ángeles, California.

Me sorprendí a mí misma también sonriendo al recordar por qué estaba en Los Ángeles: me atreví a soñar. Sí señor, cuatro años atrás, mientras pintaba en óleo la famosa *Aguja Espacial* de Seattle Washington, mi madre se sentó a mi lado y con esa voz de psicóloga que convence a todo el mundo de que está cuerdo, me dijo:

—Hija mía, tienes talento. Eres una artista talentosa que debe salir a la luz y comerse al mundo entero con ferocidad.

Obviamente no logré comérmelo de inmediato. Porque no, no todo es tan sencillo como oprimir un botón rojo y que se realicen tus sueños. Y menos a los diecinueve años. Pero lo más importante es que ese día mi mamá logró convencerme que lo mío era el arte y que con mucho esfuerzo y sacrificio, podría vivir de ello.

Así que, a partir de ahí, decidí que había llegado el momento de luchar por mis sueños, sin importar que el resto de la gente me dijera que me comería un cable si estudiaba artes plásticas. Porque oh sí... me lo dijeron mucho.

Todo empezó con un inocente programa de intercambio. Hubo mucho papeleo, entrevistas con gente desalmada, un par de movidas de influencias por parte de mamá —que se conoce a una buena partida de locos en Seattle— y unos *pocos* ruegos de mi parte hacia varias instituciones educativas. ¿A quién engaño? ¡Les rogué tanto!

Dos meses más tarde, luego de graduarme de preparatoria, ya estaba transitando por los pasillos del Instituto de Artes de California (*Calarts*) con mi enorme frente en alto. Pasaron muy rápido los cuatro años de la carrera de artes plásticas y sin darme cuenta ya tenía mi diploma de *Calarts* en mano. Y claro, mis padres viajaron a la ceremonia de graduación donde lloraron, hablaron con un montón de desconocidos sobre lo orgullosos que estaban de mí, me regalaron un ramo enorme de flores que casi no podía cargar e hicieron todas esas cosas vergonzosas

que no quieres que hagan tus padres durante tu graduación, pero igual lo hacen.

Entonces nació un problema: Ya no me veía de regreso en Seattle. Amaba Los Ángeles. Me encantaba la dimensión de la ciudad, la cultura, la independencia que me daba y la inspiración que respiraba en cada esquina.

Así que luego de una larga charla con mis padres en la que me motivaron con frases como: «¿Te volviste loca?» «No sabes en lo que te estás metiendo», «Te vas a llenar de deudas a tan temprana edad», «Vivir sin tus padres te podría traer un embarazo indeseado, ¿me oyes, Emma? UN EMBARAZO INDESEADO» y otras muchas más que me reservaré, me mudé permanentemente a Los Ángeles.

No hubo mayor problema durante la mudanza. Tenía a Isabella, la dueña del apartamento en el que me habían transferido durante el intercambio, y quien se convirtió en mi mejor amiga a los pocos días de haberme establecido en su pequeño espacio de 70m².

Y ya que hablamos de Isabella, les quiero contar algo de ella: Es admirable, hermosa, fuerte, inteligente, independiente y muy impredecible. Tan impredecible que el mismo día que le di la noticia de que me mudaría permanentemente con ella, se salió con una noticia todavía más impactante que la mía:

—Me voy a casar.

Parpadeé a mil por hora.

—¿Te vas a qué?

—Me voy a casar. No te lo había podido decir porque estabas muy ocupada con tus exámenes finales y tu graduación y todo eso, y sinceramente me pareció raro que no me hubieses visto el anillo si lo tengo desde hace meses, pero...

No, la verdad es que ni siquiera me había percatado que tuviese un anillo. Y eso que era enorme. Tan enorme que cuando finalmente lo vi me pregunté cómo rayos su diminuto dedo podía cargar algo así.

—...me voy a casar con Joseph. Ah y me mudo a su casa el próximo mes. Hay mucho que preparar para la boda que será en tres meses, así que concordamos en que lo mejor será que me mude con él para poder encargarme de todo.

No sabía ni qué era más increíble: en cuánto tiempo se iban a casar o con quién se iba a casar. Joseph Sinclair era el multimillonario

más cotizado de Los Ángeles. Un galán de treinta y muchos años, dueño de una cadena hotelera que llevaba por nombre su apellido (para variar), exitoso en la vida, ridículo imán de mujeres, etcétera, etcétera. Sabía que habían salido durante casi dos años y que ocasionalmente me lo topaba semidesnudo en las mañanas en nuestra cocina por lo que (Dios y mis padres me perdonen) lo había lujuriado un par de veces, pero no pensé que la cosa iba tan seria.

—Isabella, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

Isabella se acomodó en el sofá para apretarme las manos.

—Es el amor de mi vida, Emma—su mirada era del más sincero enamoramiento, ese que te dan ganas como de vomitar—. Y no tienes por qué quedarte aquí sola, si quieres puedes...

Sus ojos brillaron mucho. Mucho más de lo que brillaba su sofisticado anillo de compromiso. Oh no, venía una de sus irracionales ideas.

—¿No te gustaría venir conmigo?

—¿Mudarme contigo y tu novio? ¿Te volviste loca?

—¡No! Es una tremenda idea, tiene una casa enorme—sonrió ampliamente y se levantó del sofá dejándome boquiabierta—. Llamaré a Joseph, le encantará la idea. Empieza a arreglar tus cosas.

Estará demás decir que no tuve ni voz ni voto en esa decisión. A los pocos minutos, Isabella regresó todavía más sonriente anunciando que Joseph hasta había decidido ya cuál sería mi habitación y que podía pintarla a mi gusto porque sabía que yo era una artista y no se qué.

Tras un largo suspiro en el que no me quedó de otra que aceptar la propuesta, hice dos cosas: La primera fue pensar que Isabella era una súper suertuda por haberse conseguido tal galán, pero que yo lo era más porque me había conseguido ir a vivir a una casa de multimillonario sin mover un dedo.

Y la segunda cosa que hice fue intentar sonreír con todas mis fuerzas, pretendiendo que su felicidad era compartida. Tristemente lo que sentí en realidad fue un poco de envidia. Porque mientras que Isabella y Joseph disfrutaban de su amor de terrible película romántica, yo todavía seguía llorando noche tras noche por un patán que dejé (o más bien él me dejó a mí) en Seattle hace cuatro años, antes de venir a esta hermosa ciudad. Uno que afirmó que me llamaría todos los días luego de mi partida y que las cosas seguirían iguales, pero mintió despiadadamente.

Jugó de tal forma con mis sentimientos que cuando llegué a Los Ángeles intenté contactarlo y nunca me respondió.

Fue así como terminó nuestra relación de dos años con seis meses y tres días; y ni siquiera tuvo el valor para decírmelo. Tuve que suponerlo al tratar de contactarlo sin éxito durante meses.

Cuando caí en cuenta que verdaderamente se había terminado todo, empecé a experimentar el amargo sabor de la primera ruptura amorosa. Esa que dicen es la más dolorosa de todas y lo confirmé en carne propia. Cada vez que lo recordaba, mi pecho llegaba a estrujarse tan hostilmente que era difícil respirar. Nunca en mi vida había sentido lo que era tener que llorar por necesidad, como ahora lo hacía. No solo eso, *absolutamente todo* me recordaba a él, lo que convertía el asunto en un trauma imposible de superar.

Sin embargo, tras varias sesiones terapéuticas con Isabella (en realidad me golpeaba cada vez que me veía llorando), pude aspirar a algo muy parecido a la estabilidad emoci...

¡¡¡¡¡BAAAAMMMMMMM!!!

Un letrero inesperado me sacó de mis recuerdos. No porque me detuve a leerlo o algo, sino porque me estrellé de frente contra él por andar con la mente por otro lado.

—¡Estoy bien! Estoy...—exclamé cuando noté que tenía una pareja enfrente mío estallados de la risa—. Bien...

Con mis mejillas y frente ardiendo, me puse de pie para leer lo que decía el letrero: «Ferretería Los Ángeles». Qué conveniente. Justo Isabella me había enviado un mensaje pidiendo que le comprara cinta adhesiva para sellar nuestras cajas de mudanza. ¿Sería el destino? Mmmm... El golpe con el letrero me mantuvo dudosa.

Entré. Esquivé como *ninja* algunas cajas en el suelo que impedían el paso y fui directo a la sección de útiles escolares que, por cierto, consistía en unas diminutas repisas de madera al lado del mostrador principal. Frente a éste último estaba parado un hombre que regañaba a una chica rubia, la que parecía la cajera. Solo logré escuchar algo como: «Necesito ese estado de cuenta para hoy. No quiero deberle ni un centavo a nadie».

—Vaya héroe—susurré con sarcasmo.

—¿Te ayudo en algo?—retumbó de pronto una voz gruesa a mis espaldas.

Salté en mi lugar. Y girándome rápidamente sobre la punta de mis pies, me encontré con el mismo joven regañón. Era más alto que yo, tanto que tuve que inclinar la cabeza hacia arriba para observarlo. Sus ojos, azules intensos como el más puro océano, se conectaron enseguida con mis aburridos ojos café. No sé por qué, pero por un instante me parecieron unos ojos conocidos.

—Necesito, eh—tragué nerviosa—. Cinta adhesiva... como cinco rollos.

Sonrió ampliamente. Santo Cielo, tenía una sonrisa como de príncipe de *Disney*.

Bastó con que estirara el brazo hacia arriba en dirección a la repisa que encabezaba el mueble y que regresara a su posición original para entregarme las cintas adhesivas que pedí.

—Cinco rollos de cinta adhesiva para la señorita.

Desvié la mirada por un segundo para notar que la rubia de la caja nos observaba un tanto cabreada. Apenas se percató que la observaba, me negó con la cabeza como si intentara decirme algo.

—¿Qué harás con tanta cinta adhesiva?—inquirió el joven.

Oh... El sinvergüenza quería iniciar una conversación conmigo. Y yo, a mis veintitrés años, era tan hormonal que inconscientemente lo ~~lujurié~~ examiné de arriba abajo: cabello castaño oscuro (más largo de lo que es permitido para mí en un hombre), piel clara ligeramente bronceada como si hubiese ido a la playa (no me gusta la playa), pecho fortachón como si le gustara ejercitarse (odio a la gente que se ejercita) y vestía camisa y vaqueros (sin comentarios sobre esto). En otras palabras, para *nada* atractivo, así que lo descarté.

—Gracias por la ayuda—dije sin más, pasándole de largo.

Terminé en el mostrador principal donde la rubia de antes me esperaba con los labios apretados. Yo no era la mejor leyendo expresiones, pero estaba segura que se estaba aguantando una risotada.

—Buen trabajo...—comentó ella mientras que empacaba mis cintas adhesivas.

Estaba por preguntarle qué quiso decir, cuando sentí una mirada clavada en mí. Creí que ya me estaba afectando la cabeza por el golpe con el letrero, pero me liberé de la posibilidad de un derrame cerebral cuando la misma voz masculina de antes dijo a mi lado:

—Ya sé para qué son las cintas adhesivas.

ALERTA DE ACOSADOR.

Ahora sí quería mandarlo a volar, pero decidí mejor buscar la serenidad en mí para no hacerlo. No estaba de humor para discutir con nadie y mucho menos con un tipo aleatorio como él a quien seguramente no volvería a ver nunca más.

—Ajá...—contesté sin registrarlo.

—A ver...—su espalda se recostó sobre el mostrador y se cruzó de brazos—. Haciendo un breve análisis de ti, por la forma tan curiosa en la que vistes...

Traducción: «Por los arapos tan raros que traes puestos».

—...Por el cabello con el color divertido que parece rojo...

«Por el cabello con el tinte rojo que te atreviste a ponerte tú misma...».

—Y el ego tan pronunciado que despides...

«Me ardió que me ignoraras porque las chicas no suelen ignorarme».

—Deduzco que podrías ser alguien que le gusta hacer manualidades y harás algo muy curioso con todas esas cintas adhesivas.

Pretendí emocionarme.

—¡Vaya! ¿Cómo lo supiste?

—¿Es eso?—él sí se emocionó.

Ni siquiera dudé de mi respuesta:

—No.

La rubia de enfrente soltó una risita, pero se dispuso a toser como tratando de ocultar su error. El chico, por otra parte, se llevó una mano a la quijada.

—Entonces es otra cosa—definitivamente no se rendiría tan pronto.

Puse los ojos en blanco. ¿Qué pasa con los hombres hoy en día? ¿Que no entienden cuando una mujer los está ignorando? ¿Cómo más debía hacerle saber las pocas ganas que tenía de hablarle?

—¡Ah, ya sé! Te mudarás.

Fingí sonreír, pero mi sutil sarcasmo respondió por mí:

—Bravo Einstein, descifraste el misterio que el universo entero ignora.

Entonces la rubia no aguantó más. Soltó la risotada del siglo. Fue tan honesta que hasta a mí me dieron ganas de reír. No obstante, por el

«pronunciado ego que despido», no lo hice.

—¿Y por qué te mudas? ¿Encontraste un mejor lugar para vivir? Increíblemente su perseverancia me hizo ceder un poco:

—Algo así.

—¿Algo así?

—Sí, no necesitas tanta información.

—¿Cuándo te mudas?

—Mañana.

—¿Por aquí cerca?

¿Y éste quién se creía que era para hurgar así en mi vida? Haber cedido un poco no le daba derecho a insistir de esa manera. Fue lo último que necesitaba para confirmar que en realidad no tenía por qué ser amable.

—¿Por qué sigues hablándome?—rugí.

Sonrió avergonzado. Por su rostro de arrepentimiento, estaba segura que sus labios pronunciarían un «lo siento», pero un ruido lo detuvo. Un ensordecedor sonido que pareció un disparo.

—¿Qué fue...?

No pude terminar mi oración. La puerta del lugar se abrió de par en par, estrellándose cada una contra la pared. Dos hombres vestidos de negro con calcetines rotos cubriendo sus rostros se adentraron a toda velocidad. Uno de ellos, el más bajito de los dos, traía una pistola con la cual nos apuntó.

—¡AAAAAAHHHHH!—la rubia del mostrador fue la primera en chillar.

Despavorida, di dos pasos hacia atrás. Quise convencerme a mí misma que se trataba de una cámara escondida o algo, pero cuando el ladrón detonó el revólver hacia el techo, supe que no se trataba de una broma. ¡Oh Dios mío! ¡Estaban a punto de robarnos!

—¡TODOS AL SUELO!—gritó el ladrón bajito.

La rubia, que ya tenía mis cintas adhesivas listas para entregármelas (vaya suertuda yo), gritó por segunda vez y se tiró al suelo detrás del mostrador. Mi acosador alzó ambos brazos y yo opté por hacer lo mismo.

—¿No me escucharon?! ¡AL SUELO, DIJE!—vociferó el ladrón bajito.

El acosador y yo intercambiamos miradas asustadas, pero nos

desplomamos enseguida al suelo sabiendo que era mejor no seguir jugando con nuestra suerte.

Buen trabajo, inepta. Sales por diez minutos y ya eres parte de un robo a mano armada, resonó la voz de mi oscuro subconsciente en mi cabeza.

Entonces el ladrón bajito me apuntó. Bajé la cabeza. Era todo, iba a morir. Veintitrés años tirados a la basura en una diminuta ferretería en Los Ángeles. ¿Por qué rayos me mudé acá? ¿Para estudiar artes plásticas? ¡Eso ni siquiera es una carrera! ¡Maldición, no quería morir!

—¡Tú! ¡Pelirroja de farmacia!—exclamó el ladrón bajito. Me señalaba muy confiado con su revólver y yo no pude evitar preguntarme cómo demonios supo que éste no era mi color real de cabello. ¿Me había puesto tan mal el tinte?—. ¡Busca la caja registradora y saca todo el dinero!

—Pero dijiste que nos quedaríamos en el suelo—me atreví idiotamente a llevarle la contraria.

—¡Busca la caja y saca todo el dinero, te dije!

Con mi cuerpo entero temblando, me levanté y eché un vistazo al joven acosador. Le rogué con mis ojos que hiciera algo, pero no reparó en mí. En cambio, permaneció silenciado en el suelo.

Los ojos de los ladrones nunca me abandonaron cuando caminé hacia la caja registradora. Eso me hizo saber cuán profesionales eran en el asunto, aunque debo decir: los calcetines forrándoles el rostro seguían manteniéndome dudosa.

Entretanto depositaba el dinero en una bolsa de plástico, algo vibró en mis pies. Era la rubia, quien se retorció del miedo en una esquina del mostrador. Rezaba algo con vehemencia.

—¡Saca todo el dinero ya y entrégamelo!—me gritó otra vez el ladrón bajito.

Enormemente cabreada, me giré hacia él.

—¡Ya te escuché! ¡No soy sorda, ya voy!

El ladrón arrugó el rostro. Claramente no le gustó mi respuesta.

—Ah, con que esas nos traemos...—me dijo y dirigió el revolver hacia mi acosador que se mantenía cabizbajo—. Tráeme el dinero ya o él muere.

No sabía qué hacer, en verdad no me importaba que muriera, ni siquiera lo conocía. «Basta, Emma, eso es muy cruel de tu parte».

—¡No, no! Ya te lo llevo, lo siento.

Tomé una de las bolsas del mostrador, tiré todo el dinero dentro y caminé despacio hacia los ladrones. En medio de eso, una sirena sonó a lo lejos. Unas sirenas de esperanza. Unas sirenas que parecían... ¡La policía! ¡Todavía podíamos salvarnos!

—¡RÁPIDO!—el ladrón bajito disparó otra vez al techo.

No sé si su plan era matarnos, pero en caso que lo fuera, no lo iba a lograr si seguía desperdiciando las balas tan torpemente.

—¡AAAAAAHHHHH!—gritó la rubia por detrás del mostrador.

—¡Silencio!—no pude evitar decirle. Es que me estaba poniendo más nerviosa de lo que ya estaba.

Corrí hasta los enmascarados y les entregué la bolsa con el dinero. Si eso nos iba a salvar a todos, no iba a seguir resistiéndome.

El delincuente vio el interior de la bolsa para cerciorarse que el dinero estuviese ahí, soltó una risita de victoria y yo no pude evitar bufar. Pero qué tarado, él de verdad nos mataría por, ¿qué? ¿Quinientos míseros dólares? ¿Por qué no tenía dignidad y se iba a robar un banco o algo así?

Sinceramente creí que la cosa ya había terminado porque los delincuentes se dirigían a la puerta (no, la policía aún no llegaba y no entendía por qué tardaban tanto), cuando de pronto el joven detrás mío empezó a moverse.

—¿Qué... qué haces?—le susurré cuando se puso de pie.

Se llevó un dedo a su boca como indicándome que hiciera silencio y corrió desmesuradamente hacia los delincuentes. ¡DIOS NO! ¿Qué hacía este otro tarado?

Entonces pateó la espalda del delincuente bajito y éste se estrelló contra la pared dejando caer la pistola. El joven la recogió con una mano y lo apuntó.

—Entrégame el dinero—le dijo, creyéndose el héroe de la tarde.

Yo pensé que era de lo más tonto y me aseguré de hacérselo saber.

—¿Eres idiota o qué? ¡Déjalos que escapen!

Lo que ninguno se esperaba es que el delincuente número dos traía una pistola también. Y que estaba apuntando al joven de ojos azules oceánicos desde hace más de un minuto.

La realidad es que nunca sabes cuando la vida te cambiará. No espera hasta que pase tu cumpleaños (o quizás sí), no pregunta si estás listo para lo que está a punto de arrebatarte, ni tampoco le importa si eres

fuerte o no. Simplemente en un día cualquiera, como un viernes de otoño, decide llevarse algo preciado en tu pequeño universo o el de cualquier persona.

El enmascarado número dos disparó. Sin repulsión, miedo a las consecuencias o miedo a su propia conciencia, disparó sin más.

Pude ver todo en cámara lenta: la bala, atendiendo la orden de su portador, salió dispuesta a enterrarse en el estómago del joven y acabar con su vida. Tal vez fue un milagro, una clase de premonición que me permitió ver lo que estaba por suceder, pero en menos de la milésima de segundo me di cuenta que todavía tenía la caja registradora de metal en mis manos.

Y, porque soy muy estúpida (o quizás quería ser la verdadera héroe ese día), me tiré sin pensarlo dos veces en medio del joven y el ladrón, con la caja de metal en mis manos, pensando que quizá eso podía evitar que se cometiera un homicidio.

Todo se tornó blanco. Caí al suelo sobre uno de mis brazos, pero casi ni sentí el impacto por la adrenalina. Seguro dolería luego.

Era todo, no pude salvarlo.

—¡Ah, maldita sea, ah!

Abrí los ojos lentamente para encontrarme con que el suelo estaba manchado de sangre, pero no parecía que fuera de mi acosador porque él seguía de pie, sin rastros de heridas, completamente estático ante lo que había sucedido; y que en una esquina del suelo, estaba el enmascarado número dos retorciéndose del dolor. ¡La bala le había dado a él en la pierna! ¡Había logrado mi cometido!

—¡Nadie se mueva!—otra voz retumbó en el lugar.

Dos policías se asomaron en la puerta, con pistolas en mano apuntando a los criminales. ¿En serio? Dudaba que los criminales se podrían levantar después de la paliza que les habíamos dado. Es increíble cómo los policías siempre llegan tarde a la escena del crimen.

Fue entonces cuando reaccioné y caí en cuenta que no sabía qué mierda estaba pasando. ¿Acaso acababa de salvar la vida de un total desconocido usando una caja registradora? ¡No podía ser!

Despavorida, corrí hasta el mostrador donde estaba la bolsa con mis cintas adhesivas, las agarré y salí corriendo de ahí sin importarme nada más.

Para aquel entonces mis ojos ya se habían humedecido del trauma

que cargaba encima. Quería llorar con todas mis fuerzas, pero pensé que debía huir primero.

Sin embargo, en medio de mi corrida dramática, alguien me agarró del brazo.

—¡POR FAVOR NO ME MATES, QUIERO ABRAZAR A MI MAMÁ UNA ÚLTIMA VEZ!—chillé.

—¿Matarte?—me dijo una voz conocida—. ¿Cómo se te ocurre que te voy a matar?

Era el acosador de la ferretería. Hizo que me volteara para estar frente a él y con una fuerza indescriptible, me trajo hacia sí sin siquiera consultarme si me sentía cómoda con ello.

Nuestros ojos se conectaron por segunda vez en la vida. Y esta vez, no percibí la misma mirada burlona con la que hurgaba en mi vida en la ferretería. Transmitía la más profunda preocupación.

—¿Tú de nuevo?!—exclamé.

—¡Oye!—me dijo completamente serio, no parecía que quería seguir payaseando—. ¿Quién crees que eres para salvar mi vida de aquella manera y escapar así por así? ¡Ni siquiera pude agradecerte!

Abrí mucho los ojos. ¿Por qué este mequetrefe seguía en mi vida?

—¡Entonces dame las gracias y quedamos a mano!

Me soltó. Tiró con una mano su cabello hacia atrás en señal de nervios para luego sostener su cabeza. Me quedé ahí, de pie, contemplándolo. Quería entender qué bicho le había picado.

—No, no, no, tú no entiendes—negó varias veces con la cabeza—. Acabas de salvar mi vida, no hay forma que pueda agradecerte esto.

Ay no, qué raro era.

—¿Cuál es tu nombre?—preguntó.

—¿Mi... nombre? ¡¿Piensas que te voy a dar mi nombre?!—bufé y me solté de su agarre para seguir caminando—. Estás demente, déjame en paz.

Me volvió a agarrar del brazo.

—Por favor dime tu nombre.

Me solté, fastidiada, pero terminé por complacerlo:

—Emma. Soy Emma. Pero te juro que si me haces alguna brujería, yo también conozco algunos trucos sucios que te harán arrepentirte...

—Emma—me interrumpió—. Emma, tú... no tienes idea de lo que acabas de hacer.

Oh no, quizás se había dado cuenta que me llevé las cintas adhesivas sin pagar. Al fin y al cabo yo también era una criminal.

—Debiste dejarme morir, jamás podré pagarte esto. No es posible que te deba mi vida a ti, ¿por qué no me dejaste morir?

Sonará cruel, pero en ese momento yo también me estaba preguntando lo mismo.

—Necesito pagarte esto. Por favor permíteme hacerlo. Tal vez si dedico mi vida entera a servirte...

Llegué a sentirme hipnotizada al mirarlo y escucharlo. Sus palabras, tan hermosas como el océano que tenía en su iris, me hacían caer irremediabilmente en su hechizo.

Eso hasta que terminó su oración:

—¿Te casas conmigo? Solo así podré agradecerte el haber salvado mi vida.

El disco se rayó. Su imagen de príncipe se derrumbó frente a mí.

Confirmado: Era un desquiciado que seguramente se había escapado del manicomio y se escondía en esa diminuta ferretería. Y esta humilde pintora, señoras y señores, no caería en su juego.

—¿Qué?! ¡Estás loco! ¡Ni siquiera nos conocemos!—eché tres pasos hacia atrás—. Ay no, amigo, ¿de qué manicomio te escapaste? ¿O qué te fumaste hoy? Yo no sé, pero no puedo más contigo.

Habiendo dejado claro mis sentimientos, me volteé para empezar a correr lo más rápido que pude. No sabía cómo rayos lo hacía, no sabía cómo siempre lograba ser la protagonista de las situaciones más incómodas del planeta, pero no quise inmutarme en averiguarlo.

Esta vez el acosador no me siguió. Sin embargo, en mi misión de escapar, escuchaba sus palabras con cada paso que daba:

«¡Emma!»

Paso.

«¿Me... escuchas?»

Dos pasos.

«Nos volveremos a...»

Tres pasos.

«Encontrar y entonces...»

Pero a partir de ahí más nada se escuchó.



Esa noche no pude dormir.

Primero porque, por la mudanza, Isabella había vendido cada uno de nuestros muebles, incluyendo mi cama, y tenía una semana durmiendo en el suelo, en posición fetal, porque no cabía en la colchoneta. Lo peor de todo es que solo había una colchoneta en el apartamento, por lo que debíamos dormir juntas.

—¿Qué mal hice a la humanidad para tener que dormir en el suelo?

—Emma, por Dios, duérmete ya. Tienes una semana con la misma cantaleta.

Segundo, claro, el desafortunado incidente de la tarde me martillaba la cabeza sin intención de parar. Increíblemente mi trauma no era tanto porque dos ladrones casi me matan, o porque salvé la vida de un desconocido arriesgando tontamente mi propia vida.

Es más, esas dos cosas las superé en cuestión de minutos luego de tomarme una píldora calmante y repetirme una y otra vez el discurso de superación que escribí en mi cabeza:

Cálmate Emma, estás a salvo. A salvo y con un logro desbloqueado: Fuiste parte de un robo a mano armada protagonizado por unos ladrones que tenían su rostro forrado con calcetines rotos y salvaste la vida de un hombre desconocido que luego te persiguió como un demente por todo Los Ángeles pidiéndote que te casaras con él.

Pero más importante... ¡Salvaste una vida humana! Una que te acosó... pero ese no es el punto. ¡Dios te dará ochocientos seis escalones hacia el cielo! Eres la héroe, Emma, la héroe. La HÉROE.

—La héroe, Emma... La héroe...—repetí el final del discurso en un susurro.

—¿Qué?—me preguntó Isabella desconcertada.

—¿Ah?—reí, nerviosa—. No, no, nada.

Sí, ese discurso había sido un éxito.

Y es que lo que en realidad me hacía sentir tan traumatizada era el joven de oceánicos ojos con sus irracionales palabras: «Debiste dejarme morir, ahora te debo mi vida», «No hay forma de que pueda pagarte esto», «Cásate conmigo».

¿Quién era? ¿Por qué cada vez que lo miraba sentía que lo conocía? ¿Y qué con esa obsesiva idea de que era *obligatorio* pagarme el haberlo salvado? ¿Fue un error haber huido sin antes averiguar su procedencia? ¡¿Quién era?! ¡¿Quién?!

—¡Emma Rosalie Bennett!—el tono regañón de Isabella me trajo de vuelta a la realidad—. ¿Se puede saber qué mosco te picó?

Estaba fuera de la colchoneta. Me salí de ella en mi desesperado intento por encontrar respuestas a unas interrogantes que seguro jamás podría resolver.

—Uno de ojos azules...

—¿Ah?

—¡Ninguno! No me picó nada.

Isabella suspiró. Acto seguido, se giró para darme la cara. Traía una expresión de desilusión, una que decía por todos lados:

—A mí no me engañas.

Usualmente olvidaba que mi amiga era tres años mayor que yo, pero aún siendo tan joven, tenía un instinto maternal tremendamente sobre-protector. Claro que tenía la opción de echarle todo el cuento, pero la mataría de un infarto. No podía matar de un infarto a mi amiga que pronto se casaría con el amor de su vida. No todo el mundo encuentra el amor de su vida.

«Rápido, Emma, piensa en una excusa tonta, pero válida».

—Sí... es que... me bajó hoy.

«Excelente, hiper tonta, pero funcional».

Isabella me la compró.

—¡Ah! Bueno eso le da más sentido a todo—su expresión, que era una replica idéntica a las expresiones de mi madre cuando está a punto de darme un regaño, se transformó en una cálida sonrisa—. ¿Sabes en qué estaba pensando?

Y lo siguiente lo dijimos al mismo tiempo:

—En tu boda.

—¡En mi boda!

Era tan obvio, porque ese parecía ser nuestro único tema de conversación aquellos días. Se rió como una loca y empezó a hablar de lo emocionante que sería el día que finalmente llevara el apellido Sinclair.

Sus risas, ojos que resplandecían en medio de la lobreguez y

palabras de loca enamorada consiguieron hacerme olvidar el incidente de la tarde. Estaba feliz por ella: mi amiga estaba profundamente enamorada y contenta porque al día siguiente se mudaba con su príncipe azul con el cual, por cierto, se casaba en dos meses.

—¿No estás emocionada, Emma? ¡Mañana nos mudamos con Joseph!

—¡Sí, *yuju!*—pretendí entusiasmo.

Mentira. No tenía ni una pizca de entusiasmo. Yo no me quería mudar. Amaba nuestro pequeño apartamento y todas las memorias que habíamos creado ahí. Era el lugar que me permitió estudiar en Los Ángeles. Estaba segura que una mansión de multimillonario no llenaría mi alma de la misma forma que lo hacía nuestra caja de fósforos.

—Vas a amar la casa de Joseph—Isabella me abrazó—. Y a todo el personal, y la vista al jardín, ¡y tu habitación! Te gustará vivir allá y te tendré cerca para seguir cuidándote.

«Súper-suertuda-Isabella», no se me ocurría otra manera de llamarle. Pero una «súper-suertuda-Isabella» que me quería al punto de llevarme a vivir con ella en la casa de su futuro esposo. Más que mi mejor amiga, era la hermana que mis padres no me quisieron dar porque dicen que conmigo y mi carácter es más que suficiente.

Mientras que Isabella seguía hablando de todas las bondades de la Mansión Sinclair, mis párpados empezaron a pesar. Mi cuerpo no quería admitirlo, pero estaba exhausto de tantas emociones fuertes.

No me di cuenta del momento en que me desconecté del mundo. Solo supe que las palabras de Isabella se desvanecían rápidamente con el pasar de los segundos hasta que ya no hubo más que solo cuatro palabras en mi cabeza. Cuatro palabras que, en realidad, no pertenecían a Isabella:

«Debiste dejarme morir, Emma».

2

Nuevos comienzos

De todas las cosas que hago mal, madrugar encabeza la lista.

Si solo el hecho de saber que me tengo que levantar temprano al día siguiente me pone de mal humor, el acto de despertarme viene acompañado de una nube negra encima mío que escupe rayos. No solo eso, me transformo en una persona completamente distinta. Una Emma monstruosa, verde e insoportable, que no se aguanta nada de nadie. Uf, Bruce Banner— ni sabe.

Y bueno... digamos que hoy no fue diferente:

—O TE LEVANTAS YA O NO TE TOCA POSTRE EN LA CENA—me gritó una Isabella cabreada, agarrando la colchoneta desde la parte inferior y halándola hacia sí misma, ya que fue imposible moverme a mí.

—NUNCA HAY POSTRE EN LA CENA—exclamé.

—EMMA ROSALIE BENNETT, LEVÁNTATE YA O TE IRÁ PEOR.

¿Qué podía ser peor que no comer un postre que nunca comíamos? Nada, así que seguí durmiendo.

—Te lo advertí.

Hubo paz por unos cuantos segundos en los que logré dormirme profundamente por enésima vez. Eso hasta que sentí algo húmedo y helado penetrar mi ropa, seguido de mi piel, finalizando con mis tejidos.

Agua.

—¡AAAAAAHHHHH!—chillé sentándome de golpe.

La risa malévola de Isabella acompañada de su huída presurosa me indicó que había usado la técnica más vieja y sucia para despertar a una persona: tirarle un balde de agua fría. Literalmente.

—¡HOY MUERES, ISABELLA!

Pero Isabella ya había cerrado la puerta de la habitación confirmando su partida.

—*Querida*—escuché su tono amable a lo lejos. Me hablaba desde el otro lado de la puerta—. *Joseph sacó tiempo de su apretadísima agenda para mudarnos hoy a su casa. Está subiendo las escaleras ahora mismo, así que alístate rápido y sales porque nos tenemos que ir*

enseguida. ¿Sí? ¿Porfis?

No le respondí, pero no era necesario. Ella sabía que le haría caso.

Tal cual *zombie*, caminé hasta la ventana para tirar la cortina hacia un lado. Los cálidos rayos de sol penetraron la habitación y de pronto sentí nostalgia. Sería la última vez que, en dicha habitación, haría un puchero para no despertarme. La última vez que, en dicha habitación, Isabella me tiraría agua helada para levantarme. La última vez que abriría esa cortina para convencerme a mí misma que realmente había amanecido. Que había un nuevo día esperando para ser enfrentado.

Pero las últimas veces dan paso a experimentar primeras veces. Y aunque Isabella me decía una y otra vez que el motivo por el cual me llevaba a su futura residencia era que no quería que me quedara aquí sola, yo sabía su motivo real: quería ofrecirme una nueva oportunidad.

—*¡Querida! ¡Joseph ya está aquí! ¿Te estás alistando?*

Suspiré. En una batalla contra mí misma, me dirigí al baño, no sin antes, claro, torturar un poco a Isabella.

—¡Hola Joe!—abrí la puerta del dormitorio, con una sonrisa cínica adornando mi rostro. Joseph, que naturalmente intercambiaba saliva con Isabella, me sonrió de regreso.

—¡Buenos días Em...! ¡Santo Cielo! ¿Por qué estás toda empapada?

—Pregúntale a tu prometida.

Joseph fijó sus intensos iris azules en Isabella esperando una respuesta. Yo estaba deseosa de saber si realmente la estaba indisponiendo.

—Es que no se quería despertar—respondió ella honestamente encogiéndose de hombros.

Los labios de Joseph, que estaban inundados en sorpresa, se curvaron hacia arriba dando paso a la carcajada del año.

—Le hacía lo mismo a mis hermanos cuando estábamos en el colegio.

No me sorprendió en lo absoluto cómo reaccionó Isabella ante la respuesta de su novio: Achicó los ojos, lo vio con la ternura de enamorados que enferma, se rió un poquito, pero terminó otorgándole de gratis de su saliva otra vez.

Exhalé el aire derrotada, pero no pude seguir de mal humor aunque

quise. Esos dos sí que se veían bien juntos. Estaban muy enamorados. Y verlos tan felices me hacía sentir feliz a mí también.

—Definitivamente ustedes dos son tal para cual—les dije.

Y tiré la puerta riéndome.

—o—

La forma de manejar de Joseph era tal como su personalidad: pasiva y protectora. Nunca me había sentido tan aburrida en un viaje hacia otra ciudad, pero Isabella parecía disfrutarlo.

Los miraba de vez en cuando: se sonreían entre sí en las paradas y cuando sonaba en la radio una canción que ambos conocían, ~~desafinaban~~ cantaban y bailaban juntos.

Yo estaba un poco incómoda y creo que Joseph lo notó, porque de pronto empezó a hablarme de la habitación que eligió para mí en su casa.

—Es la única en la casa con paredes blancas—decía con mucha confianza, como si nos conociéramos de toda la vida—. Así que puedes dejar volar la imaginación cuando decidas decorarla. Y claro, si quieres, mis hermanos y yo te podemos ayudar a pintarla. Además, hay un espacio especial para que puedas trabajar en tus pinturas—me guiñó un ojo a través de uno de los retrovisores.

Seguido, habló de sus hermanos:

—Creo que te caerán bien. Están en los *veintes*, así que tendrán mucho de qué conversar.

—Los amarás, Emma—le complementó Isabella—. Jane y Matthew son de lo más genial.

Me encogí de hombros.

—Sí, seguro—pretendí entusiasmo.

Isabella ya me había hablado antes de la familia de Joseph: tres hijos de padres fallecidos en un accidente automovilístico, lo que los dejó huérfanos hace cinco años, pero herederos de una gran fortuna. Con esta última crearon una famosa cadena de hoteles que se extiende alrededor de los cinco continentes, más otros negocios alternos que no especificó.

Definitivamente Isabella tenía su vida resuelta al casarse con tal galán, pero eso solo me hacía a mí preocuparme todavía más al no tener un trabajo estable. Me mantenía bien vendiendo lienzos pintados, pero no

sería algo que me diera de comer por el resto de mi vida. Debía pensar en algo pronto.

Entre la conversación que se puso muy interesante y un par de canciones que canté con ellos cuando finalmente me sentí en confianza, llegamos a Beverly Hills, la ciudad de ricos y famosos donde casualmente también vivía la familia Sinclair, porque vamos, no iban a vivir en un pueblucho como el resto.

—Abre la puerta, Edward—dijo Joseph muy emocionado a un parlante cuando nos encontrábamos en el portón.

Las puertas se abrieron de par en par y... OH POR DIOS. Quedé TOTALMENTE estupefacta cuando el auto inició su recorrido por el jardín frontal de la mansión.

—Santa mierda...—no pude evitar decir para mis adentros.

Me preparé mentalmente para ver una casa gigantesca, pero no me esperaba que fuera una mansión de tal magnitud.

La fachada era de una mansión del siglo XX, pero con un toque pintoresco y a la vanguardia del siglo XXI. Alrededor de ella, se extendían hectáreas del pasto más verde y brillante que jamás había visto en mi vida. Seguramente porque en el pueblo en donde vivíamos todos los árboles estaban secos.

Sonreí. Era hermosa, un sueño hecho realidad. Una mansión diseñada por un talentoso arquitecto que, demonios, sí que sabía lo que estaba haciendo. Y luego estaba el trabajo de un diseñador seguro de sí mismo y fanático del movimiento minimalista que eligió un blanco perla para ser el color principal porque combinaría extraordinariamente con todo lo demás que le incluyeran.

Yo no sabía mucho de diseño y mucho menos de arquitectura, porque pues, casi no paso la materia en la universidad, pero no tenías que ser un genio en ambas profesiones para apreciar tal trabajo.

Fue en ese instante cuando olvidé por completo la caja de fósforos en la que vivíamos. Isabella acertó: me enamoré profundamente de nuestra nueva vivienda.

Mientras apreciaba el trabajo hecho por los dioses del espacio sideral, Joseph estacionó su refinado auto justo enfrente de la puerta principal. Y entre risas traviesas, porque era obvio que yo estaba atónita, se bajó de él dispuesto a buscar nuestro equipaje en el maletero.

—Hermosa, ¿eh?—me dijo Isabella, yo asentí—. Y deja que te dé

el tour interno. No querrás salir nunca de aquí.

Me obligué a cerrar la boca que estaba por empezar a salivar. Nos bajamos del auto. Joseph se posó frente a nosotras con dos o tres maletas y las colocó en el suelo. Entonces se le vio pensativo.

Antes de que pudiésemos preguntar el motivo, ya tenía el teléfono móvil en la mano y estaba marcando un número.

—Eh, Matt, ¿puedes darme una mano con las señoritas?

No supe qué más le dijo al tal Matt, porque estaba tan ansiosa de conocer la casa que los abandoné para correr alrededor del porche como cachorro contento recién adoptado. La brisa, cálida como esa mañana, acariciaba mi piel con tanta suavidad que era imposible evitar sentirme que finalmente estaba siendo libre.

Vaya... ¡Amaba verdaderamente el lugar! ¡Gracias Isabella por conquistar a ese tremendo galán multimillonario y dejarme disfrutar de los beneficios! ¡O de un par, por lo menos!

Una cosa llevó a la otra y quedé dando vueltas hasta quedar parada, muy despeinada, frente a la puerta principal. Isabella me miraba desde la distancia riéndose a carcajadas. Mientras tanto, Joseph seguía al teléfono.

Escuché un chirrido. Era la puerta detrás mía abriéndose, pero estaba tan distraída deleitándome con el paisaje mañanero que ni siquiera me inmuté en meterle mente a ello.

—¿Emma?—dijo mi nombre una voz masculina.

Mi cuerpo entero se paralizó. Un frío mucho peor que aquel que sentí en la mañana cuando Isabella me tiró el balde de agua helada recorrió cada una de mis entrañas en cuestión de milésimas de segundo. Dolía como el demonio. Más porque no se trataba de una sensación física, sino de la más pura sensación de horror.

Tragué con dificultad. Esa voz... esa voz yo la conocía.

Con mi espalda entera tensa, cabello que debía estar como un espantapájaros, el corazón que me latía a mil por hora y mi rostro ensombrecido, me giré lentamente en dirección a la puerta.

Todo a mi alrededor pareció desvanecerse cuando lo vi: ahí parado, con el móvil pegado a la oreja y un rostro quizás más sombrío que el mío, estaba el desquiciado de la tienda que me correteó por todo Los Ángeles. Sus cautivantes ojos azules me miraban en *shock*.

—¿Tú... tú eres la amiga de la prometida de mi hermano?

Su... hermano...

Joseph... era... su... hermano...

Reí ahogadamente, pero ni siquiera eso ayudó que el peso que cargaba en mis hombros se alivianara.

Mi corazón quiso detenerse.

Luego no supe qué cara poner.

Entonces perdí el aliento.

Y... y...

Me desmayé.

Universos rotos

Ni siquiera sentí el impacto de mi cuerpo contra el suelo.

Todo en mí se apagaba rápidamente: primero la vista, le siguieron mis músculos y finalmente se esfumaba mi conciencia. Entretanto luchaba arduamente por no perderla del todo, porque demonios, estaba desmayándome en una casa que no era la mía, las voces seguían resonando en el fondo:

—¡Emma!—la voz horrorizada de Isabella.

—¡Santo Cielo, Emma!—la voz pasiva, pero preocupada de Joseph.

—Escuché gritos... ¡MADRE MÍA! ¡¿POR QUÉ HAY UNA CHICA DESMAYADA EN LA ENTRADA DE NUESTRA CASA? ¡MATT! ¡¿QUÉ LE HICISTE?!—eh... esa voz no la conocía. Pero era de una mujer. Y sonaba todavía más horrorizada que Isabella y Joseph.

—¿YO? ¿POR QUÉ PIENSAS QUE FUI YO?

—¡Tal vez porque cayó rendida ante tus pies!

—¡Pues eso sería algo bueno! ¡¿No crees?!

Meh... Bien o mal, él tenía un punto.

—¡Jane! ¡Matt! ¡Basta! ¡Hay que llevarla adentro!—la voz mandona, digo, consternada de Isabella.

Mi cuerpo se sintió como una mierda de goma cuando unos brazos —muy fornidos, si es que conviene decirlo, sino no— me alzaron. La sensación de gravedad me golpeó con hostilidad.

¿Quién me cargaba? ¿Joseph, eras tú? ¿Tú y tu magnífico cuerpo de dios veterano, pero malditamente millonario?

Debía ser él, porque una repentina sensación de protección me inundó de tal manera que sentí estaba bien perder la conciencia en su totalidad.

Y así lo hice.



Luces. Presencias. *Voces*.

—Eres un idiota, Matt.

—¿Podrías callarte ya?

Debilidad. Pesadez. Una sensación de suavidad. *Más voces*.

—Emma...—toque en mi hombro—. Vamos querida... levántate ya, me voy a morir de la preocupación.

«Isabella. Isabella, eres tú».

—Insisto en que no deberíamos tenerla acostada—voz masculina que se tornaba más audible con cada palabra.

—Se muere y tú serás el único culpable. Compórtate de una vez por todas, tu personalidad espanta a todo el mundo.

«¿Mamá? ¿Eres tú regañándome, mamá?»

—Jane, ya fue suficiente—otra voz gruesa.

«Joseph. Abrázame, Joseph. No, mentira, me da pena. Mejor no».

Mi mente se encendió. Con el carácter podrido que la caracteriza, reclamó el control de todo mi cuerpo, empezando por el estómago que rugió. Maldición, me moría de hambre.

«Oh, por favor que nadie lo haya escuchado».

Sentí que quería abrir los ojos con las pocas fuerzas que tenía.

Un parpadeo.

Dos parpadeos.

Muchos parpadeos.

Sensación de debilidad.

Un corazón bombeando rápido cerca mío.

—¿Emma?

Estaba sentada. La gravedad ya no me maltrataba. Una mano —que era tan grande y de piel seca, por lo que definitivamente no pertenecía a Isabella— acarició mi mejilla. Le daba unos golpecitos delicados, que por alguna razón que desconozco, se sintieron perfectamente cómodos y me hicieron recostarme sobre ella con una sonrisa de estúpida.

—Vamos, Emma.

Abrí los ojos. Ojos azules como el océano me miraban.

Oh... Hermosos ojos azules...

¡¿OJOS AZULES ME MIRABAN?!

Una fuerte corriente eléctrica me devolvió mi consciencia de un tirón. Así fue como mis ojos divisaron lo peor: las manos del desquiciado, que parecía no querer abandonar mis mejillas,

transformándose en dos garras enormes y puntiagudas a punto de atacarme.

—¡NO!—grité despavorida quitándomelas de encima.

Severos y sin piedad, los sucesos del día anterior golpearon mi mente. Los ladrones, disparos, mi estúpido, pero exitoso acto heroico, las lágrimas de trauma y *él*... quien me persiguió sin descanso por todo Los Ángeles proponiendo involucrarme en una cuestión que ni siquiera iba conmigo.

Me levanté de la cama de un tirón.

—¡No, no y no!—corrí fuera del área.

—¡Emma! ¿Qué tienes?—exclamó Isabella sumamente consternada.

Pero yo ni siquiera me inmuté en prestarle atención. Ayer había salvado una vida desconocida y hoy quería salvar la mía del peor peligro de todos: los recuerdos.

—¡Tú, engendro del mal!—señalé al loco que se mantenía estático sentado sobre la cama—. ¡Ni se te ocurra volver a tocarme! ¡Solo Dios sabe dónde estuvieron esas manos!

Me volví hacia los demás: Isabella estaba sentada sobre la cama, Joseph se mantenía a su lado derecho y del lado izquierdo, estaba una pelicastaña aleatoria que tenía un parecido tremendo a él. Todos estáticos, confundidos, boquiabiertos.

—¡Y ustedes! ¡No los conozco a todos, pero no dejen que ese loco me vuelva a tocar!

Fue la pelicastaña aleatoria la primera en moverse. Pero para reírse. Reírse a carcajadas.

—Vaya, vaya, Matt. Esta vez sí te pasaste—dijo.

—¡No hice nada!—el desquiciado se golpeó la frente. Matt, su nombre era Matt.

Intentó acercarse hasta donde yo estaba (que era básicamente la puerta de la habitación), pero grité uniéndome a la locura que lo caracterizaba a él también.

—¡No, aléjate! ¡Te lo advierto! ¡Sé Kung Fu!

Mentira. No sabía ni una mierda de Kung Fu, pero por alguna razón esa frase siempre parece funcionar en las terribles películas de bajo presupuesto cuando el *debilucho* de la historia está en peligro.

Isabella fue la siguiente en acercarse. Pensé que para protegerme

de todo mal, pero en realidad me tiró más al agua con los tiburones. *El tiburón*.

—¿Kung Fu? Pero si renunciaste después de la tercera clase.

Ah... con amigos así, ¿quién necesita enemigos?

—Emma, estoy sumamente apenado por lo que te dije ayer, estaba muy alterado—prosiguió Matt tratando de abordarme. Me cubrí con ambas manos—. De verdad, las cosas no debieron darse así. Pero no es mentira lo que te dije, me siento urgido de pagarte lo que hiciste por mí.

—Woa, niños, ¿qué hicieron ustedes ayer?—preguntó la pelicastaña aleatoria llena de suspicacia. Aunque no me favorecía nada de lo que decía, su humor parecía tan oscuro como el mío que presentía la amaría pronto.

Joseph la golpeó con su codo. Era un experto en respetar la privacidad de los demás. Lamentablemente su prometida carecía de tal cualidad.

—¿Ayer? ¡Un momento!—nos señaló Isabella con el dedo índice—. ¿Se conocen? Emma, ¿tú y Matthew se conocen?

Nuestras respuestas no coincidieron:

—No—yo.

—Sí—él.

Isabella exhaló aire derrotada.

—Ahora estoy más confundida.

Me dirigí a Matt. Y por primera vez desde que me desmayé, nuestras miradas se conectaron.

—¿Qué haces aquí?—pregunté.

Por unos segundos, él pareció dudoso de responder. Mientras mi mirada era aprensiva, la suya destellaba arrepentimiento. Hasta parecía que no estaba seguro cuál era la forma correcta de tratarme.

«Sí, amigo, deberías sentir eso y más. Ayer la regaste toda conmigo».

—Vivo aquí—respondió encogiéndose de hombros—. Joseph es mi hermano y... el prometido de Isabella, pero eso ya lo sabes bien.

Una risita sarcástica salió de mi boca. Claro, él ya me había dicho que Joseph era su hermano, pero estaba tan ocupada desmayándome que había pasado por alto ese importante detalle.

«Bravo Emma, ahora sí te metiste en un tremendo lío».

—No...—reí.

—¿No?—preguntó él frunciendo el ceño.

—No...—volví a reír—. Ustedes no son hermanos. Mira a Joseph, es apuesto, inteligente, un hombre de negocios y lo más importante: sensato. Y tú, tú eres todo lo contrario a él.

La carcajada de la pelicastaña aleatoria fue muy audible. Joseph se sonrojó solo un poco, probablemente estaba más preocupado que otra cosa.

—Amo a esta chica—dijo la pelicastaña refiriéndose a mí.

—Bueno gracias, no esperaba recibir tan hermoso cumplido en esta mañana repleta de emociones fuertes—replicó Matt con sarcasmo.

Isabella, que ya estaba prácticamente enfrente mío, me agarró la mano.

—Querida, ¿segura que estás bien?

Por supuesto que no estaba bien. Un poquito más y pudo haberme dado un paro cardíaco. Encima, ¿por qué ese loco tenía que estar aquí? Es lo peor que me pudo haber pasado en mis patéticos veintitrés años de vida. Pero por su bienestar emocional, no se lo dije.

—Te golpeaste muy fuerte la cabeza cuando caíste al suelo y... y ahora estás diciendo cosas sin sentido. Si es necesario, podemos llamar al médico de la familia...—miró a Joseph, éste concordó—. Vendrá enseguida a atenderte.

Me tensé al escuchar la palabra “médico”. Todo esto, que empezó siendo una normal mudanza a una normal casa donde se suponía vivía una normal familia, se estaba saliendo de control. Yo no era la persona con el coeficiente intelectual más alto, pero no había que ser un genio para saber que estaba armando un espectáculo en la casa de los Sinclair, a la que, por cierto, acababa de llegar.

—Estoy bien—fingí reponerme—. De verdad, nunca me he sentido mejor en mi vida.

—¿Segura?—intercedió Joseph—. No pareces bien.

Le sonreí.

—Estoy bien, es solo que...

«Rápido Emma, una de tus tontas excusas».

—¡Que confundí a tu hermano con otra persona que no me cae bien! Soy tan tonta, ¿o qué?—me golpeé la frente a propósito—. Ya no se preocupen tanto por mí, solo necesito un minuto a solas para componerme y les prometo que todos nos olvidaremos de este penoso accidente.

Ellos no me creyeron, ninguno de los tres. Tampoco había que tener un coeficiente intelectual de genio para saber eso. Pero como dije antes, Joseph tiene un doctorado en respetar la privacidad de los demás, así que, simple y sensato, asintió con la cabeza.

—Por favor llámame si necesitas algo—me tocó el hombro antes de abandonar el dormitorio—. Estás en tu casa, querida Emma.

La siguiente en salir fue Isabella. A diferencia de Joseph, no me dijo nada, ni tampoco me consoló con un toque en el hombro. Pero su mirada... su mirada fue el rayo óptico de Cíclope (sí, sí el de los *X-Men*) tratando de partirme en dos. Supe que tendríamos una larga conversación luego.

La pelicastaña, por otra parte, fue más directa que la pareja.

—Vas a explicar esto—señaló al desquiciado justo antes de traspasar la puerta.

Así quedé completamente sola en la... no espera, aún faltaba alguien por salir. Carraspeé tirándole una indirecta, pero el muy torpe no la captó.

—¿De verdad me confundiste?—preguntó en su lugar.

Ni siquiera dudé en responder.

—Por supuesto que no, eres un loco inconfundible.

—Emma—hizo un ademán por acercarse a mí.

Eché dos pasos hacia atrás. Sentí la puerta contra mi espalda.

—Por favor agradezco si tú también te vas.

—Vamos, Emma—insistió por enésima vez—. Ayer me comporté como un idiota, pero no hablaba en broma, de verdad quiero pagar lo que hiciste por mí.

El estrés volvió a mi cuerpo. ¿Por qué seguía repitiendo eso? Sí, quería pagarme el haber salvado su vida. ¿Pero cuánto podía valer eso en dinero? Yo me estaba comiendo un cable y todo, pero no quería su dinero.

—Te dije que puedes darme las gracias y quedamos a mano.

—No, eso no es suficiente. Tengo una tremenda deuda contigo. Quizá era mejor que me dejaras morir, porque ahora no sé cómo haré para pagarte esto.

—¿Querías morir?

Se dibujó en su rostro su sonrisa de príncipe de *Disney*. Esa sonrisa que para mí podía ser un arma mortal. La sonrisa que decía por

todas partes: «No soy malo, pero pasé por un mal momento. Y tú lo sabes». La sonrisa que me hizo bajar la guardia y sentarme en la cama para escuchar lo que tenía que decir.

—Por supuesto que no—replicó acercándose sigilosamente hasta quedar sentado a mi lado—. Pero ahora te debo mi vida, no estoy seguro de cuántos millones valga eso, pero no creo que tenga tanto dinero así.

Por lo menos valoraba su vida, no era un suicida depresivo.

—¿Por qué te desmayaste?—preguntó.

«Porque estás demente».

—¿Has comido algo hoy?—inquirió. Negué—. Ay Emma, es por eso.

«Me muero de hambre, pero no, te aseguro que me desmayé porque estás demente».

—¿No has oído que el desayuno es la comida más importante del día?—continuó—. Espera aquí, vuelvo en un rato.

Sin decir más nada, se apresuró en salir de la habitación. ¿En serio? ¿Esa había sido toda la cantaleta de «debo pagarte el haber salvado mi vida, Emma»?

Yo, por supuesto, no lo detuve. Necesitaba mi momento a solas para calmarme. Además, se había ido por su propia cuenta, así era mucho mejor.

Aproveché la reciente tranquilidad para examinar el dormitorio en el que me encontraba. ¡Vaya, sí que era enorme! Sinceramente esperaba que ese fuera el mío, porque de ser así, Joseph no mentía cuando dijo que me fascinaría.

Las paredes eran blanco perla, lo que me recordó sus palabras de la mañana en el auto: «Es la única en la casa con paredes blancas. Podrás dejar volar la imaginación al decorarla». Así que sí estaba en mi nueva habitación.

Recorrí descalza el lugar solo para sentir que el suelo estaba cubierto por una alfombra gruesa y lanuda color crema. Seguro era muy cara, por lo que inmediatamente me prohibí pintar sobre ella. Tenía que empezar a ser responsable.

Me volví hacia la cama en donde previamente estaba sentada. No me había percatado cuán enorme era. Sobre ella, reposaba un cobertor color dorado con encajes blancos y en el cabezal, seis almohadones del mismo color cuya función era meramente decorativa.

Dos mesitas de noche blancas se situaban al lado de la cama, una a cada lado. Y en una de ellas, una lámpara dorada se mantenía en pie, con un florero acompañándola. Muy bien, diez puntos para los Sinclair por el minimalismo.

Pero lo que más me llamó la atención fue lo que pareció un pasadizo al fondo del dormitorio.

«Hay un espacio para que puedas trabajar en tus pinturas», resonaron las palabras de Joseph en mi cabeza.

Caminé hasta allá y me encontré con una maravilla: era una sala pequeña que no tenía alfombra ni muchos muebles. ¡Sí, ahí sí podría pintar!

Sonreí ampliamente al sentir los cálidos rayos de sol que traspasaban por un gran ventanal en una de las paredes. Solo por eso y el sofá que se extendía de lado a lado frente a la ventana, para mí ya era perfecta. Pasaría mucho tiempo ahí haciendo mis trabajos.

Regresé al dormitorio y me tumbé sobre la cama. Quería sentir que era merecedora de tal tranquilidad, pero sin querer sentí mucho más que eso. Me sentí cómoda. Estable. Encajando en un lugar. Entonces recordé la casa de mis padres en Seattle, el último lugar donde experimenté tal sensación.

Hogar. Pertenencia. Familia.

Un golpe en la puerta, seguido de ésta abriéndose me hizo levantarme de un tirón. Tal vez se me había pasado la mano con el momento cliché.

—Pensé que te habías vuelto a desmayar.

Era Matt. OTRA VEZ.

—No—contesté un tanto fastidiada.

Sin embargo, todo el mal humor se esfumó cuando un olor delicioso acarició mis papilas gustativas. Provenía de una bandeja que Matt traía en sus manos con lo que parecía ser comida.

—¿Qué.. es... eso?—me atreví a preguntar.

—Esto es...

Terminó de entrar. Colocó la bandeja en una de las mesitas de noche situadas al lado de mi cama y sonrió con satisfacción.

—El desayuno.

Parpadeé tres veces con sorpresa. Vaya, nunca nadie me había llevado el desayuno a la cama y menos un desconocido demente con

sonrisa de príncipe de *Disney*.

—¿Por qué... me traes el desayuno?

—Pues porque no has comido nada.

«Algo quiere de ti, Emma. Acuérdate: Mucho amor confunde».

—Isabella me dijo que te gustan mucho los *waffles* con dulce de leche y frutas, así que eso te traje.

Ya en serio, el hombre se veía tan orgulloso de sí mismo que ni siquiera tuvo el valor para protestar. Eso y que mi estómago cobró vida en ese momento, lo que conllevó a que rugiera como un temerario monstruo y yo quedara roja como tomate de la vergüenza.

Matt, naturalmente, no se aguantó las ganas de reír.

—¿Eso fue tu...?

—Me correteaste ayer como un demente recién salido del manicomio y me rogaste que me casara contigo para pagarme un tonto acto heroico—contraataqué como una carretilla.

—Ya—alzó las manos en signo de paz.

Miré los *waffles*. Mierda, se veían deliciosos. Y olían muy bien también. ¿Los habría preparado él? Por supuesto que no, este chico debía tener miles de sirvientes que seguro satisfacían todos sus caprichos.

—Espero que te gusten, es una receta secreta que me enseñó mi madre, así que te agradecería que al final me dejes saber tu opinión.

Santo Cielo, sí los había preparado él. Y era una receta secreta de su madre. Y yo apestaba en la cocina. Y le había salvado la vida. Y él quería pagarme el favor. Y creo que podría lograrlo preparándome de esos olorosos *waffles* por el resto de nuestra vida.

Entretanto yo me petrificaba por saber que estaba en una habitación con un raro espécimen que sabía cocinar, él aprovechó ese momento para tomar un pedazo del *waffle* con un tenedor y depositarlo en mi bocota abierta.

Cerré la boca enseguida y me tapé con una mano para que no se saliera la comida, lo que ocasionó que él volviera a sonreír.

No tuve ni tiempo de sonrojarme otra vez por el momento tan incómodo, porque lo que estaba comiendo... OH DIOS MÍO. Fue como saborear un pedacito de cielo. Un *waffle* preparado por un ángel. No, un *waffle* preparado por el mismo Dios. Era simplemente EXQUISITO.

—Gracias por salvar mi vida ayer—me dijo con una ternura peligrosa—. Soy Matthew, por cierto, pero puedes llamarme Matt.

—¿Por qué?—pregunté con dificultad mientras masticaba. Se me escapó el sarcasmo—: ¿Porque nos conocemos de toda la vida?

Matt frunció el ceño.

—Casi me escupes el *waffle*—contraatacó con un rifle. Entonces sí me sonrojé de la pena—. Y no, la razón es porque todo el mundo me llama así. Además, mi madre me puso el apodo, así que me gusta.

Tragué. Ya había mencionado a su madre dos veces en menos de diez minutos, lo que me confirmó que este chico amaba profundamente a su madre difunta y eso, por desgracia, me llenó de tanta ternura que terminé por tirar toda la guardia al suelo.

Era el momento. El momento apropiado en que debía despejar todas las dudas que tenía respecto a los sucesos pasados.

—Matt—me atreví a llamarlo por su apodo. Él se vio complacido—. ¿Por qué haces un embrollo tan grande de esto?

—Ya te lo dije: debo pagarte lo que hiciste por mí.

—Quiero decir, ¿por qué es tan importante para ti pagármelo? Otro en tu lugar solo me hubiese dado las gracias.

Cortó otro trozo de *waffle* para dármelo directo en la boca. Quería decirle que se detuviera. Que yo podía comer sola. Pero se sentía tan bien que me atendiera así, porque nunca antes ningún hombre lo había hecho, que no pude escapar de tal hechizo.

—Porque tener deudas me aterroriza. Mi padre decía que uno nunca debe tener deudas con nadie y para mí es una regla de vida.

—Pero todo el mundo tiene deudas en esta vida.

—Los Sinclair hacemos el mejor esfuerzo por no tenerlas.

Obvio. Porque los Sinclair eran multimillonarios. Mínimo sudaban el dinero. Debía tener su vida paga y la de sus próximas diez generaciones.

—¿Así que me traes el desayuno a la cama porque sientes que tienes una deuda conmigo?

Asintió con la cabeza. No parecía que hablaba en broma, de hecho, se veía completamente seguro de sus palabras.

—Vaya, Matt—le dije—. En verdad pensé que todo esto era una broma, pero creo que sí hablas en serio.

—¿Por qué crees que hablaría en broma?

—Porque no todos los días le salvas la vida a alguien e insiste que debe pagártelo. Hasta me pediste que me casara contigo.

—Eso te lo dije en serio también.

Solté la carcajada del año. Hasta creo que un pedazo de *waffle* voló por los aires, pero por suerte Matt no se dio cuenta.

—Vamos...—le rogué seriedad.

—Bueno, de acuerdo, no te lo dije tan en serio—su arma mortal se asomó en el rostro. ¿A quién quería engañar? Este chico tenía su encanto—. Pero en ese momento parecía la única forma. Si te tengo a mi lado por el resto de mi vida, podré cuidarte y saldar mi deuda contigo.

—Pero no nos amamos—me encogí de hombros—. No creo que quieras pasar el resto de tu vida con alguien que no amas.

—Prefiero pasar el resto de mi vida con alguien que no amo, que pasar el resto de mi vida pensando que tengo una deuda con alguien. ¿Qué diría mi padre al respecto? Seguro se avergonzaría de mí.

Dos veces mencionó a su difunta mamá y ahora dos veces a su difunto papá. *Houston*, teníamos un problema emocional inminente aquí, pero él aparentaba manejarlo bastante bien.

—¿Y qué diría tu novia respecto a esto? No creo que le guste la idea de que tengas que cuidarla a ella y también a otra chica aleatoria.

—Eso no será un problema porque no tengo novia.

—¿Ah no? ¿Y qué hay de la rubia de la tienda?

—¿Qué rubia y qué tienda, Emma?

—Ay, no te hagas, la cajera de la tienda donde te salvé la vida.

Se cruzó de brazos, confundido.

—No sé qué habrás visto, ni percibido, pero te informo que esa rubia no es mi novia. Solo somos colaboradores.

—¿Qué tipo de *colaboradores*?—sin querer, lo miré con suspicacia.

—Colaboradores *profesionales*—captó mi indirecta. Vaya, vaya, retiro el momento en que dije que era un chico torpe. Teníamos a un cerebritito con pies aquí.

Obviamente yo no le creí mucho. Pero tampoco estaba en posición de ponerme a discutir algo tan tonto. Mis hormonas aún tenían algo de dignidad.

—Bien, te creo.

—Y tú, Emma, ¿tienes novio?

Cachetada de la vida. Estrujón directo al corazón. Muerte de una neurona. Mis hormonas perdieron toda la dignidad que tenían y, como por

un impulso nervioso, llegó a mi cabeza el recuerdo del imbécil que dejé en Seattle.

«Ni se te ocurra llorar, estúpida. NO LLORES».

—No.

Los azules iris de Matt se iluminaron.

—No tendremos problemas entonces.

—Déjame ver si entiendo bien—espeté—. Tú sientes que porque yo salve tu vida, tienes una deuda enorme conmigo que no puedes pagar con dinero, así que quieres pagarla cuidándome de por vida.

Sonaba tan retorcido para mí.

—Sí.

Era todo, sí era un desquiciado.

—Es la única forma que se me ocurre y en vista que te has mudado a nuestra casa, creo que será más sencillo—dijo al mismo tiempo que se levantó de la cama.

Oh, demonios, era verdad. Estaba condenada a vivir en casa de los Sinclair hasta que pudiese pagarme un lugar para vivir por mi cuenta. O me quedaba, o moría de hambre en la calle. Claro que también estaba la opción de regresarme a donde mis padres, pero eso sería ser considerada como una adulta fracasada por el resto de mi vida.

—Ahora, ya que dejamos claro todo, iré a buscar tus maletas.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Perdón?

Pero él ya estaba en la puerta.

—Estoy hablando muy en serio, Emma, dije que te voy a cuidar y a servir, así que iré por tus maletas.

—¡No es necesario, yo puedo...!

Cerró la puerta de un tirón. Me golpeé la frente con ambas manos.

«Buen trabajo, soqueta, debiste haberlo dejado morir», me regañó la parte más oscura de mi mente.



Veinte minutos después, ahí estaba Matt enfrente mío, con las cinco maletas de tamaños variados que traje. Curiosamente lo que más me sorprendió no fue que el chico carecía de sudor tras subir esas inmensas escaleras con todas mis porquerías, o que podía cargar sin dificultad

alguna con ambos brazos todas las maletas como si mínimo fuese un superhéroe de Marvel.

No. A mí lo que me tenía sorprendida era el pecho musculado que omití por completo tenía. Esos músculos pectorales tan definidos que al forzar sus brazos a cargar mis estropajos, se le marcaban tan calientemente en el torso que terminé por morderme el labio sin querer.

—¿Dónde... las...?—su rostro difícilmente se veía por las maletas, pero su pecho... Dios...—. ¿Coloco?

Entrecerré los ojos para lujuriar mejor.

—No, tú sigue cargándolas.

—¿Ah?

Ahí caí en cuenta de lo que estaba haciendo. De inmediato desvíe la mirada a otro lado, uno donde no estuviese su pecho caliente.

Soné mi garganta e hice el mejor esfuerzo por parecer desinteresada.

—Solo déjala ahí y retírate por favor.

—¿Retirarme?—preguntó lleno de confusión. Colocaba mis maletas una a una en el suelo, con mucho cuidado. Si hubiese sido yo las tiraba—. Tienes un montón de cosas y para tu buena suerte, yo mucho tiempo libre hoy, así que te ayudaré a desempacar.

¿HABLABA EN SERIO?

—¿Qué?!—grité sin medir mi tono. Hasta quedé de pie de la indignación—. ¡No! No vas a ayudarme a desempacar mis cosas.

Podía tener un pecho caliente y todo, pero eso no le daba derecho a entrometerse en mi privacidad. A no ser que me mostrara su pecho cal...

«LAS HORMONAS, SOQUETA. Controla las hormonas».

No. De ninguna manera le permitiría ver mi cosas.

—¿Como que no? Claro que te voy a ayudar, salvaste mi vida ayer y...

—Sí, sí, sí...—lo interrumpí—. Ya me quedó clara toda esa mierda, pero son mis cosas y mi privacidad. Así que yo lo haré.

Matt, ni corto ni perezoso, se dispuso a agarrar una de las maletas y abrirla para sacar mis prendas de ropa, ignorando cualquier petición *cordial* de mi parte. Sentí que la sangre llegó a mis orejas y salió en forma de humo. ¡Pero qué tipo más entrometido y testarudo!

—¡Matthew, te exijo que dejes de tocar mis cosas!

Como si estuviese sordo, siguió sacando las prendas de ropa y tirándolas a la cama. Seguido, y riéndose, porque yo tenía cara de payaso, sostuvo otra maleta para hacer lo mismo.

Yo no lo iba a permitir, así que recurrí a lo más sensato que mi cerebro me proponía hacer en un momento tan caótico como este: me subí a la cama y me tiré directo en su espalda. Y él, por supuesto, no se lo esperaba.

—¿Qué haces?!—gritó todavía riéndose.

—HACIENDO QUE DEJES DE TOCAR MIS COSAS.

Escalé en su espalda como pude hasta que mis brazos quedaron amarrados en su cuello. Le estaba dificultando el asunto de desempacar mis cosas y lo sabía. Era una genio, era la mejor idea que alguien tan cuerda como yo pudo tener.

—¿Segura?—preguntó divertido.

Acto seguido, y porque los dioses del espacio sideral me odian, flexionó su torso hacia abajo como si estuviese ejercitándose y yo fuese una pesa en su espalda, lo que hizo que la gravedad me tirara hacia adelante.

Mi grito fue tan horrible como... como el de una gata en sus días especiales huyendo de su terrible destino. Agudo, temeroso, pidiendo piedad. Me deslicé por toda su espalda, pasando por sus hombros, en caída libre hacia el suelo.

Estaba segura que moriría del golpe que recibiría mi cráneo al impactar contra el suelo, pero todo se detuvo en seco. Maldición, qué muerte más rápida y estúpida.

Hasta que la voz de Matt me trajo en sí:

—No pesas nada, Emma.

Abrí un ojo. Un segundo... ¿por qué todo se veía al revés? O sería que...

Grité. Y esta vez mucho más fuerte. Todo se veía al revés porque yo estaba al revés. Matt me tenía agarrada de los pies, lo que ocasionaba que me mantuviera suspendida en el aire.

Es curioso cómo antes de morir la gente piensa en su último deseo o en la última persona que vio. Yo en ese momento lo único que rogaba era: «Que no se me haya subido la blusa, por favor. Que no me vea el sostén, por favor. Es uno de mis peores sostenes, por favor».

Mi cuerpo dio otra vuelta y yo chillé, pero ahora mis pies tocaban

el suelo. Estaba tan asustada que mis párpados cerrados se apretaron como pasitas, como si eso me fuera a proteger de todo mal.

—Emma—otra vez me invadió la melodiosa voz de Matt que no dejaba de reírse de mí y mi intento fallido por llamar la atención—. Abre los ojos, por favor.

Negué repetidas veces con la cabeza. Él sostuvo mis hombros con ambas manos.

—Por favor—repitió.

Lo hice. Pero me arrepentí al encontrarme con algo todavía más mortal que el destino final que pude haber tenido: sus oceánicos ojos, que me miraban llenos de júbilo. Se veían hermosos. Tenían un gradiente radial que iba del azul más oscuro a uno muy claro. Hasta parecía que hubiesen sido pintados con un pincel.

Me quedé mirándolo tan estupefacta, que perdí tontamente la noción del tiempo. Horas antes, esos mismos ojos me aterrorizaban, pero ahora, lo que me aterrorizaba era darme cuenta que me tenían cautivada.

Matt, tan incómodo como yo, carraspeó dándole fin al evidente momento que estábamos teniendo.

—¿Por qué no vas al jardín y ves lo que están haciendo con él?— me dijo, masajeando suavemente mis hombros—. Creo que te gustará mucho, Isabella ha estado coordinando las remodelaciones con mi hermano. Ya sabes, quieren celebrar su boda ahí.

Fruncí el ceño. Era hora de resignarme. Matt dejó claro que sería él quien desempacara mis maletas. Todo indicaba que me había ganado de gratis un sensual sirviente. Porque, maldición, aunque me ardía admitirlo, Matt era sensual.

—Está bien, puedes desempacar mis cosas. Solo no toques esa maleta azul de allá—le dije señalando con un dedo la dichosa maleta.

—No seas tonta, desempacaré todo.

Me dieron ganas de gritar. Argh. Sí, era sensual, inteligente y con un pecho caliente, pero exasperante.

—¡Que no toques esa!—exclamé sulfurada.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

¿Y A ÉL QUE DEMONIOS LE IMPORTABA?

—¡Mi ropa interior!—exclamé, ya en la puerta, con las mejillas ardiendo de lo enojada que me sentía. La abrí de un tirón dispuesta a salir.

—¿Y por qué no quieres que la vea? ¿Tienes agujeros en los...?

Mis ojos se abrieron de par en par, horrorizados.

—¡QUÉ TE IMPORTA!—le grité, seguido tiré la puerta.

No pude evitar patalear en el pasillo como una chiquilla mimada cuando escuché su risotada dentro del dormitorio. Matt me estaba poniendo los nervios de punta y le gustaba hacerlo. Le gustaba fastidiarme aunqueuviésemos pocas horas de habernos conocido. Se sentía en confianza conmigo.

Y yo... yo ya no estaba segura cuál era la forma correcta de sentirme alrededor de él.

—o—

La idea de mí (torpe, con mala memoria y habitando en una mansión enorme), llegando sola al jardín fue exactamente lo que había imaginado: un éxito. Solo bromeo, fue un completo desastre.

Lo único que logré hacer exitosamente fue bajar las escaleras. De ahí en adelante, los pasillos se hacían grandes, difíciles de recordar y lo peor de todo es que justo en ese momento en el que te pierdes en una enorme mansión en la que te acabas de mudar (sí, obvio, sucede todos los días), no encuentras a nadie que te ayude a salir del laberinto.

Durante el recorrido me pregunté cuántas personas vivirían en el lugar. Porque claro, debían ser más que solo los tres hermanos. Debían tener sirvientes también. Y ahora estábamos Isabella y yo, colaborando con la muchedumbre.

También logré admirar profundamente la arquitectura de la casa. Era puro lujo. Solo tenía como una hora en el lugar y ya me sentía diferente. Me hacía sentir como una plebeya en reino ajeno. Isabella, sin embargo, parecía bastante acostumbrada al estilo de vida. Era una princesa lista para reinar este enorme castillo.

Agotada de caminar sin rumbo, me detuve en un salón que parecía ser el de reuniones. Tenía todas las intenciones de sentarme en uno de los sofás, cuya tela combinaba exquisitamente con el resto de la decoración, pero algo capturó mi atención. Algo hermoso.

Un lienzo que se mantenía adherido a la pared de fondo gritaba mi nombre. «Ven, ven a apreciarme», decía con voz seductora.

Me acerqué cautelosamente. Debía tocarla y lo hice. Era una

pintura en óleo, indudablemente. Un trabajo hecho con dedicación, sin apuros, donde un pintor apasionado había depositado su corazón. En ella, cinco miembros de una familia posaban. Tres jóvenes sentados y de pie, un hombre y mujer maduros. Reconocí a Matt y a Joseph, y en el medio de ellos dos, estaba la pelicastaña aleatoria de la mañana. Sí, definitivamente era ella.

Pero entonces eso quería decir que la mujer y el hombre de edad madura eran...

—¿Te gusta?

Salté de la impresión. Me giré rápidamente hacia la voz, y ahí, de brazos cruzados, se encontraba la pelicastaña aleatoria que recién confirmaba era parte de la familia Sinclair.

—Lo siento, no estaba...

—No es problema—me sonrió con la mirada—. Yo también suelo admirarla a menudo. Los extraño mucho.

Sus padres. Se refería al señor y la señora Sinclair, aquella pareja enamorada, orgullosa de sus tres hijos, que habían sido pintados en óleo. Esta chica con la que conversaba era la hermana de Matt y Joseph, no había duda de ello.

—Lamento mucho tu pérdida—murmuré.

Me dedicó una sonrisa. Seguramente era común en su vida escuchar las palabras que yo acababa de decirle. Peor aún, capaz estaba harta de oírlas. Si yo perdiera a mis padres trágicamente en un accidente y todo el que me viera me dijera que lo siente, no creería que lo sienten verdaderamente. Mucho menos si yo fuera una figura pública como los Sinclair. Me daría coraje escuchar esas palabras.

En su lugar, esta chica, que estaba segura me diría mis cuatro verdades en la cara por la personalidad tan pesada que había demostrado en la mañana, se acercó a mí y extendió su mano.

—Soy Jane.

No dudé en estrecharla.

—Emma.

—Sí, conozco tu nombre—rió—. No pararon de decirlo en la mañana.

«Ay, no, trágame pintura».

Examiné a Jane. Teniéndola cerca fue fácil saber que no era tan joven como lo aparentaba a simple vista, pero vaya que era atractiva:

cabello oscuro abundante más abajo de los hombros, piel blanca, oceánicos ojos azules y líneas de expresión que se marcaban sutilmente alrededor de la nariz y al lado de cada ojo.

—¿Te sientes mejor? No quiero que nuestras huéspedes estén enfermas.

—Estoy bien—respondí—. Me desmayé porque no pude desayunar. Pero Matt me llevó el desayuno a la habitación y ya me siento bien.

«¿En serio, Emma? ¿Era necesario que mencionaras a Matt? ¿Han pasado como dos horas y ya te tiene así?»

La sonrisa de Jane fue inminente.

—¿Mi hermanito te llevó desayuno a la cama? Vaya.

«¿Trágame, pintura? Trágame, universo».

—Sí, no es lo que crees, es que, eh...

Ni yo misma sabía qué decir.

—Disculpa que me entrometa, pero—me interrumpió, llevándose el pelo detrás de la oreja con una mano—. ¿Matt te hizo algo? Parecías muy asustada esta mañana cuando lo viste.

Si «algo» cuenta como coquetearme en una tienda, permitir que lo salvara de la muerte y luego corretearme por gran parte de la ciudad pidiéndome que me casara con él porque su cerebro demente estaba convencido de que esa era la manera de retribuirme el favor, entonces sí me había hecho «algo».

—No, no, es eso, yo...

—Por favor no lo juzgues mal—me interrumpió por segunda vez captando mi evidente incomodidad. Yo estaba de lo más nerviosa, pero ella se mostraba serena—. Puede parecer un loco a veces, pero tiene una noble alma humana. Tanto, que a veces me preocupa. Nadie debería ser así de bueno, el mundo es una mierda.

Reí. Jane era totalmente el tipo de persona con la que podría entablar una gran amistad. Era realista, honesta y tenía los pies muy bien puestos sobre la tierra. Mientras Isabella era la madre incondicional a la que puedes llegar a pedir consejo sobre lo correcto, Jane parecía ser la típica amiga que te patrocina los crímenes.

Jane enfocó su atención en el lienzo que teníamos enfrente.

—Creo que ha sido el más afectado por lo de nuestros padres—murmuró recobrando la seriedad—. Fueron tiempos muy oscuros para

todos, ¿sabes? Han pasado casi cinco años desde aquel accidente y parece como si fueran solo cinco días.

El ambiente, que era ligero por las risas recientes, pasó a ser un tanto denso. Fue una manera peligrosa de conocer a alguien, pero para mí significó mucho.

Si hay algo que la vida me ha dado... (no, inteligencia no fue definitivamente), eso fue el poder de la percepción. Jane, por algún motivo que hoy sigo sin saber, quería hacerme parte de la vida de ellos. Desde aquel instante ella confió en que ambas partes podíamos ofrecernos algo valioso.

—Es cierto todo lo que dicen por ahí sobre la pérdida, Emma: te cambia por completo. Perder a un ser querido es perderte parcialmente a ti mismo. Uno nunca se recupera del todo. Y aunque fue un golpe muy duro para los tres, te puedo asegurar que Joseph y yo lo supimos manejar mejor que Matt. Tal vez porque somos mayores.

Tragué. El deseo de saber más de Matt se tornó una necesidad. Conocía a Joseph desde hace mucho tiempo, pero nunca me interesó su vida tanto como ahora me estaba interesando por la de Matt. Había algo... algo en ese joven que despertaba mi empatía.

—¿Qué edad tiene Matt?—pregunté.

—Acaba de cumplir veintiséis. Recién la semana pasado tuvimos una gran reunión familiar para celebrarlo en contra de su voluntad.

Oh, demonios, Isabella me había invitado a asistir con ella a esa fiesta. Le dije que estaba ocupada con un trabajo y lo que en realidad hice fue morir de la pereza en mi cama viendo series en Internet. Solo no quería ser el paracaídas, ¿de acuerdo?

—¿Y qué hay con esa regla de vida de ustedes?

—¿Qué regla? ¿Decirle «sí» a la vida?—se rió—. Ésa es la mía, y te puedo decir, Emma, la cosa no ha salido bien un par de veces.

Reí con ella.

—No, la de no tener deudas con nadie.

—Oh.

Su expresión pasó a ser una muy divertida. Como si hubiese recordado algo maravilloso.

—Es una vieja frase de mi papá: «Si quieres estar en paz, nunca tengas deudas», creo que Joseph y Matt se la toman demasiado en serio. Yo lo veo como que todos en esta vida tenemos deudas, involucren dinero

o no. Quiero a mi papá, pero es una estúpida regla, no la aplico para nada en mi vida.

Bueno, al menos ella también pensaba que era estúpida.

—¿Cómo supiste de ella?—preguntó.

—Matt lo mencionó esta mañana.

—Ah, tal parece que ustedes han estado conversando mucho.

«Más bien peleando».

Me encogí de hombros, avergonzada.

—Un poco.

Suspiró derrotada.

—Ah, mi pequeño Matt. Tan atractivo e inteligente y sin una mujer decente que lo complemente. ¿Te contó que tiene un coeficiente intelectual de 130? Es un maldito genio y ni así tiene novia. Pequeño e ingenuo Matt.

«Tal vez es porque las espanta a todas pidiéndoles que se casen con él».

Quería concordar con ella, pero sin querer terminé fue defendiéndolo.

—Tal vez no está preparado emocionalmente—me sorprendí diciendo—. Tal vez su corazón todavía está roto y necesita unir los pedazos para poder entregárselo a alguien.

Jane se lo pensó durante unos segundos. Unos breves segundos en los que yo, mientras tanto, me percaté que al que acababa de describir no era a Matt. Era a mí misma.

Jane no quiso asentir, ni tampoco negar. No estaba segura qué pasaba en ese instante por su cabeza. Lo único que hizo fue agarrar mis manos y mirarme directo a los ojos, como si fuéramos dos personas de confianza.

Ahí supe que ella no se encontraba bien. Sus ojos destellaban melancolía.

—Ama mucho a tus padres, querida Emma—recurrió al apodo de Joseph hacia mí—. La familia es la dicha más grande del universo. Nosotros ya no tenemos a nuestros padres, pero nos tenemos el uno al otro y lo valoramos mucho.

Dejó ir mis manos. Vio una última vez el lienzo que teníamos enfrente y, sin más, se dio media vuelta dispuesta abandonar la habitación.

Ese día supe varias cosas:

Que mi universo estaba roto.

Que el universo de los Sinclair estaba roto.

Que el universo en sí está roto.

Pero que no por eso, las personas deben estar rotas.

Montaña rusa de emociones

Al llegar al jardín, me encontré con una imagen graciosa: la súper-suertuda Isabella dándole órdenes a tres hombres fornidos que vestían uniformes iguales.

Entre los tres hacían un gran esfuerzo por mover una fuente de cerámica de un extremo del jardín al otro. Y déjenme decirles algo: no se les veía el pecho tan caliente como a Matt.

—¡Eh, eh!—gritaba Isabella—. ¡Se están yendo hacia donde no es, es por acá! ¡No, no...! ¡NO! ¡QUE POR ALLÁ NO!

Oh sí, ella ya estaba convencida que era la reina de este castillo.

Me paré a su lado y pude apreciar otra maravilla más de la Mansión Sinclair: el más hermoso jardín renacentista. Consistía de dos niveles. El primero que se destacaba por hectáreas de un vibrante pasto verde, una gran biodiversidad botánica y un recorrido en un camino de cemento alrededor de ellos.

Hacia el segundo nivel, que era bajando unas escaleras, había una Casa Club: piscina, mesas, sillas y un área para reuniones exitosas.

Isabella notó que estaba boquiabierta.

—Eh, eh, contén la saliva ahí, señorita—me dijo risueña. Luego negó con la cabeza—. Lo sé, es realmente hermoso.

Parpadeé a mil por hora regresando a la realidad.

—¿Cómo hiciste para conquistar a este gran multimillonario?

—Te he contado esta historia un montón de veces, Emma—replicó—. No sabía que tenía tanto dinero así cuando empezamos a salir. Ni siquiera me estaba fijando en eso. Me enteré seis meses más tarde, cuando me trajo a la fiesta de cumpleaños de Jane. Ya estaba profundamente enamorada de él para aquel entonces.

Sus ojos brillaban mientras me recordaba la historia.

—La gente puede pensar que me caso con él por interés—bufó—. Pero no se trata de eso, amo todo lo que es él, con o sin dinero.

«Claro, pero aún así estoy segura que con dinero todo es mucho mejor».

En el fondo, mientras Isabella brillaba con luz propia por su

historia de amor, uno de los uniformados casi dejó caer la fuente. Por suerte ella no se dio cuenta y yo no le diría para no atentar contra la vida del pobre hombre.

—¿Te encuentras bien?

Volví mi vista hacia ella.

—Eh... sí, claro—mentí.

—Vamos, Emma. Estuviste muy inquieta durante gran parte de la noche, hoy te desmayas en la entrada de la casa y luego te horrorizas al ver a uno de los hermanos de Joseph. Puedes decirme que todo está bien en tu vida, pero sabes que no te creeré.

Tragué. Era el reemplazo de mi madre, sin duda alguna. Definitivamente no le podía mentir. Con mi madre real era más sencillo, pero Isabella era una maldita vidente.

—¿Te hizo algo Matt? ¿Por qué te asustaste cuando lo viste?—disparó con su revólver rosa de madre sobreprotectora—. Se honesta conmigo, Emma, sabes que intentaré comprender.

«Lo dudo, Isabella. Verdaderamente lo dudo».

Suspiré derrotada.

—Bien, te contaré, pero debes prometer no decirle nada a Joseph.

—¿Y por qué le diría a Joseph? ¿Es tan malo así?

—Solo promételo.

—De acuerdo, lo prometo.

Tomé aire. ¿Cómo decirle de manera bonita que Matt y yo habíamos sido víctimas de un robo a mano armada donde un ladrón casi lo mata a causa de un disparo en el estómago? ¿Y que yo, tan estúpida como de costumbre, arriesgué mi vida para salvarlo con una caja registradora de metal? ¿Y que encima me fui sin pagar las cintas adhesivas lo que posiblemente me convertía en una criminal a mi también? ¿Cómo contarle que, en este preciso instante, seguramente Matt debía estar desempacando mis bragas rotas porque estaba empeñado en pagarme el favor convirtiéndose en mi sirviente de por vida?

—Ayer...—inicié el relato—. Cuando me pediste que fuera a comprar la cinta adhesiva para sellar las cajas de la mudanza que hacían falta, me metí en la más remota tienda que encontré y Matt estaba ahí. Y bueno, digamos que fuimos parte de un intento fallido de robo donde...

Isabella empezó a sofocarse. Se le notaba en la frente, en una vena que siempre se le inflaba cuando se sentía estresada.

—¿¡QUÉ?!—pegó el grito de su vida interrumpiendo mi patética historia. Al fondo, uno de los uniformados saltó del susto, pero la fuente ya estaba en el suelo—. ¡Cielo Santo, Emma! ¿¡Por qué no me contaste?!

La vena de su frente se veía enorme. Parecía que cobraría vida propia. Demonios, iba a matar a Isabella de un derrame cerebral.

—¡Pero estamos bien!—intenté tranquilizarla—. Solo digamos que... pues que uno de los ladrones le disparó a Matt y pudo haber muerto de no ser que usé una caja registradora de metal para evitar que la bala lo tocara.

—¿TÚ, QUÉ?

Maldición, seguía eligiendo la peor combinación de palabras para dar una mala noticia. ¿Es que existe una buena combinación?

—¡Estamos bien!—repetí fingiendo una sonrisa—. Es solo que ahora Matt piensa que debe pagarme el haber salvado su vida por una estúpida regla de vida que tiene de no deberle nada a nadie y me está tratando excesivamente bien.

Silencio matador.

Isabella se quejó fija, en su lugar, en *shock*.

Moví mi mano enfrente, con la intención de traerla otra vez a la realidad.

—¿Isabella?

Las comisuras de su boca temblaron. Y justo cuando creí que se desmayaría del *shock*, se curvaron hacia arriba. Una risita brotó de sus labios para entonces... soltar la carcajada.

Rió con tanta, pero TANTA diversión, que me sentí ofendida. ¿Es que acaso le parecía divertido lo que estaba diciéndole? ¿Hubiese preferido que Matt muriera en aquella tienda? O peor, ¿que yo muriera y JAMÁS pudiese probar su torta de bodas de cinco pisos? ¡Me moría por probar esa torta!

—Amiga, me estás tomando el pelo—dijo sin mucho aire.

Fruncí el ceño.

—¡Claro que no! ¿Por qué mentiría en algo así?

Isabella se pasó la mano por uno de sus llorosos ojos a causa de la risa. Seguidamente me acarició la cabeza.

—No he dicho que mientes, Emma. Te creo lo del robo y eso—dijo despreocupada—. Lo que no creo es que Matt te esté tratando tan bien solo porque quiere pagarte el favor. Es solo una excusa para

acercarse a ti, querida Emma.

¡Uff! Yo opinaba lo mismo al principio, pero Matthew Sinclair se veía tan aferrado a su ridícula regla de vida. Me daba miedo entablar una amistad con alguien tan demente así.

—¡Ah, vamos, Isabella! ¿Por qué él haría eso?

—¿Cómo que por qué? ¿Acaso ya te viste en el espejo?—sonrió—. Eres preciosa, amiga, le llamaste la atención. Solo está usando la excusa del robo para conocerte mejor.

Mis mejillas ardieron e Isabella lo notó. Es más, hasta creo que quiso aprovecharse de ello para seguir avergonzándose.

—¿No te gustaría salir con él?

¡Já! Ni loca.

—No—respondí cortante.

Isabella volvió a reír. Estaba disfrutando tanto esto.

—¿Por qué no?

¡Porque era un raro!

—No estoy de ánimos para salir en citas en este momento de mi vida—repliqué y no era del todo mentira. Seguía sufriendo en silencio mi rompimiento, aunque ya hubiesen pasado cuatro años. No estaba dispuesta a salir con más nadie hasta superarlo.

La súper-suertuda Isabella arrugó el rostro en señal de enojo. Estaba segura que comprendía mis razones, pero no las compartía.

—Ya olvídate de ese idiota, Emma—regañó—. No te hace bien pensar en él y te aseguro que él se olvidó de ti desde el momento en que te mudaste a Los Ángeles. Hasta creo que ya debió revolcarse con mínimo cinco chicas más desde entonces.

«Gracias Isabella, eso me ayuda mucho en mi superación personal».

—Decidiste quedarte conmigo en Los Ángeles y ambas estamos entrando en una nueva etapa en nuestras vidas. Debes empezar a salir con otras personas, Emma. Yo ya encontré a la persona de mi vida y tú también mereces encontrarla.

En el fondo sabía que mi madre adoptiva tenía razón y quería con toda mi alma hacerle caso, pero mi corazón no parecía dispuesto a sanar. Era un rebelde sin remedio, pero solo porque quería protegerse de recibir más heridas.

Isabella, llena de la ternura que la caracterizaba de vez en cuando,

agarró mis manos. Clavó sus grises ojos en los míos y terminó su sermón con una simple frase que significó todo para mí:

—Llegó tu momento de empezar una vida nueva.



Las palabras de Isabella revolotearon como mariposas en mi mente mientras caminaba de regreso a mi dormitorio.

«Llegó tu momento, Emma»

«Empieza una vida nueva»

«Te mereces encontrar a la persona de tu vida»

Exhalé aire antes de girar la perrilla. ¿Por qué uno no puede simplemente atender a los consejos que te dan los demás? ¿Por qué debes golpearte una y otra vez antes de entender lo que es mejor para ti y aferrarte a ello? ¿Por qué enamorarse sucede en una milésima de segundo y sanar un corazón herido demora una vida entera?

Abrí la puerta. Matt seguía ahí, sentado en mi cama doblando algunas prendas de ropa. Las maletas, incluyendo la azul, descansaban frente a la cama y sobre ésta, reposaba un montón de ropa esperando ser guardada.

Me sorprendió ver que Matt había segmentado la ropa en categorías: pantalones de diario, blusas de diario, pijamas, ropa de eventos sociales, abrigos, zapatos formales (solo eran dos pares, bravo yo, la súper social Emma) y zapatos de diario.

Mmm... así que este chico era el dios del orden.

La ropa interior, por otra parte, no estaba entre las categorías, lo que me hizo sonreír en mi interior. Matt había respetado mi deseo de no tocar la maleta azul. Tal vez no era tan testarudo como yo pensaba.

Cuando se percató que estaba en la puerta admirando su don de poner orden sobre mi desorden, alzó la cabeza para regalarme una cálida sonrisa.

—Regresaste rápido.

Asentí. Y simplemente me senté a su lado para ayudarlo a seguir doblando la ropa. Tampoco era una aprovechada para dejar que lo hiciera todo solo.

—¿Qué tal el jardín?—preguntó.

—Es hermoso. Será la boda del año, definitivamente.

—Sabía que te gustaría.

Un pequeño silencio nos invadió. Uno que pudo haber sido peligrosamente incómodo, pero no lo fue. Todo lo contrario, fue muy cómodo hasta que decidí romperlo con un largo suspiro lleno de melancolía.

—Lamento mucho lo de tus padres, Matt.

Fue el turno de él de suspirar.

—Yo también lo lamento.

—Vi la pintura que tienen en una de las salas de la casa, tus padres se veían realmente enamorados. Y ustedes, inmensamente feliz de ser parte del mismo universo de ellos.

—Sí, así es—replicó—. Pero el universo sigue a pesar que no estén ellos, ¿sabes? Jane, Joseph y yo tratamos de recordárnoslo cada vez que es necesario.

Como dije: universos rotos, pero no personas rotas.

—¿Qué hacías en esa ferretería ayer? ¿No tienes sirvientes que hagan las compras por ti?

Matt rió a carcajadas. Ahí descubrí por qué su risa era melodía para mis oídos: porque si una persona que había pasado por tanto sufrimiento podía seguir riendo de esa manera, el universo entero tiene esperanzas de no seguir rompiéndose.

—No estaba haciendo compras del hogar.

—¿Qué hacías, entonces? ¿Visitabas a la rubia?

—Tampoco, y supera a la rubia ya por favor—replicó con su arma mortal en el rostro—. Estaba supervisando, es mi ferretería.

Oh. Eso explicaba por qué exigía los estados de cuenta a la rubia. Ciertamente, los Sinclair no solo eran dueños de una gran cadena hotelera, sino también de otros negocios alternos. Mmm... ¿qué otros negocios tendría Matt?

—Bueno, de papá en realidad—corrigió—. Cuando falleció, Joseph quería clausurarla. Pero yo no quería clausurar el mejor recuerdo que tengo de mi papá, así que le dije que yo me haría cargo de ella.

Boom, boom, boom. Mi corazón bombeó aceleradamente. Este chico tenía el corazón más tierno que yo jamás había conocido. Estaba a cargo de una diminuta ferretería que seguro no representaba un gran ganancia para él, pero la mantenía por el simple hecho de que pertenecía a su papá.

—¿Qué quieres decir con «el mejor recuerdo»?

—Papá era arquitecto. Construía muebles en su tiempo libre. De hecho, le ayudé a construir muchos de los muebles que están en casa. En un inicio la ferretería era un depósito, pero decidió convertirla en una micro empresa.

Vaya, más razones por las cuales la Mansión Sinclair era tan espectacular.

—Tu papá es mi héroe. Yo casi no paso arquitectura en la universidad.

—Sí, se nota que careces de disciplina en tu vida.

—¡Oye!—me quejé—. Que mis maletas estén llenas de porquerías no significa que carezco de disciplina en mi vida.

—De hecho, Emma, eso es exactamente lo que significa.

Exploté en una carcajada. ¿Cómo era posible? Hasta hace un momento estaba melancólica pensando sobre mi universo roto y ahora reía como si todo estuviese perfectamente bien con mis emociones.

Negando con la cabeza, porque Matt era un experto en contraatacarme, me levanté para buscar otra maleta y seguir desempacando.

—Así que construías cosas con tu papá...—solté sin pensar—. ¿Osea que si quisiera que construyas un librero para poner todas mis novelas, lo harías?

—Claro—ni siquiera titubeó—. Sería más fácil comprarte uno, pero si tu ilusión es que lo construya para ti, entonces puedo hacerlo.

Un segundo, ¿acaso le acababa de dar una idea?

—No, no, no—le negué con la cabeza repetidas veces—. No es ninguna ilusión, se me escaparon las palabras sin pensar, suelo hacerlo a menudo.

—Bueno, Emma, recuerda que estoy pagándote el haber salvado mi vida. Piensa bien lo que vayas a pedirme, porque lo cumpliré sin pensarlo.

Genial, lo último que me hacía falta en mi vida: un genio mágico.

Decidí cambiar el tema para no seguir encendiendo el rancho.

—¿Qué otros negocios tiene tu familia?

—Bueno—replicó—. Joe se dedica enteramente a nuestra cadena de hoteles, por lo que está poco en casa. Yo le ayudo con la administración, pero localmente. Lo bueno de que sea nuestro negocio es

que puedo ayudarle desde donde sea que esté, no es necesario que esté todos los días en la oficina.

Saqué un vestido y lo doblé en cuatro. Eran un vestido que mi mamá, en medio de sus locos días en los que creyó podía tejer, lo tejió para mí. Le costó tantas semanas hacerlo que luego de eso renunció para siempre a tejer.

—A veces visito la ferretería para verificar que todo marche bien —continuó Matt—. Jane, por otra parte, coordina la parte de relaciones públicas y eventos. Además, hace poco lanzó una franquicia de salones de belleza.

Vaya, qué familia tan emprendedora. Y mientras tanto yo comiéndome un cable vendiendo lienzos pintados.

—Eso explica por qué Jane luce tan sofisticada.

—¿Segura de eso? Deberías verla sin maquillaje, se ve terrible.

—Ay, por favor.

—¿Y tú, Emma? ¿Qué haces para ganarte la vida?

Exhalé de mala gana.

—Definitivamente no tener una cadena de hoteles que genera millones al mes, si eso es lo que preguntas.

Matt rió.

—Vamos, cuéntame.

No estaba segura si quería contarle sobre mi vida, porque seguramente me haría ver como una perdedora, pero me sorprendí hablando con fluidez sobre mí.

—Bueno, ¿sí sabes que estudié artes plásticas en *Calarts*?

—Claro, y que eres muy talentosa, según fuentes fidedignas.

—Estoy segura que fue Joseph quien te dijo eso y te informo que solo lo dice para que lo quiera. Soy una principiante en esto. Fue mi madre quien me convenció que debía ser una artista y me ayudó a venir a Los Ángeles a través de un programa de intercambio. Así fue cómo quedé viviendo con Isabella.

—¿Y qué ramas del arte te gusta?

—Ya sabes... pintura, escultura, fotografía, dirección artística en teatro y cine. Me encanta buscarle el lado artístico a la vida, es mucho más divertido que el realista.

Matt asintió.

—Conuerdo—me dijo—. ¿Así que vendes pinturas o algo así?

—Así es.

—¿Y es un buen negocio?

La prenda, que doblaba enérgicamente, cayó de golpe sobre mis piernas tras la pregunta. El sentimiento de ser una perdedora llegó instantáneamente a mí.

—Es... un negocio—repliqué simplemente.

Por supuesto que Matt no se conformó con mi respuesta.

—¿Qué quieres decir con que es «un negocio»?

—Lo que quiero decir es que te sorprendería saber lo poco que gano, pero sobrevivo. Tal vez pruebe trabajando en alguna galería para darme a conocer o quizás simplemente me canse de esto y decida conseguir un empleo real. Uno de esos aburridos donde te pagan mucho dinero por hacer algo que no te gusta.

Matt se levantó. Llegó hasta la maleta más grande que traje conmigo. La sostuvo en brazos hasta la cama, abrió la cremallera y giró hacia abajo. De ella cayó lo que más tengo en este mundo: abrigos. Simplemente nunca son suficientes.

—No es que te conozca mucho, pero no pareces el tipo de persona que renuncia a sus sueños por el dinero.

Ah... Definitivamente no me conocía bien.

Algo resonó de pronto en el suelo. Era el sonido de un metal impactando con la alfombra cara que recubría el piso. Curiosos, tanto Matt como yo, dirigimos la vista hacia donde se había desencadenado el sonido turbio.

Y ahí estaba el culpable: una caja de metal.

Al principio ni siquiera recordaba qué era, pero cuando Matt lo sostuvo y levantó en el aire para mostrármela, me horroricé. ¡Olvidé por completo que tenía eso ahí escondido para que Isabella no lo viera!

—¿Qué es esto?—preguntó él dispuesto a abrir la caja.

Petrificada, porque definitivamente no quería que la abriera, me puse de pie de un salto. ¡¿Cómo olvidé que eso estaba ahí?!

—¡Eh, eh, más ropa interior! ¡No lo toques!—chillé.

—¿En una caja tan pequeña?

Justo cuando se dispuso a abrirla, corrí hacia él. Intenté quitársela, pero mi intento fue patético. Aprovechó que era muchos metros más alto que yo para alzar el brazo de la mano que sostenía la caja, por lo que quedé saltando sin lograr alcanzarla.

—¡Por favor, Matt, te lo ruego! ¡No la abras!

Su rostro se llenó de diversión.

—¿Por qué, linda? ¿Guardas aquí tu hierba?

No sé ni qué fue peor para mi cerebro: que me llamara «linda» o que insinuara que yo fumaba hierbas raras. Eso solo lo había hecho una vez y terminó tan mal que me convencí que la marihuana no me merecía.

Aún así, era la perfecta excusa.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Suéltalo!

No sé si me creyó o no, pero bajó el brazo. Riéndose, me entregó la caja. Yo, exhalando de alivio, la sostuve en mis manos lo más deprisa que pude.

Tan deprisa que no me percaté que estaba abierta y como, por supuesto, el destino me odia, cayeron un montón de objetos que había dentro.

—Oh no—dije.

Me agaché para recoger una de las únicas cosas que no quería que viera, pero fue demasiado tarde. Matt se anticipó y recogió el papel, que en realidad era una fotografía.

Mientras su rostro se llenó de confusión ante lo que sus ojos observaban, yo bajé la cabeza derrotada. Todo se tornaría muy incómodo.

—¿Quién es este hombre?—preguntó volteando la fotografía para que yo la viera. Estaba tan serio que extrañé por un instante sus payasadas.

Le quité la foto de mala gana.

—Nadie.

Y con «nadie» me refería a que en la foto salíamos el patán que dejé en Seattle y yo, besándonos.

Matt se cruzó de brazos.

—Pues para ser nadie, tus labios se ven muy complacidos—contraatacó enojado.

¡Pero qué descaro! ¡Yo debía estar enojada, no él! Y de hecho, sí lo estaba. Estaba muy enojada por entrometerse de esa manera en mi vida.

—Dijiste que no tenías novio—reclamó.

—No tengo.

—¿Entonces quién es?

«Ya, Emma, dile la verdad. Ni que fuera tan malo».

—Un primo.

«O puedes mentir, claro. Porque Matt es idiota y te creará».

—¿Un primo? ¿Te besas con un primo?

—¡Es escocés! ¡Es parte de su cultura!

—Emma, ¿así de idiota me veo?

«Te lo dije. ¡Argh! ¡Cállate subconsciente, solo cállate!».

—Emma—insistió Matt.

Suspiré derrotada.

—Es alguien de mi pasado.

—¿Un ex-novio?

Mi corazón se estrujó. Dolió tanto mi pecho que advirtió que las lágrimas vendrían pronto.

—Tal vez no sea ex... tal vez podamos volver.

Cielo Santo, qué desdichada. Todo estaba mal: haber guardado las fotos, haber traído esa caja conmigo, habérsela ocultado a Isabella, haberla usado durante todo este tiempo como un método para no reconstruir mi universo, porque tenía la opción de hacerlo y no quería.

—¿Hace cuánto que rompieron?—cuestionó Matt.

—Cuatro años.

Un pequeño grito salió de la boca de Matt.

—¿¡CUATRO AÑOS?!—entonces bajó la voz para decir—: ¿Y conservas esa foto? ¿Es en serio? ¿Qué más conservas de él?

Seguido, me quitó la caja de las manos. No tenía derecho alguno, pero a ese punto, dolorosos recuerdos de mi primera relación amorosa azotaron mi mente. Ya no tenía fuerzas para seguir ocultando mi tristeza.

Matt sacó una a una las cosas de la caja: un dije, más fotografías, entradas de cine, basura que tenía de los lugares que visité con mi ex-patán y lo peor, la servilleta de la discordia, una que, en una caligrafía horrenda, decía...

—«Te amo, Emma»—leyó Matt.

Mis ojos se cristalizaron. Las lágrimas vendrían pronto.

Mientras tanto, el rostro de Matt me lo dijo todo: entendió qué ocurría y se sentía decepcionado por la situación.

—Esa fue la primera vez que me lo dijo—expliqué.

—¿En una servilleta?!

—¡Sé que lo dijo en serio!

—Oh por Dios, Emma, eres miserable.

Estaba siendo muy cruel, pero no pude culparlo. Lo era, era muy miserable. Es de miserables tener la oportunidad de superar un corazón roto, pero no hacerlo por miedo a seguir adelante.

Exhalé la última bocanada de aire que me quedaba y con él, mi fortaleza se esfumó. La razón por la que guardaba todas esas cosas era porque mi corazón conservaba una pequeña pizca de esperanza. La esperanza de que volvería a encontrarme con mi ex-novio y que cuando eso sucediera, le mostraría todos nuestros recuerdos para que recapacitara sobre nuestra relación.

Lamentablemente la pequeña pizca de esperanza terminó por convertirse en una obsesión. Un filoso cuchillo que me cortaba cada vez que abría esa caja y me impedía sanar mis heridas.

Cabizbaja, con el alma y corazón rotos en mil pedazos, me senté sobre mi cama. Matt, sabiendo que había sobrepasado la raya, exhaló y se sentó a mi lado. Guardó la servilleta y la foto en la caja, para luego colocarla sobre mi mesa de noche.

—¿Al menos te lo volvió a decir después de haberlo escrito en esa servilleta?—preguntó con voz suave, llena de compasión.

Fue todo para mí cuando me respondí internamente:

«No».

Así, sin querer, las lágrimas brotaron de mis ojos. Primero despacio, como si tantearan si era seguro recorrer mis mejillas y luego, cuando se convencieron que lo era, salieron a una velocidad que no pude controlar.

Matt, viendo mi reacción, no tuvo necesidad de preguntar por segunda vez.

Estaba muy concentrada llorando como la magdalena de cabello rojo mal pintado que era cuando, repentinamente, sentí un toque en mi mano. Fue sutil, inseguro, pero adquirió tanta seguridad que se convirtió en la mano de Matt agarrando la mía.

—Emma, mírame.

Lo hice. Debía verme como un monstruo lleno de mocos, pero lo hice.

Con su otra mano, Matt se atrevió a secar mis lágrimas.

—No llores—pidió cálidamente—. Lamento haber sido tan duro contigo, pero debes admitir que esto es retorcido y te hace daño.

Solo pude asentir con la cabeza.

—Pero está bien—continuó. Sus labios se curvaron hacia arriba—. Creo que ya sé cómo te pagaré la deuda que tengo contigo por haber salvado mi vida.

Mis llantos cesaron. De repente ya no me sentía dolorida, sino confundida.

—Es obvio que tienes el corazón roto. ¡Desde hace cuatro años!

Sonreí. Con el rostro como el de una pasita arrugada, pero lo hice.

—Así que esto es lo que sucederá.

Así, lleno de la seguridad que lo caracterizaba, inició su monólogo:

—No hay forma de que alguien pueda vivir tranquilo con el corazón tan roto como tú lo tienes. Eso no es felicidad, es una prisión. Tú salvaste mi vida ayer y ahora yo salvaré la tuya. Me encargaré de que vuelvas a ser feliz.

Eh, *okay*. No estaba segura si verlo como algo tierno o como algo típico de alguien que consume un hongo raro, pero decidí no interrumpirlo.

—Solo necesito que me pases la factura—sonrió—. La factura de tu corazón. Yo me encargaré de pagarla.

Seguidamente, con la cursilería activada, agarró la caja y sacó la fotografía. La rompió. Agarró la servilleta. La rompió también. Agarró mi corazón. Lo romp— no esperen eso no. Pero así se sintió, porque así se siente cuando estás a punto de ser liberado: duele como el demonio, pero solo porque viene la purificación.

Matt tiró los restos dentro la caja y la cerró.

—Me llevaré todas estas cosas y me encargaré que jamás las vuelvas a ver. Y no te preocupes, no le diré nada a Isabella. Será nuestro pequeño secreto, con tal de que prometas poner de tu parte. ¿Lo prometes, Emma?

Asentí con la cabeza.

Entonces sentí que mi corazón era un montaña rusa de emociones, que ascendía y descendía con cada palabra del monólogo de superación de Matt. En ascenso, lideraba la esperanza. En descenso, oprimía el miedo.

—Y yo, Emma, te prometo que...

Bajada, subida, bajada...

Matt volvió a agarrar mi mano.

Subida...

Sus azules ojos brillaron sobre mis ojos café.

Subida...

Apretó levemente.

Subida...

—Voy a sanar tu corazón.

Y desde ese día nunca dejó de subir.

¿Tenemos un trato?

Mi primera noche en la Mansión Sinclair fue sencillamente hermosa.

Y con «hermosa» me refiero a que logré dormir profundamente. Fue un sueño casual, reparador, donde una Emma llena de júbilo corría alrededor de girasoles, unicornios, arcoiris y un Matt con el torso al aire rompía la fotografía de su ex-patán para luego abrazarme y saltar juntos riéndonos.

Espera, ¿QUÉ?

—¿Y tú qué demonios haces en mi sueño?—dije aprovechando el momento de lucidez—. ¿Y por qué estás semi-desnudo?

Pero él no reparó en mí. Siguió saltando con su arma mortal en el rostro al mismo tiempo que los papelitos triturados de la fotografía caían sobre nosotros como si fuese una pequeña llovizna de esperanza.

«Pásame la factura tu corazón», me decía entre brincos.

«Yo la voy a pagar», continuaba con el monólogo.

«*Toc toc toc*», salió de su boca.

Bueno, eso sí no fue normal.

«*Toc toc toc*», resonó más fuerte a nuestro alrededor.

¿Y ese ruido? ¿Alguien tocaba una puerta? ¿Pero qué puerta? ¿Sería la puerta de mi corazón? ¿O la puerta de...?

—¡Emma, despierta!

Abrí un ojo débilmente. ¡Qué tonta! ¡Era la puerta de mi habitación! Alguien la tocaba insistentemente sin saber que eso podría desencadenar mi malhumor mañanero. ¿Pero qué hora sería? ¿Por qué todo estaba tan oscuro? ¿Y quién osaría en irrumpir de esa manera en mi sueño?

La puerta se abrió de golpe y mis ojos hicieron lo mismo.

—Despierta, Emma—se reflejó de pronto la imagen de Matt apareciendo entre tanta oscuridad.

Parpadeé una vez, dos veces... y luego...

Los cerré.

—Maldición, Isabella tenía razón. Eres una roca cuando duermes.

La voz de Matt continuó esparciéndose en medio del silencio que reinaba. Ni siquiera supe qué dijo, porque estaba más concentrada dejándome inducir por las hermosas telarañas de Morfeo, el dios del sueño.

Todo estaba volviendo a ser tan hermoso con los girasoles y unicornios hasta que... ALGO EXTREMADAMENTE BRILLANTE PENETRÓ EN MI CAMPO DE VISIÓN.

Volví a abrir los ojos. Matthew Sinclair se mantenía de pie en la ventana de mi dormitorio, acompañado de una risita malévola, tirando a un lado las cortinas que me protegían mi espacio de la luz del día.

Demonios, no me había quedado dormida con los ojos abiertos. Matt estaba ahí presente tratando de despertarme. Traía puesto unos pantalones que le llegaban un poco más abajo de la rodilla, una sudadera y zapatillas que brillaban igual o más que el sol que me destruía la córnea.

—No puede ser—susurré incrédula.

¿Pero qué rayos quería? ¿Y quién se creía que era para entrar así a mi habitación? ¿Unas pocas horas del día anterior hablando de nuestros sentimientos y ya pensaba que podía entrar a diestra y siniestra en mi espacio personal?

—Buenos días, Emma. ¿Ya te desp...?

Agarré la sábana y la tiré hasta arriba para cubrirme con ella antes que él pudiese terminar su oración. Me quedé dormida y ni siquiera escuché el final de su pregunta. Lo sé, es un don.

Y de pronto...

¡Unicornios, son uste...!

La sábana se desprendió de la nada de mi cuerpo trayéndome a la triste realidad una vez más. Matt se encontraba ahora en la parte inferior de mi cama, con mi sábana siendo agarrada por sus manos y un rostro muy serio.

¡¿Pero qué...?! Ahora sí que no podía con este soquete.

—¿PERO QUÉ TE PASA?—grité alzándome un poco.

—Es hora de despertarse, Emma.

Aproveché para echar un vistazo al reloj digital de una de las mesitas de noche: 6:17 a.m. ¡Oh, por Dios! ¡Este chico quería matarme privándome de mis horas de sueño!

—Vamos, arriba, arriba, arriba—insistió.

—¡Estás loco! ¡Son las seis de la mañana!

—Lo sé, es muy tarde—agarró uno de mis pies y tiró de ellos.

«Oh, no, no, ni se te ocurra, amigo».

Conociendo perfectamente esa técnica sucia, me encogí de prisa hasta quedar en posición fetal. Y mis brazos, ni cortos ni perezosos, agarraron el respaldar de la cama lo más fuerte que pudieron.

—¡Ah! ¡Con que te haces la difícil!

Cerré los ojos. ¡Já! Ni loca permitiría que ese inepto me sacara de lo máspreciado que tengo en la vida: mi cama. Aunque bueno, técnicamente ésta no era mi cama de siempre, ¡pero ese no es el punto!

Las manos de Matt sostuvieron mis pies por segunda vez.

—Tenía la esperanza de no llegar hasta esto, pero...

Mi grito fue inminente cuando sentí que una fuerza indescriptible concentrada en mis pies me arrastraba hacia abajo. Las manos de Matt tiraban tan fuerte hacia atrás y yo me deslizaba sin remedio por todo el colchón.

Divisé el suelo enfrente mío, y el inepto de Matthew Sinclair ni siquiera se esmeró en atraparme. Es más, se quitó para darme paso a besarme con la alfombra.

Sentí que me asfixiaba entre tanta lana (sin contar que posiblemente me había desayunado una buena parte), así que giré mi cabeza hacia un lado descubriendo nuevamente la luz.

Y ahí, agachado a mi lado, estaba Matt con una sonrisa de complicidad.

—Si vas a ser feliz, necesitas un corazón saludable. Así que hoy empezaremos el día trotando.

No podía ser. Este inepto me había despertado a las seis de la mañana con la esperanza de que 1) me iba a despertar, 2) saldría a trotar con él.

Pobre iluso.

—No es como que quiera arruinar tus sueños y esperanzas—susurré—, pero no puedo salir a trotar contigo hoy. Ni mañana. Ni pasado mañana.

«Ni lo que me queda de vida», pensé, pero no se lo dije.

—¿Por qué?

«Porque la pereza me consume», pensé. Pero tampoco se lo dije. Más bien opté por buscar una excusa creíble.

—Porque no tengo zapatillas.

¡JA! Sí, esa fue buena, Emma. Y bueno, digamos que no era mentira, en verdad no tenía ni un par de zapatillas para trotar. Primero porque odiaba trotar, segundo porque odiaba ejercitarme y tercero porque estaba convencida que jamás saldría de mi zona de confort en la cual hacer ejercicio representa una aberración.

—Mmmm...—murmuró Matt—. Les pediremos prestados unos a Jane.

—Pfff... ¿has visto lo hermosa y alta que es Jane? Debe tener los pies enormes, seguro no me quedarán.

El ceño de Matt se frunció. Su expresión decía por todos lados: «Sé lo que intentas y no lo permitiré»

—A Isabella, entonces.

Mi sonrisa fue de pura maldad.

—No tiene tampoco. Como estuvimos en proceso de mudanza las últimas semanas, tuvimos que deshacernos de todo lo que no usábamos. Y las zapatillas, pues, lamentablemente...—no, no era para nada lamentable—. Estaban entre esas cosas. Así que ni Isabella y yo tenemos zapatillas. ¡Qué desgracia!

No sé si Matt me creyó, pero estoy casi segura que sí porque se quedó sin habla. Seguido, se llevó una mano a su barbilla y, pensativo, la frotó por unos cuantos segundos. Unos cuantos segundos en los que yo, naturalmente, me felicité por tan inteligente coartada.

De repente chasqueó los dedos. Asustada, lo miré con mi siempre útil expresión de «¿Eres un loco o te estás haciendo el loco?».

Sacó el teléfono móvil del pantalón de trotar, tocó unas cuantas veces sobre la pantalla y se lo llevó al oído.

—¿Pero qué...?—pregunté.

—¡Hola Will!—exclamó Matt callándome con una mano.

¿Will? ¿Quién demonios era Will?

—¡Sí, sí, perdona, de verdad disculpa la hora!

Ah... con él sí se disculpaba por la hora. Pero a mí que me partiera un rayo.

—No, te juro que es una emergencia—se rió nervioso—. ¿Podrías traerme un par de zapatillas de mujer en talla ocho?—miró a mis pies—. Mejor que sea siete y medio.

Me golpeé la frente con una mano. Primero que todo, necesitar

zapatillas a las seis de la mañana no es una emergencia y segundo, ¿éste qué era? ¿Ortopeda? ¿Cómo pudo saber mi talla con solo mirar mis pies?

—¿Color? Mmm...—volvió a mirarme—. ¿Qué color te gusta?

—Ni siquiera pienses que te diré cuál es mi color fav...

—Azul.

Me petrifiqué y él lo notó, pero se enfocó en la conversación. Efectivamente ése era mi color favorito. ¿Pero cómo lo supo?

Matt ni siquiera se inmutó en despedirse del tal Will. Sencillamente introdujo el teléfono en su pantalón y sus oceánicos ojos volvieron a mí.

—¿Qué?—preguntó cuando me vio en *shock*.

—¿Cómo supiste que ese es mi color favorito?

Su arma mortal brilló en su rostro como diamante en bruto.

—No lo sabía. Me lo acabas de decir con tu expresión.

Así, sin más, se dirigió a la puerta dejándome mucho más atónita de lo que una persona atónita podía estar dentro de las posibilidades de lo atónito (*tomado del libro "Frases filosóficas de Emma - parte uno"*).

—Debido a este inconveniente, empezaremos un poco más tarde hoy—dijo a mi cuerpo carente de vitalidad al mismo tiempo que abría la puerta—. Pero no te escaparás de ésta, Emma. Tenemos cinco kilómetros que trotar.

Dudé que alguien trajera zapatillas a las seis de la mañana.

Dudé que yo lograra trotar cinco kilómetros ese día.

Dudé que podría recuperar mis signos vitales pronto.

Pero una cosa fue indudable:

Matt había empezado a analizarme.



Para la buena suerte de Matt y definitivamente la mala mía, Will sí llegó. Lo supe porque tan solo diez minutos después del *shock* del psicoanálisis, el timbre sonó tan fuerte que me devolvió mis signos vitales.

Corrí fuera de la habitación directo a las escaleras para espiar. Diría que no soy chismosa, pero vaya que lo soy. Y es que debía comprobar con mis propios oídos supersónicos que Matt no mentía en relación al asunto de las zapatillas y trotar cinco kilómetros.

Un poco lejano, pero lo suficiente para chismorrear, se veía a Matt animado abriendo la puerta principal de la casa, lo que descubrió una magistral imagen: el cabreo personificado en hombre con una caja de zapatillas en las manos.

El hombre que tenía enfrente era de piel canela y su porte era similar al de Matt: alto y robusto, pero sin nada de cabello, tanto a nivel de cabeza como rostro.

Debajo de sus ojos, unas enormes ojeras parecían formarse. ¡Oh! Claramente Matt lo había sacado de la cama también.

—¡Hola Will!—exclamó Matt. Golpeó su hombro con un puño—. Pero qué rápido llegaste, hermano.

Pero Will no le correspondió con el mismo ánimo. Se veía realmente fastidiado.

—Matt, son las jodidas seis y media de la mañana.

Los hombros de Matt se encogieron.

—Te pagaré el doble de lo que cuestan, lo juro.

—No, Matt, mírame al rostro.

Matt no obedeció. Hizo un ademán por intentar quitarle la caja a Will de las manos, pero éste lo amagó. Me mordí el labio para no soltar la carcajada.

—MÍRAME AL MALDITO ROSTRO, MATT.

Los hombros de Matt cayeron derrotados. Entonces hizo lo que Will le pedía.

—¿Es por una chica, cierto?

—¿Qué? Claro que n...

—¡Ah! Sí es por una chica.

Hubiese dado lo que fuera por ver la expresión de Matt en ese momento. Yo no lo conocía tanto como para descubrirlo en una mentira, pero deducía que Will debía ser alguien de confianza para él como para tratarlo de tal manera.

—¿Qué es? ¿Una nueva novia?

—No.

—¿Ya estás saliendo en citas?

—No.

—¿Durmió contigo?

—¡NO!—exclamó Matt—. Y a todo lo indecente que estés por preguntarme, la respuesta es no y siempre será no. Estoy devolviendo un

favor, es solo eso.

El semblante de Will cambió por completo. Sus ojos, sumamente apagados por el sueño, adquirieron un brío incomparable, como cuando te regalan algo que siempre quisiste. Soltó una risa de victoria, para luego tirarse encima de Matt y abrazarlo.

—¡Estoy tan orgulloso de ti, hermano!

Matt se veía tan confundido que no pude evitar sentirme feliz al respecto. La vida se estaba vengando de él por despertarme tan temprano. Así es, señoras y señores, el karma trabaja de formas misteriosas, pero nunca se equivoca.

—Toma la caja y no me vuelvas a llamar más nunca a las seis de la mañana—se separó para entregarle la caja con las zapatillas—. Esta va por mi cuenta porque se trata de una chica, espero que le guste a...

Will no siguió hablando. Esperaba que Matt respondiera.

—Emma.

¿NO SE PUDO INVENTAR OTRO NOMBRE?

—¡Emma!—dijo Will—. ¡Al menos dormiste con una chica con un nombre herm...!

Matt tiró la puerta en la cara de Will antes que pudiese terminar. Supe que era hora de que yo también huyese. Así lo hice.

Intenté con todo lo que tengo dentro de mí no reírme y parecer como que no hubiese escuchado nada, pero supe que había fallado cuando Matt llegó a mi dormitorio y dijo:

—Te escuché corriendo a la habitación.

Golpee la cama tras reír a carcajadas.

—Eres increíble, Matthew Sinclair. Me acabas de conseguir un par de zapatillas a las seis y media de la mañana.

Matt me entregó la caja.

—Sí, bueno, Will tiene una tienda deportiva a unas pocas cuadras de aquí, y me debía un favor.

—Pues qué exitosos ustedes.

Entonces me tiré contra la cama de nuevo completamente segura que si hacía un segundo intento, podría volver a dormir y disfrutar de los unicornios. Eso hasta que Matt se exaltó.

—¡Oye, oye!—exclamó agarrando mis pies—. ¡Dormir no te hará feliz, ve a cambiarte, tenemos cinco kilómetros que trotar hoy!

Quejumbrosa como la joven de carácter podrido que soy, me

levanté de la cama. Caminé hasta el baño.

—En realidad, Matt—dije en la entrada—. No hay nada que me haga más feliz que dormir.

Él no me pudo debatir porque justo cuando estaba por hacerlo, le cerré la puerta. Reí en mi interior.

Matt era lindo. Un demente, tonto, irritablemente madrugador, portador del trastorno obsesivo compulsivo...

Pero era lindo.



A las siete de la mañana, el recibidor de la Mansión Sinclair era todo un espectáculo. Era todavía mejor que a las nueve de la mañana, que fue cuando llegué el día anterior, porque se estaba dando la mejor iluminación del día.

Solo por eso, estaba agradecida de haberme despertado temprano durante ese domingo donde, de no ser por Matt, debía estar babeando entre mis sábanas.

Lo único malo era que tenía tanto sueño que si me descuidaba seguro me caía dormida encima del césped y Matt no estaba, porque minutos antes me había dicho que tenía que buscar algo en la cocina.

Y hablando del rey de Roma...

—¿Lista?—me preguntó de pronto a mis espaldas.

Asentí.

—Bien, toma esto.

Su brazo apareció a mi lado como por arte de magia. Su mano sostenía una gran y roja manzana que me hizo voltearme automáticamente para verlo con mi mejor rostro de confusión.

—Cómetela antes de que iniciemos—ordenó—. No quiero que te desmayes de nuevo y menos porque tienes cero experiencia ejercitando tu cuerpo.

¿Cómo lo supo? ¿Así de predecible era? La verdad era que la mayor parte de mi vida había sido delgada, los dioses del espacio sideral me bendijeron con un metabolismo rápido.

Sin protestar, porque seguro me iría peor si lo hacía, recibí agradecida la manzana. Comí de ella instantáneamente. Estaba deliciosa, no se sentía como las manzanas de baja calidad que comprábamos

Isabella y yo al hacer las compras del hogar. Alguien en la Mansión Sinclair tenía mucha experiencia eligiendo manzanas.

Entretanto devoraba la manzana elegida por el experto de las manzanas, un leve cosquilleo inesperado recorrió mi cuello. Mi cabello se alzó.

—Trotaremos mucho, no querrás empaparlo—reveló Matt sus intenciones sosteniendo fuerte mi cabello en una coleta.

Sonreí tímidamente.

—Piensas en todo, ¿eh?

Sentí su boca cerca de mi oído.

—Te sorprenderías—susurró.

La explosión de hormonas fue inevitable. Mis mejillas se calentaron sin remedio alguno, lo que me fastidió en gran medida. ¿Cómo era posible que alguien que tenía horas de conocer hubiese logrado tener tal efecto en mí?

«Basta soqueta, controla tus hormonas».

—¡Vamos!—gritó Matt.

Ya se encontraba muy alejado de mí, estirando las piernas.

¡Pero qué confuso era todo! Hasta hace un momento estaba convencida que este chico quería conquistarme por la forma tan cautivadora en la que me sonreía y la ternura con la que me trataba, pero cuando optaba por tratarme con tal frialdad como la de ahora me venía nuevamente a la cabeza el desquiciado que solo quiere cumplir con una estúpida regla de vida referente a las deudas.

Me auto cacheteé internamente. Debía volver a la realidad antes que él se diera cuenta que tenía una lucha interna.

—¿Te vas a quedar ahí parada?! ¡Ese no es el trato!

Apreté los puños. Adiós explosión de hormonas. Hola raciocinio.

—¡YA VOY!—le grité de mala gana.

Solo hice correr hasta su lado desde la puerta principal y ya sentí como que un pulmón se me quería salir. Él, en cambio, se veía sereno.

Ni siquiera me dio tiempo de terminar de estirar el cuerpo, cuando empezó a trotar solo. ¡Pero qué hombre más acelerado! Su personalidad empezaba a fastidiarme. Sin embargo, sin pensarlo mucho, aceleré el paso para alcanzarlo.

Mientras trotábamos por los hermosos suburbios de Beverly Hills, me atreví a mirar a Matt de vez en cuando. Trotaba a buen paso y

respiraba sin dificultad. Apostaría mi pulmón sin condición física que se ejercitaba todos los días.

Aparte de eso, se veía muy pensativo. ¿Qué tanto tendría en su cabeza? ¿Su trabajo? ¿Cómo generar más millones? ¿La amiga rubia de la ferretería con la que tenía encuentros casuales? ¿Cómo seguir torturando a Emma con esto de hacerla feliz de por vida?

Respiré pesadamente. Me estaba quedando sin aire. Odiaba ejercitarme, pero tuve que admitir que hacerlo con compañía no era tan fastidioso y menos con un paisaje como el de esa mañana. Palmeras, el azul puro del cielo, lujosas veredas y cálidos rayos de sol eran solo algunas de las cosas que conformaban el paisaje californiano perfecto para estar saludable.

Toda mi visión hermosa se fue a la mierda, cuando Matt rompió de pronto el mágico silencio.

—Regla número uno para ser feliz, Emma—musitó—: “Trata a tu cuerpo como se le merece”.

Alcé una ceja.

—Mi cuerpo merece dormir.

—En realidad tu cuerpo merece ejercitarse—debatí—. Está científicamente comprobado que ejercitarse al menos siete minutos al día te hace más feliz. Trotar te brinda un sentimiento de libertad que ningún otro deporte brinda.

¿En serio? Yo no me sentía libre. Me sentía cansada.

—Si porque...—jadeé. Estaba llegando a mi límite—. Secretas endor... endorfinas y otras porquerías que te hacen sentirte feliz. Lo sé, lo... lo...

Ay no, me iba a desmayar.

—Lo dice todo el mundo—terminé.

Matt dejó de trotar. Logré captar una débil sonrisa en su rostro que se esfumó enseguida de mi vista al pasar su mano por su cabello para tirarlo hacia atrás. Lo tenía empapado, lo cual lo hacía parecer más largo de lo que era.

Maldición, se veía sensual.

Oh no, explosión de hormonas.

Auto cachetada.

—¿De qué te ríes? Hablo en serio—le dije deteniéndome.

—¿Siempre eres así?

Parpadeé, confundida.

—¿Así cómo?

—Odias todo—soltó sin rodeos.

Quise responder, pero se me enredó la lengua. La única que se atrevió a decirme eso una vez fue Isabella, pero porque ya le tenía la paciencia colmada con mis chistes oscuros. Desde entonces la empecé a respetar.

—No, yo no...—negué, pero terminé suspirado—. Sí, la verdad siempre soy así.

—Bueno, entonces tendremos que cambiar eso también.

Aspiró aire de golpe y siguió trotando. Yo, por otra parte, decidí rendirme. Esto no me estaba ayudando para nada, menos si mi compañero repentinamente decidió echarme en cara mi odio hacia todo, lo cual no era mentira, pero tampoco era agradable admitir.

—¡Oye!—me gritó Matt desde la distancia.

Volvió hacia mí. Tuvo que agacharse para alcanzar mis ojos, que se mantenía escondidos al estar cabizbaja.

—¿Qué ocurre? Todavía nos falta un kilómetro más. Tú puedes, Emma.

Afgh, el decir «vamos» o «tú puedes» no da más fuerza de voluntad, ¿cuándo lo entenderá la gente?

—Lo siento, Matt, pero trotar en la mañana no me está haciendo más feliz.

—Pues te hará muy feliz lo que hay al final de la jornada.

No le creí, pero supe que no tenía más opción que seguir trotando. O al menos intentarlo hasta que se me saliera el pulmón.



Tras detenernos frente a un diminuto local, leí con dificultad el letrero:

—*Caffe Luxxe*.

Mmm... ¿cafetería italiana? Traté de leer también el slogan en mi mente, pero mi italiano era tan pésimo que mejor ni siquiera intentaba leerlo en voz alta.

—Ven—me dijo Matt.

Sin pedir permiso, agarró mi mano para tirar de mi cuerpo hacia el

interior del local. Y a mí por supuesto que casi se me sale el corazón de los nervios. ¡Santo Cielo! Lo sabía, no podíamos tener contacto físico si quería vivir para la boda de Isabella y Joseph.

Matt eligió una mesa al azar, en la cual tomamos asiento. Estará demás decir que el atrevido no me soltó la mano hasta que llegamos allá.

Examiné el lugar rápidamente. Estaba vacío, era pequeño, blanco y de las paredes colgaban algunas piezas de un famoso pintor que reconocí de inmediato: Giuseppe Abbati. Oh, buen gusto *Caffe Luxxe*, buen gusto.

Lámparas con forma de cono colgaban del techo y tres o cuatro estantes se veían a lo largo del local donde se exhibían bolsas de café y frascos de mermelada de todos los sabores.

—¡Hola Matt!—una voz femenina nos sobresaltó.

Era una mesera, muy animada si me permiten decirlo. Alta, de piel blanca, cabello rubio, portadora de un vestido blanco muy corto que acompañaba con un delantal rojo.

—¡Hola! ¡Buenos días!—correspondió Matt.

Y, ni corto ni perezoso, se puso de pie para intercambiar un beso en la mejilla con ella. Afff, hombres.

—¿Cómo va todo? ¡Tiempo sin verte por aquí!—le dijo la mesera.

Matt regresó a su asiento a mi lado.

«Sí hombre, mejor así. Abusas de tu gusto por las rubias».

—Ah pues, he estado muy ocupado últimamente. Ya sabes, con el negocio de la familia y ahora con todo esto de que mi hermano se casa.

—¿En serio? ¿Joseph se casa? ¡Vaya, qué buena noticia! Todos pensamos que tú te casarías primero.

La joven rió. Pero lo hizo con tal ineptitud que sentí un poco de lástima por ella.

«¿Ineptitud? Yo la vi reírse normal, la que me da lástima eres tú que te mueres de lo celos», disparó mi subconsciente con un revolver. ¡Eso no era verdad! ¿Pero qué demonios? ¿Y esta qué se ha creído para hablarme así?

—¿Y quién es tu amiga? No me la has presentado.

Momento incómodo en tres... dos... uno...

—Ah, sí esta es...

No lo dejé terminar. Tuve un impulso nervioso totalmente fuera de lugar que me hizo levantarme en automático de la mesa para extender mi mano y presentarme. Pero lo que salió de mi boca... Santo Cielo, fue

todavía más fuera de lugar:

—Emma Bennett, soy su novia, mucho gusto.

Mierda, no, eso no había sido un impulso nervioso. Había sido un escupitajo nervioso. ¿Qué fue lo que me pasó? ¿Por qué dije eso? ¿Tantas ganas tenía de tirarle abajo a esa chica las esperanzas con Matt? Porque era obvio que le interesaba.

La joven balbuceó, impresionada. Al menos cumplí con mi misión.

Miré de reojo a Matt. Estaba petrificado. Nadie se había esperado esto, ni siquiera yo misma.

—No sabía que...—intentó decir la mesera.

Sonreí con satisfacción.

—¡Lo sé! Matt es tan reservado que nunca dice nada, pero ya teníamos tanto tiempo siendo amigos y gustándonos, que era hora de...

«Cállate, Emma, cállate ya por amor a ti misma».

—¿De formalizar?—me siguió la mesera—. Vaya, y eso que pensamos que... pues que Matt...

Se rió nerviosa. ¡Já! ¡Toma eso, subconsciente! ¡No eran celos, sí le gustaba Matt!

—No importa, qué bueno por los dos. Emma, un placer conocerte—dijo. Su expresión pasó a una totalmente desanimada—. Les traeré café.

La mesera huyó. Yo tomé asiento. No estaba lista para enfrentar a Matt ni al cruel mundo circundante de mi alrededor así que tomé el vaso de agua que tenía enfrente para beber de él y así no tener que hablar.

«Felicidades, Emma. Oficialmente eres una desquiciada también».

Los ojos azules de Matt cayeron penetrantes sobre mí.

—Vaya, mi novia...—soltó—. ¿Y eso cuando pasó? ¡Oh! ¡Ya sé! Fue aquella vez que te lleve a esa cena romántica imaginaria sobre una nube voladora, luego de haber paseado en un parque de unicornios, ¿cierto?

La risa salió naturalmente de mi boca y así mismo lo hizo el agua que bebía. Sin querer, la escupí en dirección a Matt, pero él muy suertudo, que se reía fervientemente de mí, se movió en el momento preciso para que no le cayera.

—¡Deja de reírte de mí!

—Emma Rosalie Bennett—regañó—. Como no te conozco bien, me atreveré a decir que...

Un segundo, ¿cómo sabía mi nombre completo? Isabella iba a pagar tanto por esto.

—...estás celosa y por eso mentiste con que éramos novios.

El sarcasmo salió en forma de una risita grave. Santo Cielo, ¿qué había hecho para merecer tener un frijol en vez de cerebro?

—No, no, no, no confundas las cosas—debatí con la poca integridad que todavía me quedaba—. No son celos. Tú y yo tenemos un trato, yo salvé tu vida y tú sanas mi corazón. No quiero que pierdas de vista tu objetivo.

—¿Por qué lo perdería?

—Porque le gustas a esa chica y tienes el instinto de macho salvaje tan desarrollado...

—¿PERDÓN?

—...que seguro vas corriendo donde esa chica, te encaprichas con ella y te olvidas de nuestro trato.

—Ah, ¿es que ahora decidiste que te importa nuestro trato? ¿Eso también pasó durante el paseo con los unicornios?

Se rió con más ganas. Malvado, estaba disfrutando tanto esto.

—Pues sí, resulta que admiro mucho tu pacto familiar.

—No es un pacto familiar, es una regla de vida y dijiste que era estúpida.

—¿Qué? No yo no dije eso, lo dijo Jane.

—Ah, así que alguien estuvo averiguando sobre mi vida.

¡Agh! ¡Pero qué antipático era este chico! No se merecía en lo absoluto que sintiera celos o que pensara que era sexy con el cabello mojado. No señor, no más de la hormonal Emma para él.

La joven mesera de antes llegó a nuestra mesa. Disculpándose por haber interrumpido nuestra conversación, colocó dos tazas de café humeante acompañado de unos sobres de azúcar y cucharas.

—Ya les traigo el resto—murmuró apretando levemente mi hombro para luego retirarse.

Me sentí mal. Era una chica muy agradable y yo le intenté arruinar la mañana con mi escupitajo nervioso.

—Y bueno, ya que estamos hablando de pactos y reglas de vida, quisiera que establezcamos algunas reglas en este juego—comenté.

Matt bebía de su taza de café, pero dejó de hacerlo para prestar atención a mi deficiencia mental.

—¿Reglas?—preguntó divertido.

—Así es—proseguí—. Después de todo, imagino que pasaremos mucho tiempo juntos con esta loca idea de pagar tu deuda y no quiero que confundas las cosas.

No sabía ni qué rayos estaba diciendo, pero me hacía ver como que tenía dignidad y me gustaba. Digo, todos sabemos que carezco de ella, pero ese no es el punto.

Matt alzó una ceja, confundido.

—Bien, establezcamos reglas—me siguió la corriente.

Tomé un sorbo de café de mi taza.

—Primera regla: No puedes salir con más nadie—le dije.

—¿Y eso porque...?

—Porque soy tu objetivo en este momento y no quiero que te distraigas con más nada.

Pareció pensárselo durante un momento.

—Bien, suena justo.

—Así que no puedes salir con esa sensual rubia que está allá mirándote y coqueteándote desde que llegamos.

Tras soltar el comentario, me arrepentí instantáneamente. ¿Pero en qué demonios estaba pensando? ¿Acaso realmente me sentía celosa y no era mi subconsciente jugándome una broma pesada?

Matt se encogió de hombros.

—Pero si solo es una amiga muy antigua de la familia.

—No lo dudo, pero puede ser una distracción para ti y he decidido que solo te daré hasta la boda de Isabella y Joseph para cumplir con el trato—continué—. Es más, si quieres también puedes prohibirme salir con más personas.

Un «mmmm» largo y profundo salió de la boca de Matt.

—No—concluyó—. No puedo privarte de eso. Salir con personas es una manera de buscar la felicidad y eso, al fin y al cabo, es mi objetivo: hacerte feliz.

Vaya, sonó mucho más cuerdo y maduro que yo por primera vez desde que nos conocemos.

—Bien—proseguí—. Habiendo dejado claro ese punto, pasemos a la segunda regla y la más importante de todas: no puedes enamorarte de mí.

La carcajada que soltó Matt fue tan sonora que el grupo de meseras

que atendían y varios clientes voltearon a fijarse en nosotros.

—¡Hablo en serio!—exclamé.

—¿Por qué conviertes eso en una regla?

—Ya te lo dije: presiento que me harás pasar mucho tiempo contigo y no quiero que te confundas.

—Bien, pero con una condición.

Asentí.

—Tú tampoco te puedes enamorar de mí.

Mi carcajada fue todavía más sonora que la de él. Demonios, la gente debía pensar que éramos unos locos.

—¿Por qué lo haría?

—Pues porque soy encantador.

Bufé.

—¿Encantador? ¿Y quién te dijo eso? ¿Jane? Definitivamente te ama.

Sonrió suspicazmente.

—Ajá, y también la sensual rubia que me coquetea desde que llegamos—atacó usando mi frase del principio al mismo tiempo que se volteaba para hacerle ojitos a la mesera que no paraba de mirarlo.

Buena jugada, Sinclair, buena jugada. Pero ni loca iba a mostrarme celosa otra vez. Me crucé de brazos poniendo mi mejor cara de desinterés.

—Llévala al oculista, entonces. Creo que le está fallando la vista.

—Lo haría, pero me acabas de prohibir salir con más personas.

De la impresión, casi escupí el café, lo que hizo que Matt se regodeara orgulloso por su contraataque. Maldición, era bueno en el juego del sarcasmo y él lo sabía. Yo no le intimidaba en lo absoluto, disfrutaba analizarme para llevarme la contraria usando mis propios argumentos.

—Tercera regla—dijo, rompiendo el *shock* en el que me encontraba—. Me dejarás pagar todo lo que hagamos juntos.

¡Já! ¿Y este qué? ¿Pensaba que yo iba a pagar algo? ¡Vendía lienzos pintados para pagarme mi estadía en Los Ángeles, por Dios! No creía poder pagarme un helado en ese momento de mi vida.

—¿Piensas que puedo pagar tus lujosas actividades extra curriculares?

—No es que puedas o no, pero quiero cerciorarme que sepas que

lo haré y no quiero que te niegues.

Pfff, ¿y es que alguien se negaría a eso?

—Bien—accedí.

—Cuarta regla—murmuró—. Puedo decirle a quien yo quiera que eres mi novia.

Fruncí el ceño.

—No.

—Sí.

Nos miramos con ojos entornados. Tratábamos de negociar el uno con el otro. Tomé otro sorbo de café en busca de sabiduría. Pensándolo mejor, si íbamos a pasar tanto tiempo juntos 1.) la gente podría confundir las cosas y 2.) pretender ser la novia de un Sinclair podía traerme beneficios.

Carraspeé.

—De acuerdo—repliqué—. Pero depende a quien se lo digas. En casa nadie puede saberlo y si quieres decírselo a tus amigos, te jodes.

—¿Me «jodo»? ¿Y ese vocabulario qué?

—O te enfocas en el trato o te enfocas en mi vocabulario.

—Ya, bien.

Nuestra conversación fue interrumpida por tercera vez, nuevamente por la sexy rubia que ahora traía dos platos en sus manos. En una de ellas se las arreglaba para traer un frasco con algo que parecía miel, o... ¿dulce de leche?

—Buen provecho, primores—dijo simplemente con una sonrisa.

Boquiabierta, miré el plato que tenía enfrente al tiempo que la sexy rubia se retiraba de la escena. ¡Eran *waffles* con dulce de leche y frutas! ¿Cómo Matt hacía estas cosas?

—Si hay unos *waffles* mejores que los de mi madre y los míos, son los de aquí—me atacó con su arma mortal—. Te dije que habría algo bueno al final de la jornada y no mentía. Tómalo como un premio por haber concluido tu primera rutina de ejercicio.

Guiñó un ojo. Seguido, agarró uno de los tenedores que estaban en la mesa y me lo entregó.

—No te daré de comer esta vez.

No pude evitar sonreírle. Sonreírle con honestidad, gratitud, esperanza. Sonreírle de la forma en que le sonríes a alguien que no conoces bien, pero ya sientes que le tienes estima porque percibes que

tiene una noble alma humana.

Entusiasmada, sostuve el tenedor en mis manos y con la otra, uno de los cuchillos que también reposaban en la mesa. Corté un gran pedazo de *waffle*. Lo llevé a mi boca para degustarlo. ¡Qué delicia! Matt tenía razón, eran todo un espectáculo.

—¿Terminaste con las reglas?—preguntó él, comiendo también de su plato.

Qué extraño era todo. Se suponía que debíamos estar nerviosos el uno con el otro por ser la primera vez oficial comiendo juntos, pero todo se sentía perfectamente cómodo. Era como si hubiésemos superado esa etapa de la vergüenza sin habernos dado cuenta. Creo que es algo que no logras con todo el mundo.

Le asentí, simplemente porque no podía concentrarme con tanta comida deliciosa.

—Bien, yo sí tengo una última—manifestó—. Y es la más importante para que esto funcione. Te voy a enseñar mis diez reglas de felicidad, pero deberás prometer algo.

¿En serio? ¿Qué más podía haber?

—Necesito que seas tú misma siempre.

Reí en mi interior. Sonaba tonto que él pidiera eso, pero me hizo reflexionar sobre lo ocurrido en las últimas 48 horas: Verdaderamente no había tenido que pretender ser una Emma diferente en su presencia. No sé si era porque no me importaba sorprenderlo o simplemente porque él también era de lo más transparente conmigo, en ningún minuto se cruzó en mi mente la idea de mostrarme en una fachada que no era la mía.

—Cuenta con eso.

—¡Uf! De verdad que eres un cliente difícil—exclamó Matt haciéndose el derrotado. Dejó el tenedor encima de su plato, que todavía tenía comida y extendió su mano hacia mí—. ¿Tenemos un trato, entonces, señorita Emma?

No sé en qué momento sucedió, ni tampoco por qué, pero el mundo pareció detenerse a nuestro alrededor. No fue nada romántico, ni tampoco empalagoso. Fue como cuando te invade esa sensación que es correcto el lugar en el que te encuentras. Que está bien que te rías con la persona o las personas que tienes alrededor. Que la tierra que estás pisando es segura y que lo haces con tus propios pies, porque no dependes de los pies de otro para mantenerte firme.

Yo no sabía por qué la vida había puesto a Matt en mi camino, ni tampoco si era seguro meterme en algo tan loco con él, pero la sensación de antes, me dijo que no tenía nada de malo intentarlo. Así, dejando el tenedor sobre la mesa también, le mostré mi mano para estrechar la suya.

—Trato.

6

La teoría de las sorpresas

Trotar y desayunar con Matt se tornó una costumbre.

Lo supe porque luego de ocho días consecutivos de hacerlo, mi cuerpo ya no pesaba al levantarlo temprano o mis pulmones refunfuñaban al trotar. En cambio, todo en mí esperaba ansioso la recompensa al final de la jornada.

El lugar preferido para desayunar todas las mañanas era el *Caffe Luxxe*, en el cual, sin importar cuántas veces Matt me dijera que me aburriría, siempre pedía lo mismo: *waffles* con dulce de leche y fresas.

Durante todas esas mañanas en las que disfrutábamos de nuestro desayuno juntos, Matt me contó varias cosas sobre su vida: lo fabulosos que eran sus padres, los países que había visitado con Joseph y en los cuales, además, tenía una sucursal de Sinclair Hotel Inn & Resorts (un título demasiado largo, lo sé); cómo surgió la idea de la cadena hotelera, cómo lograron establecerla en menos de un año y cómo cuatro años más tarde lograron extenderla alrededor del mundo. Usaba términos sofisticados como saldo capital, inversionistas, activos, comisiones, inflación y otros que de no ser porque Matt lo hacía sonar interesante, lo hubiese escuchado como un «bla, bla, bla, bla». Contó que su madre le enseñó a cocinar y que su padre le enseñó sobre ebanistería (es similar a la carpintería, pero más artesanal).

Yo le conté la historia de cómo decidí dedicarme a las artes plásticas, mis películas favoritas (salió algo en común: nos gusta Marvel) y a qué se dedicaban mis padres (mamá: psicología, papá: ingeniería mecánica).

Ese domingo, me sentí con tanta confianza que le conté acerca de mis temores (las alturas) y una de mis cosas favoritas en la vida: los animales. Fue así como él me contó que recientemente abrió una fundación para encontrarle hogar a perros y gatos de calle.

Vaya, ¿realmente había algo que este chico no pudiese hacer? Sin duda los Sinclair eran una mina de oro.

Entre cuento y cuento, el tiempo se pasó volando como cada mañana nos sucedía. Usualmente cuando estábamos muy retrasados los

días de semana, Edward, el mayordomo de la casa, nos pasaba a recoger para que Matt no llegase tarde a su apretada agenda del día.

Pero esa mañana algo fue diferente. Matt no tenía una apretada agenda que atender porque era domingo, pero aún así vio su reloj de mano alarmado, llamó a Edward para que nos pasara a recoger y me dijo: «Hay que apurarnos, es tarde para lo que haremos hoy».

Supe, con seguridad, que algo tramaba.

Algo que, por su rostro de complicidad, no pretendía contarme.



Llegamos a la Mansión Sinclair pasadas las once de la mañana.

No habíamos ni estacionado el auto en la entrada principal, cuando vi a la futura Sinclair parada en el portón principal, con unas gafas de sol protegiéndole los ojos. Vestía su más cómodo atuendo de domingo: pantalones cortos, una blusa sin mangas y el cabello largo recogido en una coleta alta.

Oh no, ¿nos estaría esperando? Los ocho días anteriores había sido tan discreta que ni siquiera se había percatado que salía a trotar con Matt, ¿alguien le habría comentado algo? Yo no tenía nada que ocultar, pero tampoco era como que quería que empezaran a imaginar cosas sobre el pacto tan raro que Matt y yo teníamos.

Para mi mala suerte el auto se detuvo justo enfrente de Isabella, como si ella ya supiera que eso iba a pasar. Fui la primera en bajarme.

—Ah, pero si ahí está mi pintora favorita—me dedicó una sonrisa al tiempo que cruzaba los brazos—. Creo que alguien olvidó que hoy íbamos a...

Entonces, porque el destino me odiaba, Matt se bajó del auto.

La cara que puso Isabella cuando lo vio no tuvo precio. Primero parpadeó a mil por hora intentando procesar el hecho de que Matt y yo nos estuviésemos bajando del mismo auto. Seguido, se armó sola un juego de miradas: primero a mí, luego a Matt, luego a mí nuevamente, luego a Matt y por último a Edward, quien, por cierto, respeta tanto la privacidad de los demás, que arrancó el auto y salió huyendo en el preciso instante que Isabella quiso caerle con preguntas. Eso o le temía a la futura Sinclair, lo cual no me sorprendería en lo absoluto.

Abrió la boca, dispuesta a disparar, pero la cerró enseguida.

Volvió a abrirla, pero terminó por cerrarla por segunda vez. ¡Maldición, estaba en *shock*! ¡Claramente no sabía ni cómo atacar esto!

Entonces decidió cómo reaccionaría. Y debo decir: si la picardía pudiese personificarse en mujer, sería Isabella en ese momento definitivamente.

—Buenos días, niños—su voz era tierna, como cuando un psicópata te secuestra y quiere matarte—. Por casualidad... ¿estaban juntos?

—Sí—respondió Matt simplemente.

¡¿«SÍ»?! ¡¿Y ESTE OTRO QUÉ HACÍA?! Ay no, esta escena estaba a punto de tornarse demasiado incómoda.

—Me llevé a Emma temprano a trotar alrededor de los suburbios —continuó el chico que quería que Isabella dejara sus tareas de novia para convertirse en Cupida—. La convencí de lo importante que es ejercitar el cuerpo, así que hemos decidido salir a trotar juntos todas las mañanas.

—¿De veras?—los ojos de Isabella me acuchillaron—. Pero a Emma no le gusta trotar.

Mientras Matt soltaba todo el cuento a Isabella e incluso haciéndolo sonar más mágico de lo que en realidad era, yo estaba demasiado petrificada como para poder decir algo.

—Al contrario, lo ha hecho muy bien durante ocho días. Emma es una buena compañera en las mañanas.

«POR DIOS, MATT, CÁLLATE, SOLO CÁLLATE».

—¡No me digas!—exclamó Isabella con una risita de estúpida. ¡Porque tenía todas las intenciones de sonar así!—. Solo bromeo, me encanta que se lleven tan bien.

Me sonrojé. Quedé automáticamente como un tomate maduro esperando para ser usado en una ensalada *caprese* (todavía tenía hambre, lo admito).

Sin embargo, Matt no compartió mi reacción. Se le veía complacido. Tenía su arma mortal versión autosuficiencia en el rostro, lo que me confirmó que las palabras de Isabella no le molestaban en lo absoluto. Es más, parecía adorarlas.

—Déjame ayudarte un poco—susurró Isabella en el oído de Matt.

¡Oye, escuché eso!

No quería que se metiera en esto, por lo cual busqué en mí las

fuerzas para protestar, pero justo cuando estaba por abrir la boca, la futura Sinclair se me adelantó y de su boca, salieron las palabras más comprometedoras del mundo:

—Y bien, Matt, ¿llevarás a Emma a la fiesta de inauguración del nuevo hotel, el miércoles del próximo mes, ¿cierto?

La expresión de Matt fue de pura sorpresa. Pude notar en sus ojos que no se esperaba para nada la pregunta de Isabella. De hecho, balbuceó de una forma tan perturbadora que terminé por sentirme mal.

¡No juegues! ¿Será que no pretendía invitarme? No era como que quería sentirme desilusionada, pero por su reacción estaba segura que no pretendía llevarme.

—Eh, sí, por supuesto—mintió el descarado.

—¡Excelente!—exclamó Isabella adentrándose en la casa. La seguimos—. Recuerda que esta vez Jane y yo organizamos todo, así que será un gran evento de gala...

Quedamos en el recibidor, donde Matt y yo nos sentíamos patéticos e incómodos por las palabras del descarado con pantalones cortos, digo, Isabella.

—Irán gente muy importante con la que Joseph quiere hacer negocios, así que necesito que asistan muy bien vestidos.

Sin importar cuán sudados y apestosos estábamos, procedió a besar la mejilla de cada uno de nosotros.

—¡Será divertido!—pretendió emoción.

Así fue cómo huyó del lugar entre risitas estúpidas sabiendo perfectamente lo que había hecho y sintiéndose orgullosa de ello. ¡Agh! ¡Qué malvada era!

Dando un largo suspiro, me giré hacia Matt. Estaba atónito. Supe que yo era la que debía ponerse los pantalones e iniciar la conversación al respecto.

—No tienes que llevarme si no quieres—dije simplemente.

Sus hombros se encogieron. Una diminuta sonrisa se asomó por su rostro.

—Seré honesto contigo—aquí vamos, a tirarme abajo mis sueños y esperanzas de ir a una fiesta lujosa por primera vez en mi vida—. Ni siquiera estaba entre mis planes ir, odio esos eventos. Hablan de negocios toda la noche y va gente muy aburrida que le encanta pretender. Incluso yo tengo que pretender ser alguien decente. Cosa que no soy.

¿No lo era? Pero si a mí me parecía el Santo de los últimos días.

—En realidad, Emma... ese día quería hacer algo distinto contigo.

«Contigo». La palabra mágica que siempre descontrola todo: «C-O-N-T-I-G-O». «C-O-N-M-I-G-O». *C-O-N*... ¿Qué iba diciendo? Ah sí, él quería hacer algo *conmigo*. Y luego preguntan por qué yo era tan hormonal.

—Pero si quieres ir y te hará feliz, pues...—rompió el contacto visual. Se le veía un tanto avergonzado—. Ya conoces mi política y nuestro trato.

Empecé a sonreír como estúpida. ¿Que si quería ir? No se trataba de eso, se trataba de que Isabella había dejado claro que si no asistíamos, ella personalmente cavaría nuestra tumba.

—Nunca he ido a una de esas fiestas lujosas.

—Entonces ya está, te llevo conmigo.

«Conmigo».

Ejem.

Fingí neutralidad. Pero en mi interior estaba que no cabía en la maldita felicidad. ¡Finalmente descubriría qué hacían los ricachones en fiestas de negocio! Y quién sabe... tal vez hasta yo podría hacer un negocio.

Mmm... ¡Nah!

—Bien—le dije.

—Bien—replicó él—. ¿Por qué no vas, te das una ducha y nos encontramos en el jardín en media hora?

Alcé una ceja. ¿Y ahora qué planeaba?

Matt se percató de mi confusión.

—Oh. Tengo una sorpresa para ti.

Suspiré.

—No me dirás, ¿cierto?

Negó con la cabeza y guiñó un ojo.

—Regla número dos, Emma: “Aprende a valorar las sorpresas”.

No tuve moral para llevarle la contraria. El tipo me había invitado a ser su pareja en una de sus fiestas lujosas, lo menos que podía hacer era cooperar en este pacto tan raro que teníamos.

—¿Recuerdas las regla número uno, Emma?

Suspiré.

—“Trata a tu cuerpo como se le merece”.

—Así es, no olvides ninguna.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia las escaleras.

En ese preciso instante me dio por echar un vistazo hacia atrás. Ahí seguía Matt, esperando pacientemente hasta que terminara de subir las escaleras.

Ah, Sinclair, qué loca me ibas a volver.



Estando en la soledad de mi cuarto, me tiré en mi cama a pensar un poco en los sucesos recientes.

Todo pasó demasiado rápido: salvé la vida de un extraño que resultó ser el hermano menor del multimillonario más cotizado de Los Ángeles, con el cual, por cierto, mi amiga se casaría en menos de tres meses. Quedé, por pura lástima, viviendo con él en la más hermosa mansión de Beverly Hills y luego, se comprometió a sanar mi corazón. Sin mencionar, claro, que tenía un tremendo don en la cocina, era súper aplicado y creía en la felicidad plena. Aunque bueno, ¿quién no creería en esta última teniendo tanto dinero?

Aún así, Matt se veía muy humilde. A diferencia de Joseph y Jane, no parecía que necesitara de grandes lujos para disfrutar su día a día. Parecía un joven normal, que le gustaba cuidar su cuerpo, veneraba a los animales y odiaba los eventos de gente importante.

Vaya, en verdad conocía más de Matt de lo que quería. Este chico, que era un total desconocido para mí, había abierto su corazón por completo para cumplir con nuestro trato y agradecerme por haberle salvado la vida.

«Y porque le gustas, Emma», me susurró mi subconsciente.

Sonreí como estúpida.

Auto-cachetada.

No, no iba a caer. No me iba a dejar marear por mis hormonas, ni mi inútil alter-ego que todo lo complicaba siempre. Me limitaría a dejar que Matt cumpliera con lo que prometió: sanar mi corazón, no romperlo.

Sacudí la cabeza, corrí al baño, tiré la ropa apestosa al suelo y me metí a la ducha dispuesta a que el agua refrescara todo mi cuerpo. Eso, increíblemente, se había convertido en uno de los placeres que más disfrutaba últimamente. La gente no lo comprende, pero el ejercicio te

vuelve tan humilde que una simple ducha se convierte en el más grande premio por esforzarte físicamente.

Al salir, fui directo a mi armario. Unos vaqueros algo gastados, blusa blanca con corte sencillo y unos tenis cómodos serían mi atuendo de ese día. No mentiré: fue lo primero que encontré.

Finalmente, —y porque mi cabello estaba indomable ese día—, trencé mi cabello de la única forma que sabía hacerlo y corrí fuera del dormitorio. Ya era demasiado tarde, me había demorado más de la media hora que Matt me había dado.

Creo que volé al bajar las escaleras, porque mi trenza quedó hecha un desastre cuando llegué al jardín, donde Matt ya estaba esperándome de brazos cruzados. Detrás suyo se mantenía aparcada una inmensa camioneta.

—¡Lo siento, me demoré porque...!

Tan solo se volteó y sentí que me quedé sin habla cuando lo vi. Esperaba ver al joven empresario que salía todos los días vestido elegantemente a atender sus funciones en un hotel multimillonario, pero me encontré con alguien diferente.

Estaba vestido idéntico a mí: vaqueros sencillos, suéter, tenis y cabello mojado. Se veía bien. Casual. Justo como el tipo con quien saldría.

«Espera, ¿qué? No, no, no. Enfócate, Emma».

Él, naturalmente, se dio cuenta que no encontré el tiempo para buscar una excusa creíble —menos porque estaba en shock—, y decidió ayudarme.

—Tranquila, linda, estamos a tiempo.

«¿“Linda” otra vez? Contrólense, hormonas».

Carraspeé.

—¿Y ese monstruoso auto?

—Ve a darle un vistazo al vagón.

Obedecí sin protestar. Fui directo a la parte trasera del auto, donde tuve que subirme al parachoques para poder observar lo que había dentro del vagón. Era una gran cantidad de madera, de todos los tamaños, bolsas con implementos y algunas herramientas de construcción que ni idea para qué servían.

Con una ceja alzada, fijé mis ojos en Matt.

—No entiendo.

Hizo silencio un instante. Para causar expectativa quizás. Pero, entonces, acompañado de su arma mortal, reveló sus intenciones:

—Hoy vamos a construir un librero.

¡¿AH?!

—¡Estás loco!—le grité desde donde me encontraba.

Matt se aproximó.

—Dijiste que querías que construyera un librero para ti.

—¡Lo dije en broma!

El demente se cruzó de brazos.

—Pues para mí sonó muy en serio y no puedo negarme al reto— declaró—. Así que aprovecharemos el domingo para hacerlo. Sorpresa, Emma.

No pude evitar soltar la carcajada. Me parecía un gesto de lo más lindo. Un gesto que nunca nadie había tenido conmigo. Ese librero seguro se caería en pedazos al ser construido por nosotros, pero la intención era lo que contaba.

¡Pero qué chiflado estaba ese chico!

Salté desde el parachoques hasta donde Matt. Y, como soy tan propensa a accidentes, me resbalé tan *clichémente* (palabras del diccionario de la Real Academia de Emma) que Matt tuvo que atraparme en sus brazos.

Pudo ser uno de esos momentos de las terribles películas de romance donde la chica en peligro es atrapada por el chico sensual de ojos azules y se siente cautivada a morir, pero...

—Emma, tu rodilla está en mi... eh... no... puedo...

SU ENTREPIERNA.

Volé hacia atrás en automático más roja que el rojo de Photoshop al 100%.

—¡Oh por Dios! ¡LO SIENTO!

Matt rió nervioso, respirando con dificultad.

—No, no es nada... No te...

Madre mía, CERO química entre nosotros.

No supe ni dónde meter la cara, porque el vagón lleno de madera estaba demasiado alejado de mí, pero para mí buena suerte, fue Matt quien decidió acabar con el momento incómodo cambiando el tema.

—¿Lista para... eh... conocer el taller de mi papá?

Un poco insegura, asentí con la cabeza. Sin importar la vergüenza

que cargaba encima, me sentía emocionada. Nunca antes había construido nada y la idea del librero sonaba alucinante.

—¿Dónde queda?

—Al final de nuestro jardín—señaló al horizonte. Su respiración ya volvía a ser la misma de antes de la violación a punta de rodilla—. Iremos en auto.

Así que para eso era el auto que tenía detrás.

—¿Y tú puedes manejar este monstruo?—pregunté. Me refería al auto, por supuesto.

Su sonrisa se llenó de picardía.

—De hecho...

Sacó unas llaves de su bolsillo. Me las entregó.

—Tú manejas hoy.

¡NO JUEGES!

Por más que intenté negarme a recibir las llaves, Matt logró hacer que las sostuviera en mis manos. Oh no, esto no iba a salir nada bien.

—Tranquila, yo te guío—continuó Matt, al tiempo que abría la puerta de conductor.

Vacilante, porque estaba por atentar contra nuestra vida, me subí a la monstruosa camioneta. Entretanto, Matt caminó al asiento de copiloto y se acomodó en él. El descarado estaba tan relajado que me enojó. Nadie está tan relajado minutos antes de su muerte.

—Nunca he manejado un auto así—dije, en un último intento por evitar esto a toda costa.

Matt se colocó el cinturón de seguridad.

—No es problema, confío en ti.

Tragué. Me temblaban las piernas de los nervios. Encendí el auto. El sonido del motor, que fue más discreto de lo que el auto era, me hizo sentir todavía más asustada. Iba a manejar esta cosa verdaderamente.

—Espero que tengas tu seguro de vida al día—dije.

—Está pago por el resto de mi vida, en realidad—replicó Matt divertido—. Ya me conoces, no le debo nada a nadie, excepto a ti por supuesto, que me endeudaste como nunca nadie lo había hecho.

Pise suavemente el acelerador. La camioneta adquirió ritmo. Era una velocidad a menos de 20k/m, que no mataría a nadie, pero así me gustaba.

—¡Vaya! ¡Estoy domando a esta bestia!

Matt suspiró.

—Creo que empezaremos ese librero mañana.

Pero no me importó. Seguí a paso lento, aguantando frases molestas de él tales como: «Cuidado, podrían multarte por exceso de velocidad» o «Alguien está lista para correr en la F1», llegamos hasta una casona de madera no muy grande.

Aparqué y apagué el auto. Estaba tan orgullosa de mí misma que ni siquiera me percaté del momento en que Matt se bajó del auto. Solo supe que terminó frente a mi puerta, la cual abrió, como el caballero de la mesa redonda que pretendía ser.

—Señorita “altas velocidades”—me dijo, abriéndome paso.

Me bajé del auto.

—Muy gracioso.

Entre risas, caminamos juntos hacia la entrada de la casona. La puerta estaba cerrada con un candado que se veía algo oxidado. No solo eso, la casa en sí se veía añeja. Parecía como que tenían mucho tiempo sin visitarla.

De la nada, a mi lado, Matt se puso muy serio. Miraba dudoso la puerta, como si no supiera si era correcto abrirla. Inspiró aire, metió la mano en su pantalón y sacó una llave. Una muy solitaria porque ni siquiera tenía llavero.

—¿Te encuentras bien?—pregunté.

Pero él hizo caso omiso a mi pregunta. Contemplaba la llave en su mano como si su vida dependiera de ello.

Luego de unos cuantos segundos en donde su mundo solo era la llave y él, la introdujo en la puerta que teníamos enfrente. Cabía perfectamente.

Matt tiró la puerta hacia atrás y una gran oscuridad invadió nuestro campo visual. Estaba todo muy lóbrego, pero eso no impedía saber que el lugar estaba vacío y ordenado.

—¿Matt?—pregunté, sin saber si era lo correcto.

Nuevamente se había quedado ahí parado, contemplando lo inexistente. Su pecho subía y bajaba, como si le hiciera falta el aire. Era incómodo, pero por primera vez en mucho tiempo, me puse en los zapatos de alguien más. Hice un gran esfuerzo por entender lo que pasaba por la cabeza de Matthew Sinclair.

Madera. Herramientas de construcción. Un taller que pertenecía a

su padre fallecido. Una llave que seguro mantenía guardada en el rincón más oculto de un cajón que archivaba cosas inútiles.

A Matt le dolía entrar a ese lugar. Debía tener cinco años sin hacerlo. Y el simple hecho de que lo estuviera haciendo por mí, significaba demasiado.

La luz se encendió, lo que me hizo darme cuenta que había sido Matt tirando el interruptor hacia arriba. Tal como había previsto, el espacio estaba muy ordenado, pero lleno de telarañas y un suelo de madera desaseado. Varias mesas rellenaban el lugar, estantes y herramientas que desconocía para qué servían. Pero era un taller de ebanistería, uno que ya no tenía ebanista para usarlo.

Coloqué mi mano en la espalda de Matt. Sentí la necesidad de darle apoyo.

—¿Hace cuánto que no venías aquí?

—Es la primera vez desde que fallecieron mis padres.

Yo estaba abriendo un hoyo. Uno negro, profundo, lóbrego, del que una persona logró salir, pero podía volver a caer en cualquier momento.

«Con calma, Emma. Con calma».

Mi mano fue directo a su brazo. Lo apreté. Quería darle esperanza, así como él me la brindaba a mí.

—Construyamos ese librero en honor a ellos, entonces.

Matt no se esperaba eso para nada. Se le vio sorprendido, pero me miró con tanta ternura, que quise abrazarlo.

No se emocionen. Obviamente no lo hice.

—Sí, hagamos eso.

Así, intercambiando una sola mirada que quizás, solo quizás, demostró un 1% de química entre nosotros, se dirigió a la puerta. Mientras salía, lo vi un tanto hipnotizada y...

—¡¿Me ayudarás a bajar las cosas o qué?!—gritó desde afuera.

Y... adiós 1% de química.



No le ayudé, naturalmente.

Me acomodé encima de las mesas que estaban en el interior de la casona y me dediqué a lujuriar su pecho caliente cada vez que entraba con todos los trozos de madera, herramientas y bolsas con implementos.

Mientras él se secaba el sudor que brotaba de su frente, yo sentí curiosidad sobre un taladro que tenía a mi lado. Esa cosa era enorme. Podría matar a mi peor enemigo con eso.

Lo alcé, examiné y toqué un botón. Vibró con tal intensidad que grité como la chiquilla asustadiza que soy.

Matt, riéndose de mi desgracia, llegó hasta mí para quitarme el taladro malévolo.

—Con calma con eso, Ralph.

“Ralph, el demoledor”. Muy gracioso, Sinclair.

Lo apagó y colocó sobre la mesa. Se dirigió hacia otra mesa cercana, sostuvo algunos rollos de papel que se veían muy delgados y un par de lápices con punta muy afilada.

Tiró uno de los rollos al suelo, extendiéndolo sobre este último. Era blanco, delgado, justo el papel ideal para un arquitecto inspirado para dibujar algún plano.

Matt me entregó uno de los lápices que tenía en sus manos.

—Quiero que dibujes cómo deseas que sea tu librero—relevó sus intenciones.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Oh, Matt... no...

—Te prometo que haré mi mejor esfuerzo por recrearlo.

Quise sonar amable.

—¡No! No es eso, es solo que...—“casi repruebo en arquitectura y dibujo técnico, de no ser por qué alguien me hizo el trabajo final en ambas materias”—. No soy muy buena dibujando planos.

Me atacó con su arma mortal.

—Olvídate de las medidas, de eso me encargo yo. Enfócate en el diseño. Estoy seguro que si te concentras, lo harás bien.

Ah... el tipo tenía tanta fe en mí (o pretendía tenerla) que no pude seguir negándome.

Sostuve el lápiz, me tiré al suelo y respiré hondo. Matt, por otra parte, se sentó a mi lado, silenciado, esperando pacientemente hasta que la inspiración llegara a mí.

Una línea.

Otra línea.

Tres líneas, una seguida de otra.

Hasta que, sin querer, dibujé, dibujé, dibujé. En mi cabeza reinaba

la imagen de ese hermoso espacio en mi nueva habitación donde pintaría y leería. Un espacio con una amplia pared de fondo que carecía de un librero donde colocar mis libros de ciencia ficción, arte y fotografía.

Esa imagen me servía para rellenar esa pared. Rellenarla con un librero que no sería común y corriente. Uno donde, además de poner mis libros, podría poner marcos con fotografías y adornos, así que dibujé espacios respetablemente grandes.

—Estoy impresionado—me interrumpió Matt—. ¿No me acabas de decir que no sabes dibujar planos?

Seguí dibujando.

—Me lo has puesto fácil. Sin presión alguna.

—No creo que sea eso. Creo que eres buena en esto.

Levanté el lápiz para echar un vistazo a mi boceto. Vaya, Matt tenía razón. Tenía como diez minutos desarrollando el boceto, pero se veía impresionante.

Devolví el lápiz al papel.

—Cuéntame de esa absurda regla sobre apreciar las sorpresas.

—¿Te refieres a la segunda regla de felicidad?—preguntó. Asentí—. No es absurda, Emma, es emocionante.

—¿Emocionante? ¿Dices que las sorpresas son emocionantes?

—¿Y es que no lo son?

—Claro que no.

—¿Entonces me dirás que no te emocionó saber lo que había en el vagón cuando te dije que te tenía una sorpresa? ¿Que no te sientes emocionada de construir un librero que tú misma estás diseñando?

Dejé de dibujar para prestar mayor atención a Matt. Sin saber por qué, sus palabras empezaron a cautivarme en la medida que las pronunciaba:

—Las sorpresas son una teoría. La teoría de que lo inesperado es emocionante. De que todos los corazones merecen ser asombrados de vez en cuando. La teoría de que cuando sabemos apreciar las sorpresas, las pequeñas cosas de la vida son suficientes para llenarnos.

En el exterior, reí ahogadamente. En el interior, todo en mí tembló conmovido. Matthew Sinclair era todo un poeta cuando se lo proponía.

—Pues qué profundo tú.

Dejé el lápiz a un lado. Había terminado. Entretanto, Matt admiraba con detenimiento mi boceto. Sus oceánicos ojos recorrían cada

línea, como si estuviera midiendo cada una. O haciendo cálculos matemáticos en su cabeza tal vez.

—¿Y? ¿Es realizable?—pregunté ilusionada.

Se lo pensó un minuto. Asintió.

—Sí, lo es—replicó—. Tu diseño es muy bueno, solo nos falta algo para empezar.

No sé si fue a propósito. Si fue una de esas cosas que hacen los hombres para hacernos sentir nerviosas a las mujeres, pero Matt agarró la mano donde mantenía sostenido el lápiz y lo llevó directo al papel.

Sin soltar mi mano, comenzó a trazar un par de líneas más, acompañadas de unos números que interpreté como medidas que debíamos tener claras antes de cortar los trozos de madera.

«Las hormonas, contrólalas».

Así, luego de colocarle números a casi todas las líneas, soltó mi mano.

—Buen trabajo, señorita Emma Bennett—me dijo animado—. ¿Lista para construir?

—¿Bromeas? Creo que nací lista para esto.

—Es bueno saberlo. Empecemos entonces.

Se puso de pie. Caminó directo hacia la mesa donde estaban todos los materiales y de un estante que se mantenía adherido a la pared, sacó dos gafas protectoras.

En ese instante, algo impactó contra el suelo. Miramos en esa dirección solo para descubrir que se trataba de un pequeño y cuadrado aparato color blanco.

Matt fue quien lo levantó.

—Así que aquí estaba.

Me acerqué.

—¿Qué es?

Él no respondió, pero no hubo necesidad de que lo hiciera. Identifiqué a la perfección el aparato: era un *iPod*, algo anticuado, pero que se veía entero.

—¿Es tuyo?—preguntó la curiosa Emma que debería morir igual que el gato.

—No.

Por la expresión en el rostro de Matt, la melancolía que había vuelto a sus ojos y el ambiente tan tenso en el que ahora nos

encontrábamos, deduje que seguramente el *iPod* pertenecía a alguno de sus padres fallecidos.

Algo en mí me dijo que el hoyo negro se seguía abriendo, que debía hacer algo para que Matt ni siquiera se acercara a él con el riesgo de volver a caer.

Sin pedir permiso, le arrebaté el *iPod* de las manos.

—Bueno, pero eso no impide que lo usemos—exclamé. Presioné el botón para encenderlo. Inexplicablemente tenía carga—. Bravo, el dueño siempre lo mantenía cargado.

Saqué mi teléfono del pantalón, conecté el *iPod* inhalámbicamente y subí el volumen en lo más alto que la tecnología móvil nos permitía.

Matt estaba incrédulo. Estático ante mi reacción con el dichoso *iPod*, pero luego de procesarlo, sus labios se arquearon un poco, denotando una diminuta sonrisa.

Terminados de sincronizar ambos aparatos, deslicé mi dedo por la galería de música para encontrarme con que reinaba el rock. ¡Qué maravilla! El dueño de este aparato y yo nos hubiésemos llevado muy bien.

Finalmente elegí una de mis canciones favoritas: “Everybody Talks”, de Neon Trees, una banda de rock americana que se lanzó a la fama en el 2005 y que conocía gracias a que son el grupo musical favorito de mi madre.

—¡Amo esta canción!—exclamé.

En el momento en que Tyler Glenn, el vocalista, entonó la primera estrofa, Matt se encontraba recogiendo los planos del suelo. En el momento en que entonó la segunda, Matt ya estaba dibujando algunas medidas sobre los trozos de madera.

Yo, en cambio, recordé hermosos momentos con mi madre al oír la canción. Recordé aquellos sábados de oficios que me parecían de lo más fastidiosos, pero que cuando mi madre ponía música y desafinábamos terriblemente, se tornaban divertidos.

Sí, los recuerdos pueden ser peligrosos a veces, pero cuando tomas la decisión de rememorar aquellos que fueron buenos, como este por ejemplo, terminas cantando y riendo por lo que ocasionaron en ti.

Matt dejó a un lado las maderas con el simple propósito de mirarme cantar y reírse de mi hazaña. Se rió todavía más cuando empecé a bailar en círculos alrededor de las maderas y de él.

—¿Pero qué...?—preguntó en medio de su carcajada.

No quise dejarlo terminar. Lo agarré por el brazo y halé lo más fuerte que pude. No logré levantarlo. Conociendo perfectamente mis intenciones (que eran básicamente hacer que bailara conmigo), se negó rotundamente a hacerlo.

—¡Vamos! Me harías muy feliz!—supliqué.

—¡No uses eso en mi contra!

—¡Vamos!

No tuve que rogarle más. Logré que se pusiera de pie con el chantaje del trato que teníamos.

En ese instante su expresión cambió. Era diferente. Diferente de cuando sacó la llave de la casona de su pantalón. Diferente de cuando la insertó en la puerta. Diferente de cuándo entró en el hoyo negro que representaba el taller de su padre difunto.

Estaba de buen humor, sonriente, energético.

Tanto... que sin que yo se lo pidiera, siguió mis pasos. Bailó a mi par como si conociera la coreografía, y de hecho, algo me dijo que sí la conocía. Que se sabía de memoria la canción y que le traía buenos recuerdos tal como a mí.

Mientras reíamos a carcajadas por lo ridículos que nos veíamos interpretando los pasos de baile del video musical, no pude evitar comparar a Matt con mi ex-patán. Era divertido pasar tiempo con él. En ocho días había logrado hacerme divertir más de lo que mi ex-patán lo hizo en dos años.

Y más allá de la diversión, se trataba de que me sentía perfectamente cómoda siendo yo misma. No tenía que pretender ser alguien que no era por el temor de perder mi relación.

Entre varias canciones, bailes, bromas, risas y conversaciones, nos dedicamos ese domingo a construir el librero más fabuloso y único que podría existir en el mundo.

Nunca supe a quién pertenecía el iPod.

Tampoco supe por qué Matt no quiso decírmelo.

Pero algo sí supe muy bien:

Guardaría ese momento para siempre.

51% de química

Dos semanas fueron necesarias para terminar de construir el librero.

Dos semanas trotando a la misma hora cada día. Dos semanas desayunando juntos. Dos semanas enviándonos tonterías en el chat cuando estábamos separados, dedicándole a nuestras labores profesionales. Dos semanas conociéndonos a fondo. Dos semanas que pudieron ser peligrosas, pero me mentalicé que esto lo estábamos haciendo por cumplir un trato y más nada.

En fin, siguiendo con la historia del librero, como Matt trabajaba arduamente de lunes a sábado, y digamos que yo también estaba ocupada con mis trabajos de pintora independiente, le dedicábamos dos horas en la noche y el domingo completo.

El último domingo, a eso de las cinco y media de la tarde, ya me podía auto-denominar experta en ebanistería. Matt, paciente y dedicado, me había enseñado a usar todas las herramientas, calcular planos y tener claras las precauciones para construir.

Eramos un gran equipo. En la primera semana, el porcentaje de química que teníamos había pasado de un aparente 1% a un decente 11%. En la segunda, podíamos sentirnos orgullosos de tener un 29.56432%. Definitivamente a las personas debes darle la oportunidad de conocerlas antes de declarar tener un 29.56432% de química con ellas.

Ese domingo estaba de lo más feliz contándole todo lo que colocaría en el librero, hasta que de pronto...

RRRAAAWWRRRR.

Mi estómago.

Me silencié.

—Eh...—dijo Matt agarrando la última pieza de madera—. Colócale algunos clavos en las esquinas a éste y estamos listos para ir a cenar.

Lo observé petrificada. ¿Acaso leyó mi mente? ¿O habría escuchado mi estómago?

Matt se encogió de hombros.

—Escuché tu estómago.

¡Ambas!

Sin protestar, hice lo que el psíquico me pidió. Tan pronto me entregó la pieza de madera, agarré el martillo y empecé a clavar. Estaba exhausta, hambrienta, sintiendo que la vida se me acababa y que un hueco se formaba en mi estómago con el pasar de los minutos, pero estaba ansiosa de ver mi librero montado, así que hice un ULTRA esfuerzo para terminar.

—¿Puedes hacerlo sola?—me preguntó Matt notando mi pelea interna.

Bufé. Fingí estar ofendida.

—Por supuesto, Sinclair.

Clavé un clavo, luego otro.

—¿Ves?—enuncié—. Soy una mujer fuerte, independiente, segura de sí misma, que puede clavar una tabla sin matarse a sí misma.

—Y yo soy un hombre de poca fe—replicó divertido.

Terminada la tabla, coloqué el martillo hacia un lado. Lamentablemente en medio de eso, porque estaba tan agotada y la vista me fallaba, las orejas torcidas del mismo rozaron uno de mis dedos. Un punto de sangre brotó de él.

Solté un gemido que sonó como si me estuviera muriendo de dolor, pero en realidad, era porque odiaba con toda mi alma la sangre.

—¡Oh, por Dios, Emma!—Matt corrió a mí—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, es solo que...

Agarró mi dedo para mirarlo. Su expresión se transformó en una de pánico.

—Deberíamos llamar a un doctor.

Fue mi turno de alarmarme. Lo único que odiaba tanto o más que la sangre eran los doctores. Nosotros definitivamente no debíamos llamar a un doctor, debíamos irnos a cenar o sino de verdad podría morir.

—¿Doctor? No es para tanto.

—Te acabas de cortar el dedo con un martillo que podría estar oxidado—insistió—. ¿Acaso nunca has escuchado que así es como entra la bacteria del tétano a tu organismo?

Suspiré. Adiós Matt. Hola cerebritito con pies.

—No, Emma, en serio, esto podría ser mortal...

—¿Mortal? ¡Es una diminuta cortada!

—...Una vez que esa bacteria entra en el interior del cuerpo se esparce por todas las vías sanguíneas hasta llegar al sistema nervioso y...

—Ahora que lo dices sí me siento un poco nerviosa.

—...si no tenemos cuidado tendrás convulsiones y parálisis.

—El hambre me da parálisis.

—Llamaré al doctor de la familia.

Mis palabras fueron en vano. Matt ya tenía el teléfono móvil en su mano tecleando varios números en la pantalla.

Era todo, moriría de hambre.



Una media hora más tarde, el Dr. Reed, el tan famoso doctor de la familia que a toda costa había logrado evitar, llegó a la casona.

Con la ayuda de una lupa examinaba mi mano. La misma era tan enorme que casi pude ver su cerebro a través de ella cuando lo posicionó encima de mi mano.

—Gracias por venir Dr. Reed, pudo haber sido peor—comentó Matt—. Estos martillos tienen mucho tiempo en mi familia, no me gustaría que Emma se contagiara de tétano.

—Hiciste bien en llamarme, Matt—replicó el doctor—. Y es un placer conocerte, Emma.

Sonreí con timidez.

—Gracias, Doc., ehm, en realidad la cortada está en...

—¿Qué tan mal está, doctor?—me interrumpió Matt.

—Bueno yo diría que...—dijo el doctor.

—Doc., lo que pasa es la cortada está en...—insistí.

—Emma, no interrumpas al doctor, esto puede ser serio—regañó Matt.

Puse los ojos en blanco.

—Pero, Matt, la cortada...

—Basta, Emma, hablo en serio. Deja que el Dr. Reed haga su trabajo.

Intentaba decirles de buena manera que la cortada estaba en la otra mano y que de ahí radicaba la LOCA posibilidad de que no encontrara ninguna herida en mi mano ni siquiera con esa lupa enorme.

Tuve que quitar la mano bruscamente e intercambiarla por la otra.

La lupa reflejó la diminuta cortada con la que solo siendo “*Brian mala suerte*” podría morir a causa de ella.

Hubo un largo silencio.

—Bueno, yo diría que...—matizó el Dr. Reed rompiéndolo—. Es una... minúscula cortada.

Quitó la lupa.

—Emma vivirá.

Matt exhaló el aire, aliviado.

—Gracias al Cielo.

El doctor agarró su maletín, lo abrió y sacó una pequeña banda curativa. Luego le esparció un ungüento transparente. Terminado el proceso, lo colocó alrededor de mi dedo adhiriéndolo a la herida. Se sentía muy refrescante.

—Ya está.

Su expresión fue tan gentil que a él también me dieron ganas de abrazarlo.

Pero no, obviamente no lo hice.

—Gracias, doctor—le dijo Matt.

—Por nada, Matt—replicó Reed—. Fue un placer atender a tu novia.

Sentí la necesidad de protestar enseguida.

—No soy su...—dije, Matt me golpeó con el codo. Oh rayos, el trato—. Gracias, doctor, por salvarme la vida.

El Dr. Reed asintió al tiempo que guardaba todos sus implementos médicos en la maleta. Se le veía un poco incómodo, pero no quiso decir nada. Oh Cielos, seguramente habíamos arruinado su domingo de tranquilidad.

Seguido, estrechó la mano de Matt y huyó del lugar. Un lugar repleto de la locura de dos jóvenes con el trato más extraño de la faz de la tierra.

—Tal parece que seguirás viva para conocer las demás reglas de felicidad, ¿eh?—comentó Matt sonriéndome cálidamente. Le devolví la sonrisa—. Pongamos todas las partes en el auto y vayamos a cenar.

No supe que me emocionó más: la comida o saber que finalmente armaríamos el librero de dos semanas de trabajo en mi habitación.

Mmmm... la comida.

Sí definitivamente la comida me emocionaba más.



Matt condujo de regreso a la mansión.

En el camino, me contó un poco del status del nuevo hotel que estaban por abrir el miércoles (apertura a la que recuerdo a todo el mundo que iré como pareja invitada, gracias).

Él no había querido revelarme la ubicación del hotel por seguir poniendo en práctica la segunda regla de felicidad: “Disfruta de las sorpresas”, pero finalmente, estando tan cerca de la apertura, me contó que sería en Palm Springs, una «ciudad de ocio» ubicada en Riverside County, a dos horas de Beverly Hills.

—¿Por qué demonios existiría una ciudad de ocio? ¿De verdad hay gente que no hace nada con su vida?—pregunté muy curiosa.

—¿«Demonios»? ¿Qué hablamos de tu vocabulario?

—Matt, soy una persona que odia todo por naturaleza, no puedes cambiarme. Ni siquiera mi mamá pudo lograrlo mientras vivía con ella.

Nos adentramos en la rotonda principal de la mansión.

—No se trata de cambiarte. Se trata de hacer una mejor versión de ti.

En las últimas dos semanas descubrí algo importante sobre Matt: tras tantos golpes, desarrolló su propia filosofía de la vida. Una un poco cursi, si me permiten decirlo, pero a la que poco a poco me fui acostumbrando, a tal punto que terminó gustándome un poquito.

—Sinclair, soy una versión de edición limitada, ¿por qué dañar lo que está bien así?—le seguí en la filosofía.

—Por si no escuchaste bien, dije «mejorar» no «dañar».

—Bueno eso.

—Mejorando tu versión serás más feliz y te amarás más a ti misma.

Me encogí de hombros.

—Pero yo me amo a mí misma tal y como soy.

—¿En serio? Pues la servilleta que te regaló tu ex-novio y que guardaste por cuatro años me dice lo contrario.

Bufé. Otra cosa que descubrí de Matt en las últimas dos semanas: siempre sabía cómo contraatacar. Lo que me estaba costando definir es si así era con todo el mundo o solo aplicaba para mí.

Nos estacionamos frente a la puerta principal. Apenas lo hicimos,

de la puerta, casi instantáneamente, salieron tres hombres uniformados y empezaron a bajar todas las cosas del auto. Matt les dio la instrucción que llevaran todo a mi habitación y lo colocaran en la sala del fondo.

Tan solo entramos a la casa y nos encontramos con una escena algo desagradable: Joseph e Isabella, abrazados como gusanos, intercambiando saliva como de costumbre.

No se dieron cuenta que estábamos ahí hasta que Matt se arregló la garganta a propósito para llamar su atención.

—Eh...—dijo Joseph apenado—. Disculpen, niños, no puedo quitarle las manos de encima a esta mujer.

Isabella soltó su típica sonrisa estúpida, recostando su cabeza en el pecho de Joseph.

—Mi amor—dirigió sus palabras a su novio—. Matt y Emma se están llevando de maravilla últimamente, se la han pasado todos los días juntos. Es más, ya tienen planificada su primera cita: irán juntos a la inauguración del nuevo hotel.

Suspiré.

«Aquí vamos».

—¡No me digas!—le siguió Joseph el juego—. ¿Te estás robando el corazón de mi hermano, Emma?

Amarré la cara. ¿Acaso un hombre y una mujer no podían ser amigos sin que los demás piensen que hay algo romántico entre ellos?

—Todavía no lo ha logrado—replicó el otro tarado, digo, Matt.

Los tres soltaron una carcajada. ¿De qué me perdía? ¿Acaso no se notaba que no me estaba gustando esta broma pesada?

Joseph me sonrió.

—Solo bromeo, querida Emma, por favor no me malinterpretes—dijo—. Espero que Matt esté siendo un buen anfitrión.

—Lo es—repliqué neutral.

—Qué bueno. Nuestros padres nos educaron muy bien, entonces.

Para algunos, eso hubiese sonado muy egocéntrico, pero para mí era algo tan especial, que me hizo suavizar el rostro. Era genial que los Sinclair siempre tuviesen presentes a sus padres. Los míos seguían vivos y se me olvidaba siempre llamarlos.

Oh maldición, yo era una total insensible.

—¿Nos acompañan a cenar?—continuó Joseph—. Hoy tendremos una cena especial para celebrar que inauguraremos el veinteavo hotel de

la cadena y el más ambicioso de todos.

Matt y yo asentimos. Joseph e Isabella se voltearon a la par, y sin importarle que nosotros estuviésemos ahí todavía, acercó su boca al oído de su prometido para empezar a cuchichear:

—¿Los viste? ¿No se ven lindos juntos?—empezó ella.

—Totalmente, te aseguro que les hará bien ir juntos a la fiesta.

—¡Lo sé! Es el plan perfecto.

Rogué al universo por un poco de la paciencia que nunca jamás en mi vida he tenido.

No la encontré.

—¡OIGAN, SEGUIMOS AQUÍ!—grité fastidiada.

Los dos empezaron a caminar, siguieron cuchicheando, pero ya no escuché qué decían. No me cansaría de decirlo: esos dos eran tal para cual.

Sentí el roce de unos labios en mi oreja.

—Que no te hagan perder la paciencia—susurró Matt—. Siempre juegan así, solo no les hagas caso. Tú y yo sabemos que no hay nada romántico aquí y eso es lo importante.

Y caminó en la misma dirección a la que Isabella y Joseph se dirigían.

Me quedé estática.

No porque Matt se hubiese detenido a darme un poco de consuelo.

No porque me dijera que no perdiera la paciencia, aún sabiendo que yo carecía totalmente de ella.

Sino por una cosa más que me sorprendió descubrir: me incomodaba que él, efectivamente, no viera nada romántico en mí.



Palm Springs y el nuevo hotel fueron los temas centrales de la cena.

Agradecí que Joseph se dedicara a contarnos todo lo referente a ambas cosas porque de ninguna manera pasaría pena respondiendo preguntas de los invitados en mi noche como la pareja provisional de uno de los Sinclair.

Hasta me demoré más que los demás en comer de mi plato por andar memorizando cada cosa que Joseph decía del nuevo hotel:

«Está en Palm Springs».

«Palm Springs es uno de los mejores lugares para vacacionar, siempre hay buen clima y los paisajes son alucinantes».

«Sin mencionar claro todas las actividades que hay alrededor: natación, tenis, cicloturismo, equitación, en fin...».

En otras palabras: deportes de multimillonarios.

«Y ya saben, le llaman el “patio de las estrellas”».

De acuerdo, eso definitivamente lo buscaría en Google luego.

«A mí me encanta porque posee algunos de los más famosos campos de golf del mundo».

¿Golf? ¿A quién le puede gustar el golf?

«Yo odio que me obligues a jugar golf cuando vamos allá, es tan aburrido», añadió Matt de pronto.

¿29.56432% de química? Ya era 30% definitivamente.

Supe que podía distraerme cuando Matt y Joseph comenzaron a discutir sobre el tema de lo aburrido que es el golf. Aproveché ese momento para echar un vistazo a mi alrededor: Jane, que estaba enfrente mío, le decía algo en el oído a Isabella y ésta, que estaba sentada a su lado, reía. Imaginé que tal vez sería algo referente a lo del golf.

A mí lado, Matt se mantenía enérgico defendiendo su punto en la discusión y Joseph, que estaba sentado en la cabeza de la mesa, hacía lo mismo.

En general todas las cenas eran así y me gustaba, porque tras dos semanas de cenar noche tras noche con los Sinclair, llegué a conocer cosas muy importantes de ellos.

Por ejemplo, a este punto, ya sabía que Joseph estudió administración de empresas, hablaba cinco idiomas, se dedicaba enteramente a la cadena hotelera, amaba profundamente el golf, la equitación y creía fervientemente en la familia.

Al oírlo hablar durante varias noches sobre el emprendimiento, me hizo darme cuenta que necesitaba una esposa justo como él: de carácter fuerte, dispuesta a apoyarlo en el ámbito profesional y personal, que estuviera presente con actitud positiva en los momentos difíciles de su vida. Todas las cualidades más impresionantes de Isabella.

De Jane también aprendí un par de cosas: era la co-fundadora de la fundación de animales de Matt, hablaba seis idiomas y era fanática de los estudios por Internet, por lo cual tenía al menos cinco títulos. Su

pasión en la vida era el marketing y experimentando con él abrió su propia franquicia de salones de belleza.

Jane no era feminista, pero en varias ocasiones dejó claro que no necesitaba a un hombre para lograr sus metas, por lo cual, no estaba en busca de una relación amorosa. Lo sé, una héroe.

La cena terminó cerca de las ocho de la noche. Fue exquisita como de costumbre, pero estaba más emocionada por el asunto del librero, que ni siquiera esperé a Matt para subir a mi habitación.

Al llegar, cometí el grave error de recostarme en el sofá que estaba en la sala de mi habitación. Y recalco “grave error” porque me hizo darme cuenta que estaba más agotada de lo que creí.

—Apuesto un dólar a que te quedas dormida ahí—retumbó la voz divertida de Matt, quien se adentraba en la sala.

—Já, sí, como si a ti te doliera perder un dólar.

Parpadeé pesadamente.

Matt se dirigió hacia la pila de maderas e implementos que los uniformados subieron previamente al lugar. Sostuvo una de las piezas.

Cerré los ojos por unos cuantos segundos.

Los abrí. Matt revisaba mis planos.

Los cerré. Pesaban como nunca.

Abrí solo uno. Matt ya estaba armando el librero.

Los cerré.

No los volví a abrir.



Desperté de golpe. Todo era oscuridad.

¿Qué hora era?

¿De verdad me había quedado dormida?

¿Pero por cuánto tiempo?

¿Y por qué mi sofá se sentía más cómodo de lo que en realidad era?

Me senté de un tirón para percatarme que ya no me encontraba en el sofá de la sala. Estaba en mi cama. Tenía la misma ropa con la que me quedé dormida, con la única diferencia que una sábana muy suave color celeste cubría mi cuerpo.

¿Y esa sábana de dónde había salido? No recordaba haberla

buscado o arrojarme con ella antes de desfallecer ante el cansancio. Ni siquiera sabía que tenía una sábana con un color tan bonito. ¿Sería Matt quién había tenido tan lindo gesto conmigo?

¡Matt! ¿Dónde estaba?

Miré directo al reloj digital de mi cómoda de noche: 3:14 a.m.

«Oh no, eché a perder la misión del librero».

Tiré la sábana a un lado y me bajé de la cama. Me sentía fatal, la misión era armar el librero con Matt, pero me quedé dormida sin siquiera empezar.

Corrí hacia la sala. Con suerte, Matt todavía estaría ahí, pero sin suerte, seguro se habría molestado conmigo y dejado todo como estaba antes de quedarme dormida. Porque fui débil ante el sueño. No era justo que él armara todo eso solo cuando yo era la que había propuesto la idea en un principio.

—Matt, lo lamento mu...

El *shock* me atacó en la entrada de la sala. Me quedé ahí, de pie, impactada ante lo que mis ojos percibían.

Matt no estaba ahí. Tampoco las maderas desarmadas, ni los implementos de ebanistería.

Pero sí había algo nuevo. Algo alucinante.

En la pared de fondo, un magistral librero adornaba la sala. El librero que yo había imaginado. Que yo había diseñado. Que era una simple ilusión en papel, pero una obra de arte en persona.

No solo eso. El librero estaba *lleno*. Lleno de los libros que mantenía en pila alrededor de mi habitación, tras la mudanza tan intensiva que tuvimos. Los libros de fotografía, arte y ciencia ficción que amaba. Sobraban algunos espacios, quizás para los marcos de fotos de los que le hablé a Matt.

—Oh, por Dios—no pude evitar pronunciar.

Era evidente que Matt no se molestó conmigo. Tuvo consideración para entender que estaba agotada, pero la suficiente empatía para compartir mi emoción por el librero por lo que decidió armarlo por él mismo sin importar que yo no le ayudara.

La barra de la química imaginaria incrementó en contrapicada: el 30% pasó a un 40%. Un porcentaje respetable, pero arriesgado.

De repente, algo destelló en el fondo. Era un papel, que se mantenía pegado en lo que simulaba ser la mitad del librero. Lo

despegué, pero estaba tan oscuro, que decidí regresar a mi cama para leerlo.

Estando ahí, las letras fueron lo suficientemente claras:

*Me debes un dólar, Bennett.
Pero está bien, hiciste un gran trabajo.
Espero te guste tu nuevo librero.
- M.*

No sé qué fue. Si el detalle de la sábana, la perfecta caligrafía que no era típica de un hombre, la impecable ortografía o la manera en que mi cerebro completó lo que seguía después de la “M” en la firma, pero mi corazón se aceleró.

Empezó a latir en las frecuencias que más odio. Lento, rápido, lento, rápido, rápido, rápido.

Y sin querer, pero a la vez queriendo en secreto, sonreí. Sonreí de verdad por primera vez en mucho tiempo. Fue una sonrisa auténtica, llena de la más sincera felicidad, esa que es tan efímera, que saboreas cada pizca de ella en los momentos en que el universo te bendice con ella.

Traté con todas mis fuerzas de impedirlo, pero la barra de química imaginaria incrementó otra vez: el 40% subió a 50%.

Era tarde, pero no podía esperar hasta que amaneciera para agradecerle a Matt. Me apresuré en buscar uno de mis lápices de dibujo y, usando la parte de atrás del papel que dejó Matt, tracé unas líneas finas, luego algunas gruesas.

Rápidamente las líneas se transformaron en una versión caricaturesca de mí abrazando a su magistral librero. Al lado, Matt, también versión caricatura, estaba de pie con una capa de superhéroe, sosteniendo sus herramientas de ebanistería.

Riéndome de la ironía de mi propio dibujo, escribí en una esquina:

*No me “gusta” mi nuevo librero, me ENCANTA.
Eres un superhéroe para mí en este momento.
Gracias, Matt.
- E.*

Así corrí fuera del dormitorio con mi sábana celeste cubriéndome el cuerpo.

El pasillo se hizo largo en medio de la oscuridad y reinó la preocupación de que alguien me encontrara a esa hora yendo a la habitación de Matt.

Pero me arriesgué, porque cuando la adrenalina pasara, el orgullo se sobrepondría y sería difícil agradecerle de la manera en que ahora mismo quería hacerlo.

Localizar la habitación de Matt fue sencillo, ya que tras tres semanas viviendo en la Mansión Sinclair, ya conocía bien los dormitorios, pero nunca me había atrevido a entrar a alguno que no fuera el mío.

Tiré la puerta hacia atrás y entré con sigilo, con los sentidos alerta por si alguien me descubría. La cerré.

Me encontré con que la habitación de Matt era un reflejo idéntico de su personalidad: orden, control, el rey de lo habitual. En el fondo, había una pequeña oficina, donde un escritorio era adornado con una pila de libros gruesos. Y finalmente, en el medio de la recámara, estaba una cama cubierta con sábanas azul oscuro, donde el cuerpo de Matt yacía dormido profundamente.

El pobre se veía tan agotado, que ni siquiera se había cambiado de ropa. Simplemente estaba ahí acostado, de brazos cruzados, sin ningún manto que lo protegiera del frío.

Supe que esa era mi oportunidad de devolverle el detalle de la sábana, por lo que me quité de encima la sábana celeste y la coloqué lentamente sobre él, procurando no despertarlo de su letargo.

Quiero decir que lo último que hice fue dejar la nota sobre su cómoda de noche, pero mentiría como una descarada. Eso fue lo penúltimo, porque lo último... fue ponerme de cuclillas en el suelo para echarle un vistazo a Matt mientras dormía.

Su pecho caliente subía despacio, al son de su respiración. Se veía calmado, sin preocupación alguna. Supongo que eso es lo que logras cuando no le debes nada a nadie, ¿eh?

¿Estaría soñando? ¿Los hombres sueñan? Oh, *duh*, claro que sí. Todos los seres humanos soñamos. Pero... ¿Qué sería? Por el pacifismo en su rostro y la posible sonrisa que traía, tal vez soñaba con la rubia sensual del *Caffé Luxxe*.

Sí, definitivamente eso era.

Urrr, hombres.

Me levanté. No tenía nada más que hacer ahí. No señor, agradecida y todo, no debí venir en primer lugar. A veces basta con que uno diga «gracias».

Tan solo di dos o tres pasos hacia la puerta, cuando algo me detuvo. Alguien murmuraba, muy suavemente. La voz era débil, pero supe que pertenecía a Matt porque no había más nadie en la habitación. O al menos eso esperaba de todo corazón.

Me giré. Matt, en efecto, movía los labios dormido.

Me acerqué tanto a él para escuchar lo que susurraba que terminé sintiéndome un poco culpable por invadir su zona personal. Sin embargo, toda la culpa se desvaneció en el momento en que una sola palabra que brotó de los labios de Matt, y que significó el mundo para mí, me dio una idea de lo que soñaba:

—Emma...

Y luego de nuevo, con más debilidad:

—Em...ma...

Así fue como el 50% de química pasó a ser un peligroso 51%.

Me fui esa noche de la habitación de Matt siendo la portadora de la más grande y estúpida sonrisa de todo el planeta.

Porque pensándolo mejor...

Sí se merecía el dibujo.

Nadie más que Matthew Sinclair lo merecía.

Cayendo lentamente

El lunes inició tal cómo creí que iniciaría:

Lleno de atchú-sonrisas-atchú.

Esa mañana no fuimos a trotar, pero eso no impidió que Matt me despertara a las 7:00 a.m. inmensamente emocionado por el dibujo que le había dejado la noche anterior.

Ibamos muy atchú-sonrientes-atchú, entrando a la cocina, hablando del librero, las novelas puestas en él, el dibujo y mi ridículo desfallecimiento de la noche anterior, cuando de pronto...

UNA MASA REDONDA Y OLOROSA PASÓ FRENTE A MI ROSTRO.

¿Pero qué...?

La seguí con mis ojos. Era un panqueque.

Aterrizó justo en el medio de un plato que estaba puesto en la mesa principal de la cocina, donde además, se encontraban sentados Isabella, Joseph y Jane. Enfrente, justo al lado de la estufa, estaba Edward, el mayordomo, vestido con una filipina blanca, gorro de chef y una espátula de metal en su mano.

—Es “lunes de la cocina de Edward”—susurró Matt en mi oído tras notar mi evidente confusión—. Es el único lunes del mes en donde Joseph le permite a Edward practicar sus habilidades culinarias durante todo el día. Es todo un espectáculo.

Asentí. Ni siquiera era necesario que preguntara por qué Joseph solo le permitía hacerlo una vez al mes. El panqueque volador lo dejó todo claro.

Edward se volteó y en el preciso momento que lo hizo, su mano tiró otro panqueque al aire. Éste voló hasta el plato de Jane, quien estalló en una carcajada.

—¡Bien!—exclamó al mismo tiempo que aplaudió.

Joseph e Isabella, que estaban a su lado, no se veían tan complacidos como ella. Traían un rostro del más genuino pánico. Hasta creo que temblaban en su sitio.

Dudosa, me senté al lado de Isabella. Matt se sentó a mi lado.

—Ah, buenos días, niños—matizó mi madre sustituta en nuestra dirección. Un panqueque cayó en su plato, lo que la hizo saltar en su lugar—. ¡Santo Cielo! Santo Cie...

Otro más cayó en mi plato. Y un tercero en el plato de Matt.

Isabella, con una risa nerviosa, se giró en dirección al oído de Joseph.

—¿Es completamente necesario que los tire?—escuché vagamente que susurró.

Joseph, conciliador, no supo ni qué cara ponerle. Porque pudo haber sido una sonrisa, pero para mí su boca simplemente se deformó.

Isabella ni siquiera quiso seguir indagando. Se giró en mi dirección y yo supe enseguida sus intenciones.

—Emma, esta es tu última oportunidad. Sabes que puedes venir con nosotros hoy, solo debes decir que sí.

Suspiré. En la mañana, justo después que Matt me despertó para agradecerme por el dibujo, Isabella había llegado a mi habitación para contarme que hoy, durante todo el día, estaría fuera junto a los tres hermanos Sinclair. Resulta que era el último día para finiquitar detalles de la fiesta de inauguración del nuevo hotel de Palm Springs, que sería este miércoles.

Yo, por supuesto, como no era multimillonaria como ellos, no podía ir porque tenía trabajos de pintura de baja categoría que hacer. Y digo “baja categoría” porque obviamente me pagarían muy poco, pero no por eso dejaba de ser trabajo.

—Está bien, Isa, en serio—respondí suavemente tratando de no arrebatarle la dulzura de su carácter—. Tengo trabajo que hacer hoy. Debo concentrarme en ello porque se está acercando la fecha de entrega y estoy muy atrasada.

—¿Pero no lo puedes hacer mañana?

Joseph, el grandioso, intercedió por mí:

—Mi amor—expresó—. Si Emma debe dedicarle a sus trabajos, no podemos seguir insistiendo.

Isabella exhaló el aire de mala gana. A Joseph no podía discutirle.

Agradecí al Cielo por tan infalible creación como lo era Joseph Sinclair, al tiempo que le di una mordida a mi panqueque. Demonios, esa cosa sabía a gloria.

En ese preciso instante, como si Edward me hubiese leído la

mente, otro panqueque cayó instantáneamente en el plato, lo que hizo que me echara hacia atrás asustada.

—Espero que le guste, señorita Emma—guiñó un ojo el mayordomo.

Reí, nerviosa.

—Gracias, Edward—le dije—. Creo.

Esta vez, haciendo el papel de Joseph, fue Matt quien apretó mi hombro, conciliador.

—¡Estás mejorando, Ed!—exclamó mostrándole el dedo pulgar a Edward.

Isabella, por su parte, volvió a la conversación de antes.

—Está bien, Emma, tú ganas, puedes quedarte—me dijo un tanto desilusionada—. Pero tú te lo pierdes.

Eso ya lo tenía muy claro. Demasiado para mi gusto.



Más tarde, luego del desayuno, me encontré a mí misma dando vueltas en la sala de mi habitación. Tenía un montón de trabajo por delante.

Debía pintar tres lienzos de tres niñas distintas y la madre de éstas tan solo me había dado una fotografía de cada una con las típicas frases que usan los clientes que creen que haces magia: “Me encantan tus trabajos, te sigo en todas tus redes sociales” “Se ve que trabajas muy rápido” “¡Me han dicho que eres maravillosa! Seguro con estas fotografías será suficiente”.

Ya saben, la clásica: te tiran flores para luego clavarte con lo imposible. Es el lamentable destino de todos los que estudiamos arte.

Mientras estaba mezclando los colores en el suelo, mirando de vez en cuando el lienzo en blanco que tenía enfrente y definitivamente pensando en el cruel destino que me imponía la vida por querer seguir mis pasiones, alguien tocó la puerta.

—¡Pase!—grité.

Estaba tan concentrada en lo mío que ni siquiera me esmeré en voltearme para enterarme quién se adentraba en mi habitación.

—Oye tú.

Dejé de revolver tan solo por un instante, para girarme y enfrentar

a Matt con una ceja alzada.

—¿«Oye tú»? ¿Dos semanas armando un librero juntos y ya nos tenemos esa confianza, Sinclair?

—Eh, eh, pasas por alto detalles—alzó el dedo índice—. Dos semanas trotando juntos, desayunando juntos, intercambiando chats, hablando de nuestros sentimientos ocasionalmente, armando un librero juntos y poniendo en práctica dos reglas de felicidad juntos. Creo que me he ganado la confianza.

Me reí. Por una parte porque era lindo que llevara la lista de sucesos en su mente y por otra parte porque sus frases de payaso no combinaban para nada con el atuendo que traía hoy: camisa, pantalones de vestir y cabello peinado hacia atrás. Nada parecido al muchacho divertido que relataba en los sucesos de las pasadas dos semanas. Se veía como todo un empresario que iba a supervisar un negocio multimillonario, no el payaso con el que había construido un librero.

No quise admitir que Sinclair tenía la razón, así que decidí seguir en lo de revolver colores. Él, ni corto ni perezoso, se acercó para arrodillarse a mi lado.

—Así que...

Lo detuve con una mano. Estaba más que claro por qué estaba aquí.

—No, no espera, no me digas, ya sé qué ocurre aquí—maticé—. Isabella te envió para que me convencieras de ir con ustedes.

—¿Qué? Por supuesto que no, quería despedirme de ti antes de irme.

Adopté mi mejor postura sarcástica.

—Ah, qué lindo tú.

Hubo un breve silencio en el que pude notar a Matt examinando el movimiento de mi pincel mientras revolvía pintura para luego enfocar sus azules iris en mí otra vez.

—Ella siente que te estaría abandonando hoy. Piensa que estarías mejor con nosotros. Que aquí te aburrirás sola—escupió la verdad así sin más.

¡Já! Si me dieran un dólar por cada vez que estoy en lo correcto sobre Isabella, sería multimi... no, en verdad seguiría siendo pobre.

—Lo sabía.

—De hecho, yo opino lo mismo—siguió Matt, intentando

venderme la idea—. En estos días, si mal no recuerdo, me dijiste que te sentías sin inspiración para pintar. Posiblemente allá consigas la inspiración que tanto necesitas.

—Nunca te he dicho tal cosa...

—Bueno, igual, el lienzo que tienes enfrente está en blanco, así que intuyo que no tienes inspiración. Eso debe ser terrible, debe significar que necesitas inspiración. Ven con nosotros. Allá la encontrarás.

No sabía por qué, pero algo me decía que Matt insistiendo no tenía que ver con Isabella. De igual forma, por mi propia salud mental y la de mi malévolo subconsciente, decidí no meterle más mente al asunto.

—Matt—le dije suavemente—. Una señora que no conozco me envió ayer tres fotos por correo y quiere que las recree sobre óleo en menos de dos semanas. En otras palabras, debo hacer magia. Y de la negra, creo.

Matt se llevó una mano a la quijada.

—¿Eso quiere decir que vendrás o qué significa?

Increíble. Este chico debía ser la persona más responsable que yo haya conocido jamás y me estaba tentando para que yo no lo fuera. ¿Quién rayos entiende a la humanidad?

—Eso quiere decir que de verdad debo quedarme aquí y terminar esto.

Sinclair asintió con la cabeza. Su expresión era de pura neutralidad, ni siquiera pude analizar qué pasaría por su cabeza.

—Está bien—dijo. Se puso de pie—. Me voy ya. Diviértete con tu magia negra.

—Gracias. Lo haré.

Dejé de sentir su presencia a mi lado. Estaba segura que ya, finalmente, podría empezar a concentrarme en lo mío, hasta que su voz retumbó por enésima vez en la habitación:

—Estoy yéndome ya, pero solo para que quede claro, eso podría tomar alrededor de cinco segundos. Cinco segundos en los que podrías cambiar de pare...

—No cambiaré de parecer—repliqué, divertida.

Silencio letal en el lugar. Creo que ahora sí me había dejado sola.

Pasé a revolver la siguiente combinación de colores, con una sonrisa de oreja a oreja, porque vamos, Sinclair podía ser lindo de vez

en vez, cuando de pronto una mano se posó en mi cabeza.

La mano, que obviamente pertenecía a Matt, revolvió mi cabello. No de una forma agresiva, sino juguetona. Y mientras yo, la más hormonal, me quedaba estática ante el contacto físico, sentí el leve roce del labio de Matt en mi oído.

—Espero ver un poco de esa magia negra en la noche a mi regreso —susurró.

Cuando reaccioné ya era demasiado tarde para contraatacarlo, porque entonces Matt sí se había ido de la habitación.

Gruñí un poco. Ese chico, en definitiva, quería volverme loca. Primero era de lo más indiferente conmigo, intentando convencerme de ir a su lujoso hotel en Palm Springs solo porque Isabella así lo quería, y de pronto tenía estos gestos que para mí eran de lo más coquetos, pero ni él ni yo estábamos dispuestos a admitirlo. Por el raro trato que teníamos, por el orgullo, porque así no nos metíamos en líos innecesarios.

Sacudí la cabeza. Basta de pensamientos acerca de Sinclair. Él ya tenía demasiado dinero y yo muy pocos dólares en mi cuenta bancaria. Era hora de dedicarle a mi sustento y nada más que eso.

Sostuve la primera fotografía impresa en mis manos. En ella aparecía una niña de unos cuatro años, de cabello rubio cenizo y una piel tersa que seguramente sería difícil recrear, pero amaba lo que hacía así que me llené de la confianza que mi magia me proporciona al pintar.

Entre pinceladas y pinceladas, se pasaron las primeras tres horas del día sin que me diera cuenta. Eso era lo bueno de la Emma versión responsable, podía concentrarse durante largo cuando se trataba de pintar por dinero.

Me detuve un segundo a admirar el lienzo. Estaba cobrando forma. Sentí que ya podía descansar un rato, por lo que me puse a revisar mi teléfono móvil. Tenía varias notificaciones:

Tienes diez correos nuevos
Tienes una llamada perdida de MAMÁ
1234PINTURAS le ha gustado tu publicación
EL DEMENTE DE LA FERRETERÍA te ha enviado dos fotos
EL DEMENTE DE LA FERRETERÍA te envió un mensaje
EL DEMENTE DE LA FERRETERÍA te envió un mensaje

«El demente de la ferretería». Quizá ya venía siendo hora de ponerle su nombre real en mi registro de contactos.

Abrí su ventana de chat. Habían dos fotos, una de Isabella y Joseph haciendo caritas graciosas y otra de Jane mostrando el pulgar, sentada en una silla. Detrás se plasmaba una piscina con algunos pétalos de rosas sobre el agua.

La ventana de mensajería también mostraba dos mensajes:

EL DEMENTE DE LA FERRETERÍA:

De lo que te estás perdiendo

EL DEMENTE DE LA FERRETERÍA:

De verdad creo que amarás el hotel,
acá no hay magia negra

Reí a carcajadas. Maldito «demente de la ferretería», hasta por chat era gracioso. Cambié su nombre de contacto por «Matt Sinclair». Bien o mal, eso y más se había ganado.

Así envié mi primer mensaje a su contacto formal:

EMMA BENNETT:

Si no hay magia negra...

EMMA BENNETT:

¿Cuál es la diversión?

Ni siquiera pasaron diez segundos, cuando ya tenía una respuesta de Matt. Apostaba que el descarado estaba pegado al teléfono esperando mi contraataque, porque básicamente en eso se basaba nuestra relación últimamente: definir quién era el líder en la tabla ficticia de puntuaciones.

MATT SINCLAIR:

Pues todo, es un hotel de entretenimiento

EMMA BENNETT:

Mmm... entretenimiento para multimillonarios

MATT SINCLAIR:
Ouch, eso duele :(qué ácida, Bennett

MATT SINCLAIR:
Aquí va una nueva regla para nuestro trato:
nada de chistes de multimillonarios.

Sí, claro, porque por él yo iba a renunciar a mi humor negro. ¡Bah!
Sinclair debía, totalmente, volver a la realidad.

MATT SINCLAIR:
Isabella me está preguntando si estoy hablando contigo

EMMA BENNETT:
DILE QUE NO. QUE IMPERTINENCIA D:

Matt Sinclair está escribiendo...
Matt Sinclair está en línea.
Matt Sinclair está escribiendo...

MATT SINCLAIR:
Perrqelshdfhkjsfgsd

Matt Sinclair está escribiendo...
Matt Sinclair está en línea.

Pero, ¿qué demonios? ¿Qué tanto escribía?

MATT SINCLAIR:
TE AMOOO EMMAAAA!!!
SE MI NOVIA POR FAVORR <3 <3 <3

Puse los ojos en blanco. Ni siquiera era necesario que preguntara si eso lo había escrito Isabella. Conociéndola, seguro le arrebató el teléfono de las manos y mientras corría por su vida, escribió a toda velocidad el mensaje.

Ya me imaginaba a Matt, avergonzado, correteándola al tiempo que le rogaba que le devolviera el teléfono móvil. Tal visión en mi mente,

hizo que me arrepintiera un poquito de no haber ido. Pude haberme estado divirtiendo con ellos en este momento.

Dejé mi teléfono móvil a un lado pensando que en cualquier momento Matt me enviaría un mensaje disculpándose. Porque así de correcto era.

Al cabo de unos cinco minutos, mi teléfono gritó un “¡PING!”, pero no quise verlo sino hasta media hora más tarde, después de haber dado varias pinceladas más. El mensaje que tenía fue una peligrosa sorpresa:

Matt Sinclair:

Sabes que ese no fui yo, porque si quisiera decirte o pedirte eso, no lo haría por chat.

Matt Sinclair:

Nos vemos en la noche, linda ;)

Oh no, ¿por qué? ¿Por qué debía ser tan honesto? ¿Tan maduro para responder así? ¿Tan juvenil para usar caritas felices en los chats?

El color rojo, que usaba para pintar, se tiñó a lo largo de mis mejillas también. Fue una pintura biológica, producto de mis avergonzados vasos capilares. Maldición, estaba sonrojada. Matthew Sinclair había logrado sonrojarme. El inepto, con tan solo unas cuantas palabras, había logrado acelerar mi corazón.

«Ni se te ocurra caer, inepta. Ni tú ni él están para esto», me regañé en mi cabeza.

No le respondí el mensaje a Matt. Ni cuando tomé descansos entre pinceladas, ni cuando Edward entró a mi habitación haciendo malabares con algunos bocadillos, ni cuando me empezó a golpear el cansancio seis horas más tarde, ni cuando me recosté en mi sofá a descansar la vista, ni cuando admiré el librero que me recordaba a Matt, ni mucho menos, claro, cuando me quedé dormida.

—0—

Emma...

Despierta, Emma...

Emma...

Ligero toque en mi hombro.

Emma...

Medio dormida y medio despierta, parpadeé con dificultad. Mi parte medio despierta identificó la melodiosa voz masculina que decía mi nombre, pero el problema era que como también tenía una parte medio dormida, sonreí como toda una estúpida al escucharla.

—Oye tú—solté entre babas.

—¿«Oye tú»? ¿Dos semanas armando un librero juntos y ya nos tenemos esa confianza, Bennett?

Abrí los ojos de golpe. Automáticamente me encontré con los oceánicos ojos de Matt que estaban demasiado cerca de mí para mi gusto. Y del *shock*, mi boca llena de babas se quedó abierta, sin saber cómo cerrarla.

«Reacciona, tonta», me gritó mi subconsciente.

Sacudí la cabeza y me senté.

—Hola.

—Hola—replicó Matt con un semblante tan brillante que me pareció a mí estaba disfrutando con toda su alma este momento.

Me sequé la baba con la mano.

—Eh, ¿qué tal el hotel?—continué.

Matt, que estaba erguido sobre sus rodillas en el suelo, se puso de pie. Su atención ya no era para mí, sino para la pintura en óleo increíblemente avanzada que teníamos enfrente.

—Genial, estoy seguro que lo amarás.

—Ah no sé, no tengo gustos tan refinados como los tuyos.

Se rió.

—¿Qué dijimos sobre los chistes de multimillonarios?—regañó vagamente, ya que ahora se encontraba demasiado concentrado examinando mi lienzo—. Vaya, Emma, eres muy buena. Isabella me lo había dicho, pero nada como verlo por uno mismo.

Me encogí de hombros.

—No tanto...

—Sí, sí lo eres. Esto es realmente impresionante—insistió—. ¿Cuánto te pagan por hacer una pintura así?

Suspiré. Sabía que mi respuesta traería un debate consigo.

—Como cien dólares.

Matt se volteó hacia mí, impactado.

—¿Es broma, cierto?

—No. Soy una artista nueva y joven, la gente no pagaría más de eso por mis trabajos.

—Todo lo contrario, podrían pagar más—debatí—. En lo personal creo que tu trabajo vale más que cien dólares. Mereces mucho más.

Llevé mis brazos a mi pecho para cruzarlos. Aunque concordaba con él, porque vamos, esta vida de pobreza apestaba, no creía que lograra hacerme multimillonaria pintando retratos. Si había una riqueza que los artistas estábamos destinados a tener, era una riqueza de corazón, no monetaria.

—A ver, ¿cuánto tú pagarías por eso?

Examinó el lienzo una vez más. El silencio nos envolvió, hasta que se rompió con su respuesta llena de seguridad:

—Dos mil dólares.

Quedé en *shock*.

—De hecho—continuó Matt—. Podría comprártela ya mismo para que me creas cuando te digo que esto vale mucho más que cien dólares.

De la impresión, empecé a balbucear. Me levanté del sofá para acercarme a Matt y detenerlo cuanto antes. Era tan acelerado que no demoraría en sacar su chequera y hacer un cheque por dos mil dólares a mi nombre completo, porque se lo sabía muy bien.

—¡Esto es para alguien más!—exclamé—. Además, no quiero tu dinero.

—No es como que te estoy regalando mi dinero, Emma, te estoy comprando un trabajo.

¡Maldición! ¿A quién se le había ocurrido poner este loco en mi vida? ¿A quién?

Sabía perfectamente lo que se traía, sabía que quería ayudarme y estaba usando el lienzo como excusa. ¿O será que hablaba en serio? Ay, todo era tan confuso con Matt.

Le agarré el brazo. Oh, vaya, de verdad se ejercitaba.

Ejem.

Le agarré el brazo. Él, sin esperarlo, se calló. Lo conduje hasta el sofá para hacer que se sentara y yo me senté a su lado. Necesitábamos hablar, no pretendía aceptar su dinero. Ni tampoco sus coqueteos indirectos, pero por ahora su dinero.

—Matt.

—Emma.

—Esa pintura es para alguien más—hice mi mejor esfuerzo para ser conciliadora, porque de otra forma le hubiese estampado el lienzo en la cabeza—. Para una señora que cree que hago magia negra, pero sigue siendo de ella. Ya hasta me pagó. Si quieres que pinte algo para ti, pídelo, pero te aseguro que no te cobraré dos mil dólares.

—Pero soy libre de pagar lo que considero vale un trabajo.

—Y yo soy libre de decidir si quiero que me lo pagues o no.

Exhaló aire. Su cuerpo, que estaba tenso, se relajó. Sus hombros cayeron al tiempo que su rostro se llenó de preocupación.

—Emma—adoptó el mismo tono conciliador—. Si no empiezas a valorar tu trabajo, la gente no lo hará tampoco. ¿Cuántos trabajos has vendido ya?

—¿Te refieres a pinturas?

—¿Vendes algo más que pinturas?

«Oh, mierda, Emma, no te ayudes tanto».

Un profundo suspiro emanó de mi boca. Pude haberle mentido, pude decirle «no Matt, solo pinturas» porque lo menos que quería era un sermón sobre la importancia de monetizar mi talento, pero recordé que me pidió honestidad cuando sellamos nuestro trato. Era necesario que lo fuera si queríamos que esto funcionara (y se terminara cuanto antes).

—De vez en cuando hago sesiones de fotos, diseños digitales y eh... esculturas. Una vez me pidieron una escultura. Fue un desmadre, pero lo hice.

—¿Puedo ver tus fotos? ¿Tus diseños? ¿La escultura? Quiero ver todo lo que has hecho.

«Sí, inepto, corriendo te muestro todo lo que he hecho».

—No tengo pruebas de todo lo que he hecho.

—Algo tendrás.

Es todo, volvamos a la parte en donde me quejo por este loco en mi vida. En serio, ¿a quién se le ocurrió? ¿Por qué?

—Ven conmigo—dije, accediendo.

Quedamos sentados en mi escritorio, uno al lado del otro. Sobre la madera, justo en el medio, reposaba mi computadora portátil, cuya pantalla levanté para que despertara de la hibernación.

La realidad era que sí tenía fotos de algunos de mis trabajos, pero

solo porque pretendía subirlos algún día a un sitio web que sería como mi portafolio virtual. Tenía la ligera esperanza que eso me conseguiría más trabajos, lo que me haría menos pobre. Oh sí, algún día.

Busqué entre mis documentos la primera carpeta: «Boda Warren-Campbell».

—Tomé estas hace dos meses—le dije a Matt pasando lentamente las fotos. No pude evitar también examinar su expresión. Se veía encantado—. Les gustó tanto que me invitaron a su boda y me dieron un piso entero de la torta. Isabella y yo comimos torta todos los días durante casi tres semanas.

Matt, con su arma mortal, asintió.

—Son muy buenas. Y qué bien por ustedes por lo de la torta. ¿Qué más tienes?

Navegué hacia la siguiente carpeta: «Trabajos anteriores». Una carpeta de archivos viejos que no pretendía mostrar a nadie. Precisamente porque eran fotos de mí entregando trabajos, una iniciativa que tuvo Isabella para motivarme a seguir adelante.

Apareció en pantalla una foto muy mal encuadrada, de una señora con un lienzo pintado por mí y yo a su lado con, para mi sorpresa, una enorme y honesta sonrisa. Vaya, no recordaba cuán feliz fui al entregar mis primeros trabajos.

—Otra cliente feliz, por lo que veo—matizó Matt.

—Sí... eso parece.

Pero después que Isabella conociera a Joseph y empezaran a salir, cada vez tenía menos oportunidad de acompañarme a hacer mis entregas, de manera que, me fui quedando sin fotos ni ganas de continuar la iniciativa.

Dentro de esa misma carpeta, busqué con anhelo la fotografía de cuando entregué la escultura. Debía tenerla en algún lugar, ese trabajo valía oro.

Al encontrarla, le di doble clic para ampliarla a lo largo de la pantalla.

—¡Oh, espléndido!—comentó Matt—. ¿Y dices que fue un desmadre?

—Créeme, me va mejor la pintura en óleo—repliqué.

Recordé aquel periodo de tiempo. Era joven e ingenua. Bueno, en realidad aún soy joven e ingenua, pero en aquel tiempo mucho más. Y

tanta juventud e ingenuidad me llevó a aceptar hacer esa escultura sin tener siquiera nociones de cómo esculpir solo porque la señora estaba pagando bien.

Seguí pasando las fotos. Para mi sorpresa, habían algunas que ni siquiera yo sabía Isabella había tomado. Eran de mí, en días distintos, vestida con la camiseta roja de cuadros que uso para pintar, pintando lienzos de mis clientes.

—Vaya, qué hermosa—comentó Matt de pronto. Lo hizo en un tono tan bajo que, de no ser porque lo tenía sentado a mi lado, no lo hubiese escuchado.

—¿Disculpa?—pregunté confundida.

Él balbuceó.

—La pintura—sonrió avergonzado—. Me refería a lo que estás pintando en la foto.

Miré la foto. El lienzo estaba prácticamente en blanco, solo con algunos trazos de lápiz, líneas de guía y la primera capa de pintura con la que separaba los colores. Vaya, Sinclair tenía un ojo artístico después de todo. Estaba viendo más allá en mis pinturas de lo que yo misma veía.

Justo cuando estaba por dar clic en otra carpeta, algo saltó en mi pantalla. Un cuadro de diálogo con el logo de Skype que decía «Mamá llamando». ¡Oh, rayos! ¿Cómo había aprendido a hacer una video-llamada? ¿Y desde cuándo la tenía entre mis contactos de Skype?

Mis ojos divisaron a Matt como por un impulso nervioso. Tenía una sonrisa malvada de oreja a oreja y acababa de alzar el brazo dejando clara sus intenciones: presionar el botón de responder.

—Ni se te ocurra—amenacé, pero él solo sonrió más—. Matt... no...

Estiró el brazo. Tuve que tirarme encima de él para impedirlo. Caímos como idiotas al suelo.

—¡NO!—grité, tratando de treparme encima suyo, de manera que no se pudiera levantar. Mientras tanto, el anticuado sonido de llamada de Skype seguía resonando en el fondo.

—¡Es importante que conozca a tu mamá!

—¡NO LO ES!

—¡Quiero conocerla!

Me tiró a un lado. Se levantó. Salté a su espalda.

—¡JAMÁS!

«Tum turun... tum turun...», el tono de llamada de Skype, que no se rendiría.

—¡Necesito...!—exclamó Matt luchando contra la hormiga que tenía en su espalda—. ¡Conocerla!

Todavía conmigo en su espalda, llegó hasta la silla. Jadeando, alzó la mano hacia la computadora. Empujé su brazo hacia atrás. Carcajeó, alzó el otro brazo que tenía libre y presionó con fuerza el botón de responder.

En la pantalla, apareció la imagen de mi madre, vibrante como de costumbre. Era difícil saber qué tenía en el fondo, porque estaba tan cerca de la pantalla que solo veía su sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola hij...!

Su semblante divertido se transformó en uno de impresión cuando vislumbró la escena detenida enfrente suyo: Matt, de rodillas sobre la silla y yo, en su espalda abrazando su cuello para no perder el equilibrio.

—¡Interrumpo... algo?

«Ay no, que me trague la tierra, por favor».

Lentamente, me bajé de la espalda de Matt, tomé asiento en la silla, y él, apenado, pero sin renunciar a su maldita arma mortal, se sentó también a mi lado. Por último, pasó una mano por su cabello para peinarlo hacia atrás e hizo lo mismo con el mío. Yo me quité su mano de encima tan solo con sentirla en mi cabello.

—Madre—pronuncié.

Los ojos de mi madre, inundados en la misma curiosidad que mató al gato de las leyendas urbanas, se clavaron en Matt. Claramente esperaba una explicación y vamos, yo no sería quien se pelaría la cara dándosela. Que se la pelara él.

—Sra. Bennett... un placer, soy Matthew—matizó Matt usando su tono más dulce.

Me golpeé la frente con la mano. Sabía lo que se traía este inepto, estaba usando sus encantos para conquistar a mi madre, quien, conociéndola, caería rendida.

Mi madre, que estaba seria y pálida, estalló en una carcajada. ¡Una de lo más coqueta! ¡Maldición, no! ¡No la mujer que me trajo al mundo, por favor!

—Matthew...—pronunció su nombre en un ridículo acento inglés

—. Pero qué bonito nombre. Y tus ojos, ¡son tan azules! ¡Qué espectaculares!

Volví a golpear mi frente con la mano. ¿Era completamente necesario que halagara también sus ojos?

—Vaya, gracias Sra. Bennett—dijo Matt, al tiempo que me atacaba con su arma mortal.

«Vaya, gracias Sra. Bennett, ju, ju, ju», repetí sus palabras en mi mente, solo que con una voz de retraso mental, esas exageradas que usan en las terribles películas de comedia.

—Mamá, ¿se puede saber cómo demonios hiciste para convocar una video-llamada?

—Querida, ¿qué te he dicho de hablar así?

Eh... ¿«Convocar» es una mala palabra?

—Y lo logré porque tu papá me acaba de regalar una computadora portátil para nuestro aniversario, que por cierto, olvidaste.

Suspiré.

«Aquí vamos».

—¿Cómo puedes, todos los años, olvidar el día en que tu padre y yo te concebimos a ti, tan hermosa y talentosa mujercita?

Claro, porque era mi obligación recordar cada año el día en que mi mamá y papá tuvieron sexo salvaje sin protección en un motel que dio como resultado que yo viniera a este duro mundo.

Matt se rió a mi lado. Lo fulminé con la mirada. Fingió toser.

—Feliz aniversario, Sra. Bennett—dijo.

—Gracias, querido, ya son 27 años de casados, estamos muy contentos. Y por favor, llámame Theresa.

«Llámame Theresa, ju, ju, ju». Oh no, esperen, era mi madre. A ella sí no podía imaginarla en ese escenario de terrible película de comedia.

—Emma, mi amor, dale las gracias de mi parte a Isabella, ella fue quien me dio tu «nombre de apodo». ¿No es genial que ahora podamos hablarnos por video-llamada?

Era todo, mataría a Isabella.

—Mamá, no se dice «nombre de apodo», se dice «nombre de usuario»—la corregí, golpeando mi frente por enésima vez.

Di un hondo respiro, necesitaba calmarme. Necesitaba hacerlo porque todo se pondría peor en el momento en que ella preguntara qué

relación teníamos Matt y yo.

—¿Y ustedes qué son?—soltó mi mamá en seco.

Me atraganté con mi propia saliva. ¿Para qué hablé?

—Eh...—balbuceé.

¿Cómo le decía que era el hermano del prometido de mi mejor amiga y que le salvé la vida en un robo a mano armada en el cual también, sin querer, me robé un par de cintas adhesivas, por lo que ahora teníamos un trato en donde él sanaba mi corazón como forma de agradecimiento? ¿Eso nos hacía amigos o qué éramos?

—Soy el novio de Emma, Sra. Theresa—respondió Matt por mí antes de que yo siquiera pudiera pensar en una respuesta decente. ¡Díganme que no había hecho eso!

El rostro de mi madre se iluminó más que el mismo Sol ardiente culpable del calentamiento global.

—¡Novio! ¡Emma, no me habías contado!—gritó mi madre con sus manos en sus mejillas. Así como el *emoji* de mensajería instantánea—. ¡Robert!

Robert es mi papá, PSI-.

—¡ROBERT! ¡VEN A CONOCER AL NOVIO DE TU HIJA!

Mi madre abandonó disparada la pantalla, en busca de mi papá, lo que me dio tiempo a refunfuñarle a Matt entre susurros:

—¿Qué mierda haces?

—Emma Rosalie, ¿qué dijimos de hablar con groserías?

—¡Matt!

—¿Qué? Dijiste que tenía prohibido decirle a mis amigos y a la gente que vive en esta casa, nunca dijiste nada de tus padres.

—¿HABLAS EN SERIO?

Mi mamá y papá llegaron antes que yo pudiese estrangular a Matt. Éste, apenas los vio aparecer en pantalla, me rodeó el hombro con su brazo para traerme más cerca de él. El descarado estaba disfrutando tanto esto.

«Pagarás. Juro, por los lienzos que estoy pintando con magia negra, que esto lo pagarás muy caro».

Los rostros de mi madre y padre se acercaron tanto a la cámara que solo me tocó suspirar, paciente ante tanta ingenuidad con la tecnología.

—Mamá, papá, no necesitan acercarse tanto a la cámara—dije

amablemente.

—Hola Sr. Robert, un placer conocerlo y felicidades por su aniversario.

¡JA! Qué sociable, Sinclair, bravo.

—Se llama Matthew, mi amor—informó mi mamá.

—Pueden llamarme Matt, si desean.

No lo deseaban, Matt. No lo...

—Matt—dijo mi papá. Ay, ¿qué será de mí?—. Gusto en conocerte, ¿cuánto tiempo tienes saliendo con mi hija?

La respuesta de Matt y la mía no coincidieron:

—Dos semanas—él.

—Un minuto—yo.

Es que no podía evitar ser honesta. Era mi máspreciado don de nacimiento. Matt me abrazó más fuerte, tanto que se me fue el aire y me tuve que callar.

—Hemos estado saliendo dos semanas—continuó Matt—. Pero Emma siempre me dice que lo siente como un minuto porque se la ha pasado muy bien conmigo.

—Pues qué bien, Matt, eso es lo más importante—replicó mi papá. A veces era tan liberal, que hasta yo misma me sorprendía—. Espero que la estés cuidando bien.

La respuesta de Matt me sacó totalmente de onda:

—Por supuesto Sr. Robert, Emma es mi prioridad en este momento—respondió seguro y confiado—. Esta mujer, tan hermosa y talentosa, merece lo mejor.

Fue un *shock*. Porque, o Matt era muy bueno actuando como el novio que decía ser, o estaba diciendo la verdad.

«Por supuesto que está diciendo la verdad, tonta», opinó mi subconsciente poniendo los ojos en blanco. ¡Tonta tú! ¿Quién te metió en esta video-llamada?

—Gracias, querido—murmuró mi madre, enseriándose—. Gracias.

Cuando los oceánicos ojos de Matt voltearon en mi dirección, quizás anhelantes ante una respuesta positiva por parte mía o quizás con el único objetivo de analizarme, como siempre lo hacía, sentí una inevitable conexión. Una fuerza que electrificó cada uno de mis sentidos.

«Emma, no. No caigas».

De pronto, la puerta de mi habitación se abrió de golpe.

—Emma, Matt, hora de cenar—era Isabella, que venía más enérgica que nunca—. Edward está haciendo trucos con la carne en la cocina. Está más entretenido que el desayuno, se los juro por mi boda.

Y como es tan chismosa, se dio cuenta de que teníamos una situación virtual muy incómoda con mis padres.

—¡Ah! ¡Hola Theresa, Robert!—se acercó hasta donde estábamos sentados—. ¡Felicidades por su aniversario!

¿Cómo rayos ella sí se acordaba?

—Isabella, mi amor, no me habías dicho nada de Matt y Emma—le dijo mi mamá.

Isabella parpadeó varias veces. En definitiva, mi madre la había tomado por sorpresa. Pero ni corta ni perezosa, decidió aportar, porque así es ella, ¡una terrible amiga que nunca jamás me ayuda con lo que más necesito!

—Oh, Theresa, quería que ella misma te contara—dijo llena de picardía—. ¿No son la pareja más hermosa que has visto?

No era que le deseaba el mal, pero ojalá le cayera café en su vestido unas horas antes de la boda y tuviera que casarse con un enorme manchón amarillo en él.

—Matt es un gran prospecto, la lleva a pasear a todas partes, le construyó un librero y le hace desayuno todos los días—prosiguió Isabella.

¡Solo me hizo desayuno una vez! ¿Y qué es eso de «todos los días»? ¡Solo tenía dos semanas viviendo aquí!

—Morirás—susurré en su oído.

Ni siquiera se inmutó en prestarme atención.

—¡Pero qué maravilla!—exclamó mi mamá—. Tienes nuestra total aprobación, Matt, ¿cierto, Robert?

—Por supuesto, pero por favor, visítenos un día de estos—correspondió mi papá—. Queremos conocerte en persona, Matt.

—Será todo un placer—asintió Matt con la cabeza.

—Morirás—susurré en su oído también.

Tampoco me prestó atención.

—Tenemos que irnos, querida, tu papá preparó una cena especial por nuestro aniversario—habló mi mamá, con palabras que me parecieron mágicas—. Pero estamos encantados de conocer a Matt,

esperaremos su visita. Te quiero, hijita.

Exhalé aire.

—Yo también te quiero, mamita—respondí, tal como siempre lo hacía cuando nos demostrábamos afecto en privado o público. Fuera como fuera, era mi madre que me concibió con pasional amor en un motel de playa.

Lo último que la cámara capturó fue un beso por parte de ella y las manos de mi papá, ondeantes en el aire, que se despedían de mí.

«Fin de la video-llamada», saltó en mi pantalla.

Isabella carraspeó detrás nuestro.

—Bueno, hora de cenar, niños—dijo, tocándonos el hombro a cada uno, para luego dirigirse a la salida—. Oh, y no me lo agradezcan.

Se esfumó de la habitación con una risita malévola. Sabía a la perfección lo que acababa de hacer. Había sembrado la cizaña para luego huir.

Pensé que ya todo había acabado. Que ya lo único que me faltaba era planificar cómo acabar con el momento incómodo con Matt, cuando saltó un cuadro de diálogo en mi pantalla que solo pretendería empeorarlo todo:

MAMÁ:

Felicidades, hijita, Matt es MUY lindo ;) ;) ;)

Matt carcajeó en el mismo momento en que leyó el mensaje. Yo no supe ni dónde meter la cara, pero sin importar la vergüenza que cargaba encima, le respondí a mi mamá:

EMMA:

Mamá, que hayas cerrado la video-llamada, no significa que Matt se haya ido ;) ;) ;)

MAMÁ:

¡¿NO?! AY QUE PENA, HIJITA.

MAMÁ:

Pero igual... sigo pensando que es lindo ji, ji, ji.
Besitos, querida.

Derrumbada, bajé la pantalla de mi computadora. Oficialmente mi madre, padre, Isabella y Skype me habían obligado a hacer el ridículo enfrente de Sinclair.

—Espero estés contento, Sinclair.

—Mucho, Bennett.

Me miraba, sin siquiera disimular, con su arma mortal llena de suspicacia. ¡Ay, maldición! ¿Por qué? ¿Por qué se veía tan encantador con esa cosa en el rostro?

«NO CAIGAS, EMMA».

Bajé la cabeza. No se suponía que mi vida debía ser así. Se suponía que el voto de celibato en el que estaba me haría no tener chicos cerca que me hicieran la vida más complicada de lo que ya era. Pero no, señoras y señores, ni siquiera un voto de celibato contribuye a no enfrentar tus problemas.

El mundo se caía a pedazos a mis pies, cuando algo cálido tocó mi mentón. Una piel entró en contacto con la mía. Era la mano de Matt, que se había atrevido a sostener mi mentón para subirlo.

—Tus padres son geniales, Emma y te quieren mucho. Necesitamos ir a visitarlos pronto, te aseguro que te extrañan—me dijo él, sin ánimos de payasear.

Estaba tan serio, tan adulto, sin el arma mortal acaparándolo, que me preocupó lo sensual que mi corazón lo percibió y la poca cercanía que había entre nosotros.

—Y sobre lo que les dije... que eres una «hermosa y talentosa mujer»...

Me hechizó. Mi raciocinio quería correr de ahí, sabiendo que eso era lo mejor para mí, pero mi corazón estaba siendo controlado por la fuerza electrizante, esa poderosa e inexplicable energía que nos obligaba a acercarnos cada vez más, sin pensar en las consecuencias.

—Es cierto, Emma, de verdad creo que lo eres.

No era mi imaginación. Matt estaba acabando con la poca distancia que había entre nosotros. Mientras tanto, todo en mí temblaba.

«Ayúdame, Emma», susurraba mi corazón.

«No, Emma, aléjate ya», gritaba mi raciocinio.

Ahí estábamos los dos, devorándonos con los ojos, coincidiendo en nuestras respiraciones, imaginando una sola cosa que podría suceder si tan solo nos lo permitíamos, luchando con nuestros razonamientos que

nos decían «deténganse», hasta que...

La puerta se abrió otra vez.

El momento se cortó en seco, como cuando cortas un cable y se va la luz, porque ambos nos separamos. Uno a cada extremo. Yo, sonrojada, él, quién pudo saberlo.

—Se van a perder el...—balbuceó Isabella—. No, nada.

Cerró la puerta de un tirón. ¡Maldición! ¡Se dio cuenta de todo! ¡Ay, que me trague la tierra YA, por favor!

Matt ni siquiera le dio tiempo al silencio para hacernos sentir incómodos. Se levantó de la silla, mirando hacia otra parte menos a mí. Caminó en dirección hacia la puerta, a la que yo gritaba que se abriera sola para darle paso. ¡Qué horror, Dios!

—Me adelantaré—me dijo.

—Sí, sí, ve—repliqué al segundo.

Pero no se movía. ¡No se movía, por amor a nuestras dignidades!

—Por cierto, decidí algo—murmuró, todavía dándome la espalda.

¿Pero cómo podía seguir hablando con esta pena que nos consumía? Yo estaba rogando que se fuera ya, no podía seguir mirándolo luego de lo anterior.

—Seré tu *manager* de ahora en adelante.

Tragué. Pero nunca me giré para enfrentarlo. No estaba segura de nada en este momento, no podía permitirme que se repitiera lo de unos segundos atrás.

—¿Disculpa?

—Lo que oyes. Seré tu *manager*. No quiero que hagas ningún trabajo a nadie sin antes consultarme. Tienes la magia de tu lado, pero necesitas aprender a administrarla, así que haré que te paguen lo que te mereces. ¿Entiendes, Emma?

No pude evitar sonreír.

—Está bien—accedí sin protestar.

—Bien.

Entonces Matt abrió la puerta y se fue. Se fue sin volver a mirarme, sin decir nada, sin justificar nada. Porque no era necesario volver a mirarnos, ni decir nada, ni justificar nada.

Primero, porque era obvio que el 51% de química había subido exponencialmente hasta un 99%.

Y segundo, porque yo, aterrada de admitirlo...

...estaba cayendo lentamente.

Eres tú, pero mejorada

Desperté el miércoles sintiéndome como la gran mierda.

Primero porque era el día de la lujosa fiesta de gala por la apertura del hotel de Palm Springs y yo, por andar construyendo libreros, pintando lienzos y tonteando con Sinclair, olvidé comprar un vestido decente.

Segundo, siguiendo la línea del vestido, no me gustaba usar vestido y estaba segura que Isabella no me dejaría usar vaqueros.

Tercero, siguiendo la línea de Isabella, esa mujer se enojaría de por vida conmigo cuando se enterara que no había comprado nada decente. Se le inflaría como nunca la vena que del cuello, cuestión que sucedía siempre que se enojaba.

Cuarto, siguiendo la línea de la vena, esa cosa sí que daba miedo. Era como un monstruo rojo que saltaba con cada palabrota que Isabella decía cuando me regañaba.

Así pues... todo era una cadena de líneas de mierda y me sentí como mierda de tan solo abrir los ojos esa mañana. Creo que no hubiese sido capaz de escapar de mis sábanas, de no ser porque un refulgente rayo de luz, que traspasaba sin piedad la ventana, me cegaba.

Me senté sobre la cama. Adormilada, miré al reloj. Así se presentó la quinta razón para sentirme como mierda, la línea que le siguió al miedo: el reloj marcaba las 9:00 a.m., lo que significaba que no había ido a correr, que a su vez quería decir que Matt no había ido a despertarme.

«¿Qué ocurre, Emma? ¿Te decepciona que Matt no haya ido a despertarte hoy como siempre? ¿Te preocupa que ya no quiera estar cerca tuyo por lo que pasó antes de ayer?», disparó mi subconsciente con un revólver.

«Sí, sí me preocupa», respondí, dando paso a la sexta razón para sentirme como mierda, la única línea que no le seguía a nada, pero a la vez a todo: Matt.

Estaba segura que ambos habíamos cavado una tumba para el momento tan incómodo vivido antes de ayer. Me lo decía el hecho de que

ese mismo día hablamos como si nada durante la cena y bueno, el martes casi ni nos vimos porque ambos teníamos un montón de trabajo que hacer.

Solté un grito de frustración. Era por esto que no quería caer, mi mente se estaba tornando en un infierno y eso era algo que no podía permitirme.

Llevé mis manos hacia mi frente para frotarla, y en eso, algo voló enfrente mío. Parecía un papel.

Espera, ¿un papel? ¿Cómo así? ¿Tenía eso pegado en la frente? ¿Y no me había dado cuenta?

Leí el papel. La letra era tan extrañamente perfecta que no fue difícil reconocer el remitente:

Emma:

*Tuve que salir temprano con Joseph,
porque como sabrás, hoy es nuestro gran día.*

*Aún así, hoy tengo una misión muy importante para ti:
“Regla número tres: Ámate a ti mismo y consiéntete”.
Isabella y Jane te ayudarán.*

Nos vemos en la noche :)

-M.

Oh.

OHHHH.

No se había aburrido de mí todavía y me ponía caritas felices en sus cartas.

Un segundo, ¿«Ámate a ti mismo y consiéntete?» ¿Eso qué rayos significa? ¿Y qué tenían que ver Isabella y Jane en esto? ¿Les habría contado de nuestro raro trato de otro mundo?

Me removí como loca entre las sábanas, en busca de mi teléfono móvil. Necesitaba presentar una queja formal a Matt a través del chat. Primero no me despertaba para trotar y ahora me ponía a descifrar mensajes. Esto no se quedaría así.

Tecleé como la gran ama del chat que soy:

EMMA:

Me dejaste un papel pegado en la frente

Matt no contestó de inmediato. Debía estar muy ocupado en su día de éxito abriendo un nuevo hotel y yo interrumpiéndolo. Al menos eso dejaba claro por qué él era multimillonario y yo no.

Al cabo de unos diez minutos, mi móvil vibró. Me apresuré en ver la pantalla.

MATT:

Buenos días para ti también ;)

EMMA:

*Sabes que pudiste chatearme, ¿no?
En vez de pegarme el papel en la frente*

MATT:

¿Y entonces cuál es la diversión?

EMMA:

También me pusiste una carita feliz

MATT:

Solo la uso contigo, emocionate linda ;)

«Deja de llamarme así», quise escribirle. Pero lo que en realidad hice fue sonreír como estúpida, sonrojarme y abrazar mi teléfono móvil. Fue un movimiento impulsivo que persistió incluso cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe acompañado de un grito femenino emocionado que yo conocía bien.

—¡Buenos días, hermosa! ¡Llegó el gran día! Bueno, no mi gran día, pero ya sabes a qué me refie...—dijo Isabella como una carretilla, pero se detuvo en seco—. Un segundo, ¿estás abrazando tu teléfono?

Entonces caí en cuenta de lo estúpida que debía verme ante los ojos de Isabella, por lo que, naturalmente, decidí verme más estúpida al pensar que frotándolo con mi pijama, todo se resolvería.

—Ah... solo limpiaba la pantalla.

«Menos admitir que te gustó el mensaje de Matt», disparó mi subconsciente golpeándose la frente con la mano. Pff... ella ni sabía.

—Eh, bueno—me compró Isabella la excusa. Se sentó en mi cama—. Querida, necesito que te vistas muy rápido porque estamos contra el tiempo. Hoy será un día muy divertido, pero tenemos mucho trabajo por delante.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres que vaya a ayudarles con el hotel?—pregunté incrédula.

Isabella carcajeó. Me hizo sentir totalmente patética y creo que se dio cuenta porque se acercó a mí para acariciarme el cabello como si fuese una niña pequeña.

—No, querida—dijo dulcemente—. Joe y Matt se están encargando de los últimos detalles, el hotel ya está listo. La que no está lista eres tú.

Parpadeé tres veces.

—¿Qué?

Isabella abrió la boca para hablar, pero otra voz femenina nos interrumpió.

—¡Buenos días!—era Jane, que venía de lo más feliz—. ¿Listas, niñas?

Isabella se encogió de hombros, fingiendo pena.

—¡Qué lastima!—exclamó—. No hay tiempo para explicaciones, así que corre a vestirme.

—¡Pero...!

—¡Eh, eh!—protestó Isabella—. Obedece, Emma. Nos encomendaron una misión muy importante y debemos cumplirla.

Miré a Jane. Era mi única salvación. Pero ella tan solo guiñó un ojo.

—Tienes diez minutos, querida Emma—murmuró, confirmando que estaba del lado de Isabella.

No supe ni qué pensar, pero tampoco era como que quería desafiar a Jane. Era la dueña de la casa en la que estaba viviendo, por Dios. Isabella era una cosa, pero Jane podía sacarme a patadas de ese lugar.

Obedeciendo la petición de ambas, prácticamente volé de la cama para dirigirme al baño. Tomé una rápida ducha al mismo tiempo que

cepillaba mis dientes, para ahorrar tiempo. Y mientras me vestía con lo primero que vi en el armario: vaqueros sencillos, blusa negra, sudadera y tenis, escuchaba las voces a través de la puerta:

«Ni siquiera se lo imagina», Isabella.

«Le va a dar algo cuando se entere, ji, ji, ji», Jane.

«Te lo digo, Jane, Matt está totalmente caído con...», Isabella.

Sentí la necesidad de interrumpir. Esa oración no debía ser terminada. Ellas no entendían nada de lo que estaba sucediendo y dueñas de la casa y todo, no podían opinar al respecto.

—Estoy lista—prácticamente grité, empujando la puerta del baño hacia adelante.

Isabella detuvo en seco su comentario y carraspeó, un poco avergonzada. Jane, por otra parte, señaló mi cabello con el dedo índice.

—¿Estás segura de eso?—cuestionó en relación a mi anterior afirmación.

Me volteé para verme en el espejo del baño. Santo Cielo, yo no era Emma Bennett esa mañana, era Espantapájaros Bennett. Mi cabello era la personificación de la rebeldía en mi cabeza.

Hice mi mejor esfuerzo por peinarme con los dedos, pero ese matorral rojo malteado era un monstruo esponjado invencible.

Isabella se levantó de la cama y caminó hacia mí.

—Arreglaremos eso después—murmuró, rescatándome de la vergüenza que me consumía—. Vamos, querida, ya no queda tiempo.

Asentí, pero antes de abandonar la habitación, regresé a mi cama para rescatar mi teléfono móvil. Noté que otro mensaje de Matt saltaba en pantalla:

MATT:

Aunque ya que insistes...

Regla número tres: “Ámate y consiéntete a ti mismo”.

Los cambios son buenos, no lo olvides hoy. Diviértete ;)

Entonces lo entendí.

Isabella y Jane me llevarían de compras.



A diferencia de Joseph, Jane Sinclair manejaba como una loca en potencia, lo que me hizo suponer que así mismo era su personalidad. Su auto, un Mercedes Benz, similar al del hermano mayor de los Sinclair, se diferenciaba en que era un tanto más femenino en el interior. También creo que más inteligente, porque me habló en alemán cuando intenté abrir la puerta.

Isabella iba de copiloto y yo muy cómoda en el asiento de atrás.

Durante el trayecto, Jane reveló hacia donde nos dirigíamos: Rodeo Drive, una de las calles más famosas de Los Ángeles para ir de compras. Y luego de *googlear* un poco sobre la zona, supe que era una de las más caras también.

Pero dejando a un lado mis pensamientos tacaños, Los Ángeles se veía espectacular esa mañana. Sus principales atractivos siempre me dejaban atónita: las verdes y enormes palmeras que lo caracterizaban, el clima veraniego que parecía ser eterno, las calles concurridas a toda hora, las edificaciones de antaño que abundaban en cada esquina, y por supuesto, el cielo tan azul que me recordaba a los oceánicos ojos de Matt.

Un segundo, ¿qué? ¿QUÉ TENÍA QUE VER MATT CON EL PAISAJE?

«Oh demonios, Emma, deja de pensar en Sinclair».

¡Pero qué fastidio! ¿Cómo alguien logra meterse tan rápido en tu cabeza? Malditas hormonas, maldito corazón, malditos hombres. Malditos ladrones con calcetines forrándoles el rostro que me hicieron entrar en este trato raro y que ahora mismo debían estar robando otra ferretería.

Mi teléfono volvió a vibrar en mi bolsillo. Lo saqué para revisar mis notificaciones. Isabella clavó sus ojos en mí.

—Oh, ¿es Matt quien te está enviando mensajes?—escupió Isabella.

Puse en los ojos en blanco. ¿Cómo rayos iba a saberlo si ni siquiera había visto mi teléfono? ¿Era vidente ahora o qué?

Decidí ignorarla y leí mi mensaje.

Oh, demonios, quizás Isabella sí era vidente, porque...

MATT:

Alguien me dijo que estás pensando en mí :D

La carcajada de Isabella resonó en todo el auto. La vi, solo para encontrarme con que estaba metida en su teléfono móvil. ¡Ajá! ¡Seguramente era ella quien le estaba enviando mensajes a Matt diciendo cosas que no eran ciertas!

EMMA:

¿Ah sí? ¿Quién te dijo esa mentira?

MATT:

Oh, vamos linda, no es un crimen que pienses en mí

No era un crimen, pero no quería hacerlo.

EMMA:

Bien, Sinclair, me descubriste.
ESTORBAS en mis pensamientos

MATT:

Me siento halagado :)

EMMA

Deja de enviarme caritas felices

MATT:

:) :) :) :) :) :)

Me hizo reír. El descarado me hacía reír.

Las miradas de Isabella y Jane, cortantes como cuchillas, se enterraron en mí, lo que hizo que guardara el teléfono móvil. No más Sinclair por el resto del día.

—No tienes que apenarte por nada, Emma, sabemos que piensas en Matt todo el tiempo—inició Isabella con la cantaleta.

—Sí, Emma, mi hermano es encantador—le siguió el juego Jane.
Y luego Matt me decía que esa no era una frase de Jane.

—Claro, porque Matt es lo único bueno en lo que se puede pensar.
Es el hombre más hermoso de este planeta—contraataqué.

Ah, dulce sarcasmo.

—Obvio no, Emma—dijo Isabella—. El hombre más hermoso de

este planeta es Joseph, ¿cierto Jane?

Por mis sagradas pinturas juro que me perdí la expresión de Jane.

—Aunque me encanta que se peleen por mis hermanos, saben que no puedo mostrar preferencia por ninguno de los dos—contestó la hermana del medio de los Sinclair.

Pero ella supo que la espiaba a través del retrovisor, tratando de leerla, y sin que Isabella se diera cuenta, dijo sonriente una única frase entre labios: «Matt es mejor».

Por supuesto que Matt era mejor.

Indudablemente lo era.



Rodeo Drive era una hermosa calle de tres manzanas.

Bulgari, Chanel, Dior, Gucci, Louis Vuitton y otras reconocidas marcas de diseñador que mis labios se sentían muy tacaños para pronunciar, iban apareciendo en la medida que Jane manejaba el auto.

Dimos vueltas y vueltas, hasta que finalmente nos aparcamos en el estacionamiento de Ralph Lauren.

—Esta es mi boutique preferida—comentó Jane, sacando la llave del *switch* del auto—, usualmente está vacía y los trajes siempre llenan mis expectativas.

Fruncí el ceño. ¿Cómo no estaría vacía siempre? Por Dios, Jane, no todo el mundo tenía tanto dinero como tú.

Me bajé del auto. Eché un vistazo a la fachada exterior. Era un pequeño local, muy minimalista, pintado de crema y un letrero azul con las simples palabras «Ralph Lauren» grabadas en tipografía color dorado.

Pasamos por debajo de unas carpas azules hasta llegar a la puerta del lugar. Ahí, Isabella me agarró de la mano y me hizo entrar con ella. Su expresión era de pura felicidad, como si estuviese llevando a su hija a la escuela por primera vez.

—¿Sabes por qué estamos aquí?—susurró en mi oído. Obviamente negué con la cabeza—. Vamos a conseguirte un vestido para hoy en la noche.

Me espanté.

—¿Cómo sabes que no tengo un vestido para hoy en la noche?

—Porque te conozco, amiga.

Ya en el interior de la tienda, Jane se puso a conversar con una joven alta vestida con un sencillo vestido negro. Parecía la encargada de la tienda. Isabella, en cambio, continuó con el sermón.

—Sé que olvidaste comprar algo para ponerte hoy y quiero que vayas muy presentable a tu primer evento social.

¡Alerta roja! ¡Venía la vena! Venía la... Eh no, falsa alarma. No había señales de la vena.

—¡No! ¿Qué dices? ¿Cómo crees?—me hice la tonta.

Me fulminó con sus grises iris.

—De acuerdo, sí lo olvidé, pero no es como que no tenga vestidos en casa que pueda ponerme—solté rápidamente—. ¿No te gusta el negro? ¿El que use para tu cumpleaños?

Isabella no dudó en responder:

—No, lo odio.

Nos acercamos a un maniquí. Tenía un vestido azul puesto, que Isabella se dedicó a examinar. Osea, literal, no era nada en especial. Era de tono navy, corte redondo, espalda afuera. Totalmente común y corriente que puedes conseguir en cualquier tienda.

Agarré la etiqueta y eché un vistazo solo por chismorrear. Pero cuando vi el precio, madre mía, me atraganté con mi propia saliva.

SEIS MIL DÓLARES.

¡Seis mil dólares por un pinche retazo de tela azul! ¿Esa cosa qué tenía para costar tanto? ¿Estaba hecho de oro o qué?

Isabella notó mi reacción de coeficiente intelectual deficiente.

—¿Y ahora qué te pasa?

—¡Seis mil dólares un vestido!—quise decirle en voz baja, pero me salió más chillón que el amarillo pollito—. Por favor dime que por lo menos te dan un auto de bono o algo así.

—Pero qué cosas tan retorcidas dices, Emma, ¿por qué te darían un auto?

Creo que la pregunta real es: ¿Por qué NO te lo darían?

No quise seguir discutiendo. Ella jamás lo entendería. El dinero nunca fue un problema para Isabella. Era de familia pudiente. Su papá le había regalado el apartamento en que vivíamos antes de mudarnos a la Mansión Sinclair, que sí, era un caja de fósforos y todo, pero no por eso dejaba de ser una propiedad de más de cincuenta mil de dólares. Sin

mencionar, claro, que ahora se casaría con Joseph Sinclair.

—¿Qué te parece? ¿Te ves en él?—preguntó, refiriéndose al vestido, por supuesto.

«Me veo más en el auto», pensé para mis adentros, pero decidí mejor optar por ser amable.

—Es muy bonito—acepté y bajé la cabeza—. Pero lo lamento, Isabella, no voy a pagar seis mil dólares por un vestido.

Los ojos de Isabella, inundados en júbilo, brillaron tanto, que por poco me dejan ciega.

—¿Y quién dijo que tú lo pagarás?

—Tampoco dejaré que tú lo pagues.

—Te equivocas, amiga, yo tampoco lo pagaré.

—Bueno, Jane. Tampoco permitiré que Jane lo...

Isabella me calló con un dedo sobre mis labios.

—Déjame facilitarte la tarea, ¿quieres?—farfulló—. Tú no lo pagarás, yo no lo pagaré, Jane no lo pagará. Matt lo hará. Él fue quien nos encomendó la misión de arreglarte para esta noche, porque también sabe que lo olvidaste.

Isabella quitó el dedo de mis labios, que pasaron a ser una gran “O” de lo petrificada que quedé con la revelación.

—Te dije que está loco por ti—terminó Isabella, pasándome de largo, para largarse a ver otro vestido.

Traté de recordar cómo respirar. Esto superaba por completo la sábana, el librero y las palabras lindas que dijo sobre mí a mis padres. Y digo «superaba» no porque fuera mejor que todo lo anterior, sino porque todo lo anterior no involucraba tanto dinero. Matt se estaba pasando de la raya y yo no podía permitirselo. Era demasiado.

—¡Isabella!—exclamé persiguiendo a mi madre sustituta—. ¡No dejaré que Matt pague nada de esto!

Para aquel entonces, Isabella ya tenía varios vestidos en la mano que Jane había elegido junto con la chica vestida de negro. Las tres me esperaban en la puerta de uno de los vestidores.

Pero, obvio, la futura Sinclair fue la que me empujó hasta el vestidor con el primer vestido.

—¡Cierra la boca, Emma Rosalie y pruébate este hermoso vestido!

Mis manos impactaron contra el vidrio del vestidor, evitando que lo hiciera mi cabezota. Jane me sonrió, suspicaz.

—Cielos, ¿tu segundo nombre es Rosalie? Eso sí que apesta.

—¡YA LO SÉ!—grité.

Y les tiré la puerta en la cara.

Enojada, me quité toda la ropa que traía puesta (que no me costó seis mil dólares) y la tiré al suelo. ¿Cómo Matt podía hacerme esto? ¡Teníamos menos de un mes de conocernos! ¡Eso no es suficiente para que alguien te compre un vestido de cuatro cifras! ¿Cómo no podía pensar que eso me haría sentir tremendamente incómoda?

Maldito Matthew Sinclair y malditos ladrones con calcetines rotos forrándoles el rostro. ¿Por qué no venían ahora a robarme el vestido? ¡Así no tendría que usarlo!

Agarré el vestido *champagne* que me entregó Isabella y lo deslicé a través de mi cabeza. Su tela, suave como la seda, cayó a lo largo de mis hombros hasta mi cintura amoldándose perfectamente a mi cuerpo raquítrico.

Miré la etiqueta. OCHO MIL DÓLARES.

—ISABELLA, ¿ESTÁS SEGURA QUE NO TRAE UN AUTO DE BONO?!—grité desde el vestidor.

—¡Que no lo trae, Emma!—gritó de mal humor y lo siguiente lo dijo casi susurrando—: Dios, dame paciencia con esta niña.

Exhalando el aire de mala gana, me volteé para verme en el espejo. Demonios, ¿esas curvas siempre estuvieron ahí? ¿Y esos pechos también? ¿Será que estos vestidos no solo son retazos de tela sino que también hacen magia con tu cuerpo?

—¡Emma, queremos verte!—resonó la vocecita del mal, digo, de Isabella.

Tragué. Abrí la puerta del vestidor. Apenada, salí, pero me arrepentí en el mismo instante que Isabella y Jane me analizaron de arriba abajo. Ambas boquiabiertas. Ambas emocionadas.

—Oh, vaya—dijo Isabella entre jadeos—. Se te ve... precioso. ¿Tenías esas curvas cuando entramos?

Reí.

—No lo creo.

Jane dio una vuelta alrededor mío. Sostuvo la parte de abajo, la alzo un poco, volvió a dejarla caer. Se veía como una experta en el asunto de los vestidos.

—Muy bonito, sí—dijo con una ceja alzada—. Pero todavía no me

convence.

Fue ella quien me entregó el siguiente vestido, uno color rojo vino.
—Pruébate este—ordenó.

Entré al vestidor, me quité lentamente el vestido de ocho mil dólares (no, a él no lo tiré al suelo como a mi ropa de quince dólares), me puse el vestido rojo. Con él me sentía diferente, un poco más atrevida.

Salí.

—Uh, *sexy* Emma—comentó Isabella.

Jane negó con la cabeza.

—Mmmm... no ese tampoco es el indicado—comentó frunciendo el ceño—. Quiero algo que diga: «Soy una joven de veintitrés años, hermosa, talentosa, de carácter fuerte y vengo a este evento con Matthew Sinclair».

¿Era completamente necesario que recalcara lo último?

La chica vestida de negro, cuya placa en el lado izquierdo de su pecho decía «Natalie. Asesora de Ralph Lauren», alzó el dedo índice hacia nosotras.

—Tengo exactamente lo que necesitan.

Al cabo de unos minutos, volvió con otro vestido del color que más me gusta en la vida: blanco. Me enamoré tanto de él, que lo rechacé en el preciso momento en que la chica intentó entregármelo.

—Es demasiado—negué con la cabeza, justificándome.

De ese ni siquiera me atrevía a ver la etiqueta. Sentía que era un abuso hacia Matt, yo no tenía derecho. Solo era mi amigo.

—Confía en mí—contestó la joven, entregándome el vestido con tanta empatía, que hasta me pareció me había leído la mente—, se te verá espectacular.

Mis manos temblaron un poco al sostenerlo. No estaba acostumbrada a tantos lujos, para mí todo esto era innecesario. Pero algo me dijo que para los Sinclair era importante, por lo que entré al vestidor por tercera vez.

Removí con cuidado el vestido rojo. Me puse el blanco.

El vestido cayó por su propia cuenta en mi cuerpo. Tal cual imán, se adhirió a la perfección a las curvas y pechos que sí eran míos. Se amoldaba tan bien a mí, que llegué a preguntarme si el universo había pensado en mí al crearlo.

Me giré para quedar frente al espejo. Mis hombros permanecían al

descubierto, como también una pequeña parte de mi pecho. Nada demasiado agresivo, solo lo necesario. Una abertura se extendía desde la mitad del muslo derecho hasta abajo, dándole un toque sofisticado.

Cielos, este vestido y yo éramos perfectos juntos.

Más confiada que antes, salí del vestidor. Me encontré con las sonrisas de aprobación de Jane, el asombro de Isabella y una expresión de autosuficiencia de la joven que nos asesoraba. Estaban complacidas.

—Este es el indicado—pronunció Jane.

—Indudablemente—concordó Isabella—. Nos llevaremos este.

Terminado el momento cliché entre mujeres, me cambié y nos dirigimos a la recepción donde Jane tomó el mando sobre la negociación del vestido. Mientras tanto, yo encontré un pequeño momento para empezar una discusión entre susurros con Isabella:

—No puedo permitir que Matt pague esto, apenas nos conocemos—le dije.

—Emma... Matt quiere hacer esto por ti y créeme, esos nueve mil dólares no le harán falta. ¿Por qué te resistes tanto?

Oh, Cielo Santo. Si no quise ver la etiqueta del vestido fue por temor a saber el precio. Y ahora que Isabella lo revelaba, era peor de lo que esperaba.

—No estoy acostumbrada. Es demasiado.

—Confía en mí, amiga, este vestido valdrá cada centavo en la noche—apretó mi hombro—. Ya lo verás.

No supe nada de la negociación. Solo supe que, al cabo de unos minutos, Jane caminaba hacia nosotras, con el vestido en mano (forrado con una funda azul que tenía el logotipo del local) diciendo algo como: «Tanto pensar me ha dejado hambrienta, vayamos a almorzar, por favor».

Y, en medio del trayecto hacia su auto, fue el turno de ella de encontrar un pequeño momento para iniciar una discusión entre susurros conmigo:

—Está bien, Emma, en serio—me dijo.

Oh no, ¿tan obvia era mi incomodidad con todo esto?

Me encogí de hombros.

—No quiero que piensen que me estoy aprovechando de tu hermano.

—Nadie piensa eso—replicó—. Y si ese fuese el caso, para mí estaría más que bien.

—¿Perdona?

—Solo digo que hace tiempo que no veía a mi hermano tan motivado con algo. Sus razones debe tener. Por favor acepta esto como un regalo de su parte y diviértanse mucho en la noche.

Así finalizó la discusión entre susurros, desactivando la alarma de su auto con un simple *peep*, lo que nos permitió adentrarnos en él. Y entre que Jane ponía en marcha el auto e Isabella se distraía acomodando el vestido, me abandoné en una ventana privada de chat en mi teléfono:

EMMA:

Eres nueve mil dólares más pobre

MATT:

¿Solo nueve mil?

Ah cierto, no tienes gustos muy refinados

EMMA:

Gracias, Matt :)

MATT:

Oh, Dios... ¿Eso fue una carita feliz?

¡Me pusiste una carita feliz!

EMMA:

NO PRESIONES

MATT:

Jajajaja, no es nada, linda.

Sigue divirtiéndote con Isabella y Jane.

MATT:

Nos vemos en la noche :)

Ya quiero disfrutar de mi inversión.

Reí para mis adentros. O al menos así lo intenté, pero supe que había fallado cuando me percaté que Jane me observaba a través del retrovisor central del auto. Sonreía con la mirada.

Así fue como, sentada en el asiento trasero, admirando el paisaje,

no pude evitar ponerme a pensar que sí, existen miles de líneas de mierda, pero son superadas por cientos de líneas de auténticas alegrías.
Una vibración devolvió mis ojos al teléfono.

MATT:

Oh, y por cierto...
Buen provecho en el almuerzo.

Alcé los ojos. Jane se estaba estacionando en un restaurante.

—Oye, Jane—le dije.

Ella se enfocó en mí a través del retrovisor.

—Matt... nos invitó el almuerzo también, ¿cierto?

No era tan necesario que preguntara, pero a uno siempre le gusta confirmar sus sospechas. La hermana Sinclair del medio se llenó de un aire de satisfacción.

—Oh sí. ¿No es el mejor hermano de este planeta?

Reímos juntas.

El mejor hermano, el mejor amigo, el mejor hombre, el mejor...

Dejémoslo hasta mejor hombre.



La última y más espeluznante parte de la misión sucedió a las 2:00p.m, en los alrededores de Santa Monica.

A esa hora tragué, llena de nervios, cuando nos estacionamos en un local cuyo letrero principal decía: «Jane's Beauty & Spa».

No era como que quería sacar conclusiones apresuradas, pero tampoco fue como que Jane me dio tiempo de hacerlo.

—¿Lista para un cambio?—preguntó, volteándose desde su asiento.

Oh, mierda, sí era conmigo la cosa.

—¿Qué tan grande será?

—Tranquila, querida, no tienes nada de qué preocuparte—fue Isabella quien respondió. En su tono de dulzura había una pizca de maldad—. Mantendremos tu belleza interna.

Salimos del auto. Automáticamente quedé parada frente a la fachada del lugar. Era todo blanco, el color de la simplicidad. La pared

estaba compuesta por vidrios que le daban un toque sofisticado, pero no permitían que nada de adentro se visualizara. Por seguridad, imaginaba.

Me llamó la atención una planta que decoraba la entrada. Era un arbusto común y corriente, podado en forma de pino, lo cual me pareció de lo más raro y al mismo tiempo, genial.

—Le llaman ‘boj’—me dijo Jane, al tiempo que abría la puerta para dejar pasar a Isabella—. Es el árbol oficial de Tailandia. Los amo porque son sencillos de cuidar y puedes darle la forma que quieres. Han sido mi decoración favorita desde hace mucho tiempo.

Quedé estupefacta mirando la planta hasta que la voz de Isabella me interrumpió:

—Emma—estaba asomada en la puerta—. No tenemos mucho tiempo.

Asentí con la cabeza, para luego adentrarme con Jane.

El interior del lugar era todavía más hermoso que el exterior. Era inmenso. Su paleta de colores era cálida, lo que hacía que se sintiera relajado. Del techo caían unas lámparas muy peculiares de cristal cuyo objetivo no parecía iluminar, sino solo servir como decoración.

Al fondo había una única ventana revestida con una cortina blanca, y frente a ella, cuatro sofás que juntos hacían una pequeña sala de estar. Finalmente, a cada lado, se extendían seis puestos con sillas y espejos destinados para atender clientes. En total eran solo doce estaciones de trabajo.

—¿Solo tienen capacidad para atender doce clientes al mismo tiempo?

—Así es—replicó Jane—. Nos enfocamos en calidad, no cantidad. Entre menos personas atendamos, podremos brindarles un mejor servicio.

«Y cobrarles más», pensé, pero obviamente no se lo dije.

—Jane—dijo una voz femenina a nuestras espaldas.

—¡Stephanie!—respondió Jane, emocionada.

La mujer, que parecía de la misma edad de Jane, prácticamente se le tiró encima en busca de un abrazo. Parecía como que tenían mucho tiempo sin verse.

Cuando terminó la sesión de besos y abrazos, ambas se voltearon hacia Isabella y yo, quienes nos sentíamos un poco incómodas ante tanto afecto.

—Isabella, Emma, ésta es Stephanie, mi preciosa gerente de la

sucursal—nos dijo la Sinclair del medio—, que además es un genio con las tijeras, los tintes, la secadora, ¡todo!

Stephanie se llevó una mano al corazón. Se veía apenada por tantos halagos, pero eso no evitó que estrechara la mano de Isabella y la mía.

—¿Qué puedo hacer hoy por ustedes, señoritas?

—Bueno, las tres asistiremos a la apertura de nuestro nuevo hotel en Palm Springs, en la noche—explicó Jane.

—¿Ya está por abrir? ¡Qué maravilla!—exclamó Stephanie—. Siento que tengo años escuchando esa idea, qué bueno que finalmente pudieron llevarla a cabo.

—Así es—prosiguió Jane—. Isabella y yo nos haremos peinados, pero Emma, pues...

Las miradas de las tres cayeron sobre mí. No pude evitar sentirme amenazada, como cuando un cazador tiene sus ojos puestos en un animal. Un animal de pelo mal teñido que no estaba segura si estaba lista para un cambio.

—Emma necesita un cambio—secundó Isabella—. Asistirá hoy con Matt a la fiesta de inauguración, tienen una cita.

¡Maldición! ¿De verdad era completamente necesario que todo el que se nos cruzara por el camino supiera que yo era la cita de Matt hoy? ¿Por qué no mejor iban a los medios internacionales y lo anunciaban formalmente para que así todo el mundo supiera hasta los detalles más mínimos?

Stephanie saltó en su lugar. Dio dos aplausos, que no sé para qué rayos fueron, pero me cayó encima también. Como si pudiera ser igual de afectuosa conmigo como lo fue con Jane. Como si yo estuviese dispuesta a permitirlo.

Me quité del medio, esquivando su abrazo.

—Con calma, amiga—declaré.

Creí que había logrado detenerla, pero tan solo se rió, me agarró de la mano y me arrastró con ella. A nuestras espaldas, Jane e Isabella nos seguían, totalmente emocionadas con lo que sucedía.

Caí en una de las doce sillas, donde las tres mujeres volvieron a verme con ojos de cazadoras.

—Definitivamente hay que cambiarle el color—dijo Stephanie.

—Y cortarlo un poco. Ni te cuento cuánto tiempo tengo intentando

llevarla a que se corte las puntas, pero no ha querido—dijo Isabella.

—Pero no lo cortes mucho, tiene un cabello hermoso—dijo Jane.

Alcé una mano.

—¿Puedo opinar?

Las tres respondieron en sintonía:

—No.

Exhalando, dejé que mi cuerpo se desplomara en la silla. Era todo, no podría hacer nada contra este cambio inminente.

No estaba acostumbrada a pasar tantas horas en el salón de belleza, no era algo que disfrutaba. Siempre he creído que hay mejores cosas en que invertir tu tiempo, como leer un libro o ver una película. Pero hoy no podría resistirme, no me quedaba de otra que acoplarme a la situación.

—¿De qué color es el vestido?—preguntó Stephanie.

—Blanco—respondió Isabella—. Es fabuloso.

—Excelente, sé exactamente qué haremos, entonces—matizó Stephanie, llena de confianza. Con ambas manos, sostuvo mi cabeza y me obligó a mirarme al espejo—. ¿Lista para un cambio, Emma?

Despavorida, negué con la cabeza.

—Pues eso lo hace todavía más divertido.

Y así empezó el ritual femenino. Hubo lavada de cabello, lluvia de champú, masaje, tratamiento, depilación demoníaca de cejas (y todo lo demás), pintada de uñas, magia blanca, cambio de estilista y silla al menos tres veces... todo esas cosas a lo que no estaba acostumbrada.

Las horas pasaban frente a mis ojos, en un reloj *vintage* situado en la pared de fondo, al cual miraba de vez en cuando. Era lo único que me permitían ver, porque aparentemente Stephanie le había dado la instrucción a todos los especialistas que no me dejaran husmear en mi cambio.

A eso de las 5:00 p.m. terminé en la silla del principio, donde finalmente volví a ver a Stephanie. Se le veía realizada, probablemente satisfecha ante lo que habían logrado conmigo en tan poco tiempo.

—¿Cómo vas, pequeña Emma?—preguntó con suavidad, ubicando sus manos en mis hombros.

—Si te digo que bien, te miento. Pero si te digo que mal, probablemente también esté mintiendo.

Entre risas, se acercó a un estante cercano. Abrió el primer cajón,

del cual sacó unas tijeras.

—Tienes un sentido del humor envidiable—declaró—. Con razón que Matt te invitó a una cita con él, desde que lo conozco ha tenido un gusto exigente con las mujeres.

—Sí, es de lo más raro él.

Sin esperarlo, un mechón de cabello cayó sobre mis piernas. Vaya, definitivamente Stephanie no revelaría nada del proceso. Le siguió otra hebra, luego otra, luego otra, a tal punto que creí quedaría calva.

—No es raro, pequeña Emma. Es un hombre muy visionario—defendió Stephanie—, como todos los Sinclair. Son gente muy emprendedora y estricta, pero los tres tienen un gran corazón.

Otro mechón voló delante mío.

—Conocí a Jane mientras trabajaba como estilista en otro lugar—prosiguió—. Luego de atenderla durante casi tres años, me contó que quería abrir su propia estética de belleza y me ofreció ser gerente del primer local que abriera. Fue tan sincera en el tiempo que teníamos de conocernos, que ni siquiera dudé de la oferta. Confié plenamente en ella, en su visión de negocios.

Stephanie sacudió mi cabello. Pequeñas hebras cayeron al suelo.

—Es la mejor jefa que he tenido—continuó con su historia de superación personal—. Es increíble cómo siempre puedo hablar con ella de lo que me inquieta, hacerle sugerencias para mejorar la atención al cliente del local y la preocupación que siempre muestra para que todos los empleados se sientan cómodos con su trabajo. Además, es una gran amiga, a nivel personal.

No pude evitar sonreír. Cada día, con cada cosa que vivía alrededor de los Sinclair, me hacía sentir que estaba en el lugar correcto. Que finalmente encajaba en un lugar. En una vida. Una donde no había prejuicios, ni dramas, solo la tranquilidad siempre había anhelado.

—Dime algo, Emma, ¿te robaste el corazón de Matt?

Me tragué con mi propia saliva.

—Somos amigos, en realidad—balbuceé.

Stephanie negó con la cabeza.

—No puedes ser solo amiga de un galán así.

¡Oh vamos! ¿Galán? En mi defensa, no era como que Matt estaba tan bueno. Sí, era alto y tenía buen porte. Sí, se preocupaba por su cuerpo. Y sí, sus ojos eran del azul más vibrante que yo había visto

jamás, pero eso no quería decir que era mi tipo. De hecho, era todo lo contrario a mi tipo. Así que, sí, Stephanie, sí se podía ser solo amiga de un chico así.

—Los hombres nos enloquecen, ¿eh?—matizó Stephanie—. Tranquila, querida, después de todo lo que hemos logrado contigo hoy, te aseguro que serán más que amigos esta misma noche. Confía en mí.

¡Pero qué indiscreta! ¿Qué tal si yo no quería ser más que amiga de Sinclair? Las cosas estaban perfectamente bien tal como eran para arruinarlas. La gente de verdad debía dejar de pensar que yo tendría algo romántico con Matthew Sinclair.

Un aire caliente me rodeó. Era Stephanie, que pasaba la secadora por mi cabello. Solo sentía que se movía de lado al lado, con la ayuda de un cepillo.

—No te haré ningún peinado complicado hoy—declaró—. No lo necesitas. Estás perfecta así, siendo tú misma. Y así, tal cual, estoy segura que atraerás todas las miradas.

Terminada su oración, desapareció de mi vista. Regresó al cabo de unos cuantos minutos con una gran caja negra que colocó frente a mí. Sacó paletas con sombras de colores para los ojos, lápices labiales, polvos y otros implementos de maquillaje cuyos nombres desconocía, pues no era una gran fanática del maquillaje.

Y así fue como mi rostro se convirtió en lo que los lienzos en blanco simbolizan para mí: un reto. Una oportunidad de hacer algo hermoso en donde no hay más que espacio para dejar volar la imaginación.

Pasó brocha tras brocha, lápiz tras lápiz, se detuvo a revisar en cuando lo que hacía y terminó mirándome con una gran sonrisa. Justo como yo, cuando pintaba algo y me sentía satisfecha con mi trabajo.

Abrió la boca para inspirar una gran bocanada de aire.

—¿Lista para ver tu nuevo yo, Emma?

No estaba preparada. Esa era la realidad. Tenía tanto tiempo cómoda, solo siendo yo, que ni siquiera me había percatado que necesitaba este cambio en mi vida. Era inevitable sentirme asustada tras saber que conocería a alguien diferente y que debía aferrarme a ser esa persona.

«Ámate a ti mismo y consiéntete», resonaron las palabras de Matt en mi cabeza. «Los cambios son buenos, no lo olvides»

Y así, llenándome de esa esperanza que últimamente solo Matt sabía cómo proporcionarme, asentí con la cabeza.

—Estoy lista.

Lo siguiente que sucedió fue una de esas escenas clichés de las películas donde la estilista gira la silla de la protagonista en dirección al espejo para revelar un cambio. Y déjenme decirles, fue la cosa más malditamente emocionante que pudo pasarme en las últimas semanas.

Mi boca cayó al instante que me vi por primera vez en el espejo.

Oh. Por. Dios. ¡Oh por Dios! ¿Quién era esa joven a la que estaba viendo? ¡Esa no parecía yo! ¡No, esa no era yo!

Me acerqué al espejo. Quería verme mejor. Todo en mi temblaba cuando empecé a tocar rostro y cabello para comprobar que este realmente era mi cuerpo.

Mi matorral rojo rebelde ya no estaba ahí. Había sido reemplazado por un cabello marrón perfectamente adiestrado que combinaba con el color de mis ojos. Era mucho más liso, pero mantenía unas ondas divertidas en las puntas, como para no abandonar la rebeldía del matorral en su totalidad. Además, unas iluminaciones se extendían en un gradiente desde la mitad del cabello hasta las puntas. ¡Era hermoso! ¡Toda una obra de arte!

El corte era diferente también. Caía en capas de distintos largos, lo que hacía que todo en mi rostro se viera diferente. Se veía más alargado y hasta mi piel parecía haberse tomado un color más claro. Increíble todo lo que un buen corte de cabello podía hacer por ti.

Y ni empecemos a hablar del maquillaje. Con tantos brochazos que dio Stephanie en mi rostro, creí que al final quedaría como un payaso, pero no. Era yo misma, maquillada con tonos cálidos, con unas cejas perfectamente alineadas, unos ojos que se veían más grandes a causa de una buena técnica de delineador y unos labios rosados, que resaltaban más mis finos labios.

Sabía que estaba mal llorar, pero estaba tan conmocionada con todo, que no pude evitar que mis ojos se cristalizaran.

Isabella y Jane llegaron en ese momento para salvar el día. Se veían hermosas también, con sus maquillajes y peinados perfectos. Al verme, pegaron un gritito de emoción que solo colaboró más a mi conmoción.

—Basta...—les dije, riéndome—. Esta no soy yo... No puedo

ser...

Las palabras salieron entrecortado. Fue ahí cuando supe que ya no podría aguantarme más. Las lágrimas estaban por caer y arruinar el trabajo de horas de Stephanie, pero Isabella corrió hacia mí. Se arrodilló frente a mí, agarró mis piernas y las apretó con levedad, en un acto de consuelo.

—Ésta eres tú, mi querida Emma. Eres tú, pero mejorada—susurró, en un tono tan tierno que apagó cualquier incertidumbre en mí—. Y te merecías este cambio—bajó todavía más la voz—. Pero recuerda: solo estamos haciendo unas cuantas modificaciones a tu físico, la belleza interna siempre debes mantenerla.

Me reí. Asentí con la cabeza. Me levanté de la silla y me tiré en los brazos de Isabella, que me abrazaron con tanta calidez que se sintió como si fuese mi propia madre dándome el consuelo que necesitaba.

Seguido, abracé a Stephanie.

—Gracias por esto—dije, sinceramente.

—No—matizó ella—. Gracias a ti por permitirme ser parte de algo tan importante en tu vida.

Jane fue la siguiente en acercarse a Stephanie. Estiró el brazo para estrechar la mano de su socia y terminó su agradecimiento con un abrazo también.

En un parpadeo, ya me encontraba otra vez en el lujoso auto de Jane Sinclair, vistiendo el sofisticado vestido que Matthew Sinclair, mi mayor deudor, me invitó; usando el nuevo aspecto que Jane Sinclair, mi hada madrina, me concedió y portando la actitud renovada que Isabella casi Sinclair me contagió.

Las tres nos sentíamos hermosas y femeninas. Llenas de esa energía tan positiva que solo los días en que te consientes a ti mismo te brindan.

Mientras Jane manejaba hacia Palm Springs, me dediqué a admirar el atardecer que tenía enfrente. Era como si el universo me estuviese premiando hoy con tantos regalos.

Tanta belleza me recordó que tenía más de tres horas sin saber nada de mi sensual sirviente. ¿Qué estaría haciendo? Necesitaba averiguarlo.

Saqué mi teléfono de la cartera —prestada por Isabella, por supuesto, porque decía que combinaba con mi vestido—, y empecé a

escribir en la pantalla de chat con Matt:

EMMA:

Estoy viendo el más hermoso atardecer del mundo

Esperé pacientemente su respuesta, pero ni siquiera se mostraba en línea.

«Demonios, Emma, recuerda que está trabajando. No puedes interrumpirlo para enviarle mensajes tan triviales. Es más, ¿no pudiste pensar en una mejor excusa para saber de él? Seguro ni siquiera te respon...»

¡PIIIING!

MATT:

Discrepo. Los mejores atardeceres del mundo son los de Palm Springs. Mañana te invito a ver uno.

Sonreí como estúpida. ¿Podría Matt ser más obvio en el juego del coqueteo?

Oh no, estaba aceptando que estábamos en esa fase. Sin embargo, estaba tan feliz que le seguí el juego:

EMMA:

Suena bien. Anótalo en mi agenda, por favor, manager.

MATT:

Anotado. Y ya que hablamos de agenda... está un poco retrasada para su cita de hoy, señorita Bennett.

EMMA:

Sí, bueno, deberías agradecerles a mis hadas madrinas que se pasaron un poco con el polvo mágico.

MATT:

¿Más magia? No puedo esperar a verlo ;)

EMMA:

Y, además, no soy yo la retrasada.

Los invitados llegaron muy temprano ;)

MATT:

Aprendes rápido. Así se habla, Bennett.

Estaba por escribirle «ya casi llegamos», pero escuché que Isabella decía mi nombre repetidas veces.

Alcé la cabeza para prestarle atención, pero mis ojos se fueron más allá.

Allá, donde el atardecer había sido reemplazado por una impresionante noche estrellada.

Allá, donde el hotel más alucinante que había visto en mi vida, prometía un evento lleno de grandeza.

Allá, donde miles de invitados, llegaban en sus autos lujosos y entraban llenos de expectativas.

Allá, donde en el interior, un príncipe deudor me esperaba.

Solo sé tú misma

Yo era toda una princesa.

Una princesa, con un vestido de diseñador, un maquillaje caro y un cabello despampanante, pero lo que salió de mi boca cuando vi el hotel no fue más que la Emma común y corriente, que se estaba comiendo un cable por querer pintar para ganarse la vida:

—¡NO ME JODAS! ¿TODO ESO ES DE USTEDES?

En mi defensa: Isabella me dijo que nunca cambiara mi belleza interior. Lamentablemente el término «belleza» no concordaba mucho con mi interior.

Una inminente carcajada brotó de los labios de Isabella y Jane. ¡Oh vamos! ¡No se rían de mí! Era nueva en esto de los hoteles refinados y la gente con poder y dinero. Es más, ni siquiera debía estar ahí. Yo era una súper-suertuda y no me apenaba decirlo.

—Sabía que te gustaría—replicó Isabella—. Yo también quedé igual de impactada cuando lo vi por primera vez.

La arquitectura del lugar era impecable. Si mi intuición no me fallaba, seguro se habían inspirado en un hotel árabe. Su color: blanco, el favorito de los Sinclair.

Desde afuera, el ambiente se sentía tan cálido que de tan solo verlo te sentías relajado. Era una atmósfera que transmitía una sensación que cada espacio debía ser descubierto.

Una piscina se extendía a lo largo de la entrada del hotel. El agua, con la ayuda de las luces nocturnas, reflejaban el espléndido trabajo de un arquitecto reconocido, que se había esmerado en diseñar todo.

Dimos una vuelta en el auto antes de llegar hasta la entrada principal. Supuse que Jane quería que observara todo en detalle, como si fuese un cliente nuevo dudoso de alojarse en el hotel.

Al llegar al pabellón principal, tres hombres uniformados con saco y corbata nos esperaban con porte formal, pues claro, una de las dueñas estaba por llegar. Sumado a eso, la prometida del dueño principal. Y sumado a eso, una chica aleatoria que los Sinclair querían, así que les tocaba a todos los empleados quererla también (sí, claro que hablo de

mí).

Al estacionarnos, me bajé del auto sintiéndome como toda una estrella de cine. Hasta la típica brisita que mueve el cabello llegó para hacerme lucir refinada. Al final todo el momento cliché se fue a la mierda porque tuve que sostener el cabello para no despeinarme. Así de injusta es la vida.

Inconscientemente, miré de lado a lado en busca de mi príncipe deudor. Él no estaba por ahí, cosa que sin querer me causó una pizca de decepción. La parte más cliché de mi mente deseaba que Matthew Sinclair estuviese ahí parado, en la entrada, con su arma mortal en el rostro, dispuesto a tomarme de la mano, pero ni siquiera su aura egocéntrica se sentía por los alrededores. Nuevamente, así de injusta es la vida.

—Emma—escuché la voz de Isabella.

Me giré. Isabella y Jane ya se encontraban dentro del hotel. Ambas me hacían señas para que las siguiera. Eran tantas personas entrando, que seguro no querían que me pediera entre tanta muchedumbre podrida en dinero. Quise decir... *invitados*.

—Debo dejarlas aquí—dijo Jane tan pronto llegué—. Me estoy empezando a estresar porque no estoy viendo algunas cosas como las pedí. Pero ustedes vayan entrando al salón.

Asentimos.

—Gracias por todo, Jane—dije con timidez.

La Sinclair del medio me agarró la mano.

—Fue un placer, Emma—replicó—. Por favor diviértete hoy con mi hermano, ¿de acuerdo? Conociéndolo, seguro Matt debe estar ansiando este momento.

Mentalmente encadené a mis hormonas cuando escuché el nombre mágico. No quería sonreír como estúpida, ni mucho menos sonrojarme frente a Jane. Me siento orgullosa de poder decir que lo logré.

—Lo haré—dije, en una calma que ni yo misma me lo creía.

Jane apretó la mano de Isabella también.

—Nos vemos en un rato, cuñada.

Isabella tan solo asintió. Así, Jane desapareció de la escena, pero pareció como que la futura Sinclair no tenía los mismos planes.

—Emma—dijo con una enorme sonrisa de oreja a oreja—. Sé que estás ansiosa de ver a Matt, pero hay algo que debemos ver primero.

Puse los ojos en blanco.

—No estoy ansiosa de ver Matt.

«Mentirosa», disparó mi subconsciente. ¡Ah, tú cállate!

—Sí, claro—respondió Isabella con sarcasmo.

Enseguida, agarró mi mano y me arrastró con ella. En medio de la corrida, ni siquiera me dio tiempo de preguntar a dónde rayos nos dirigíamos, ni tampoco de admirar la belleza interior del hotel.

Volamos hasta el ascensor, cuyas puertas estaban por cerrarse. Y digo «volamos», porque el salto que dio Isabella hizo que prácticamente cayéramos encima de la gente podrida en dinero, digo... *invitados*, que estaban adentro.

Isabella presionó el botón. Una voz muy sensual nos comentó que iríamos directo al veinteavo piso. Así ascendimos a toda velocidad.

—¿A dónde vamos?—pregunté en medio del ascenso.

—Con calma, amiga. Con calma.

Cuando las puertas del ascensor volvieron a abrirse, madre mía, una suite muy lujosa se asomó enfrente. Mi boca cayó de la impresión, pero mi siguiente reacción fue reírme a carcajadas como tonta.

—Bienvenida a nuestra suite presidencial—murmuró Isabella adentrándose con confianza.

Comenzó a brincar de lado al lado en la sala de estar, porque obvio, todo esto era también de ella y vaya que lo estaba disfrutando. En verdad se lo merecía.

En medio de los brincos, extendió su mano hacia mí. Sin dudarlo, la agarré, lo que hizo que quedara dando vueltas y brincando con ella, mientras que estallábamos en risas como si fuésemos dos princesas entrando a su castillo por primera vez.

Isabella se dedicó a mostrarme cada espacio en detalle: primero la sala de estar con tres majestuosos sofás que estaba segura ningún cliente nunca usaría, pero igual era bonito tenerlo disponible. Algunas mesas, jarrones, plantas y una chimenea eléctrica acompañaban la decoración.

Pasamos una puerta que descubrió la cocina y una gran mesa que servía como comedor. Esta también estaba decorada con algunas plantas y un gran ventanal, que al Isabella remover las cortinas, nos dejó disfrutar de toda la ciudad de Palm Springs y su maravillosa noche estrellada.

Admirando el paisaje tan majestuoso, no pude evitar pensar que Isabella realmente se había ganado la lotería y me había concedido una

parte. Era la única explicación coherente para que estuviésemos viviendo este sueño juntas.

Seguimos hacia las habitaciones. Me mostró la suya que compartiría con Joseph, obviamente. Caminamos hacia la segunda, que sería la mía compartida con Jane.

En dirección hacia la tercera, aprovechó para hacer un chiste:

—La habitación que sigue es la de Matt. Quiero que te mantengas muy alejada de ella, ¿de acuerdo?

Reí con sarcasmo.

—¿Y por qué querría acercarme demasiado a esa habitación?

—Pues porque...

Y tiró la puerta hacia atrás acompañada de una sonrisa de autosuficiencia. Un dormitorio en colores marrones invadió mi campo de visión, pero por alguna razón, mis ojos se dirigieron en automático hacia la cama donde Matt estaba sentado muy concentrado tecleando en su teléfono.

Sí, la habitación era...

Un segundo. ¡¿Matt sentado en la cama?!

El *shock* se apoderó de cada parte de mi cuerpo. Parpadeé dos veces. Pero no era una ilusión, Matt en realidad estaba ahí sentado y ni siquiera se había percatado de nuestra presencia.

Boquiabierta, me enfoqué en Isabella esperando una coherente explicación para esto.

—Oh, debí mencionarte que Matt estaba aquí, ¿no?—dijo tan alto que Matt alzó la cabeza hacia nosotras—. Bueno... todo tuyo, Emma. Diviértanse hoy, niños. ¡Adiós!

La puerta se cerró detrás mío tan rápido, que ni siquiera tuve tiempo de huir. ¡Demonios! ¡Ahora entendía todo el plan macabro de Isabella! ¿Se creía mi *Cupida* ahora o qué?

Algo nerviosa, me giré. Me encontré con un Matt —también en *shock*—, que se veía más guapo que nunca. Traía su mejor atuendo de gala y me contemplaba mucho más impresionado que yo. Tanto, que cuando nuestros ojos finalmente se conectaron, se le cayó el teléfono de las manos. ¡Oh, rayos! ¿Sería demasiado lo que llevaba puesto?

Grité a mi subconsciente que me ayudara una vez más. Que sostuviera mis hormonas, porque sino estallaría de los nervios enfrente de Matt, pero ella, me gritó que no podía más. Que estaban demasiado

descontroladas.

Todas mis hormonas se soltaron al mismo tiempo ocasionando que mi corazón latiera tan fuerte que incluso Matt debía oírlo desde la distancia.

El calor me invadió, la respiración hizo falta. Sin embargo, a pesar de que era obvio que ambos estábamos en *shock* al encontrarnos en tal situación inesperada (e incómoda), no podíamos parar de vernos el uno al otro. Era como si nuestras miradas estuviesen encadenadas.

Demonios, debía hacer algo. Todo se estaba tornando demasiado incómodo.

—Eh...—balbuceé.

Pero Matt no realizó movimiento alguno. Se mantenía estático sobre la cama. No parecía tener intenciones de decir nada, o simplemente no podía articular palabra. Notando que su boca era una gran “O”, me gustó pensar que era la segunda opción.

—Tengo...—tragué, me costaba hablar—. Como diez mil dólares tuyos puestos encima. Qué loco, ¿no?

«Por Dios, Emma, qué patética eres. ¿De verdad eso fue lo mejor que se te ocurrió decir en un momento así?».

Aun así, logré algo. El arma mortal de Matt empezó a asomarse poco a poco en su rostro, que se veía tan atractivo como nunca antes lo había visto. ¿Por qué lo veía diferente? ¿Sería por la vestimenta formal? ¿O sería su cabello peinado hacia un lado, lo que resaltaba todavía más sus oceánicos ojos? ¿O sería la situación tan romántica en la que nos encontrábamos sin querer admitirlo?

Matt se levantó de la cama. Pero no se movió más. ¡Mierda! ¿Y ahora qué? ¿Tendría que hablarle yo durante toda la noche?

—En realidad creo que deben ser como trece mil dólares, si cuentas lo del salón de belleza. Aunque, bueno, considerando que el salón es de Jane, probablemente me lo dieron como una cortesía, ¿no?—dije.

Y ni así Matt daba señales de vida. Hasta que un refulgente momento de sabiduría inundó mi cerebro. Algo que él jamás me dejaría decir porque lo odiaba: los chistes de multimillonarios.

—Uff, Matt, en serio, no sé cómo ustedes hacen para ponerse tanto dinero encima, ¿no temen que les roben o algo?

No rió. Continuó atacándome con su arma mortal, pero dio dos

pasos hacia el frente también dándome entender que empezaría a caminar hacia mí. ¡Santo Cielo, no! ¡No estaba preparada para esto!

Bum, bum, bum. Entre más se acercaba más a mí, más fuerte mi corazón golpeaba mi pecho. De verdad creía que eso era lo más rápido que había latido jamás dentro de mí.

Pero creí mal. Lo más rápido que latió fue cuando Matt llegó hasta mí, sostuvo mi mano, la ojeó durante unos cuántos segundos que parecieron una eternidad y clavó sus oceánicos iris en mis ojos café.

—Nada de chistes de multimillonarios—soltó las primeras palabras.

Al decirlo, fue inevitable que me fijara en su boca. Esta última, se agachó lentamente para alcanzar mi mano y besarla. Un gesto tan *vintage* que fue imposible no amarlo.

Sin embargo, lo mejor vino después, cuando una única frase que pronunció Matt superó en un 300% al gesto *vintage*:

—Estás preciosa, Emma.

Fue ahí cuando en vez de latir con fuerza, mi corazón pareció detenerse. La fuerza electrizante, que nos había invadido una sola vez, recorrió todos mis tejidos corporales haciéndome sentir más viva que nunca. Porque ahí lo tuve que volver a admitir, aunque tenía días evitándolo: yo estaba cayendo. Caía en picada, como un avión carente de control en pleno vuelo.

Mis mejillas ardieron, pero no me dio pena. De alguna forma retorcida, quería que Matt supiera que me sentía feliz por sus palabras.

—Me siento hermosa.

—Es porque lo eres—dijo con seguridad al tiempo que acariciaba mi mano con delicadeza—. Siempre lo has sido, desde el primer momento en que te conocí. Eres esa versión de edición limitada que conversamos, pero mejorada.

Bajé la cabeza. Estaba siendo demasiado. A pesar de las mejillas sonrojadas y el sentimiento de estar en el lugar correcto con la persona correcta, algo no me convencía. Era algo en su mirada, y algo en mi corazón. Era la sensación de que nuestras miradas parecían como de dos locos enamorados, situación que realmente no podía suceder, por nuestro mutuo bienestar.

Sentí que debía interrumpir el momento a como de lugar.

—Espero que no te estés enamorando de mí, Sinclair—dije,

secamente.

Matt rió con sarcasmo. Sus ojos abandonaron los míos y soltó mi mano.

Supe que el momento mágico había terminado. Tristemente así era. Pero me ayudó a volver a poner los pies sobre la tierra, porque eso era lo correcto.

—¿Enamorarme de ti porque traes un vestido bonito y un color de cabello normal?—dijo, en un tono burlesco—. Ya quisieras, Bennett.

Misión cumplida: Volvimos a nuestros hábitos normales donde nos atacamos el uno al otro y lo disfrutamos. Ahora sólo debía mantenerlo así por el resto de la noche y estaríamos a salvo.

Me mostró la palma de su mano otra vez.

—Aún así, Emma, debes admitir que estás preciosa hoy, y tengo todo el derecho de coquetear con una chica hermosa.

«Sí... sigue haciéndolo toda la noche...»

Auto-cacheteada mental.

—Así que...—agitó su mano frente a mí. Quería que la sostuviera—. Déjame presumirles a todos la deuda tan hermosa que he adquirido, ¿quieres?

Ah, qué demonios, ¿qué podía salir mal si le seguía el juego?

—Claro, punto para ti por la caballerosidad, Sinclair.

Nos tomamos de la mano, pero nuestros dedos no se enlazaron. Era muy pronto para ello, ni siquiera sabíamos qué era lo que había entre nosotros. Solo sabíamos que la noche era de ambos y que debíamos disfrutarla al máximo.

Caminamos juntos fuera de la habitación.

Y en algún momento, quizás en el ascensor, quizás en el lobby, quizás en medio de los chistes de multimillonarios, nuestros dedos se enlazaron sin querer, no obstante, pretendimos que no pasaba nada.

—o—

Justo antes de entrar en el salón del evento, Matt detuvo nuestra caminata a propósito. Las luces titilaron enfrente, donde una gran cantidad de invitados presumían sus mejores atuendos de lujo.

Sentí los labios de Matt rozando en mi oreja.

—Regla número cuatro—susurró—: “Disfruta cada momento

especial como si fuese el último”.

Y puso el primer pie dentro del salón invitándome a que hiciera lo mismo. Ah, Matt, siempre haciendo todo tan épico.

Mentiría si dijera que nuestra entrada no capturó atenciones. Mentiría si dijera que no me gustó que en algunas chicas se reflejara la envidia al saber que yo era la pareja de Matt de la noche. Mentiría si dijera que no miré de vez en vez a Matt porque me gustaba verlo tan confiado conmigo. Mentiría si no dijera que me sentí hermosa y poderosa.

No solté a Matt en ningún momento, pero como la mujer artística que soy, me fijé en todos los detalles del salón: se veía dorado, a causa de la iluminación tan bien pensada. Habían al menos veinte mesas muy bien distribuidas a lo largo del lugar y casi todas estaban llenas. Las mujeres lucían sus mejores trajes de diseñador (como yo, vaya, vaya) y los hombres vestían su mejor esmoquin (como Matt, vaya, vaya).

Tres o cuatro *flashes* cayeron en mi rostro de repente. Cerré los ojos, un tanto abrumada y al abrirlos, tres fotógrafos con lentes enormes nos enfocaba a mí y a Matt. Oh demonios, solo esperaba que no saliéramos en televisión.

—Ahora sabes por qué no me gusta venir a estos eventos—murmuró Matt hacia mí, pero mantuvo la sonrisa fingida—. Tú solo sonríe y pretende que somos felices.

—Pero no lo somos. Somos miserables.

Carraspeó. Estaba evitando una carcajada.

—Por eso dije «pretende»...

Por el contrario, yo no pude evitar la risa. Me salió tan natural que los fotógrafos aprovecharon para capturar el momento. Seis o siete *flashes* volvieron a invadirnos.

Seguimos con nuestro camino, siempre tratando de esquivar algunas «celebridades», como Matt los denominó. Aparentemente tampoco le gustaba mucho socializar, a menos que fuese completamente necesario.

—¡Pero si es el apuesto Matthew Sinclair!—exclamó una voz femenina a nuestras espaldas.

Como si estuviésemos sincronizados, nos giramos. Nos encontramos con una pareja un tanto mayor. Mi primera impresión era que no eran de mucho agrado y lo confirmé con la expresión de disgusto

disimulada de Matt.

—Sr. y Sra. Winston, qué placer verlos esta noche—dijo tan respetuoso que fue gracioso. Era divertido verlo comportándose tan prudente, una faceta que definitivamente desconocía, pero agradecía poder disfrutar por lo menos hoy.

—¡El placer es nuestro!—exclamó el señor—. Vaya, vaya, te desapareces de todos los eventos sociales y de repente apareces agarrado de la mano con una joven hermosa. Debíamos venir a conocerla.

Oh. No.

—Ya me conoce, Sr. Winston, no puedo permitirme pasar desapercibido en la apertura de mi propio hotel. Y menos si puedo hacerlo con mi chica.

El Sr. Winston pretendió reír. Seguido, lo hizo su esposa. Seguido, lo hizo Matt. Seguido, yo no lo hice por supuesto, hasta que Matt me golpeó con el codo y me forcé a carcajear. Es que no entendía ese jueguito que se traían.

—¿Tu chica?—preguntó la señora con todas las intenciones de meter sus narices donde nadie la había invitado.

—Así es—replicó Matt. Sentí que apretó más mi mano—. Esta es mi novia, Emma Bennett.

Me atraganté de la impresión. Pero gracias a los dioses de los eventos sociales nadie se dio cuenta.

Extendí mi mano.

—Mucho gusto, Sr. y Sra. Winston—dije, de lo más dulce, tratando de sonar refinada, faceta que tampoco conocía tenía.

«Bien, soqueta, punto para ti», palmó mi espalda mi subconsciente. Así que la descarada decidió venir conmigo a la fiesta. Muy bien.

—Vaya, Matthew, ahora ya sabemos qué estuviste haciendo todo este tiempo que estuviste desaparecido—quiso hacer un chiste el señor, pero me pareció de lo peor.

Esta pareja definitivamente le tenía envidia a la familia Sinclair. Se les notaba a leguas. Tanto, que no pude evitar el escupitajo de pensamientos.

—No perdiendo su tiempo si así quiere verlo—escupí.

Pretendí reír. Seguido, lo hizo Matt. Seguido, lo hizo la señora. Seguido, no lo hizo el señor. Oh, ahora entendía el jueguito. Se trataba de decir algo hiriente y confirmar que el que no reía se sentía herido.

Entonces la señora, al percatarse que su esposo no se estaba divirtiendo, sino más bien sintiéndose incómodo, dio dos pasos hacia el frente confirmando que huirían pronto de la escena. Vaya, les había ardido lo que les dije y me sentía feliz de confirmarlo porque bien merecido lo tenían.

—Bueno, Matthew, fue un placer verte y conocer a Emma—dijo el señor en un intento de no perder su integridad— Te conseguiste una novia preciosa.

—Lo sé, Sr. Winston—respondió Matt enfocándose en mí lleno de orgullo. Oh no, Sinclair, por favor, esa mirada no que me derretiría—. Que tengan una maravillosa velada.

Y fuimos nosotros los que huimos de la escena, porque teníamos más integridad que ellos. Vamos, que también estábamos en nuestro hotel. Digo, el hotel de Matt. Bueno ustedes entendieron.

Mientras caminábamos, me acerqué para susurrarle a Matt:

—Juro que les cortaré la cabeza y las pondré junto a los trofeos de ping pong de mi papá—murmuré.

—Está bien, pero hazlo cuando termine la fiesta, ¿de acuerdo?—me siguió el juego Matt.

—¿Por qué son tan odiosos?

—Porque ellos querían ser los propietarios de este hotel—replicó—. Pero nosotros hicimos la oferta más alta, hace un año atrás. También la propuesta más prometedora. No soportan que tres chiquillos hayan ganado una licitación tan importante en una zona tan turística como lo es Palm Springs.

Ah, drama entre multimillonarios.

—Entonces debe ser tortuoso para ellos venir hoy, ¿no?—dije—. ¿Por qué los invitaron?

—Cortesía. Todo en este mundo de negocios se maneja a través de la cortesía—respondió—. Será tortuoso para ellos, pero para nosotros es una victoria—sus azules ojos brillaron en mi dirección—. Y les callaste boca, muy bien hecho, Emma.

—Claro, nadie se mete con mi sensual sirviente—escupí las palabras sin pensar.

Matt no se esperaba eso. Su expresión divertida me hizo caer en cuenta de que había pensado en voz alta.

—¿Tu qué?

«Demonios. Rápido, Emma, busca un excusa. Pero no una tonta, por favor, demuestra que puedes salvar tu pellejo aunque sea una vez en la vida».

—¿Mi qué?—me hice la idiota—. No dije nada.

—Emma Bennett. Piensas que soy sensual.

Bufé.

—Sí, Sinclair, eres lo más hermoso que he visto en mi vida—dije, mordaz—. Vamos, vuelve a la realidad.

Matt, con el ego por las nubes, estuvo a punto de contraatacarme, pero gracias a los dioses de los eventos sociales (que estaban de lo más caritativos hoy) vi a Isabella y Joseph entre la multitud, lo que fue perfecto para cambiar el tema de la conversación.

Vaya, qué bien se veían juntos. Ni siquiera estaban casados todavía, pero se veían como los perfectos anfitriones de una fiesta de multimillonarios. Recibían invitados, los ubicaban en sus puestos, supervisaban la atención de los meseros... en fin, se veían hechos el uno para el otro.

Cuando ambos nos notaron también, Joseph ondeó una mano en el aire, llamándonos. Pero Isabella... esa descarada primero formó una gran "o" con su boca, para luego sacar su teléfono móvil y tomarnos fotos desde la distancia.

—¡Emma! ¡Pero qué hermosa estás!—elogió Joseph tan pronto estuvimos frente a él.

Estaba tan feliz de verlo, que experimenté la necesidad de abrazarlo. Sentía que tenía demasiado tiempo sin verlo, últimamente trabajaba más que nunca o al menos eso parecía para mí.

Cuando nos separamos, me encontré con que Joseph intercambiaba miradas pícaras con Matt, quien solo sonreía sin mostrar los dientes. Era como si estuviesen conversando con los ojos y aunque sabía perfectamente que la conversación trataba de mí, quise omitirlo por completo.

—¡MIERDA, SALIÓ MOVIDA, ME ODIÓ A MÍ MISMA!— exclamó Isabella cabreada, refiriéndose a la foto por supuesto—. Ok, ok, solo posen para la cámara una vez más. Vamos, esto debemos recordarlo toda la vida.

Ni Matt ni yo quisimos llevarle la contraria así que obedecimos y posamos para su foto. Tras unas cuantas tomas, Isabella examinó su

teléfono móvil con satisfacción.

—Perfecta—dijo—. ¿Se divierten, niños?

—Pues sí—respondió Matt—. Aunque acabamos de encontrarnos con los Winston.

El semblante de Isabella y Joseph cambió por completo. Sus narices se arrugaron, al igual que sus ceños, denotando disgusto.

—¿Y...?—preguntó Joseph, expectante.

—Son puro veneno—dije.

—Lo son—concordó Isabella—. En verdad lo son.

—Emma les calló la boca—continuó Matt, haciéndome sentir muy orgullosa. Y es que si tuviera que callárselas nuevamente, lo haría sin pensarlo—. Está lista para participar en una de nuestras negociaciones.

Lleno de diversión, Joseph negó con la cabeza.

—Vamos, Matt, no le harías eso a Emma. Es una joven artística, no la aburramos invitándola a participar de esas reuniones tan fastidiosas.

Sin querer, reí. Joseph era gracioso, tal como Matt. Así que era algo de familia. Uh, galanes y graciosos, ¿se podía pedir algo más en un hombre?

—Solo decía—replicó Matt encogiéndose de hombros.

Entre la muchedumbre, Jane apareció repentinamente. Se veía un tanto ajetreada, pero en mi concepto, lo disimulaba bastante bien. Sentí empatía por ella, coordinar un evento de esta índole debía ser difícil, hay muchas expectativas que llenar.

Se acercaba a nosotros. Traía en la mano, una tableta digital, y en sus oídos, unos auriculares negros con micrófono, que se bajó hasta el cuello cuando llegó a nosotros.

—Joe, las palabras—dijo cortante a Joseph, a lo que él asintió con la cabeza. Luego, caminó hasta una tarima cercana donde un podio vacío esperaba.

Jane tocó mi hombro, luego el de Isabella y de último, el de Matt.

—Se ven bien, hermano—le dijo a Matt (obviamente refiriéndose a nosotros), con el pulgar hacia arriba, para luego abandonarnos y acompañar a Joseph arriba de la tarima.

Entretanto, Isabella, Matt y yo buscamos asiento de una de las mesas vacías frente a la tarima, que tenían carteles con nuestros nombres. Traté de acomodarme en la silla, pero el vestido no me lo permitía mucho.

Isabella notó que estaba pasando páramo.

—¿Qué estás haciendo?—susurró en un tono regañón.

—Tu Ralph Lauren no me deja meter los pies por debajo de la mesa—respondí con el mismo tono.

—No es mío, es tuyo, y no se supone que debas meterlos debajo de la mesa. Solo siéntate de lado.

Un poco malhumorada, obedecí. Me daba miedo desafiarla.

—Matt, controla a tu cita.

—No soy su...

—Sí, sí lo eres—me cortó Matt, fingiendo una sonrisa.

Maldición, si eso era un regaño, había funcionado mucho mejor que el de Isabella, porque no quise decir más nada después de eso, solo sentarme como la dama que era, con la más grande sonrisa de estúpida del planeta.

Nos fijamos en Joseph.

—Buenas noches, estimados invitados—dijo confianzudo al micrófono del podio—. Gracias por hacerse presente hoy en la inauguración de nuestro nuevo hotel de lujo.

Se veía tan cómodo hablando en público, probablemente debía hacerlo todo el tiempo. Si yo estuviese en su lugar, seguro ya me hubiese desmayado enfrente de todo el mundo.

Sentí que agarraron mi mano. Era Matt, pero antes de poder decirle algo, acercó su boca a mi oído.

—Gracias por venir conmigo—murmuró con ternura.

Apretó mi mano durante unos segundos más, pero luego la soltó. Sabía que no quería hacerme sentir incómoda y lo agradecí infinitamente.

—Como algunos saben, este ha sido nuestro proyecto más ambicioso. Nos tomó más de un año desarrollarlo para así poder ofrecer un producto de calidad a todos nuestros clientes. Hoy, con la inauguración del vigésimo “Sinclair Hotel & Resort Inn” inicia una nueva era de entretenimiento. Confiamos plenamente en que disfrutarán de ella tanto o incluso más de lo que nosotros hemos disfrutado creando este proyecto para ustedes.

Eché un vistazo a mi alrededor: Jane lo miraba llena de júbilo, mientras que Isabella parecía que quería llorar de la emoción. Matt se veía orgulloso, y yo me sentía así también.

—Sin embargo, no he hecho todo esto solo—prosiguió Joseph—.

Así que quiero aprovechar este momento para contarles algo sobre mis más valiosos socios en los negocios y en la vida: Jane y Matthew, mis hermanos. Jane hizo posible todo el diseño interior y exterior del hotel, mientras que Matthew desarrolló todo el atractivo concepto de entretenimiento que tenemos para ustedes.

Escuché unos grititos femeninos que interrumpieron a Joseph. Era un grupo de chicas en algunas mesas traseras, que para mi sorpresa, gritaron de emoción justo cuando Joseph hablaba de Matt.

Me acerqué a él.

—¿Y eso? ¿Tus fans? ¿Tienes un grupo de...?

Pero él me cayó con un dedo sobre mi boca.

—Ellas no me importan—susurró—. Trato de escuchar a mi hermano.

Aún no descifro qué fue lo que más me gustó de esa oración: el hecho de que no le pusiera cuidado a las otras chicas o la admiración tan genuina que demostró hacia Joseph.

—Por último, pero no menos importante, quiero hablarles de mi reciente socia en la vida: mi prometida, Isabella. Sin ella, no creo que hubiese podido con esto. Me dio la fortaleza que necesitaba y la comprensión para llevar todo a cabo—sus oceánicos iris mostraron un único interés: Isabella.

No escuché los grititos femeninos, pero solo por chismorrear, me fijé en las mesas traseras. Algunas chicas denotaban disgusto hacia las palabras de Joseph. En mi interior, mi subconsciente y yo nos gozamos juntas la ironía del momento.

—Gracias, amor mío. Eres mi mundo entero.

Creí que sería yo la que lloraría de emoción. El corazón de ese hombre que estaba ahí parado en la tarima estaba lleno de amor. Viéndolo, me parecía increíble cómo había hecho para sacar adelante a su familia después del fallecimiento de sus padres. Joseph era digno de admiración y se había ganado mucho más que mis respetos esa noche.

Diversos meseros pasaron a nuestro lado, con unas bandejas llenas de copas con champaña. Tuve que agarrar una. Era hora del brindis.

—Por favor disfruten de la velada—expresó Joseph levantando su copa—, porque a partir de hoy, nuestro hotel está a su entera disposición.

Las trescientas personas alzaron la copa en el aire, siguiendo la invitación de Joseph. Hice lo mismo.

—¡Brindo por ustedes y por las miles de horas de diversión que tendrán aquí!

Choques de cristales. Aplausos. Gritos femeninos. Ovaciones masculinas. El salón se llenó tanto de entusiasmo, que recordé a la pareja venenosa del inicio. Los Winston, que seguro debían estar haciéndose polvo entre tanto positivismo.

—¡Eso, mi amor, eso!—gritó Isabella.

—Vaya, podrías intentar marcar menos territorio—escupí, con la honestidad que me caracteriza.

—Cállate—respondió ella, con la dulzura que la caracteriza.

Y sin importarle cuánta gente la estaba viendo (o juzgando), corrió hacia la tarima, de la que Joseph venía bajando. Una vez abajo, se tiró en sus brazos como la loca enamorada (pero más loca) que era.

Ay, pero qué escena tan hermosamente cliché.

Todo el mundo bebió de su copa, pero yo me dediqué a mirar la mía pensando si era buena idea bebérmela. No tenía muy buena resistencia al licor, mi papá siempre decía que el licor era mi perdición, por lo que quedaba prohibido para mí beber en eventos sociales.

—Bien, ahora tómatela—interrumpió Matt durante mi lucha interna.

—Oh, no, no hemos comido, créeme, no quieres verme ebria—le entregué la copa—. No estás listo para eso, ni nadie en este salón.

—Mmm... ¿cuál es la regla de hoy, Emma?

—Eh... ¿«Disfruta cada momento especial como si fuesen el último»?

Matt asintió con un movimiento de cabeza.

—Quiero que te diviertas, que hagas lo que sientas que quieras hacer. Después de todo lo que has pasado, te mereces esta noche. Solo sé tú misma—dijo con seguridad—. Yo te cuidaré por cualquier cosa que pueda pasar.

Me lo pensé tres veces. ¿Podía confiar en él? ¿Habíamos llegado a ese punto en que podía embriagarme y confiar en que no se aprovecharía de mí? ¿Qué tal si su objetivo era aprovecharse?

Sonará retorcido, pero sentí que debía darle la oportunidad. Porque en los últimos días me había demostrado de todas las maneras posibles, que deseaba honestamente que yo mejorara. Por nuestro trato, por mi lazo con Isabella, porque ahora yo era parte de su familia. Es más,

si este joven tan noble tuviese malas intenciones conmigo, ¿me habría traído a este evento social? ¿Me habría presentado formalmente a todo el mundo como su novia? Hasta donde tenía entendido, él ni siquiera asistía a eventos sociales, mucho menos con chicas. Él demostraba ser transparente en mi presencia, tal vez ya venía siendo hora que yo también lo hiciera en la suya.

—Bien—accedí.

Matt me entregó la copa. La bebí toda de un sorbo. Dejé la copa sobre la mesa y en medio de eso, una enorme efervescencia me invadió. Tanto, que tuve que sacudir la cabeza acompañada de mi cara arrugada como una pasa.

—¡Ah, maldición!—solté.

Al volver en sí, me encontré con que Matt me observaba con las cejas alzadas y los ojos muy abiertos. ¿Y ahora qué le pasaba?

—¿Qué?—escupí.

—Nada, me sorprende que te hayas tomado todo eso—confesó—. Es la peor champaña que he probado en mi vida. Yo no me la tomé, se la entregué de vuelta al mesero.

¡Pero qué desgraciado!

Lo empujé en el pecho, a lo que él carcajeó.

—¡Eres muy cruel! ¡Me diste un sermón emotivo para que me la tomara! ¡Hasta me dijiste que sea yo misma!

—Sí, pero no pensé que realmente te lo tomarías todo.

Un mesero pasó frente a nosotros con una bandeja llena de copas de cristal con un líquido rojizo. Matt se levantó, agarró una de las copas y la puso en la mesa donde nos encontrábamos.

—Toma—dijo—. Mejor sé tú misma con este coctel.

Obedecí. Primero le di un sorbo, solo para probar su sabor, pero luego lo bebí de un tirón. Cítricos invadieron mi garganta, como si fuese jugo de naranja mezclado con vodka y quién sabe qué más. Y al final, sentí que me atragantaba con una roca.

—¿Pero qué...?—pregunté, tras tragar la roca.

Matt se rió.

—Te acabas de tomar 950 dólares y un rubí que tenía en el fondo.

—Demonios, Matt, ¿ustedes no pueden tomar cosas que cuesten menos de cincuenta dólares?

Mi vista empezó a fallar. Vi a dos Matt frente a mí (lo cual era

demasiado para mis hormonas, gracias), pero después de parpadear al menos tres veces, mi vista se compuso.

—Lo hacemos, pero solo por hoy, como es una ocasión especial, estamos sirviendo los cocteles más famosos y caros del mundo. Algunos son de New York, otros de Londres, Paris, Las Vegas... así que posiblemente encuentres diamantes en todos los cocteles que pruebes—se encogió de hombros—. Idea de Jane.

—No esperaba menos de ella—repliqué.

Otro mesero pasó, esta vez con una bandeja llena de copas con un líquido incoloro. Agarré una de las copas. Me percaté que en el fondo tenía una joya, pero tenía tantas ganas de probarlo, que ni siquiera examiné qué tipo de joya era.

Cuando la copa tocó mis labios, Matt me detuvo con una mano.

—Puedes probar todos los que quieras, Emma, pero con prudencia, por favor.

Bufé. «Prudencia» no iba para nada de la mano con «diversión».

—¿Quién te entiende? Primero me dices que me divierta y ahora me pides prudencia—solté—. O es que...—una idea macabra llegó a mi mente, lo que se reflejó en mi sonrisa—. Oh, Matt, eres toda una gallina.

—¿Una gallina? ¿Qué?

Bebí un sorbo. Mi rostro estaba lleno de suspicacia mientras lo hacía. Al mejor estilo de un *meme* de internet.

—El pequeño Matt tiene miedo de que la grandiosa Emma tenga mayor resistencia al licor que él.

Matt copió mi sonrisa. Él no era ningún tonto, entendía a la perfección el plan macabro que habitaba en mi cerebro, que sí era medio tonto, pero ese no es el punto.

—No sé a qué viene eso, pero es falso.

—¿Lo es?—pregunté en plan de desafío, al tiempo que empujaba mi copa hacia él—. Pruébalo.

Matt ni siquiera dudó en aceptar la indirecta. Agarró la copa, imitó mi expresión de *meme* de Internet y se la llevó a la boca para beberse todo de una sola. Finalizó colocando la copa bruscamente sobre la mesa. A diferencia de mí, ni siquiera mostró disgusto ante la efervescencia del trago. Se mantuvo serio.

«Mierda, qué sexy...».

Auto-cachetada mental.

—No me retes, Bennett—dijo, desafiante.

Reí en mi interior. Porque si había algo en esta vida en la que tenía veintitrés años siendo mujer, es que nunca debías jugar con el orgullo de un hombre. Simplemente les ardía e intentarían demostrar que tú, como mujer, estabas equivocada.

Era gracioso comprobar que Matt no era la excepción.

—¿Y qué si lo quiero hacer, Sinclair?—insistí con el juego.

Un tercer mesero pasó, pero esta vez fue Matt quien se levantó de la mesa. Para mi sorpresa, no agarró una copa, sino dos. Me entregó una y se quedó con la otra.

Me fijé en qué coctel se trataba esta vez. Fue fácil identificarlo por la copa de cuello largo y sofisticado en la que estaba servido. Se trataba de un martini, con dos o tres aceitunas en el fondo.

—Pues en ese caso...—pronunció Matt.

Chocó su copa con la mía.

Y cuando la expectativa reinaba en su máximo nivel, terminó su oración, sin abandonar jamás su arma mortal del rostro:

—Comprobemos quién aguanta más.

Oh, la noche estaba por ponerse buena.

Muy, muy buena.

Punto de ebullición

Matt y yo éramos jóvenes.

Pero no idiotas.

Y como ambos estábamos seguros de que no éramos idiotas (o al menos lo disimulábamos bastante bien), decidimos que lo mejor era comer algo antes de iniciar con el duelo de bebidas.

Ese pequeño periodo de tiempo fue agradable. Nos dieron prioridad en la fila del *buffet*, cenamos en compañía de Joseph, Isabella y Jane, y me enseñaron las tres reglas fundamentales para sobrevivir a los eventos sociales: 1.) nunca buscar pleito con las llamadas «celebridades», 2.) bajo ninguna circunstancia, borrar la sonrisa del rostro y 3.) siempre decirle que sí a los clientes, porque usualmente están muy borrachos y no recordarán nada de lo que prometiste al día siguiente.

Así que tatuándome esas tres reglas de oro en mi mente, pude huir a beber con Matt una vez la agradable cena finalizó.

Bebimos mucho. «Diamond Cocktail (Londres)», «Platinum Passion (Nueva York)», «Ruby Red (Chicago)», era algunos de los nombres de los exóticos cocteles que me aprendí porque me gustaron mucho y bebí al menos tres de cada uno. Igual Matt.

Ahora que lo pienso sobria... Qué cosa más rara que tuviésemos los mismos gustos en cocteles, pero bueno sigamos con la historia de la borrachera.

Pasadas las doce media noche, ya podía enorgullecerme (aunque en verdad no era un orgullo) de que a mis patéticos veintitrés años de vida, había probado la mayoría de los cocteles más lujosos de todo el mundo.

Sentada en la misma mesa del principio, donde estaba el cartel con mi nombre y el de Matt, pero que yo, en medio de la borrachera los leía como «Erema» y «Naff», bebí de un tirón un coctel rojizo de nombre...

—*Lela le toi.*

Matt soltó la carcajada del siglo. Hasta China debieron oírlo.

—*Ménage a Trois*, Emma. Ese es el nombre del coctel.

—Pero si eso fue lo que dije—me quejé y repetí el nombre que

para mí sonaba a la perfección—: *Lela le toi*.

—¡*Ménage a Trois!*

—¡*Lela le toi!*—exclamé—. Cielos, Matt, a veces pienso que soy más inteligente que tú.

No era verdad. Yo tenía un coeficiente intelectual ridículamente bajo en comparación con el de Matt. Era la borrachera la que hablaba.

—Sí, yo también lo creo a veces—me siguió la corriente, divertido.

Yo no lo sabía en aquel instante, pero a diferencia de mí, Matt no estaba tan borracho. Se reía de más, me seguía en mis incoherencias y tenía gestos coquetos de vez en cuando, pero no estaba ebrio. Me lo decía el hecho de que él todavía pronunciaba bien las palabras, no se tambaleaba en su lugar y definitivamente no tenía las mejillas rojas como yo.

—¿Cuánto llevo?—pregunté.

—21 mil 450 dólares en cocteles—contestó, sacando los cálculos más rápido de lo que me esperaba—. Que serían aproximadamente 18 cocteles, si mis cálculos no me fallan.

Lo que no sabía tampoco, pero me enteré mucho después, es que Matt había dejado de beber hace más de media hora. Tal vez porque había llegado a su límite, tal vez porque en realidad no quería competir conmigo, tal vez porque quería cuidarme en mi noche de locura, tal como había prometido al decirme la cuarta regla de felicidad. Como dije, habían muchas cosas que no sabía.

—¡¿21 mil yo sola?!—exclamé—. ¡Soy la maldita ama de la borrachera!

Sí, claro, porque eso era un título digno de enorgullecerse.

Alcé la mano hacia Matt. Quería que me la chocara. Increíblemente él entendió lo que le pedía.

—¡Sí, sí lo eres!—declaró, chocándola.

Emocionada por mi nuevo título, me levanté de la silla para celebrar bailando al mismo tiempo que reía. Desafortunadamente, la conexión piernas-cerebro falló.

Tras un mareo, caí al suelo como una maldita roca borracha. Eso claro, si las rocas se emborracharan.

—¡Emma!

Matt se agachó para recogerme. Agradecida, permití que me

levantara, teniendo que abrazarlo para poder lograrlo. Y cuando abrí nuevamente los ojos, me encontré con dos Matt Sinclair, a lo que solté una carcajada.

—¡Matt! ¡No me habías presentado a tu hermano gemelo! ¡Mucho gusto, soy Erema Be-Be-Bennett!

De acuerdo, admitía que esa última oración no había salido nada bien. Era mi subconsciente, que estaba haciendo de las suyas. Pateó a un lado la parte sensata de mi mente y ahora, a mí me tocaba hacer todo lo que mi parte alocada me ordenara. Eso era el efecto del licor, señoras y señores.

Prácticamente obligada, Matt me sentó en la silla. Observé cómo alzó la mano hacia un mesero, pidiéndole algo, pero no supe qué fue. Estaba demasiado concentrada sintiéndome ebria y eso.

—¡Oh por Dios, Matt, me encanta esta música!

En mi mente sonaba una melodía electrónica, que después cambió a rock y finalmente a una melodía suave. Después no sabía ni qué estaba escuchando, pero algo escuchaba.

Matt miró a su alrededor, al tiempo que yo bailaba sola.

—Pero Emma... no hay música—susurró, presionando los labios, seguramente para no soltar la risotada.

—¿Cómo que no hay música? ¡Si suena genial!

El mesero de antes volvió a nuestra mesa. Esta vez con un vaso de agua, que le entregó a Matt. Y este último, lo llevó a mi boca.

—Bebe—ordenó.

Negué. Quité el vaso de mi boca.

—¿Cuánto cuesta este? Si no cuedsta más de 900 dólares, no lo todmaré.

Bien, lo admitía. Estaba demasiado ebria. Tanto que ya mi lengua se estaba enredando cuando hablaba. Mis ojos empezaban a pesar también, veía todo doble. Y con cada minuto que pasaba, se tornaba peor.

—Este es gratis, es el premio por haber bebido tanto—replicó Matt, haciendo un segundo intento por colocar el vaso en mi boca—. Tómatelo todo, te hará sentir mejor.

Puse los ojos en blanco. ¿Y este ahora creía que yo era idiota? Era obvio que con ese líquido quería envenenarme para no tener que aguantarme toda la noche. Bah, ni modo. Tuve que obedecer porque no me quedaba de otra.

Cuando terminé, me quitó el vaso de la boca.

—¿Feliz?—dije.

Matt negó con un movimiento de cabeza, y llevándose una mano a la sien al mismo tiempo que se reía, dijo:

—Esto fue una mala idea.

Un hombre, de unos 35 años, pasó frente a nosotros. No era como que tenía idea quién era, pero me llamó mucho la atención. Se veía como una persona interesante con quién podría conversar. Empezar. Tal vez llevar a cabo un magistral proyecto artístico. Vaya, quizás los cocteles exóticos me habían otorgado un súper poder mutante para visualizar el futuro.

Así que sin pensarlo dos veces, decidí seguirlo.

—¡Emma, espera!—escuché la voz de Matt a mis espaldas. Me agarró del brazo antes de poder seguir en mi persecución—. ¿A dónde vas?

Señalé al hombre misterioso.

—Quiero hacer negocios con ese hombre.

Una de las cejas de Matt se alzó.

—¿Negocios? ¿Al menos sabes quién es él?

Claro que no, ¿por qué rayos sabría quién es él?

Aun así, mi borrachera me hizo asentir con la cabeza. Estaba segura de mí misma, mucho más segura que cuando estaba sobria. Qué loco, ¿no? Tal vez los cocteles exóticos también me habían otorgado un súper poder mutante para tener más seguridad en mí misma.

—¡Claro, Matt, nos conocemos de toda la vida!—exclamé, zafándome de sus brazos.

Él no pudo hacer más nada. Tan solo me siguió, incluso cuando estuve frente a frente con el hombre misterioso, quien me contempló confundido, quizás fastidiado, como esperando que le diera una explicación respecto a por qué irrumpí así en su vida.

—¿No me recuerdas?—cuestioné. Él negó—. ¿Cómo no me recuerdas? Nos conocimos hace dos semanas.

El señor, obviamente, no sabía quién yo era. Negaba con la cabeza en repetidas veces. Matt me agarró la mano, haciendo un vano intento por arrastrarme con él, pero lo aparté de mí.

—¿No estabas en New York hace dos semanas?—insistí.

—No—replicó el hombre cortante.

—¿En Seattle?—jugué con mi suerte.

Alzó una ceja. Y justo cuando creí que había roto la principal regla de oro para sobrevivir a eventos sociales (la de no buscar pleito con nadie), los labios del hombre misterioso se curvaron hacia arriba.

—¡Sí! Estuve en Seattle en una conferencia de negocios.

Sonreí satisfecha.

—Yo estuve ahí también, Henry.

—Roger—corrigió.

—Roger—me reí como estúpida—. Lo siento, me pasé un poco en los tragos. Cuando me paso en tragos, me equivoco en todo.

Me volví hacia Matt. Estaba atónito, pero nunca abandonaba la diversión en su expresión. Yo en su lugar, estaría enormemente fastidiada, pero él parecía disfrutar esta faceta oculta mía.

—Así que, Roger...—manifesté—. ¿Tomamos algo juntos?



Unos diez minutos más tarde, estábamos el susodicho Roger y yo, sentados en la mesa del bar, conversando sobre nuestras patéticas vidas. Terminó contándome cosas tan personales de él, como que su esposa lo acababa de dejar y era profundamente infeliz, sin embargo, tanto sufrimiento lo estaba animando a abrir su propio negocio.

Sentí que debía aprovecharme de tanta vulnerabilidad. Así que, ni corta ni perezosa, comencé a inventar miles de babosadas sobre un nueva oportunidad de negocios, que ni siquiera yo misma sabía qué era.

—...Y tengo esta visión, Roger—dije en medio de las babosadas—. De verdad creo que será un éxito. Es una excelente oportunidad para ti. Quiero decir, si te niegas, pierdes millones, amigo.

Matt se mantenía sentado a mi lado, en silencio. Sostenía su cabeza con una mano, apoyando su codo sobre la mesa. Esperaba pacientemente hasta que finalizáramos la conversación.

—Pero cuéntame más, Emma, ¿de qué trata?

Miré a Matt.

—Mi amor, cuéntale—le dije, pero él frunció el ceño, confundido—. Oh, disculpe, creo que no los he presentado, este es Matt, mi novio—vino a mi cabeza algunas de las palabras del discurso de Joseph—, la idea fue de él, pero yo me he tomado por lo menos un año desarrollando

todo el atractivo concepto para así ofrecer un producto de calidad que será una nueva era de entretenimiento.

De acuerdo, lo admito, me copié totalmente del discurso de Joseph. Y para mi buena suerte, Roger ni siquiera supo de qué le estaba hablando, pero tenía nociones de quién era Matt. Porque digo, estaba en su hotel.

Matt balbuceó. Pero conociéndolo, sabía que no quería tirar abajo mis sueños y esperanzas, así que habló:

—Vamos a... eh... abrir una galería de arte en todos los continentes—dijo—. De hecho, Emma se asoció formalmente hoy con nuestros hoteles y las galerías serán parte de nuestro plan de entretenimiento. Será, eh... un lugar donde todos los artistas puedan, eh... exponer sus obras de arte. Cobraremos comisiones por cada obra que se venda. Haremos eventos y eh... todo eso.

Tanto Roger como yo, contemplamos a Matt, anonadados.

—¡Me encanta el arte!—exclamó Roger—. Es la mayor expresión sentimental del hombre, definitivamente quiero invertir en este proyecto.

Entonces caí en cuenta de lo que estaba sucediendo. Estaba inventando un negocio y un desconocido quería invertir en él. Fue una revelación tan potente que desistí por completo de... ¡Nah! Es broma, estaba tan borracha que ni siquiera le metí mente.

—¡Genial! ¡Haremos millones!—declaré.

—¡No!—me interrumpió Matt. Tratava de salvar nuestros pellejos, porque él sí le metió mente a la farsa—. Eh... quiero decir, tal vez no funcione.

—Pues para mí suena como que funcionará y harán una gran fortuna.

Para mí también sonaba así. ¿Pero qué sabía yo? El licor me había llegado ya al cerebro y dentro de poco me desmayaría, así que no tenía derecho a opinar.

—Bien—accedió Matt. Sacó su cartera y de ella, una tarjeta—. Toma mi tarjeta y llámame mañana, si realmente estás interesado.

Una pequeña parte de mi cerebro —que todavía estaba cuerda— creyó que ese hombre jamás llamaría, porque seguramente estaba pasado en tragos, también. Así que ni siquiera me preocupé por el tema.

—Claro, estaremos en contacto, Matt y Emma.

—¡Por supuesto!—declaré, me levanté de la silla.

Roger hizo lo mismo, para luego mostrarme su mano. La estreché. Sin embargo, justo cuando el tipo se volteó, sentí que el desmayo venía. Me tambaleé con la intención de ir directo al suelo, pero Matt me abrazó antes de que sucediera.

Roger se volteó para darnos el (con esperanza) último adiós.

—Pero qué románticos ustedes—nos dijo, tras fijarse en nuestro abrazo—. Apoyo los negocios entre parejas.

Y así se esfumó de nuestra vista.

—¡Llámanos, Roger!—grité hacia la nada.

Sentí, de pronto, que una fuerza inexplicable volteó mi cuerpo.

—Emma—pronunció Matt. Todavía me tenía abrazada, pero con una mano sostenía mi mentón para que lo mirara directo a los ojos—. ¿Viste lo que acabas de hacer?

Sus oceánicos ojos titilaron. Brillaban tanto que empecé a perderme en ellos. Nunca los había tenido tan cerca y ahora que podía observarlos en detalle, incluso notaba unos pequeños destellos verdes que eran un total hechizo para mí.

—¿Un nuevo... amigo?—pregunté, dudosa.

—Acabas de venderle un negocio que ni siquiera existe a un total desconocido—entre cada palabra, más se acercaba a mí—. Emma, tienes potencial para esto. Si estando ebria logras cerrar tratos así, no me imagino todo lo que podrías hacer estando sobria.

Pero yo no prestaba atención a nada de lo que él decía. A ese punto ya estaba irremediablemente perdida en el hechizo de sus destellos. Eran perfectos, cautivantes. El verde se integraba en gradiente con el azul de una forma tan artística que era mágica.

—Tienes unos hermosos ojos, Matt—solté, sin pensarlo.

No sé si fue que lo agarré fuera de base, o que era casi imposible que un elogio de tal magnitud saliera de mi boca, pero Matt se echó hacia atrás casi que en un impulso nervioso. Soltó mis hombros y me dio la espalda con tanta brevedad, que incluso llegué a sentirme un poco mal.

¿Tan difícil era aceptar un cumplido de parte mía? ¿Tanto así era su rechazo que ni siquiera podía verme tras decírselo?

Vi a Isabella y Joseph en la distancia. Conversaban con alguien que tenía pinta de tener la misma edad de Joseph. Me sentía tan incómoda que pensé lo mejor era abandonar a Matt para ir por ellos.

—¡Oh, Isabella! Iré a saludarla.

Le pasé de largo a Matt, pero para mi sorpresa, él reaccionó.

—Emma, espera—sentí que sostuvo mi mano.

Mi parte consciente, la dolida por el rechazo, hizo que me zafara de él. Así corrí hasta Isabella y Joseph, sin importarme si estaban en medio de una conversación importante.

—Oh, hola ustedes tres—solté como la descarada que soy.

Joseph me lanzó un semblante confundido, igual Isabella, igual el hombre, que por la pinta tan neutral que traía, supuse que se trataba de un cliente.

Matt llegó corriendo.

—¡Hola!—me agarró la mano—. Ya nos íbamos.

¿Y ahora qué le pasaba? ¿Por qué no me dejaba conversar con la gente que quería conversar?

Me solté de su agarre.

—Matt, no seas así, tengo derecho a conocer a todos los invitados—dije, en una fase de seriedad que nadie podría saber cuánto duraría. Extendí mi mano al aparente cliente que se veía muy confundido—. Emma Bennett, señor, mucho gusto.

Matt exhaló fuerte a mi lado. Lo percibía nervioso. ¿Sería que el señor era alguien importante o alguna babosada así? Joseph e Isabella tampoco se veían muy cómodos con mi repentina entrada, pero no decían nada, solo mantenían un duelo de miradas entre ellos.

—¿Es un cliente de los Sinclair?

—Socio, en realidad—replicó y se dirigió a Joseph—. ¿Me puedes decir de qué trata esto, Joseph?

«¡Socio! ¡Mierda! ¡Escapa ya, Emma! ¡Estás arruinando TODO!», me gritó mi parte racional.

—Eh, yo...—balbuceó Joseph.

La disputa entre Isabella y Matt a mis espaldas fue audible:

—¿Qué rayos le hiciste?—cuestionó Isabella.

—Ah, no yo no...—replicó Matt angustiado—. Tal vez bebió de más.

—¡Matthew!

—Pensé que sería divertido para ella probar los cocteles de alrededor del mundo que trajimos hoy.

—¡Esto es un evento social!

—¡Ya lo sé! Fue una mala idea, ¿de acuerdo?—dijo Matt—. Pero

si de algo sirve, Emma no es la única. Jane también ha bebido demasiado. Créeme, ella nunca coquetea así con nadie.

Sentí que debía chismorrear, así que me fijé en Jane en la distancia. Estaba en el fondo, en una de las mesas del bar, haciéndole ojitos a un hombre que le seguía la corriente. Maldición, solo esperaba que no lo llevara a nuestra suite presidencial. Debíamos dormir juntas.

—¿Qué voy a hacer con esta familia?—exclamó Isabella golpeándose la frente con la mano. Sufría en exceso, la conocía bien.

En fin, volvamos a mi escena:

—¡Ah! Entonces están haciendo negocios—dije.

—Estamos por renovar un contrato de hecho, Joseph me estaba contando sobre las novedades que tendrán los hoteles el próximo año y debo decir... está por convencerme.

—¡Pero qué bien!—exclamé. Santa madre de Dios, alguien debía callarme ya—. ¿Qué le parece si yo lo convenzo? Pero le digo, esto jamás falla.

Isabella, Joseph y Matt no sabían ni dónde meter la cara. Literal, así era, porque Isabella parecía esconderse detrás de Joseph.

—Emma, está bien, no es necesario que...—pronunció Matt, nuevamente intentando agarrar mi mano.

Me solté.

—Basta, Matt, ya te dije que yo puedo.

Eché dos pasos hacia atrás. Carraspeé. Cielos, mi garganta se sentía muy seca. Eh... en fin, como iba diciendo, carraspeé. Me preparé. No supe ni qué mierda estaba haciendo, pero así me gustaba.

Y ya, cuando la expectativa reinaba en su máximo nivel, con las cuatro personas contemplándome como esperando que hiciera algo por amor a los dioses de los eventos sociales, empecé a cantar.

Canté la primera estrofa de “Everybody Talks”, mi himno celestial. Moví la cadera al son de la estrofa —que para mí sonaba bien, no sé para el resto—, y bailé. Bailé como si fuese parte del video de la canción. Bailé como si nadie me estuviese viendo. Bailé confirmando lo pasada en tragos que estaba.

Isabella, Matt y Joseph quedaron petrificados. Nunca, en las semanas que tenía viviendo con ellos, los vi tan aterrados.

Seguí entonando el coro de la canción, bailando al son, hasta que...

—Emma, suficiente—dijo Matt.

Tan solo sentí que me abrazó por la cintura para sacarme del cuadro de la conversación. Ahí murió todo. Mi canción, mi baile, mi video musical. Quizás hasta mi derecho a vivir con los Sinclair, porque seguro acababa de arruinar un contrato muy importante para ellos.

—Emma Rosalie Bennett—dijo Isabella, pausadamente, con su tono regañón. La sangre se le subía a las mejillas, la vena de la frente empezó a palpar. Oh no. Estaba furiosa.

Matt soltó una diminuta risa en mi oreja. A Joseph le brillaban los ojos de la diversión. Y el socio... el socio estaba serio, quizás cabreado, pero poco a poco, su boca se fue curvando hacia arriba hasta que terminó por carcajear. ¡Carcajear hasta China!

Rió tan alto, tan fuerte, que nos convertimos en el centro de atención. Aplaudió, se sacudió, se llevó una mano a la barriga. Se estaba gozando genuinamente el momento.

—¡Joseph!—su voz sonó entrecortada—. ¡Joseph Sinclair! ¿Tú planeaste esto? ¿Cómo supiste que es mi canción favorita? ¡Es la canción con la que mi esposa y yo nos conocimos!—se secó las lágrimas—. Ella bailaba exactamente como esta chica en el karaoke y ahí supe que era para mí.

Santos.Dioses.De.Los.Eventos.Sociales.

—En serio, Joseph, si esta es tu manera de convencerme, lo has logrado—siguió hablando—. De hecho, me alegraste tanto la noche que incrementaré el monto del contrato a dos millones de dólares.

¿DOS MILLONES DE... DÓLA...FS...SDGS?

Nadie se lo creía. Ni Isabella —cuya boca caía hasta el suelo—, ni Joseph —que pretendía reírse a la par del socio—, ni Matt —que estaba tan impactado que ni siquiera había dejado de abrazarme—, ni yo —que veía unicornios bailando la canción—.

En medio de la conmoción, Isabella se acercó a Matt y a mí:

—Llévatela... YA—susurró a Matt, aprovechando la distracción—, y por favor ten cuidado con ella. Me entero que te aprovechaste de ella o algo así y tendrás problemas conmigo, ¿entiendes, Matthew Sinclair?

Cielos, hasta yo había sentido miedo de aprovecharme de mí misma.

—Sí, sí...—balbuceó Matt—. Y no, no... jamás le haría algo.

Sin más preámbulo, Matt me cargó en sus brazos. Oía tan bien y el contacto de su piel con la mía era tan mágico que...

«La historia, inepta. Concéntrate», se golpeó la frente mi subconsciente.

Eh, sí.

Salí del salón en los brazos de Matt. Comencé a cantar “Everybody Talks”, porque eso era lo que sentía que quería hacer. Matt volvió a reírse en mi oído, esta vez con más fuerza, más confianza.

—Canta conmigo, Matt—ordené.

Y él obedeció, porque quizás sentía que eso era lo que quería hacer. Entonó conmigo la canción tan mal, que me fascinaron sus gallos.

—Cantas terrible, Matt—dije, entre risas hacia China.

Observé cómo la puerta del ascensor se abría y cómo nos adentrábamos en el interior de éste. El calor me invadió, pero solo se trataba de Matt, que me abrazaba como si mi vida dependiera de ello.

—Pero te gusta—contraatacó.

Sin duda, alguna, Matt. Sin duda alguna.



En la suite, entre lo que fue posible, Matt me llevó a la habitación que compartiría con Jane. Estaba cerrada con llave. Maldijo en silencio y me llevó hasta su habitación, cuya única llave él mantenía consigo.

Una vez en el interior, me sentó sobre la cama con mucho cuidado. Entonces, se agachó, hasta quedar de cuclillas para estar a mi altura.

—¿Cuántos dedos ves?—preguntó, mostrándome su mano.

¿Dedos? ¿Eso qué era? Veía manchas. Manchas cremas.

—¿Dedos? ¿Tienes dedos en las manos? Solo veo algunas hermosas manchas cremas, que serían la base perfecta para una pintura abstracta, como las de Moneneneet, en sus años mozos.

¿Quién rayos era Moneneneet? Oh, bueno.

Matt nunca abandonó su arma mortal del rostro. Bien, eso quería decir que a pesar de las penurias que lo había hecho pasar durante la noche, no estaba enojado conmigo.

—Has bebido demasiado, Emma—se puso de pie. Suspiró—. ¿Qué hago contigo ahora?

Sonreí tímidamente. Le mostré mi dedo índice y lo moví hacia él

como indicándole que se acercara, pues empezaría a susurrar. No sabía ni para qué, en realidad, porque no había más nadie en la habitación.

Y él, como siempre, me siguió la corriente.

Cuando ya lo tenía muy cerca de mí, murmuré:

—Podrías besarme.

Matt negó, confirmando una vez más el rechazo que tanto me dolía.

—No, no te voy a besar así tan ebria. No quiero que te arrepientas luego.

—¡Oh, vamos! No me voy a arrepentir. Bueno sí, pero solo enfrente tuyo, dentro de mí estaré muy contenta.

—¿Contenta? Creo que los cocteles están hablando por ti.

Ardía. El rechazo, quiero decir. Ardía como el demonio en la parte más sentimental de mí. No obstante, la parte más racional se lo agradecía. Porque esa parte sabía que él tenía razón. Sí me arrepentiría luego. Más que nada porque en ese momento no sabía ni lo que estaba pidiendo. Lo único que sabía es que no me avergonzaba de decir lo que realmente sentía.

—Mejor vamos a cambiarte—cambió Matt el tema.

—Uh, ¿me vas a quitar la ropa?—pregunté llena de suspicacia.

—Oh sí—respondió—. Pero solo para cambiarte a algo más cómodo. No sucederá nada indecente entre nosotros hoy, ¿de acuerdo?

Ah, ¿podía existir alguien más lindo y respetuoso que este joven? Hasta un beso debía significar mucho para él si no quería dármelo bajo las circunstancias en las que nos encontrábamos. Cualquier otro hombre pudo aprovecharse de la situación, pero no él. Él quería comportarse a la altura.

—Primero te quitaré los zapatos.

Escondí mis pies debajo de la cama.

—No, no quiero que veas mis pies.

Matt se rió.

—Vamos, estoy seguro que deben ser hermosos—dijo, conmoviéndome. Toda la vergüenza se espantó de mi cuerpo carente de auto-control.

—Bien, quítame los zapatos—accedí levantando ambos pies al mismo tiempo.

Sentí que mis pies impactaron contra algo duro y tan pronto lo hicieron, alguien gritó con profundo dolor.

—¡AH!

Eché un vistazo enfrente. Matt ya no se encontraba en mi campo de visión.

—¿Matt?—cuestioné, confundida.

Miré al suelo y ahí estaba Matt tirado, quejándose. ¡OH NO! ¡LO HABÍA GOLPEADO! Se sostenía la quijada, al tiempo que maldecía con vehemencia.

Alarmada, porque Cielo Santo, pude haberlo matado, caí al suelo, dispuesta a ayudarlo, pero él me detuvo en seco.

—¡No, no! ¡Quédate allá!—gritó, exasperado. Se limpiaba con una mano, la sangre que brotaba de su labio, situación que no pude ignorar en lo absoluto. Se veía horrendo—. ¡Maldita sea, Emma! ¿Qué tienes en ese pie? ¿Un bate de béisbol?

«Tacones caros que tú pagaste, gracias», pensé, pero no se lo dije.

—¿Y cómo demonios podría saberlo?! ¿La gente nace con bates de béisbol en sus piernas?!

—¡Era una pregunta retórica!

—¿Y qué es una pregunta retórica?!

—¡Que no se responden!

Sin querer desafiarlo más, volví a la cama. Matt me siguió. Todavía maldiciendo, sacó los tacones asesinos —que, reitero: él pagó— y los tiró a un lado. Entonces, usando ambos brazos, me puso de pie.

Sentí un mareo, pero al cerrar y abrir mis ojos, se esfumó.

Matt desabotonó el vestido de diseñador no asesino —que también él pagó— y lo removió de mi cuerpo como todo un experto en la materia. No pude evitar atormentarme imaginando a cuántas chicas le hubiese quitado un vestido de la misma manera, pero claro, para llevárselas a la cama con él.

A mí, en cambio, ni siquiera me miró. No tocó, no lujurió, tan solo buscó una camisa de un cajón cercano y me vistió con ella.

Volví a atormentarme con una nueva idea en la cabeza: Yo no era lo suficientemente atractiva para él. Porque si lo fuera, aunque no sintiera nada por mí, hubiese ojeado mi cuerpo. Al fin y al cabo, era hombre. Tenía derecho.

—Ahí tienes, más cómoda—dijo, ubicando mi vestido sobre una silla.

Noté que ya no traía la expresión divertida, ni tampoco el arma

mortal. Mis ojos se dirigieron a su labio, que no dejaba de sangrar. Cielo Santo, sí que le había dado un gran taconazo.

En medio de mi borrachera nocturna, tuve un momento lúcido. O mas bien, un momento con mucha fuerza de voluntad, lo que me llevó a pasar mi dedo sobre el labio de Matt para secarle la sangre.

Una hora atrás, cuando tuve un gesto lindo con él, me había rechazado. Pero ahora, sin entender por qué, me estaba permitiendo que secara su labio.

—Tu labio está sangrando—dije lo obvio.

—Sí, tienes un pie asesino.

Tragué. Mis ojos no decidían hacia donde mirar: si a su labio o al destello verde que titilaba en sus ojos. Ambos eran embrujadores.

Sin embargo, él sí había decidido hacia donde mirar: a mí, solo a mí. Sí, no había duda de ello. Yo, Emma “la borracha” Bennett, era su centro de atención. No me estaba rechazando, al menos no en ese instante.

Sentí su respiración muy cerca. Mis sentidos estaban como locos, no había un punto intermedio. Sentía todo y a la vez nada. Pensaba de todo y a la vez nada. Quería huir y a la vez no.

Y, entonces, decidí hacia donde mirar: su labio, que ya no tenía sangre.

—Déjame ver si...—dije, insegura—. Si puedo sanarlo.

Busqué agallas en mi interior. Sin saber, las tenía a flor de piel, porque me puse de puntillas tan rápido en dirección a Matt, que era imposible dudar de mi valentía.

Estaba segura de lo que quería, pero antes, quise mirar a los oceánicos ojos de Matt, solo para comprobar que realmente estaban bajo mi hechizo. Positivo. Yo era su único objetivo. No iba a rechazarme.

Y así, con todo en mí estremeciéndose, reemplacé mi dedo tembloroso de sus labios, por mis propios labios, que por instinto, hicieron una suave presión.

Un remolino de emociones que jamás podrían ser nombradas, se apoderaron de cada parte de mi tembloroso organismo. Experimenté la máxima expresión de la fuerza electrizante, que se manifestó como miles de mariposas revoloteando en mi estómago. Mariposas que tenía mucho tiempo sin sentir.

Eran electricidad para mis entrañas, gotas de vida. Mariposas deliciosamente aterradoras. Tan placenteras que sentí miedo que me

obligaran a dejar de sentir las.

La inseguridad me invadió. Un sentimiento de no querer volver a ser lastimada. Sentimiento que me llevó a separarme de Matt, profundamente arrepentida de mis acciones.

—Lo siento mucho—pronuncié—. No debí hacer eso.

Pero Matt no se quitó, como lo hubiese hecho en otro momento. Seguía ahí parado, todavía mirándome fijamente.

—No, no debiste—concordó conmigo.

Oh no, aquí venía el escupitajo nervioso.

—La cosa es que...—solté, sin medir el significado mis palabras—. Caí, Matt. Maldición, caí por ti. Caí como caen los aviones: en picada.

Por amor a Dios, Emma, ¿en serio era necesario lo del avión?

—¡Y no entiendo cómo pasó!—exclamé—. Porque, créeme, me esmeré para no caer como avión en picada. Volé lo más alto que pude. Hasta pedí ayuda a la torre de control, pero nadie me socorrió—y seguí excusándome, como la inepta que era—. Ya no puedo hacer nada, ¿entiendes? Me gustas Matt... tienes esa filosofía de ser plenamente feliz y cómo lograrlo con esas estúpidas reglas que me encantan, pero yo no debo, nosotros no debemos...

—Oye, Emma.

Me detuve en seco.

«Es todo, aquí viene el rechazo».

—¿Qué?

Una diminuta sonrisa se dibujó en los labios tan *besables* de Matt.

—Silencio.

Estuve a punto de contraatacarlo, porque borracha y todo, no era justo que me interrumpiera una confesión de esa manera. Pero mi plan no se llevó a cabo, porque lo siguiente que sucedió fue Matt empujándome hacia atrás.

Con la seguridad que lo caracterizaba, me cargó en sus brazos, con mis piernas rodeando su estómago y empujó. Empujó hasta que mi cuerpo quedó sobre el escritorio ubicado a un costado de la cama.

Sentí que mi espalda impactó contra la pared, pero no dolió. Porque lo siguiente que sentí fueron los labios de Matt presionando sobre los míos. Primero suave, luego con fuerza, seguridad, necesidad.

Sí, Matthew Sinclair necesitaba saborear mis labios y lo estaba

confirmando con este beso que estábamos compartiendo. Un beso que empezó siendo tímido, pero con el transcurso de los segundos se volvió intenso, apasionado.

Mis brazos cayeron hasta su cuello, abrazándolo, mientras que sus manos se colaron entre la camisa que él mismo me había puesto minutos antes. Frías como hielo, acariciaban mi espalda, hasta que llegaron al punto de entremezclarse con mi propia temperatura corporal, que era más cálida.

Sus labios junto a los míos se movían con tal sincronía, que llegué a pensar que estábamos destinados a conocernos. A atraernos, gustarnos, besarnos, sentirnos.

Ahí supe que habíamos llegado a nuestro punto de ebullición. Que nuestros cuerpos habían cambiado de estado. Que habíamos alcanzado el 100% de química y que sería imposible volver a un estado inferior.

Diría que todo se detuvo en ese momento, como suelen decir en las terribles novelas de romance, pero ese no fue nuestro caso. Todo cobró vida. Vibró. Se intensificó. Nada deseaba detenerse, todo deseaba que progresáramos.

Las malditas mariposas se alborotaron en mi estómago, y ahora quién podría detenerlas. Permití que la fuerza electrizante se apoderara de mí, porque, Cielos, este galán me estaba correspondiendo.

Y si en un principio tenía miedo de caer en el abismo, ya estaba más abajo del fondo. Quería que el momento durara por siempre, excepto porque... estaba por acabar.

Matt rompió nuestro beso. Respiró aceleradamente sobre mis labios, denotando lo difícil que fue separarse.

—No, no...—me quejé—. No te detengas... por favor...

Pero qué bajo había caído. Rogándole a un chico que no dejara de besarme. ¿Tan desesperada estaba? ¿Ese era el patético efecto que tenía Matt sobre mí? Mal, Emma, muy mal. Si así era como querías evitar que te rompieran el corazón, debías prepararte para fallar.

Matt negó. Jadeante, se apartó tan solo unos cuantos centímetros de mí. Le estaba costando hacerlo, su lenguaje corporal no mentía.

—Me encantas, Emma—murmuró, entrecortado.

Su revelación fue gloria para mis oídos. Para mi corazón, que se estrujaba de tan solo imaginar un rechazo después de aquel mágico beso, que ya había catalogado como el mejor de mi vida.

—Entonces bésame—rogué, también jadeante.

Matt volvió a negar.

—Me encantas—repitió, como si quisiera que lo grabara en mi cabeza—. Me encanta lo espontánea que eres, me encanta la pasión con la que sostienes tus pinceles, me encanta la forma tan peculiar en la que trotas en la mañana. Me encanta cómo brillan tus ojos cuando sonríes... Me encantas, Emma.

Me derretiría. Me derretiría ahí mismo, sobre la mesa, abrazando el estómago de Matt, porque, maldición, nunca nadie se me había confesado de tal manera tan tierna.

—Pero estás ebria y te arrepentirás de esto cuando vuelvas a estar sobria.

Y se apartó. Se apartó tanto que dolió, porque yo ya no encontraría las agallas para tener la iniciativa de besarlo otra vez.

Un mareo me invadió. Bajé la cabeza en un intento vano por desvanecerlo, no obstante, no funcionó. Algo no tan bueno venía.

—Quiero que me digas todo lo que me dijiste cuando estés sobria, ¿crees que puedas hacerlo?

Asentí, pero siendo honesta, ni siquiera yo misma sabía si sería capaz de hacerlo. No quería admitirlo, pero posiblemente cuando volviera a mis cinco sentidos, sería incapaz de abrir mi corazón hacia él de la misma manera.

—Emma, prométeme que intentarás decírmelo.

Asentí por segunda vez, todavía cabizbaja.

—¿Me estás prestando atención?

Sonaba fastidiado. Creo que pensaba que no lo tomaba en serio. Si supiera lo que estaba por venir, saldría huyendo.

Un tsunami de ácidos se desató en mi estómago. Sabía lo que venía y no sería lindo. Oh no, por favor, no enfrente de él. Sería la forma más horrible de arruinar el momento tan mágico que acabábamos de tener.

—Emma, por favor, dime algo.

Bueno, conste que él lo pidió.

—Voy a vomitar.

—Oh no—replicó, alarmado.

Permití que Matt me bajara del escritorio. Todavía cargándome como si fuese peso pluma, me llevó hasta el baño del dormitorio.

«No, por favor, no quiero hacer esto enfrente de él...».

Pero igual no pude evitarlo. Por más que lo intenté, todos los cocteles que me obligué a beber hoy salieron como una pluma directo hacia el excusado que ahora tenía frente a mí.

La cuestión empeoró al percatarme que Matt estaba de rodillas a mi lado, en el baño, sosteniéndome el cabello, viéndome vomitar.

«Trágame excusado, POR FAVOR».

Cuando la escena más vergonzosa de mi vida en presencia del galán con el que pude tener un romance de película terminó, evité a toda costa intercambiar miradas con él. Simplemente agarré un papel para poder secarme el vómito que todavía tenía en la cara y salí corriendo fuera del baño.

Con la vergüenza a flor de piel, me tiré en la cama, dispuesta a llorar. Era todo, me quería morir. Matt jamás me vería igual. Jamás volvería a besarme.

—Emma.

Lo ignoré. Me cubrí con una de las almohadas de la cama. Debía lucir terrible: pálida, deshidratada, despeinada, vomitada. No quería ni imaginarlo.

—Necesito que me prometas que recordarás todo esto y lo hablaremos en la mañana.

Me quité la almohada un instante.

—No quiero recordar que vomité enfrente tuyo.

—Eso no.

—En serio, Matt, ¿cómo pudiste verme vomitando?

Derrotado, Matt exhaló aire.

—¿Podrías olvidarte de eso, por favor?—espetó—. Me refiero a nuestro beso y confesiones. Prométeme que recordarás todo lo que nos dijimos, quiero que lo hablemos en la mañana.

Asentí. Cerré los ojos. Pesaban en gran medida. La fatiga me atacaba, había sido demasiado por una noche.

El colchón de la cama se hundió a mi lado. Era Matt, que se había sentado y ahora, acariciaba suavemente mi espalda. Entonces, removió la almohada de mi rostro para contemplarme con ternura.

Mierda, ¿cómo podías mirar a alguien así luego de haberlo visto vomitando? Lo dije una vez y vuelvo a decirlo: este hombre estaba chiflado.

—Fue un buen beso—me dijo.

Evité sonreír. Quién sabe cómo tendría los dientes. Nada que ver.

—Lo fue—concordé—. Sabes... tengo cuatro años preguntándome por qué mi ex-patán me dejó y...

Matt soltó una risotada, interrumpiendo mi historia.

—¿«Ex-patán»? ¿Así le llamas?

—No te atrevas a interrumpirme cuando estoy contándote cómo me siento.

—Lo siento, linda, pero debes admitir que es muy gracioso—carraspeó—. Prosigue, por favor.

Di un hondo respiro.

—Y ahora entiendo que es porque la vida es justa después de todo: te quita cosas que no sirven para darte algunas que sí funcionan.

—¿Como qué cosas?

Él sabía a qué me refería, pero igual quería se lo dijera. Se estaba aprovechando de mí después de todo, pero no de una mala manera. Deseaba disfrutar de mi honestidad por lo menos un rato más, antes de que yo desfalleciera ante el cansancio.

—Tus *waffles*...—respondí. Volvió a reírse. Vaya, amaba su risa—. Tu filosofía de ser feliz y... y a ti. ¡Y ese beso! ¿Sentiste esa fuerza electrizante cuando me besaste?

Me deleité con sus destellos verdes. La luz de la lámpara de noche los acentuaba cada vez que él sonreía.

—Por supuesto que lo sentí.

—¿Te has enamorado alguna vez, Matt?

Se lo pensó un minuto antes de responder.

—No, supongo que aún no.

—¿Cómo que «supones»? Uno no supone enamorarse o no.

—Bueno, he salido con muchas chicas—explicó—. Pero con ninguna llegué a la fase de enamoramiento, así que no pasamos de un par de citas. Supongo que en todas esas ocasiones yo quedé como el ex-patán.

Negué.

—Tú nunca serás un ex-patán. A menos que le hayas escrito tus sentimientos en una servilleta a alguna.

Matt carcajeó tan alto que me contagió de su buen humor. El ambiente era ameno, solo él y yo teniendo una conversación sobre vómitos, desamores, sentimientos ocultos, entre otras cosas que solo

hablas cuando has llegado al punto de ebullición con alguien.

—No, no hubo ninguna servilleta—replicó, recobrando la compostura—. Tienes razón, a veces es necesario renunciar a ciertas cosas para poder conseguir mejores. Pero por favor, Emma, ¿podríamos hablar de esto en la mañana cuando estés sobria?

Parpadeé pesadamente. Finalmente estaba desfalleciendo.

—De acuerdo—dije con dificultad—. Pero respóndeme una última duda que tengo.

—Lo que sea.

—¿Cuál sería tu pareja ideal?

Mis párpados se sellaron. Lo único que percibía era la voz de Matt, que se desvanecía progresivamente en la medida que el sueño me ganaba la batalla.

—¿Pareja ideal?—respondió, dudoso—. No existe tal cosa, Emma. Así no es como funciona el amor, ni las relaciones. Debemos buscar alguien que nos complemente, que sirva como esa mitad que carecemos. O al menos eso es lo que yo busco, alguien que me complemente.

Mi mente, labios, cuerpo me abandonaban. Todo se apagaba en mí. No obstante, eso no impidió que mi corazón respondiera:

—Yo puedo complementarte.

En definitiva olvidaría muchas cosas de la noche. Olvidaría los nombres de los cocteles exóticos que me bebí como juguito de niño, olvidaría a Roger y la historia de por qué la esposa lo dejó, olvidaría el baile indecente al socio de Joseph, e incluso, en el peor de los casos, olvidaría mi primer beso con Matt.

Pero había una cosa que jamás olvidaría. Y eso fue la respuesta de Matt, que tampoco provino de sus labios, ni de su mente, sino de su corazón:

—Lo sé, amor. Lo sé muy bien.

12

La zona del amigo

Abrí mis ojos porque un rayo de luz muy refulgente y caluroso me abrasaba cada poro de mi delicado rostro. Entiéndase: el Sol de la mañana me quemaba la cara.

Me costó abrirlos. Pesaban más de lo que nunca habían pesado en mi vida. O al menos eso parecía para mí en aquel instante.

Una jaqueca muy intensa empezó a envolver todo mi cerebro haciéndome tener la sensación de que algo no estaba bien conmigo. Con mi cuerpo. Con mi organismo entero, especialmente mi estómago. Estaba tan revuelto que no me sorprendía que pronto vomitara de nuevo.

Aún así, no era mi cabeza ni estómago lo que más me incomodaba. Era la sensación de no recordar casi nada de lo que hice anoche. Era como si tuviera un gran bache en mi cabeza que iniciaba desde el momento en que terminó la cena con Isabella, Joseph, Jane y Matt. De ahí en adelante, todo estaba negro.

También me moría de calor. La sábana que me recubría empezaba a asfixiar. Así que la removí, lo que me permitió contemplar mi cuerpo. Solo tenía una camisa blanca puesta, que por cierto, me quedaba gigante, lo que quería decir que la camisa no era mía. Peor aún, parecía de un hombre.

«Oh no...».

Alarmada, me levanté de un tirón hasta quedar sentada sobre la cama. Con la cabeza y estómago dando vueltas, eché un vistazo a la habitación: cama con sábanas revueltas, decoración con colores cálidos, maleta negra de hacer ejercicio sobre un armario, computadora portátil sobre el mismo armario, saco negro sobre una silla al lado del armario, zapatos de tacones tirados en el suelo, zapatillas de trotar al lado de los tacones, mi vestido de diseñador sobre una silla a mi lado.

Mmmm... ¿a quién conocía que tenía una maleta negra de hacer ejercicio, trotaba con esas zapatillas, usaba una portátil y pudo haber usado un saco de gala alguna vez? ¿Alguna vez como en... un... evento... social...?

De nuevo: maleta de hacer ejercicio, zapatillas de trotar,

computadora portátil, saco de gala.

M

A

T.

T.

Matt.

MATT.

Abrí mucho los ojos al tiempo que mi boca cayó a la cama. ¡Dios! ¿Qué había sucedido anoche? ¿Había estado con él de la forma que yo pensaba?

«Tranquila, Emma, quizás no es lo que crees».

¿NO ERA LO QUE YO CREÍA? ¡Amanecí en la habitación de Matt, con una camisa suya puesta y mi ropa estaba tirada por doquier! ¡Debía ser lo que yo creía y mucho más! ¡Lo habíamos hecho! ¡Y de una forma salvaje que no quería ni imaginarme!

«Aunque, quizás, podría imaginarlo un poquito...».

Auto-cachetada mental.

Inhalé. Exhalé. Inhalé. Exhalé. El maldito aire no llegaba a mis pulmones, estaban taponados con humo de terror. Esto no podía haber sucedido, no con Matt. ¡No pude haber arruinado las cosas así! ¡Me había esmerado demasiado en ello!

Tragué y... ¡Demonios, hasta mi saliva me sabía a fallo!

Pisé el suelo (duh, ni modo que pisaría el cielo). El mareo volvió, los ácidos del estómago se subieron a mi garganta. Pero al estabilizarme, caminé hasta la puerta de la habitación y la abrí solo un poco.

Unas vagas voces resonaron.

—¿Te divertiste anoche?

Joseph. Su voz madura y sexy era inconfundible. ¿Con quién conversaría? ¿Isabella? ¡Mierda, Isabella! No podría enterarse de esto jamás, me desheredaría. Si es que pretendía heredarme algo algún día, claro.

—Sí, terminó muy bien.

Matt.

REPITO: ERA MATT CON QUIEN CONVERSABA.

¡Santo Cielo! Si Joseph y Matt hablaban sobre «diversión», y sobre la «noche», y sobre que todo había «terminado bien» eso quería decir que... ¡Lo había hecho con Matt y Joseph! Era la única explicación

coherente para que hubiese amanecido con la ropa de Matt y que ellos dos conversaran tan plácidamente.

Decidí salir del cuarto. Debía interrumpir aquella conversación a como de lugar y saber qué había pasado. No podía haberme involucrado de *esa manera* con esta familia. No. No, porque eso me convertiría en Emma “la borracha rompe hogares” Bennett y yo no quería ser llamada Emma “la borracha rompe hogares” Bennett.

Salí impulsivamente y justo cuando lo hice, me tropecé con un mueble de madera que tenía un jarrón de cristal encima ocasionando que se cayera al suelo y se rompiera en mil pedazos.

«Buen trabajo, Emma, ahora sí pueden llamarte “la rompe hogares”. Te funciona en todos los sentidos».

Tras el sonoro accidente, las miradas de Joseph y Matt cayeron encima mío. Los dos hermanos se encontraban sentados uno al lado del otro en el sofá de la sala, Matt con una taza en la mano.

Sonreí nerviosa.

—¿Eso no costaba una fortuna o sí?

Diría que lo más incómodo de la situación había sido el accidente del jarrón, pero mentiría. Lo más incómodo fueron los azules ojos de Joseph *escaneándome* de arriba abajo, tras percatarse que traía puesta la ropa de su hermano.

Y cuando el *scan* de Joseph hacia mí terminó, sus azules ojos divisaron a Matt, quien, sonriendo con suspicacia, se llevó la taza a la boca para luego apartar la vista, como tratando de esquivar el momento tan incómodo que estábamos viviendo.

Joseph, copiando la sonrisa de Matt, se puso de pie.

—Me alegra que se hayan divertido anoche—proclamó, confirmando que había malinterpretado todo, al tiempo que se mordía el labio. Quizás para evitar reírse en nuestra cara.

¡Pero qué desgraciado! ¡Encima tenía el descaro de felicitarnos! ¿Y tú qué? ¿No fuiste parte de esto o qué? ¡Acepta las consecuencias de tus errores!

—Iré a ver si mi prometida se despertó.

Sí, esperaba que le contaras todo a tu prometida y te dejara por haberte aprovechado de tu pobre hermano menor y Emma “la borracha rompe hogares” Bennett.

Joseph se levantó de su asiento y caminó en dirección a mí. Creí

que moriría de la vergüenza, pero gracias a que la rabia me consumía pude mantenerme firme en mi posición. Posó su mano en mi hombro y me sonrió con plena felicidad.

—Gracias por lo de anoche, Emma—dijo, guiñando un ojo.

«Te. voy. a. matar. violador. de. menores».

Finalizó dirigiéndose a su dormitorio, al cual entró y cerró la puerta.

Yo, en cambio, me fijé en Matt. Con una mano bebía de su taza de lo más tranquilo, como si el mundo no se fuera a acabar jamás, mientras que con la otra, daba pequeños golpecitos al sofá en señal que fuera a sentarme a su lado.

Lo dudé. No sabía si quería sentarme al lado de alguien con quien había tenido una noche salvaje. Mucho menos si la salvajada había sido compartida con su hermano mayor que estaba comprometido con mi mejor amiga.

Pero igual lo hice. Seguí por toda la sala, hasta quedar sentada a su lado, completamente silenciada. Me sentía fatal, incómoda. Miraba a todas partes con tal de no mirarlo a él.

—Está bien, Emma, puedes preguntar—dijo Matt en plena serenidad.

¡Gracias a Dios! Necesitaba saberlo todo, así que me acerqué a él para susurrar:

—¿Acaso tú y yo... lo hicimos anoche... con Joseph?

Matt escupió el café que se estaba tomando. La carcajada a China fue inminente. La soltó, así sin más, sin importarle que alguien pudiera escucharlo. Ese chico sí que disfrutaba reírse. REÍRSE DE MÍ.

Me hirvió la sangre. ¿Acaso creía que esto era gracioso? Si fuese gracioso, yo también me estaría riendo. Noticias para ti, Matt: Yo NO me estaba riendo.

—¿Tú qué crees?—replicó él divertido.

Le golpeé el hombro.

—¡Ustedes dos se ven muy complacidos!—exclamé—. ¿Y qué fue eso de Joseph agradeciéndome? ¿Qué hice, Matt? ¿Soy tan buena así en...?

Matt, espantado, me tapó la boca con una mano antes de que pudiera terminar mi frase sucia. Cuando se cercioró que ya no hablaría más, quitó su mano, se levantó de su puesto y salió del espacio de nuestra

conversación. Al volver, traía consigo otra taza que me entregó.

Disfruté del delicioso aroma a café que emanaba de ella al tiempo que Matt volvía a sentarse a mi lado.

—No lo hicimos anoche, Emma—confesó—. Y no, definitivamente Joseph no estuvo involucrado.

Solté un inmenso suspiro de alivio.

—Pero...—dijo.

«Pero». Siempre existía un maldito «pero».

—Sí sucedió algo entre nosotros anoche y por el gesto de confusión que traes, me doy cuenta que, por desgracia, no te acuerdas.

Entré en pánico. Obvio, algo debió suceder para que yo trajera su camisa puesta. Digo, debía ser de él, ¿sino de quién más?

Ahora, la pregunta real era: ¿estaba lista para conocer la verdad? ¿Para enterarme cómo se habían arruinado las cosas entre nosotros?

Bah, no podía ser tan malo.

—Imagino que... me contarás qué pasó—solté.

Mientras Matt se pensaba su respuesta, bebí un gran sorbo del café. La jaqueca disminuyó casi instantáneamente. Vaya, ¿qué le había puesto Matt a eso? ¿Polvo de hada? Era mágico para aliviar el dolor.

—¿Segura que quieres saberlo?

—¿Parezco insegura, Matt? Por supuesto que quiero saberlo.

—Conste que pregunté.

Colocó la taza sobre la mesa. Se había terminado su café. Fijó su mirada en la mía durante unos cuantos segundos, denotando que yo era su centro de atención, para luego soltar la mierda de anoche como si fuese la cosa más normal de este mundo:

—Anoche me besaste y me confesaste que estabas caída conmigo. Y sí, en ese orden—contó—. Después empezaste a hablar de aviones cayendo en picada, una torre de control, tú pidiendo auxilio...

Quedé en total shock. Osea, literal, mi cuerpo estaba tan petrificado que ni siquiera parpadeaba. Estaba atónita, pasmada, estupefacta... todas funcionaban y si había otro sinónimo para mi descripción, agradecía incluirlo.

Matt anticipó que podría dejar caer la taza de café, así que la removió de mi mano, que mantuvo la misma forma redonda de la taza, incluso cuando ésta ya no estaba ahí.

Después de colocar la taza sobre la mesa, entrecruzó ambas manos

y decidió tan solo observarme paciente hasta que yo reaccionara. Pero no parecía que mi cuerpo reaccionaría pronto. Ni un solo maldito estímulo llegaba a mi cerebro inerte ante la noticia.

Pasaron unos cuantos segundos. Segundos en los que pude cerrar la boca, recobrar la forma original de mi mano, procesar detenidamente la noticia, saborear el terror en su más pura expresión.

Y cuando esa fase terminó, pronuncié (corrijo: grité) una única pregunta:

—¿Y tú me besaste de regreso?!

Matt me atacó con su arma mortal.

—¿Qué más podía hacer?

—¡Matt!

—¿Qué? ¿Estuvo mal?—se hizo el idiota—. Yo lo disfruté mucho, tienes unos labios espectaculares, Emma.

Mis mejillas se calentaron. ¿Y este qué se creía ahora? ¿Quién le había dado permiso para elogiar mis labios a diestra y siniestra cuando yo ni siquiera recordaba el dichoso beso? No, eso no se lo permitiría.

Hice un esfuerzo por recobrar la memoria, pero no llegaron muchas imágenes a mi cerebro, solo algunas de mí bebiendo los cocteles como si fuera jugo, una escena de un hombre contándome cómo su esposa lo dejó, yo bebiendo, yo cantando en un ascensor, yo bebiendo más.

Vaya, bebí así, ¿y pensaba que eso podía salir bien?

¡Maldición! ¿Cómo no recordaba haberme besado con este tremendo galán? ¡Debió quedarse grabado en mi mente de por vida!

—¡Matt, tú y yo no nos gustamos!

—No necesitamos gustarnos para besarnos, ¿sabes?

—Estoy casi segura que eso solo lo hacen las personas que se gustan.

—Y yo estoy casi seguro que si intentaras recordarlo, entenderías por qué lo hiciste si supuestamente no te gusto.

Odiaba a Matt en aquel momento, pero podía tener razón.

Seguí rebuscando en mi mente: cocteles de todos los colores, joyas en el fondo de las copas, la deliciosa cena con Joseph, Isabella, Jane y Matt, una conversación con un desconocido, Matt cargándome porque yo no podía con mi vida, Matt cantando conmigo en el ascensor, Matt llevándome a una habitación.

«Vamos, Emma, un poco más. Indaga solo un poco más».

Matt cambiándome de ropa, pero no lujurando mi cuerpo. Yo dolida tras él no haber lujurado mi cuerpo. Matt diciéndome que «le encanto». Matt acariciándome la espalda. Matt desvaneciéndose ante mis ojos.

«Espera, espera, echa hacia atrás».

«REBOBINA TUS RECUERDOS, INEPTA».

Matt diciéndome que «le encanto». Yo abrazando con mis piernas el estómago de Matt. Matt... EMPUJÁNDOME. YO CONTRA LA PARED. MATT MIRÁNDOME COMO UN DELICIOSO CAMELO.

Y ahí estaba: Matt besándome. Saboreando mi boca como si fuese lo más delicioso que había probado jamás. Colando su mano a través de la camisa que traía puesta para tocarme la espalda, acariciarme, sentirme. Yo disfrutándolo, necesítándolo con desesperación, rogándole que no se separara de mí.

Todo volvió de golpe: las sensaciones, aromas, sabores. La delicia que era tenerlo a mi merced, sentir que estábamos destinados a estar juntos.

Oh, ese había sido un buen beso. No creo que mi ex-patán hubiese podido besarme así jamás. Y es que independiente de lo que diga la gente, lo de que todo el mundo puede aprender a besar bien, yo no creía lo mismo. Para mí era un asunto de química entre las personas. Matt y yo teníamos demasiada química. Punto.

Aun así, con química y todo, nada de esto debió suceder. Él y yo manteníamos un trato, eso era todo. Ni siquiera esperaba una amistad de su parte, mucho menos un romance. Esa era la regla principal aquí. No podíamos romperla.

—No, nada de nada—fingí, con dolor, no recordar nada—. No recuerdo nada. Nada de nada viene a mi mente.

Todo menos perder mi integridad. Mi paz mental. Matt quizás no lo vería de la misma manera que yo, pero estaba protegiéndonos de vivir algo indeseado cuando enfrentáramos la realidad.

Matt asintió. Se veía tan despreocupado del asunto.

—Ya recordarás. Te lo aseguro.

Pero yo necesitaba cambiar el tema:

—¿Qué más hice anoche?

Sonrió de medio lado.

—Le cantaste “Everybody Talks” a uno de nuestros socios.

—¿Qué?!

—Pero no te preocupes—me calmó—. Se lo tomó muy bien, hasta le dijo a mi hermano que si ese era su método para convencerlo de cerrar el contrato, pues que lo había logrado. Hiciste que cerráramos un contrato de dos millones de dólares para este año.

«Y aún así, yo sigo siendo pobre».

—Por eso Joseph me agradeció—dije.

—Así es.

Exhalé profundamente. Debía relajarme. Habían sido dos noticias demasiado impactantes y estaba segura que la cosa todavía no terminaba. Seguro había más.

La culpa empezó a atormentarme, pero no quería que se apoderara de mí. Está bien, Matt y yo nos besamos. Fue bueno. Muy bueno. Adicional, ayudé a los Sinclair a cerrar un contrato de dos millones de dólares.

¿Por qué no me sentía bien? ¿Por qué no me sentía feliz?

«Porque eres una borracha», regañó mi malévolosubconsciente. Sí, era una borracha y por tu culpa me había dejado llevar por la locura.

Matt se percató que yo no me encontraba muy bien. En signo de consuelo, posó su mano sobre la mía, apretándola levemente.

—Fue un muy buen beso, Emma—confesó—. El mejor de toda mi vida.

El mío también, pero era demasiado orgullosa para decírselo.

—Nos dijimos muchas cosas—prosiguió—. Hasta hablaste de una fuerza electrizante que sentiste cuando nos besábamos. Fue realmente bueno.

Necesitaba detenerlo. Era cruel, pero había llegado la hora. Hora de cortarles cualquier esperanza que pude haberle dado en medio de mi borrachera nocturna. Hora de recurrir a lo extremo. Hora de ponerlo en *ese* lugar del que solo unos pocos valientes logran salir: la zona del amigo.

—Matt—lo interrumpí—. Estaba ebria... por favor no quiero que confundas las cosas. Lamento lo que pude haberte dicho o hecho, pero cualquier cosa que haya sido, no significó nada, ¿de acuerdo?

Matt suspiró, mas no cambió su semblante divertido. Me conocía bien, sabía que haría lo que fuera por evitar que «esto» sucediera.

Era irónico. A mí me dolía que él me rechazara, pero justo cuando

confirmaba que él quería hacer todo menos rechazarme, yo cambiaba de opinión.

Mujeres.

—No he confundido nada—replicó antes de que yo prosiguiera con mi discurso de «te estoy poniendo en la zona del amigo»—. Querías saber qué pasó y te estoy contando. Solo es eso.

—Genial—me encogí de hombros—. Entonces hagamos como que nada pasó y sigamos siendo los mismos buenos amigos de siempre, ¿sí?

«Patética». Esa era la palabra que mejor te definía, Emma: «Patética».

«Concuerdo», opinó mi subconsciente. No pude contraatacarle de ninguna manera, no tenía escrúpulos para hacerlo.

Matt abandonó su asiento a mi lado para dirigirse a su habitación, pero justo antes de entrar, se detuvo. Demonios, ¿estaría fastidiado?

—No estoy de acuerdo—reveló—. Pero si es lo que quieres que hagamos, no me queda de otra. Total, no estoy interesado en salir con alguien que no aprecia un buen beso.

AUCH.

Pretendió entrar, pero antes de hacerlo, se volteó hacia mí.

—Ah, y solo para que sepas—enunció—. Está científicamente comprobado que los borrachos siempre dicen la verdad, porque el alcohol desinhibe el cerebro de los humanos. Así que de todo corazón, Bennett, espero que no te estés enamorando de mí.

Y cerró la puerta en mi cara.

¡JA! ¿Así que esas nos traíamos? ¿Yo lo rechazaba y él se lo tomaba bien? ¡Por favor! ¡Ni que fuera el hombre más deseable de la faz de la tierra! ¡Qué ego el de este chico! ¡Argh!

Ardiendo en ira, me levanté también del sofá. Apreté los puños. No se lo iba a permitir. No señor, Emma “la borracha rompe hogares” Bennett carecía de un sinfín de cosas, pero no de integridad. Así que corrí hasta la puerta y la golpeé con fuerza.

—¡¿AH SÍ?!—grité—. ¡Pues yo tampoco estoy interesada en salir con alguien que tiene más ego que cerebro!

Di un segundo golpe. Estaba muy fastidiada.

—¡Y para que quede claro: NO me estoy enamorando de ti!

Pataleando como una chiquilla de cinco años, abandoné la puerta. Para mi sorpresa, al voltearme, me encontré con Isabella. Se mantenía

cruzada de brazos en la puerta de su habitación, mirándome, con una ceja arqueada.

Asustada por su repentina aparición, me tumbé de espaldas contra la puerta del dormitorio de Matt. Sí, como si eso me fuese a salvar.

—Eres de lo peor, Emma—espetó ella. Sus ojos me examinaron de arriba abajo—. Un segundo, ¿esa camisa es de Matt?

Me agarró desprevenida. Balbuceé, en busca de una excusa creíble, pero como era costumbre en mí, nada cuerdo vino a mi mente. Ni cuerdo, ni tonto, ni lógico. Nada llegó.

—Oh, Emma—se adelantó Isabella—. Sabes que te sermonearía en este momento, pero me estoy muriendo de hambre. Así que te voy a pedir que, por favor, te quites la camisa de Matt, te bañes y bajemos a desayunar en familia.

Terminó con una sonrisita malvada, como era su costumbre cuando soltaba un comentario pícaro respecto a Matt y a mí. Y se largó a su habitación, siendo la segunda en darme un portazo de gratis en la cara esa mañana.

Pero eso no fue lo más triste de la historia. Lo más triste fue escuchar las risas de Isabella y Joseph que provenían del interior de su habitación. Esa pareja era de lo peor, ni siquiera se esmeraban en ocultar su burla hacia mí.

Gruñí. Esta familia de locos me sacaría de quicio.

«No, tú ya estabas fuera de quicio desde antes», volvió a opinar mi estúpido subconsciente. Bah, tenía razón.

Estaba por tener uno de esos momentos clichés donde la protagonista de la historia se auto-consuela a sí misma y se promete que nada de lo que le hagan los demás interferirá con sus sueños y esperanzas, cuando de pronto, la puerta en la que tenía todo mi peso comprometido se abrió.

La gravedad me arrebató mi estabilidad. Caí como estúpida de espaldas hacia el suelo de la habitación de Matt.

—¡MIERDA!—me quejé del golpe una vez estaba en el suelo.

En ángulo contrapicado, se reflejó Matt con el teléfono móvil en la mano.

—Olvidé decir que tampoco estoy interesado en salir con alguien con un vocabulario tan indecente.

—¡YO NO ESTOY INTERESADA EN SALIR CON ALGUIEN

QUE ME ABRE LA PUERTA DE LA NADA Y DEJA CAER DE CULO!

—Oh, bueno, qué bien que estemos en sintonía.

¡Maldito Matthew Sinclair! ¿Cómo podía actuar tan desinteresado?
¿Acaso yo era la única ardida por lo que estaba sucediendo?

Matt ni siquiera se esmeró en ayudarme a levantar de mi caída dramática. Disfrutaba verme humillada. Desde su ángulo, me entregó su teléfono móvil.

—Es Roger. Quiere hablar contigo.

—¿Quién demonios es Roger?!

—El hombre que quiere invertir el capital inicial para tu galería de arte.

—¿Qué galería de arte?!

—La que inventaste ayer mientras estabas ebria y se la vendiste a un total extraño.

Roger, galería de arte, yo vendiendo algo. Nada de esas tres cosas concordaban conmigo. No puedo creer que diré esto, pero Cielo Santo, mi papá tenía razón. No debía beber jamás.

—Está muy interesado, Emma, no lo rechaces como a mí.

Dicho eso y entregado el móvil, Matt desapareció de mi campo de visión. Puse el altavoz, ya que ni por más que quisiera, me podía levantar. Mi trasero dolía como el demonio. Solo esperaba que no se hubiera roto.

—¿Hola?—dije.

—*¡Hola Emma!*—resonó una voz gruesa en todo el dormitorio.

—Hola Rodrigo, ¿qué hay?

—Roger—escuché la voz de Matt que me corregía en la distancia.

—Roger—corregí—. Roger.

—*Emma, qué placer oírte. No sabes la inspiración que me diste anoche. Necesitamos reunirnos, ¿hasta cuándo estarás en Palm Springs?*

¿Sería verdad esto del loco que quería invertir en una galería de arte que yo me había inventado? ¿O sería que Matt me estaría tomando el pelo? Tal vez era su venganza o algo así hacia mí, pero por mi bienestar, decidí seguir el juego.

—Eh, no estoy segura, creo que hasta mañana. Mi *manager* te estará llamando para coordinar la cita, ¿de acuerdo?

—*De acuerdo. No sabes lo emocionado que estoy de invertir en*

“«*Emm's*».

«*Emm's*». Eso sí no lo vi venir.

—¿«*Emm's*»?—cuestioné confundida.

—Sí. *Matthew me contó que ese es el nombre que quieres ponerle a la galería. ¡Me parece un nombre hermoso! ¡No le ofrezcas esta galería a otro! ¡Es mía!*

¿«*Emm's*»? ¿En serio? Matthew Sinclair debía ser dueño de un montón de negocios serios, de renombre, credibilidad. ¿Y ese fue el mejor nombre que se le ocurrió para una galería de arte ficticia?

—¡Claro! ¡Toda tuya!—pretendí reír—. Adiós, Roger—carraspeé—. Sí, yo también te admiro Roger.

La llamada finalizó, así como mi deseo de seguir viviendo. Entretanto, Matt volvió a aparecer en mi ángulo de visión contrapicado.

—¿«*Emm's*»? ¿Es en serio?—cuestioné.

Me atacó con su arma mortal.

—Me pareció muy adorable.

Antes que pudiese seguir protestando, se escucharon unos golpes en la puerta seguidos de una vocecita femenina mandona:

—*¡Emma, Matt!*—duh, era Isabella— *¡Dejen de romancear y alístense si no quieren quedarse sin desayuno! ¡Los esperaremos abajo en el restaurante principal! ¡No demoren mucho, porfis!*

Suspiré. Está bien, me lo merecía. Me merecía que me dijera que estaba romanceando y más. Me lo merecía porque, en una sola noche, abusé de las bebidas exóticas, hice negocios turbios, le bailé a un socio importante del mayor de los Sinclair, me besé con el menor de los Sinclair, amanecí con su ropa puesta y por si fuera poco, lo puse en la zona del amigo.

Buen trabajo, Emma.



Tal como la futura Sinclair advirtió, ella, Joseph y Jane se adelantaron para el desayuno. Lograron alistarse mucho más rápido de lo que yo lo hice y salieron de la suite apresurados para llegar temprano al restaurante principal.

Y ahora yo, por mi lentitud —y ATCHÚtrasero-rotoATCHÚ— me encontraba viviendo otro momento incómodo con Matt en el ascensor

mientras descendíamos a la planta baja.

Mis ojos estaban clavados en la pantalla digital que mostraba en tiempo real los pisos que íbamos descendiendo. Esa porquería cambiaba de número a paso de tortuga. O quizás era solo yo, que estaba tan incómoda con Matt a mi lado, que sentía el tiempo no avanzaba en lo absoluto.

Pero, igual, ósea, no podía creer que habíamos tenido que parar en *cada uno* de los pisos, porque justo hoy, el día después que me beso con Matthew Sinclair y quiero huir de mi destino, había una persona en *cada* piso que decidió tomar el ascensor. Quiero decir, ¿cómo eso era posible? ¡Recién hoy el hotel había abierto al público! ¿Cómo podía haber tanta gente hospedada en este lugar?

Empecé a sentirme ansiosa. Lo supe porque mi pierna derecha tenía un impulso incontrolable de moverse. Vibraba por sí sola en su lugar, como si mínimo padeciese un trastorno nervioso. Los que estaban en el ascensor lo notaron. Los que entraban nuevos al ascensor lo notaron. Matt lo notó.

—Emma, ¿te encuentras bien?

—Estoy perfecta, gracias.

Pero no lo estaba. Y Matt lo sabía. Sabía que no quería hablarle. Que prefería evadir todo lo que pudiera pasar entre nosotros, porque era lo mejor para no lastimarnos mutuamente, especialmente ahora que me encontraba tan vulnerable después de aquel intenso beso.

Por eso, luego que me preguntara si me encontraba bien —teniendo claro que no lo estaba—, volvimos al tortuoso silencio. Así pasamos por lo menos diez pisos y lamentablemente nos faltaban diez más por descender.

De pronto, en medio del silencio, sentí el aroma de Matt casi encima mío. Me invadió una electricidad cuando me percaté que su boca tocaba mi oído.

Lo siguiente lo susurró tan bajo que nadie más pudo oírlo:

—Te ves hermosa hoy, Emma.

Lo miré petrificada. Seguido, reí con sarcasmo al tiempo que negaba con la cabeza. Sabía a la perfección lo que se traía. NO me conquistarías, Sinclair.

—Tienes que estar bromeando—repliqué.

—No, en verdad creo que te ves preciosa hoy.

—Oh por Dios, Matt, me estás diciendo cumplidos.

Alcé tanto la voz que todas las miradas de los presentes en el ascensor cayeron sobre nosotros. Pretendí que no me importaba.

—¿Qué tiene de malo eso?—cuestionó Matt algo fastidiado.

Sonreí mordazmente.

—Nos besamos anoche y ahora me estás diciendo cumplidos. Claramente quieres algo de mí.

Una señora en el fondo del ascensor gimió, pero apartó la vista cuando me fijé en ella. Oh, seguro se estaba imaginando el novelón del beso en su cabeza.

Cielos, de verdad no debíamos discutir nada de esto enfrente de estos extraños. Aún así, Matt confirmó su desinterés por lo que pensarán los demás al espetar:

—Emma, solo te estoy diciendo que te ves hermosa hoy, ¿qué tanto puedo querer a cambio de eso?

—No sé, ¿una maldita relación?

Oh no, se avecinaba nuestra primera pelea. Y sería enfrente de todo este montón de extraños con los que compartíamos el ascensor.

La señora novelera me tocó la espalda.

—Disculpe, señorita, presioné el botón que no era, ¿podría...?

La ignoré por completo. Igual Matt. Nuestra discusión cobraba fuerza.

—¿Cómo rayos «te ves hermosa hoy» significa «quiero una relación contigo»?

La señora volvió a tocarme la espalda con más rudeza. No pretendía ser grosera con ella, pero debía darse cuenta que estaba en medio de algo muy importante como lo era ganarle una discusión a Matt. Así que volví a ignorarla.

—¡No sé, Matt! ¡Esas son las indirectas que ustedes, los hombres, usan para tratar de conquistarnos!—grité, alimentando la novela que todos en el ascensor debían imaginar—. ¡No va a funcionar conmigo!

—¿Conquistar? Creí haberte dejado claro que no tengo interés en ti.

—Sí, pero sé que solo lo dices porque te puse en la zona del amigo.

—¿La zona del qué?

—¡La zona del amigo! ¡De la que solo unos pocos valientes

pueden salir!

Matt se llevó la palma de su mano a la frente, en signo de exasperación. Yo, mientras tanto, me desesperé porque parecía que un taladro me hacía un hoyo en la espalda. Era la señora novelera que no desistía de tocarme.

—¡Señorita!

Me giré sobresaltada.

—¿QUÉ?!

Tan pronto grité, me sentí mal. Ella no tenía la culpa de la fase tan complicada que Matt y yo estábamos viviendo (sí, sí, ya sé que yo era la que lo complicaba todo. No hay necesidad de recordarlo todo el tiempo, conciencia).

Con las mejillas sonrojadas a causa de la vergüenza, bajé el tono de voz:

—Disculpe, no fue mi intención hablarle así, ¿qué necesita?

Pero la señora no aceptó mis disculpas. Con fuego saliendo de sus orejas, me pasó de largo. Oprimió un botón, que a los pocos segundos, abrió las puertas del ascensor. Así huyó por su vida y yo no pude evitar gritarle mis buenos deseos mientras lo hacía:

—¡Sí, señora! ¡Huya de esta LOCURA mientras pueda! ¡Yo ya no tengo escapatoria, pero usted SÁLVESE!

Las puertas estuvieron a punto de cerrarse, pero un manotazo lo evitó. Era una mano que yo conocía bien, porque pues... me había acariciado la espalda la noche anterior.

Matt hizo el ademán de salir, pero se volteó hacia mí antes de hacerlo:

—No sé de qué zona del amigo hablas, Emma, pero no estoy en ella porque, por última vez, ¡no estoy interesado en ti ni tu locura!

Todo nuestro público gimió, incluyéndome. ¡¿Acababa de llamarme loca?! ¡¿Y enfrente de todos estos extraños?!

«Pero si lo estás», opinó mi subconsciente limándose la uñas. La ignoré.

—Es aquí—terminó Matt su oración, abandonando el ascensor.

Indignada, me tiré contra el botón que abría las puertas del ascensor antes que éstas volvieran a cerrarse. Otra señora novelera del fondo gritó, espantada. No le presté atención, porque por el bienestar de mi integridad, debía alcanzar a Matt.

Lo encontré parado en la entrada del restaurante. Examinaba todas las mesas en busca de la que debían encontrarse Isabella, Joseph y Jane.

Me paré a su lado muy cabreada.

—¿Quién te crees que eres para llamarme...?!

Matt me calló con un dedo sobre mi boca.

—Mira, Emma—murmuró—. Si quisiera tener una relación contigo, te lo diría, ¿de acuerdo? Y créeme, sería la propuesta más ridículamente romántica que hayas tenido en tu vida.

Quedé silenciada, incluso cuando removió el dedo de mi boca. Incluso cuando se alejó de mí mirándome con su arma mortal. Incluso cuando no quedaba más nadie que yo en la entrada del restaurante.

Vaya, él era todo romance. La historia con el final feliz. Y yo era la antihéroe con motivos cuestionables que evitaba a toda costa el final feliz.

En la distancia, Jane ondeaba la mano en mi dirección. Toda la familia, incluyendo Matt, estaba sentada en una mesa en la terraza, donde el Sol de la mañana interceptaba el espacio en sutiles, pero hermosos rayos amarillos.

Llegué toda *zen* y en son de paz, hasta que...

—Vaya, vaya, pero miren nada más quién llegó—comentó Matt—. Es Emma, que está muy hermosa esta mañana.

Lo fulminé con la mirada. Toda la mierda del romance y el final feliz se esfumó. A pesar que no había dicho nada malo y que posiblemente nadie de la familia había captado el sarcasmo, yo sí, por el trasfondo de la discusión en el ascensor.

Hasta ese instante no tenía ningún problema con sentarme a su lado, pero como lo había arruinado todo, decidí sentarme en un puesto vacío que estaba entre Jane e Isabella, de manera que pudiese tener a Matt lo más lejos posible de mí.

Halé la silla.

—¡Voy a sentarme al lado de mi mejor amiga, que me trata bien sin importar nada y con quien no hablo desde hace rato!—exclamé.

Isabella, quien ya estaba desayunando, se sacó el tenedor de la boca.

—Pero si fuimos de compras ayer.

Matt contuvo la risa, al igual que los demás Sinclair presentes. Ninguno era idiota, todos se percataron que estaba sucediendo algo raro

entre Matt y yo.

—¿De qué lado estás?!

—Del lado de Matt, por supuesto.

Me ardió como si fuese un sapo y me hubiesen echado sal encima. Pero no estaba en posición para ponerme a discutir con ella, prefería mil veces sentarme al lado de una traidora que sentarme al lado de alguien con quien me había besado la noche anterior.

Estaba a punto de sentarme en la silla, cuando Isabella plantó un manotazo en ella. Seguido, fijó sus ojos en Joseph, quien estaba sentado al lado de Matt bebiendo de su jugo de naranja.

—Mi amor, ¿por qué estás tan lejos de mí?—dijo la traidora fingiendo tristeza.

Gemí en mi interior. ¡Isabella era más que una traidora!

Joseph, con lo cerebritito que era, captó la indirecta. Agarró su jugo de naranja, dio unos cuantos pasos hasta la silla que yo mantenía agarrada y se sentó en ella sin preguntarme.

Quedé boquiabierta. ¡No lo podía creer! Primero se reían de mí en la mañana y ahora me obligaban a sentarme al lado de Matt, sabiendo que estaba evitándolo. Genial, esto era lo único que me hacía falta: una revolución familiar para conspirar en mi contra.

Resignada, me senté al lado de Matt, quien me recibió con una sonrisa suspicaz de oreja a oreja.

—Hola tú—dijo.

—Cállate, Matt, solo... cállate.

¿Acaso no le avergonzaba que su familia se enterara de lo caído que estaba por mí? ¡Era obvio, aunque reforzara que no tenía interés en mí!

—Matt, ¿qué hiciste para sulfurar así a Emma?—cuestionó Joseph, lleno de diversión. Isabella, en cambio, no se aguantó y soltó la risotada a su lado.

—¿Yo? Nada—replicó Matt—. Parece que Emma tiene problemas con que le digan cumplidos.

¡Esta familia era increíble! Y ojo, no el «increíble» positivo. De verdad no podía creer que hubiesen organizado esta conspiración secreta en mi contra.

No permitiría que me sacaran de quicio, así que jugué la carta de la loca que no le importaba nada. Con la poca integridad que me

quedaba, agarré el menú con ambas manos, sacudí el cabello de lado a lado y me pretendí leerlo, a pesar que estuviese en francés y no entendiera ni una mierda de lo que decía.

¡Oh vamos! ¿Qué lógica tenía poner un menú en francés en un hotel estando en el continente americano?

—¿Necesitas ayuda con eso?—susurró Matt más cerca de mí de lo que le permitiría de ahora en adelante.

Lo ignoré.

—Porque si necesitas ayuda leyéndolo puedo...

Carraspeé.

—Oye Joseph, ¿estás seguro que sanidad vino a revisar el hotel? —dije sin quitar los ojos del menú en ningún momento—. Porque hay un ENORME mosco zumbando en mi oído.

Joseph no respondió. Entendió que era retórico o mas bien, veneno para el descarado de su hermano.

—Bien, no te ayudaré—continuó Matt—, pero solo una cosa: come todo lo que puedas ahora, porque necesito que tengas el estómago vacío para lo que haremos en la tarde, ¿de acuerdo?

Increíblemente capturó mi atención.

—¿Qué haremos?

—¿Recuerdas que te invité a ver un atardecer aquí en Palm Springs?

Siendo honesta, no lo recordaba, pero igual asentí con la cabeza porque necesitaba cuestionar más, tenía demasiada curiosidad.

—¿A dónde vamos?

—Eh, eh, ¿cuál era la regla número dos?

Puse los ojos en blanco recordándola: «Aprende a valorar las sorpresas». De acuerdo, no preguntaría más, pero igual sentí que debía protestar. Era parte de la carta de parecer desinteresada.

—¿No tienes que trabajar hoy o algo?

Matt balbuceó denotando su incomodidad, pero salió Jane en su rescate:

—En realidad... Joseph y yo le dimos el día libre hoy—golpeó con su codo el de Joseph. ¡Oye! ¡Vi eso!—. Como trabajó todo el día ayer y yo tuve el día libre, concordamos en que le tocaba a él hoy. ¿Cierto, Joe?

Joseph bebió un poco más de su zumo de naranja, al tiempo que

nos observaba a Matt y a mí, pensando quién sabe qué.

—Absolutamente—replicó con seguridad.

¡Agh! Odiaba tanto esa revolución que tenían en mi contra. Aunque sabía que lo hacían porque querían facilitarnos un poco la situación a Matt y a mí, no tenían idea de lo mucho que dificultaban evadir las consecuencias que conllevaba eso.

Exhalé, derrotada.

—Bien.

—Bien—me siguió Matt.

Sostuvo su menú, pretendiendo indiferencia, pero la sonrisa de estúpido que se dibujó en su rostro fue irremediabilmente visible para todos los que estábamos en la mesa.

Retorné a mi carta de loca. Fijé mi atención en el menú. Me sentí curiosa sobre un plato que tenía por nombre *Muesli*, así que lo ordené para averiguar qué era. Para mi sorpresa y gran decepción, era un pinche plato de cereal con nombre sofisticado.

Cuando lo trajeron, lo miré con desprecio.

—No creo que vayas a quedar llena con eso—murmuró Matt, el súper chistoso, a mi lado. Lo ignoré y empecé a comer de mi plato.

Odié admitirlo, pero Matt tenía razón. Finalizado el plato, todavía moría de hambre, así que decidí ordenar otro plato con nombre sofisticado: salmón ahumado con *crème fraîche* y condimentos servido sobre un *blinis*.

«Blinis». Solo esperaba no atentar contra ninguna especie en peligro de extinción.

—...ahumado con cre... cre...—intenté decirle al mesero lo que quería.

Él ladeó la cabeza confundido. Si había una cosa queapestaba más que la mañana, era mi francés.

—*Crème fraîche* sobre el blinis para la señorita—salió Matt en mi rescate sin que nadie se lo pidiera, con un acento francés tan bien pronunciado que por primera vez me hizo creer que era decente y no el payaso que pretendía no tener interés en mí cuando era obvio que estaba caído y no debía.

Eh, ejem... disculpen, debía desahogarme.

El mesero asintió. Se fue enseguida a buscar mi plato.

—¿Hablas francés?—pregunté a Matt con una ceja arqueada.

—Sí.

Bajé la cabeza.

—Eso es tan sensual...—pensé en voz alta, pero más bajo de lo que cualquiera pudiese escuchar.

—¿Disculpa?—preguntó Matt, confirmando que no había escuchado mi torpe pensamiento en voz alta.

Sonreí nerviosa y negué con la cabeza.

—Nada.

—Emma piensa que tu acento francés es sensual—reveló Isabella guiñándole un ojo a Matt.

—Vaya, gracias—contestó Matt rascándose la nuca.

¡No podía ser! ¡Ahora sí que mataría a Isabella! ¡Ni siquiera mi mejor amiga era mi aliada en esta trampa tan tentadora!

Isabella se percató que estaba por cortarle la cabeza por AYUDARME TANTO (nótese el sarcasmo), por lo que volvió a concentrarse en su plato fingiendo que nada había pasado.

Pero yo no pretendía permitirle tanta traición, así que estiré la pierna por debajo de la mesa con la intención de golpearla. Sin embargo, no fue ella quién se mostró dolorida, sino... JOSEPH.

—Emma, me golpeaste a... mí...—dijo, apesadumbrado, haciendo su mejor intento para no mostrarse afectado, quizás para no hacerme sentir incómoda, pero no lo logró.

Con los ojos muy abiertos y llena de vergüenza, me levanté de la silla.

—¡SANTO CIELO, JOSEPH, LO SIENTO!

Y salí corriendo. Necesitaba huir, aunque sea al baño. Necesitaba hacerlo, a pesar de escuchar las risas de todos los Sinclair que se tomaban todo este asunto con tanta calma.

Era definitivo, estaba fregada.



Las siguientes tres horas del día me la pasé de maravilla con los Sinclair haciendo un tour por las instalaciones del hotel, mientras ellos supervisaban que todo marchara en orden.

¡Qué hotel tan alucinante! Más allá de sus espléndidas habitaciones y restaurantes temáticos, absolutamente todas sus

instalaciones demostraban por qué era un hotel enfocado en el entretenimiento de sus huéspedes. Tenían restaurantes y discotecas temáticas, salón de relajación (spa/masajistas), bares en cada esquina, la piscina más grande del mundo (o al menos así le llamaron ellos), entre otras oportunidades para hacer deportes tales como equitación, tenis o golf.

Cuando el reloj estuvo a punto de marcar las 4:00 p.m., Matt me indicó que era hora de irnos si queríamos llegar a tiempo a la «sorpresa» que tenía para mí.

Fue así como nos despedimos de Isabella, Jane y Joseph, quienes todavía tenían mucho trabajo por delante en el primer día de la apertura del hotel.

Mientras intentaba convencer a Matt de que me diera más detalles sobre la «sorpresa», nos trasladamos hasta los estacionamientos privados de los Sinclair donde nos dirigimos hasta el único lugar con un cartel que decía “Reservado para Matthew Sinclair” y que tenía... ¿un auto todoterreno estacionado?

Sostuve la manija de la puerta de copiloto para abrirla, pero estaba demasiado dudosa de entrar al auto.

—¿Qué ocurre?—me dijo Matt—. Solo entra.

Alcé una ceja.

—¿En serio? ¿Una SUV?—solté como la rata honesta que soy.

Juro que hice mi mejor esfuerzo para no sonar odiosa, pero no lo logré. Supongo ser odiosa es parte de mi naturaleza.

No es que yo fuese discriminatoria ni nada, pero estaba segura que Matt, teniendo tanto dinero, tendría un auto de lujo como el de Joseph o Jane, pero resultaba que tenía un auto todoterreno común y corriente.

Matt, como todo un caballero de la mesa redonda, me ayudó a apurarme en subir abriéndome la puerta de copiloto.

—¿Qué? ¿Creíste que porque soy multimillonario tendría un auto diminuto y estrecho con el que apenas puedes moverte en la ciudad?

Demonios, ¿leyó mi mente o qué?

—Sí—respondí.

Soltó una risita ahogada.

—No soy tan refinado como crees.

Cerró mi puerta y al cabo de unos minutos, ya se encontraba sentado en el asiento de conductor. Tocó una pantalla táctil ubicada en el

tablero principal del auto, lo que mostró un mapa en tiempo real.

—Necesito un auto que esté capacitado para soportar terrenos extremos y éste ha llenado muy bien mis expectativas—replicó—. El cinturón, por favor.

Obedecí y me lo puse. Ah y le di un punto, por preocuparse por mí.

—¿Terrenos extremos?

—Sí, ya sabes, los que visitas en una aventura extrema.

Oh vamos, ¿qué tan extremo podía ser Matt? Preparaba desayunos exquisitos, tenía una fundación de animales, besaba como un niño romántico y se veía muy bien en traje de gala. Sinceramente no me parecía que fuese compatible con el peligro.

—No estoy entendiendo—me encogí de hombros.

—Ni te explicaré—me atacó con su arma mortal—. Porque de verdad debes aprender a valorar las sorpresas.

Terminó de configurar el mapa y salimos del hotel.

Las calles de Palm Springs se veían espectacular esa tarde. Todo el paisaje estaba adquiriendo un color anaranjado, lo que anunciaba que tendríamos un hermoso atardecer en menos de dos horas.

Y ahora, teniendo a Matt solo para mí, decidí seguir indagando en la «sorpresa».

—¿Estamos muy lejos de la «sorpresa»?

—A una hora de aquí más o menos—contestó, con su vista fija en la carretera—. Pero si tenemos suerte y no hay tráfico, llegaremos en menos tiempo.

El silencio invadió el interior del auto, lo que inconscientemente llevó a mi cerebro a examinar a Matt. Estaba tan concentrado en la vía, manejando a la defensiva, que se veía encantador, juvenil y precavido. Ayer estaba muy galante con su traje formal, pero definitivamente prefería su atuendo de hoy: vaqueros sencillos, suéter negro de corte redondo, zapatillas y una gorra que tapaba su cabello, pero hacía resaltar el azul de sus ojos.

—¿Habías venido a Palm Springs, Emma?—preguntó él, como si supiera que estaba distraída.

«Sí, haz eso mejor, sino sueña despierta a tu lado».

—Nunca—repliqué.

—Es alucinante—dijo—. Si vienes con la gente correcta.

¿Acaso eso había sido una indirecta?

Sí, eso definitivamente había sido una indirecta. Lo sabía porque, sin razón aparente, estaba atacándome con su arma mortal nuevamente. Lo hacía, con tanto descaro, que mi cabeza no pudo evitar volar a la noche anterior.

El recuerdo de Matt, besándome, acariciándome, me golpeó sin piedad. Golpeó una y otra vez hasta que terminé por sonrojarme y enojarme.

Sí, lo admitía, ese había sido un buen beso. Pero, viéndolo desde una perspectiva más maliciosa, ¿acaso no me respetaba? ¿Cómo se pudo aprovechar así de una borracha? Y peor, ¿con qué escrúpulos me tiraba esas indirectas luego de decirme que no le interesaba?

—No me sonrías así—adopté un porte serio—. Es más, ahora que recuerdo, estoy muy enojada contigo.

Su arma mortal se desvaneció dando paso a que una ceja se arqueara. Pobre hombre, de verdad no sabía en lo que se estaba metiendo.

—¿Qué? ¿Te enojas con la gente así nada más?

—No con la gente. Contigo.

—¿Soy el único con el que enojas de la nada?

—Prácticamente.

—¿Y qué te enoja exactamente?

Su vista volvió a la carretera.

—No, espera, mejor déjame adivinar... te enoja la forma en la que respiro—dijo lleno de sarcasmo—. ¿Respiro muy rápido para ti? ¿O es demasiado lento? ¿Te estoy dejando sin aire? En serio, Emma, dime qué es lo que tanto te molesta de mi respiración y tal vez pueda mejorarla.

Sin poder contenerme, reí, lo que solo contribuyó a que mi enojo se fortaleciera. ¿Acaso creía que podía bromear así cuando estaba de mal humor? ¿No respetaba mis sentimientos o qué?

—No me hagas reír cuando estoy enojada contigo.

¡Demonios! Mi enojo se desvanecía. No, no podía permitirlo.

—Ya, en serio, ¿qué hice ahora?—preguntó un tanto fastidiado, pero sabía que en el fondo se estaba divirtiendo. Era imposible no darse cuenta de ello.

—Pues tengo un gran listado.

Sabía que estaba por decir una gran cantidad de incoherencias, pero de igual forma debía mantenerme firme en mis palabras.

—Primero me *obligas* a comprarme con *tu dinero* un vestido de *nueve mil* dólares y unos zapatos de *dos mil*—solté haciendo mucho énfasis en las palabras que consideraba más viperinas.

Alzó una ceja. Seguro debía pensar que estaba demente, pero no me importaba en lo más mínimo.

—Ajá...

—Luego me *incitas* a *emborracharme* con los cocteles más *caros* del mundo para aprovechar mi *vulnerabilidad* y *besarme* como nunca antes nadie lo había hecho.

Oh no, eso último no debí decirlo. Maldición, ¿podría algún día tragarme mis palabras en vez de escupirlas?

—¡Ey! Dijiste que no lo recordabas.

—Pues solo una parte—intenté salvar mi pellejo.

Claramente Matt vio una oportunidad de contraatacarme, porque su rostro se llenó de diversión.

—Así que admites que te gustó.

—No dije eso—repliqué—. Y no he terminado. Para colmo hoy me dices cumplidos *indecentes*. ¿Qué sigue? ¿Comprarme un auto para conquistarme?

Matt parpadeó a mil por hora. Estaba desconcertado por todo lo que yo decía, pero estaba segura que más era por la locura del auto.

—¿Qué? Lo leí en un libro—respondí con sinceridad.

—¿En uno de esos estúpidos libros románticos donde el chico multimillonario le regala de todo a la chica para conquistarla y luego llevársela a la cama?—respondió muy serio—. Lamento decepcionarte, Emma, pero no le regalo autos a mis amigas ni tampoco me las llevo a la cama.

«Amiga»...

«AMIGA».

Sí, increíblemente de esa frase no me había ofendido ni la parte de la cama, ni la que aseguraba que los libros románticos que leía eran estúpidos. Sino que me considerara solo su «amiga».

Está bien, me lo merecía. Me merecía eso y más porque yo sobre todo, lo había puesto en la zona del amigo desde que nos conocíamos y no pretendía sacarlo de ahí. No señor, ese perro se quedaba amarrado dentro de la casa.

Pretendí indiferencia.

—Bien, porque no quiero que lo hagas.

Tocó con sus dedos la pantalla. La ruta cambió. Diez minutos se redujeron del tiempo estimado de llegada al lugar.

—Bien—concordó—. Porque la verdad, Emma, prefiero llevarte a donde quieras, en vez de comprarte un auto.

Mis mejillas se calentaron sin remedio. Y en un intento por ocultarlo, moví mi rostro hacia la ventana para pretender que veía el paisaje. Estúpido Matthew Sinclair, estaba sumamente enojada con él por razones estúpidas y en menos de tres segundos había logrado que me sonrojara por su ternura.

—¿Te he dicho cuán hermosa me parece cuando te sonrojas?

Ante ese comentario, mis mejillas enrojecieron todavía más. ¡Maldición! El inepto sabía el efecto que tenía en mí y ahora se estaba aprovechando.

Moví más mi rostro, para que no pudiera ver nada de nada de mí en modo tomate.

—Oye—dijo Matt antes que volviéramos a quedar en silencio—. No puedes enojarte conmigo para siempre, ¿sabes?

—No me retes, Sinclair.

—De acuerdo—accedió, indiferente, concentrándose en el mapa, luego en la vía. Así se mantuvo durante varios minutos, silenciado, en los que aproveché para examinarlo por segunda vez.

No hablaría. Estaba callado, serio, concentrado. Fastidiado.

Al cabo de unos cuantos minutos más, su dedo volvió a la pantalla. Esta vez no para interactuar con el mapa, sino para acceder a una carpeta con una lista de reproducción musical.

Lo observé con ojos entornados. Él se percató.

—¿Qué? ¿Te molesta la música también?

Negué. Volví a mi contemplación forzada del paisaje exterior.

Mi canal auditivo percibió el inicio de una canción que conozco bien. Que me gusta mucho. Que me sé bien. Una canción con que... ¡hice el ridículo anoche enfrente de Joseph y su socio!

—No lo harías...—murmuré.

Matt, ignorándome, entonó la primera estrofa de “Everybody Talks”. Cantaba terrible, pero sus gallos me recordaron ese micro-momento de felicidad que tuvimos anoche en el ascensor, cuando él me tenía en sus brazos y me divertía oyéndolo cantar conmigo.

Pero eso fue anoche. Hoy me sentía enojada por haberse aprovechado de mí y luego decirme que no le interesaba en lo absoluto. Así que, que ni soñara que cantando se me iría el enojo.

Matt comenzó a bailar a mi lado, tal como yo lo hice anoche, solo que sentado. ¡Pero qué descarado!

Presioné los labios. No sucumbiría tan fácil.

Se acercó a mí, cantó, revisó la vía, volvió a su lugar, bailó. Y en ese ritmo se mantuvo hasta que no aguanté más y solté la carcajada. Reí muy alto porque él cantaba verdaderamente mal, porque yo me estaba enojando por una estupidez, porque era irónica la energía tan positiva de la cual me había llenado en menos de dos minutos.

¿Sería Matt siempre así cuando me enojaba con él? ¿Siempre intentaría hacerme reír para no caer en la ira? ¿Siempre le daría tan poca importancia a motivos estúpidos para discutir? Oh Cielos, eso era tan adorable.

Esa tarde, en la vía hacia un pueblo llamado San Jacinto, bailé y canté con Matt totalmente sobria. Disfruté verlo sonriéndome. Me dejé llevar por el efecto Sinclair que se manifestaba cada vez más seguido y del cual me costaba cada vez más escapar de él. Permití que, en medio del júbilo, sucediera algo que nunca vi venir: que Matt me agarrara la mano.

Ni siquiera me pidió permiso. Simplemente mientras cantábamos, posó su mano sobre la mía, la acarició durante unas milésimas de segundo y entrecruzó sus dedos con los míos. Y yo lo permití, porque se sentía correcto en aquel momento.

«Bien, soqueta, disfruta el momento», comentó mi subconsciente que estaba feliz de verme feliz. La inepta era un cliché andante y por primera vez me fascinaba que lo fuera.

Matt y yo mantuvimos nuestras manos agarradas incluso cuando la canción finalizó. Incluso cuando pasaron las doce canciones más de la lista de reproducción, las cuales cantamos juntos, si nos la sabíamos.

Dejé de cantar cuando me percaté que nos estábamos adentrando a un campo extenso donde el suelo era de cemento al principio, pero luego se transformó en tierra.

Leí un letrero que se asomó: «Propiedad de Sinclair Inn, Resort & Hotel».

Todavía en mis cinco sentidos, me fijé en los alrededores. Estaba

desierto, solo había una pequeña caseta en el medio del terreno y al lado, unos cuantos aviones.

¿Aviones? ¿Pero qué...?

Abrí los ojos como dos perlas. Mi corazón latió en frecuencias muy aceleradas. ¿Sería que nos montaríamos en una de esas cosas para ver el atardecer? No, no, no, las alturas y yo no nos llevábamos. Matt no me haría esto, él sabía cuánto le temía a las alturas, se le contó en nuestro primer desayuno juntos.

Tras estacionar el auto frente a la caseta, Matt apagó el motor. Y tras sentir que mi mano temblaba sobre la suya, la apretó más fuerte.

—Regla número cinco, Emma...

Miré el reloj de la pantalla digital: 5:02 p.m. Luego miré más allá: uno de los aviones nos esperaba con la compuerta abierta.

—“Renuncia a tus miedos”.

¿Pero qué rayos haríamos?

Atardecer de esperanza

Mi corazón latía en las frecuencias que más odiaba: lento, rápido, lento, rápido. Una parte de él, la más temerosa, deseaba detenerse. La otra parte, la ansiosa, deseaba latir rápido, muy rápido.

«Regla número 5: “Renuncia a tus miedos”», había pronunciado Matt. Y ahora, tras dejarme con el susto atorado en la boca de mi estómago, se disponía a abrir mi puerta y extender su mano como si quisiera que la siguiera agarrando.

Pero yo no quería salir del auto. Yo estaba llena de preguntas. Preguntas que disparé en el preciso instante en que sus ojos se conectaron con los míos:

—¿Por qué estamos en este lugar? ¿Por qué está lleno de aviones? ¿Y por qué ése tiene la puerta abierta? ¿Nos montaremos en él? ¿Acaso no respetas mis sentimientos?

Ondeó su mano enfrente mío. Insistía en que se la agarrara.

—Estamos aquí porque te invité a ver un atardecer. No son aviones, son avionetas. Esa de allá tiene la puerta abierta porque sí, nos montaremos en ella. Y sí, linda, por supuesto que respeto tus sentimientos—respondió a todas mis interrogantes en la misma brevedad que yo las hice.

—¿Y nos tenemos que montar en esa cosa para ver un atardecer?

Estaba aterrada. Quería pensar que Matt me estaba jugando una broma de muy mal gusto. Que pronto develaría la verdad, riéndose de mis reacciones de tonta.

No lo hizo. Por el contrario, me sonrió.

—¿Qué? ¿Pensaste que te llevaría a la playa a ver el atardecer?—manifestó—. Lamento decepcionarte nuevamente, Emma, pero no soy el típico chico cliché de los libros románticos que has leído.

Carraspeé.

—Preferiría que me lleves a la playa en esta ocasión.

Él negó.

—Esta es la regla número cinco y prometiste que cooperarías—dijo—. ¿Agarrarías mi mano, por favor? Se nos agota el tiempo.

Maldita sea, no bromeaba. En verdad nos montaríamos en esa avioneta. ¿Pero para qué? ¿Y quién le había dicho a él que esto no era cliché? ¿El chico multimillonario llevando a pasear a la chica en su avioneta privada? ¡Más cliché no podía ser!

Mi estómago se revolvió ante la visión de yo, allá arriba con él, viendo el atardecer. No porque el atardecer no fuese hermoso, sino por el sentimiento de pavor que las alturas me ocasionaban.

Insegura, sostuve su mano y permití que me ayudara a bajar del auto. Me aseguré de apretar mucho su mano para que supiera que no me sentía bien con todo este asunto, pero él no reaccionó ante eso.

Una vez ya tenía mis pies en el suelo, soltó mi mano y se dirigió al maletero de su auto. Lo seguí corriendo.

—¡Es un estúpida regla!—grité.

Pero Matt no me prestó atención. Sacó dos maletas del auto y me entregó una de ellas. La miré con desprecio.

—¿Escuchaste lo que dije? ¡Tus reglas son estúpidas!

—No son estúpidas—espetó—. Por favor ve a cambiarte, hay un baño entrando por la puerta de allá—señaló la entrada de la caseta—. Hazlo rápido porque se nos está acabando el tiempo.

Negué con la cabeza. ¡Ni loca le haría caso!

—¿Por favor?—rogó.

¡ARGH!

Con mi ceño fruncido, pataleé como una chiquilla malcriada y corrí hasta la puerta que Matt seguía señalando con su dedo índice. Al adentrarme, me encontré con un pasillo muy angosto que conectaba con un baño al final.

Entré, cerré la puerta y tiré la maleta al suelo de mala gana.

—«No soy el típico chico cliché de los libros románticos que has leído»—imité la voz de Matt al tiempo que me quitaba la blusa—. ¡Pero para comprarme un vestido de nueve mil dólares sí eres cliché!

Me quité el pantalón. Lo tiré junto a la blusa. Abrí la cremallera de la maleta que Matt me entregó y saqué un único conjunto que había en ella: un traje-pantalón color blanco con algunas líneas grises a los lados. Pesaba mucho y su textura era rugosa, como si se tratara de una vestimenta para protegernos de algún peligro.

Metí mis pies, para luego estirar el vestido hacia arriba. Subí la cremallera que llegaba hasta mi cuello y entonces me tomé unos cuantos

segundos para contemplarme.

—¿Pero qué...?—dije, confundida, para mis adentros.

Terminé de sacar lo que había en la maleta: un casco, guantes negros y gafas protectoras transparentes. ¿Pero qué era todo esto? ¿Qué rayos se traía Matt? ¿Acaso se le había zafado otro tornillo? ¡Ya le faltaban demasiados!

Guardé todas mis prendas de ropa en la maleta y salí del baño. Corrí por todo el pasillo hacia la salida donde Matt me esperaba, cruzado de brazos, recostado sobre su auto. Para mi sorpresa, usaba la misma vestimenta que yo.

Malhumorada, le tiré la maleta con fuerza en los pies, lo que hizo que él centrara toda su atención en mí.

—Te ves adorable—dijo atacándome con su arma mortal.

—¿Qué demonios es esto?—espeté groseramente.

Pero él no pareció fastidiarse con mi mala actitud, de hecho, parecía que la disfrutaba. Era realmente sorprendente la paciencia que tenía conmigo, porque yo no era una persona fácil de tratar. A veces ni siquiera yo misma me aguantaba.

—Le llaman «traje de caída libre»—replicó guiñando un ojo.

Entonces lo entendí todo. Matt no quería montarme en esa avioneta para que viéramos el atardecer dentro de ella en las alturas. Él, en realidad, pretendía que viéramos el atardecer con nuestros cuerpos volando a través de él. LITERALMENTE.

Ahí fue cuando mi corazón decidió cómo quería latir: lento. Prefería detenerse antes que experimentar adrenalina. ¡Maldita sea! Nos montaríamos en esa avioneta y cuando estuviésemos en lo más alto, SALTARÍAMOS de ella. ¡Debías estar jugando!

Aterrada, eché dos pasos hacia atrás y me preparé para armar mi escándalo. Porque sí, gritaría muy alto. Gritaría tan alto que haría que todos los empleados de la caseta se asomaran por las ventanas e hicieran sentir vergüenza a Matt.

Lo cierto es que no sabía si eso impediría que nos subiéramos en la avioneta, pero por lo menos me haría ganar algo de tiempo antes de empezar a huir.

—¿VAMOS A SALTAR DE ESE MALDITO AVIÓN?—grité con todas mis fuerzas—. ¿TE VOLVISTE LOCO?

—Tal vez un poco—replicó Matt, tan sereno como siempre.

—¿UN POCO? ¡NO! ¡ESTÁS LOCO DE REMATE! ¡SE TE ZAFARON OTROS MILES DE TORNILLOS! ¡Y ESO QUE YA NO TE QUEDABAN MUCHOS!

Matt fingió un puchero.

—Auch.

Como la loca que, lamentablemente, yo también era, caminé de lado a lado sintiendo que mis manos habían empezado a temblar. No solo mis manos, mi cuerpo entero lo hacía. ¡Matt no podía hacerme esto! ¡Tenía más claro que nadie mi temor por las alturas porque era la persona con la que más había conversado las últimas semanas!

Dejé de dar vueltas al notar que Matt, risueño, ondeaba la mano en el aire hacia todo lo que yo le daba la espalda. El descarado saludaba a alguien.

Me volteé. Un hombre salía de la avioneta y nos mostraba su pulgar en alto.

—¡Todo listo para abordar!—gritó desde la distancia.

Volví a darle la espalda.

—No voy a abordar esa cosa.

—Vamos, linda, te divertirás.

—NO. VOY. A. ABORDAR. ESA. COSA—repetí, pausado entre cada palabra. Me parecía que así dejaría más claro mi punto, pero al final me sentí estúpida—. ¡Es más! ¡Me quitaré este estúpido traje aquí mismo aunque todo el mundo me vea desnuda!

Agarré la cremallera del traje dispuesta a tirarla hacia abajo, incluso si eso significaba humillarme públicamente. ¡Por nada en el mundo me subiría a esa avioneta!

Matt, alarmado, corrió hacia mí. Antes que pudiera bajar la cremallera, agarró mis dos manos con fuerza, volteó mi cuerpo en dirección a la avioneta y me abrazó contra su cuerpo.

—¡Oh, wow, wow!—me dijo Matt—. Guarda eso para después—sonrió contra mi oreja y bajó el tono—. Para cuando estemos en privado.

¿QUÉ? ¿PERO CÓMO SE ATREVÍA?

No, no, no, este chico definitivamente no me respetaba.

Sabía que era un chiste, uno con DEMASIADO DOBLE SENTIDO, pero ni siquiera eso evitó que mis mejillas volvieran a mancharse de rojo de tan solo imaginar un momento tan íntimo con Sinclair. ¡Agh! Odiaba que tuviese este efecto sobre mí.

Mientras Matt me abrazaba, tratando de disminuir los nervios en mí, contemplé detenidamente la avioneta. Era blanca (el color favorito de los Sinclair, duh) y tenía una raya roja que traspasaba cada lado. Encima de la raya, casi llegando a la cola, estaban inscritas las letras «J669MS».

«MS», las iniciales de Matt. Esta cosa era de él, no había duda de ello.

En la única compuerta que tenía, el mismo joven con porte parecido al de Matt se mantenía de pie, apurándonos con la mano.

—¿Te acuerdas de Will?—susurró Matt en mi oreja.

—¿Tu absolutamente normal amigo de las zapatillas de las cinco de la mañana?

Ah, gran y majestuoso sarcasmo.

—Sí—replicó—. Es mi socio, dictamos cursos de paracaidismo. Convencí a Joseph para que lo convirtiéramos en una de las actividades *premium* de nuestro nuevo hotel. ¿No es genial?

Genial es la impermeabilidad natural de los pingüinos. Genial es la organización que tiene Japón en el país. Genial es la tecnología tan avanzada que nos permite poder comprar por Internet.

Así que no, Matt, no es genial arriesgar tu vida tirándote de paracaídas.

—Sí, genial, muy genial—mentí, alzando la mano para saludar a Will.

Él, animado, me devolvió el saludo. El tipo tenía una indudable vibra positiva, pero era el cómplice de Matt en el asunto de arriesgar la vida, así que no me dejé llevar por eso.

Los temblores en mi cuerpo cesaron. Los nervios se habían disminuido en gran medida, pero igual, no podía dejar de pensar que no me quería montar en esa cosa. ¿Qué tal si todo salía mal? De verdad quería ver a mis padres una última vez antes de morir.

—¿Desde cuándo estás envuelto en esta locura?—pregunté, haciendo un enorme esfuerzo por terminar de relajarme. Pensé que así Matt me soltaría, sin embargo, se veía muy cómodo teniéndome en sus brazos.

—Hace cinco años, más o menos.

—Oh—repliqué—. La verdad no sé si felicitarte o sentir pena por ti. ¡No, espera! Es pena. Definitivamente es pena lo que siento.

Se rió, y en medio de eso, me soltó un poco. Di dos pasos hacia

adelante. Me volteé. Y con la única intención de intentar hipnotizarlo, le sonreí cálidamente. Él me regresó la sonrisa, pero se sentía más honesta que la mía.

Así, entre miradas y sonrisas traviesas, di otros dos pasos hacia atrás, tanteando si él reaccionaría de alguna manera, pero estaba demasiado concentrado jugueteando.

Pobre iluso.

Confirmando que lo había engañado, di otros dos pasos hacia atrás y como misma liebre en fuga, eché a correr por mi vida.

Corrí, corrí y corrí. Corrí como si no hubiese un mañana. Corrí como mi mamá me había enseñado a correr cuando se acababa una oferta en el *Black Friday*. Corrí como si mi vida dependiera de ello, porque pues... ¡en verdad sí dependía!

Sin embargo, por más que corrí, Matt pareció prever que esto pasaría. Se adelantó a la oferta de *Black Friday*, corrió más rápido que yo y se precipitó frente a mí.

Mi cuerpo, sin esperar tal sorpresa, chocó contra el de él. Reboté, caí en reversa, pero antes de impactar contra el suelo, abrazó mi indefenso cuerpo humano y lo levantó en el aire.

—¡MATT, SUÉLTAME!

Aleteé el cuerpo tal cual pez fuera del agua intentando escapar, pero maldición, Matt era mucho más fuerte que yo. Ya no me sostenía suave, con ánimos de calmar mis nervios. Me sostenía agresivamente, como si yo fuera una loca intentando escapar de un manicomio.

—¿Miradas y sonrisas traviesas?—bufó—. ¡Buen intento!

—¡SUÉLTAME! ¡SUÉLTAME YA!

Teniéndome cargada en sus brazos, se apresuró en llegar hasta la avioneta. Y por más que intenté impedirlo con mis aleteos, nos adentramos en ella.

—¡Rápido, Will, cierra la puerta!—gritó Matt, tan agitado como yo lo estaba.

Will titubeó.

—Matt, de verdad no creo que este sea el mejor método para conquistar a una chi...

—¡QUE CIERRES LA PUERTA!

A Will no le quedó de otra que obedecer. Se tiró de frente contra la compuerta de la cosa maligna, digo avioneta, en la que estábamos

montados, para entonces cerrarla de un tirón.

Matt situó mi cuerpo en el suelo, pero no me soltó. El pavor me hacía percibir sus manos como peligrosas garras, que solo me obligaban a imponer resistencia, temerosa de que las enterrara en mi piel.

—¡AUXILIO!—continué gritando—. ¡Alguien que me ayude por favor! ¡Dos desquiciados quieren abusar de mí! ¡Quieren hacerme saltar esta cosa y abusar de mí en plena caída! ¡Quieren hacerm...!

Matt me tapó la boca con una mano. Escuché una leve risa. ¡JA! ¿Creía que esto era gracioso? ¡Ay de ti, Matt Sinclair! ¡Si yo moría hoy te esperarías una eternidad de noches de tortura!

Aleteé mi cuerpo entero. Me retorció y sudaba de los nervios, pero eso no impediría que siguiera imponiendo resistencia. A pesar que mi habla estaba limitada, todavía mantenía el control de mis extremidades. Y ellas no cesarían de intentar escapar.

—¡Matt, así no podemos despegar! ¡Necesitamos estar todos calmados!—declaró Will, pero hice caso omiso. Seguiría mi espectáculo hasta que me dejaran en paz.

Matt lo miró. Volvió a enfocarse en mí. Quitó su mano y yo aproveché para soltar mi furia a través de palabras:

—¡Eres un idiota! ¡Solo estás ardido porque te recha...!

Antes de poder terminar de soltar el veneno, Matt se tiró contra mí e hizo algo que no previne en lo absoluto: presionó sus labios sobre los míos, silenciándome por completo.

Se mantuvo así por unos cuantos segundos en los que me sentí que me derretía como hielo en pavimento ardiente. Y así de veloz como nuestras bocas se habían unido, se separaron.

Matt se alejó de mí, dejándome sin un gramo de aliento, escasa en fuerza de voluntad y llevándome hasta un planeta donde solo existían flores, unicornios y caballitos bailarines.

—¿Qué tal ahora?—preguntó en dirección a Will, haciendo referencia al despegue.

Will, riéndose de mí por el rostro absorto que traía, se colocó los auriculares de aviación y asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, ahora sí—replicó.

Así empezó a tocar diversos botones, los cuales encendieron el motor de la avioneta. Unas voces, que dictaban coordinadas, resonaron a través de las bocinas.

Entretanto, Matt se volvió hacia mí. Sostuvo mi rostro con ambas manos, para luego clavar sus ojos en los míos, cosa que yo quería evitar a toda costa por la vergüenza que cargaba encima.

—Emma, mírame—dijo—. ¿Confías en mí?

Todavía petrificada por el beso robador de aliento, negué con la cabeza.

—Vaya, eso me duele un poco—enunció él con una sonrisa algo torcida—. Necesito que confíes en mí para lo que haremos, ¿de acuerdo?

Tragando lo que me quedaba de saliva, asentí. ¡Demonios! ¿Cómo podía estar accediendo a esta insania? ¿Y qué si moría? ¿Dónde quedarían todos mis futuros planes? No sé si era porque estaba a minutos de la muerte, pero de pronto sentía demasiadas ganas de empezar esa maldita galería ficticia con Roger y Matt.

El sonido del motor de la avioneta cobró fuerza. No solo era ensordecedor, sino que también ocasionaban unas vibraciones monstruosas que me devolvieron los temblores al cuerpo. Habíamos empezado a movernos.

Como por un impulso nervioso, planteé las manos al suelo al tiempo que solté un grito de horror.

Me fijé en Matt. Ni siquiera me estaba prestando atención. Se pasaba a través del cuerpo un arnés color negro. Primero a través de las piernas y luego el resto por la cintura para finalizar en los hombros. Ajustó una de las hebillas cercanas a su pecho y terminó por acomodar una maleta negra, cuadrada, a su espalda.

—Gusto en conocerte, Emma—resonó la voz de Will en unísono con el ensordecedor sonido del motor—. Me gustaría poder decirte que Matt me ha hablado mucho de ti, pero el idiota es muy reservado como para hablar de la chica que le gusta.

Me atraganté con mi propia saliva. ¿Acaso acababa de decir «la chica que le gusta»?

—Basta, Will—regañó Matt—. No la espantes.

Quise regalarle una sonrisa a Will, la más honesta que intenté para presentarme, pero lo que me salió fue una horrorosa mueca con mi boca chueca.

—Gusto en...—carraspeé—. Conocerte también, Will.

Desde su asiento, Will me mostró su pulgar en alto. Era un tipo relajado, feliz, que disfrutaba esta mierda de las avionetas y el

desperdiciar tu vida por deporte justo como Matt.

Un salto repentino que dio la avioneta, me hizo perder el equilibrio. Caí a un lado, sintiendo que la gravedad me empujaba hacia el fondo. El despegue adquiría fuerza, nos movíamos tan rápido que casi podía imaginar la hélice girando a una velocidad inconcebible.

—¿Qué sucede si... si...?—balbuceé, incorporándome en mi lugar—. ¿Si... no abro el paracaídas a tiempo?

Matt sonrió.

—Mueres.

Otro gritito de horror brotó de mi boca.

—Solo bromeo...—murmuró Matt—. Tú no lo abrirás, lo haré yo. Es tu primera vez, no te tiraré sola al vacío. Así que vendrás conmigo.

Oh por Dios. De verdad haríamos esto. Matt verdaderamente me haría saltar de este aparato demoniaco.

—Santo Cielo, Matt, ¿acaso conoces el significado de una cita normal?—farfullé—. ¡Porque esto está lejos de serlo! ¡LEJOS!

Matt sacó otro arnés de una maleta cercana.

—Eso es porque esto no es una cita.

Will respondió antes que yo lo hiciera y más inteligentemente también:

—Ni tú te crees eso.

Decidí desviar el tema de la cita, porque en este momento tenía otra prioridad: sobrevivir. Y con Matt, extendiendo el segundo arnés negro en mi dirección, no parecía que lo lograría.

—ALEJA ESA COSA DE MÍ—me aferré a la pared—. Mira, inepto, no sé si tu aprecias tu vida, pero yo sí aprecio la mía.

Se acercó más a mí.

—Aprecio mucho mi vida, por eso hago esto—replicó.

La gravedad finalmente nos abandonó. La avioneta se desprendió del suelo, en un despegue robusto, que hizo que nos alzáramos a una velocidad inconcebible.

Will, emocionado, pegó un grito de satisfacción tan agudo que hizo que Matt también lo hiciera. Sinceramente no sé cómo podían disfrutar esto, ¡eran unos desquiciados sin duda!

Yo también grité, pero del pavor que me consumía.

—¿Cómo puedes apreciar tu vida poniéndola en riesgo?—exclamé a Matt. Mi voz ya casi no se oía entre el ruido que había a nuestro

alrededor—. ¡Estás enfermo!

Will carraspeó.

—Es curioso que...—dijo—. Mi esposa me dijo lo mismo cuando le conté que me dedicaría a esto, a parte de nuestra tienda deportiva.

Mi sarcasmo respondió por mí:

—¡Vaya! Debe estar loca también.

Will, luego de reírse, guardó silencio y se concentró en los controles.

—¿Cuánto tiempo, capitán?—gritó Matt.

—¡Ocho minutos, señor!—respondió Will.

—¿SOLO OCHO MINUTOS PARA MORIR?—grité.

Fingí un llanto, que no fue ni tan fingido. De verdad pronto empezaría a llorar.

—No vamos a morir, Emma—manifestó Matt y extendió su mano, en vista que yo me negaba a ponerme el arnés—. Ven, necesito amarrarte a mí. Confía en mí, sé lo que estoy haciendo.

Las voces de la radio resonaron en las bocinas. Hablaban de coordenadas, temperatura, velocidad del viento, altitud para el descenso, entre otros términos que no entendí, ¡porque no se suponía que debía montarme a esta avioneta!

Exhalé el aire. A este punto ya no teníamos marcha atrás. La única manera de salirme de esta era haciendo lo que Matt me pedía.

Con sumo cuidado, me deslicé hasta donde él se encontraba. Suavemente, giró mi cuerpo de manera que mi espalda quedara encima de su abdomen. Pasó el arnés negro por mis hombros, cintura, piernas. Apretó la hebilla que correspondía a mi pecho y estiró una parte de él hasta que todo quedó muy ajustado a mi cuerpo.

—Todo estará bien, lo prometo—susurró en mi oído.

La voz de Will volvió a estremecerme:

—¡Cuatro minutos, Matt!

Meforcé a cerrar los ojos ante un mareo. *Cuatro minutos*. Era muy poco tiempo para pensar en todas las cosas que hubiese deseado hacer antes de retar a la muerte como estábamos a punto de hacerlo.

Matt se puso de pie, obligándome a levantarme con él. Mis pies quedaron suspendidos en el aire, tras la diferencia de altura entre él y yo.

—¿Lista?—preguntó caminando en dirección a la compuerta de la avioneta.

—¡No!—grité despavorida—. ¡Matt! ¡Por favor! ¡No quiero hacer esto!

Matt agarró la perilla de la compuerta. La tiró hacia un lado. Un chirrido leve contribuyó al ruido que maltrataba mi canal auditivo.

—¿Cuál es la regla número cinco, Emma?

Inspiré una gran bocanada de aire. Estaba sofocada, acalorada, sudando de los nervios. O tal vez solo era la sensación que me provocaba tener a Matt tan cerca.

—«Renuncia a tus miedos»—cité sus palabras.

—Así es, mantén eso en mente por favor.

Y así, sin más preámbulo, tiró la compuerta hacia un lado lo que trajo consigo la peor visión de todas: el vacío tan amenazador que nos esperaba.

El viento golpeó sin piedad cada poro de mi piel. Todo mi cabello se revolvió al tiempo que mi estómago también lo hizo.

Cada parte de mi organismo se resintió ante la tempestad a la que estábamos a punto de abandonarnos. Era como si me doliera todo y al mismo tiempo nada. Como si quisiera huir y al mismo tiempo persistir. Como si ese vacío que tenía enfrente, significara abandonarse y al mismo tiempo aferrarse.

Grité lo más alto que pude, pero supe que ningún grito se compararía al infinito que teníamos bajos nuestros pies.

—¡Dos minutos, Matt!—se escuchó otra vez el grito de Will.

«Por favor, no. No quiero hacer esto».

En las alturas, donde mi esperanza en la vida había recaído en la persona que tenía a mis espaldas, reflexioné sobre todas las cosas que carecía: valentía, humildad, tolerancia, perseverancia, amor propio.

Y como si la persona que tenía a mis espaldas hubiese percibido el temor que me infringía carecer de todas esas cosas, bajó sus brazos hasta mi cintura, encontró mis manos y entrelazó sus dedos con los míos.

—Tú puedes con esto—dijo con seguridad, como si conociera algo en mí que yo desconocía.

Tragué.

—¡No, Matt! ¡No puedo!—balbuceé.

Mis ojos se cristalizaron. No supe si era del pavor que me consumía o por el viento que no dejaba de golpearme. Aún así, cualquiera que fuese la razón, las lágrimas amargas estaban a punto de

virtudes.

Ignoré su petición. *Nada* parecía más seguro que permanecer en la oscuridad. La oscuridad en mi campo de visión. La oscuridad en mi corazón.

—¡Emma, confía en mí! ¡Es hora de abrir los ojos!

¿Debía? ¿Debía hacerle caso a este desquiciado que acababa de tirarnos por este abismo tan nefasto?

No, no debía. Pero aún así lo hice. Porque Matt, más allá de hacerme una petición física, hacía una espiritual. Me estaba dando la oportunidad de abandonar en este vacío todo lo que oscurecía mi alma. Me pedía a gritos que permitiera que la luz me invadiera. Rogaba que me diera cuenta que ya no estaba sola, que lo tenía a él como paracaídas en la tempestad.

«Renuncia a tus miedos, Emma», me dije tres veces en mi cabeza.

Y abrí los ojos.

Una lágrima brotó de uno de ellos, y luego otra del segundo. La fuerza electrizante invadió cada uno de mis tejidos, inyectándole la adrenalina que necesitaba para finalmente disfrutar el momento.

Así se pintó en el lienzo de mi vida lo más hermoso que había visto jamás: el Cielo, en su hora más mágica. Era un atardecer tan impactante que parecía pintado con los colores más cálidos que siempre soñé mezclar.

El azul se disipaba con cada milésima de segundo para transformarse en naranja. Un naranja tan vibrante que se degradaba sutilmente hasta una línea amarilla que dividía el horizonte.

Todo se fue: los nervios, temblores, el miedo, la oscuridad. ¿Pero qué tanto era lo que temía? ¿Por qué nos asusta tanto renunciar a lo que nos hace daño?

Reí. Pero con honestidad, porque no tenía motivos para mentir. Me reí a carcajadas, disfrutando del paisaje, los colores, la luz. Experimentando la felicidad infinita que representa renunciar a los miedos que te hacen daño.

—¡Esto es mucho mejor que la playa!—grité a Matt.

—¡Te lo dije!

Él también se rió y ni siquiera necesitaba preguntarle por qué. Teníamos poco tiempo de conocernos, pero era sencillo determinar los motores de felicidad de Matt. Disfrutaba de las pequeñas cosas de la

vida como las sorpresas, un desayuno delicioso, ejercitar el cuerpo o tirarse de paracaídas en medio de un atardecer.

Sus manos apretaron más fuerte las mías y al cabo de unas milésimas de segundo, las extendió hacia un lado. Mis brazos se extendieron de lado al lado a la par de los suyos, pero no sentí miedo ante la falta de protección. Sentí esperanza, libertad, confianza. Sentí que me invadieron todas aquellas cosas que carecía antes de saltar.

Dimos un giro, que hizo que mi estómago diera un vuelco, pero no por los nervios, sino por lo irónica que es la vida. Un día estás comprando cintas adhesivas, salvándole la vida a un total desconocido y en menos de lo que crees, estás dando vueltas en el aire con él en medio de un atardecer de esperanza.

¿De dónde rayos había salido este loco? ¿Y por qué hacía todo esto por una extraña como yo? Si disfrutaba tanto de las pequeñas cosas de la vida, quería decir que... yo, en medio de mi locura, ¿lo hacía feliz también?

No supe cuánto tiempo pasó, pero se sintió que era poco y al mismo tiempo suficiente. Poco para deleitarnos con todos los hermosos colores que habían a nuestro alrededor, pero suficiente para confirmarme que estaba en el lugar adecuado con la persona indicada.

El cielo se oscureció y las luces de la ciudad de Palm Springs vibraron en nuestro horizonte recordándome cuán pequeños somos en este universo. Pequeños, pero no insignificantes.

Un pitido resonó en mi cabeza. Se intensificaba con cada segundo.

Matt soltó mis manos y se las llevó a su casco. Intuí que algún botón tocó, porque el pitido dejó de sonar.

—¿Lista para aterrizar?—susurró.

«No, no quiero aterrizar jamás», pensé. Pero luego caí en cuenta que, o aterrizábamos, o moríamos, así que asentí con la cabeza.

—Así me gusta.

Volví a sentirme inmensa en el mundo, pero solo porque ya veía el suelo acercándose a gran velocidad. Estábamos por pisar la realidad, otra vez.

Había visto un sinnúmero de veces en las películas cómo los dementes que se tiraban de paracaídas tenían que tirar de una cuerda para abrirlo y pensé que justo eso haría Matt a continuación. Sin embargo, lo que en realidad hizo fue tirar una pequeña pelota hacia un lado.

—¡No te muevas!—advirtió.

Una gran ráfaga de viento nos arrastró hacia arriba sin piedad. Volví a sentir la gravedad en nuestros cuerpos.

«Se abrió. El paracaídas se abrió. Seguiremos viviendo».

Eché un vistazo hacia arriba. Una tela azul nos recubría y nos mantenía en un vuelo estable preparándonos para el aterrizaje.

—Es azul—no pude evitar decir.

Matt tan solo sonrió con autosuficiencia como si dijera: «Ni se te ocurra pensar que es coincidencia».

Cuando aterrizamos, no fueron mis pies los que tocaron el suelo, sino los de Matt. Se arrastraron contra la tierra llevándose una pequeña parte de ella y al quedar completamente detenidos, Matt me liberó de su cuerpo, por lo que pude sentir nuevamente lo que era pisar tierra firme. Literalmente.

Demonios, Sinclair era un verdadero profesional en esto.

El paracaídas cayó sobre nosotros, lo que por alguna extraña razón ocasionó que me riera un poco. Luego supe que no era eso lo que me daba risa, sino el hecho de que todavía estuviera viva.

Estallando en una carcajada de estúpida, me tiré al suelo. Quería sentir la dureza del suelo, la humedad del lodo, la frialdad que provocaba en mi piel. Quería confirmar que de verdad estaba viva, porque era imposible creerlo después de aquella caída.

—¡Por Dios estoy viva!—grité como una loca, riendo con más fuerza.

Matt se arrodilló frente a mí al tiempo que removía la tela del paracaídas de nuestros cuerpos. Contagiándose de mi risa, removiéndome su maleta y quitó los arneses que nos asfixiaban.

—¡Estoy viva, Matt! ¡Estoy viva!

—Lo estás, Emma. Lo estás.

Prosiguió a remover sus gafas y las mías.

—Estoy viva...

Quitó su casco y el mío.

—Lo estás...

Nuestros rostros se encontraron. Parecía como si hubiesen pasado mil años desde la última vez que nos habíamos visto. Se sentía como que habíamos cambiado tanto y no sabía por qué.

—Estoy...—murmuré más bajo, sintiendo cómo toda la adrenalina

de mi cuerpo caía en picada—. Viva...

Matt, con expresión enternecida, sostuvo mi rostro con ambas manos. Sus oceánicos ojos destellaban un remolino de emociones que no pude identificar. ¿Preocupación, felicidad, melancolía? Nunca lo sabría con certeza.

—Lo estás—asintió.

Tragué. Ya no quería reír. Ya no me quedaba adrenalina. Ya no recordaba el pavor que sentía. Ya no sentía la oscuridad.

Entonces el remolino de emociones me atacó a mí. Los niveles hormonales de todo lo que te hace feliz descendieron en picada hasta que todo en mi cuerpo tembló.

—Oh por Dios... estoy... viva.

Solté un grito ahogado seguido de una lágrima que dio paso a otra, y luego otra, y luego otra. Eché la cabeza a un lado, con el corazón estrujado y la sensación de no poder controlar mis emociones.

Matt volvió a posicionar mi cabeza frente a él.

—Lo estás—dijo con firmeza—. Estás llena de vida, Emma Bennett.

Y ese fue el último catalizador para mí. Rompiendo en un llanto desahuciado, me tiré en sus brazos a descargar todo aquello por lo que nunca había llorado: lo difícil que fue separarme de mis padres, empezar una vida en un país desconocido, seguir mis sueños a pesar del robusto camino que eso representa y lo más importante, lloré por todas las virtudes que ansiaba tener. En ese momento ni siquiera recordé a mi expatán, hasta me pareció que era ridículo desperdiciar lágrimas en algo tan insignificante.

¿Pero qué ocurría conmigo? ¿Cómo podía pasar de reír como loca a llorar desconsoladamente? ¿Eso le ocurre a las personas normales?

—¡Lo siento!—exclamé—. Oh, Cielos, ¡lo siento tanto! Lo siento, yo no quise... yo no...

Sin esperarlo, Matt me abrazó. Su mano recorrió mi espalda en suaves toques, hasta que quedó sobre mi cabeza. Suavemente la acarició como diciéndome: «Llora. Estoy aquí. Llora todo lo que necesites».

—Está bien, linda... está bien—susurró despacio—. Yo también hice eso la primera vez.

Y así, con la confianza que aparentemente solo él sabía proporcionarme, estallé en un llanto desconsolado. Uno que representó la

más grande catarsis que había tenido en toda mi vida en los brazos de alguien que había superado su propia oscuridad.

—Eso que sientes ahora mismo...—dijo Matt, enredando sus dedos en mi cabello—. Se llama «libertad». Y sin importar lo que todo el mundo diga, «ser libre» no es «lograr escapar». Es «estar dispuesto a quedarse» con un nuevo y fortalecido propósito.

Por primera vez desde que nos conocimos, me aferré a Matt. No porque estuviésemos saltando y mi vida dependiera de ello, sino porque así sentía que quería hacerlo. Aprecié tenerlo cerca, brindándome sensatez, esperanza, la confianza que necesitaba para seguir el vuelo arriesgado que es la vida.

—«Libertad» es aceptar tu presente, sin importar de dónde provienes. Es reír de dicha, llorar de alivio, renunciar a lo que te hace mal...

Me separé para mirarlo.

—«Libertad»...—continuó Matt, conectando sus ojos con los míos—. Es respirar bajo tu perspectiva y no permitir que nadie te robe ese aliento.

Sonrió. Pasó las yemas de sus dedos por mi rostro para secar mis lágrimas, un gesto que solo mis padres e Isabella habían tenido conmigo desde que nací.

—Opino que todos deberíamos aspirar a esa libertad, ¿no crees?

Sonriendo también, asentí. Las lágrimas seguían brotando de mí, pero en un llanto sereno, dispuesto a cesar pronto.

—¿Por qué me hiciste saltar de esa avioneta?—pregunté entre sollozos.

—¿Fue tan malo así?

Negué con un ligero movimiento de cabeza.

—Todo lo contrario. Ahora siento que puedo hacer lo que sea.

—Ahí tienes tu porqué.

El ciclo de reír, llorar, reír, terminó en reír otra vez. Lo hice en la cara de Matt, pensando en lo terrible que debía verme: llena de lodo, mocos, piel hinchada, ojos enrojecidos.

—¡Maldición, Matt!—reí, llorando—. ¿Dónde demonios aprendiste esas estúpidas reglas?

Él se rió a mi par. Odiaba que le dijera que sus reglas eran estúpidas. Pero yo odiaba encontrarme frente a él tan vulnerable y él lo

sabía. Sabía que había tirado todas mis barreras abajo en este momento y solo por eso, no me recriminaría que le dijera que sus reglas eran estúpidas.

Sus manos volvieron a mis mejillas. Acarició una a una, secando la humedad que prevalecía en ellas. Se veía complacido, tal cual príncipe con la doncella en peligro entre sus brazos.

—Pero mira nada más... Emma Bennett tiene sentimientos después de todo—dijo, burlesco.

Bufé. ¿Cómo se atrevía a burlarse de mí en un momento de tan profunda melancolía? ¡Estaba abriéndole mi corazón y él se lo tomaba como chiste! ¡Eso no era digno de un príncipe!

—¡No me molestes!—rugí.

La lluvia cesó en mi corazón. Dejé de llorar porque ahora ansiaba que el Sol saliera y brillara como nunca antes lo había hecho (sí, ya sé qué era de noche, pero quería sonar filosófica, ¿de acuerdo?).

Ahí fue cuando caí en cuenta de cuán cerca tenía a Matt. Era tan poca la distancia que existía entre nuestros rostros que podía sentir su respiración, coincidiendo con la mía.

Tomé distancia, pero solo para comprobar que él se acercaba más a mí. Oh no, ¿y ahora qué hacía? ¿Sería el movimiento en falso que yo creía que era?

Todos mis sensores de auto-protección se activaron. Así, tan cerca el uno del otro, con las sonrisas a flor de piel, estábamos entrando en un terreno demasiado peligroso, y no, no me refería al suelo de lodo en el que estábamos sentados.

—¿Qué? ¿Qué haces?—me quejé.

Las manos de Matt pasaron de mis mejillas a mi mentón. Lo acarició durante unos cuantos segundos y me acercó más a él.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—¿Viendo eh...?—titubeé, nerviosa—. ¿Los poros de mi piel?

Matt negó, serio.

—Voy a besarte, Emma.

Oh por Dios. Oh por Dios. Oh por Dios. No estaba preparada para este momento. En las terribles películas de romance el co-protagonista nunca avisa que besara a la protagonista. Solo lo hace y punto, y se ve mágico. Y es perfecto. Y no se acaban de tirar de paracaídas. Y no están llenos de lodo, ni moco, ni sudor.

—¿Por qué harías eso?—carraspeé, en busca de ganar tiempo.

El aliento me faltaba, los nervios me atacaban. Matt sonrió, llenándose de esa seguridad que lo caracterizaba. Ni siquiera se había percatado de mi pelea interna. El descarado no dudaba de lo que estaba por hacer, yo era la única que pensaba que no era una buena idea.

—Porque es algo que ambos queremos, pero tú eres demasiado orgullosa para admitirlo.

Su tono fue tan seductivamente seguro que de pronto, toda mi perspectiva respecto a él cambió. Ya no era el desquiciado que conocí en una ferretería y me persiguió por todo Los Ángeles. Empecé a verlo como lo único que era: un hombre. Uno atractivo, de mirada profunda como el mar y con un porte decente para poder cargarme en paracaídas en plena caída en picada.

Y luego sucedió lo que posiblemente me ocasionaría que me arrepintiera de mis acciones. Me vi a mí misma como lo único que yo también era: una mujer. Una renovada, con mejor autoestima, que merecía la chispa del romance en su vida.

Sonreí, permitiendo que el efecto Sinclair, del que tanto había huido, se manifestara en mi débil cuerpo humano.

—¿Entonces qué demonios estás esperando para hacerlo?

Matt ni siquiera dudó de mi inesperada aprobación. Estaba ansioso.

Lo raro fue darme cuenta que yo también lo estaba. Mi raciocinio me decía que lo pensara mejor, que todavía podía evitar que este momento se diera, pero mi corazón lo pedía a gritos. Porque él, en medio de todo, fue el único que registró cada uno de los gestos románticos de Matt:

Primero, la mirada que no transmitía más que deseo.

Segundo, su mano acariciando mi rostro como si todavía fuese algo prohibido.

Tercero, la anulación voluntaria de la distancia entre nosotros a través de un cálido abrazo.

Cuarto, el leve roce de su boca sobre la mía, que contra todo pronóstico, se sintió menos inseguro de lo que esperaba.

Y quinto, sus labios fundiéndose sobre los míos, como si todo este pequeño momento de felicidad, que en realidad no era tan pequeño, estuviese destinado a suceder.

Es una larga, pero valerosa historia

Se sintió raro al principio.

Fue salir de la zona de confort y entrar en otro mundo. Uno desconocido, diferente, peligroso.

Por eso, al principio, hice resistencia, lo que Matt detectó y optó por envolvernos en un ritmo lento y delicado. Un ritmo donde ninguno tuviese nada que explorar, o sentir, o juzgar.

Pero entonces sentí que algo me hacía falta. Que necesitaba más. Mi corazón se rehusaba a besar al Matt que iba despacio por la Emma temerosa. Cada parte de mí anhelaba revivir la pasión compartida la noche anterior, donde sin importar la circunstancia, ninguno de los dos estaba inseguro al besar al otro.

Así que presioné más fuerte, sin importarme cuán desesperada eso me hiciera ver. Porque lo estaba. Maldición, vaya que lo estaba.

Matt entendió el mensaje. Lo supe porque aún con nuestros labios unidos, sonrió como si dijera: «Ya era hora».

Y así, sin más, presionó con la misma fuerza que yo lo hice y fue como encender el pequeño fuego de un fósforo, que se unió a otros miles, hasta formar una gran y ardiente hoguera. El beso se tornó en una llama tan viva, que cualquiera hubiese sentido las brasas estando cerca.

Nuestros labios, encajando perfectamente, empezaron a moverse con avidez y perfecta coordinación. Como si hubiésemos tenido una vida entera practicándolo. La química entre los dos era indudable.

Entre respiraciones agitadas, enredé mis brazos en su cuello y lo traje más cerca de mí. Él, entretanto, apretó sus brazos en mi espalda, deslizándolos hasta la parte baja de mi espalda.

No sé en qué momento sucedió, pero caímos en el pavimento, probablemente buscando una posición más cómoda. Mi espalda, recostada sobre el lodo y mis piernas, abrazando el estómago de Matt, quien ahora estaba encima mío.

Todas las sensaciones se desataron en mí: las mariposas en el

estómago, la electricidad en mis entrañas, el corazón latiendo a mil por hora.

Oh Cielos, Matthew Sinclair, ¿qué demonios me estabas haciendo?

Del peso, el aire empezó a hacerme falta, pero no quería detenerme. No sabía si el momento se volvería a repetir, así que decidí vivirlo al máximo.

—*¡Matt!*—de pronto se escuchó una voz a lo lejos.

No obstante, ninguno se esmeró en prestar atención. Estábamos en una dimensión alterna, donde no importaba más nada que sentirnos el uno al otro, porque este beso tan apasionante en el que estábamos sumergidos era algo que necesitábamos desde hace tiempo, pero ninguno quiso admitirlo hasta ahora.

—*¡Maldición, Matt, consíganse una habitación!*—gritó la voz otra vez, lo que me permitió identificarla.

Will.

Abrí los ojos de golpe. Me separé con brusquedad de Matt y observé a mi alrededor. En la salida del terreno baldío, Will se encontraba haciéndonos señas con las manos. Y no estaba solo.

—No le prestes atención—murmuró Matt, alcanzando mis labios por segunda vez para juntarlos con los suyos.

Intentó sumergirnos de nuevo en la apasionante dimensión donde solo nosotros importábamos, pero no pude evitar sentir las miradas encima.

Abrí un ojo. Will me saludaba, acompañado de un grupo de personas completamente desconocidas para mí, pero que aún así, tenían sus ojos clavados en Matt y en mí, como si fuésemos un divertido espectáculo para ellos.

«Madre mía. Trágame lodo ya».

Con la cara ardiendo de la vergüenza, volví a separarme de Matt, lo que ocasionó que él exhalará fastidiado.

—Emma...—reclamó.

—Lo siento, pero no puedo besarte con tanta gente mirando—dije, señalando al público que Will nos había traído de gratis.

Matt giró la cabeza en la dirección que le mostraba, aquella donde Will y los demás continuaban ondeando sus manos en el aire. Sus ojos se abrieron como dos platos, lo que me confirmó que había entendido mi punto.

Escondí la cabeza en el pecho de Matt, como si eso fuese a ayudar en algo. Entretanto, él, contagiándose de mis nervios, balbuceó en busca de palabras consoladoras, pero creo que se dio cuenta que nada funcionaría, así que se quedó silenciado.

Todavía abrazando mi cuerpo, se puso de pie, lo que hizo que yo quedara de pie también. Rápidamente recogió paracaídas, cascos, gafas, arneses, todo lo que nos habíamos quitado en nuestro momento de terrible película romántica.

Optimizó todo para poder sostenerlo con una mano y con la otra, agarró mi mano. Así, él con la cabeza en alto y yo mirando a todas partes menos a nuestros espectadores, caminamos hacia la salida.

La llegada a la salida no mejoró nada. Porque nos encontramos con un Will, risueño, lleno de tanta perspicacia, que me dieron ganas de patearlo.

Detrás de él, una muchedumbre de gente compartía la misma expresión que Will. ¡Demonios! ¿Quiénes eran todos ellos? ¿Trabajarían aquí o algo?

«¿Trágame lodo? TRÁGAME PLANETA YA».

—Lindo beso, chicos—dijo Will cuando pasamos a su lado.

Pues sí... no podía opinar lo contrario.

Matt soltó mi mano y se giró hacia Will con una sonrisa de sarcasmo impresa en la cara.

—Sí, bueno, linda manera de interrumpirlo—farfulló al tiempo que enterraba los cascos y el equipo de paracaidismo directo en el estómago de Will.

Will, adolorido, se quejó, pero luego soltó la carcajada del siglo.

Matt se volvió hacia mí para agarrarme la mano y seguir caminando.

—¡En serio, hermano, estoy sorprendido con tu estrategia!— continuó gritando Will a nuestras espaldas—. ¿Hacerla llorar y luego besarla? ¡Que te den un premio ya! ¡Emma, estás saliendo con un gran estratega! ¡Valóralo!

«*Saliendo*». Sinceramente pensaba que eso era lo que menos nos identificaba a Matt y a mí en este momento de nuestras vidas, pero decidí no meterle cabeza. Porque en aquel instante, me moría de ganas de voltearme, correr hacia Will, caerle encima y matarlo con mis diminutos puños, como Matt solía llamarles.

—¡Silencio, Will!—exclamó Matt.

Pero lo que en realidad hice fue reírme de sus chistes. Porque bien o mal, me sentía feliz de que Matt contara un amigo tan íntimo, tal como yo contaba con Isabella. ¡Ah, Isabella! Temía tanto que nuestra amistad cambiara cuando se comprometió con Joseph, pero esa mujer me quería tanto que me llevó a vivir con ella y su futuro esposo para poder seguir teniéndome cerca.

Ya alejados, la voz de Will desapareció, a lo que me atreví a preguntar:

—¿Dónde estamos?

—En una extensión de la academia—replicó Matt—. Estabas tan ocupada sintiéndote horrorizada y gritándome lo demente que estoy que no te diste cuenta que nunca salimos de aquí.

Lo estaba... de verdad que lo estaba.

El auto de Matt se vislumbró y llegamos a él. Matt desactivó la alarma, abrió la puerta del maletero y sacó nuestras maletas donde previamente habíamos guardado nuestro primer cambio de ropa.

Mientras lo hacía, aproveché para echar un vistazo a nuestro alrededor. Will ya se había ido, quién sabe a dónde, pero la gran multitud de personas, que en realidad solo eran hombres nos seguían observando.

No... *me observaban a mí*. Como si fuese una carnada fresca lista para ser pescada.

—¿Por qué rayos me miran así?—susurré a Matt.

Él se rió con picardía.

—Tal vez también te encuentran tan atractiva como yo.

El rubor me tiñó las mejillas en cuestión de milisegundos. Estúpido Matthew Sinclair, acabábamos de compartir un beso caliente y ya creía que podía decirme a diestra y siniestra lo atractiva que era.

—Mejor me cambio en otro lugar—murmuré, avergonzada, agarrando mi maleta.

Corrí hacia la puerta de copiloto y la abrí. Por lo menos dentro del auto tendría más privacidad. Removí el traje de caída libre y me cambié a mi atuendo anterior. Un poco más calmada, inhalé el aire que me hizo falta en la última hora y pensé en los sucesos recientes.

Oh. Por. Dios.

OH. POR. DIOS.

Acababa de besarme con Matt y había sido irremediablemente

bueno. Sabía que lo había sido porque:

1.) Me estaba acariciando los labios, rebosante de alegría, llena de la maldita fuerza electrizante corriendo por mis venas.

2.) Las mariposas con las otras porquerías coloridas revoloteaban como mismas plagas en mi estómago y,

3.) Porque lo rememoraba una y otra vez, ansiosa de que volviera a suceder.

Oh no, estaba tan fregada.

Una sonrisa de estúpida empezó a asomarse por mi rostro. Justo en dicho momento, escuché que Matt abría su puerta de conductor, así que la borré más rápido que liebre en fuga. Me acomodé en el puesto, pretendiendo neutralidad, mientras él también se acomodaba en el suyo.

—Así que...—carraspeé—. ¿De vuelta al hotel?

Matt, con una sonrisa de estúpido también, negó.

—No, todavía no. Quiero mostrarte un lugar antes.

¡Sí! Pasaría más tiempo a solas con él.

Espera, espera, ¿yo dije eso? ¡Ay! ¡Estaba muy, MUY fregada!

Matt introdujo la llave en el *switch*, pero no encendió el auto. Se quedó silenciado, mirando al timón y luego giró el cuerpo en dirección a mí para agarrar mis manos.

Oh, maldición, ¿y ahora qué?

Mi corazón se aceleró, pero mi raciocinio le dio una cachetada exigiéndole que se controlara.

—Solo para que sepas...—dijo—. He saltado de esa avioneta alrededor de 300 veces en los últimos cinco años—hizo una pausa y continuó—: Pero este aterrizaje... ha sido el mejor que he tenido.

«Oh por Dios, se me sale el corazón. SE ME SALE EL CORAZÓN. ¡Que no me tiemble la mano! ¡QUE NO ME TIEMBLE LA MANO, POR FAVOR!».

—Y qué lástima que nos hayan interrumpido así—me atacó con su arma mortal—. Pero lo dejaremos como un pendiente, ¿de acuerdo?

Era todo, moriría de un paro cardíaco.

¿Cómo alguien podía hacerme sentir tan nerviosa? ¿Tan falta de mucho y al mismo tiempo llena de todo? Maldición, amaba esta vitalidad que Matt me proporcionaba. Nunca en mi vida había experimentado la sensación de escuchar latiendo mi corazón en mi oído, ni sudar en frío y caliente al mismo tiempo.

Decidí solo asentir con la cabeza. Porque si tan solo pensaba en hacer otra cosa, me tiraría en sus brazos a besarlo otra vez.



La noche se veía apacible mientras paseábamos por la extensa carretera de Palm Springs.

No había música, ni conversación, ni cánticos. Solo Matt y yo, agarrados de la mano, en silencio, disfrutando la presencia del otro. O al menos eso esperaba.

Dicen por ahí que si puedes estar con una persona en silencio y no es incómodo, entonces tienes una conexión especial con esa persona. Debía ser cierto porque lo estaba experimentando en este preciso momento.

No era como si no tuviésemos nada que conversar, sino que ese mutismo nos permitía intercambiar miradas y sonrisas que decían mucho más que las palabras.

Odiaba admitirlo y seguramente me arrepentiría luego, pero vaya que estaba amando aquel instante. No todas las compañías son agradables, pero la de Matt era especialmente cautivadora.

Tenía algo que ver con los destellos en sus ojos, que titilaban con cada faro de luz que pasábamos. Con la seductiva concentración que denotaba al volante. Con que cada vez que lo miraba, recordaba el beso tan apasionante que habíamos compartido en la tarde y me hacía tener sensaciones agradables.

Entramos por una vía un tanto abandonada. Ni siquiera tenía letrero, solo se trataba de un sendero en subida con un vistoso acantilado a cada lado.

Miré al reloj: 8:02 p.m. ¡Vaya! ¿Nos habíamos demorado tanto así? Definitivamente el tiempo se pasa volando cuando te diviertes.

Árboles se presentaron en mi campo de visión. Veinte minutos se añadieron al reloj del tablero digital. Más árboles. Casas en el fondo del acantilado. Más minutos al reloj.

Cerré los párpados unos segundos. Necesitaba un descanso. Habían sido las últimas cuatro horas más intensas de toda mi vida, pero todo parecía valer la pena. No me arrepentía de nada.

Al volverlos a abrir, el auto estaba detenido. Matt ya no estaba a

mi lado en su puesto de conductor, sino que ahora, acababa de abrir mi puerta.

Extendió su mano en mi dirección.

—¿Mi damisela?—dijo, divertido.

Llena de la misma diversión, sostuve su mano. Así permití que bajara mi cuerpo del auto, como un príncipe que baja a su princesa del caballo.

Cielos... ¿Qué rayos estábamos haciendo? Definitivamente todo me había salido al revés, pero sentía que quería disfrutar el momento al máximo sin preocuparme por las consecuencias.

Juntos caminamos hacia el fondo del acantilado, al cual Matt me dirigió. Ahí, justo como con la aventura en paracaídas, me maravillé con el paisaje tan alucinante que mis sentidos lograron percibir: Las estrellas brillaban en su máximo esplendor en los alrededores de Palm Springs, ciudad que se veía tan vistosa y encantadora como la primera vez que me encontré con ella.

—Espera aquí—dijo Matt y desapareció de mi lado.

El sonido del maletero del auto abriéndose retumbó a mis espaldas. Lo ignoré, pues el paisaje era demasiado para mí.

—Ojalá pudiera capturar esta vista—dije, absorta.

—Sí puedes—replicó mi sensual sirviente a mis espaldas.

Confundida, me giré hacia él. En una mano sostenía una maleta negra muy conocida para mí.

—Espero no te importe, la vi en tu escritorio y creí que la necesitarías.

Se trataba de la bolsa donde guardaba mi cámara y mis lentes profesionales, con los cuales había retratado momentos muy especiales en mi vida y la de muchas personas.

—¿Planeas todo?—sentí necesidad de preguntar.

—Casi todo.

Agradecida por la ironía del momento y el don de planificación de Matt, recibí la maleta. La coloqué en el suelo y saqué todo mi equipo.

Me fijé en el cielo. Estábamos en una zona tan oscura, cubierta por árboles, que le permitía a la vía láctea reflejarse de manera extraordinaria en el cielo.

Configuré mi cámara: lente de 18 milímetros, velocidad lenta, apertura muy abierta, ISO de muchos miles. Probé ángulos, realicé

pruebas.

—¿Vienes a pensar aquí?—pregunté a Matt, dándole un vistazo a las fotos que se reflejaban en la pantalla de mi cámara.

No era la exposición ideal. Tendría que cambiar el lente. Caminé de regreso a mi maleta.

—No—replicó Matt—. Traigo a las chicas que me gustan para ver si logro conquistarlas.

De la impresión, casi dejé caer el nuevo lente elegido para mi sesión, por lo que, temblando un poco, lo agarré más fuerte.

Matt soltó una risa ahogada.

—Solo bromeo, Emma—dijo, volviendo a su seriedad—. Nunca había traído a nadie aquí, no suelo compartir las cosas que me hacen feliz con nadie, ya que como te habrás dado cuenta, no tengo muchos amigos.

—¿De qué hablas? Compartes tus estúpidas reglas de felicidad conmigo.

Bufó.

—Ya te dije que no son estúpidas.

Ajusté el nuevo lente. Hice un par de tomas más. Revisé las fotos. Se veían tan bien, que me dediqué unos cuantos minutos más a seguir capturando el esplendor del Cielo tan impresionante que la Madre Naturaleza nos regalaba hoy.

—Sí que lo son—seguí con el chiste oscuro—. En serio, Matt, ¿dónde las aprendiste?

Matt frunció el ceño. Nunca le parecería gracioso que yo le dijera que sus reglas eran estúpidas.

—¿De verdad quieres saberlo?—dijo, al cabo de unos segundos.

Hice una última foto y asentí con la cabeza. Guardé todo el equipo y me senté a su lado en el suelo, donde me esperaba paciente hasta que terminara mi sesión del paisaje.

—Me harías muy feliz si me lo dijeras—repliqué.

—Ah, la palabra clave—murmuró—. De acuerdo, te lo contaré, pero con una condición.

Me sentí fastidiada. Seguro me pediría un beso, y aunque eso no era nada malo para mí (era bueno, lo admito), no me parecía que esa fuese la manera de conseguir eso de mí.

—¿Qué? ¿Todo siempre será negociando contigo?

—No—respondió—. Debes aprender cuándo es el momento

apropiado para negociar con las personas y contigo es muy fácil saberlo.

Lo miré con ojos entornados.

—Así que me analizas.

Me atacó con su arma mortal.

—Mucho—replicó, más honesto de lo que esperaba—. Así que este es el trato: yo te cuento de dónde saqué las estúpidas reglas y tú me compartes las fotos que acabas de hacer.

Oh, ¿solo eso? ¿En serio?

«Bien, Sinclair, juegas bien».

—¿En serio? ¿Solo eso quieres?—pregunté, tratando de no sonar desilusionada, pero aparentemente fallé en mi misión.

Matt se rió.

—Déjame adivinar. Pensaste que te pediría un beso a cambio.

Tiré el cuerpo hacia atrás de la impresión. ¿Podía ser Matt más honesto? Admiro a la gente que no se avergüenza de decir lo que piensa, pero Matt se pasaba de la raya.

Balbuocé. Antes de poder inventar una de mis tontas excusas, él continuó hablando:

—No necesito negociar eso contigo, Emma.

Carraspeé. Mis mejillas estaban por sonrojarse del nerviosismo que las palabras de Matt me producían, pero me controlé. Maldita sea, este juego se ponía cada vez más difícil de jugar.

—Trato hecho—repliqué, cambiando radicalmente el tema—. ¿De dónde sacaste las estúpidas reglas?

Negando con la cabeza, como dejando entrever el caso tan perdido que yo era, volvió a su seriedad. Sus oceánicos iris se dirigieron al horizonte, donde las estrellas perdían luz a causa de algunas nubes entrometidas.

Entonces su mirada cambió. Se llenó de una melancolía más gris que las propias nubes que interferían con nuestro paisaje.

—Es una larga historia—respondió—. Y para empezarla, no las “saqué” de algún lugar. Yo las hice.

Presté atención.

—Hace cinco años, cuando mis padres fallecieron—narró—. Mi mundo se derrumbó por completo. Por más que intentara salir adelante, no encontraba ninguna manera. Ellos lo eran todo para mí.

Me retorcí un poco. Oh no... quizás no debí preguntarle. Pero

quería conocerlo mejor, quería que me permitiera entrar en su vida como yo le había permitido entrar en la mía.

—Fue entonces cuando Jane y Joseph intervinieron. No sé cómo ni por qué, pero ellos parecían sobrellevar el asunto mejor que yo. Tal vez porque eran mayores.

—¿Qué edad tenías?

—21. Fue el mismo día que cumplí 21—replicó—. A mí madre le gustaba celebrar los cumpleaños en grande, así que invitamos a toda nuestra familia a una gran cena en casa, donde ella cocinaría para todos, pues disfrutaba mucho hacerlo.

Se sonrió, pero volvió a la seriedad casi de inmediato.

—En la noche, cuando todos los invitados estaban en casa, mis padres fueron a comprar algunas bebidas. Ella recién había tenido un procedimiento quirúrgico, así que no podía manejar, y mi papá la cuidaba tanto, que a donde fuera, la acompañaba.

No conocía a plenitud a Matt, pero había una cosa que sí sabía: para nadie es fácil hablar de su pasado, menos si es uno del que tuviste que escapar para estar mejor. Y el hecho de que él hubiese vuelto a eso, para poder contármelo, quería decir que era alguien fuerte y que confiaba en mí.

Por eso, cuando noté que sus ojos empezaban a humedecerse, me acerqué más y puse mi mano sobre la suya.

—Se estaban tardando—continuó—, así que los llamé para saber cómo iba todo. Y mi mamá, con la tranquilidad que la caracterizaba, me dijo que todo iba bien, que ya casi llegaban a casa.

Su mano tembló, así que la apreté en busca de darle un poco de mi fortaleza adquirida durante el atardecer de esperanza.

—Estaba por decirme algo más, cuando de pronto, escuché un terrible estruendo. Se oyó tan cercano, que creí había sido en la cocina de la casa, que era donde me encontraba. Pero cuando escuché los gritos, supe que era algo que estaba sucediendo a través de la línea telefónica.

Todo se estremeció en mí al imaginar la historia y lo que seguía. Sin embargo, tragué pesadamente, y me preparé mentalmente continuar escuchando.

—Con las voces, el ruido, las bocinas de los autos y todo lo demás que lamentablemente todavía podía seguir escuchando a través del teléfono, fue fácil saber qué había ocurrido: un accidente automovilístico.

Pero en ese momento, todo era tan confuso para mí, que tan solo me quedé ahí, en shock, escuchando los sonidos, en vez de correr a avisar lo que había sucedido.

Mis propios ojos, que estaban más vulnerables que nunca, se humedecieron en la medida que los de él seguían haciéndolo.

—Cuando finalmente pude reaccionar, ya nos encontrábamos en el hospital, haciendo papeleo, peleando contra el sistema policial en busca de respuestas, llenándonos de incertidumbre sobre lo que pasaría con la vida de las personas que Joseph, Jane y yo más amábamos en este mundo.

Hizo una pausa. Una en la que tuvo que respirar hondo, porque lo que venía, seguramente era la peor parte de la historia.

—Y luego, días más tarde, la incertidumbre acabó, cuando recibimos la noticia de que mi papá había fallecido, y horas más tarde, mi mamá lo hizo—su voz se quebró, pero hizo el mejor esfuerzo para continuar—. Fue extraño aceptar la noticia porque nunca logré verlos ni una sola vez. La última vez que los había visto estaban riéndose, montándose en el auto para comprar unas bebidas a unas pocas cuadras de nuestra casa. Nunca los vi heridos, o luchando para sobrevivir, y creo que eso fue lo mejor que me pudo pasar en la vida.

Se forzó a sonreír.

—Los siguientes sucesos se dieron demasiado rápido: papeleos por defunción, un funeral y por supuesto, un extenso proceso penal contra el conductor que ocasionó el accidente, y que se había dado a la fuga durante el mismo. Uno que Joseph tuvo que enfrentar, porque era el mayor de nosotros, y que ganó fácilmente, porque los hechos así se lo permitieron—dijo—. Al culpable le dieron una sentencia decente, que obviamente se tradujo en ir a prisión por unos 5 o 7 años y a nosotros nos dieron una indemnización decente para mantenernos por un par de meses.

Su mirada se fue hacia las estrellas, que volvían a brillar por la reciente ausencia de las nubes entrometidas.

—No fue mucho y supimos que luego de eso vendrían tiempos económicos difíciles, porque éramos una familia que vivía cómoda, pero solo porque mis padres trabajaban en exceso.

Sentí la necesidad de intervenir.

—Espera, ¿no tenían dinero?—pregunté—. Isabella dijo que cuando tus padres murieron, ustedes heredaron una gran fortuna.

—Es porque ésa es la historia más fácil que decidimos contar en

caso que alguien preguntara y la historia que hicimos prometer a Isabella que contaría en caso de encontrarse en la misma circunstancia.

—¿Y cuál es la historia real?

Quedó en silencio. Abandonó su enfoque en las estrellas para entregármelo a mí. Su mirada transmitía tanto:

«¿Debería contarte?»

«¿Puedo confiar en ti?»

«¿Vale la pena volver a esto solo porque tú me estás preguntando?»

«¿Tan siquiera somos amigos para que lo sepas?»

—La historia real es que...—dijo, adquiriendo seguridad con cada palabra—. Luego de un homicidio, ya sea involuntario o no, el culpable queda tan traumatizado como los familiares de las víctimas. Y que luego de un mes en la cárcel, ese hombre que nos arrebató la vida de mis padres, se arrebató su propia vida también. Para la sorpresa de todos, era alguien con una gran suma de dinero en su cuenta bancaria, sin familia y que ya tenía varios récords de accidentes automovilísticos por problemas de alcoholismo—hizo una pausa. Prosiguió—: Así que, ya que no tenía a nadie a quien heredar su dinero, las autoridades decidieron dividirlo en dos: una parte para varias fundaciones benéficas y la otra para los tres jóvenes víctimas del homicidio de sus padres.

El shock se me concentró en la boca del estómago, que dolió de tan solo imaginar ese oscuro periodo para los Sinclair. Yo me quejaba de mi vida, de la escuela a la que asistí, de mis padres, de tener que mudarme para poder aspirar a mis sueños, de un estúpido rompimiento amoroso, pero Matt, a tan corta edad tuvo que enfrentarse a dos dolorosas muertes, problemas legales, el soborno emocional.

—Fue una generosa donación de 300 mil dólares—reveló—. Que creyeron nos ayudaría a subsistir, recuperarnos emocionalmente, estabilizarnos. Y nosotros, que igual no estábamos en posición para rechazarlo, lo aceptamos, depositamos en una cuenta bancaria en caso de emergencias y prometimos no usarlo hasta que fuese realmente necesario.

Dio un hondo respiro.

—¿Pero te digo algo, Emma? Ninguna suma de dinero, por más grande que sea, te da la felicidad, que en mi caso se resumía a tener de vuelta a mis padres. Así que incluso con el dinero, incluso teniendo a mis hermanos todavía conmigo, incluso con el pasar del tiempo, que dicen es

lo único que repara a las personas, yo no me pude recuperar. Caí en una depresión tan enorme, que dejé de creer en todo: en la vida, en mis ideales, en mí, en el porqué para seguir adelante.

Tragué. Esta vida, tan dura que es, te hace anteponerse a las otras personas del mundo. Preocuparte por tu propio dolor, enaltecerlo por sobre el de los demás y no darte cuenta que hay personas que sufren más que tú.

Pero cuando antepones a alguien por sobre ti, enalteces su dolor y te das cuenta que su sufrimiento es peor, adquieres tanta humildad, que te vuelves empático. Y esa empatía, que logré adquirir aquella noche que Matt me contaba su difícil historia, me llevó a derramar algunas lágrimas por su dolor.

Matt, tan principesco como siempre, secó mis lágrimas con las yemas de sus dedos, acarició mis mejillas y prosiguió con su historia:

—Ahí fue cuando mis hermanos decidieron intervenir—dijo—. Me agendaron una cita con un especialista en la materia, en vista que teníamos un poco de dinero para pagarlo.

—¿Te agendaron una cita con un *psicologo*?

Por primera vez, desde que la triste historia había dado inicio, Matt se rió. No era mi ideal lanzar chistes en un momento así, pero ni siquiera en un momento dramático podía dejar de ser yo misma.

—Sí, con un *psicologo*—replicó él.

Me reí también por seguirme el chiste.

—Tuve muchas sesiones con él y fueron de gran ayuda. Pero aún después de varios meses visitándolo, todavía me sentía vacío—dijo—. Fue en una de las últimas sesiones donde dijo algo que nunca olvidaré: «La única forma de superar la oscuridad es sabiendo con certeza de dónde proviene la oscuridad». Y ahí fue cuando mi verdadera terapia inició, porque yo mismo sentí que ya estaba preparado para salir de la oscuridad—pausa. Continuó—: Tomamos una libreta, hicimos una lista de las cosas que me hacían sentir triste en aquella época y me pidió que les buscara una solución. Cómo erradicarlas para poder ser más feliz.

—Y las estúpidas reglas de felicidad nacieron.

—Y las estúpidas reglas de felicidad nacieron—citó, corroborándolo—. Fue difícil, porque uno nunca sabe cómo superar la oscuridad, pero luego de unas cuantas sesiones más, logramos sacarlas y luego...

—Te pidió que las llevaras a cabo todas.

Asintió, guiñando un ojo.

—Muy perspicaz, Emma—declaró—. Punto para ti.

¡Un momento! ¿Acaso acababa de usar mi referencia de la tabla ficticia de puntuaciones? Vaya, yo era hermosa, llena de vida y una gran influencia en el mundo.

—Mi misión era realizar una por sesión y contarle en la siguiente cómo me había ido.

—¿Las hiciste todas?

Negó.

—Solo me faltó una.

Alcé una ceja.

—¿Cuál?

Frunció el ceño.

—Obviamente no te lo diré.

—¡Oh, vamos!—reclamé—. Acabo de quedarme callada por más de una hora escuchando tu triste historia, me merezco saber más allá de lo que crees que no debo saber.

Empujó mi frente con el dedo índice.

—Ni siquiera he terminado de mostrarte todas las reglas, apenas llevo cinco, ¿por qué te lo diría?—contraatacó—. No bromeo cuando te recuerdo que debes aprender a valorar las sorpresas.

Solté su mano para cruzarme de brazos.

—Bien—accedí.

Matt des cruzó mis brazos y volvió a agarrarme la mano.

—Si te quedaste escuchando mi triste historia durante más de una hora y me agarraste la mano, no esperes que permita que me la sueltes ahora porque no te di el gusto en algo.

Agh, estúpido e ingenioso contraatacante Sinclair.

—De acuerdo, punto para ti, no te soltaré la mano.

Con su maldita arma mortal en su máximo esplendor, llevó mi mano a sus labios depositando un profundo beso en ella. Como si yo realmente fuese su damisela y él, el caballero intentando venerarla.

—Estoy agradecido—dijo, todavía mirándome, aprovechando que caía en su hechizo de caballero heroico—. Aun cuando fue la peor época de mi vida, aprendí una valiosa lección y es que... está bien sentirse triste. Sentirse triste es tan normal como sentirse feliz. El detalle es que

no puedes dejarte consumir por la oscuridad, porque ahí pierdes. Lo pierdes absolutamente todo.

Se fijó en la palma de mi mano y jugó con uno de los pliegues, como si representaran caminos interesantes, dignos de ser explorados.

—Un año después, cuando yo estaba mejor, supimos qué hacer con el dinero: seguir el sueño de mis padres que era montar una cadena hotelera. Y ya conoces el resto: mi hermano conoció a Isabella, se enamoraron, decidieron unir sus vidas y... tú apareciste en la mía.

Con esa última frase sostenida en los labios, llevó su otra mano a mi cabello para acariciarlo.

—Mi punto con todo esto, Emma, es que... no puedes odiarlo todo. No es saludable y definitivamente no te hace feliz.

Bajé la cabeza. Sinclair tenía razón. Y me había sermoneado tan épicamente como solo él lo sabía hacer que en aquel instante sentí que entraba en razón sobre muchos asuntos en mi vida.

—¿Por qué estás haciendo esto por mí?—me atreví a preguntar. Era algo que necesitaba saber desde que toda esta locura inició, pero no tenía el valor para preguntárselo.

Él no respondió enseguida. Dio un hondo respiro, una vez más pensando si era correcto decírmelo, pero pareció que quería ser completamente honesto conmigo.

—Porque el día que entraste en la ferretería de mi papá y salvaste mi vida, vi dos cosas en ti—replicó—: la primera fue una hermosa joven con un color de cabello divertido sumergida en una profunda oscuridad, pero tratando de esconderlo a toda costa.

¿Era necesario que recalcará lo del cabello? Me arrepiento de haberme puesto ese color, ¿de acuerdo?

—Y la segunda: una persona tan abnegada que fue capaz de arriesgar su propia vida con tal de salvar la de un total desconocido.

Oh, Dios mío. Que alguien me recordara cómo respirar, por favor, porque Matt acababa de dejarme sin aliento. Este hombre venía analizándome desde antes de cruzar palabra conmigo y cada vez más pensaba que estaba en nuestro destino conocidos.

—No salvo la vida de cualquier desconocido, ¿sabes?—murmuré con una cálida sonrisa—. Solo se sintió que debía. Supongo que no era tu momento de morir, ni el mío.

Matt asintió.

—Sea cual sea la razón por la que lo hiciste, me diste una segunda oportunidad para valorar mi vida y es algo que te debo—dijo—. Por eso me comprometí a sacarte de la cabeza a ese idiota que te rompió el corazón y enseñarte a ser feliz.

Con los sentimientos a flor de piel, recosté mi cabeza sobre su hombro.

—Vas bien, Matt—dije—. Y tal vez... estaba equivocada. Tus reglas no son estúpidas.

Su hombro vibró tras una risa.

—Emma Rosalie Bennet, ¿estás admitiendo que te equivocaste? ¡Debo estar haciendo magia en ti!

«Magia, huracanes de emociones, construyendo un maldito mariposario...», pensé, pero gracias al Cielo reaccioné como la dura que soy.

—¿«Emma Rosalie Bennett»? ¿Se puede saber quién te dio permiso para aprenderte mi nombre completo?

—¿Debía pedir permiso para aprenderme tan hermoso nombre?

Fruncí el ceño.

—Sí.

Noté a Matt poniendo los ojos en blanco, pero no se veía fastidiado. Igual que yo, disfrutaba el momento, porque ninguno de los dos sabía si se volvería a repetir.

—Bien, señorita Emma—replicó, serio—. ¿Puedo aprenderme su nombre completo?

—No.

Una carcajada nos envolvió a los dos. Reíamos a la par del otro y qué bien se sentía. El atacarnos con chistes de esta manera nos hacía parecer como que nos conociéramos de toda la vida y supiéramos nuestros puntos débiles. Tal cual dos locos en peligro de enamorarse.

—Eres increíble—me dijo.

—Ah no, no me mires así. Tú tienes tus reglas y yo tengo las mías—discutí—. Lo que me hace recordarte que no puedes enamorarte de mí o sino detendré esta locura enseguida.

—Oh vamos, Emma, ¿podría alguien enamorarse de ti?

Vaya. No sabía si sentirme ofendida o halagada.

—¿Qué estás diciendo?

—Odias todo, eres sarcástica y tienes un humor muy oscuro—

reveló—. Demasiado para mi gusto.

Mi boca cayó al suelo. Está bien, me sentía ofendida.

—¡Oye! Tú tampoco eres perfecto, ¿sí?—contraataqué—. Eres demasiado positivo. Tanto, que empalagas.

¡JÁ! Punto para mí.

—¿«Empalago»?

—Sí, la vida no es un arcoiris, ¿de acuerdo?

Él negó con la cabeza.

—No es blanco y negro tampoco.

¡Pero qué manera de llevarme la contraria!

Reí, él rió, reímos. Una sinfonía de risas se esparcía en la montaña en la que nos encontrábamos. Sonaré muy novelera, pero de verdad no recordaba cuándo había sido la última vez que pude reír con tantas ganas y disfrutarlo honestamente.

Entonces, cuando nuestras risas se calmaron, sucedió lo que más me aterraba en el mundo: sus ojos y los míos, centelleantes de la emoción, se cruzaron de tal manera que terminamos viéndonos como dos adolescentes flechados por Cupido, tan contagiados por el sentimiento, que no temían caer en el profundo y peligroso abismo del enamoramiento.

—¿Sientes eso?—preguntó Matt con suavidad.

Negué con la cabeza fingiendo que no lo sabía, pero...

—Es la fuerza electrizante—terminó él al tiempo que yo también lo recitaba en mi cabeza.

Por supuesto que lo sentía. ¿Cómo no hacerlo si amaba la vitalidad que tal sensación me proveía?

Matt, aprovechando el hechizo del momento, acertó la distancia entre nosotros. Sus labios casi tocaban los míos. Sabía lo que venía y yo lo ansiaba, pero también me aterraba. Por ello, hice resistencia.

—Matt...—dije, en un vano intento de detenerlo.

Su mano acarició mi mejilla. La ternura en su mirada nunca se fue.

—No te preocupes—susurró sin alejarse—. No me estoy enamorando de ti.

Lo siguiente que supe de mí es que Matthew Sinclair me había atrapado en sus labios tan seductores como letales. Me había atrapado, por *segunda vez* hoy.

En un instante de cordura, traté con todas mis fuerzas de detenerlo, pero solo logré permitir que mi cuerpo se sumergiera más.

A diferencia de la primera vez de hoy, no hubo apuro, ni una insaciable necesidad de por medio. Solo éramos él y yo, a un paso lento, seguro, suave, pretendiendo que el tiempo era eterno.

Aún así, se sentía tan intenso como el primero. Sí, el segundo beso que compartíamos en estado de sobriedad y se sentía como si fuese el primero.

Matt se separó de mí, fijó sus ojos en los míos y dio un hondo respiro.

—¿Qué me estás haciendo?—preguntó.

Fue mi turno de respirar.

—¿Qué te estoy haciendo? ¿Qué estás tú haciendo conmigo? ¿Cómo puedes besarme y no esperar que piense que...?

No me dejó terminar. Presionó con fuerza su boca contra la mía, confirmando que ya no tendría escapatoria.

Sin embargo, la gloria duró poco. Unas refulgentes luces empezaron a alumbrarnos, lo que hizo que nos detuviéramos. Nuestros ojos, todavía entrecerrados, se enfocaron en la luz tan atrevida que nos interrumpía solo para encontrarnos con dos hombres uniformados.

Policías.

Vaya, en verdad pensé que esto solo sucedía en las películas.

—No pueden romancear aquí—dijo uno de ellos, el que parecía más viejo.

Solté una risita sarcástica.

—Oh, no, no... créame, yo sería la primera en oponerme si estuviésemos romanceando.

—Por favor agarren sus cosas y retírense, jóvenes—dijo el otro, ignorando mi comentario.

—¿Dónde dice que no podemos estar aquí?—preguntó Matt, el justiciero de la noche.

Ambas linternas, manejadas por los policías, nos volvieron a encandilar.

—No lo dice—replicó el primero—. Pero es media noche y varios residentes se han quejado que están haciendo demasiado ruido. Así que agarren sus cosas y váyanse. Es la última vez que se los pido de buena manera.

¡¿Media noche?! ¿Cómo se pasó el tiempo tan rápido?

Miré a Matt. No parecía querer seguir discutiendo. Agarró la

maleta de mi cámara, seguido de mi mano para dirigirnos al auto. Abrió mi puerta, me ayudó a subir, intercambió un vistazo de fastidio con los policías y cerró mi puerta.

A través de la ventana, lo vi pasarle de largo a los policías. Se dirigió a la puerta del conductor y se montó al auto. Se le veía tan fastidiado, igual que en horas previas, cuando Will nos interrumpió.

Sentí la necesidad de consolarlo.

—¿Lo dejamos como otro pendiente?—dije, sonriendo tímidamente.

Su mal humor se esfumó. Lo supe porque su arma mortal se esparció por todo su rostro. Asintió con un movimiento de cabeza, agarró mi mano, depositó un beso en ella y encendió el auto.

Di un último vistazo al acantilado que marcó mi vida (omití los policías entrometidos que todavía seguían ahí, por supuesto) y luego me concentré en el camino de regreso al hotel que nos esperaba. Estaba tan agotada que se veía largo y tedioso.

Mientras Matt se concentraba en la carretera, recosté mi cabeza sobre el respaldar del asiento. Mis párpados pesaban, se cerraban por su cuenta.

Lo último que sentí fue a Matt acariciando mi frente y luego fue imposible ganar la lucha contra el cansancio. El día fue emocionante, no obstante, mi cuerpo estaba exhausto.



Abrí mis ojos porque mi cuerpo se movía. Una imagen borrosa del rostro de Matt se reflejó. Todavía me encontraba sentada en el auto y él estaba afuera, en mi puerta, tratando de despertarme.

—¿Dormirás en el auto?—preguntó divertido.

Adormilada, le asentí con la cabeza.

—No lo creo—replicó suavemente.

Sus brazos rodearon mi cuerpo. Este último, carente de fuerza, cayó sobre la espalda de Matt. Se sentía incluso más cómodo que la propia silla del auto, así que desfallecí por segunda vez.

Así, entre despertar y dormir supe todo lo que sucedía:

Ascensor.

Pasillo.

Suite.

La última vez que pude abrir mis ojos, estaba acostada en una cama y todo estaba oscuro. Eché un vistazo a mi alrededor. Matt estaba parado frente a mí y detrás de él, en otra cama, Jane se levantaba de ella. Intuí que dormía plácidamente, pero el ruido la hizo despertar.

—Oye, hermano—dijo con voz débil—. Bienvenido de nuevo.

—Perdón por despertarte—respondió Matt—. ¿Qué tal el día?

—Estuvo bien, te extrañamos. ¿La pasaste bien?

Hubo un breve silencio.

—Mucho más que bien—le dijo Matt.

La risa de Jane fue inminente.

—Se nota. Y está muy bien. Sabes que quiero que seas feliz.

«Ser feliz», qué concepto tan trillado para los Sinclair.

—Lo soy, Jane... en verdad lo soy—susurró Matt pausado, haciendo mucho énfasis en la última frase—. ¿Me ayudarías con algo?

—Con lo que sea.

—¿Podrías ayudar a Emma a cambiarse de ropa? Está agotada.

«Oh... piensa en todo».

—Por supuesto que sí—dijo Jane.

No escuché más la voz de Matt, lo que me hizo pensar que ya se había ido. Pero justo cuando empecé a sentirme triste por su partida, su voz, en un tono casi tan nulo como el silencio, vibró en mi oído:

—Gracias por todo, linda. Buenas noches.

Y su presencia se desvaneció dejando una débil sonrisa en mí.

Bastó con uno o dos parpadeos, para que Jane apareciera frente a mí con la pijama que había traído para el viaje, la que debí haber usado el día anterior en vez de la camisa de Matt.

—¿Emma?—pronunció Jane con suavidad, llena de cariño.

Acarició mi cabello, movió un poco mi hombro y, volviendo en sí, me senté en la cama con su ayuda. Sus manos alzaron mi blusa.

Quería decirle: «Jane, por favor, qué pena haberte despertado. Déjalo que yo puedo cambiarme sola». Pero lo que en realidad salió fue:

—¿Y Matt? ¿Dónde está?

Oh, Emma, ¿podías ser más obvia?

Jane tan solo me sonrió, mientras yo carraspeé.

—Quiero decir... ¿Estamos en la suite? ¿Cómo llegué hasta aquí?

«Sí, hazte la estúpida mejor, pero bien sabes dónde estás y por

qué».

Jane sacó la blusa de mi cuerpo, que reemplazó con la del pijama. Era tan cómoda que podría dormirme solo con ella.

—Matt ya se fue—se enfocó en mi primera pregunta. ¡Dios, qué oso!—. Te cargó hasta aquí porque estabas tan cansada que no podías ni caminar. También se aseguró de hacer mucho ruido al ponerte sobre la cama, para que yo despertara, te cambiara de ropa y pudieses dormir muy cómoda.

Su tono era de pura picardía. Estaba muy adormilada, pero no era tonta. ¿Acaso me tiraba una indirecta?

Me quitó el pantalón, que al igual que la blusa, reemplazó con el del pijama.

—Le gustas mucho a mi hermano, ¿sabes?

¡Cielos! No, no era un indirecta. Era una muy directa.

Mis mejillas se tiñeron de rojo, pero por suerte, estábamos a oscuras.

—No, yo no creo que...—balbuceé—. ¿Te dijo algo?

—Solo lo conozco bien.

Con suavidad, acomodó mi cuerpo para que quedara recostada. Sus manos recorrían mi frente, en muestra de cariño, como si intentara ayudarme a dormir.

Entrecerré mis párpados, disfrutando de la calidez de Jane. Calidez tan genuina que me recordó a la de Matt y que me hizo darme cuenta que, aunque no conocía bien a Jane, podía confiar plenamente en ella.

—¿Guardarías un secreto?—le dije.

—Por supuesto, soy muy buena guardando secretos.

Sonreí en su dirección.

—A mí también me gusta mucho él—revelé, por primera vez en voz alta.

Y ahí finalmente experimenté la «libertad» de la que Matt tanto hablaba en la tarde. La «libertad» que no significa «escapar», sino «quedarte» con un nuevo y fortalecido propósito. Un propósito que, en mi caso, empezaba a involucrar a una persona que ni siquiera estaba entre mis planes.

Lo último que percibí antes de desfallecer completamente ante el cansancio, fue la mano de Jane, que todavía acariciaba mi frente en

suaves toques y su voz, que fue lejana, pero clara:

—No te preocupes, querida. Tu secreto está a salvo conmigo.
Y no supe más nada de mí.

Punto de retorno

La mañana siguiente me desperté con la sonrisa de estúpida más grande y empalagosa que podía existir en este patético universo.

Y eso es decir poco.

Nunca me había despertado así, ni siquiera cuando mi ex-patán me pidió que fuéramos pareja. De hecho, ahora que lo pienso mejor, nunca me lo pidió realmente, solo un día supe que estábamos juntos.

Me acomodé en el colchón de la cama, abracé mi almohada y giré el torso en dirección a la cama de Jane. Su cuerpo dormido yacía apaciblemente ahí, con su pecho subiendo y bajando ante sus constantes respiraciones. No parecía que despertaría pronto.

Agarré mi teléfono móvil, que amaneció en la mesita de noche cercana a mi cama, y activé la pantalla para ver la hora: 7:00 a.m.

¿7:00 a.m.? ¿Emma Bennett se despertó a las 7:00 a.m.? ¡Cielos! ¡De verdad que había algo mal conmigo para andar despertando tan temprano!

Puse un pie en el suelo. Estaba helado. Bajé el segundo pie.

De puntillas, porque no quería despertar a Jane, caminé hasta el baño. Entré, contemplé mi rostro en el espejo.

¡Maldita sea, estaba radiante de alegría! Mi piel nunca había brillado así y menos recién despierta. Porque vamos, seamos honestos, todos somos feos cuando recién nos despertamos.

Cepillé mis dientes, me peiné con los dedos y exhalé. Necesitaba encontrar una manera de quitar este rostro de felicidad o sino todos se darían cuenta que algo bueno estaba sucediendo en mi vida y de seguro lo relacionarían inmediatamente con Matt. Porque sí, así de ‘vidajena’ era nuestra familia.

Salí del baño, observé a Jane para comprobar que todavía no se había despertado y abrí la puerta de la habitación para abandonarla.

Despejado. Nadie afuera. Completamente desierto.

«¿Y ahora qué?», pensé para mis adentros.

Sin embargo, la respuesta estaba clara. Mi corazón y raciocinio me gritaban que fuera a la habitación de Matt. Nunca se ponían de acuerdo en

nada, pero hoy ambos querían lo mismo.

«No, Emma, ten dignidad, por amor a ti misma».

«¿Dignidad?», exclamó mi subconsciente de pronto. «Al diablo con la dignidad, ve ya por ese bombón».

Me encogí de hombros. ¿Quién era yo para llevarle la contraria a mi sabionda subconsciente?

Así que corrí por toda la sala hasta llegar a la habitación de Matt. Agarré la perilla con suavidad, la giré despacio y entré sin pedir permiso. Porque ya nos habíamos besado tres veces, eso seguro me daba ciertos derechos sobre él.

Examiné la habitación. No había nadie. La cama estaba perfectamente arreglada, con su maleta deportiva sobre ella y sus zapatillas en la alfombra.

«De acuerdo, no está, abortemos la misión».

«¿Eres estúpida o te haces? Espéralo sentada en la cama, así te ves más provocativa», se rió mi subconsciente.

«¿Más provo-qué? No, no, yo me voy ya, esto fue una terrible idea».

Di un paso hacia atrás. De pronto, escuché la puerta del baño que se abrió y de ella salió Matt. Su sexy cuerpo era cubierto solo por una toalla que iba desde la mitad de su sexy torso hasta su sexy rodilla. Tenía su sexy cabello empapado lo que hacía que se viera más largo y sexy de lo normal.

«Te pasas de lujuriosa, inepta...», murmuró mi subconsciente.

Matt se asustó al verme, lo que hizo que yo también me asustara. Me giré automáticamente hacia la puerta (para huir, lógico), pero calculé mal y mi cara se estrelló contra esta.

Caí de espaldas al suelo, enrojecida de la vergüenza, siendo un manojito de nervios que se fusionaba con la alfombra.

—¡Emma!—exclamó Matt, alarmado.

Corrió a ayudarme, pero estiré el brazo deteniéndolo al tiempo que cerraba los ojos para no ver lo más sexy que traía debajo de la toalla.

«Uff... Tu lujuria no conoce de límites...», dijo mi subconsciente.

—¿Estás bien?—preguntó Matt, a lo que asentí rápidamente.

Me levanté de golpe. Un mareo me hizo apresurarme en sentarme a un lado de la cama. Mis mejillas ardían, como si mis vasos capilares estuviesen en llamas. Sentía un calor inmenso por todo el cuerpo y sabía

que no tenía nada que ver con el portazo en la cara.

—Vaya, vaya, pero mira nada más...—las risas de Matt me invadieron—. Te hago sentir nerviosa.

¡¿Qué?! ¡¿Pero cómo se atrevía?! ¡Descarado!

Mi corazón latió en bombazos al tiempo que mis ojos se abrieron mucho.

—No te sientas tan orgulloso al respecto—dije, completamente desarmada. Admito que no vi esto venir y no estaba preparada para contraatacarlo.

Matt, disfrutando el momento, negó con la cabeza dejando entrever el caso tan patético que yo era.

—Quédate ahí—ordenó—. Iré a vestirme y vuelvo.

Asentí sin saber qué más hacer. Mis piernas, inundadas en nervios y ansiedad, se movían incontrolablemente.

—¿Fuiste a trotar sin mí?—pregunté sin mirar a Matt.

Matt me gritó desde el baño:

—¡Sí! Pasé por tu habitación e intenté despertarte, pero lo único que sabías decir era—su voz cambió a una mala imitación de la mía—: «Cinco minutos más, Matt, por favor, por favor, por favor».

Sonreí. Qué imitación tan terrible, pero graciosa. Sí sonaba como a mí, pero igual, por el bienestar de mi integridad, debía protestar.

—Yo no hablo así.

—No—replicó. Lo sentí más cerca—. Tu voz es más adorable.

Tomó asiento a mi lado, ya con ropa puesta, lo que me ocasionó un gran alivio. Al igual que yo, su boca se mantenía curvada hacia arriba. Oh, él también estaba radiante esta mañana, o solo era yo, que lo veía con ojos diferentes.

—Buenos días, linda, ¿dormiste bien?

«Dios mío, me derrito».

—Sí.

—Ya lo veo, te ves rebosante de alegría. Simplemente hermosa—soltó un chiste. Uno que sabía me haría sentir incómoda, cosa que él disfrutaba.

Fruncí el ceño.

—No es por ti—contraataqué. Necesitaba bajarlo de esa nube en la que estaba trepado pensando que todo era bello y perfecto entre nosotros.

Su sonrisa pasó a una de picardía.

—¿En serio? ¿Entonces qué haces en mi habitación?

Oh no, otra vez no vi esto venir. Cada vez me quedaba sin menos armas para contraatacar.

Balbuceé, intenté formular una tonta excusa en mi cabeza, pero ni siquiera ahí nada sonaba bien, así que opté por quedarme silenciada.

—Eso fue lo que pensé—terminó Matt su oración.

Malhumorada, me levanté de la cama para darle la espalda.

—De verdad estás disfrutando esto.

—Mucho—replicó él honestamente.

Su cuerpo abandonó la cama también para posarse detrás mío. Me sentí nerviosa de tan solo sentir su presencia ahí. Y bueno, la verdad no era algo que se sintiera correcto, pero igual me encantaba la sensación. Así que me giré para verlo a los ojos.

—Estoy aquí porque me debes algo.

—¿Te refieres a que te debo mi vida?

—No, lo otro—repliqué con más seguridad de la que esperaba—. Lo pendiente.

«Maldita sea, Emma, ¿qué demonios estás haciendo? Suenas tan desesperada. Demuestra más dignidad, por favor».

Matt ladeó la cabeza. Estaba confundido y sorprendido por mi atrevimiento, pero contra todo pronóstico, sus azules iris brillaron.

—Bueno, Emma, ya conoces mi lema...—dijo, dando un paso hacia adelante. Sin previo aviso, su mano rodeó mi cintura y me trajo contra su cuerpo. ¡Oh, Dios!—. No me gusta deberle nada a nadie.

Sus labios rozaron los míos. Mi aliento se esfumó con lo último que me quedaba de dignidad. TODO se estremeció en mí, incluyendo el mariposario.

—Así que déjame pagarte ya mismo—susurró seductivamente.

Me abrazó con el otro brazo que le quedaba libre. Sentí que mi cuerpo se alzó en el aire y fue trasladado hasta su cama, sobre la cual caí acostada, carente de voluntad. ¡Cielo Santo! ¡Esto tampoco me lo esperaba!

Matt se subió a la cama, colocando su cuerpo encima del mío. Su expresión era de puro deseo, como cada vez que estaba por besarme.

—Oh, mi...—balbuceé, nerviosa.

Pero no pude terminar. Matt presionó sus labios sobre los míos

transportándome inmediatamente al mundo que tanto amaba y odiaba. El mundo donde el remolino de emociones se desataba junto al mariposario del estómago.

Y ahí supe que ambos estábamos perdidos. Que ya no había punto de retorno en esta locura y que lo que seguía era arreglármelas para evadir las posibles consecuencias que pudiesen surgir. Sería horrible enfrentar esa parte, pero por ahora... solo quería disfrutar mi maldito beso con Sinclair.

En medio de la calentura y la cosa, mis manos quedaron en su espalda, luego torso, explorando, acariciando, sintiendo. Eso probablemente le dio a él la confianza para entremeter sus manos en mi blusa, haciendo lo mismo.

«Dios mío, estamos en su cama besándonos, ¡y estamos toqueteándonos!».

«TOQUETEÁNDONOS TODO».

«Un segundo, eso quiere decir que vamos a...».

«No, no, no estoy preparada para eso, pero...».

«AL DIABLO, MATT ES MUY CALIENTE».

Un golpe en la puerta me sacó de mi concentración, pero no a Matt. Él continuó profundizando en la pasión, confirmando lo deseable que yo era para él.

—*¿Matt?*—gritó la voz de Joseph desde el otro lado de la puerta, dando un segundo toque.

¿En serio? ¿En este preciso momento cuando estábamos por pasar a lo mejor? ¡No juegues!

Intenté separarme de Matt, porque eso era lo correcto, pero él no me lo permitió. Demostrando cuán irrelevante era para él todo lo que no tenía que ver conmigo y nuestro beso, presionó más su boca contra la mía.

—*¿Matt, quisiera hablarte de algo! ¿Puedo entrar?*

Matt rompió nuestro beso solo para poder responderle:

—¡NO!

Y seguimos con lo nuestro al tiempo que yo reía en mi interior. Demonios, este demente era increíble, pero así me gustaba.

Joseph, por supuesto, no quiso darse por vencido. Tocó la puerta por tercera o cuarta vez (qué sabía yo de números en aquel momento), insistiéndole a Matt.

—*¡Por favor, hermano, es importante!*

Matt, separándose, exhaló el aire de mala gana. Recostó su cabeza a mi lado, entre mi hombro y cuello, maldiciendo todo en esta vida.

¿Será que nunca podríamos besarnos sin que nadie nos interrumpiera? ¿No era nuestro destino tener nuestro propio romance?

—¿Otro pendiente?—pregunté, tratando de consolarlo, a lo que él accedió con un movimiento de cabeza—. De acuerdo, me esconderé.

Matt me liberó de su sensual encarcelamiento corporal, por lo que me puse de pie, admiré la cama y tuve una idea loca.

Me tiré en el suelo con la única intención de esconderme debajo de la cama, porque qué rayos el baño, o el armario, o detrás de las cortinas.

—Oye, oye, ¿qué haces?—dijo Matt, riendo por mi hazaña.

Se agachó hasta quedar sobre sus rodillas y se dedicó a contemplarme en medio de la oscuridad que prevalecía debajo de la cama.

—¿Cabes ahí? ¿No crees que es mejor que te escondas en el armario?—dijo Matt el súper sensato.

—Estoy bien, solo atiende a Joseph.

—¿*Matt*?—se escuchó otra vez el llamado de Joseph.

—¡Sí, pasa!—gritó Matt.

Lo único que logré observar desde mi escondite fue la puerta abriéndose y los pies de Joseph siendo recubiertos por unas pantuflas color azul oscuro. Las pantuflas siguieron por toda la habitación hasta llegar a la cama, donde Matt ahora estaba sentado. El colchón se hundió encima mío, lo que me indicó que Joseph había tomado asiento.

—¿Cómo estás, hermano?—inició este último la conversación.

—¿Bien?—replicó Matt con voz confusa.

«Esto se va a poner tan bueno».

—Me alegro mucho, Matt, como tu hermano mayor sabes que quiero que estés bien y que seas feliz—prosiguió Joseph—. Y he visto que te estás llevando muy bien con Emma.

Por supuesto. ¿Cómo no me lo esperaba? Ese tema había demorado demasiado en salir. Apostaba todas mis obras artísticas que Isabella tenía algo que ver en este interrogatorio.

Matt se rió.

—Vaya, estaba seguro que Jane sería la primera en venir a

comentarme de eso.

El pie de Joseph se inmiscuyó por debajo de la cama, por lo que tuve que retroceder para que no se chocara con mi cara.

«Bien, estoy a salvo».

—No, Matt, esto es una conversación entre hombres.

—Eh... de acuerdo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?—continuó Joseph muy serio—. De hombre a hombre. Hermano a hermano.

Me mordí el labio para no reír.

—Sí, por supuesto—replicó Matt.

Hubo un breve silencio. Uno de esos que indica que se le quiere dar suspenso a la conversación, porque estás a punto de soltar algo tenaz.

—¿Estás... *haciéndolo* con Emma?

Un gemido de impresión provino de mi boca.

—¿Qué?!—protestó Matt horrorizado—. ¡No! ¡Claro que no! ¿Qué te hace pensar eso?

Eh, no sé, ¿quizás el hecho de que hasta hace un minuto estábamos toqueteándonos? Joseph no lo sabría, pero tú no te hagas el idiota, amigo.

—Bueno, ayer en la mañana ella traía tu camisa puesta y salió muy adormilada de tu cuarto.

—¿Porque estaba ebria y la ayudé por cortesía!

—¿Entonces no lo están haciendo? ¿No hay ninguna remota posibilidad de ello?

¡Ah! Ahora sí comprobaba que Isabella tenía algo que ver con esto. Joseph no solía ser tan ‘vidajena’, pero Isabella sí, sobre todo cuando se trataba de mí. Seguro lo había enviado a espiar.

—¡No!—replicó Matt. Ya se le oía fastidiado.

—¿Seguro?

—Créeme, Joe, si lo estuviera haciendo con Emma, creo que lo sabría.

Joseph exhaló un tanto aliviado. ¡Oye! ¿Y si lo estuviésemos haciendo qué? Eso no era de la incumbencia de ustedes.

—¿Pero te gusta? ¿Emma, quiero decir?

Matt replicó al segundo.

—Sí.

Alarmada, pellizqué su pie, lo que hizo que él lo alzara ante el estímulo nervioso.

—Digo, ¡no!—se corrigió—. Somos amigos, solamente.

—Te he visto muy interesado en ella, si quieres te puedo dar algunos consejos para conquistarla—dijo Joseph—. Mira, a las chicas les gustan los detalles... una cena romántica o un ramo de rosas de vez en cuando.

¿En serio? ¿Así fue como conquistaste a Isabella? Pero qué mujer tan fácil.

Matt guardó silencio. Desde mi escondite, lo imaginé petrificado ante las palabras de su hermano.

—No, Joe, confía en mí, solo somos amigos.

—¿En serio? Todos creemos que se ven muy bien juntos.

—¿De veras?—la voz de Matt se oyó gozosa.

«¡No lo arruines!».

Pellizqué su pie otra vez. Su quejido fue audible. Su mano se introdujo por debajo de la cama e hizo un movimiento con ella tratando de alcanzar alguna parte de mi cuerpo.

—¡Basta!—susurró hacia mí.

—¿Con quién hablas?

La mano de Matt salió fugaz de mi escondite. Lo imaginé incorporándose de golpe.

—Eh... con mi... conciencia—dijo. Me golpeé la frente con la mano—. ¿Por qué conversan de nosotros a nuestras espaldas? Te digo que solo somos amigos.

—Porque los queremos a los dos y deseamos que estén bien.

Oh, qué conmovedor. Pero aún así necesitaba más información. Así que pellizqué el pie de Matt otra vez y susurré «Isabella». Matt, como el súper genio que era, entendió a la perfección lo que intentaba decirle.

—Estamos bien, Joe, de veras—insistió—. ¿Acaso Isabella te envió a que me preguntaras?

El balbuceo de Joseph se escuchó de aquí a China.

—¡No!—exclamó nervioso, pero yo no le creí—. Ha sido algo que he venido notando y...—se detuvo y cambió el tema radicalmente—: No te preguntaré más, hermano, te creo lo que me dices. Bajaremos en un rato a desayunar, espero nos acompañen... acompañes.

Entonces se levantó haciendo que la cama se sacudiera un poco. Una pequeña pizca de polvo se esparció a lo largo de mi nariz. Sin poder

evitarlo, solté un estornudo del que me arrepentí inmediatamente.

Las pantuflas de Joseph, que ya estaban casi en la puerta, dejaron de moverse y se voltearon en dirección a la cama.

—¿Y ese estornudo?

Matt tartamudeó.

—Ah... ¡fui yo!—replicó—. Estornudo como chica. No me siento orgulloso al respecto.

Joseph no se atrevió a decir más nada. Sus pantuflas se movieron en dirección a la puerta, la cual se abrió para darle paso a la salida.

Exhalé de alivio. Hubiese sido terrible si supiera que yo estaba debajo de la cama.

Examiné la habitación durante un minuto más para confirmar que efectivamente Joseph ya no estuviera por nuestros lares e hice mi mejor esfuerzo para salir de donde estaba escondida.

Ahí noté que Matt se estaba agachando y entregándome sus dos manos. Sin pensarlo mucho, las agarré. Él, sin piedad, arrastró todo mi cuerpo hacia fuera de la cama, lo que me hizo gritar sin medir mi tono.

Entre risas, Matt tapó mi boca con una mano al tiempo que me ayudó a poner de pie.

La puerta del dormitorio fue golpeada otra vez, a lo que Matt y yo intercambiamos miradas petrificadas.

—¿Matt? ¿Estás bien?—era Joseph nuevamente.

Matt balbuceó.

—Ah... ¡fui yo! ¡Grito como chica también!—exclamó, presionando más su mano contra mi boca, que estaba a punto de estallar en una risotada.

—¿Gritas como chica?—se escuchó la voz perturbada de Isabella.

Vaya, vaya, para «no haber estado involucrada» en el interrogatorio, sabía cómo encubrirse bien.

Ah, sutil sarcasmo.

—¡Sí! ¡No me juzguen!—exclamó Matt fingiendo fastidio.

No escuchamos más voces después de aquello.

Mordí mi labio inferior para cortar de raíz la carcajada que se moría por salir, porque sino, Matt tendría que decir también que reía como chica y ahí sí preocuparía a su familia. Si es que no los tenía espantados ya.

—¿Sabía que ella tenía algo que ver en esto!—espeté tan pronto Matt removió su mano de mi rostro.

—¿Por qué no les decimos y ya?

—¿En serio? ¿Y qué les decimos? ¿Qué tenemos un trato en el cual tú sanas mi corazón como manera de agradecerme que salvé tu vida, pero que, ahora aparentemente nos atraemos y nos estamos besando porque sí?

De los nervios, empecé a caminar como demente de lado a lado por la habitación. Matt se percató que empezaba a enloquecer, por lo que se acercó a mí, me agarró de los hombros y me hizo fijar mi mirada en la suya. Se veía tan sereno como de costumbre.

—Les diremos que estamos saliendo.

Eché dos pasos hacia atrás.

—Pero no quiero salir contigo y lo sabes.

—¿En serio? ¿Y por qué me correspondes cuando te beso?

Me petrifiqué.

No sabía qué decir, me gustaba besarlo, ésa era la razón. Pero no quería nada serio, no quería salir con él y al mismo tiempo sí... ¡Ah, no lo sé! ¡Estaba muy confundida! Estas eran las consecuencias que intentaba evadir y ahora no sabía cómo rayos enfrentarlas, así que decidí recurrir a una de mis famosas tácticas de ataque.

—¡Oh, vamos Matt!—exclamé—. Deberías sentirte feliz, te estoy dejando besarme sin compromiso alguno. Es el sueño americano de cualquier hombre haciéndose realidad.

«Sí, claro, Emma, porque tú estás clarísima de cuál es el sueño americano de cualquier hombre».

Matt parpadeó a mil por hora. Se veía tan confundido. Guardó silencio durante unos cuantos segundos en los que seguramente intentaba procesar lo que le había dicho. Al final, tras ver que su ceño se frunció, descubrí que no compartía mi opinión.

—¿Qué?!—gritó muy irritado.

Solté una risita. Qué lindo se veía fastidiado.

—¿Crees que soy *esa clase* de hombre?—preguntó, pero como a mí me parecía de lo más divertido, bajé la cabeza para que no me viera—. ¡No lo soy! ¿Piensas que no te respeto o qué?

Negué con la cabeza. La risa que desde hace rato evitaba que saliera, estaba por escapar, así que tapé mi boca.

—Emma, ¿te estás riendo? ¿Esto te parece divertido?—cuestionó

Matt tras percatarse que iba a explotar—. ¡Emma, no te atrevas a reírte! ¡Estoy muy enojado en este momento!

No aguanté más. Solté una risotada tan enorme que ni siquiera me preocupé si alguien podía oírme. Todo esto, desde su inicio, era excesivamente retorcido. ¿Salvarle la vida a un desconocido con una caja registradora? ¿Descubrir luego que es el hermano del prometido de tu amiga? ¿Hacer un maldito trato con él en el cual te enseñaría cómo ser feliz? ¿Terminar atrayéndose uno al otro y besándose solo porque sí? ¡Era una locura! ¡Mejor me reía o me daría algo!

—¿Estás enojado conmigo?

—¡Sí, Emma!

Enfurecido, se volteó para darme la espalda. Esta vez fue su turno de caminar de lado a lado como demente por toda la habitación.

—De acuerdo, señor gruñón—escupí mis pensamientos.

Oh no, eso lo enojaría todavía más. ¿Por qué yo era así?

Matt detuvo su caminar. Lentamente se giró y clavó sus enfurecidos ojos azules en mí. Demonios, de verdad debía aprender a regular mis palabras.

—¿Cómo me llamaste?—preguntó, pausadamente, entre cada palabra.

Su labio se había curvado levemente hacia arriba. No le fastidiaba el apodo con que lo acababa de llamar. Lo encontraba gracioso.

—Señor gruñón—repetí.

Su labio vibró, pero no se rió.

«¡Oh, Matt! Supéralo. Si quieres reírte solo hazlo. No queda de otra, porque este juego en el que estamos metidos es demasiado complicado como para sulfurarnos».

Matt se quedó ahí, estático, con los puños apretados, haciendo un gran esfuerzo por no tirar su barrera del enojo abajo. Me pareció un periodo eterno, pero lo aproveché para yo atacarlo con mi arma mortal, que a diferencia de él, no era mi sonrisa, sino el increíble poder femenino que nos permite a las mujeres mirar seductivamente a nuestras víctimas.

Matt abrió mucho los ojos dándose cuenta de mi indiscutible atrevimiento. Decidió, entonces, atacarme con su arma mortal: su perfecta sonrisa, que sabía me ponía muy nerviosa. Cielos, esto verdaderamente estaba fuera de control.

—Primero me llamas «sensual sirviente»—empezó a caminar

hacia mí. ¿Cómo recordaba eso?—. Ahora me dices «señor gruñón»...

Tragué. Eché un paso hacia atrás. Pero él continuó acercándose.

—¿Hay algún otro apodo con el que me llames que desconozca?

¡Cielo Santo! ¡Se estaba acercando demasiado a mí! Ya sabíamos cómo esto terminaba siempre.

—A veces... te llamo...—balbuceé, sonriendo nerviosa—. «Loco desquiciado», pero... solo en mi mente.

Seguí retrocediendo hasta quedar contra la pared, donde ya no tenía escapatoria. Inhalé. Exhalé. Inhalé. A este punto, Sinclair estaba tan cerca de mí que empezaba a robarse mi aire.

—Si sabes que eso es redundante, ¿no?—susurró con sus labios casi sobre los míos.

Negué con un movimiento de cabeza, pero por supuesto que lo sabía. Pero he ahí lo divertido del apodo. Quería decir que Matt estaba doblemente demente.

Matt me besó. Fue un beso corto porque luego se separó de mí, pero no demasiado. Su mano recorrió mi rostro, acariciándolo con la suavidad que sólo él sabía transmitir.

—Te respeto, Emma—dijo, muy serio—. No vuelvas a decir jamás que es mi sueño americano besarte sin compromiso, pues no lo es.

Exhalé forzosamente. Vaya, Matt era lo más tierno que tenía este universo.

—Lo sé—dije, recuperando la compostura—. Pero debes prometer que no le diremos de esto a nadie. ¿Lo prometes?

Él nunca comprendería mis motivos, porque se le notaba, pero increíblemente decidió complacerme.

—Lo prometo.

Lo sé, lo sé. Sé que estaba metiéndonos en un lío gravísimo y peligroso del cual seguramente uno de los dos saldría lastimado, pero no podía permitirme tener una relación en este momento. Todo era muy inestable en mi corazón. No podía involucrar a nadie en eso, menos a Matt, que había demostrado ser tan bueno conmigo.

—Aún así—dijo—. No te escaparás de esta conversación.

—¿Qué conversación?—me hice la loca.

Matt me liberó del encarcelamiento tan intenso del que me tenía. Se separó lo suficiente para devolverme mi aire.

—La conversación de adultos en la cual decidimos qué va a

sucedier entre nosotros.

Puse los ojos en blanco. ¡Dios! Este hombre de verdad era persistente. Supongo que no quería complacerme después de todo.

—Bien—accedí solo porque sí igual que él, dirigiéndome hacia la puerta.

La abrí solo un poco para examinar si había alguien afuera. Isabella y Joseph todavía estaban ahí, preparando café en el fondo, que era la cocina, pero me daban la espalda.

Me giré para darle un último vistazo a Matt, quien ahora me observaba muy serio. Le sonreí por cortesía, cerré la puerta y salí. Así caminé de puntillas por la sala evadiendo a los dos detectives que acababan de abrir un caso sobre este nuevo romance insensato.

Intenté ser muy discreta mientras me dirigí a mi habitación compartida con Jane para que no se percataran de mi presencia, pero igual logré escuchar a Isabella que le hablaba en voz baja a su inquisidor prometido.

—¿Y? ¿Qué le sacaste?

¡Lo sabía! Ah, te mataría, Isabella.

—Nada, dice que solo son amigos.

—¿Solo amigos? No me creo eso, estaba usando su camisa ayer, debe haber algo más.

Dejé de escuchar la conversación al llegar a la habitación. Abrí la puerta y me metí fugaz dando un hondo respiro de alivio.

Suspiré, sentí que ya podía sonreír como estúpida por el efecto que tenía Matt en mí y así lo hice. Sostuve mi cuerpo entero sobre la puerta y lo dejé deslizar hasta caer en la alfombra.

Mis manos todavía temblaban, pero me alegraba que lo hicieran, porque estaba experimentando ese sentimiento de vitalidad que tanto amaba.

—Oye tú.

La voz de Jane me sacó de mi fantasía haciéndome saltar de mi asiento. Alcé la vista para notar que estaba ahí parada, de brazos cruzados, perfectamente arreglada para el desayuno, con una sonrisa de oreja a oreja. Para mi completa desgracia, ésta última estaba llena de picardía.

—¡Jane!—me paré—. Buenos días, solo estaba...—me agaché pretendiendo buscar algo en el suelo—. Buscando mi, eh, lente de

contacto, se me cayó cuando...

«¡Eres patética, Emma! Ya ríndete, jamás lograras crear una coartada creíble».

—¡Aquí está!—mentí, levantando mi dedo— Cielos, no puedo ver nada sin esta cosa.

—Con que lente de contacto, bien...—replicó Jane comprándomela, pero sabía que solo lo hacía para no hacerme sentir incómoda—. ¿Bajarás a desayunar con nosotros?

Asentí con la cabeza al tiempo que Jane se dirigía a la salida de la habitación. Estando ahí, me entregó una mano para ayudarme a levantar, pero menos dejar la picardía de lado.

—Gracias—dije correspondiéndole el gesto tan amable.

—De nada—replicó. Abrió la puerta—. Los espero abajo.

Ladeé la cabeza.

—¿«Los»?

—Sí—replicó—. A ti y a Matt.

Y salió fugaz del dormitorio. Huyó tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de reclamarle. La descarada quedó metida, buscando protección, donde Isabella y Joseph, que todavía estaban en la cocina sirviéndose café.

—¡OYE!—fue lo único que grité hacia ella, pero Isabella y Joseph fueron quienes se voltearon hacia mí, completamente desconcertados. Reí llena de nervios—. ¡Ah! ¡Eh! ¡Buenos días familia!

Y cerré la puerta en su cara.

Lo había dicho muchas veces, pero continuaría diciéndolo: Estaba muy, muy fregada. A este punto, definitivamente, no había retorno.

Conversación de adultos

Otra vez nos habían dejado solos a Matt y a mí en el ascensor.

Y empezaba a pensar que lo hacían a propósito.

Esta vez no era para nada incómodo. En cambio, me encontraba intercambiando sonrisas traviesas con él de minuto en minuto.

«Bien, soqueta, sigue así y pronto estarás en otra relación», dijo repentinamente mi subconsciente en mi cabeza haciéndome reaccionar.

Guardé la sonrisa para mis adentros y me puse seria. Matt por supuesto que lo notó y optó por hacer lo mismo.

Las puertas del ascensor se abrieron interrumpiendo nuestro juego romántico de niños, lo que agradecí enormemente a los dioses del espacio sideral.

Al salir, la brisa mañanera acarició tan gentilmente mis mejillas que me hizo sentirme plena. Vaya, este nuevo aire me encantaba. Se sentía como el flamante comienzo que tanto anhelaba.

Isabella nos alzó la mano desde la distancia, en la mesa donde se encontraban sentados. Matt y yo llegamos, tomamos asiento y no pude evitar pensar en los sucesos recientes: la fiesta refinada de hace dos noches, la ficticia galería de arte que podría hacerse realidad, la salida arriesgada, pero divertida y romántica con Matt y la nueva actitud positiva que estaba adquiriendo.

—¡Oh por Dios, estás brillando!—me interrumpió la voz de Isabella, sacándome de mis pensamientos.

Parpadeé, borré la sonrisa de estúpida y la miré.

—¿Quién?—me hice la loca.

Isabella me señaló con su dedo índice.

—¡Tú! ¡Emma Bennett, tu rostro y ojos brillan!

Desgraciada.

Todas las miradas cayeron sobre mí, incluyendo la de Matt. Bien hecho, soqueto, ahora todos se darían cuenta que nos traíamos algo.

Carraspeé.

—No sé de qué estás hablando. Nada brilla en mí.

—Sí, sí brillas—insistió Isabella. Su cabeza se recostó sobre el

hombro de Joseph para susurrarle al oído, pero hasta yo pude oírla—: ¿No se ve Emma rebosante de alegría hoy? ¿No brilla su rostro como nunca ha brillado desde que la conoces?

En su asiento, Matt casi escupió el café, pero se controló. Joseph, por otra parte, me sonrió complacido.

—Sí, Emma se ve espléndida hoy.

¡Maldito escuadrón del mal!

Sentí una mano sobre mi hombro. Era Jane.

—Me encanta que lo hayan notado—dijo. Era todo, otra más que me atacaría—. Es por una nueva crema que le regalé el día que fuimos de compras juntas.

Espera. No me estaba atacando. ¡Me ayudaba!

—¿En serio?—preguntó Isabella incrédula, borrando la sonrisa de idiota.

—Sí—replicó Jane, guiñándome un ojo.

Ah, pero mira nada más. Tenía una aliada en esta guerra después de todo. Satisfecha por esta victoria, me quité un mechón de cabello que me molestaba y lo tiré detrás de mi oreja.

—Vaya, es tremenda esa crema—dijo Isabella con sarcasmo—. Debes decirme cuál es, ha hecho que Emma se vea hasta más feliz de lo normal.

Jane asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Luego te la muestro.

Sostuvo el menú con sus manos. Se dispuso a leerlo. La contemplé durante unos segundos sabiendo desde ese momento que podía tenerla de mi lado. ¡Qué bien! ¡De verdad tenía una aliada! E increíblemente se trataba de uno de los Sinclair.

Isabella y Joseph se callaron a partir de ahí. Su pequeño juego inquisidor se había visto interrumpido por uno de los miembros de la familia más confiables y ya no podían refutar.

Esa mañana el tiempo se pasó volando mientras conversamos y desayunamos juntos. Hoy, con muchísima más confianza que ayer, pedí todos los platillos que me llamaban la atención y los devoré disfrutando de cada uno.

Joseph nos contó de los nuevos clientes que logró captar durante el evento y las novedades que todavía faltaban por implementar en el hotel. Isabella habló maravillas de cómo Joseph logró captar dichos clientes.

Jane la apoyó.

Matt les contó cómo me llevó ayer a arriesgar mi vida practicando paracaidismo y mucho que lo disfruté al final. Isabella se asustó al escuchar tal relato y pidió encarecidamente que no le contáramos nada a mi madre.

Me sentía bien. Era amena esta nueva etapa que estaba viviendo. Finalmente me sentía como parte de esta maravillosa familia que acogió a esta pobre extraña con el corazón roto y ahora, con la ayuda de Matt y el apoyo indirecto de los demás, mi corazón latía con más fuerza, estaba más saludable y sentía que quería vivir el día a día con brío y emoción.

Sin darnos cuenta, se hicieron las once de la mañana. Joseph nos indicó que era hora de partir de regreso a casa, pues tenían mucho trabajo hoy. Era hora de regresar a la realidad.

Recordé en ese momento los lienzos de las tres hermanas que no había terminado de pintar todavía. Eso fue lo que confirmó que de verdad era hora de salir de esta fantasía.



Unos veinticinco minutos más tarde, me encontraba fuera del hotel, en la entrada principal, admirando su fachada exterior mientras Joseph, Jane y Matt traían sus autos para que pudiésemos empacar las maletas.

Sabía que extrañaría este lugar, pero la buena noticia era que como ahora aparentemente era un miembro oficial de la familia Sinclair, Matt me aseguró que podríamos venir cualquier fin de semana que quisiera.

El sonido de varios motores me inundó. Noté que los tres autos de los Sinclair ahora se estacionaban enfrente mío en una fila india. Primero el de Joseph, seguido por el de Jane y por último, la SUV de Matt que me pareció más aventurera que nunca.

De pronto, de la entrada principal salió Isabella acompañada de tres hombres uniformados. Caminaban detrás de ella cargando sus maletas y las de Joseph. Negué con la cabeza, riendo. Sí, era definitivo, ya era la esposa del rey de los Sinclair, aunque todavía no se hubiesen casado.

—Ni siquiera voy a preguntar con quién te quieres ir en el viaje de regreso—me dijo, pasando a mi lado con sus tres sirvientes. Arrugué la cara con desagrado—. ¡Por acá, chicos!

Decidí no decirle nada. Uno tiene que elegir bien qué batallas pelear.

Corrí hasta la entrada principal para buscar mis maletas. Sostuve la primera con una mano, pero antes de poder alzarla, sentí una presencia muy conocida detrás mío que también agarró mi maleta.

—Buen intento, Bennett—murmuró Matt en mi oído quitándome sutilmente la maleta y agarrando las otras dos que traje conmigo.

Cielos, este chico pensaba en todo.

Naturalmente lo perseguí refunfuñando, pero se adelantó y corrió hacia su auto para guardar todas mis pertenencias en el maletero del mismo.

Quedé en medio del camino, donde estaba parada antes de buscar mi maleta.

—Vaya, vaya—me invadió la voz fastidiosa de Isabella—. Debes tenerlo fascinado para que te lleve tus maletas.

Algo crujió dentro de mí, pero no perdería la calma. Isabella era muy astuta, pero no me ganaría en este juego. Sabía que quería confirmar a toda costa que Matt y yo nos traíamos algo, pero no señor, no dejaría que lo supiera tan fácilmente.

Crucé los brazos. Sonreí.

—Sí, qué bien poder contar con un amigo así, ¿no?

Isabella copió mi sonrisa. Sabía que no podría sacármelo tan fácil.

—¿En serio? ¿Solo son amigos?

Asentí. Jane pasó enfrente nuestro con un solo uniformado cargando sus maletas. Este la ayudó a guardarlas en el maletero de su lujoso sedán.

Matt fue el segundo en pasar frente nuestro. Se fijó en mí, me atacó con su arma mortal y yo, sin querer, le devolví el gesto. Fue al auto de Joseph, le dijo algo y volvió al suyo, no sin antes tocarme el hombro.

—Estamos listos—dijo simplemente y continuó caminando.

Isabella carraspeó.

—Para ser solo amigos, parecen algo más, ¿no?

Respiré forzosamente, sin perder la sonrisa. Decidí, entonces, que esta era una batalla que quería pelear y ganar. No sería fácil, pero no dejaría que me vencieran.

—¡Lo sé! Parecemos mejores amigos—dije jugando a la idiota—. Sabes... casualmente Matt me comentaba en estos días que le gusta

mucho una chica y lo estoy ayudando a conquistarla, por eso pasamos tanto tiempo juntos.

Mi subconsciente, que estaba sentada sobre el maletero del auto de Matt, se golpeó la frente con una mano. Estaba sorprendida por cada barbaridad que yo decía.

Isabella alzó una ceja.

—Le gusta una chica y no eres tú—matizó con sarcasmo.

—¿Qué te puedo decir? No soy el tipo de Matt.

—Eres *totalmente* el tipo de Matt.

—Pues él no es mi tipo.

—Matt es el tipo de *cualquiera*.

Tenía razón, pero aún así, ¡qué mujer más intensa!

—Que no, Isabella—seguí protestando—. Ya no insistas, te digo que le gusta una chica y no soy yo.

Isabella se arregló la blusa que la brisa había movido un poco.

—De acuerdo, ¿y cómo se llama esta chica?

Tartamudeé. Oh no, ¿qué demonios estaba inventando?

En la distancia, desde el maletero de Matt, mi subconsciente negó con un movimiento con la cabeza, diciéndome entre labios cuán patética yo era.

—Hannah—solté rápidamente el primer nombre que me vino a la cabeza.

«PA-TÉ-TI-CA», reforzó otra vez entre labios mi subconsciente.

—Hannah... bien...—me siguió el juego Isabella—. Me encantará conocer a Hannah en algún momento.

Así, plantando la semilla de la cizaña, se dirigió hacia el auto de Joseph que le hacía señas con las luces. Y yo, primero sonriente, luego con los nervios de punta, corrí desmesuradamente hasta el auto de Matt, quien también me esperaba.

Abrí la puerta, entré y me coloqué el cinturón tan rápido que parecía como que mi vida dependía de ello.

Matt me observó lleno de confusión.

—¿Todo bien?

Me giré hacia él con cara de perro arrepentido.

—Así que... aquí va una nueva noticia—dije—. Te gusta una chica que se llama Hannah, ¿de acuerdo? ¡Nos vamos! ¡Qué emoción regresar a casa!

Matt se inclinó para arreglar mi cinturón que estaba todo enredado en mi cuerpo de lo rápido que me lo coloqué. Luego pasó su mano sobre mi cabeza para peinar mi cabello, que también estaba todo enredado de la corrida que pegué.

—¿Hannah? ¿Es tu nuevo apodo?—preguntó—. Mmm... creo que prefiero «Emma». ¿Sabías que tu nombre significa «fuerza»? Lo vi en Internet.

Me quedé perpleja.

—¿Buscaste el significado de mi nombre en Internet? ¡Eres tan cursi!

—«...Emma es la mujer capaz de resistir ante cualquier situación, una luchadora innata que no se rinde hasta lograr aquello que se proponga»—citó a Internet.

—En serio, Sinclair, se te desborda la cursilería.

Matt puso los ojos en blanco.

—Puedo ser romántico si quiero, Emma.

—¡Excelente!—repliqué—. Porque necesitaré que lo seas con Hannah.

—Ya, ¿quién es Hannah?

Opté por el silencio de la expectativa. El mismo que había usado Joseph esta mañana antes de preguntarle a Matt si lo estábamos *haciendo*.

—Es la chica que te gusta—solté—. Que acabo de inventar.

—¿Qué?

—¡Lo siento! Es que Isabella me estaba preguntando demasiado y me puse nerviosa y...

—¿Y entonces inventaste que me gusta alguien de nombre Hannah?!—alzó la voz. Me cubrí el rostro con ambas manos—. ¿Al menos conoces a alguien con ese nombre?

Negué con la cabeza.

—¡Emma Bennett!

Apagó el auto y sacó la llave, renunciando a la idea de ponerlo en marcha.

—Es todo, es hora de tener la conversación de adultos—dijo.

Oh no...

Apreté los labios al tiempo que Matt se acomodó en mi dirección. Para mi buena fortuna, no se veía enojado en lo absoluto, mas bien, se veía igual de sereno que siempre. He ahí la gran diferencia entre

nosotros, él era mucho más maduro.

—Mírame—murmuró—. Emma, mírame ya.

«¡No, por favor! Sabes que no puedo resistirme a tus oceánicos ojos».

—Emma.

Tuve que hacerlo. Tuve que quitarme las manos del rostro y encontrarme con la mirada tan profunda que me desarmaba por completo.

—Isabella tiene razón, me tienes fascinado.

Abrí mucho los ojos. Esto sería demasiado para mí.

—¿Escuchaste cuando dijo eso?!

Matt alzó un dedo.

—Eh, eh, no me interrumpas cuando estoy intentando contarte cómo me siento.

¿Dónde escuché eso antes?

—¡OYE! ¡Ésas son mis líneas!

Ignoró mi reclamo. Sus manos sostuvieron las mías con suavidad. Todos mis sensores de alerta y auto-protección se activaron.

—Nos hemos besado al menos tres veces...

Me solté de su agarre. No quería que esta conversación sucediera.

—¿Copias todo lo que yo digo?—continué con el reclamo.

Matt suspiró de mala gana, lo que me dio a entender que estaba tratando de controlar su enojo. No dejaba de sorprenderme la paciencia que tenía conmigo.

Y al cabo de unos segundos, volvió a sostener mis manos, esta vez con más fuerza para que no las volviera a soltar.

—Nos hemos besado al menos tres veces y ha sido muy bueno—insistió—. Así que me gustaría que demos el siguiente paso.

¡Alerta roja! ¡Repito: ALERTA ROJA!

Mis estímulos nerviosos se desviaron completamente del camino de la felicidad y huyeron desesperados hacia la cabina de la seguridad.

—Lo que quiero decir, Emma, es...—dijo, atacándome con su arma mortal—. ¿Saldrías en una cita conmigo?

«¡AAAHHHHHHHH!», gritaron todos mis estímulos, en medio de lo que parecía el mismo Apocalipsis dentro de mi cerebro.

Quedé completamente petrificada, con la boca en el suelo del auto. Esto no era parte del plan y este loco desquiciado lo sabía.

Así me mantuve durante varios segundos, en los que incluso Matt

movió una mano frente a mi rostro en busca de signos vitales, pero yo estaba irremediabilmente absorta.

—¿Emma?—preguntó al final, preocupado.

Cerré la boca. Tragué. Moví la mano hacia atrás en busca de la manigueta de la puerta. Al encontrarla, la abrí con fuerza y salí corriendo como loca del auto. No sabía a dónde ir, pero debía ser lejos de Matt. Me rehusaba a tener esta conversación con él. Me rehusaba a concretar algo con él.

Algo me detuvo. Una mano que me agarró del brazo y me arrastró en su dirección.

—¡Emma!—gritó Matt.

Me solté sin importar cuán grosera estaba siendo.

—¿Por qué quieres hacer esto más complicado de lo que ya es?!

—¡No lo es!—protestó él—. Nos besamos, fue muy bueno, el siguiente paso es tener una cita, ver cómo funcionan las cosas y si no funcionan cómo esperamos, dejamos de besarnos y seguimos con nuestras vidas.

Me preparé para gritar. Y vaya que lo hice con fuerza.

—¿ESO ES SENCILLO PARA TI?

La atención de Joseph, Isabella y Jane cayó sobre nosotros. Lo supe porque ni siquiera habían puesto en marcha sus autos y los grises ojos de Isabella se plasmaban tan inquisitivamente sobre uno de los retrovisores del auto que era imposible no creer que espiaba nuestra discusión.

La verdad no creía que nos pudiesen escuchar, pero seguro se preguntaban qué rayos estábamos haciendo.

—¡Lo es!—continuó Matt con la discusión.

—¡Me estás invitando a salir contigo y te dije que no quiero hacerlo! ¿Por qué no mejor me pides que nos casemos y ya?

Ya, yo estaba siendo muy exagerada, lo admito. ¿Pero me podían culpar?

—¿Casarnos? ¡Es una maldita cita!

—No se trata de la cita, Matt, se trata de lo que simboliza la cita.

La cabeza de Matt cayó en signo de desesperación. Se mantuvo así durante un momento, buscando la serenidad que lo caracterizaba supongo.

—No simboliza nada—dijo—. Solo imagínalo... puedo llevarte a un lugar especial, podemos conversar de las cosas que nos gustan, puedes

ponerte un vestido si quieres...

Oh, oh. Mala elección de palabras, Sinclair.

—¿Y QUIERES QUE ME PONGA UN VESTIDO?

Matt gruñó.

—¡No, Emma, fue un ejemplo! ¡No tienes que usar un vestido si no quieres!

No me di cuenta el momento en que Jane se bajó de su auto, solo supe que ahora la teníamos a nuestro lado con expresión preocupada.

—¿Está todo bien?—preguntó.

Pero Matt y yo nos fulminábamos con la mirada.

—¿Matt? ¿Emma?—insistió.

Con dolor en el alma, tuve que ignorarla.

—No vamos a tener esta conversación, Matt—decidí yo terminar la discusión, sin importar lo que Jane pudiese pensar de mis palabras.

Enfurecida, me giré, dispuesta a huir de mi destino a como de lugar. No estaba segura cuál era el lugar apropiado para escapar, pero pensé que el auto de Joseph era un buen inicio.

A mis espaldas, me invadió la voz de Jane prácticamente gritándole a Matt «¿Qué mierda le hiciste ahora?», pero también huí de ella.

Entré al auto de Joseph y me deslicé por el sofá.

—Vaya, vaya, para no tener nada sí que saben cómo discutir cómo pareja—comentó de pronto Isabella, logrando sulfurarme más.

—¡NO SOMOS PAREJA!

En medio de mi arrebató, noté que Joseph agarró la mano de Isabella como pidiéndole encarecidamente que me dejara en paz. Acto seguido abrió su puerta y salió.

—¿Está todo bien?!—gritó hacia Matt.

—¡Sí, déjala! ¡No quiero a esa mujer tan loca en mi auto!—replicó con el mismo tono de fastidio que el mío.

Sabía que sus palabras tenían el único objetivo de capturar mi atención. ¿Y adivinen qué? LO LOGRÓ. Así que, con lo que sea que es peor que la ira, volví a bajar del auto.

—¿Yo soy la loca?! ¡Tú fuiste quién me hizo saltar de una maldita avioneta ayer!

Oh por Dios, debíamos detenernos. Incluso los empleados del hotel se habían reunido afuera para contemplar el espectáculo que

estábamos ofreciéndoles. No creo que se viera bien que uno de los dueños del hotel fuese uno de los protagonistas de él, pero a Matt no parecía importarle mucho tampoco.

—¡Dijiste que te había gustado la experiencia!—continuó Matt.

—¿AH SÍ? ¡ME RETRACTO! ¡ODIÉ LA EXPERIENCIA Y TE ODIÓ A TI TAMBIÉN!

Y volví a entrar en el auto descargando mi ira con la puerta. Pensándolo mejor ahora, eso había sido una terrible idea. Yo no me podía pagar ni la cena, ¿qué me hacía pensar que podía pagar la puerta del auto de lujo de Joseph?

Aún así, gruñí, pataleé, grité. Estaba endemoniada.

—Vaya, si tan solo yo pudiera discutir así con Joseph, seguro nuestra relación sería aún mejor de lo que...—iba comentando Isabella, hasta que...

—CÁLLATE—le grité.

¡Maldición! ¡Debía calmarme! Pronto me saldría humo de los oídos.

Al cabo de unos minutos, Joseph ya se encontraba de nuevo en el auto. Sus azules iris divisaron primero a Isabella, luego se dirigieron al retrovisor del medio para fijarse en mí y finalmente se centraron en el horizonte, donde negó con la cabeza varias veces, posiblemente sabiendo que era mejor no preguntar nada.

El auto entró en marcha al tiempo que mi corazón buscó serenidad. Demonios, ahora que todo estaba tranquilo, empezaba a sentir culpabilidad. Matt acababa de invitarme a una cita y enloquecí. ¿Y qué si esa cita salía mejor de lo que yo esperaba? ¿Por qué temía tanto el compromiso? ¡Bravo, Emma! ¡Tú sí que sabías cómo ahuyentar a los chicos que se te acercaban!

—Eh...—solté, un poco avergonzada, rompiendo el silencio—. Espero que no les moleste que venga con ustedes.

Joseph se mantuvo mudo. Concentraba toda su atención en la vía sobre la que circulábamos. Isabella, en cambio, no dudó en reír socarronamente.

—Querida...—dijo—. ¿Por qué me molestaría que interrumpas el único momento de hoy donde pude haber tenido un poco de privacidad con mi prometido?

Demonios, estaba enojada. Muy enojada. Pero no quería

demostrarlo delante de Joseph, obvio, por eso el tonito dulce.

—Lo... lo siento—dije, honestamente—. Es solo que no sabía con quién irme.

—Está bien, Emma, en serio, apreciamos tu...—decía Joseph, hasta que Isabella lo interrumpió.

—¿Por qué no te fuiste con Jane?

¡Oye! ¡Se suponía que eras mi mejor amiga! ¡Debías apoyarme! No darme la espalda como lo estabas haciendo.

Crucé los brazos sintiendo que ya me fastidiaba la actitud de Isabella.

—Ella me haría demasiadas preguntas.

—¿Qué te hace pensar que yo no te haré preguntas?—replicó mi supuesta mejor amiga—. Es más, ya tengo formuladas varias como por ejemplo, ¿estás saliendo con Matt o no? ¿Por qué usabas su ropa ayer? ¿Lo hiciste con él? ¿Usaron protección? ¿Te gustó?

—¡ISABELLA!

Escuché el suspiro de Joseph. Él sabía que por más que quisiera, no podría detener las discusiones entre Isabella y yo. Era nuestra forma de querernos, aunque evaluando la reciente guerra en la que nos habíamos metido ya no estaba segura si nos queríamos u odiábamos.

Algo vibró en mi pantalón. Mi teléfono. Introduje mi mano en el bolsillo para mirar a la pantalla. Mi rostro cambió enseguida a uno de fastidio al leer: «Matt Sinclair llamando...».

—¿Qué quieres?—respondí de mala gana—. Estoy teniendo un momento muy agradable con mi mejor amiga y su prometido y nos estás interrumpiendo.

—En realidad no está siendo tan agradable—comentó Isabella.

Le pegué en la cabeza. Se calló.

—*Mira hacia atrás*—me dijo Matt simplemente.

Insegura, me incliné para ver por la ventana de atrás. Vislumbré al auto de Matt que circulaba detrás nuestro y a Matt, tras el vidrio frontal de su auto, ¡sacándome la lengua!

—*Eso es lo que te mereces por estar tan loca*—comentó y colgó la llamada.

¡Argh! ¿Cómo Matt lograba sacarme de quicio tan rápidamente? ¡No podía ser que tenía tanto control sobre mis emociones!

Marqué su número. Contestó enseguida, a pesar que no debía

hablar por teléfono mientras manejaba.

—*Habla, mujer loca*—contestó.

Sonreí en su dirección. Y comprobando que me estaba viendo a través de la ventana, le saqué el dedo del medio. Sus ojos se abrieron tanto que parecían dos enormes perlas.

—Eso es lo que te mereces por invitar a «ya sabes qué» a esta loca.

Y terminé la llamada. Ah, otro punto para mí.

No pasó mucho tiempo cuando un teléfono móvil sonó en los puestos de adelante. Joseph presionó un botón en el tablero del auto y la llamada se activó en un auricular especial que cargaba en su oreja.

—Sí, de acuerdo, no hay problema—dijo.

Ni siquiera me inmuté en prestar atención a sus gestos, porque seguramente era algún cliente o amigo exitoso llamándolo. Sin embargo, sin previo aviso, el auto se desvió hacia un lado de la carretera haciendo que mi cuerpo se deslizara bruscamente hacia detrás del puesto de Joseph.

—¡Mi amor!—exclamó Isabella preocupada.

—Perdona, mi amor, ayudo a alguien—replicó Joseph divertido.

—¿Pero que...?—yo iba, muy campante, dispuesta a cuestionar qué demonios ocurría, cuando la silueta de Matt se dibujó a través de la ventana que tenía a mi lado—. Ay, mierda.

Mi puerta se abrió. Y ahí, con Matt, se dibujó la sonrisa más malévola que le había conocido jamás.

—Que quede claro que yo te odio también—puntualizó.

Acto seguido, agarró mis pies con fuerza y los alzó. Pegué un grito de gallina del susto.

—¿Pero qué...?—decía, hasta que sentí que Matt arrastraba mi cuerpo hacia su dirección—. ¡No, Matt, basta! ¡MATT! ¡MAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHHH!

Mi cuerpo se deslizó por todo el asiento de cuero hasta salir del auto. Sentí que la gravedad me abandonaba. Mi cabeza chocó contra una de las piernas de Matt. ¡Me tenía cargada en su hombro con el cuerpo al revés!

—¡Gracias, hermano!—gritó Matt a Joseph al tiempo que cerraba la puerta de su auto.

Seguí gritando. Y mientras lo hacía, pude vislumbrar la imagen de

Isabella sacando la mano por la ventana.

—¡Que tengan un viaje hermoso, niños!—dijo con cariño.

Matt, entre risas, siguió por toda la calle conmigo en su hombro. Llegamos hasta su auto al cual me metió, ubicando mi cuerpo en el asiento de copiloto. Todas mis extremidades se movían desmesuradamente en busca de huir.

—¡ESTÁS LOCO!—le grité.

Pero Matt no se rindió. Siguió haciendo fuerza, encarcelándome con el cinturón de seguridad para que no escapara.

—¡MATT!

Y como sabía que no me calmaría fácil y solo había una manera de lograrlo, agarró mi rostro y estampó su boca contra la mía sin importarte si alguien nos pudiese estar viendo.

Cuando se separó, quedé pasmada. Decidí que ya no quería seguir gritando, sino derretirme en el asiento en que estaba sentada.

Matt, satisfecho con los resultados, emprendió camino hacia su asiento de conductor. Estando dentro, dio un largo respiro en busca del aliento que había perdido cargándome hasta su auto.

Una leve sonrisa se asomó por mi rostro, pero logré disimularla bien.

—Así que... ¿en dónde estaba?—dijo risueño contemplando mi semblante estupefacto—. ¡Ah sí! ¡La conversación de adultos!

¡No podía creer a este muchacho! ¿De dónde rayos salió?

—Te decía que...—continuó—. Nos besamos, fue muy bueno, a ti te gustó, a mí me gustó mucho, nos estamos llevando estupendamente bien...

Mi corazón, que ardía en un enojo único, pasó a enternecerse ante tanta perseverancia. Luego, sin querer, me encontré sonriéndole a Matt. No era todos los días que uno le salvaba la vida a alguien, ni ese alguien era tan bondadoso que prometía enseñarte a ser feliz. Mucho menos sucedía que terminaban teniendo una química tan indudable que cada beso era una experiencia única.

—Entonces, Emma—agarró mi mano—. ¿Saldrás en una cita conmigo o no?

Supe ese día que no lograría encontrar a nadie más como Matt. Y aún cuando lograra encontrarlo, no quería que se fijara en mí, porque ahora mismo la única persona que me inspiraba ser su centro de atención,

era Matthew Sinclair.

En menos de lo que esperé o quise, me encontré a mí misma asintiendo con la cabeza accediendo a su petición.

—¿Y tengo que usar un vestido?

Matt carcajeó. Ah, ¿algún día podría decirle que no a algo? Me preocupaba mucho este efecto que él tenía en mí.

—Créeme, linda, podrías ponerte ropa de hombre y aún así me gustarías.

Mis mejillas ardieron sin poder evitarlo. Y como de costumbre, miré hacia otra parte para que Matt no me molestara. Para mi sorpresa, no tenía intenciones de ello, simplemente sostuvo su móvil y lo llevó a su oído.

—Estamos listos, hermano—dijo.

Los gritos de emoción de Isabella y Joseph fueron audibles, incluso Matt tuvo que quitarse el teléfono del oído. Me reí por la ironía e igual lo hizo Matt.

—¿Ves? No fue tan difícil la conversación de adultos—comentó este último cuando ya estábamos en marcha.

No, para nada. Solo tuvimos que armar un escándalo delante de todos los empleados del hotel y parar a medio camino de la carretera para que me sacaras del auto de tu hermano, pero de acuerdo, no fue tan difícil.

—¿Conversación de adultos? ¡Pero si hasta hace unos minutos me estabas sacando la lengua! Dudo mucho que seas un adulto.

—Sí, bueno, te lo merecías.

Matt agarró mi mano y se lo permití. Entrelazó sus dedos con los míos y se lo permití. Llevó mi mano a sus labios para besarla y se lo permití. Me embrujó con sus vibrantes iris y se lo permití.

—Hoy en la noche, ¿de acuerdo?

Se refería a la cita, que también permití asintiendo con la cabeza. Sinceramente, a este punto, me estaba temiendo todo lo que le estaba permitiendo.

Matt aprovechó el semáforo que se puso en luz roja para contemplarme durante un minuto. Sonreía tan cálidamente que me hizo hacer lo mismo.

—¿Qué?—pregunté.

—Estás demente, Bennett.

—Qué bien que estemos en sintonía entonces, Sinclair.

La luz del semáforo se puso en verde y seguimos nuestro camino. Noté que no había soltado mi mano en ningún punto, ni tampoco tenía intenciones de hacerlo hasta queuviésemos que abandonar el auto.

Mi corazón latió fuerte tras notar también cuán fabulosas se veían nuestras manos encajando perfectamente. Se lo permití también. Porque a pesar de la inseguridad, el miedo o todas esas sensaciones negativas que me invadían a veces cuando pensaba en tener una nueva relación, sabía que estaba ansiosa de tener esa primera cita con Matthew Sinclair.

Es solo integración

Al llegar a la Mansión Sinclair, los tres hermanos estacionaron sus autos en el porche principal, donde volvió a sorprenderme la rapidez con la que Edward y su escuadrón de uniformados salieron a ayudarnos con las maletas.

Yo, como la joven de clase media extremadamente baja que era, me bajé del auto y corrí con inercia al maletero del auto de Matt en busca de mis maletas, sin embargo, antes que pudiese tan siquiera agarrar una, sentí dos presencias detrás mío. Eran Edward y Matt.

—«Buen intento, Bennett»—imité la voz de Matt apartando las manos de la escena del crimen y renunciando a la idea que hoy sería yo quien cargara mis maletas.

Retrocedí dándole paso a ambos para que se encargaran del asunto. No estaba acostumbrada a este tipo de atenciones, pero no podía negar que se sentían bien.

Mientras Edward y Matt se encargaban del equipaje, aproveché para echar un vistazo general a la mansión. Con todo y el escuadrón de uniformados corriendo de un lado al otro, seguía viéndose tan magnífica como mi mente la recordaba.

Hacia la entrada Jane salía con un atuendo diferente al de esta mañana, con un bolso cruzado y caminaba a paso rápido hacia su automóvil.

—Nos vemos, Emma—murmuró risueña cuando me pasó por al lado.

Y hacia la esquina donde estaba estacionado el auto de lujo del hermano mayor de los Sinclair, Joseph e Isabella se encontraban intercambiando saliva. Ugh, ¿por qué hacían esto enfrente de todos?

Luego Joseph se montaba en su auto y lo ponía en marcha.

Un segundo, si ellos dos se iban tan pronto, quería decir que...

—El trabajo llama—me sobresaltó la voz de Matt a mi lado.

¿En serio? ¿Ya?

Di un hondo respiro, tratando de no parecer desilusionada, pero por más que me doliera admitirlo, sí me sentía un poco así.

—Estar en casa no te hará generar dinero—le sonreí haciendo un chiste al tiempo que levantaba los hombros.

Matt me correspondió el chiste con su arma mortal. Sus oceánicos iris me contemplaron durante un instante que me pareció eterno, pero fue suficiente para notar que algo había cambiado en ellos. Antes los percibía tenues, pero ahora, se veían centelleantes.

—Vendré por ti a las ocho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Su mano acarició mi mejilla y fue reemplazada por sus labios que la besaron. El mariposario se alborotó en mi estómago. Después se alejó para montarse en su SUV aventurera.

Lo vi irse, con la baba cayendo, hasta que una malévola vocecita irrumpió en mi fantasía.

—¿Qué sucede a las ocho? ¿Y viste la intensidad de ese beso en la mejilla?

Me auto-cacheteé en mi cabeza. Estaba tan embobada admirando a mi sensual sirviente que me olvidé por completo que Isabella andaba por los alrededores.

Adoptando mi mejor semblante de indiferencia, me giré hacia la entrada de la casa, dispuesta a dirigirme a mi habitación. Isabella por supuesto que me siguió.

—Saldremos con Hannah—mentí—. Y, respecto a ese beso en la mejilla, él hace eso con todas sus amigas.

—Claro, qué encantador—sonaba sarcástica—. Aunque, ¿sabes? Desde que salgo con Joseph nunca he conocido a ninguna amiga de Matt. De hecho, solo conozco a un amigo y es hombre. Ese chico Will y su esposa.

—Entonces estoy segura que siempre besaré así en la mejilla a su esposa—respondí siguiendo con mi camino—. A Will no, obvio.

Isabella me detuvo con una mano antes que empezara a subir las escaleras.

—Matt no tiene amigas, Emma—se empeñó—. Eres la primera chica con la cual lo veo tan interesado.

—¿Cuál es tu punto?

—Sabes cuál es—me sonrió—. Creo que le gustas mucho.

Puse los ojos en blanco. Ya me estaba cansando su actitud de detective. Entendía que se preocupara por mí, pero esto no era para nada

de su incumbencia.

—No, Isabella, ya te dije que le gusta Hannah.

Corrí escaleras arriba. Isabella me siguió volviendo a la carga.

—Tal vez es una excusa para pasar más tiempo contigo.

—Que no, Isabella.

Tiré la puerta de mi dormitorio hacia atrás. Estaba tal como lo había dejado: vuelto un caos. Y es que si había una única cosa que había pedido a Edward y su escuadrón de uniformados durante mis cortas semanas de estadía en la Mansión Sinclair es que nunca, jamás, limpiaran mi habitación. Porque sí, el orden favorece la armonía, relajación y bienestar, pero para mí el desorden favorece la creatividad. Nunca le he encontrado la explicación detrás de ello, pero es como si existiese un sistema dentro de él que me ayudara a inspirarme.

Ahora que no venga el vago a decir que las personas desordenadas son creativas. No es lo mismo. Los creativos somos desordenados mientras trabajamos, pero eso no quiere decir que porque seas una persona desordenada eres creativa.

Una vez más, Isabella me detuvo agarrándome del brazo.

—¿Por qué no lo aceptas?—farfulló.

—¿Aceptar qué?—me zafé de su agarre.

—¡Que le gustas!—exclamó frustrada al igual que yo—. Emma, tienes a un príncipe azul detrás tuyo. Es inteligente, emprendedor, viene de una familia de buenos valores, y ni empecemos a hablar de lo atractivo que es.

Reí socarronamente.

—No es un príncipe azul y no está detrás mío.

¿A quién quería engañar? Por supuesto que sí era un príncipe y acababa de invitarme a salir con él. Pero no era como que pudiese ilusionarme. ¿Qué tal si las cosas no funcionaban? De ser así, solo sería un príncipe azul con el cual viviría incómodamente.

Un silencio invadió el espacio. Isabella apartó la mirada de mí y echó un vistazo a mi caos creativo, pero no dijo nada de él y no lo diría. Ya le había explicado mil veces el porqué de él. Sinceramente no creo que lo entendiera, pero al menos ya se había cansado de regañarme por ello.

—Bien—accedió con ceño fruncido—. ¿Sabes que Joseph cumple este domingo?

Me sorprendí la rapidez con la que cambió el tema. Conociéndola, o ya no quería discutir conmigo o estaba evaluando otra forma de acercamiento para el tema.

—No lo sabía—le dije, más calmada.

La sonrisa volvió al delgado rostro de Isabella.

—Le haré una fiesta sorpresa, así que no puedes decir nada—reveló—. Quiero que estés ahí y Matt también, obviamente. Y ya que insistes en que está tan caído con la tal Hannah, ¿por qué no la invitan?

Oh no.

—¿Invitarla?—balbuceé.

—Sí, así podemos conocerla.

Ah, ¿qué iba diciendo? ¿Isabella evaluando otra forma de acercamiento para el tema? No, lo que quise decir es que evaluaba otra manera de torturarme. Era tan ingeniosa que había logrado darle la vuelta al tema, sin dejar de persistir tan avispadamente en su investigación.

—Tengo derecho a saber si es un buen partido para Matt, ¿no crees?—jugó la carta de estúpida—. Como parte de esta familia también me preocupo por él. Además, estoy segura que a Joseph y Jane también le gustaría conocerla.

Buena jugada, señorita casi Sinclair, buena jugada.

Pero yo podía jugar mejor.

Me crucé de brazos y negué con a cabeza.

—No puede este domingo—solté un poco nerviosa, pero con esperanzas de que Isabella no lo notara—. Está enferma.

—¿En serio? ¿Qué tiene?

«Rápido, Emma, formula una de tus tontas excusas».

—Eh... cólicos... menstruales.

«Buen trabajo, Bennett, más tonta que nunca».

—Bueno, tiene dos días para mejorarse. Estoy segura que se sentirá bien de aquí al domingo. Y más si un bombón como Matt la invita a su casa.

Hizo tanto énfasis en la palabra «bombón» que no pude evitar pensar que sí, así era, e incluso sentí un poquito de celos por Hannah, que era una mentira mía. ¡Qué loca! ¡Sentía celos de mí misma! ¡Matt no me hacía bien!

Isabella, saboreando el dulce sabor de la victoria, se acercó hasta mí, me besó la mejilla y se giró para su retirada triunfal.

Salió corriendo de mi habitación y fue mi turno de perseguirla.

—¡No lo creo!—grité a través de las escaleras—. ¡Tiene quistes poliquísticos!

Pero tan solo escuché su risita malévola en el vacío, confirmando su partida.

¡Maldición! ¿Y ahora qué?

No, no dejaría que me ganara. Esto se pondría muy peludo, pero de ninguna manera perdería contra Isabella. Menos si se trataba de esconder lo que sea que tuviese con Matt.

Así que, maldiciendo, corrí de regreso a mi habitación. Fui directo al escritorio, donde estaba mi *laptop* y me senté, dispuesta a buscar respuestas con los dioses del espacio virtual.

—A ver, a ver—hablé para mí—. ¿A qué sitio web de citas a ciegas entraría si estuviera desesperada y necesitara una pareja?

La idea explotó tan ingeniosamente en mi cabeza que pensé alguien me tendría que dar un premio por la gran pensadora que era.

«www.citasdeemergencia.com», escribí en el teclado de la *laptop* y luego me reí sola, orgullosa de mi enorme mente maestra.

Por increíble que suene, sí era un dominio existente. Uno con buena pinta y carga de página veloz.

En la portada principal estaba un video que explicaba quiénes eran y qué servicio ofrecían. Solo vi los primeros segundos, donde decían que eran una «modesta» agencia que contactaba a mujeres/hombres de la red cuando necesitaras una cita de emergencia. Qué conveniente.

Encontré el buscador. Escribí «Hannah». Se desplegó una página con una gran lista de chicas con ese nombre. Me llamó la atención una rubia, con labios carnosos y ojos verdes que parecía de la edad de Matt, así que di clic a ese.

—*¿Aburrido de las chicas tradicionales y sin sentido del humor?*—empezó a hablar Hannah en el video en un tono muy sensual—. *Entonces llámame. Mi nombre es Hannah y haré que tengas la cita más divertida de toda tu vida.*

Pausé el video petrificada. De acuerdo, era hermosa, de la edad de Matt y quizás sí era divertida. ¡Demonios, no! ¿Qué tal si me lo quitaba?

Oh no, ¿te escuchas a ti misma, Emma? Matt no era tuyo, no te lo podían quitar.

Sacudí la cabeza, busqué mi móvil, tomé una foto de la pantalla y

lo mandé al chat con Matt. Unos segundos más tarde, lo llamé. Para mi buena suerte, respondió casi al instante.

—*¿Qué hay, linda? ¿Ya me extrañas?*—dijo con tono divertido y seductor como de costumbre.

Estará de más decir que me reí como estúpida.

Maldita sea, concentración, Emma.

—Hola, eh... te envié una foto—le dije—. Dime qué te parece, ¿de acuerdo?

Revisé una vez más el chat para comprobar que la foto se había enviado y esperé pacientemente hasta que Matt respondiera.

—*¿Quién es?*—replicó él al cabo de unos segundos.

Reí nerviosa.

—Una chica, ¿qué te parece?

Matt balbuceó.

—*Sí, eh, creo que prefiero a las chicas con color de cabello divertido, aunque el color que tienes ahora también te queda muy bien*—replicó risueño enterneciendo mi corazón. ¿Podría ser más lindo este muchacho?

Me auto-cachetee. Concentración, Emma.

—*¿Pero te agrada cómo se ve ella?*—insistí.

—*Supongo que no está mal*—respondió. Su tono cambió a uno más serio—. *Emma, ¿en qué andas?*

¡Demonios! ¿Era tan obvio que andaba en algo?

Me levanté de la silla, la tiré a un lado. Caminé como loca del lado a lado en mi habitación. Este invento de Hannah empezó muy mal y usualmente lo que inicia mal termina mal también, pero no, no me rendiría tan pronto. Aun me quedaba un largo camino del mal por recorrer.

No tuve alternativa que decirle la verdad a Matt.

—Isabella le hará una fiesta sorpresa a Joseph este domingo—dije—. No le digas que te dije—tomé aire para terminar—. Y quiere que invitemos a Hannah, así que busqué una Hannah en Internet.

El silencio tortuoso de Matt fue inminente.

Y luego su grito también fue inminente.

—*¿Qué?! ¿Quieres que una extraña de Internet se haga pasar por mi cita?!*

¡Lo sé! ¡Yo era un caso patético!

—¡Lo siento, Matt, pero no podemos perder!—insistí tratando de sonar inspiradora. Por supuesto que no lo logré.

—¿Perder qué?—exclamó Matt.

—Este juequito inquisidor que se trae Isabella para descubrir lo que sea que tú y yo estamos haciendo.

Matt exhaló el aire con tanta fuerza que supe lo estaba sacando de quicio.

—¿«Lo que sea que estamos haciendo»?—cuestionó, más calmado—. *Eso suena como si estuviera jugando contigo, y créeme, no es lo que hago. Por eso te invité a salir conmigo hoy en la noche, para que podamos definir qué sucederá entre nosotros.*

La pantalla de mi *laptop*, que reposaba en negro, se encendió tan estrepitosamente que tuve que voltear a ver a ella. Un cuadro de diálogo de Skype apareció con el mensaje: «Mamá llamado». ¡Pero qué oportuna!

—Sé que no estás jugando conmigo, pero no puedo permitir que los demás se enteren de «esto» hasta definir qué es. Así que por favor, por mí, ¿podrías apoyarme con lo de Hannah?

El cuadro de diálogo de Skype desapareció. No pasó ni un segundo, cuando apareció por segunda vez. Mi mamá podía ser muy intensa cuando se lo proponía.

—*Emma*—respondió Matt—. *De verdad quisiera enfocarme en ti y en mí, así que por favor no hagas esto.*

—¿Por qué quieres enfocarte solo en ti y en mí cuando puedes enfocarte en ti, mí y otra chica?

Ya, eso no había sonado muy cuerdo, pero no me juzguen.

—*Emma*.

—Matt.

El largo silencio del otro lado de la línea me hizo confirmar que Matt se lo estaba pensando. Pensárselo de verdad, gastando sus neuronas de genio para encontrarle una explicación coherente a esto.

—*¡Maldición! ¡Nunca una chica con la que quiero salir me había pedido que saliera con otra chica!*—comentó al final.

—Pero lo harás, por mí, ¿por favor?

El cuadro de diálogo de Skype desapareció por segunda vez. Y así mismo volvió a aparecer. Mi madre tampoco conocía lo que significaba rendirse. Supongo que de alguien tuve que haberlo sacado, ¿no?

—*De acuerdo. Por ti.*

—Gracias—le dije feliz—. Tengo que colgar, mi madre está intensa convocando una video-llamada y créeme, no se dará por vencida hasta que le responda. Es su manera de imponer su autoridad, a pesar que ya no vivo con ella.

Escuché la melodiosa risa de Matt a través del auricular. Oh, me gustaba tanto ese sonido. Lo prefería mil veces antes que cuando se ponía serio conmigo.

—*Salúdala de mi parte, ¿sí?*—murmuró—. *Nos vemos en la noche, linda. Ocho en punto, no lo olvides.*

La llamada terminó y yo no pude evitar sonreír como estúpida. Entretanto, mi madre hizo un cuarto intento por comunicarse conmigo, así que decidí echar a un lado el efecto Sinclair que se manifestaba en mí y me apresuré en responder.

Inmediatamente cuando hice clic en el botón de «contestar» sonó el grito de emoción de mi mamá.

—*¡Hola hijita hermosa!*—se reflejó la imagen de mi mamá a través de la pantalla. No pude evitar sentirme feliz de verla.

Me senté en la silla frente al escritorio.

—*Hola mamá.*

Sus ojos me contemplaron durante un momento y después adoptó una expresión de asombro acompañada de una risa muy pícaro.

—*¡Emma Rosalie Bennett! ¡Tus ojos brillan! ¡Y ese nuevo color de cabello te queda espectacular!*—exclamó—. *Oh, querida, cuéntame todo, ¿ya llegaste a tercera base con Matthew?*

¿Qué?! ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? ¡Pero qué indiscreta!

Sonrojada y absorta, me eché hacia atrás. La pata de la silla se enredó con la alfombra, lo que hizo que me inclinara tanto que casi caigo de espaldas contra el suelo.

Me levanté enseguida, pero mi rostro de tomate nunca se fue.

—*¡Mamá! ¿Cómo me vas a preguntar eso?*

—*Bueno, hija, ya sabes que soy muy liberal y creo que merezco saberlo*—replicó—. *Vamos, cuéntame, ¿cómo fue? ¿Te trató bien?*

Creí que se me saldría el corazón de la humillación. Mis mejillas se calentaron más, no sabía ni dónde meter la cara.

—*¡No mamá! ¡No hemos llegado hasta allá todavía!*

—*«¿Todavía?» ¿Entonces sí planean hacerlo?*

—¿Qué? ¡No! Quiero decir, ¡no! ¡Mamá!—me cubrí el rostro de la vergüenza.

¿Que si lo planeaba? No podía ni besarlo sin sentirme culpable, así que, ¿por qué pensaría en dar ese paso tan aterrador? Eso era como la máxima representación del compromiso y era precisamente de lo que huía.

—*Sabes querida, la primera vez que tu padre y yo lo hicimos, me llevó a una cabaña en las afueras de la ciudad y...*

—Mamá, de verdad no quiero saberlo.

—*Pero es tan romántica la historia—insistió—. La habitación estaba llena de pétalos de rosas. Fue tan delicado conmigo que...*

—MADRE, NO QUIERO SABERLO.

—*Cuando terminamos, me dio un largo beso que nos llevó a la segunda...*

—¡Mamá, tengo que irme!—me levanté de la silla traumatizada—. Tengo un compromiso en la noche y necesito las horas que me quedan para terminar unos trabajos.

A través de la pantalla, visualicé el rostro de decepción de mi mamá.

—*¡Pero si acabamos de empezar a hablar!*

Y ya estaba asqueada con lo poco que llevaba de la historia. No necesitaba más de esto en mi vida.

—Saluda a papá de mi parte, ¿sí?—repliqué velozmente. Antes que ella pudiese responder, presioné el botón de «Finalizar llamada».

Inhalé el poco aire que quedaba revitalizando mis pulmones. ¿Por qué será que no me había tocado la típica madre sobre-protectora? ¿Por qué tuvo que salir tan liberal? ¿Por qué no podemos elegir a la familia?

Un sonido de notificación resonó a través de las bocinas de mi *laptop*. Incliné un poco el cuerpo hacia adelante para leerlo:

MAMÁ:

Por favor usa protección, querida ;)

¿Pero qué demonios?! ¡¿Cómo podía ser tan impertinente?!

Profundamente traumatizada, bajé la pantalla de la computadora de golpe para no ver más. Quién sabe con qué otras locuras se saldría mi madre.

Una vez más calmada, me tiré en la cama sintiendo que necesitaba un respiro de todo. Necesitaba olvidarme un rato de Matthew Sinclair, la mentira de Hannah y todo lo demás que me robaba concentración porque todavía me faltaba terminar de pintar uno de los lienzos de las trillizas antes que se hicieran las ocho de la noche.

Así que, enfocándome en eso, me levanté de la cama y fui a mi armario para cambiarme el atuendo que traía puesto a uno más cómodo. Opté por ponerme un pantalón corto, una blusa sin mangas, la camisa de cuadros que ya tenía demasiadas manchas de pintura para contarlas y recogí mi cabello con la ayuda de una pañoleta.

Me dirigí hasta mi pequeña sala de estar, alcancé mis instrumentos de pintura y empecé a preparar todas las mezclas dispuesta a terminar el lienzo que ya estaba puesto en su caballete desde el miércoles antes de ir a Palm Springs. Solo tenía los colores base plasmados, pero estaba segura que podría terminarlo antes que anocheciera o por lo menos adelantar bastante.



El día cayó rápido, la noche se hizo presente y yo ni siquiera me percaté de esto por estar tan concentrada dando pincelazos.

Este era el efecto que pintar tenía en mí. Cuando lo hacía, jamás prefería estar haciendo otra cosa. Ni siquiera se me pasaba por la cabeza todo lo demás que tendría o no tendría que hacer.

Amaba cómo estaba quedando. Cada uno de los lienzos era especial a su manera, pero después de recrear los dos primeros lienzos, estaba segura que el tercero era mi favorito.

Dejé el pincel más grueso a un lado, en una mesa donde se encontraban mis paletas de colores y tomé el pincel más delgado que me ayudaría a darle los toques finales.

Con dedicación y especial meticulosidad, pasé el pincel sobre las hebras de cabello de la niña para brindarle profundidad. Era justo lo que le hacía falta.

Orgullosa de mi trabajo, di tres pasos hacia atrás para apreciar todas las pinceladas de la tarde, y oh Cielos, debo decir que se veía espectacular.

—Buen trabajo, Bennett—hablé para mí como de costumbre con

una enorme sonrisa de satisfacción.

—No podría estar más de acuerdo—retumbó una voz masculina hacia la salida de la sala.

Salté en mi lugar del susto, giré mi cuerpo entero y me encontré con que Matt se encontraba recostado sobre el marco de la puerta, cruzado de brazos.

¡Oh por Dios! ¿Qué hora era?

Eché un vistazo al reloj de pared para comprobar que eran las 8:15 p.m. ¡Oh no! ¡Se me pasó el tiempo y no me di cuenta!

—Está un poco retrasada para su cita, señorita Bennett—me dijo Matt con semblante jovial, dando cortos pasos hacia mí—. Pero está bien, no quiero ser la razón por la que que cortes tu inspiración.

—¿Cuánto tiempo tienes ahí?

—Lo suficiente para admirarte.

«No te desmayes, Emma. No te desmayes».

—No hay mucho que ver—intenté ser modesta.

—Oh no, créeme, sí hay mucho que ver—debatí acercándose todavía más a mí—. Tú con tu atuendo de pintora, tú mezclando colores, tú dando pincelazos..

Cuando estaba demasiado cerca de mí, me tomó de la cintura para traerme contra su cuerpo. Este tipo de coqueteo, sin duda, no era común entre nosotros, pero se estaba tornando en un juego muy interesante de jugar.

—Pero qué aburrido—susurré.

Lo tenía tan cerca que sentí su respiración acelerarse por encima de la mía. Pero mira nada más, yo también lo hacía sentir nervioso.

—Es muy entretenido para mí.

Cerré los ojos un instante. Me sentía muy hipnotizada por su aroma.

Esperé pacientemente hasta que me besara, porque aparentemente eso era lo único que hacíamos últimamente, pero no sucedió, así que volví a abrir los ojos.

—¿No vas a besarme?—pregunté, con una confianza que hasta a mí me sorprendió. Intenté no sonar desilusionada, pero vaya que así me sentí.

—¿En la primera cita?—se rió—. Señorita Emma, pero qué atrevida.

Puse los ojos en blanco. Él se percató.

—No te niego que me siento sumamente tentado por ti, tus pinceladas y tu diminuto pantalón, pero de verdad necesito demostrarte cuánto te respeto.

Y se apartó de mí con su arma mortal brillando.

—Claro—contesté.

Me volví hacia mi escritorio, tomé una memoria USB que reposaba sobre él. Volví hacia Matt, le entregué la memoria.

—Un trato es un trato, así que aquí están tus fotos—le dije—. ¿Por qué no las ves mientras arreglo este desastre y me visto? Solo demoraré unos quince minutos, lo prometo.

Para mi sorpresa, Matt obedeció sin protestar. Tal vez también luchaba con la tentación como yo lo hacía. Tal vez tuvo la tarde para analizar lo que estábamos haciendo y aligerar el paso. Tal vez yo debí haber analizado eso también en la tarde, porque supuestamente ahora teníamos que decidir qué sucedería con nosotros. Tal vez, tal vez, tal vez. La vida es un gran tal vez.

Me giré, para recoger todas mis herramientas para pintar. No podía dejarlas ahí tiradas, eso era lo único que siempre debía dejar ordenado.

—«Por favor usa protección, querida»—dijo Matt de repente, muy confundido—. «Y si es con sabor, ¿mejor?».

Todas las paletas y pinceles que llevaba en mis manos se cayeron. El rojo se me volvió a subir hasta las mejillas, pero lo controlé.

—Eso es...—me volví hacia Matt—. Mi madre... le estaba contando que fuimos a hacer paracaidismo y que estoy emocionada por... por...

Matt ladeó la cabeza.

—Por conocer qué otros deportes extremos practicas. Y bueno, ya sabes cómo es de sobre-protectora mi querida madre, en verdad no lo sabes porque no la conoces, pero...

—¿Pero?

—¡Pero! Mi punto es que quiere que nos protejamos muy bien cuando vayamos a... practicar otra de tus actividades extremas, porque le preocupa que suceda un...

Tragué con fuerza.

—Accidente—terminé.

¿Cómo hice para decir de cualquier manera lo que no quería decir?

Buen trabajo, soqueta.

Los labios de Matt se curvaron hacia arriba, pero antes que pudiese empeorar la situación con alguno de sus comentarios, me acerqué a él y bajé la pantalla de la *laptop*.

—¿Sabes qué? Creo que puedes ver las fotos en otro momento. ¿Por qué no mejor me esperas abajo? Serán solo quince minutos. No, ahora como doce.

Matt desconcertado, se levantó de la silla en silencio. Guardó la memoria USB en el bolsillo de su pantalón y se dirigió a la salida. Sin embargo, justo cuando estaba por retirarse, volvió a mí con aire suspicaz.

Su boca besó mi mejilla y luego se fue hasta mi oreja.

—Podemos practicar algunas de esas actividades extremas cuando definamos qué es «esto»—susurró despacio, haciendo mucho énfasis en ciertas palabras—. Once minutos, linda.

Y se fue así sin mirar atrás.

Me quedé estupefacta mirándolo, preguntándome cómo alguien podía hacer sonar tan sucio algo que no tenía nada sucio. Porque, ¿había dicho eso con doble sentido, verdad? ¡No podía equivocarme! ¡No me creyó mi coartada y aprovechó el momento para hacerme sentir nerviosa! ¡Maldito sensual sirviente!

Volviendo en sí, removí la pañoleta que liberó mi cabello, la tiré sobre la cama y emprendí camino veloz hasta el baño donde estaba todo mi guardarropas.

Rebusqué entre todas las prendas a paso de liebre.

—¿Qué me pongo? ¿Qué me...?

Me detuve descubriendo algo que podría funcionar. Una falda negra con vuelo que me había regalado Isabella porque insistía que siempre me vestía como niño y que, de las pocas veces que la había usado, había recibido los cumplidos más honestos sobre mis piernas y trasero.

Suspiré.

No...

«Sí...», discutió mi subconsciente.

No...

«¡Sí!», insistió mi subconsciente.

—De acuerdo, Sinclair, esto es por ti—dije insegura, removiendo los harapos que traía para pintar y reemplazándolo por la primera pieza, que era la falda—. Porque has sido muy paciente conmigo y mereces pasar tiempo con una chica normal de vez en cuando.

Lo combiné con una blusa blanca de tiritas y una chaqueta de tela vaquera desteñida. Se veía tan bien todo junto que uno pensaría que pasé toda la tarde pensando en cómo lograr este estilo.

Tiré mi cabello hacia atrás y lo peiné solo un poco para no arruinar los rizos que todavía quedaban de la fiesta de Palm Springs. Ahí recordé a Jane y cuán agradecida estaba con ella por haberme regalado un corte y color tan espectacular. Desde entonces mi cabello ya no se veía esponjoso, sino que se adecuaba tan bien a la forma alargada de mi rostro que hasta parecía más delgada.

Como tercer paso, busqué mi bolsa de maquillaje y saqué varias brochas.

Me detuve justo antes de ponérmelo porque lo odiaba. Odiaba de sobremanera maquillarme. A pesar que era como pintar, pero en mi rostro, odiaba todos los estereotipos que aseguraban que las mujeres con maquillaje eran más hermosas. Odiaba a todas las gurús del maquillaje, no porque me parecieran falsas, sino porque devaluaban por completo la belleza natural y promovían el desarrollo de una sociedad insegura si no se veían perfectas gracias a la pintura.

Pero eso solo era una psiquis mía, que no tenía por qué siempre atormentarme, así que sin pensarlo mucho, pasé todas las brochas y colores en mi rostro como si fuera un lienzo. Era tan sencillo para mí que cualquiera que le costara maquillarse me odiaría.

Terminado el maquillaje, verifiqué mi lista. Vestimenta: lista. Cabello espectacular: listo. Maquillaje: listo. ¿Qué más me faltaba?

Mi vista se dirigió hasta el armario, donde unos zapatos de tacón me hacían ojitos.

No...

«Sí...», volvió a decir mi subconsciente.

No...

«Sí, sí, sí, sí, sí», gritó como chiquilla emocionada.

Exhalé el aire derrotada. Lo único que odiaba más que el maquillaje eran los zapatos de tacón. Y esta vez no tenía ninguna explicación sociológica, simplemente que esa mierda hacía que me

dolieran los pies desde el primer momento en que me los ponía. Las mujeres no merecíamos sufrir tanto así. Ya con el parto teníamos suficiente.

—Por ti, Matt—dije, agarrándolos y poniéndomelos.

Me miré en el espejo. Me costó creer lo que él reflejaba. Me veía espectacular, de eso no había duda, pero... ¿Realmente era yo? ¿Qué había sucedido con la chica de cabello rebelde que nunca quería arreglarse? ¿En verdad era bueno cambiar por alguien más?

Sonreí. No lo estaba haciendo por alguien más. Lo supe porque no se sentía inapropiado. Me sentía plena, con mejor autoestima. Me gustaba este sentimiento. Supe a qué se refería Matt con «no se trata de cambiarte, se trata de hacer una mejor versión de ti».

Y es que no era el maquillaje o la ropa bonita lo que hacía que ese espejo me proyectara como alguien bonita. Era lo único más capaz de cambiar de dirección la luz que irradiaba un espejo: la actitud.



Con esa vibrante actitud destellando, bajé para encontrarme con Matt.

Espié a través de la ventana antes de salir, solo para saber a qué me enfrentaba. Resultaba que Matt estaba recostado sobre su auto, muy concentrado en su teléfono móvil, esperando pacientemente hasta que yo me dignara en salir.

«Tú puedes con esto, Emma», me dije tres veces.

Salí, pero no dije nada. Me quedé ahí, esperando a que Matt se percatara de mi presencia. La respuesta fue inmediata.

—No me aguanté y pasé las fotos a mi teléfono—dijo, sin dejar de mirar a su teléfono móvil—. Y debo decir que son...—levantó la vista hacia mí.

Su cuerpo perdió el balance y se deslizó a lo largo de la corteza del auto. Su boca y teléfono cayeron al suelo, pero no se inmutó en recoger ninguno de los dos. Simplemente se reincorporó a su posición original, en la cual terminó de decir:

—Espectaculares.

Me reí. No se refería para nada a las fotos.

—Qué bueno que te gustaron.

Yo tampoco me refería a las fotos.

Con paso lento, se posó frente a mí. Agarró mis manos, las besó una a una, pero nunca me quitó los ojos de encima.

—Son hermosas—dijo.

—Lo son, ¿cierto?

—Soy muy afortunado de tenerlas.

—Lo eres.

Nuevamente, no hablábamos de las fotos.

—¿Recuerdas que te dije que intento demostrar respeto?—preguntó, asentí con la cabeza—. De verdad te respeto—repitió y yo volví a asentir—, pero debes entender que primero me tientes con tus diminutos pantalones para pintar y ahora con esto...

Sentí sus manos que bajaron a mi cintura. Un poco inseguro, acercó su rostro hacia el mío. Su boca terminó tan cerca de mí que me preocupó. Si seguíamos por este rumbo, jamás nos iríamos.

—No sabía que te tentarían mis trapos para pintar.

Su respiración se entremezcló con la mía. Creí escuchar un fuerte «bum, bum» que se hacía más audible con el pasar de los segundos. ¿Provenía de mi corazón? ¿O provenía del de él? ¿O era posible que fuese del de ambos?

—¿Pero entiendes cuánto me tientes?—volvió a preguntar, justificando todo aquello que quería llevar a cabo.

«¡Demonios! Deja de hablar tanto y solo hazlo».

—Lo entiendo—le ayudé.

—Entonces no se hable más.

Y de verdad no se habló más.

Porque lo siguiente que pasó fue Matt, alzándome en sus brazos como clásica película mala de romance y llevándome al interior de la casa en busca de un poco de privacidad.

En nuestra película mala, la fuerza electrizante se apoderaba de nosotros, llevándonos a que Matt me acomodara contra la pared que estaba al lado de la puerta principal y tirara abajo el interruptor de luz del apagara la luz del recibidor.

—No me estoy enamorando de ti—me dijo, antes de cualquier cosa, todavía en busca en justificación para nuestros actos.

—Ni yo de ti—le seguí, agradecida por su intención de no querer alarmarme.

Nos besamos como si tuviésemos años de experiencia juntos: con deseo, confianza, plena seguridad. En medio de eso, dejé caer cartera, teléfono, integridad... todo aquello que me estorbara para disfrutar a Matt.

Recuerdo que llegué a un punto donde la química se sentía tan intensa que me dije a mí misma que no quería volver a besar a más nadie en mi vida. Y eso era malo. Muy malo.

La luz del recibidor se encendió de pronto y no fuimos nosotros quién accionó el interruptor. Nos quedamos unos segundos, todavía con nuestros labios unidos, petrificados ante el anterior suceso.

Lentamente nos separamos y giramos juntos nuestras cabezas hacia un lado para encontrarnos con Edward, el mayordomo, que estaba ahí de pie, atónito, con una taza en sus manos. ¡Oh no! ¡Le diría a todo el mundo!

Matt dio un hondo respiro, yo hice lo mismo y por último se separó despacio de mí y de la pared contra la que me tenía encarcelada. Me agaché, recogí todas mis cosas y miré a Edward. No parecía tener signos vitales, estaba completamente pasmado.

—Edward—carraspeó Matt—. Emma y yo solo estábamos...

Exhaló aire.

—Integrándonos—terminó, inseguro, su oración.

Maldita sea, Matt tampoco sabía inventar excusas que funcionaran. Finalmente encontraba algo en común con él.

Edward continuó contemplándonos, aturdido, pero al reaccionar, carraspeó. Su dedo índice se levantó, en dirección al labio de Matt, al cual señalaba tembloroso.

—Señor, su labio...

Me incliné hacia Matt. Observé su labio. Debí contener la risa al descubrir que tenía ambos labios y un parte de la mejilla izquierda cubierta con el color de labial que yo traía puesto esa noche.

Sonriendo con timidez, pasé mi mano por sus labios con la intención de limpiarlo, pero aún así, quedó bastante manchado.

—Edward, eh...—intentó hablar Matt dentro de la vergüenza que nos consumía—. Estoy seguro que has visto pasar muchas cosas en esta casa y que las has guardado como un secreto, ¿estoy en lo cierto?

Edward negó, despacio, con un movimiento de cabeza.

—¿En serio? ¿Esta es la primera vez?

Edward asintió, despacio, con otro movimiento de cabeza. Matt

intercambió una mirada conmigo, lo que nos llevó a reír nerviosos.

—Vaya, qué familia tan aburrida somos—terminó Matt.

Lo golpeé con mi codo. No diría nada que funcionara, así que decidí ir en su rescate.

—Edward, ¿podrías no decir nada de lo que acabas de ver?—le dije—. Matt y yo estamos tratando de definir qué es «esto» que nos traemos y por el momento no queremos que nadie se entere. ¿Entiendes lo que digo?

Increíblemente Edward asintió. Vaya, vaya, no es mentira lo que dicen por ahí: la verdad te hará libre.

—¿Guardarás el secreto?—pregunté, en busca en confirmación.

La boca de Edward se curvó hacia arriba.

—Por supuesto—replicó con propiedad, volviendo a su porte de mayordomo—. Y si mi permiten decirlo, espero que descubran pronto qué es «eso» que se traen. Todos pensamos que se ven muy bien juntos.

¡Espera un momento! ¿Dónde oí eso antes?

—Vaya, gracias Edward—dijo Matt, con una sonrisa de satisfacción, rascándose la nuca.

Supe de inmediato que no le agradecía a Edward por el tema de guardar el secreto, sino por el cumplido que nos acababa de hacer. Así que golpeé a Matt en la cabeza, con el objetivo de sacarlo de su fantasía.

—¡Ouch! ¿Por qué me golpeas?

—Porque estabas soñando despierto.

Salimos corriendo de la casa después de aquello. Ni siquiera tuve tiempo de darle un último vistazo a Edward o agradecerle realmente por el gesto de aceptar seguirnos la corriente en nuestro patético juego.

Matt me abrió la puerta de copiloto, me metí en el auto y esperé hasta que él hiciera lo mismo. Estando adentro, permanecemos un instante en silencio, intercambiamos varias miradas y al final, soltamos la risotada al mismo tiempo. ¡Qué embarazoso! ¿Cómo hacíamos para atraer tal cual imanes estas situaciones tan incómodas?

Mi sensual sirviente me agarró la mano, entrelazó sus dedos con los míos y desde ese momento sabía que no las soltaríamos hasta llegar a nuestro destino.

—Vayamos a nuestra cita, ¿sí?—me dijo él, componiéndose.

—¿A dónde me llevas? ¿Al cine?

Matt soltó una última risa, ésta socarrona.

—Ya quisieras, Bennett.

Así era. Porque luego de la tarde de paracaidismo, era un hecho que el cine estaba demasiado subestimado para Matt.

¿Y ahora qué?

Lo único que sabía —después de haber preguntado al menos cinco veces a dónde nos dirigíamos— es que estábamos camino a Downton, el centro de la ciudad de Los Ángeles.

Los primeros diez minutos me la pasé de maravilla deleitándome con las luces nocturnas de los locales, residencias y rascacielos que hacían de Los Ángeles una de las mayores áreas metropolitanas del mundo.

Los siguientes cinco minutos —con interrupciones intencionales, por supuesto— los dediqué a contemplar al sensual acompañante que tengo al lado. ¿O debería decir pretendiente? Sea como sea, debía admitir las cosas como eran: estaba interesado en mí. De todas las chicas de cabello divertido —como él decía—, artistas, torpes y con humor oscuro que existían en el mundo, enfocaba su atención en mí.

Volví a mirarlo sin que se diera cuenta. Maldición, era muy atractivo. Sus oceánicos ojos estaban concentrados en la carretera, su mano seguía enmarañada con la mía y ahora, no sabía por qué, me atacaba con su arma mortal.

—Tienes siete minutos, con intencionadas interrupciones, mirándome—dijo, de pronto, terminando con el silencio tan cómodo en el que nos encontrábamos.

Reí, mordaz.

—Y tú tienes un ego muy alto.

Tal vez yo no era buena creando coartadas que podrían salvar mi pellejo, pero tenía un indiscutible don para contraatacar gracias a mi sutil sarcasmo.

—Digas lo que digas de mi ego, es bastante obvio que te parezco atractivo y te hago sentir nerviosa—replicó orgulloso.

—Alucinas, Sinclair.

—¿Quieres saber cómo lo sé?

El auto se desvió hacia una esquina de la calle. Quedamos estacionados en una zona donde había un letrero que indicaba estaba prohibido estacionarse. ¿Qué decirles? Matt respetaba cada regla en esta

vida.

Se quitó el cinturón de seguridad, se volteó hacia mí. Sus azules ojos quedaron clavados en mí. Llevó mi mano hacia sus labios y la besó con la misma intensidad con la que me miraba.

Mi expresión cambió a una de embobamiento que se complementó con unas mejillas calientes y ruborizadas. Hasta creo que perdí la facultad para respirar.

—Así es como lo sé—terminó Sinclair en tono divertido.

Volvió a ponerse el cinturón y seguimos con nuestro camino. Yo exhalé, en busca de mi dignidad.

—Bien, punto para ti—le dije.

Está bien, hasta yo sabía cuándo admitir mis derrotas. El problema era que la tabla ficticia de puntuaciones se inclinaba cada vez más hacia Matt y eso solo significaba que este chico era, además de sensual, un difícil contrincante.

Cuando el reloj marcó las nueve en punto y la luna alcanzó su máximo esplendor, dimos un giro en una calle no muy concurrida. Justo antes de llegar al siguiente cruce, Matt estacionó el auto en unos estacionamientos que tan solo tenían un poste con una luz intermitente.

Alcé una ceja.

—¿Qué es esto? ¿*Mordor*?—se me escapó el sarcasmo.

Ya sé, ya sé, soy terrible, pero de verdad juro que se escapó.

—Sí, traje para que destruyamos el Anillo Único—me siguió el sarcasmo.

Está bien, eso no me lo esperaba. Como dije antes, me enfrentaba a un difícil contrincante. Uno que disfrutaba los libros de J. R. R. Tolkien al parecer.

Matt se inclinó hacia atrás, dándome la espalda, y cuando volvió a su posición original, traía una bolsa de color azul que colocó sobre mis piernas.

—Esto es para ti—dijo.

Desconcertada, levanté la bolsa para examinarla. Pesaba.

—¿Qué es esto?

—En vista que no te gustan las flores ni las otras cosas románticas que salieron de la boca de mi hermano esta mañana, te preparé un kit.

—¿Un kit?

—Sí, son un par de cosas que te servirán para nuestra cita—

replicó—. Podemos llamarle algo como «El kit de la primera cita con Matt», ¿cómo te suena eso?

«Dios, me derrito». «No te debes enamorar, Emma, no te debes enamorar». «Controla tus hormonas y tu rebelde corazón.»

—Pero no lo abras hasta que estemos adentro, ¿de acuerdo?— continuó Matt mientras yo luchaba con todo dentro de mí.

—De acuerdo—contesté—. ¿Cómo sabes que no me gustan las flores?

Matt alzó el dedo índice. Cayó en un suave toque sobre mi nariz.

—Porque te analizo.

Sin poder evitarlo, me quedé contemplándolo en silencio en la lobreguez que nos embargaba. Y ahí estaba nuevamente... la fuerza electrizante, que pretendía manifestarse cada vez que estábamos juntos.

—Vamos, linda, tenemos un anillo que destruir—interrumpió él mi embrujamiento. Asentí con la cabeza.

Matt se bajó del auto y como de costumbre fue a abrirme la puerta. Como parte del paquete, me entregó su mano para ayudarme a bajar. Agarré mi kit y en lo que me incorporaba para empezar a caminar, Matt sacó de su pantalón un retazo de tela negra que en ondeó frente a mí.

—¿Y eso para qué es?—pregunté.

—Para cubrir tus hermosos ojos—replicó, amarrando la tela alrededor de mis ojos—. Porque todavía no sabes apreciar las sorpresas y a veces hay que tomar medidas extremas.

Todo se vio completamente negro para mí.

—Oh vamos, Sinclair. Me asfixio entre tanto romanticismo.

—Tómame una píldora entonces. Porque lo que viene te matará.

Sentí que me quitó el kit de las manos y la cartera que mantenía colgada en mi hombro. Luego me agarró de la mano y empezamos a caminar. De pronto, el espacio se sintió un tanto reducido. ¿Dónde estaríamos? ¿Un pasillo?

El trayecto me pareció extenso y sofocante. Con los ojos vendados y el corazón latiendo a mil por hora, no veía la hora de llegar a nuestro destino final.

Tres escalones hacia abajo. Una entrada. Otro lugar estrecho.

Entonces nos detuvimos. Aún cuando tenía la venda cubriendo mis ojos, percibí una iluminación a través de ella. Era muy tenue, pero me confirmó que al menos no nos mantendríamos en oscuridad total.

Un repentino fogaje calentó mi piel. ¡Qué calor! ¿Dónde estábamos?

—¿Lista?—susurró Matt en mi oído.

¡Pero cuánta expectativa! Y yo estaba de lo más ansiosa, con fuertes palpitaciones, manos húmedas y el sentido de alerta avivado.

Quería ser capaz de controlar mis latidos, pero se oían con más fuerza en mi oído con el pasar de los segundos.

Un latido... dos latidos... tres latidos...

—Bien—volvió la voz de Matt—. Regla número seis, señorita Emma...

“¿Ten una cita con Matthew Sinclair?”

—“Pasa una velada con alguien especial”.

La venda cayó de mis ojos, pero ni así volví a mi visión regular de antes. Porque lo que mis ojos captaron apenas recuperaron la imagen, me robó todo el aliento.

—Oh por Dios...

Mi cuerpo, estático ante la impresión, se vio a sí mismo en medio de una cocina adornada con un sinnúmero de velas encendidas. Se extendían a lo largo del suelo, los estantes, las sillas y una mesa situada en el medio del espacio.

Cuatro latidos... cinco latidos...

La luz se mantenía apagada, pero el cúmulo de velas hacía que el lugar tuviese una iluminación dorada tan preciosa que golpeaba en destellos contra todas las paredes.

Seis latidos...

En el fondo, se situaba una segunda mesa de metal más alargada con una estufa eléctrica integrada y algunos implementos de cocina.

Solté la mano de Matt. Me dediqué a caminar alrededor del paisaje de velas que hacía que mi corazón se retorciera ante tanta emoción. Y llegado al medio, donde estaba la primera mesa, di una vuelta entera permitiendo que la fascinación se apoderara de todos mi sentidos.

Siete latidos...

Matt no dijo nada. Parecía que mientras yo disfrutaba del espectáculo de velas, él disfrutaba del espectáculo que mi reacción ofrecía tras descubrir tan preciosa sorpresa.

¿Cómo no enamorarse de alguien así? ¿Cómo no caer en el oscuro y peligroso abismo del amor cuando tienes todo lo que siempre quisiste

enfrente tuyo? ¿Y ahora cómo escapaba de esto sabiendo que estaba cayendo como avión en picada?

Ocho latidos... nueve latidos...

—¿De dónde demonios saliste?—le pregunté, suavemente.

Él, sonriendo con la mirada, llegó hasta donde yo estaba complacido con mi pregunta. Sabía que era un cumplido, el más grande que le había dicho jamás.

—Yo también me pregunto eso de ti cada vez que puedo—me respondió, tan épico como siempre.

Diez latidos... y mi corazón se detuvo.

—Hiciste de esto la regla número seis para que no pudiese huir—le dije.

—Muy perspicaz como siempre, Emma.

Me reí. Le ofrecí mi mano, que él agarró sin tener que tomar una gran decisión sobre si hacerlo.

—¿Cuál era la regla número seis?

—No sé, “cómete un helado” o algo así—replicó con diversión.

Habían tantas maneras de transmitirle que estaba agradecida: con una sonrisa, unas cuantas palabras o incluso un beso de esos que nos hacían entrar en nuestro círculo vicioso del que era imposible salir. Pero yo decidí hacerlo con lo único que no solía darle a Matt ni a nadie.

Sin que él se lo esperara, me tiré en sus brazos para abrazarlo. Sus brazos estuvieron inmóviles durante unos segundos, posiblemente ante la impresión de mis actos, pero tras un breve instante de expectativa, me correspondió con calidez.

—Gracias, Matt—le susurré dándole significado a cada letra.

Sus brazos hicieron más presión en mi cintura. Me abrazaba con más fuerza.

Nada más importó en aquel instante. Ni mi ex-patán que ni recordaba por qué lo odiaba tanto, ni tampoco el pavor que sentía por caer en el abismo del amor. Lo único que me importaba era que este sensual sirviente, loco desquiciado o como sea que lo fuese a llamar en el futuro, estaba aquí y para mí.

Y estaba bien por ahora, mientras durara este sentimiento de seguridad que nos unía con cada minuto.



Algunas velas se extinguieron mientras tomé asiento un momento en la mesa que estaba en medio de la habitación. Necesitaba recuperar la compostura, había tenido un par de días de muchas emociones fuertes.

De pronto, la bolsa azul de antes volvió a caer en mis piernas y con ella, Matt se sentó a mi lado.

—¿Ahora sí puedo ver qué hay adentro?—pregunté emocionada.

—Por favor—replicó otorgándome el permiso.

Traje el kit más cerca de mí.

—Bien, veamos qué hay en el «Kit de la primera cita con Matt».

Introduje mi mano en la bolsa. Lo primero que percibí fue un objeto con forma curvada cuyo material era el vidrio. Lo saqué para descubrir que era una botella de mi vino.

—Vino...—dije y leí la etiqueta.

¡Oh, vino blanco! Mi favorito y el de mi familia también. ¿Habría Matt llevado a cabo alguna de sus hazañas para contactar a mi madre y preguntarle cuál era mi vino favorito?

—Blanco, de 1988—replicó Matt, orgulloso.

—Alguien estuvo conversando con mi madre.

—Tal vez ya hasta la tenga en mis contactos de Skype.

Carcajeé. Le creía y no dudaba que, a este punto, mi madre hubiese aprovechado su conversación para contarle mi infancia entera.

Volví a introducir la mano en la bolsa. Saqué dos copas de cristal.

—Dos copas—dije.

—Una para ti y otra para mí.

Me llamó la atención que una de ellas tenía mi nombre inscrito con una tipografía cursiva y en color azul.

—Y supongo que la que dice «Emma» no es la tuya—hice un chiste.

Matt se encogió de hombros.

—No me importaría si quieres que use esa.

Estaba completamente entregada a la buena vibra y tal, pero mi perspicacia golpeó de pronto en mi cabeza tal cual el sentido arácnido de *Spiderman*. ¿Cómo Matt tuvo tiempo de preparar todo esto? Me dejó en casa a medio día diciendo que tenía que ir a trabajar. Y aunque se hubiese saltado su día laboral, no creo que hubiese contado con el tiempo

suficiente. Algo me decía que tenía todo esto planificado desde antes.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto?—comentó él mientras yo seguía sacando lo demás—. El vino blanco también es mi favorito y el de mi familia.

—¡Bien! Algo más en común, ¿nos casamos?—solté con sarcasmo.

Matt alzó una ceja y se tiró hacia atrás para recostarse en la silla.

—De verdad debemos hacer algo con ese humor oscuro tuyo—dijo—. Y por cierto, tu madre me advirtió que el vino te embriaga muy rápido, así que no bebas demasiado, ¿de acuerdo?

—Sí, padre.

Saqué el tercer objeto de la bolsa. Era una caja de tamaño mediano envuelta en un papel blanco satinado y un lazo rosado.

—¿Qué es esto?—no dudé en preguntar, envuelta en la incertidumbre.

—un obsequio envuelto en papel decorativo—replicó Matt—. Las leyendas urbanas dicen que cuando alguien te entrega uno, se acepta con gratitud, lo abres y disfrutas.

Y supuestamente yo era la del humor oscuro. Sí, claro.

—Pero no me creas mucho, eso dicen.

Solté el lazo. El papel cayó en un desliz. Descubrí un estuche cuadrado color negro de tapa dura, pero ni siquiera así supe qué era.

Insegura, tiré hacia arriba la cremallera y eché un vistazo a lo que estaba adentro. ¡Oh por Dios! ¡Era una cámara! ¿Matt se había vuelto loco o qué?

Perpleja, la saqué para examinarla. Se trataba de un equipo fotográfico ligero, más pequeño que mi mano, por lo que supe enseguida que era una cámara de acción.

En el estuche también habían diversos accesorios complementarios incluyendo una batería adicional, tarjeta de memoria y trípode. Los saqué todos muy emocionada.

Parecía niña con juguete nuevo, hasta que la culpa empezó a golpearme. ¿En qué estaba pensando? No podía aceptar todo esto. Rápidamente devolví la cámara a su estuche, lo cerré y lo empujé en dirección a Matt.

—Gracias, pero no la quiero.

—Lo siento, pero la leyenda urbana dice que debes aceptarlo.

Suspiré.

—Puedo aceptar la cita, el vino y la copa con mi nombre inscrito mejor de lo que suena, pero la cámara es demasiado. Ni siquiera cumpla años ni tampoco somos pareja. Es más, apenas te conozco.

Fue el turno de Matt de suspirar. Era como si supiera que me negaría, pero no parecía desalentado. Por el contrario, liberó los brazos del cruce en el que se encontraban, se puso de pie y se acercó a mí para agarrar mis manos.

—¿Crees que quiero comprarte con todo esto?—preguntó.

—En realidad creo que piensas que ya me tienes comprada. Seamos sinceros, las velas, el vino, la cámara, el romance en medio de la iluminación dorada... esto no parece una primera cita, parece un aniversario.

La expresión de Matt se suavizó.

—¿Recuerdas que te dije que te analizo?—preguntó. Asentí—. Sabía que dirías esas exactas palabras desde el momento en que pensé regalarte esto y por eso no la compré para ti.

Ladeé la cabeza, confundida.

—Es decir, sí pagué por ella—continuó—. Hace un año atrás.

—No entiendo—lo interrumpí.

Liberó una de mis manos para buscar el estuche negro. Sacó de él la cámara.

—La regla número seis en realidad es: “Captura momentos inolvidables”—relevó—. Compré esto para mí hace un año atrás, porque era parte de mis estúpidas reglas de felicidad.

Sonreí. Me fascinaba cuando citaba mis frases sin sentido.

—De hecho, no pagué ni un centavo por lo que ves aquí—sonrió conmigo—. Esa botella de vino que está allá—la señaló—. Era el vino que mi madre planeada servir en mi cumpleaños número veintiuno, el día después que falleció. Siempre dijo que el día que su último hijo llegara a la mayoría de edad, brindaría. No por su hijo, sino por ella, porque había llegado a la cumbre en su rol de madre.

Mi corazón se estrujó un poco. Siempre que mencionaba a sus padres me sucedía.

—Y esas velas acomodadas por todo el salón son velas que sobraron de la inauguración de uno de nuestros hoteles en China hace dos años—dijo—. Jane insistió que los asiáticos tienen muchas fiestas tradicionales que involucran velas así que pensamos que sería una buena

idea hacer un camino conformado con velas blancas para dirigir a los invitados hacia el salón principal del evento.

Se rió.

—Sí que fue una noche difícil—comentó, probablemente recordando algo memorable—. Mi punto, Emma, es que todo lo que está aquí esta noche tiene un significado emocional, no monetario, justamente porque no quiero que pienses que te estoy comprando—hizo una pausa—. Sí debo admitirte que gasté un par de dólares en esa copa y en lo que cenaremos hoy, pero te puedo asegurar, con plena certeza, que no gasté más de cincuenta dólares.

—¿Qué hay de este lugar? ¿Es tuyo?

—Es de la esposa de Will. Es un restaurante que abrirá el próximo mes—respondió—. La semana pasada, cuando les conté lo que planeaba, estuvieron encantados de ayudarme.

Un segundo...

—¿Planeaste esto hace una semana?

Apartó la vista un tanto avergonzado.

—Te iba a invitar a salir desde antes que... eh—balbuceó—. El primer beso sucediera.

Me quedé boquiabierta.

—Oh por Dios, planeas todo.

—No todo—se rascó la nuca nervioso—. No planeé que nos besáramos. De hecho, eso me agarró completamente desprevenido, pero me ayudó un poco a invitarte a lo de hoy.

Matt me entregó la cámara. Sus manos se mantuvieron sobre las mías, haciendo una leve presión, incluso cuando ya la cámara se encontraba en mis manos.

—Esto que te estoy obsequiando significa mucho para mí—dijo con suavidad—. Quiero que la tengas porque sé que amas la fotografía, esa cámara profesional tuya es muy pesada para llevarla a todas partes, me hiciste armar un librero en el que supuestamente colocarías portarretratos con fotos y no lo has hecho...

Me reí.

—Y porque quiero que tú también captures los momentos que consideres inolvidables y cuando veas esas fotos, recuerdes por qué lo fueron.

Algo se conmovió dentro de mí. Dicen por ahí que el dinero

compra la felicidad, pero Matt, con sus detalles, era la prueba perfecta de que ser rico en materiales no es lo que más te hace feliz. Ser rico en espiritualidad sí.

—Ahora, por favor, termina de ver lo que hay en tu kit, porque no sé tú, pero yo me muero de hambre.

Decidí obedecer su orden. Puse la cámara sobre la mesa e introduje mi mano otra vez en la bolsa. Percibí una tela muy suave, como de algodón.

—¿Qué es esto?—pregunté, desconcertada, sacándola y desdoblándola—. ¿Una chaqueta blanca?

Volví a meter mi mano en la bolsa. Sentí un último objeto. Lo saqué para descubrir que era blanco, muy suave también y tenía una forma cilíndrica. ¡Era un gorro de chef! Oh, ya sabía por dónde iba la cosa.

—Vamos a preparar la cena juntos—reveló Matt.

¡Oh! ¡Se me saldría el corazón de la emoción!

—Te voy a enseñar a preparar ese salmón del otro día que tanto te gustó, ya que para tu buena suerte, es una receta de mi madre y se prepara muy rápido.

¡Era todo! ¡Me tiraría en sus brazos a besarlo!

Justo cuando estaba por atender mi impulso, mi raciocinio me agarró por el cabello y me trajo hacia sí gritándome que me calmara, que tenía que ser una mujer que todavía le queda un poco de integridad.

Aún así, decidí obedecer aunque sea un poco a lo que mi corazón me dictaba, por lo que me tiré hacia Matt para abrazarlo. Él se sorprendió al principio, pero luego me rodeó con sus brazos para corresponderme.

Se sintió tan bien. Tan correcto. Voy a sonar muy novelera, pero... tenerlo tan cerca de mí me hacía sentir que tenía un guardián que me protegía de todo. Uno que era mío. Uno que no tenía que compartir con más nadie.

Cuando nos separamos, Matt me ayudó a levantarme de la silla, me ayudó a ponerme la chaqueta de chef y unió todos los botones que hacían que el atuendo se amoldara a mi cuerpo.

—Pero mira nada más, te queda perfecto.

Terminó de vestirme poniendo el gorro sobre mi cabeza.

—¿Analizaste mi talla también?

—No, se la pregunté a tu madre—replicó, pasando un dedo por mi frente para así tirar a un lado un mechón de cabello que no permitía que el sombrero se ajustara—. Te mereces todo esto y más, Emma.

Pensé en aquello, porque no estaba segura. ¿Por qué no se sentía como que lo merecía? Ese «Todo esto» del que Matt hablaba, se sentía como un sueño, ya que, seamos honestos, «esto» no le sucedía a todas las mujeres.

Tomados de la mano, nos dirigimos hacia lo que Matt me confirmó era la cocina.

—¿No tienes un atuendo de chef?—le pregunté.

—Por supuesto que sí—me respondió abriendo un cajón que estaba a un lado de la estufa. De él sacó una chaqueta y gorro igual al mío—. No podía permitir que te quedaras con toda la diversión.

Dicho esto, se vistió con todo.

—Esto es memorable—murmuré efusiva admirando las muchas facetas de Matt que él me estaba permitiendo disfrutar.

—Ya sabes qué hacer entonces.

Asentí con la cabeza, busqué mi nueva cámara en la mesa donde previamente estábamos sentados y volví. La puse enfrente nuestro para tomarnos una foto, pero antes de poder enfocarnos, Matt paso sus brazos por debajo de mis piernas y quedó cargándome como si fuese su doncella.

—Ahora sí es memorable—dijo.

No le quise llevar la contraria. De alguna forma me gustaba estar entre sus brazos. Así que tan solo enfoqué y presioné el botón del disparador.

Matt me bajó de sus brazos, lo que me permitió revisar la fotografía en la cámara. En la pantalla, salíamos los dos muy sonrientes como si estuviésemos acostumbrados a tomarnos fotos juntos. Se veía natural, ni siquiera nos veíamos posados. La foto era perfecta.

—Pero mira nada más, nuestra primera foto juntos—fue lo único que se me ocurrió decir, escondiendo la emoción de tan perfecta fotografía.

Matt estaba ubicando todos los materiales que usaríamos para la cena, pero dejó de hacerlo tras escuchar mi comentario.

—De hecho no—reveló. Sacó su móvil del pantalón. Me lo entregó—. Mira mi carpeta de descargas.

Así lo hice, pero antes eché un vistazo a los ingredientes que Matt manipulada: salmón, aceite de oliva, pimienta, vinagre, algunas hierbas y un tarro con sal.

Pasé mi mano por la pantalla del móvil de Matt. Inmediatamente aparecieron diversas notificaciones entre ellas 100 correos nuevos, ocho llamadas perdidas y otros muchos iconos que no entendía para qué servían. Vaya, señor solicitado.

Accedí a la carpeta de descargas. Lo primero que salía era una foto de nosotros dos vestidos muy galantes y sonriendo como si fuésemos una pareja feliz. ¡Oh! Era de la fiesta de inauguración del hotel de Palm Springs. Se esmeró en conseguir esa foto, ¿eh?

—Parecemos felices—comenté.

—Lo sé.

Noté que intentaba esconder una sonrisa de medio lado, pero no logró hacerlo. Vaya, vaya, yo no era la única emocionada por las fotos con él.

Pero el asunto de las fotos terminó cuando Matt sacó un cuchillo de una de las gavetas y lo deslizó hacia mí. Santo Cielo, quería que agarrara ese objeto del mal.

—Vamos, con confianza—insistió.

Dudosa, lo obedecí. Mientras tanto, Matt acomodó gruesos trozos de salmón sobre una tabla de picar situada frente a mí.

—Así que esto es todo. No temas que me corte un dedo y me desangre.

—No te voy a mentir. Con lo propensa que eres a accidentes, me aterra que te pueda pasar eso, pero estaré aquí vigilándote en todo momento, así que hoy no morirás.

Siseé. Eso no me consolaba en lo absoluto.

Agarré el cuchillo, pero antes de llevarlo a la tabla, Matt agarró mi dedo índice y lo posicionó en la parte lateral inferior del cuchillo.

—Siempre arriba, nunca debajo de la empuñadura.

Sí, como si mínimo yo supiera qué era una empuñadura.

Matt agarró mi mano e hizo el primer corte.

—Entre más finos, son más sencillos de cocinar.

Hizo un segundo corte y soltó mi mano motivándome a que yo terminara. Concentrada, seguí cortando a buen ritmo hasta que todos los trozos, que eran gruesos, quedaron siendo rebanadas muy finas.

—Buen trabajo, linda—me felicitó acariciando mi hombro.
«Ay, me derrito».

Entonces Matt abrió otro cajón, también al lado de la estufa. Sacó un tazón hondo. Ahí tiramos mezclamos un poco de aceite, sal, pimienta, vinagre, especias y un par de hierbas. Era tan sencillo que hasta yo pude hacerlo.

—Ahora viértelo sobre el salmón—indicó Matt.
Lo hice.

—¿Está crudo?

—No, ahumado. Como te dije, eres demasiado propensa a accidentes como para arriesgarme a darte algo crudo.

Me reí sin poder evitarlo. Porque la verdad puede ser cruel a veces, pero no deja de ser la verdad.

—¿Y ahora qué?—pregunté.

—Ahora disfrútalo—replicó Matt orgulloso.

¡Al fin! ¡Me moría de hambre!

Envueltos en una vibra muy positiva, trasladamos todo hacia la mesa principal. Matt trajo con él otros complementos que aparentemente ya había preparado de antemano, como un poco de arroz y vegetales.

Me acomodé en la silla a esperarlo. Y cuando terminó de acomodar todo en la mesa, corté un poco del salmón y lo llevé a mi boca. ¡Estaba delicioso! ¿De verdad yo había preparado aquel pedacito de cielo?

—¡Mmmm!—exclamé.

Matt se rió. Este chico de verdad disfrutaba las pequeñas cosas de la vida, a veces ni siquiera me parecía el dueño adinerado de una famosa cadena de hoteles, solo un joven normal con una edad parecida a la mía.

Busqué la botella de vino. Me moría por probarlo.

Una idea loca vino a mi mente.

—¿Quieres verme abriéndola?—dije, refiriéndome a la botella—.
Mi papá me enseñó un truco.

—Me sentiría honrado—respondió Matt.

Me dirigí a la cocina. Busqué un cuchillo en la gaveta de los utensilios, el más delgado que había. Con él regresé a donde Matt.

—¿Listo?

Matt asintió con la cabeza.

Clavé el cuchillo en el corcho, hice presión sobre el corcho y tiré

el cuchillo a un lado con fuerza. El corcho salió disparado hacia arriba, lo que hizo que Matt estallara en una risa, aplaudiera y yo procediera a hacer una reverencia en su dirección.

Orgullosa de mi hazaña, volví a sentarme sobre la mesa. Sostuve la copa con mi nombre, serví un poco del vino y se lo entregué a Matt.

—Puedes usarla por hoy. Te lo ganaste.

Matt accedió sin protestar. Yo agarré la otra copa y serví más vino. Entonces ambos alzamos nuestras copas en el aire con intención de brindar.

—Por nosotros y lo que sea que «esto» es—dijo.

Chocamos las copas. Me llevé la mía a la boca, pero Matt no hizo lo mismo. Bebí del delicioso elixir que era el vino blanco, hasta que noté que Matt abrió la boca para decir:

—Así que... ¿Qué es «esto»?

Escupí el vino hacia la mesa, pero Matt ni siquiera se movió. Era como si se esperara aquella reacción de mi parte.

Me terminé de beber lo que quedaba de vino en mi copa de un solo tirón. La efervescencia en mi garganta fue inminente.

—Más despacio con eso, Emma.

Pretendí no escuchar el regaño.

—«Esto» es...—no sabía ni qué decir, no me esperaba aquella pregunta tan pronto—. Una... aventura.

—¿Una aventura?

—Sí, una aventura.

Demonios, Emma, ¿podías ser más inepta? ¿Cómo se te ocurrió decirle a este tremendo galán que lo que estabas haciendo con él representaba para ti una simple aventura?

Matt dejó la copa, el salmón, todo lo que tenía su concentración y se cruzó de brazos.

—Con que una aventura, bien... Entonces creo que es el momento apropiado para compartirte un dato curioso sobre mí—hizo una pausa y terminó—: No me gustan las aventuras de este tipo.

Parpadeé. Nunca lo había visto hablarme tan serio. Usualmente era jovial, se la pasaba haciendo chistes y me seguía en el juego del humor oscuro de vez en cuando.

—Bueno no te tiene que gustar—respondí—. De hecho, no tienes que hacerlo si no quieres.

¿Pero qué demonios estaba diciendo? Se me partía el corazón de tan solo pensar que Matt me dijera que ya no quería continuar con «esto». De una manera muy retorcida me gustaba cómo iba todo.

Matt, por su parte, se acomodó en el asiento para adoptar una postura de negociación: cuerpo inclinado sobre la mesa con los dedos de ambas manos entrecruzados.

No me gustó para nada que lo hiciera. Esto no tenía nada que ver con sus negocios, ni con su cadena hotelera. Era algo relacionado a nuestros sentimientos. Así que puse mi manos sobre las suyas liberando el cruzamiento.

—Recuerda que no soy un producto que puedes negociar—le dije—. Hablemos como Matt y Emma.

Matt suspiró, adoptando una postura más relajada.

—Tienes razón.

—Piénsalo de esta manera—me atreví a proponer—. Tienes la oportunidad de disfrutar de algunos beneficios conmigo, no tienes que preocuparte por las peleas triviales de pareja y por último, podrás saldar tu deuda conmigo. Todavía quedan, ¿qué? ¿cuatro reglas que mostrarme?

Matt exhaló con fuerza. No le gustaba para nada lo que le estaba diciendo.

—Así es, son diez.

—Bien—continué—. Saldas tu deuda conmigo, no deshonras tu lema de vida y si en algún momento sientes que ya no puedes con «esto», dejamos de hacerlo.

La sonrisa, que dominaba el rostro de Matt, se borró por completo. Ahí supe que verdaderamente no estaba para nada de acuerdo conmigo en lo que le proponía.

—¿De verdad parezco una persona que acepta esta clase de juegos? ¿Estás jugando conmigo, Emma?

Agarré sus manos. Necesitaba que bajara un poco las revoluciones.

—No, Matt, eres la última persona en el mundo con la que quiero jugar. Estoy anuente que esto no debe ser moral para ti, pero...

—¿Moral? No esto no tiene nada que ver con eso—apretó mis manos—. Yo era un total insensible hasta el día que entraste en mi ferretería y salvaste mi vida. Ahora mírame, todo positivo, enseñándote unas reglas de felicidad que apenas practicaba... y la verdad, Emma, me

desconozco.

Quise interrumpirlo, pero me detuvo con una mano.

—Pero eso solo significa algo, y es que, tú también estás haciendo algo conmigo.

Aparté la vista. Ya sabía que esta cita se tornaría incómoda cuando tocáramos este tema, pero no estaba segura de a qué nivel. No esperaba que Matt abriera su corazón de esta manera, porque ni siquiera yo estaba preparada para hacerlo.

—Lo que trato de decir, Emma, es...—continuó Matt—. ¿Estas segura que quieres dejar pasar esta oportunidad?

—¿Qué oportunidad?

—La oportunidad de salir conmigo un par de veces y quizás tener una relación seria en la que me puedo preocupar por ti, cuidarte y tratarte como lo mereces.

—Matt, nos conocemos desde hace menos de un mes.

—Y aún así, hay una fuerza electrizante.

Argh, odiaba cuando usaba mis frases en mi contra.

—Entiendo que no estás lista para una relación amorosa y yo tampoco quiero apresurar las cosas. Sin embargo, por lo que entiendo, no está entre tus planes dar ese paso. ¿Estoy en lo cierto?

¿Para qué mentirle si así era? No, yo no quería volver a tener una relación amorosa. No quería enamorarme. No quería entregar pedazos de mí que necesitaba. Mucho menos quería que alguna de esas cosas sucedieran con una persona con la que estaba viviendo.

—Como dije, no tienes que hacer esto si no quieres—repliqué.

Matt suavizó la mirada. Se veía derrotado. Al fin y al cabo, lo estaba rechazando. No era un rechazo tenaz, como cuando terminas una relación, porque yo le estaba dando la posibilidad de seguir besándome las veces que quisiera, pero le estaba cerrando la posibilidad de tener un futuro a largo plazo conmigo.

—¿Estás anuente de cómo puede terminar «esto»?—murmuró.

—Completamente anuente.

—¿Y estás dispuesta a enfrentar las consecuencias, sean positivas o negativas?

No. Uno nunca está dispuesto a enfrentar ningún tipo de consecuencias por sus acciones, pero no lo entiendes hasta que tienes que llegar el momento de enfrentarlas.

—Totalmente—mentí.

Matt volvió a exhalar el aire con fuerza. Su mirada se fue hasta el techo, donde parecía analizar detenidamente qué responderme.

Quise ayudarle un poco.

—Matt, en serio, no tienes que...

—De acuerdo, hagámoslo—me interrumpió.

—hacerlo si... ¿Qué?

Espera un segundo, ¿estaba accediendo a mi propuesta?

—Dije que lo hagamos. Eso que propone, hagámoslo—repitió—.

Pero tengo una única condición: entiendo que no puedes tomar una decisión en este momento porque es muy pronto, pero todavía me quedan cuatro reglas más que mostrarte, así que te voy a pedir que tomes la decisión cuando finalice este contrato tan alocado que tenemos.

Sonaba justo para mí, así que sin pensarlo mucho, estiré mi mano hacia él.

—Tienes mi palabra, Sinclair.

Matt estrechó mi mano, como si hubiésemos añadido una cláusula adicional al contrato. Su mirada cambió en ese instante. Volvió a brillar el azul que tanto me gustaba. En su rostro, su arma mortal se dibujó, lo que hizo que yo le sonriera también.

Entonces tiró con fuerza de mi brazo lo que hizo que mi cuerpo volara en dirección al suyo. Grité. Quedé sentada sobre su regazo, donde me dio un largo beso sin siquiera pedir permiso.

—Déjame disfrutar de los beneficios de los que hablas, entonces —me dijo, tras separarse en busca de aire.

Quería responderle tan épicamente también, pero un mareo se apoderó de mi cabeza. Miré a la botella de vino, no quedaba nada. Me la había terminado yo sola. Oh demonios, empezaba a surtir efecto. Debí obedecer a Sinclair, no debí beberme todo eso yo sola.

Me recosté sobre el hombro de Matt, cerrando los ojos un momento a ver si eso ayudaba. Pero al abrirlos, todo daba vueltas. Incluso las llamas de las velas se veían más difuminadas de lo que en realidad eran. Tanto que, por alguna extraña razón, me parecían demasiado graciosas.

—Emma, ¿estás bien?

No me pude contener. Solté una risotada que hizo que Matt sostuviera mi rostro en sus manos para fijarme en él.

—Ay, pero qué graciosas esas velas—le dije—. ¡No tienen remedio!

Y me seguí riendo en su cara. La vista de Matt se fue directo a la botella de vino, que así vacía, básicamente contaba toda la historia de mi borrachera.

—Oh no—dijo él muy perturbado.

¿«Oh no»? Oh sí. La Emma divertida y alocada estaba por manifestarse.

No eres tú si no te quieres

Antes de que empezemos a discutir sobre mi negligente actitud de borracha, quisiera defender mis derechos: no era yo quien trajo el vino a la cita, ni las copas refinadas, ni la conversación incómoda del «esto», así que culpaba enteramente a Matt por todo lo que podía decir o suceder de aquí en adelante.

Fin del comunicado.

—Emma—dijo Matt— ¿Se puede saber cómo hiciste para tomarte toda esa botella sin que yo me diera cuenta? ¡Ni siquiera yo me he terminado mi copa!

Puse los ojos en blanco. Pobre ingenuo.

—¿Yo soy la culpable? ¿Quién fue el que estuvo hablando de esa paja del amor por mínimo media hora? Es muy sencillo embriagarse cuando te espantan así. Sin ofender, obvio.

Me levanté de un tirón de su regazo. Ya no quería estar ahí. Pero al hacerlo, mi cabeza dio mil vueltas. Me tambaleé en mi lugar alzando ambos brazos en busca de equilibrio, pero igual me caí al suelo como estúpida.

—¡Tu madre me advirtió de esto!—gritó Matt ayudándome a levantar.

Me solté de su agarre.

—Sí, continúa haciendo eso, Matt, continúa hablando con mi madre. ¡Porque eso no lo hacen los novios o los prospectos a novios! ¡Cosa que por cierto estás tratando de ser!

Matt se llevó dos dedos —índice y anular— a su sien, como si intentara no salirse de sus casillas. Cuestión última que yo era experta en lograr con los demás.

—«Te quiero tratar como te mereces, Emma»—imité su voz—. «Quiero cuidarte, Emma» «Eres una princesa, Emma».

—¡Nunca dije lo de la princesa!

—¡Poco te faltó!

Matt quitó los dedos de la frente y se golpeó con la palma de la mano. Yo trataba de definir qué ocurría conmigo en aquel momento. Se

suponía que si estaba borracha me transformaría en el alma de la noche, pero no tenía ganas de eso. Ya no sentía ganas de reír, sino de reclamarle a mi cita por tanto romance. Me tenía tan confundida con todo que parecía que la única manera de no dejarme embrujar por sus palabras tan bonitas era rechazándolas.

—Esta cita iba demasiado bien para ser verdad—soltó Matt con decepción. Seguido, sopló una vela cercana—. Nos vamos de aquí.

Siguió apagando todas las velas, al tiempo que yo seguí quejándome.

—«Quiero una relación seria contigo, Emma»—dije y lo siguiente lo grité—: ¡Estás tan enamorado de mí, Matt!

—¿Y qué si lo estoy?!—me gritó, con la misma intensidad que había en mis palabras, mientras que se giraba hacia mí—. ¡¿Qué vas a hacer, Emma?! ¡¿Salirte de mi vida?! ¡Vamos, te reto a que lo hagas!

Su voz estaba lleno de tanta ira que me hizo bajar los niveles de adrenalina de mi cuerpo. Dejé de sentir ganas de reclamarle. O de gritar. Ahora, mi corazón ebrio se estrujaba sintiéndose profundamente dolorido por las palabras de Matt. Sin esperarlo, mis ojos se humedecieron advirtiendo que pronto empezaría a llorar.

—¿Por qué me gritas así?—dije rompiendo en llanto.

Matt, al notar que empezaba a llorar desconsoladamente por tal estupidez de borracha, borró automáticamente la expresión de enfurecimiento.

—Oh, no, no, no...—dijo corriendo hasta donde me encontraba para abrazarme—. Por favor no llores, no quise gritarte, lo siento mucho.

Pero yo seguía llorando, como si algo se hubiese muerto dentro de mí.

Felicidades, Emma, oficialmente eras la reina borracha del drama. Matt no había hecho nada malo y aun así, con tu llanto y manipulación, lograste que te abrazara y se disculpara. Súper patética, Emma.

—No fue mi intención, lo lamento mucho—continuó diciéndome él dándome ligeros toques en la espalda—. No es verdad, no estoy enamorado de ti.

—¿No lo estás?

—No, no lo estoy.

—¡Oh, gracias a Dios!—grité, aliviada, tirándome en él para abrazarlo.

En mi mundo retorcido donde está bien rechazar a un príncipe que quiere tratarte bien, cuidarte y compartirte de sus bienes, me sentía feliz de que él me dijera que no estaba enamorado de mí. Clásico pensamiento cliché de las terribles películas de romance.

Matt se separó, sostuvo mi rostro con ambas manos y besó mis mejillas ruborizadas a causa del vino y la confusión de mis emociones. Pero más por el vino.

—Por más que me encanta estar a solas aquí contigo, ya es pasada la una de la mañana y es mejor que regresemos—dijo, con dulzura.

Asentí permitiéndole que se alejara de mí. Se dedicó a terminar de apagar las velas, recoger los platos y colocarlo todo en su lugar como estaba en un principio.

En medio de la lóbreguez que nos embargaba, Matt agarró mi mano. Noté que llevaba mi cartera, abrigo y el kit que me regaló.

—Vamos, linda—me dijo.

Salimos juntos de la cocina. Seguimos juntos por todo el pasillo por el que previamente habíamos entrado. De vez en vez me tambaleaba por culpa de la borrachera que cargaba encima, pero menos hablar incoherencias.

Cuando nos encontrábamos fuera del restaurante, Matt me ayudó a entrar al auto. Sabía perfectamente que el vino me estaba controlando, por lo que me acomodó en el asiento de copiloto y me puso el cinturón.

Sin pronunciar palabra, se montó también en su asiento. No me gustaba verlo tan callado, pero tampoco podía exigirle que me hablara luego del pseudo-espectáculo que le había armado en nuestra primera cita, así que contuve mis ganas de decir algo, cerré mis ojos y decidí que lo mejor era guardar silencio en el trayecto de regreso.



Eran casi las 2:00 a.m. cuando mis ojos volvieron a abrirse.

El auto estaba apagado, mi visión no era muy buena por la borrachera, pero noté que ya estábamos en la Mansión Sinclair y que Matt no estaba en su puesto de conductor.

Me sentía peor que antes. Ya no la cabeza dando vueltas, ni tampoco el cúmulo de emociones descontroladas, pero sí la incapacidad para controlar mi cuerpo. El vino era delicioso, pero también una potente

bebida alcohólica.

Abrí mi puerta. Necesitaba aire. Me encontré con que Matt estaba en la puerta de la casa, abriéndola, pero se asustó al verme.

—Pensé que estabas dormida—dijo simplemente.

Llevaba todas mis cosas en sus manos, lo que me indicó que no pretendía despertarme, sino hacer las veces de príncipe y cargar mi cuerpo desfallecido hasta mi habitación.

Entramos a la casa. Todo estaba muy oscuro, definitivamente nadie estaba despierto, lo cual era bueno, porque no quería que nos fastidiaran por llegar tan tarde.

Subimos despacio las escaleras, con la intención de no hacer mucho ruido. En medio de aquello, empecé a sentirme muy triste. No quería que la velada acabara. Dejando a un lado la locura de la borrachera y la incomodidad de no definir el «esto» como Matt se lo tenía pensado, había sido la mejor cita de mi vida. Dudaba mucho que otra persona se tomara la molestia de decorar una habitación entera con velas o que me cediera su cámara favorita para que yo capturara mis momentos especiales.

Nos detuvimos al llegar a la puerta de mi dormitorio. Matt la abrió, me ayudó a entrar. Lo vi mientras ponía mi abrigo en el perchero trasero a la puerta y colocaba mi cartera y kit en el escritorio.

Sus movimientos eran lentos, posiblemente porque no había mucha luz y no quería irse a la mierda en medio de mi desorden, digo, caos creativo.

Me acosté en la cama al tiempo que Matt se volteó en mi dirección, caminó hasta donde yo estaba y me dio un corto beso en mejilla.

—Buenas noches, linda—pronunció para luego salir de la habitación.

Un grito se escuchó dentro de mí. Uno agudo, acompañado de latidos. Era mi corazón, que me gritaba que no permitiera que Matt se fuera. Necesitaba que se quedara conmigo aunque sea unos minutos más.

—¿Por qué no te quedas conmigo?—le dije, sabiendo con certeza que era la Emma borracha hablando, pero no me importó.

Los pasos de Matt se detuvieron. En la puerta, donde ya casi salía, se giró hacia mí para responder:

—Porque no es correcto.

—¿Quién dice que no?

—Mi raciocinio.

Sonreí. Porque Matt todavía se mantenía ahí parado, incluso luego de haber respondido que no. Lo que quería decir que no se quería ir tampoco.

Decidí aprovechar aquel punto débil. Así que me levanté de la cama y me acerqué a él.

—Pero tu raciocinio se equivoca a veces—susurré—. ¿Por qué no me mejor lo escuchas a él?—puse un dedo sobre su corazón.

Matt copió mi sonrisa.

—Él también es muy razonable. Y me dice que no debo hacerlo.

—Mmmm... él también se equivoca a veces.

Rodeé su cuello con ambos brazos. Matt se sorprendió al principio por mi atrevimiento, pero después parecía (PARECÍA) que quería seguirme la corriente.

—No, él nunca se equivoca—respondió, abrazándome por la cintura.

AH JÁ, se estaba ablandando. Necesitaba insistir un poco más.

Clavé mis ojos en los suyos. Quería hipnotizarlo, aunque con esta borrachera seguro mis ojos se debían verse totalmente torcidos. Sabiendo lo estúpida que debía verme, opté mejor por rozar mis labios sobre los suyos. Por último coloqué mi mano sobre su corazón. Latía excesivamente acelerado.

—Sí se equivoca—dije—. Mira cuán rápido late. Está desesperado porque pases esta noche conmigo.

Los ojos de Matt se abrieron como dos perlas. Le costaba creer lo que yo le estaba diciendo y la seducción que ponía en cada palabra. No era algo que la Emma que él conocía diría, mucho menos porque esa Emma odiaba todo.

—Late muy rápido porque ese es el efecto que tienes sobre él—susurró, pasó sus labios sobre los míos y presionó con fuerza.

Me sentí débil en sus brazos, como si con besarme fuera capaz de extraerme energía. Como si yo fuera una súper mujer y él la kriptonita que apagara mis poderes especiales.

Matt abrazó más fuerte mi cuerpo y lo levantó en el aire. Me llevó hasta la cama, donde acostó mi cuerpo y posó sutilmente el suyo sobre el mío.

Pensé que había ganado la batalla porque el beso se tornaba más intenso con el pasar de los segundos. También porque nos estábamos acariciando y eso es como que las travesuras que suceden antes de... ustedes saben.

Sin embargo, justo cuando empezaba a perder totalmente el control, se Matt separó de golpe. Me sonrió con plena picardía.

—Pero eso no quiere decir que esté desesperado por quedarse aquí contigo—declaró apartándose de mí—. Hasta mañana, linda.

¡No podía creerlo! ¿Cómo tenía tanta fuerza de voluntad?

La buena noticia es que la borrachera que me controlaba no conocía de la fuerza de voluntad, así que lo agarré por el cuello de la camisa y lo traje contra mí antes que lograra escaparse.

—Tengo una cama muy grande. No esperaras que la use yo sola.

Matt frunció el ceño. Su respiración se sintió agitada encima de la mía.

—Es *tu* cama. Por supuesto que debes usarla sola.

—Pero *tú* puedes acompañarme. Dormiría mejor.

—No te he acompañado desde que te mudaste y has dormido como una roca cada día.

—Una roca muy infeliz.

—Una roca feliz que no quiere ni moverse cuando la intento despertar a las seis de la mañana para ir a trotar.

Lo solté de mala gana. ¿Cómo demonios podía rechazar esto?

Matt se levantó. Se incorporó ya estando de pie.

—¿En serio? ¿Cómo puedes rechazar esto?

—Porque no eres tú la que habla, es el vino—replicó, abrochándose los botones de la camisa que yo le había desabrochado—. No quiero despertarme en la mañana a causa de tus gritos que dirán que me sobrepase de la raya contigo y además...

Su sonrisa creció.

—No hago esto en la primera cita, ni tampoco con chicas que no quieren definir qué nos traemos.

Ay sí, ay sí, el más moral ahora.

Gruñí. Tantos hombres en el mundo y a mí me tuvo que tocar el más caballeroso de todos. Los hombres o eran unos cretinos conmigo o demasiado gentiles. Nunca algo en el medio. Apostaba que el destino se estaba riendo a carcajadas de mí en este instante.

—¡Ya definimos qué nos traemos! ¡Somos amigos con beneficios y este es uno de los beneficios!

—¿Amigos con qué?

—Amigos con beneficios. Y créeme, eso es mejor que estar permanecer solamente en la zona del amigo.

Matt bufó. Ya se encontraba en la puerta, pero antes de que lograra salir, me apresuré para salir yo primero. Corrí como la loca borracha que era por todo el pasillo convencida que lo mejor era ir a la habitación de Matt.

—¡Emma!—me gritó él desde la distancia.

Pero yo ya estaba en su dormitorio, en el cual, cerré la puerta con seguro para que él no pudiese entrar y me reí malignamente de mi hazaña.

—¡Emma!—Matt tocó la puerta—. *Emma, por favor, abre la puerta.*

—¡No!

—*Emma, no me está gustando esto. Por favor abre la puerta.*

—Bien, pero con una condición—le dije a través de una pequeña abertura. Si el podía negociar conmigo con sus condiciones chifladas, yo también tenía derecho—. Que entres conmigo.

Y ahí estaba... la Emma divertida y alocada en su máximo esplendor. Me sorprendía que el efecto del vino no se hubiese desvanecido a este punto, pero de alguna manera, me gustaba también.

—*Bien, trato hecho!*

Abrí despacio la puerta. Me asomé primero para descubrir qué se traía Matt y si era confiable. Él aprovechó el momento de debilidad para tirar la puerta hacia atrás. Me eché hacia atrás al tiempo que él entró y me señaló con su dedo índice.

—Ya basta, Emma, ve a tu cuarto a dormir—me dijo sonando como el adulto responsable—. Te dije que no haré esto contigo y no me convencerás.

Me crucé de brazos.

—¿Por qué no?

—Porque va en contra de mis valores y principios.

Siseé.

—¿Valores y principios? ¿Qué eres? ¿Una niña?

Matt se giró de mala gana. Estaba completamente convencido que no era yo en este momento, pero no perdería la paciencia.

—Si no te vas a tu habitación, entonces te dejaré aquí y yo me voy.
Me reí con sarcasmo.

—Sabes... los hombres de verdad dirían que sí—puyé donde sabía le dolería a él y a cualquier hombre.

Matt se detuvo.

—No me convencerás con esos argumentos sexistas.

Excepto porque sí lo convencería así. Así que continué:

—Un hombre de verdad lo haría conmigo. Aquí y ahora.

—No funcionará, Emma.

Solté un suspiro pretendiendo decepción.

—Qué lástima que no eres un hombre de verdad.

Se quedó completamente estático en la puerta. Con fuerza, tiró la puerta, lo que hizo que el tejado se moviera ligeramente. Seguido, le colocó el seguro y se volteó hacia mí. ¡Oh! ¡Había picado la carnada!

—¡ES TODO! ¡TE LO HARÉ YA MISMO!—exclamó, sulfurado.

Se apresuró en llegar hasta donde mí al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta que traía puesta y la tiraba a un lado.

—OH POR DIOS, SÍ—exclamé al ver tan celestial espectáculo.

Matt se tiró en la cama, encima mío y empujó mi cuerpo hacia atrás. Sus labios recorrían todo en mí: brazos, cuello, mejillas, hasta que llegaron a mis labios. Me besó feroz, como si advirtiera que no tendría ninguna contemplación conmigo.

Respiré aceleradamente ante tanto calor, pero me sentía triunfante. Mi provocación había dado resultado. ¡No podía creer que de verdad lo había convencido!

Mis dedos se enredaron en su cabello. Lo apreté con firmeza, tal vez con algo de agresividad. Sus besos, caricias, todo lo que me estaba haciendo me estaba encendiendo de una manera que nunca antes había experimentado.

Con la misma agitación que yo cargaba, se separó un instante.

—Conste que esto va en contra de...—jadeó—. Mis valores y principios.

Puse los ojos en blanco.

—Niña.

Su expresión adquirió una pizca de enfurecimiento, pero solo hizo que se viera más seductor. Alzó el cuerpo. Desabotonó el primer botón de la camisa. Luego el segundo. Mi corazón se aceleró. Nunca me

imaginé a nosotros dos siendo los protagonistas de una escena así, pero qué bien que no lo hice, ¡porque era mucho mejor de lo que hubiese imaginado!

Soltó el tercer botón. Le siguió el cuarto. ¡Por Dios! ¡POR DIOS! ¡Me mostraría su sexy cuerpo! ¡POR DIOS! ¡Controla tus nervios, borracha!

Terminó de desabotonar lo que quedaba, se quitó la camisa con su arma mortal brillando en su rostro y tiró la camisa a un lado. Me pareció escucharla golpear con el suelo, pero tampoco era como que estaba prestando mucha atención hacia donde caía nuestra ropa.

Tragué. Maldición, qué sensual era Matt. Mis mejillas se sintieron calientes de tan solo mirarlo. ¿Cómo pude llegar a pensar que no era para nada mi tipo? Isabella tenía razón, Matt debía ser el tipo de cualquiera.

—Me gusta mucho este Matt—confesé audible a sus oídos.

Matt me calló con un dedo en mis labios.

—Silencio—dijo y reemplazó el dedo por sus labios.

Mientras me besaba con inmensa profundidad, fue quitando las piezas que me vestían. Primero los zapatos de tacón, luego la chaqueta que me protegía del frío. Y justo cuando estaba por hacer lo mismo con mi blusa, hice que nos volteáramos.

Quedé encima suyo, con la respiración fallándome, pero la misma sonrisa que la suya en su máximo esplendor.

—Me toca—susurré seductivamente.

Desabotoné el primer botón. Luego el segundo. La blusa me quedaba muy ligera, estaba lista para ser removida. Así que me la quité de un tirón, tirándola a un lado y modelándole a Matt solo el sostén.

—Demonios, Emma, eres hermosa.

Y me agarró para traerme hacia la cama. Dimos un giro en el que yo quedé debajo suyo, jadeando. Sus labios se fueron hasta mi cuello, donde sentí su lengua besarme y me reí a todo dar ante el agradable cosquilleo que me provocaba.

—Dije que silencio—me susurró en el oído.

Todos mis sentidos enloquecieron en mi interior. No sabía ni a quién hacerle caso: a mi subconsciente que veía todo en primera fila con palomitas de maíz y me decía «así, gózate a ese bombón» o a mi raciocinio que me gritaba «deténte, vas a empeorar todo» o a mi corazón que no decía nada, pero se sentía en medio de la encrucijada que armaban

mi subconsciente y raciocinio.

Entre besos, respiraciones aceleradas y caricias, volví a girarnos para cambiar de posición. Quedé encima otra vez.

—Yo quiero ir arriba—le dije.

Sentí las manos de Matt en el broche de mi sostén, lo que interpreté como que estaba por quitármelo, pero lo que en realidad hizo fue agarrarme por la espalda para volver a voltear nuestros cuerpos.

—No, tú vas abajo—me dijo.

Alcé una ceja. ¿Quería tener el control hasta en la cama? Já, já, já, eso estaba por verse.

Di otra vuelta.

—No, yo voy arriba—le dije, encima.

—¿Tienes que discutir hasta en esto?—dijo y nos volteó.

Debajo suyo, asentí con la cabeza. Moví mis dedos sobre su barriga, lo que le ocasionó cosquillas y rió. Aproveché aquel momento de debilidad para darnos otra vuelta más hacia nuestro lado izquierdo.

Matt quedó debajo de mí, con el ceño fruncido. Pasó sus dedos sobre mi barriga y fui yo quien reí ante las cosquillas.

Dimos otra vuelta hacia la izquierda, en la que quedé debajo, pero no se lo permitiría. Aunque estaba un poco mareada, hice un último intento por ponerlo debajo mío.

—¡Yo arriba y tú...!—exclamé dándonos una vuelta, pero no me percaté lo cerca que estábamos del borde de la cama—. ¡AbajoooOOOOOOOOO!—grité sintiendo que nuestros cuerpos perdían el contacto con el colchón.

Caímos como estúpidos gritando al mismo tiempo y causando un gran estruendo al aterrizar sobre la alfombra. Mi cabeza se estrelló con la mesa de noche de Matt que estaba a un lado de la cama, lo que me hizo retorcerme del dolor en el suelo.

—¿Estás bien?!—exclamó Matt arrastrándose por toda la alfombra hasta llegar a mí. Su mano acarició mi cabeza, justo donde me había dado el trancazo.

Entre lo que pude, asentí con la cabeza. No estaba bien, me dolía como el demonio, pero no quería que nuestro rato de sucias travesuras se acabara.

Matt presionó los labios, posiblemente tratando de no reírse de mi desgracia, pero no pudo contenerse. Soltó una risotada, que me hizo

contagiarme de su buen humor.

Se levantó, me entregó su mano y yo la acepté. Quedamos de pie, contemplándonos uno al otro. ¿Era correcto continuar? ¿O sería esto una señal de que estábamos apresurando demasiado las cosas?

Por inercia, nos tiramos contra el otro para seguir besándonos, lo que interpreté como «a la mierda todo, solo diviértete». Salté encima de Matt, para abrazar su estómago con mis piernas y rodear su cuello con mis brazos. Él empujó hasta la pared causando un estruendo del que ni siquiera nos preocupamos.

Una tira de mi sostén cayó sobre mi hombro. Estaba a punto de desabrocharse de tanta acción, pero Matt todavía no quería llegar hasta allá. Bajó su mano hasta mi falda en busca de la cremallera. Y cuando la encontró, la tiró hacia abajo.

Agarró la falda, la tiró hacia abajo con fuerza, pero ésta no se bajó. Sus labios sonrieron sobre los míos y volvió a hacer fuerza hacia abajo, pero la falda se mantuvo adherida a mí.

—Tienes que...—traté de indicarle cómo debía quitarla.

—Sé cómo debo quitar una falda, gracias—se quejó.

Tiró hacia abajo con fuerza, pero fue otro intento en vano. No quería herir su orgullo de hombre experto desvistiendo mujeres, así que no dije nada.

Hizo un cuarto intento, pero nada que la falda bajaba. Ahí me sentí un poco fastidiada, porque sentí que estaba cortando totalmente el momento.

—Solo quítala, Matt.

—¡Estoy tratando!

Un golpe se escuchó de pronto en la puerta. Fue firme, pero quisimos pensar que no era en la puerta de Matt. Ignorándolo, nos besamos al tiempo que Matt hacía el quinto intento por remover la maldita falda.

—¿Matt?—se escuchó repentinamente la voz de Jane. ¡Oh, demonios, olvidamos que su habitación era la de al lado!—. ¡Matt! ¡Me desperté al escuchar un estruendo! ¿Estás bien? ¿Qué haces?

Nos separamos mirándonos petrificados.

—¡Estoy, eh, bien! ¡Solo hago un poco de crossfit-!

—¿A esta hora?

—¡Ya me conoces! ¡No puedo estar inactivo!

—Tus coartadas son más estúpidas que las mías—susurré a Matt y él me calló con su mano sobre mi boca.

—*Oh, eh, de acuerdo*—balbuceó Jane—. *¿Y Emma? ¿Sabes algo de ella? Fui a su habitación a revisar si está bien, pero no está ahí. ¿Está ahí contigo?*

Mi boca cayó en la mano de Matt. Jane tenía demasiadas agallas para preguntarle eso a su hermano. Eso o sospechaba algo.

—¿Qué? ¡No!—gritó Matt nervioso—. ¿Por qué estaría aquí conmigo?

—*¿Entonces dónde está?*—volvió a preguntar Jane con una pizca de suspicacia. Hasta me dio la impresión que se estaba riendo.

¡Ah! ¡Con que estaba haciendo esto a propósito! Podía ser mi aliada y todo, pero su acto era de pura maldad definitivamente.

—¡No sé, Jane! ¿Cómo podría saberlo? ¡Tal vez está en el baño o algo! ¡Salimos juntos a cenar y no le cayó muy bien la comida!

Lo fulminé con la mirada. ¿En serio? Ahora todos pensarían que tenía diarrea. Pero Matt se veía muy divertido con su excusa tonta.

—*¡Oh, pobrecita!*—respondió Jane—. *Está bien, solo quería cerciorarme que todo estuviera bien. Buenas noches, hermano.*

De ahí en adelante no escuchamos más su voz lo que nos hizo suspirar aliviados. Lo menos que necesitábamos era que alguien de la familia se enterara de nuestro «esto».

Tras confirmar que Jane ya no estaba en la puerta, Matt hizo un último intento por quitarme la falda. No lo logró.

—¡MALDITA SEA!

Llevó mi cuerpo hasta el colchón, donde caí acostada.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—¡Yo puedo quitar una falda!

La agarró, tiró hacia abajo de mis piernas, pero nada, no hubo avance. Desilusionado, exhaló el aire ante la impotencia.

—No importa. Te lo haré con ella puesta.

Solté una risita nerviosa.

—Sí, eh, creo que eso no será posible...

Alzó la falda, pero se encontró con que...

—¿ES UNA FALDA-PANTALÓN?—me gritó en voz baja cabreado—. TIENES QUE ESTAR BROMEANDO.

—¿Qué? ¿Pensaste que iba a salir con esa diminuta falda a la

calle? ¿Para que pase una brisa y se me vea todo? Perdóname, pero todavía me queda algo de integridad.

Matt fingió un llanto. Sus manos revolvieron su cabello dejando ver cuán desesperado y sofocado se sentía con la situación. Pero luego se vio mucho más determinado.

—¡Voy a quitar esa cosa como sea!—exclamó.

Se trepó en la cama, agarró la falda y haló hacia atrás. Haló. Haló. Haló. Haló hasta que, por desgracia, sus manos se soltaron de falda y su cuerpo cayó hacia atrás, fuera de la cama.

—¿Matt?—pregunté tras no verlo frente a mí.

Hasta que oí el estruendo que ocasionó su cuerpo cuando golpeó contra el suelo, seguido de un grito de dolor.

—¡Oh por Dios, Matt!

Y corrí a socorrerlo. Pero cuando llegué me encontré con que estaba acostado en el suelo, decepcionado y una mano sobre su hombro izquierdo, que aparentemente se había lastimado.

Suspiré. Era todo. Esto sería imposible.



Cinco minutos más tarde, los dos nos encontrábamos acostados uno al lado del otro en la cama. Yo, con la cabeza adolorida, el cabello revuelto, el sostén a medio poner, la falda mejor puesta que nunca y con náuseas a causa del vino que no debí tomar. Matt, en cambio, estaba pasmado y traumatizado sin poder creer que no pudo crear una falda-pantalón.

Los dos mirábamos al techo, desilusionados porque ni siquiera logramos terminar de desvestir el uno al otro.

—Sé cómo quitar una falda—me dijo Matt rompiendo el silencio.

—No pudiste quitar la mía.

Pensé que me contraatacaría como solía hacerlo, pero en realidad respondió:

—Tienes razón—y gimió—. Oh por Dios, perdí la facultad para contraatacarte. Soy tan miserable.

Suspiré.

—Así no es como imaginé que sería nuestra primera cita—dije.

—Yo tampoco, Emma... Yo tampoco.

—Sabes... Ahora que se me está pasando el efecto del vino, me siento sumamente avergonzada contigo porque intenté...

—Violarme.

Fruncí el ceño.

—¿Violarte? ¿Eres una mujer ahora?

—Me insultaste e incitaste a que me acostara contigo. Eso se considera abuso sexual.

—¿En qué universo, Matt?

—En mi miserable universo, ¿de acuerdo?

No tuve de otra que reírme. Porque vamos, en verdad ambos éramos miserables. Dos miserables y patéticos que no pudieron tener relaciones sexuales en su primera cita y encima salieron lastimados en el intento.

—Tal vez es el destino—intenté consolarnos—. No es el momento para dar este paso.

—¿Tú crees?—preguntó Matt con sarcasmo—. Odio recordártelo, pero te lo dije.

Nos quedamos en silencio después de aquello. Uno muy cómodo en el que ambos posiblemente estábamos reflexionando sobre nuestras acciones. Al menos yo lo hice.

Aún después de intentar llevar nuestro «esto» a un nivel más avanzado y fallar, no se sentía para nada incómodo. Se sentía como una de las muchas aventuras que habíamos vivido hasta ahora y que sería recordada por siempre de manera graciosa.

—Bien—dije, levantándome—. Mejor continuemos con las estúpidas reglas de felicidad, entonces.

Agarré mi blusa, me la puse. Era hora de irme.

—¿Qué? ¿Te vas así nada más? ¿Después que intentaste sobrepasarte de la raya conmigo? ¿No te importan mis sentimientos o qué?

Era obvio que estaba haciendo un chiste, así que opté por agarrar su camisa y se la tiré directo a la cara.

—Esas son mis líneas, no tuyas—protesté.

Matt removió la camisa de su rostro. Me contempló con una expresión de ternura, no amargura. Seguro pensaba lo mismo que yo: «Increíble. Luego de lo que acaba de suceder deberíamos sentir vergüenza de vernos, pero estamos haciendo de esto un chiste como

siempre».

Busqué mis zapatos de tacón, me los puse y fui a donde Matt, quien se había sentado en su cama. Me senté a su lado.

—Gracias por la maravillosa cita—dije—. Nunca nadie había hecho lo que tú hiciste ayer por mí.

—Sé que no lo crees, Emma, porque no te ves a ti misma con el mismo valor que los demás te ven, pero te lo mereces. Te mereces eso y mucho más.

Bajé la cabeza algo ruborizada. Tenía razón, yo no veía el valor en mí. Quiero decir, sabía que debía tener algún valor, todas las personas tenemos nuestro valor. Es solo que no sentía que lo tenía. Siempre es más fácil decirlo, que sentirlo, porque cada quien sabe lo que tiene, pero nadie sabe lo que eso vale.

Matt, en su inmensa ternura, acarició mis mejillas sonrojadas.

—Me gusta más esta Emma que la alocada—comentó.

—A mí también.

Despacio, Matt alcanzó mis labios para juntarlos con los de él. Fue un beso corto, pero profundo, donde reinó el cariño, no la lujuria.

—Buenas noches, linda.

—Buenas noches, Matt.

Me fui aquella noche del dormitorio de Matt pensando mucho en sus palabras. En el asunto de por qué, como humanos, no somos capaces de darnos el valor que nos merecemos. Es cierto que la gente que te quiere te da más valor del que tú te das a ti mismo, pero también es cierto que es inevitable que esa gente te juzgue y al final, si no eres capaz de convencerte de tu propio valor, terminas juzgándote a ti mismo con los ojos de otro.

Ese día entendí por qué la gente que sí es capaz de darse su valor y tiene el autoestima por las nubes nunca es juzgada. Los demás no juzgan a aquellos que no se juzgan a sí mismos. Los respetan.

De alguna forma es cierto lo que dicen por ahí: «La gente solo ama y respeta a aquellos que se respetan a sí mismos». Amor propio, le llaman. Nunca serás «tú mismo» ni serás «nosotros con alguien» si no te quieres tú primero.

Entendí que esto era lo que Matt quería enseñarme.

Y posiblemente lo único.

Únete a mi equipo

—No te muevas.

Un ardor intenso, proveniente del mismo infierno donde el diablo reina y pincha a los demás con su tridente, invadió mi cráneo lastimado.

—¡AUCHHH!—exclamé dolorida.

Matt, que mantenía una bolsa de hielo sobre la herida de mi cabeza, suspiró derrotado y removió la bolsa.

—Dije que no te muevas—reprochó introduciendo su mano en mi cabello, donde sentí cómo separaba diversas hebras de la herida que tenía en el cráneo (sí, sí, la que me hice anoche en nuestro intento fallido de pasar al siguiente nivel)—. ¿Prestas atención a alguna cosa que te digo?

Sentí el frío de la bolsa de hielo. El ardor volvió.

—A muy pocas—respondí con honestidad—. ¿Ves? Es por esto que no podemos ser pareja, es muy peligroso.

El reloj estaba a punto de marcar las 8:30 a.m., no pudimos ir a trotar temprano porque ninguno de los dos logró despertarse y ahora nos encontrábamos en la cocina, sentados en los taburetes frente al desayunador principal.

Mi cabeza era el otro infierno. Daba mil vueltas por culpa del vino. No más vino blanco para mí y menos si es de 1988.

—Sí porque tú atraes el peligro, pero ya sabes... me gusta el peligro.

Ah, con que coqueteando a las 8:30 a.m. Buen intento Sinclair, pero no te lo permitiría.

Golpeé su brazo, el mismo que también se había lastimado en nuestro intento fallido de pasar al siguiente nivel, lo que hizo que se echara hacia atrás quejándose.

—¡Oye! ¿Por qué la agresividad tan temprano?

Bufé.

—Bájate de esa nube, Sinclair.

Sin previo aviso, presionó la bolsa de hielo sobre mi cabeza, lo que hizo que gimiera profundamente dolorida. ¡Demonios! ¡Cómo dolía el

amor! ¡Digo mi cráneo!

—No me quiero bajar, Bennett—farfulló.

Justo cuando estaba por abrir la boca para maldecirlo, nos invadió el sonido de unos pasos que se adentraban en la cocina.

—¡Buenos días niños!—era Isabella, que estaba de lo más animada como de costumbre. Desde que la conocía, me preguntaba cómo rayos podía estar tan feliz todo el tiempo.

Se acomodó del lado contrario del desayunador, donde apoyó sus codos sobre la mesa y nos observó atentamente con su buena vibra. Nosotros, en cambio, le devolvimos la mirada muy serios. No había manera de estar feliz después de lo que pasó en la madrugada y menos físicamente lastimados.

—Entonces... ¿Qué hicieron anoche? Se ven abatidos.

Matt y yo intercambiamos miradas inseguras. Estuvimos a punto de ruborizarnos al recordar el suceso de la madrugada.

Respondimos al mismo tiempo:

—Yoga—yo.

—Crossfit—él.

Oh, demonios. ¿Ni siquiera para dar una excusa nos podíamos poner de acuerdo?

Isabella arqueó una ceja con confusión.

—Fue yoga—me apresuré en arreglar el desastre con una excusa todavía más tonta—. Pero... a Matt le... avergüenza que todo el mundo sepa que participó ayer en una clase de yoga en la academia donde Hannah es instructora.

Isabella ladeó la cabeza. Sus grises iris se fueron en dirección a Matt, esperando a que él dijera algo.

Matt no titubeó.

—¿Qué puedo decir? Soy un perdedor—dijo, encogiéndose de hombros, con una sonrisa tan inocente y linda que me dieron ganas de tirarme en sus brazos y besarlo porque...

Auto-cachetada mental.

«Maldición, Emma, enfócate».

—Oh, ¿y cómo te lastimas la cabeza haciendo yoga?—preguntó Isabella.

Carraspeé. De acuerdo, eso no me lo esperaba. No tenía una excusa creíble porque hasta los ignorantes como yo sabíamos que el yoga

es una disciplina de meditación en la cual difícilmente uno se puede lastimar como yo me lastimé la cabeza.

Permanecí en silencio durante un largo rato, pero como de costumbre, no supe cómo salvar mi pellejo. Así que recurrí a la mejor técnica de escape que conocía.

—Tú dile, Matt—le tiré el muerto—. Cuéntale cómo me lastimaste haciendo yoga.

—No, por favor—respondió él calmado, a diferencia de mí—. Cuéntale tú, tu versión de la historia es mucho más divertida que la mía.

Maldito sensual sirviente, ¡se suponía que debías apoyarme! ¡No tirarme al agua sin flotador! ¡Te culparía si me ahogaba!

Carraspeé otra vez. Isabella apoyó su cabeza sobre ambas manos depositando su entera atención en mí.

«Bien, allá voy con mi excusa estúpida».

—¿Sabes que el yoga se originó en la India?—inicié. Isabella negó—. Bueno eso no tiene nada que ver con mi historia.

Eché un vistazo a Matt. Presionaba los labios para evitar reír, pero menos ayudarme. ¿Cómo podía disfrutar esto? ¡Me estaba hundiendo en aguas turbulentas y él ni para tirarme un flotador!

—Estábamos tratando de hacer una de estas posturas muy intensas donde se da...—balbuceé—. La unión del alma individual con la divinidad...

¿Pero qué demonios estaba diciendo?

Estiré mis brazos hacia el frente tratando de recrear la posición que en mi vida había visto, ya que oye, ¡yo no hacía yoga! Pero necesitaba inventar una mentira creíble.

—Y Matt me tenía suspendida sobre su espalda, pero luego el inepto se queda embobado viendo a Hannah y su enorme trasero...

—¡Esto es muy grosero!—exclamó Isabella fijándose en Matt. Este me seguía la mentira haciendo señas circulares con las manos mostrándole cuán enorme era el trasero de Hannah.

—¡Lo es!—exclamé.

—Sí, pero tiene el trasero más hermoso que haya visto jamás—dijo Matt—. ¡Hasta parece imaginario!

Ignorando su sarcasmo, me puse de pie para recrear el «momento».

—Entonces por estar lujuriándole el trasero, ¡BAM!—fingí caer al suelo—. Me dejó caer—volví a ponerme de pie—. Y así me lastimé la

cabeza.

Con ambas manos, me limpié el pantalón de pijama que se había ensuciado con algo de polvo del suelo. Entonces contemplé a Isabella y Matt. Los dos traían un semblante tan divertido que no estaba segura si siguieron mi historia o querían burlarse de mi actuación.

—Oh—dijo Isabella primero—. Eso suena...—parpadeó dos veces—. Peligroso.

Para mi buena suerte, su teléfono móvil sonó a todo volumen en ese instante. Se apresuró en responder al mismo tiempo que yo me fijaba en Matt. El descarado se aguantaba con todo la carcajada y me miraba con ojos centelleantes. Maldición, ni siquiera era capaz de disimular lo que sentía por mí. Así nunca podríamos ganar con el argumento de Hannah.

—¡Hola mi amor!—dijo Isabella con dulzura hablando con su teléfono. Lo removió del oído y tapó el auricular—. Es Joseph y obviamente debo atenderlo, pero ustedes tengan más cuidado con esas posiciones de yoga, ¿de acuerdo?

Y salió corriendo de la cocina con una enorme sonrisa de enamorada. Hasta me pareció ver a los eufóricos animalitos de Blanca Nieves detrás de ella. Dios mío, esta mujer era puro amor y felicidad. No la culpaba, el efecto Sinclair era demasiado poderoso. Se había apoderado por completo de ella, mientras yo todavía estaba en la ardua batalla para no caer.

Matt carraspeó a mi lado. Sus labios estaban que explotaban.

—Ni siquiera se te ocurra—le dije—. Matt, no te atrevas a reírte.

Pero no atendió a mi amenaza. Soltó la risotada en mi cara, haciendo que fuese yo ahora quién tuviese que aguantar la risa.

—¿«Unión del alma individual con la divinidad»?—me citó—. ¿Eso tan siquiera existe?

—¡Déjame!

—¿Cómo demonios te lastimas haciendo yoga?

—¡Oye! ¡Crossfit tampoco es la excusa perfecta para todo!

—Es más creíble que lastimarse haciendo yoga—debatí y negó con la cabeza—. «Unión del alma individual con la divinidad»...

Golpeé su hombro con fuerza.

—¡Basta!—protesté.

Firmes pisadas retumbaron otra vez en el suelo de la cocina.

—No, mi amor, no te preocupes, todo está bien—se escuchó la voz entrante de Isabella. Aún conversaba con Joseph al teléfono—. Yo te amo más, querido.

Quedó al lado mío.

—No, tú cierra mi amor—siguió hablando—. Mi amor, sabes que no soy capaz de cerrarte, tú cuelga el teléfono.

Puse los ojos en blanco. Esto sería eterno.

—¡Mi amor, tú cuelga!

Era todo, paciencia agotada. Le quité el teléfono el oído y presioné el botón de «finalizar llamada». Lo dejé sobre la mesa al tiempo que noté que Isabella estaba petrificada con mi acción.

—¡Emma!—se quejó—. ¡Eso fue muy grosero!

Le sonreí.

—Qué bien que no tengo un alma noble, entonces.

Isabella gruñó y buscó consuelo en Matt, quien ahora bebía un poco de su taza de café.

—Oh no, a mí no me mires—protestó él—. He intentado cambiarla, pero Emma es un caso perdido.

Un largo suspiro emanó de los labios de Isabella. Su semblante cambió a uno de profunda decepción.

—Joseph tendrá que viajar mañana—informó.

—¿En serio? ¿A dónde? No me ha dicho nada—replicó Matt.

—Eso es porque no tienes que ir, ni Jane tampoco. Es un viaje de emergencias, ¡en su cumpleaños!—volvió a suspirar—. ¿Qué voy a hacer? Se suponía que le haríamos la fiesta sorpresa mañana. Ya invité a todos.

Sin que Matt se diera cuenta, deslicé mi mano hasta su taza para beber del delicioso elixir de la vida servido en ella y así atender a mi sentido del olfato que me pedía a gritos que bebiera de tal celestial brebaje.

—Supongo que tendrás que cancelarla—comenté.

—¿Cancelarla? ¡No puedo!

Cuando estaba por darle otro sorbo a la taza, me encontré con los ojos de Matt que se habían percatado de mi hazaña. Me regaló una media sonrisa indicando que no le molestaba para nada y se levantó de su asiento.

—¿Por qué no la haces hoy?—preguntó este último dirigiéndose

hacia la máquina de café. Sacó una taza de una de las alacenas y se sirvió más café.

—Oh, eso no es mala idea—el rostro de Isabella se iluminó—. ¡Sí, eso haré! ¡La haré hoy!

Bravo, problema resuelto. ¿Por qué preocuparse por luchar arduamente por la paz mundial cuando puedes centrar tu atención en el asunto de la fiesta de cumpleaños de Joseph quien sucede ser un multimillonario que no le falta nada en la vida?

—Tendré que llamar a todos y rogarles que vengan hoy—agarró su móvil y empezó a marcar mil números al mismo tiempo que salía apresurada de la cocina. Allá iba esa mujer, dejando la paz mundial a un lado para salvar el cumpleaños de un multimillonario.

Pensé que ya nos dejaría en paz, pero volvimos a escuchar su voz.

—¡Oh, Matt!—dijo asomándose desde afuera de la cocina—. ¿Podrías llamar a Hannah y decirle que venga hoy?

Escupí el café. Literalmente escupí todo lo que tenía en mi boca prácticamente ahogándome.

—¡Te dije que tiene cólicos pre-menstruales!—tosí, tragué, me limpié con una mano—. ¡No puede venir!

—Y aún así fueron a hacer yoga con ella ayer—contraatacó la listilla de Isabella—. Querida, entiendo que te gusta Matt y no quieres compartirlo...

—¿Qué?!

—...Pero debes entender que él ahora está enfocando sus intereses en otra persona y nosotros, como su familia, debemos apoyarlo—dijo—. ¿Cierto, Matt?

Matt fingió su mejor sonrisa compasiva y agarró mi mano.

—Sí, Emma, tienes que compartirme—dijo.

Me solté de su agarre de mal humor. Oh Isabella... si supieras. Me atrevía a decir que Matt estaba más interesado en mí que en sí mismo.

—Espero que pueda venir—insistió Isabella.

—Yo también—le siguió Matt.

Era todo, me moriría de un infarto.

Isabella desapareció dando pequeños saltos de felicidad, mientras que yo sentía que empezaría a hiperventilar de los nervios.

—Vaya, tal parece que tendremos que decirles la verdad—sugirió Matt disfrutando de su aparente victoria.

¡JÁ! ¡Olvídalo, Sinclair! No perdería este juego.

—Dame tu teléfono—le ordené.

Me lo dio sin protestar. Desbloqué la pantalla, me metí en el navegador de Internet y empecé a escribir en el buscador al mismo tiempo que Matt inspeccionaba lo que hacía.

—¿«citasdeemergencia.com»?—el tono de Matt era de genuino tormento—. ¡Emma!

Ondeeé mis manos en su dirección indicándole que hiciera silencio y cuando encontré el número de contacto del servicio, los llamé. Me respondió una voz muy grave y seductora.

—*Citas de Emergencia, ¿en qué podemos servirle?*

—¡Hola!—exclamé bajándome de mi asiento—. Sí, eh, ordené una cita de emergencia para un amigo y—balbuceé—. Necesito re-agendarla para hoy.

—¿Con quién es la cita, señora?

—¿Hannah Forbes?—dije insegura—. ¿La linda rubia alta de labios carnosos?

Nos azotó un silencio que incrementó mi ansiedad.

—*Hannah Forbes*—replicó finalmente la voz—. *Lo siento, pero la señorita Forbes ya tiene una cita agendada para hoy en la noche. Le puedo recomendar...*

Interrumpí.

—No, no, tú no entiendes—me preparé para inventar la mejor historia de mi vida—. Mi amigo es gay.

Matt se golpeó la frente con una mano.

—Hoy tiene una cita con sus padres y necesita de los servicios de Hannah. No está listo para salir del clóset, ¿sabes?—yo era una genio—. Está dispuesto a pagar el doble.

Genio y descarada.

—¡No voy a pagar por esto!—exclamó Matt indignado levantándose del taburete para seguirme. Dispuesto a quitarme el móvil, corrió hasta mí, por lo que pegué una carrera por toda la cocina escapando.

—*Señora, ni siquiera por el doble podemos...*

—¡El triple!—grité huyendo fuera de la cocina y saltando entre los sofás de la sala que estaba al lado.

Matt maniobró entre los sofás hasta que quedó frente a mí.

—*¿El triple? Es una oferta muy generosa, pero...*

—¡El cuádruple!—grité agitada como una demente activando el botón del teléfono. Matt me abrazó por el estómago alzándome para intentar quitarme el móvil, pero lo único que logró es que lo dejara caer al suelo.

—*Vaya, señora, su amigo debe estar muy desesperado...*

—¡No lo está!—exclamó Matt.

—¡No lo escuches, está en negación!

Me zafé de los brazos de Matt y me tiré en la alfombra para intentar alcanzar el teléfono.

—*Está bien, señora, aceptaremos su muy generosa oferta.*

Grité despavorida al sentir que Matt me agarraba de los pies y tiraba de ellos para atraerme hacia él.

—*Señora, ¿está bien?*

—¡S-sí! ¡Sólo estoy muy emocionada!

Estiré el brazo, pero ya estaba muy lejos del móvil. Matt tiró más fuerte de mis pies volteando mi cuerpo hasta quedar boca arriba y se puso encima mío para encarcelarme.

—De acuerdo—se escuchó complacida la voz a través del móvil—. Gracias por preferir Citas de Emergencia. Haremos el cargo correspondiente a la tarjeta de crédito que ingresó en nuestro sitio web a nombre de Matthew Sinclair. ¡Que su amigo tenga una maravillosa noche hoy con Hannah!

Me petrifiqué al sentir la respiración sofocada de Matt sobre mí.

—¡¿Robaste mi tarjeta de crédito?!—exclamó fastidiado.

La llamada terminó, pero sabía que había cumplido con mi cometido.

—«Robar»...—reí nerviosa—. Es una palabra muy fea, Matt.

Me inquietaba tenerlo tan cerca de mí, con su piel rozando la mía, su respiración coincidiendo con la mía, haciendo que la maldita fuerza electrizante se manifestara.

—¡Emma Rosalie Bennett!—me regañó.

—¡Ay vamos, Matt! Te lo regresaré con especias luego o algo.

—¿Con especias?

—Sí, no hay forma que pueda pagarte todo ese dinero. Será como un trueque, como hacían en el tiempo de antes—le sonreí—. ¿Sabes a qué me refiero?

Exhaló el aire de mal humor. Su rostro se veía enfurecido. Me dio tanto miedo que estuviese enojado conmigo que tuve que hacérselo saber.

—Por favor no te enojés conmigo—rogué.

Dejó emanar un último suspiro de resignación. Su expresión se suavizó dando como resultado que le pusiera mi mejor postura de perrito arrepentido.

—Quiero hacerlo, quiero enojarme contigo, pero... ¿por qué no puedo?

Sabía que era una pregunta retórica, pero aún así le respondí con un chiste:

—¿El efecto Bennett manifestándose?

Su pecho vibró sobre mí. Noté que sus oceánicos ojos se veían perdidos en mis ojos café. Estábamos teniendo uno de nuestros momentos.

Por inercia, nos acercamos lentamente uno al otro para obtener un poco más que solo una mirada profunda, pero antes que tan siquiera pudiésemos movernos, unas pisadas recorrieron el mismo suelo en el que estábamos acostados.

Cortamos la conexión y todavía manteniendo la posición en la que nos encontrábamos, nos fijamos en la persona que pasó apresurada por la sala.

—¡No estoy mirando! ¡No estoy mirando!—exclamó Edward inoportunamente tapando sus ojos con ambas manos y pasando de largo hasta llegar a la cocina—. ¡Qué bien que están definiendo su «esto»!

Oh, demonios, lo último que nos faltaba. Que el mayordomo se apareciera cuando menos lo necesitábamos y en nuestros momentos de mayor incomodidad.

Matt se puso de pie, separando su cuerpo del mío. Sentí un gran alivio, tenerlo tan cerca mío me hacía perder el control por completo y esa no era la idea. Luego recuperó su móvil y me ayudó a levantar.

Bajé la cabeza, avergonzada por lo que acababa de suceder. Sí, era cierto, tomé «en trueque» (no robada) la tarjeta de crédito de Sinclair para usarla con propósitos interesados y egoístas, pero necesitaba que él comprendiera que en este momento de mi vida, no podía permitir que su familia supiera de nuestro «esto». Se emocionarían, armarían un escándalo y ahí sí que me echaría hacia atrás con respecto a Matt.

—No estoy enojado contigo—reveló Matt dando fin al silencio

que nos invadía—. Pero ahora tengo que pagar el cuádruple por una cita que no quiero tener y lo sabes.

«Oh, Matt, yo tampoco quiero que la tengas. Menos porque es una sensual rubia que se hace llamar súper divertida y me aterra que te pueda gustar demasiado. Ahí tienes, lo dije».

—Estamos muy cerca de ganar, Matt—rogué compasión.

—¿Y qué exactamente vamos a ganar?

—Espacio.

—¿Espacio?

Suspiré.

—Entre menos personas tengamos a nuestro alrededor presionándonos, más rápido podremos saber con certeza qué es «esto».

—Yo sé lo que «esto» es—replicó indiferente—. Eres tú la que tiene que definirlo.

Y se volteó, abandonando la sala, dejándome reflexiva ante sus palabras. Tenía razón, él ya me había dicho con plena confianza que deseaba conmigo, era yo quién seguía rechazándolo.

Fui en busca de él. Se encontraba en la cocina, con Edward. Ambos estaban sentados en los taburetes del desayunador principal. Mantenían una conversación entre susurros que fue imposible para mí escuchar.

Dejaron de hablar cuando me vieron parada en la entrada.

—Ya me iba—declaró Edward huyendo—. Que tenga una maravillosa mañana, señorita Emma.

Se fue antes que pudiese regresarle los buenos deseos. Oh, Matt tenía tanto que ver en esto que ni siquiera necesitaba preguntar.

Y hablando de Matt, lo vi tan indefenso ahí sentado con su segunda taza de café, que supe era la oportunidad perfecta para aprovecharme de él.

Sonreí, transité lentamente por toda la cocina y rodeé su cintura con mis brazos para recostar mi cabeza sobre su pecho. Su corazón se aceleró, lo que alimentó mi ego. Se sentía muy bien saber que yo, la joven genérica que odiaba todo, había logrado que el corazón de este galán latiera en frecuencias aceleradas.

Separé mi cabeza para mirar a Matt. Se veía completamente hipnotizado.

Sin pedir permiso, alcancé sus labios para besarlos con

dedicación. Todas las mariposas se alborotaron en mi estómago, pero mi raciocinio las persiguió con un insecticida.

—Quieres algo—me dijo Matt cuando nos separamos.

Por supuesto que quería algo. No era como que lo besaría porque sí.

Seductiva, pasé mi dedo a lo largo de su pecho como si fuese mío.

—Quiero que...—respondí con suavidad—. Me apoyes hoy en la noche.

Toda la hipnosis se fue de su rostro.

—¿En verdad es importante para ti? ¿Que una rubia tan carnal se haga pasar por mi cita en nuestra fiesta familiar?

Oh, no. Dicho de aquella manera sonaba demasiado peligroso.

—Lo es.

—De acuerdo, te apoyaré en tu insensatez—me sonrió—. Pero con una condición.

¡Demonios! ¿Siempre tenía que negociar en todo?

—Cualquiera.

—Que aceptes ir conmigo mañana a un lugar.

Alcé una ceja.

—¿A un «lugar»?

Asintió con un movimiento de cabeza. Cielos, la última vez que me dijo que me llevaría a un lugar terminé con un paracaídas y tirándome de una avioneta a miles de metros sobre la tierra.

Me detuve a pensarlo un momento. Pensarlo de verdad. ¿Realmente quería esto? ¿Permitir que Matt se hiciera pasar por la pareja de una exageradamente atractiva desconocida? ¿A cambio de qué? ¿De tener que enfrentarme a la posible idea que le podía gustar en serio?

Ah, qué rayos. ¿Qué podía salir mal?

—Bien, acepto.

Vi el reloj. Eran casi las 9:30 a.m.

Me asusté, recordando que le prometí a mi cliente de los lienzos que se los entregaría hoy antes de medio día. Así que me separé rápidamente de Matt y me dispuse a correr a mi habitación, pero Matt me agarró del brazo y me trajo con él otra vez.

—¿Cuál es la prisa?—preguntó con su boca casi encima de la mía.

—Tengo algo que hacer—respondí—. Debo ir a entregar los lienzos que pinté. Le prometí a mi cliente que se los llevaría hoy a su

casa antes de medio día.

Matt me atacó con su arma mortal.

—Yo puedo llevarte.

Fruncí el ceño. ¿Y este qué? ¿Creía que porque lo besé interesadamente ahora podía pasar las veinticuatro horas del día conmigo? ¡Ni pensarlo!

—No—me separé—. No es como que tengamos que pasar todo el día juntos. Tú dedícate a tu negocio que te genera millones y yo iré a entregar mis trabajos.

Me liberó de su encarcelamiento para cruzar sus brazos. Un inminente debate inició entre nosotros:

—No puedes llevar todo eso tú sola.

—Sí puedo, ya lo he hecho antes.

—Está muy pesado, Emma.

—El único pesado aquí eres tú.

—Ah, ¿con que esas nos traemos? Bien, llévalo tú sola.

Bufé.

—Claro que lo voy a llevar yo sola.

Me giré dramáticamente para darle la espalda y hacer mi salida triunfal, porque vamos, ¿qué se creía Matt ahora? Estábamos en el siglo XXI donde las mujeres perfectamente podíamos cargar tres gigantes lienzos artísticos. O quizás no, pero no quería que fuera conmigo.

Justo cuando estaba por salir, lo miré de reojo solo para saborear mi victoria. Me encontré con él todavía estaba sentado en el taburete, examinándome de arriba arriba como con... ¡lujuria!

Quedé boquiabierta.

—¡Deja de mirarme así!

Su expresión era de pura diversión.

—¿Así como?

—¡Me estás lujuriando!

—Ah, eso—replicó—. Bueno, Emma, no puedes privarme de lujuriarte después de lo de anoche. Además, ese cuerpo tuyo es espectacular.

Retrocedí varios pasos con toda la cara caliente. ¿Cuándo era que Matt había tomado la confianza para decirme ese tipo de piropos? Digo, por más que me doliera admitirlo y mi orgullo se sintiera apaleado, Sinclair tenía razón. Yo le había cedido todos esos derechos a cambio de

no presionarme a tener una relación, pero igual, no estaba acostumbrada a este Matt tan pícaro.

—Cuidado con...

Pero fue demasiado tarde. Mi pie se enredó con algo que no supe identificar y me caí como estúpida hacia atrás quedando boca arriba contra el suelo.

—...la mesa que está atrás tuyo—terminó Matt su oración.

Sin importarme mi inútil orgullo que solo sabe arruinar todo, me levanté haciendo como que nada pasó y huí dándole la espalda a Matt.

—¡DÉJAME!—le grité.

Pero fue inevitable escuchar su melodiosa risa que me hizo reírme un poquito en medio de mi huida a mi dormitorio. Se me había hecho demasiado tarde ya.



Decidí que hoy era un buen día para ponerme unos vaqueros sencillos y mis tenis más cómodos. Abotoné mi camisa favorita estilo *denim* en mi torso ajustándola hasta los codos. Peiné mi cabello hacia atrás dejándolo que cayera sobre mis hombros y me miré al espejo. Ésta soy yo: nada de vestidos, ni tacones altos, ni maquillaje. Soy una joven sencilla y me encanta. Soy el hemisferio derecho del cerebro: creativa, apasionada, libre. Soy todo lo que quiero ser.

Con una enorme sonrisa en los labios y satisfecha con mi aspecto de hoy, salí del baño y eché un vistazo al reloj de pared. Eran pasadas las diez de la mañana, así que mejor me apuraba o no llegaría a tiempo.

Me dirigí a la sala de mi dormitorio y con algo de dificultad, saqué de ella, uno a uno, los gigantescos lienzos pintados. Oh, eran tan hermosos que no quería que se estropearan. Así que busqué un par de telas que me habían sobrado de trabajos anteriores para recubrir los lienzos.

—¿Segura que no quieres ayuda?

Pegué un brinco en mi lugar tras escuchar esa voz. Llevé mi mano al corazón en un intento de calmar sus acelerados palpites. Matt me mataría de un susto un día de estos y de paso me sacaría de quicio por ahí mismo.

—¡No!—exclamé fastidiada.

Maldita sea, había hecho esto desde hace muchos años atrás, mucho antes de conocerlo. No necesitaba su ayuda, debía darme mi espacio.

—Pero no vas a poder con todo eso—insistió recostándose sobre el marco de la puerta de mi habitación.

Puse los ojos en blanco.

—¡Que sí puedo!—le dije—. ¿No tienes que trabajar o algo? ¡Ve a generar tus millones!

—Estoy trabajando—me mostró su móvil—. Lo bueno de la tecnología es que tienes acceso a todos tus contactos y documentos desde donde sea.

Me llevé un dedo a la sien. Matt y su terquedad me producían jaquecas.

—Vete Matt, no necesito tu ayuda—protesté agarrando el primer lienzo. Cubría mi cuerpo entero dificultando que pudiese caminar, pero aún así lo llevaría sin ayuda de nadie.

Matt ni siquiera hizo ademán por quitarse del paso. Se quedó ahí, estático, viendo cómo atendía a mi orgullo, quien se rehusaba a aceptar su ayuda.

—¡Muévete, me estorbas!—exclamé, pero mi voz se perdió entre la muralla artística que tenía enfrente.

—¿Disculpa? Creo que no entendí lo que dijiste.

Bajé el lienzo.

—¡Que te quites, Matt! ¡Ya voy muy tarde!

Se llevó el dedo a la oreja.

—Cielos, algo debe estar mal con mi oído. De verdad no te escucho.

Frustrada, empujé su pecho con una mano para intentar quitarlo del paso.

—¡Argh! Eres tan... tan...

—¿Increíblemente atractivo para ti?

Uf, sí.

—¡NO!—mentí—. ¡Quítate ya!

Entre risas burlonas, se quitó para permitirme que atravesara el pasillo hasta llegar a las escaleras. Entre lo que pude, cargué el lienzo y bajé el primer escalón.

—Vaya, me pregunto cómo harás para bajar eso por estas inmensas

escaleras—murmuró, pero no le hice caso. Bajé el segundo escalón. Sentí que solo con eso se me saldría un pulmón—. En realidad estaba pensando algo curioso. La razón por la cual podías cargar todo eso era porque antes vivías en un edificio con ascensor. Así claro que era más fácil bajar los lienzos. Pero con todas estas escaleras como que te costará mucho, ¿no?

Seguí ignorándolo. Estaba demasiado acalorada y sudada, pero no me rendiría. Mi orgullo era más grande que cualquier cosa. Continué bajando, llegué hasta la puerta principal, la abrí, saqué el lienzo y lo coloqué contra una pared. Finalmente exhalé el poco aire que me quedaba.

—Vaya, y solo faltan dos lienzos más—otra vez me atormentó la voz de Matt. Esta vez, recostado sobre el marco de la puerta principal de la mansión.

—¡Oh por Dios, Matt! ¿Serás así de intenso si acepto tener una relación contigo?

Me atacó con su arma mortal.

—Así o más. Todo depende de ti.

«¡Argh! Que NO te robe la calma, Emma. Que no te robe tu PRECIADA calma. Estás tarde para entregar tu trabajo de semanas. CONCÉNTRATE».

Le pasé de largo y corrí escaleras arriba para realizar la misma operación con el segundo lienzo. Matt no me persiguió esta vez. Se quedó en planta baja, contemplando toda mi hazaña a través de las escaleras. Lo hizo cuando bajé el segundo lienzo y el tercero también, riéndose de vez en cuando.

Finalmente, luego de lo que consideré una ardua actividad física, los tres lienzos estaban puestos fuera de la mansión, apoyados sobre la pared de concreto.

Me tiré de espaldas al suelo tratando de recuperar el aire perdido. Lo admito: Esos lienzos eran más de lo que yo podía cargar y estaba siendo una estúpida orgullosa. Lo admito: No quería que Matt me ayudara porque temía lo que podía suceder si seguía pasando mucho tiempo con él. Lo admito: Necesitaba su ayuda.

Vi a Matt llevarse una mano a la quijada.

—Mmmm... y ahora me pregunto cómo harás para transportar todo eso a la casa de tu cliente.

Inhalé, exhalé, inhalé. Este muchacho no se rendiría.

—¡Bien, tú ganas!—desistí—. Puedes llevarme.

Sin embargo, Matt negó con la cabeza.

—Ya se me quitaron las ganas de ayudarte, en realidad.

«¡¿ESTÁS JUGANDO?!».

Soltó una carcajada tras ver mi rostro perplejo.

—Solo bromeo, linda—reveló, divertido—. Buscaré el auto—
terminó sacando las llaves de su pantalón.

Tiré mi cabeza hacia atrás exhalando una última vez. Increíblemente, luego de pasar páramo bajando los lienzos, no me preocupaba cómo haría de ahora en adelante para llevar los trabajos a mis clientes.

No.

Me preocupaba la persistencia de Matt.



Lo siguiente que supe es que me encontraba en mi asiento de copiloto permitiendo que el aire frío del compresor del auto refrescara mi rostro enrojecido a causa del tremendo esfuerzo físico que acababa de hacer.

Tras haber terminado de empacar los tres lienzos en el maletero del auto, Matt se acomodó en el asiento de conductor y encendió el motor.

—¿Lista?

Su humor era excesivamente positivo. Sabía que había salido victorioso de esta batalla. De nuevo.

—¿Debería estarlo?—aparté la vista de él para enfocarlos en la ventana. No me agradaba para nada la idea de saber que una vez más me ganó, ni tampoco que en cierto modo estaba dependiendo de él—. ¿Acaso haremos algo extremo hoy?

—Nada extremo hoy, solo tú y yo pasando un rato juntos—me guiñó un ojo.

«Pero si eso es lo más extremo que podemos hacer».

—Genial—contesté con sarcasmo.

—Tú guíame al lugar, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Y Emma—murmuró sosteniendo mi rostro para girarlo hacia él

—. Ya no estás sola.

Suspiré. «Lo sé, Sinclair, lo tengo muy claro y me aterra a morir».

—Lo sé, Matt.

—Si puedo ayudarte, con gusto lo haré—dijo—. Así que la próxima vez que necesites bajar tres lienzos por las escaleras de mi casa, lo haré yo por ti y no aceptaré un «no» por respuesta.

Me conmovió. Enterneció mi corazón de tal manera que podría tirarme en sus brazos diciéndole cuán agradecida estaba con él, pero perdón, pero no lo haría. Así que preferí sacar mi móvil para repasar la dirección.

—Vecindario Hancock Park, el área de Wilshire, calle 11c. Es una casa crema con portón marrón.

—¿En serio? ¿Hancock Park? Sé cómo llegar.

—Bien, entonces llévame allá, sensual sirviente.

Matt me agarró la mano y la besó, como siempre que quería ser galante.

—Con mucho gusto mi hermosa ama.

Se me olvidó instantáneamente lo cabreada que estaba. Era por culpa del efecto Sinclair que se manifestaba en mí y yo, lamentablemente, cada día lo permitía más sin darme cuenta.



Nos tomó al menos veinticinco minutos llegar a Hancock Park. Pensé que estaba más lejos, pero como de costumbre, sabía un pepino de direcciones también.

Matt tomó muchos atajos entre las calles de Los Ángeles para poder llegar a tiempo. Aparentemente no solo era el señor sensualidad sino también el señor puntualidad. Insistía en que debía llevar una agenda donde estableciera horas definidas para atender a mis clientes y no decirles que llegaría «antes de medio día». Yo agradecí el consejo, pero probablemente no lo tomaría, porque así de rebelde era.

En el camino me contó sobre un viaje a Alemania que haría con Jane dentro de un par de semanas. Justo caía en vísperas de la boda de Isabella y Joseph, por lo que Joseph no podría asistir al viaje, porque obvio, la boda era su prioridad. Aun así, Matt y Jane debían ir porque se trataba de una reunión muy importante con unos inversionistas que se

morían por asociarse con los Sinclair y evaluar la posibilidad de abrir un hotel en Berlín. Se quedarían tres días.

—Ustedes son puro éxito—le comenté durante el cuento.

—Éxito no, Emma—alzó el dedo índice—. «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad»—.

Me reí. Así que Matt era fan del universo de Marvel Comics, ¿eh?

—De acuerdo, tío Ben—le seguí el juego conociendo perfectamente a quién pertenecía la cita. Era de *Spiderman*, del universo de Marvel Comics creado por Stan Lee. El tío Ben se lo había dicho a Peter Parker en uno de los momentos que yo consideré más cruciales de la historia: cuando la vida de Peter se había vuelto más de lo que podía soportar y debía definir quién quería ser.

Matt se sorprendió. Le encantaba que supiera de qué estaba hablando. Pero oye, ¿quién no conocía esa frase? Stan Lee nos había inspirado a muchos.

—Puedes venir conmigo si quieres—propuso, refiriéndose a lo de Alemania por supuesto.

Oh, de acuerdo, eso no me lo esperaba.

«Di que sí, solo tienes que decir que sí».

—No puedo.

«¡¿Qué?!», me gritó mi subconsciente lastimándome el tímpano. No la culpé, una pobretona como yo no estaba en posición de rechazar un viaje gratis a Alemania con este tremendo galán. Y es que ese era el problema principal: irme de viaje con este galán. Quién sabe qué podría pasar y no estábamos en posición de correr con esa suerte. Mejor me aguantaba.

—¿De veras? ¿Por qué no?

—Bueno, Sinclair, a diferencia de lo que crees, sí puedo estar sin ti un par de días. Además, soy la madrina de Isabella. O como yo lo veo: su esclava privada de bodas. Se volvería loca si me voy en vísperas del gran día.

—Bien, tú te lo pierdes.

Estaba completamente de acuerdo. Pero de nuevo, no podíamos darnos el lujo de irnos de viaje juntos. Nuestro «esto» no lo soportaría.

—Bien—pretendí indiferencia.

—Aún así... tengo *roaming*.

«Roaming» es el servicio que te ofrecen algunas telefónicas para

que puedas conectarte a Internet con tu móvil fuera de tu país. El detalle está en que te cobran un ojo de la cara por usarlo y de paso te hacen financiar un riñón en caso que no puedas pagarlo.

—¿Pagas por esa mierda?—solté.

Los ojos de Matt quedaron como dos platos grandes.

—¡Oye! ¿Y qué con ese vocabulario?

—Es un robo a mano armada, Matt.

—Bien, entonces no pagaré por él y me mantendré incomunicado de ti los tres días. ¿Te parece mejor eso?

Algo crujió dentro de mí. Obviamente era mentira que podía estar tanto tiempo lejos de él. Era mi sensual sirviente, se había vuelto parte de mi vida.

—Wow, wow, Matt—me reí nerviosa—. No hay por qué ser tan extremistas, paga por tu *roaming* si quieres, ¿quién soy yo para decirte en qué debes gastarte tus millones?

Matt, risueño, negó con la cabeza. Sabía que yo era un caso patético, pero ya estaba acostumbrado a lidiar con ello.

—A diferencia de lo que tú crees—me contraatacó con mi misma frase—, yo sí admito que no puedo estar tanto tiempo sin saber de ti.

¡Cielo santo! ¿Por qué tenía que ser tan honesto siempre?

Mientras hacía mi mejor esfuerzo por no ruborizarme, noté que finalmente estábamos en Hancock Park, la zona donde vivía Sarah, mi cliente, la madre de las trillizas. Vi una residencia idéntica a la foto que me envió Sarah.

—¡Oh, deténte, deténte, es aquí!

Matt atendió mi orden y aparcó el auto en la acera de la casa.

Nos fijamos juntos en el lugar. Era una casa de unas hectáreas decentes, color crema, con un portón adornado por arbustos. Unas escaleras se extendían a lo largo del portón hasta llegar a la puerta principal.

—Creo que conozco este lugar—dijo Matt.

No le presté atención. Estaba muy nerviosa. Siempre me sucedía cuando estaba por entregar un trabajo finalizado. Nos pasa a todos los artistas, es la incertidumbre de saber si a tu cliente le gustará tu trabajo.

—Espérame aquí, ¿sí?—le dije a Matt abriendo mi puerta.

—Pero soy tu manager, quiero conocer a tu cliente—me llevó la contraria.

Puse los ojos en blanco. ¡Madre mía, pero qué intenso era este hombre!

—No hay necesidad, por favor espérame aquí. Te prometo que no tardo.

Matt, con el ceño fruncido, asintió. ¿En serio me haría caso? ¡Primera vez en la vida!

Salí del auto y eché un vistazo hacia atrás. Matt estaba respetando mis deseos y se había metido en su móvil a teclear en él. Bien, que siguiera así, íbamos por buen camino.

Me pasé por todo el camino de escaleras hasta que llegué a la puerta principal de la casa. Con piernas temblorosas, toqué el timbre. No pasó mucho tiempo cuando, de pronto, la puerta se abrió descubriendo a Sarah, que estaba de lo más emocionada de verme.

—¡Emma!

Me abrazó tan fuerte que me quedé sin aire y eso solo me puso más nerviosa. Ni siquiera le había entregado los lienzos todavía y ya parecía satisfecha. Eso significaba que tenía las expectativas de mí por las nubes. Solo esperaba no decepcionarla.

—¡Sarah, hola!

Sarah era una hermosa mujer madura de unos treinta ocho o cuarenta años. En su cutis se dibujaban algunas arrugas, pero su personalidad era tan jovial que prácticamente ni se le notaba la edad. Su cabello era largo, castaño, con algunas iluminaciones rubias que hacían resaltar sus intensos ojos café.

—He estado esperando este momento durante mucho tiempo— declaró—. Siempre soñé con que una talentosa artista pintara a mis hijos. Hijas, en este caso.

Me encogí de hombros, apenada.

—Bueno no sé lo de talentosa, pero—le sonreí—, definitivamente tus hermosas hijas quedaron plasmadas en tres lienzos artísticos.

Soltó un gritito de emoción, me abrazó y volvió a separarse. Entonces noté que miraba algo a través de mi hombro. Sus ojos brillaron con ventura repentinamente, como si hubiese visto algo mágico.

—Oh, Emma, trajiste a tu novio.

—¿Traje a mi qué?

Percibí una presencia a mi lado. Una tan conocida que ni siquiera necesitaba preguntar a quién pertenecía. ¡Maldita sea! ¡Matt moriría hoy!

—¡Hola!—su voz se escuchó entusiasmada.

—¿No te dije que te quedaras en el auto?—susurré lo más bajo que pude fingiendo una sonrisa. No quería que Sarah supiera cuán enojada estaba porque este sensual sirviente no me servía en obediencia después de todo.

Matt me ignoró, naturalmente. Seguía intentando causar una buena primera impresión con mi cliente. ¡Demonios! ¿Creía que era su cliente también o qué?

—¡Hola! ¿Eres el novio de Emma?

Matt y yo respondimos al mismo tiempo:

—Sí—él.

—No—yo.

Un silencio incómodo nos invadió a los tres tras tan contradictoria respuesta. Sarah peinó su cabello hacia atrás, posiblemente sin saber cómo reaccionar.

—Mi amor, ¿por qué me rechazas frente a tu cliente?—Matt me rodeó con un brazo para traerme junto a él y con el otro brazo que tenía libre, le dio la mano a Sarah—. Matthew Sinclair, mucho gusto.

El rostro de Sarah pasó de estar feliz a estar impresionado.

—¿Matt?—preguntó como si ella supiera quién era él—. ¿Matty?

¿«Matty»? ¿«MATTY»?!

Se tiró encima de él para abrazarlo con fuerza. Tanto que tuve que echarme a un lado para no me hiciera daño. ¿En serio? ¿Solo habían intercambiado dos palabras y ya se había enamorado de él? Increíble, el efecto Sinclair era más poderoso de lo que yo creía.

—¡Pero qué grande y apuesto estás! ¿No me recuerdas? ¡Soy yo, Sarah!

Matt no le correspondió el abrazo, pero no por falta de educación. Estaba desconcertado, no sabía qué rayos estaba pasando.

—Tengo a una Sarah en mi cabeza, pero...

—¡Te cuidé de pequeño durante muchos años!—prosiguió Sarah—. Cuando tenías seis y Jane tenía nueve. Tus padres trabajaban mucho, hasta me tocaba buscarlos en la escuela cada día.

El semblante de Matt cambió. Su cara se iluminó dejando ver que conocía y recordaba con cariño a la mujer que teníamos enfrente.

—¡Por supuesto, Sarah, mi niñera!—exclamó—. Pero mírate nada más, con tres hermosas hijas.

Fue él quien se acercó a abrazarla a ella y yo me empecé a desesperar. No me gustaba tanto contacto físico entre ellos. Me intenté convencer a mí misma que era porque la intención de la visita era las pinturas, no su reencuentro, pero en mi interior sabía que lo que me fastidiaba era ver a Matt abrazando deliberadamente a otra mujer. Así que carraspeé con fuerza para que recordaran que todavía estaba ahí.

Matt fue quien se separó comprendiendo mi indirecta.

—Pero qué pequeño es el mundo—comentó Sarah—. ¿Quién iba a decir que esta talentosa artista que me recomendaron resultaría ser tu novia?

Ah, tal vez porque yo no era su novia. Pero luego entendí que era más fácil que pensara eso a que tuviésemos que contarle la complicada historia que teníamos Matt y yo.

—¡Lo sé! Pero qué coincidencia—dijo Matt.

—¿Y cuánto tiempo tienen saliendo?

Intercambiamos miradas, sonreímos y respondimos juntos:

—Como unos dí...—yo.

—Un par de sem...—él.

—Un mes—los dos.

Un segundo, ¿habíamos concordado por primera vez en una excusa? ¡Esto sí que era un golpe de suerte! Finalmente estábamos logrando sincronizarnos o algo así.

En un pequeño instante donde Sarah perdió la atención en nosotros, chocamos palmas felicitándonos.

—Con que un mes—replicó Sarah—. Vaya, están en la fase más hermosa del enamoramiento.

Sí, eh... sí, de acuerdo.

—Me muero por mostrarte los lienzos, Sarah—dije, en un intento por detener todo este momento social. Esto era un asunto de trabajo y nada más que eso.

—Esa es una buena idea, linda. Estoy seguro que los amaré—concordó Matt.

—Y yo estoy ansiosa de verlos—replicó Sarah.

Me voltéé primero para correr al auto, sin siquiera esperar a Matt. No solo me sentía un poco celosa de que intercambiara tanto cariño con otra mujer, sino que también estaba enojada. Se trataba de mi cliente y le dije que no necesitaba su ayuda. Al final, era un testarudo no respetaba

para nada mis deseos.

No sé cómo, Matt logró alcanzar mi paso. Caminaba justo al lado mío, al mismo son, como si verdaderamente estuviésemos sincronizados.

—Estás celosa—soltó sagaz.

Me apresuré en caminar más rápido.

—Sí claro, Sinclair, sigue soñando.

—Vaya, vaya, estás celosa de mi niñera.

—No lo estoy. Estoy enojada porque no respetas mis deseos.

Llegamos al maletero del auto. Lo tiré hacia arriba.

—Ah, celosa y enojada. Eso suena como a una novia.

Eché un vistazo a Sarah, no quería que se enterara de nuestra discusión. Para mi fortuna, seguía en la puerta, esperándonos pacientemente.

—No hay razones para sentir celos, Emma. Sarah es como diez o quince años mayor que yo. Solo hay un cariño muy fraternal entre nosotros.

Le golpeé el pecho, callándolo. Estaba furiosa.

—Hablo muy en serio, Matt—farfullé—. Ya bájate de esa nube, esto no va a suceder.

Agarré el primer lienzo, pero Matt me lo quitó de la mano. Sus oceánicos ojos, intensos y profundos, se clavaron sobre mí. Me quedé tan hipnotizada mirándolos, que se me fueron todas las ganas de pelear.

—Ya está sucediendo, Emma.

Y agarró el segundo lienzo, para llevarse con él uno en cada brazo. Yo agarré el tercer lienzo y lo saqué de mala gana. Mi raciocinio empezó a gritarme que bajara las revoluciones, que en realidad debía estar agradecida con el apoyo de Matt porque no todos los días se conseguía una ayuda tan desinteresada.

Mi ira, que ardía como hoguera, se apagó mágicamente. Aproveché ese momento de lucidez para regresar a la casa donde lo único importante me esperaba: mi cliente.

Estando en el interior, Sarah nos condujo hasta el comedor, que era donde deseaba ubicar los tres lienzos. Nos contó que recién acababa de pintar la pared de fondo exclusivamente para adornarla con mis obras artísticas.

Sin pedir permiso, agarré tres sillas para colocarlas en el centro del lugar. Matt, como si me hubiese leído la mente, colocó cada uno de

los lienzos que cargaba en las sillas, uno en cada una. Entonces dio tres pasos hacia atrás ubicándose al lado de Sarah.

Coloqué el último lienzo en la tercera silla, me paré frente a él y di un hondo respiro. Había llegado el momento más temeroso para todos los artistas: el instante en que dejamos ver nuestro trabajo que prontamente será juzgado.

—¿Lista?—pregunté a Sarah ocasionando expectativa.

Sarah asintió. Saltaba en su lugar de la emoción.

Eché un vistazo a Matt. Me sonreía con la mirada. Se veía más seguro de mí de lo que yo estaba y, sin darme cuenta, me reconfortó un montón.

—Espero que los ames—dije, y sin mayor preámbulo, removí una a una las telas que recubrían mis preciados lienzos. Cuando iba por el segundo, resonaron los gritos de emoción de Sarah, quien ahora tenía una mano sobre su corazón.

—¡Oh por Dios!—vociferó al tiempo que yo retiraba la tela del tercero—. ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Por Dios!—y corrió hasta mí para abrazarme con tal fuerza, que mi cuerpo se estremeció y me eché hacia atrás perdiendo el equilibrio.

Cada vez que entregaba un trabajo, las reacciones variaban. Algunos aprobaban con una sonrisa, otros con un simple movimiento de cabeza. Otros se quedaban callados y entregaban la paga con un sencillo «gracias». Pero otros, como Sarah, como si supieran lo que realmente conlleva producir una obra de artística y cuán emocional es, expresaban cuánto les gustaba con euforia.

No estaba acostumbrada a esto último, porque me pasaba muy poco, de manera que cuando Sarah se tiró encima, mi cuerpo entero se llenó de impresión.

A través del cabello de Sarah, logré ver a Matt. Nos enfocaba con su teléfono móvil, entusiasmado, riéndose, posiblemente grabando la escena.

—¡Me encanta, Emma! ¡Me encantan!—Sarah me apretó más fuerte. Sin querer, dejé de prestarle atención, ya que me sorprendí a mí misma analizando a Matt.

Vaya, estaba disfrutando esto más que yo. La razón por la que había insistido tanto en acompañarme no era porque era un intenso. Quería vivir este momento de éxito conmigo. Era su manera de

demostrarme que «esto» que hacíamos no representaba un simple juego para él, sino que quería algo más. ¿Debía enojarme con él por estar entrometiéndose en todos los momentos importantes de mi vida? Mi raciocinio me gritaba que lo hiciera, pero fue el turno de mi corazón de patearlo y decirme que no, que estuviera agradecida porque tenía un compañero que se rehusaba a dejarme sola.

Tan pronto Sarah me soltó de su encarcelamiento corporal, Matt y yo nos dispusimos a ubicar los lienzos en unos clavos que Sarah había puesto con anterioridad a sabiendas que traería las obras hoy.

Cuando todo estaba listo, los tres admiramos el trabajo tan magistral que me permití pensar había hecho. Esto era lo mío, sin duda alguna. Esto era lo que me apasionaba. No podría dedicarme a nada más el resto de mi vida.

Noté que uno de los lienzos estaba desnivelado, en comparación con los otros, así que me dispuse a arreglarlo.

—¿No es Emma la artista más talentosa que has visto, Sarah?— escuché a Matt decirle a Sarah, pero no atendí a su comentario. Quería que todo quedara perfecto antes de marcharnos.

—Lo es, en verdad lo es—respondió Sarah.

—Así que... ¿cuánto crees que Emma merece por estos trabajos?

Perdí el equilibrio de mi cuerpo al atender a las palabras de Matt. ¡Era por esto que también quería venir! Quería negociar con mi cliente un mejor precio por los lienzos. ¡Y yo de inepta pensando que quería vivir mi momento de éxito conmigo!

Alarmada, me giré hacia él fulminándolo con la mirada. «Ni se te ocurra, Sinclair, eres hombre muerto si continúas con esto», le transmití con ojos furiosos.

—Se merece mucho más que el precio original—dijo Sarah—. Siendo honesta, al principio pensé que Emma estaba bromeando cuando me dijo el precio. Luego me convenció al decirme que esa era la oferta por ser una principiante. Pero yo no veo nada principiante en estos lienzos.

—Estoy de acuerdo—Matt adoptó su postura de negociación—. Entonces, ¿cuánto pagarías por estos hermosos lienzos?

«¡Demonios, Matt! ¡Morirás!».

Apresuré el paso hasta llegar a él, lo abracé e intenté echar su cuerpo hacia atrás para irnos.

—Matt, debemos irnos, se nos hace tarde para «aquella cosa a la que vamos tarde»—dije y luego me percaté de la incoherencia que acababa de decir.

—Espera, linda—protestó él rodeándome con un brazo haciendo fuerza sutilmente para que me mantuviera en mi lugar—. Aún no vamos tarde a «aquella cosa a la que vamos tarde».

Oh por Dios... ¡no respetaba mis deseos!

Sarah le echó un último vistazo a los lienzos. Se veía tan embelesada con ellos que entendí por qué Matt esperó hasta este momento para hablarle del precio. Se estaba aprovechando de sus emociones, como todo un vendedor profesional.

Tras unos segundos, que me parecieron eternos, volvió a conectar miradas con nosotros para decir:

—Mil quinientos dólares por cada uno.

Casi se me salió el corazón del shock. Quedé petrificada instantáneamente. Se suponía que debía pagarme ciento cincuenta dólares por cada uno, lo que hacía para mí una gran suma de cuatrocientos cincuenta dólares. ¡No cuatro mil quinientos dólares! Eso era como... no sé ni cuánto por ciento más de lo que... ¡Ni siquiera podía hacer bien las matemáticas de los nervios!

—Sarah, no creo que...—intenté decir absorta, pero Matt me pellizó el brazo impidiendo que siguiera hablando.

—Esa es una oferta muy generosa—dijo en mi lugar.

Lo siguiente que supe es que me encontraba frente al recibidor de Sarah con un cheque a mi nombre por cuatro mil quinientos dólares. Sarah se había quedado más contenta de lo que pensé, indicó que me llamaría para pedirme más trabajo y hasta nos invitó a almorzar un día de la próxima semana para conversar más con nosotros.

Estupefacta, alcé el cheque para mirarlo, sin poder creerlo, mientras bajábamos las últimas escaleras hacia el auto de Matt.

—Pero mira nada más, alguien es cuatro mil quinientos dólares más rica—me dijo mi sensual, pero desobediente sirviente—. Estás lista para ser multimillonaria.

Reaccioné.

—Mejor déjame los chistes de multimillonarios a mí, ¿sí?—protesté ante su intento fallido de imitarme haciendo chistes que obviamente solo yo sabía hacer.

—Sí, creo que tú eres mejor en eso.

Matt me abrió la puerta y me monté en el auto. Volví a ver el cheque. No podía creer esto, media hora en la casa de mi cliente con Matt y ya era cuatro mil quinientos dólares más rica, como decía él. Hasta me sentía como una rata sucia y todo.

—¿Qué te parece si almuerzas conmigo?—propuso Matt tan tierno y seductor como siempre mientras ponía el auto en marcha.

—¿Tengo opción?

—Por supuesto que no.

Moví el cheque en dirección a Matt. Lo rayos del sol de medio día lo penetraban tan mágicamente que parecía un pago proveniente del mismo Cielo.

—En ese caso déjame invitarte, ya que soy cuatro mil quinientos dólares más rica gracias a tu indeseada intromisión.

Matt me atacó con su arma mortal.

—Mmmm... buen intento.

Bufé.

—En verdad no respetas mis deseos.

—Oh no, linda, no digas eso. Respeto tus deseos mucho más que los míos.

—No los respetas—discutí—. Si los respetaras te hubieses quedado en el auto cuando te dije que no necesitaba que me acompañaras.

—Solo quería ayudar—protestó—. Y compartir tu éxito profesional.

Alcé el dedo índice para callarlo. Era mi turno de hablar.

—Y si respetaras mis deseos, me dejarías invitarte el almuerzo.

Matt se calló mirándome muy serio. Supe que mi manipulación emocional había funcionado porque dejó de negarse a mi petición.

—Bien, tú ganas, puedes invitar el almuerzo—accedió. ¡Já! ¡Gané otra! ¡Estaba que ardía!—. Punto para ti, Bennett.

Satisfecha por mi victoria, me acomodé en el asiento. Volví a mirar el cheque sabiendo que una vez que lo depositara en el banco, pondría el comprobante impreso en un marco, que luego ubicaría en mi librero.

—No te acostumbres—continuó Matt de mal humor. No le gustaba que le hubiese ganado—. Sabes, puedes seguir resistiéndote o podrías unirte a mi equipo.

Alcé una ceja. ¿Y ese nuevo pregón qué? Hasta me daba miedo preguntar, pero igual lo hice.

—¿Qué equipo?

—Tengo un equipo.

—¿Ah sí? ¿Y quién está en tu equipo?

—Mi encanto y yo.

Mi orgullo me traicionó, por lo que estallé en una carcajada. Era cierto, Matt era muy encantador. Desobediente, pero encantador.

—Tú y tu encanto pueden seguir soñando.

—Cuenta con eso—replicó orgulloso—. Permitiré que mi hermosa ama me invite el almuerzo y luego pasaremos un rato por mi oficina, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza experimentando una vibra completamente nueva. Sinclair tenía razón, era agradable pasar tiempo con él. Era agradable compartir mi éxito con él. Era agradable que retratara en fotografías mi felicidad, tal como Isabella lo hacía cuando era ella quien me acompañaba a entregar mis trabajos. Era agradable saber que ya no estaba sola.

Por eso y más pensé que tal vez... solo tal vez... sí aceptaría unirme a su equipo.

Fiesta (no tan) sorpresa

Después que Matt me permitió invitarle el almuerzo y el postre (porque insistí mucho), nos perdimos en una conversación de al menos dos horas. Prontamente se hicieron las 3:00 p.m. y nosotros todavía estábamos sentados en un acogedor restaurante en Hancock Park.

Matt se alarmó cuando vio el reloj. Me indicó que era hora de irnos si queríamos terminar con las «misiones» y llegar a tiempo la fiesta sorpresa de Joseph.

Me alarmé también cuando mencionó la fiesta de Joseph. Isabella era capaz de matarme si no llegábamos a tiempo, así que me levanté enseguida de mi asiento, pagué la cuenta y agarré la mano de Matt, quien la mantenía extendida para mí apenas guardé mi billetera.

Habían pasado cuatro años desde que la vida me permitió tener un compañero así. A mí mente llegaron las imágenes de mi ex-patán (quien no pensaba casi nunca últimamente), que siempre me decía que no le gustaba que sostuviera su mano en público, por vergüenza quizás.

Matt era todo lo contrario. Ni siquiera manteníamos una relación amorosa e insistía en agarrarme la mano cada vez que tenía la oportunidad. Era un hombre de verdad. Uno muy caballeroso que no le avergonzaba estar conmigo en público.

La siguiente parada que hicimos fue en un enorme edificio de cristal que llevaba por logotipo una gran «S» en la entrada. Oh, era la oficina madre de »Sinclair Inn, Resort & Suites«.

Matt dio una vuelta alrededor del edificio riéndose ante mi rostro estupefacto por tal hermosa obra arquitectónica y entró por la parte trasera donde estaban los estacionamientos. Ubicó su auto en uno que tenía un letrero con su nombre.

—¿Me esperas aquí?—dijo, dirigiéndose a mí cuando apagó el motor—. No tardaré mucho, lo prometo.

Ah, así que no quería que fuera con él. Vaya, vaya, era mi turno de no respetar sus deseos y vengarme.

Puse mi rostro de perrito arrepentido.

—Pero quiero ir contigo.

Matt arqueó una ceja.

—¿En serio? No hay mucho que ver allá arriba.

—Aún así quiero ir.

—Solo tardaré diez minutos, de veras.

«Oh Sinclair, ¿qué escondes?».

—Pero soy tu «no sé qué», Matt—insistí como una chiquilla—. Por eso y por nuestro «esto» tengo derecho a ir contigo.

—¿Mi «no sé qué»?—preguntó divertido—. ¿Eso qué significa?

—Significa que soy algo tuyo y al mismo tiempo no y que quiero ir contigo.

¿Pero qué demonios acababa de decir?

Matt no protestó más. Se detuvo a contemplarme durante un pequeño rato, pero después, asintió con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo, pero no quiero que te aburras.

Salimos del auto y caminamos por todo el estacionamiento hasta llegar a una puerta que, al entrar, daba directo a unos ascensores. Examiné el lugar: estaba impecable, tremendamente minimalista, como todo lo que era de los Sinclair.

Las puertas del ascensor se abrieron dándonos paso a que entráramos. Matt presionó el botón con el piso número ocho, por lo que las puertas se cerraron de golpe haciendo que subiéramos a gran velocidad hasta nuestro destino.

Recordé, inevitablemente, las únicas dos veces que había estado en un ascensor con Matt. Ambas en Palm Springs. La primera nos peleamos porque yo estaba segura que él quería una relación conmigo (que ahora ya lo había confirmado) y la segunda, íbamos de lo más feliz intercambiando sonrisitas traviesas porque indirectamente nos habíamos dicho que nos atraíamos. Esta tercera vez, estábamos de lo más casual tan solo pasando tiempo juntos. Sin drama, ni indirectas, ni coqueteo. Estábamos en medio de un día cotidiano.

Sin querer, se me vino a la cabeza cuánto habíamos avanzado en nuestro «esto» y cuán peligroso eso podía ser. Siempre hay coqueteo y drama en dos personas que no piensan formalizar una relación, pero llegar al punto de la cotidianidad es llegar al punto de estar estable con alguien. Es sentirte tan cómodo con esa persona que no es necesario el fuego del drama o el coqueteo para sentir que algo arde entre los dos.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por las puertas del

ascensor, que se abrieron frente a mí. Un piso más impecable y moderno se reflejó ante mis ojos.

Salí, pero antes de andar a diestra y siniestra por las oficinas, Matt agarró mi mano y me condujo por el lugar. Me llevó hasta una sala cercana, que era la recepción y donde una joven de cabello oscuro y ojos del mismo tono que estaba detrás de una mesa alargada, nos contemplaba un tanto confundida. Era la recepcionista.

Matt me sentó en un sofá y se agachó hasta quedar a mi altura.

—No quiero que te aburras, ¿me esperas aquí, por favor?

Asentí. De acuerdo, tal vez exageraba, este chico no escondía nada. Era un simple empresario que necesitaba buscar algo en su oficina.

Se puso de pie y caminó hacia un pasillo, pasando al lado de la recepcionista, quién le sonrió con amabilidad.

—Hola Sr. Matthew—dijo ella con formalidad, pero en un tono tan seductor que me pareció había gato encerrado.

—Hola—replicó Matt cortante, pero siguió su camino sin mostrar interés.

Volví a liberar el gato. No había secreto del que debía preocuparme, al menos no todavía. Solo era una joven caída con Matt, como debían existir muchas, la cual no era para nada de su interés.

La recepcionista me fulminó con la mirada cuando notó que me reía de su desgracia. Agarré una revista de una mesita cercana. La abrí para pretender que leía, pero en realidad me moría de risa detrás de ella.

—Oye—me dijo. Fingí no escucharla—. Oye.

Aparté mi atención de la revista.

—Disculpa, ¿me hablas a mí?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Está tirándote los perros?

Parpadeé dos veces. No sabía ni a qué rayos se refería.

—No, eh... no tenemos un perro—repliqué desconcertada.

—Sabes a qué me refiero.

Mmmm... perros... Matt... y no se refería a su fundación de animales. ¡Oh, claro! ¡Hablaban metafóricamente!

—¡Oh, no, no! Matt y yo solo somos amigos.

«Tirando los perros»... ¿Se quedó estancada en el siglo pasado o qué? ¿Quién usaba esa expresión hoy en día?

No quise seguir conversando con ella, me transmitía una vibra muy

negativa. Así que concentré mi atención otra vez en la revista. Pasé la página y para mi sorpresa, había una foto de Isabella y Joseph durante su fiesta de compromiso, a la que no pude asistir porque coincidía con mi fiesta de graduación de *Calarts*. Se veían muy bien, felices ante la cámara. La noticia tenía por titular «Isabella Olsen se compromete con el soltero más cotizado de Los Ángeles, Joseph Sinclair».

—Demonios, están en todas partes—cerré la revista. Me volví hacia el pasillo por el que Matt había desaparecido hace un momento, pero él todavía no regresaba. Suspirando, busqué otra revista.

—¿Pero están saliendo?—me atacó otra vez la voz de la recepcionista. ¿Por qué me seguía hablando?

—¡No!—exclamé muy fastidiada—. Te digo que solo somos amigos, hablo en serio.

—Bien, porque créeme, no quieres salir con él.

La vi con ojos entornados. Esa mujer despedía un veneno excepcional, pero por alguna extraña razón, me sentí curiosa ante su cizaña.

—Dime más—murmuré cerrando la revista.

La recepcionista se acomodó en la mesa sobre sus codos.

—Es un mujeriego—chismorreó—. Todos nos preguntamos cómo el vicepresidente de este lugar puede comportarse de esa manera. Es un terrible ejemplo para el resto del personal.

Abrí mucho los ojos. Increíblemente lo único que me llamó la atención de todo ese veneno fue la parte de...

—¿Vicepresidente?—pregunté, tratando de recordar cómo respirar.

—Sí, ¿no te dijo que es el vicepresidente de este millonario negocio?

No sabía que aquella mujer estaba tratando de provocarme, pero si esa era su intención, lo había logrado. Mi ceño se frunció ante el enojo que venía a continuación. No, no lo dijo, lo que para mí, equivalía a mentir.

—No—respondí, apretando tan fuerte la revista que se arrugó en mis manos—. Se le olvidó contarme ese *pequeño* detalle.

Con la ira a flor de piel, tiré la revista sobre la mesa. Me levanté del sofá, caminé al lado de la recepcionista y fui directo al pasillo por donde Matt había caminado anteriormente. Hasta me pareció escuchar

una risita en el fondo por parte de la recepcionista, pero mi problema ahora mismo era otro.

Seguí por todo el pasillo inspeccionando detenidamente todas las oficinas. Había una con el nombre de Joseph, otra con el nombre de Jane y otras con nombres de desconocidos para mí. Finalmente encontré una puerta con el nombre de Matt y en efecto, debajo de él tenía la palabra «Vicepresidencia» inscrita.

Golpeé la puerta con toda la ira que habitaba en mí, tirándola hacia atrás y ocasionando un gran estruendo.

—¿Vicepresidente?!—grité, consciente de que estaba armando un escándalo, pero no me importó.

Matt, que estaba al lado de su escritorio revisando algunos papeles, ni siquiera reparó en mí. Siguió revisando sus documentos con calma.

—Aquí vamos—dijo simplemente.

—¿Estoy romanceando con el vicepresidente de la cadena hotelera más famosa del continente americano y al menos tres continentes más?

—¿No te dije que me esperarás allá sentada?

—¡Tú hiciste lo mismo con mi cliente!

Matt abandonó todo lo que hacía. Exhalando, se cruzó de brazos y acomodó su cuerpo encima de su escritorio de vicepresidente mentiroso.

—De acuerdo, buen punto, estamos a mano—declaró, totalmente sereno. Sabía que no podía exaltarse conmigo porque sino los dos perderíamos los estribos.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Apartó la vista, manteniendo el silencio. Comprendí enseguida la indirecta.

—¿No pensabas decírmelo!

—Claro que te iba a decir—respondió—, solo que no todavía, porque sabía que te ibas a poner así...

—¿Así cómo?!—chillé.

—Así—me señaló Matt—, empiezas a caminar de lado a lado como demente parloteando como un loro e hiperventilando. Me aterra que te dé un infarto un día de éstos.

—¿No estoy...!—pero antes de contestar, me fijé en mí misma. Cielo santo, era verdad, estaba caminando de lado a lado, roja de la rabia, hablando como una demente y respirando más rápido de lo normal

—. De acuerdo, tienes un punto. Pero de todas maneras Matt, me ocultaste una verdad muy importante sobre ti y empiezo a pensar que es cierto lo que dice esa chica de ti.

—¿Cuál chica?—preguntó—. ¡Por Dios, Emma, respira!

Lo hice, pero no funcionó. Era obvio que estaba por colapsar.

—¡La recepcionista de allá afuera!

—Oh—el rostro de Matt cambió a uno de arrepentimiento—. Sí, eh, salí con ella.

Me petrifiqué. Por supuesto, ¿cómo no se me había ocurrido que tan galante soltero (el segundo más cotizado de Los Ángeles, como podrían decir los medios) no coquetearía con las voluptuosas empleadas que tenía bajo su mando?

Un joven nos interrumpió tras asomarse por la puerta. Era otra chica, diferente a la recepcionista, pero igual de libidinosa. Sin importarle que yo estuviera ahí, le hizo ojitos a Matt para luego saludarlo con la mano.

Matt la saludó también manteniendo el rostro de arrepentimiento. Entre risas coquetas, la chica se fue y yo me volteé para mirar a Sinclair, esperando una explicación.

—Y con ella también.

—¡Pero qué demonios, Matt!

—Pero ya no soy así—dijo—. Fue una época difícil en mi vida. Era joven, inmaduro, mis padres habían fallecido, acababa de salir de una relación muy desastrosa y creí que podría desvanecer el dolor saliendo con las mujeres que me apeticieran—hizo una pausa y terminó—: Ya aprendí mi lección, créeme, soy una persona distinta ahora.

—Aún así, me mentiste y no volveré a confiar en ti—corrí hasta la puerta—. ¡Nunca más!—grité pegando una carrera por todo el pasillo. Si tanto le importaba, que me persiguiera pidiendo disculpas. Sabía que esta no era la mejor manera de comportarme, pero de vez en cuando uno se quiere sentir importante, ¿de acuerdo?

Llegué hasta el ascensor y presioné el botón para llamarlo. La recepcionista me observaba confundida, pero seguramente satisfecha por su hazaña. Su vista se fue entonces hacia el pasillo, donde Matt estaba parado a medio camino, cruzado de brazos, simplemente contemplando mi escena.

Entré al ascensor.

—¿No vas a seguirla?—le preguntó la recepcionista.

—No, déjala, ya volverá—replicó él volteándose en dirección a su oficina.

La ira carcomió todo en mí. Su comentario solo estaba haciéndome sulfurar más, así que antes que el ascensor cerrara las puertas, volví a presionar el botón y salí apresurada hasta donde Matt se encontraba con expresión seria. ¡Ahora sí que me escucharía!

—¡Considérate hombre muer...!

No pude acabar la amenaza. Porque cuando llegué, Matt se volteó rápidamente, me agarró de la cintura y me tiró contra la pared encarcelándome con su cuerpo. Gemí del susto, nerviosa ante su contacto, pero más nerviosa porque teníamos una espectadora en primera fila.

—Oye, amor—me dijo sonriendo, pero me pareció de lo más aterrador—. Mejor bajas las revoluciones si no quieres que te besé enfrente todo el que pase por aquí.

Nuevamente me olvidé cómo respirar. Era como si su aliento absorbiera el mío. Me sentía nerviosa, desarmada. Como si cada vez que me tuviera en esta posición aprisionaba más que solo mi cuerpo.

—¿Acabas de llamarme...?—balbuceé—. ¿«Amor»?

—Sí, sí lo hice—contestó—. A pesar de esa actitud de niña malcriada que acabas de adoptar, eres todo un amor.

¡Oh por Dios! ¡Eso no me lo esperaba!

Me eché más hacia atrás, tratando de huir de su encanto, pero ya no tenía a donde huir. Ni siquiera era como que Matt me tenía encarcelada con mucho esfuerzo, era yo que me costaba separarme de él.

Pensé que me besaría, y hasta me escuché en el interior rogádoselo, pero lo que hizo fue susurrarme:

—No quiero que te dé un infarto, Emma, necesito ese corazón muy saludable para terminar de sanarlo. Así que por favor, ¿podrías ir al auto y esperarme allá?

No me quedó otra alternativa que acceder. Matt me liberó del encarcelamiento, introdujo su mano en el pantalón y sacó las llaves de su auto para entregármelas.

Tragué la poca saliva que me quedaba. Cielo santo, ésta era la primera vez que alguien lograba controlar mi carácter explosivo. Esto debía ser una señal.

Lentamente me dispuse a caminar hasta el ascensor. Noté que la

repcionista nos contemplaba muy perturbada, por lo que le sonreí tímidamente.

—Solo somos amigos—traté de reparar la situación, pero ella no me lo compró esta vez. Daba igual, probablemente jamás la volvería a ver.

Me adentré en el ascensor, pero antes que las puertas se cerraran, logré ver a Matt despidiéndome con una mano. Demonios, de verdad que podía ser muy aterrador a veces. Sensual, pero aterrador.



Me concentré mucho en revisar las notificaciones de mi móvil mientras esperaba respetaba los deseos de Matt (esperarlo en el auto). Solo habían pasado como dos o tres horas desde que salimos de la casa de Sarah y ya tenía tres correos nuevos de personas a las que me recomendó y que querían tirarme dinero a la cara por mi talento.

Una era una mujer madura que quería que recreara una foto de su familia en óleo. Otro era un chico que quería regalarle un lienzo a su novia con la foto de ellos dos. Y el otro ni idea qué decía, ya que el correo estaba redactado en francés. Supuse que debía pedirle ayuda a Matt para traducirlo, pero no hoy. No señor, hoy yo estaba demasiado enojada con él.

«En serio, ¿cómo puedes estar enojada con ese bombón?», me dijo mi subconsciente de pronto.

«Porque me mintió».

«Serás inepta... ¿Qué posición esperabas que tuviera si es uno de los dueños del hotel?».

«No me importa. No quiero salir en las noticias como Isabella que se le pegan los periodistas desde que sale con el presidente de una famosa empresa».

Dejé de pelear contra mí misma cuando escuché la puerta del conductor abriéndose. Era Matt. Traía consigo una botella de agua que me entregó, pero no la agarré.

—Debes tener sed—insistió—. Es en son de paz, en serio.

Solté un bufido y aparté la vista en un gesto dramático.

—No quiero tu estúpida botella de agua.

—La botella de agua no tiene la culpa de esto—protestó con

diversión.

—Bien—accedí aceptando su ofrenda de paz—, pero esto no cambia los hechos. Primero no respetas mis deseos y ahora me mientes sobre lo que eres.

Intentó buscar mis ojos. Yo los puse contra la ventana. No se los daría tan fácil.

—Nunca te he mentado sobre lo que soy.

—Pero nunca dijiste que eras el vicepresidente de tu empresa.

—Sí y, eh.. limpio pisos a veces también—dijo soltando una risita. ¡Pero qué atrevido! ¡En verdad no tomaba en serio mis deseos ni sentimientos!

—¡No uses tu sarcasmo conmigo!

—Emma—dijo, intentando agarrar mi mano, pero lo esquivé—. ¿En verdad es tan importante esto para ti? Quiero decir, es mi empresa, ¿qué puesto esperabas que tuviera?

«Te lo dije...», susurró mi subconsciente en mi oído. La espanté con una mano.

—Tampoco te lo dije porque pensé que mi trabajo sería aburrido para ti.

Parecía honesto, pero no, no caería en sus sensuales redes. Así que fruncí el ceño concentrándome para que el cabreo no se esfumara.

—Pero ahora pensaré mejor qué cosas decirte de mí, para que no te enojas conmigo—su voz era tierna y apacible. Extendió su mano para intentar agarrar la mía—. Vamos, amor, únete a mi equipo.

Sonaba lindo y todo, pero mi orgullo me controlaba duro, duro, así que me solté de su agarre de mala gana.

—No quiero estar en tu estúpido equipo.

—De acuerdo, le diré a mi encanto que piensas que es estúpido.

—Y dile también que pienso es un mentiroso.

—Se lo haré saber.

Matt me dedicó una sonrisa. El descarado no encontraba mi cabreo como un problema. Lo encontraba tierno. Maldito sensual, desobediente y vicepresidente sirviente.

—¡Deja de mirarme así!—reclamé.

—Imposible.

Golpeé su hombro (el lastimado) con la botella de agua. Se quejó un poquito, pero nunca abandonó el semblante risueño.

—Estoy muy enfadada contigo—quise dejar claro—. Así que no te hablaré hasta que lleguemos a casa.

—De acuerdo—accedió Matt poniendo el auto en marcha—. Pero solo para que sepas, disfruto mucho el silencio contigo.

Oh, genial. Ahora todo lo que hacía conmigo lo disfrutaba. Lo haría pasar todo un día haciendo cosas de chicas a ver si eso le parecía entretenido también.



Llegamos a la Mansión Sinclair pasadas las 5:00 p.m. Y yo, con mi orgullo todavía controlándome duro, duro, no le hablé a Matt en todo el camino. Hasta me pareció que sería difícil hablarle el resto de la noche.

¿Cómo iba a pensar que no era importante para mí saber que estaba romanceando con el vicepresidente de la cadena hotelera más famosa de la región? ¡Vamos! ¡Era sentido común!

«También es sentido común que tú lo supusieras. Es el dueño, inepta», saltó mi subconsciente en el asiento trasero del auto.

«¡Tú cállate! ¡Es mi escena dramática!».

Matt aparcó el auto frente a la entrada principal, donde Isabella estaba parada mirando su reloj de mano. A su alrededor habían un sinfín de autos lujosos estacionados, de diversas marcas, modelos, colores.

Isabella cada día me sorprendía más. ¿Cómo demonios había hecho para reunir a tanta gente aquí en tan poco tiempo? Pero más importante, ¿ella de verdad creería que Joseph no sospecharía de nada con tantos autos en su casa?

Estaba por bajarme del auto, cuando Matt me agarró el brazo.

—No quiero discutir por una tontería—dijo apesadumbrado.

«Tontería». Así que pensaba que la razón por la que estaba enojada era «tonta». No era mi intención tratarlo mal, pero seguía usando palabras que solo encendían la ira que se cocinaba en la caldera de mi corazón.

—El único tonto aquí eres tú.

Y salí del auto corriendo hacia la entrada, pasándole de largo a Isabella.

—¡Emma!—escuché que Matt me llamaba.

No dejaba de preguntarme cómo tenía tanta paciencia conmigo, pero ese tampoco era su momento dramático, era el mío, así que me concentré en profundizarlo.

Sabiendo que Isabella colgaría mi vida de un hilo si hacía un espectáculo frente a los invitados, subí la escaleras para ir directo a mi dormitorio, donde no había un vicepresidente que me hubiese mentido sobre quién era en realidad.

—¿Qué le hiciste?—escuché a Isabella decir cuando iba por la mitad de las escaleras.

—¡No estoy seguro!—respondió Matt un poco agitado.

Me detuve en el penúltimo escalón y me asomé por el barandal.

—¿Tú sabías que Matt es el vicepresidente de su cadena hotelera?—me dirigí a Isabella.

—Sí, ¿por?—replicó, serena.

—¡TODO EL MUNDO ME ESCONDE LA VERDAD EN ESTA CASA!

Terminé de subir las escaleras, al tiempo que Isabella me gritó:

—¡Oye!—sonaba regañona—. ¡Deja el drama y ven a ponerte en tu posición para la sorpresa de Joseph!

—¡Oblígame!

Y cerré la puerta de mi dormitorio de un tirón ocasionando que el segundo piso de la mansión se estremeciera. Bueno, eso no sería un buen aporte para el enfado de Isabella, pero tampoco era su drama, era el mío, así que me concentré en mi cabreo.

El silencio reinó a partir de ahí. Suspiré. Al fin, sana y salva en el amparo de mi habitación, donde no había ningún vicepresidente malvado que jugara con mis sentimientos.

La tranquilidad no duró mucho, porque de la nada, la puerta de mi habitación se abrió de un tirón, asustándome con la persona que apareció.

—Oye, amor—era Matt, que se acercaba a mí más de lo que yo quería—. Mucho teatro ya, ¿no crees?

Entonces me abrazó para alzarme en el aire y cargarme en su hombro. Salimos del dormitorio, yo gritando despavorida y él intentando callarme. Mi mundo dio una voltereta cuando bajamos por las escaleras por el vértigo que me ocasionaba.

—¡Isabella, ayúdame!—exclamé tan pronto la vi al revés en el recibidor. Intentaba buscar protección en mi mejor amiga que jamás me

desampararía.

—¡Ni lo intentes, jovencita! ¡Yo lo envié a que te buscara!

O quizás me equivocaba.

Matt giró mi cuerpo de posición, lo ubicó en el suelo al lado de Isabella y ahora sí no sabía qué decir ni qué hacer. Me percaté que ya no estábamos en el recibidor, sino que nos encontrábamos en la salón de entretenimiento, que estaba todo decorado con motivo de cumpleaños y había un montón de gente desconocida que interpreté como los amigos exitosos de los Sinclair.

Isabella me sonrió con satisfacción ante su hazaña y enredó su mano en mi mata de cabello para intentar peinarlo hacia atrás.

—Joseph llegará en cualquier momento, querida—trató de hablarme con dulzura, pero solo había ganado que me enojara con ella también.

Miré a Matt. ¡Me estaba atacando con su arma mortal! Fruncí el ceño para que supiera que no se me había pasado el cabreo por la metida de pata que hizo y que su estúpido efecto no funcionaría esta vez en mí.

—Te ves adorable cuando te enojas—murmuró pellizcando mi mejilla.

—¡No me toques!—me quité su mano de mala gana.

Se rió como inepto.

—¡Ssshhh!—nos calló Isabella—. Recuerden que esto es una sorpresa, si siguen discutiendo se dará cuenta que estamos aquí.

Puse los ojos en blanco.

—Sería más sorprendente si todos esos autos no estuviesen estacionados allá afuera, ¿no crees?—solté, mordaz.

Isabella no me atendió. ¡Pero era verdad! No creía que Joseph fuese tan idiota como para creer que no había nada sucediendo en esta casa con esa multitud de autos estacionados afuera.

Volví a fijarme en la gente. Todo el mundo permanecía en un mortal silencio. Seguro no querían retar a la futura Sinclair. Pensé en Jane. No la veía por ningún lado. Sentí la necesidad de preguntar, pero Isabella estaba tan enfocada en que nos calláramos que estaba segura me cortaría la lengua si decía algo más.

—¡Silencio todos!—volvió a exclamar Isabella, esta vez mirando un mensaje en la pantalla de su móvil—. ¡Ya viene Joseph!

La puerta del salón de reuniones se abrió develando las presencias

de Joseph y Jane. Ésta última, por alguna extraña razón, no se veía para nada feliz. Joseph, en cambio, se hizo el sorprendido. Demonios, era tan obvio que se lo esperaba.

Isabella, Matt y todos los invitados gritaron «¡sorpresa!», pero yo no hice lo mismo. Me rehusaba a fingir estar feliz cuando en realidad no lo estaba.

Isabella se percató de mi mal humor, por lo que me golpeó con su codo. Sin gritar nada, alcé los brazos pretendiendo emoción, pero se notaba claramente que no estaba en mi mejor momento.

Examiné a Jane. Parecía que tampoco estaba en su mejor momento.

—La hice pasar seis horas viendo yates con Joseph para entretenerlo mientras preparaba todo—me susurró Isabella riéndose refiriéndose a Jane—. Debe estar muy fastidiada.

Si yo fuera Jane, la mataba.

Y así sin más, corrió hacia Joseph para tirarse en sus brazos y él la recibió con mucho afán. Jane, en cambio, con su cara amarrada, se acercó hasta donde estábamos Matt y yo.

—¡Mi amor, una fiesta sorpresa!—escuché a Joseph decirle a Isabella todavía fingiendo—. ¡No me lo esperaba para nada!

Isabella borró instantáneamente el rostro de emoción dándose cuenta que su plan no funcionó como se lo tenía esperado. Se separó de Joseph, lo contempló durante un segundo yes cuando confirmó que en verdad nada había salido como esperaba.

—¡De acuerdo! ¿Quién fue el soplón?—exclamó ocasionando que todos los invitados se asustaran. Joseph salió al rescate abrazándola más fuerte y tratando de calmarla con su arma mortal más veterana. Así se la llevó hacia la fiesta, mientras Jane bufó en presencia de mí y mi sensual, desobediente y mentiroso sirviente.

—Me hizo pasar seis malditas horas viendo yates con Joseph—se desahogó con nosotros—. Pensé que iba a morir de ver tantos estribores, proas, popas y...

—Creo que esas son las partes de los barcos, Jane—me atreví a corregirla.

—¡No me importa!

—¡Jane! ¡¿Fuiste tú quién le dijo?!—escuchamos el grito de Isabella desde la distancia.

Jane puso los ojos en blanco.

—¡No!—gritó de vuelta.

—¿Fuiste tú?—le preguntó Matt.

—Por supuesto que fui yo—replicó Jane. No parecía sentirse culpable al respecto—. Fueron las seis horas más aburridas de mi vida, debía vengarme de alguna manera. Además, ¿qué esperaba? ¿Que Joseph llegara a casa y no sospechara de todo ese montón de autos afuera? Si Joseph fuera tan idiota no sería el presidente de nuestra cadena hotelera.

¡Exacto!

La voz de Isabella nos atormentó otra vez:

—*¡Pero fuiste la única que estuvo con él todo el día!*

Jane perdió la paciencia.

—¡SEIS MALDITAS HORAS VIENDO YATES, ISABELLA!—gritó, abandonándonos, dispuesta a dirigirse a donde Isabella para confrontarla.

Me aterraban las dos. Tenían un carácter tan fuerte que me preocupaba se agarraran de las greñas en plena fiesta de cumpleaños, así que me adentré al salón también para vigilarlas desde la distancia.



Cuando ya todo se había calmado, me entretuve probando los bocadillos que Isabella se molestó en acomodar por color en una de las mesas del salón.

Matt me había dejado sola finalmente. Comprendió que debía darme mi espacio, mientras la ira se secaba o sino le armaría un escándalo en su propia casa delante de toda esta gente.

Examiné el siguiente bocadillo que me comería. El palillo estaba conformado por algo rojo y tenía un queso encima. Uno que se veía demasiado fino para mi paladar de pobretona.

Justo cuando estaba por meterlo en mi boca, sentí una presencia posándose al lado mío.

—Me vendría bien una chica en mi equipo, ¿sabes?—resonó la voz de Matt, a lo que rodeé los ojos.

¿Saben cómo siempre me equivocaba en mis suposiciones? Este era uno de esos momentos. Por supuesto que Matt no entendía que debía darme mi espacio, era una pinche sanguijuela.

—Sí, eh, creo que paso—respondí.

Degusté el bocadillo. Me sabía terrible. Como a un queso demasiado bien procesado para mis gustos. Definitivamente mi paladar de pobretona no conocía de finezas.

—¿Qué es esto?—pregunté perturbada.

Otra presencia se posó a mi lado. Era Isabella.

—Es queso Kosher—respondió tan refinada como siempre.

—¿Kosher? ¿Ahora somos judíos?

—A Joseph le encanta.

Y huyó otra vez. Estaba por todas partes, atendiendo a todos los invitados, haciendo su mejor esfuerzo por darle la mejor fiesta de cumpleaños a Joseph. Incluso logró convencer a todos para que se quedaran hasta media noche para cantarle cumpleaños con una enorme torta de tres pisos.

Alguien escupió a nuestro lado. Nos percatamos que se trataba de Jane, quien todavía tenía su cara amarrada.

—¿Qué se supone que es esto?—se quejó mirando con desprecio al bocadillo que recién había escupido en una servilleta.

—Creo que eso es cangrejo—replicó Matt.

—Genial, el mar me persigue—protestó de mala gana huyendo de la mesa de bocadillos de Isabella. Vaya, vaya, pensé que yo era la única a la que Isabella sofocaba, pero ya me daba cuenta que no.

Agarré el bocadillo de cangrejo para probarlo.

—Únete a mi equipo—insistió Matt antes de que me lo comiera.

Del enojo, lo tiré sobre el plato.

—¡Que no quiero estar en tu estúpido equipo!

Fue mi turno de huir. No quería llegar hasta estos extremos, pero se me había agotado la paciencia. Corrí por todo el salón, atrayendo la atención de algunos invitados, pero por suerte, la mayoría estaban tan concentrados en sus conversaciones que no me prestaron atención.

Me dirigí escaleras arriba. Esta vez no me escondería en mi habitación, allí me encontrarían fácilmente. Así que, sin pedir permiso, entré a la habitación de Isabella y Joseph y me dirigí hasta el balcón que tenía en el fondo.

Salí, permití que la brisa vespertina acariciara mis mejillas enrojecidas ante la ira y respiré con fuerza. Ni siquiera estaba segura qué era lo que me molestaba tanto: el hecho de que Matt no me hubiese contado que tenía una posición tan importante en su empresa o el darme

cuenta que —en lenguaje sin complicaciones— yo estaba accediendo a ser la amiga con derechos de una figura pública, lo que menos quería en este momento para mi vida.

Me recosté sobre el barandal del balcón. Admiré el horizonte. Acababa de suceder un precioso atardecer dando paso a una hermosa noche estrellada. Recordé el atardecer de esperanza en paracaídas con Matt. Si él realmente quisiera lastimarme, no hubiese estado compartiéndome las cosas que más le gustaban tan desinteresadamente. No me hubiese hecho vivir aquella experiencia que me quitó cualquier banda que cubría mis despechados ojos.

Me acomodé la chaqueta para no pasar frío y volví a recostarme sobre el barandal.

—Está bien, no te unas a mi equipo si no quieres—me asustó la voz de Matt apareciendo de la nada, como de costumbre.

Suspiré. La ira por fin secaba. Ya no tenía ganas de pelear.

—¿Cómo me encontraste?—le pregunté bajando las revoluciones.

—Ésta era mi habitación antes de que Isabella y Joseph se comprometieran—explicó posándose a mi lado—. Así que sé lo agradable que es venir aquí a pensar, especialmente cuando está sucediendo un atardecer.

Se mantuvo callado un instante, contemplándome con ojos de arrepentimiento. Entonces, cuando supo que el terreno era seguro para pisar, puso su mano sobre la mía apretándola con gentileza.

—Lo siento, Emma—pronunció suavemente—. No fue mi intención hacerte sentir que no respeto tus deseos u ocultarte mi puesto en el trabajo.

Giré mi cuerpo en su dirección, quitando toda la muralla que me protegía de su efecto. Mi orgullo ya no me controlaba, lo hacía mi corazón, quien sentía que lo más correcto era hablar sobre lo sucedido.

—¿Así que admites que me mentiste?

—Admito que cometí el error de no decirte la verdad desde un principio, lo que simboliza una mentira para ti y lo lamento mucho—prosiguió enterneciendo mi diminuto corazón—. Si es importante para ti, entonces haré mi mejor esfuerzo por no ocultarte ninguna otra cosa respecto a lo que soy.

En mi rostro se dibujó una pequeña sonrisa ladeada. Pero miró nada más a Matt disculpándose conmigo y tratando de resolver los

problemas de la forma más madura posible, a pesar de los escándalos que solía armarle por tonterías.

Me encogí de hombros con timidez, dando paso a que él se acercara y sostuviera mi rostro para clavarme sus oceánicos iris. Quería que yo supiera que estaba siendo completamente honesto conmigo.

—Sí, soy el vicepresidente de uno de los negocios más importantes de Los Ángeles y no sé qué—empecé a sentirme un tanto hipnotizada—. Pero no es lo único que soy—continuó—. La mayor parte del tiempo soy solo una persona que disfruta las pequeñas cosas de la vida y que ahora tiene que la misión de enseñarte el valor de la felicidad.

Él no lo sabía, pero en realidad estaba enseñándome mucho más que solo el valor de la felicidad. Por eso, esa noche, quise ser madura para él también.

—Está bien—dije—. Yo admito que me comporté como una chiquilla malcriada y lo siento también.

Matt se rió.

—Disculpas aceptadas—dijo—. Y tú, ¿aceptas mis disculpas?

Asentí con la cabeza.

—¿Estamos bien, entonces?

—Sí.

—Bien—dijo atrayéndome hacia él—. Porque ahora voy a besarte.

Y así, sin más, antes que pudiese hacer algún otro movimiento, me atrapó en sus labios arrebatándome todo el aliento. Cerré los ojos permitiendo que el efecto Sinclair se manifestara en mí y electrificará todos mis sentidos.

Mientras me besaba como solo él sabía hacerlo, empujó mi cuerpo contra el barandal del balcón en busca de una posición más cómoda. Entonces me abrazó por la cintura para alzar mi cuerpo y sentarlo sobre el barandal que teníamos detrás.

Aproveché ese momento para inhalar aire.

—Estoy romanceando con el vicepresidente de «Sinclair Inn, Resorts & Suites»—le dije, risueña, antes de que me volviera a besar.

Con una sonrisa muy seductora, me rodeó con sus manos ubicando mis manos en su espalda. Probablemente para asegurarse que no me cayera de espaldas, cosa que no me sorprendía que sucediera.

—Y a él le encanta que lo hagas—murmuró sumergiéndonos otra vez en la apasionante aventura que representaba besarnos el uno al otro.

No supe cuánto tiempo pasamos en medio de eso. Porque por primera vez, no parecía que nadie nos interrumpiría. Todos estaban ocupados en la fiesta.

Así que me hundí con todo lo que tenía en la sensualidad de Matt, que era un deleite tan grande que hacía el tiempo fuese completamente irrelevante.

—Puedes tener mucho más que esto si te unes a mi equipo—me dijo Matt, de pronto, sobre mis labios, cortando la concentración.

¡No juegues! ¿Interrumpía un beso tan bueno para insistir con esa tontería?

—Buen intento, Sinclair—rechacé su oferta, presionando más fuerte sus labios sobre los míos, indicándole que no se separaría de mí hasta que yo decidiera lo contrario.

Justo cuando estaba por ponerse en lo más intenso, mi sentido arácnido vibró en mí. Me gritaba que abriera los ojos. Que algo no estaba bien. Así que abrí un ojo para echar un vistazo a todo el balcón.

Fue mi mayor momento de terror percatarme que en la entrada había alguien mirándonos con petrificación y se trataba de Jane.

«Oh no».

Avergonzada, intenté separarme de Matt, pero él se rió, tal vez creyendo que me estaba resistiendo a propósito y ejerció más presión sobre nuestro beso.

—Matt... Jane está...—logré decirle, alejándome un poco.

—¿Por qué piensas en mi hermana en un momento como este?—preguntó, completamente hipnotizada como yo quería que estuviese desde un principio, pero esta vez yo trataba de romper el hechizo con todas mis fuerzas.

—¡Porque está viéndonos!

Finalmente se detuvo en seco.

Manteniéndome abrazada, giró lentamente su cabeza para mirar en dirección a Jane y confirmar que, efectivamente estaba ahí, boquiabierta, atónita ante lo que sus ojos percibían.

Matt tragó, irremediablemente nervioso.

—Oh, hola hermana...—balbuceó—. Sé que esto, eh, puede parecer algo, eh, pero no es...

Pero Jane no daba señales de vida. Se mantenía ahí de pie, sin siquiera pestañear.

Oh por Dios, le diría a todo el mundo.

Una nueva aliada

Luego de lo que pareció un minuto o quizás menos, Jane empezó a recobrar sus sentidos. Primero cerró la boca, luego parpadeó unas tres veces muy lentamente.

Un temblor recorrió mis piernas, luego torso y finalmente sentí cómo mi cuerpo entero se estremecía del terror que lo consumía. ¡Jane le diría a todo el mundo y mi plan de ganar se echaría a perder! ¡Y Matt tendría que pagarle a Hannah hoy por nada! ¡Y ahora probablemente todos se emocionarían! ¡Y... y...!

Mi raciocinio me dio una cachetada. «Contrólate, demente, vas a colapsar», me gritó haciendo que recobrarla la compostura.

No había excusa tonta o cuerda que funcionara en este momento. La hermana de Matt, que para mí parecía una valiosa aliada, acababa de observarnos por quién sabe cuánto tiempo mientras nos besábamos apasionadamente. Hasta me daba vergüenza de tan solo pensar que ella estaba ahí, en primera fila, como única espectadora.

Matt me conocía bien. Sabía que me moría de la vergüenza, así que me trajo contra su cuerpo para abrazarme como diciéndome «Estoy aquí contigo, no es tan grave, no te preocupes».

—¿Qué... haces aquí?—preguntó a Jane, quien ahora miraba a todas partes, incómoda ante la situación que estábamos viviendo.

Jane sonrió nerviosa.

—Vengo a veces aquí a...—le costaba hablar. Estaba igual de avergonzada que nosotros—. Pensar. Me gusta este lugar para pensar.

¡No juegues! ¿Ahora todos venían a este balcón a pensar? ¿Qué tenía? ¿Un poder que daba soluciones mágicas a los problemas?

—¡Jane! ¿Qué haces en mi balcón?—resonó de pronto la voz de Isabella.

Los tres nos petrificamos. Lancé a Jane una mirada horrorizada y le negué mil veces con la cabeza rogando que nos ayudara. Que no dijera nada. Que nos apadrinara esto solo por esta ocasión. Que mi mundo se acabaría si, sobre todas las personas de la casa, Isabella se enterara que estaba romanceando con Matt.

—*¡Jane! ¿Estás sola? ¿Por qué estás ahí parada?*

Matt, del susto de escuchar la voz de Isabella tan cercana, me soltó del abrazo tan cálido y yo, bajo el mismo efecto, tiré mi cuerpo hacia atrás olvidando por completo que estaba sentada en el barandal del balcón y que abajo había una perdición.

Perdí el contacto con el concreto sintiendo que la gravedad me traicionaba en aquel momento. Lo último que alcancé a ver fue a Jane, volteándose nerviosa, fingiendo una sonrisa ante la figura reciente de Isabella y a Matt, asomándose por el balcón para intentar alcanzar mi cuerpo.

Caí sin piedad por el abismo que daba con la planta baja, y en el trayecto, me golpeé con algunos arbustos que rozaron mi piel lastimándola.

Solté un grito para mis adentros.

La brisa me golpeó el rostro.

Una rama me rayó la cabeza.

Y dejé de caer, en seco.

Abrí los ojos. ¿Era todo? ¿Había muerto? ¿Tan rápido y lento al mismo tiempo? ¿Tan llena de cosas y al mismo tiempo tan vacía? ¿Tan...?

Alcé la cabeza, en busca de una iluminación divina, pero me encontré con que todavía estaba la mansión, no en el Cielo. Mi chaqueta estaba enredada con una rama ocasionando que quedara suspendida en el aire, ¡justo en medio de una ventana que daba con el salón donde se estaba llevando a cabo la fiesta de Joseph! ¡No podía ser! ¡¿Pero qué demonios había hecho para merecer esto?!

Con el corazón en la boca, mecí mi cuerpo en un intento por soltar la chaqueta de la rama. Hice mi mejor esfuerzo por no hacer ruido o movimientos en falso que llamaran la atención de los invitados en el interior de la casa.

Volví a mecer mi cuerpo, pero nada funcionaba.

«MIERDA», grité para mis adentros.

Eché un vistazo al interior de la casa. Joseph estaba ahí sentado, rodeado de amigos, disfrutando la velada con una conversación que se veía de lo más entretenida. Con tan solo girar la cabeza hacia la ventana, se daría cuenta que yo estaba ahí como un nuevo adorno colgante.

«Oh por Dios, trágame arbusto ya, por favor».

Entretanto, escuché claramente las voces del piso de arriba:

—*¡Isabella! ¿Qué haces aquí?*—Jane.

—*Es mi habitación, querida*—Isabella—. *Y yo pregunté primero.*

—*Sí, por supuesto, qué tonta yo, ¿no?*—Jane, riéndose—. *Solo vine a... a... buscar esas hermosas botas rojo vino que prometiste prestarme la semana pasada.*

Oh por Dios, Jane nos estaba encubriendo. Puedo equivocarme en muchas cosas (todas al parecer. Es un don), pero estaba segura que Jane nos estaba encubriendo. Seguía siendo mi aliada después de todo.

—*¡Oh! Me hubieses dicho*—Isabella—. *Con gusto las busco para ti.*

La cabeza de Matt sobresalió del barandal en ese momento. Lo vi con ojos esperanzadores.

—*¡Emma!*—exclamó, un poco bajo, pero logré escucharlo. Levanté una mano rogándole que me ayudara a salir de este embrollo.

—*¿Y esa voz?*—Isabella, otra vez. Logré ver sus tacones azules asomándose por el balcón. ¡Oh no! ¡Descubriría a Matt también!—. *¡Matthew! ¿Tú también estás en mi balcón? ¿Qué haces aquí?*

Corrí a cubrirme con las hojas de un arbusto.

«Que no se asome, por favor».

«Que no me vea, por favor».

«Que no me muera hoy, por favor».

—*Eh, pensando...*—replicó Matt riéndose—. *Pensaba a lo grande en tu balcón, Isabella.*

Los pies de ambos desaparecieron. Suspiré aliviada.

—*¿Pensando en Emma?*—Isabella.

—*No...*—Matt.

—*Oh, vamos, dime la verdad, querido.*

—*Está bien, me descubriste.*

—*¿Te gusta Emma?*

¡Maldita sea, Isabella! ¡No te rendirías jamás!

«No la dejes ganar, Matt. Por nada del mundo permitas que salga victoriosa de esta. Demuestra que tenemos orgullo y podemos hacer «esto» a espaldas de cualquiera», quise decirle.

—*Sí*—respondió Matt—. *Digo, me gustaba, cuando recién llegó a nuestra casa, pero ya renuncié a ella. Es una loca desquiciada.*

¡Oye! ¡Ése era mi apodo redundante!

—*Y ya me rechazó mucho, no soporto a las chicas así.*

—*Así es, hermano*—le ayudó Jane—. *Estás buenísimo, te mereces algo mejor.*

—*Oh, no digas eso, Matt*—protestó Isabella—. *Solo dale tiempo.*

—*¿Tiempo? Tiempo es lo que menos tengo, Isabella*—replicó Matt—. *Así que ahora estoy enfocando mis intereses en Dannah.*

¡Hannah, torpe! ¡Se llamaba Hannah, no Dannah!

—*¿Te refieres a Hannah?*—le corrigió Isabella.

—*Eh, sí*—replicó Matt, inseguro—. *Eso dije.*

¿Cómo no se puedo memorizar el nombre de ella? ¡Se lo dije tantas veces!

—*No, dijiste Dannah*—insistió Isabella.

—*Isabella*—interrumpió Jane—. *Necesito que por favor me busques esas botas espectaculares que me dijiste que me ibas a prestar. Mis pies las piden a gritos. Me las quiero poner ya, estoy enamorada de ellas, no puedo esperar un minuto más. ¡Woah! ¡Botas rojas! ¡Botas rojas!*

—*Claro, querida*—replicó Isabella aterrada—. *Las busco ya en mi clóset.*

Reinó un momento el silencio, y, por obra y gracias de los dioses del espacio sideral, vi los tenis de Matt y los tacones de Jane asomándose por una superficie del balcón.

—*¿Dónde está Emma?*—susurró Jane muy bajo, pero lo suficiente para que pudiese oírlas.

—*¡Se cayó! Debo ayudarla*—susurró Matt con preocupación.

—*¡Querida! ¿Dijiste las negras o las rojo vino?*—otra vez, desde un espacio no muy lejano, la voz de Isabella nos estremeció a todos.

—*¡LAS ROJO VINO! ¡APÚRATE QUE LAS AMO!*—gritó Jane y bajó la voz para decir—: *Ve a ayudarla, les haré algo de tiempo. ¡Pero corre, Matt!*

Los tenis de Matt desaparecieron del balcón. Los tacones de Jane también.

—*¡Ah, aquí están!*—exclamó Isabella animada. Imaginé que hablaba de las botas. Demonios, ¿Matt habría logrado salir a tiempo?

—*¡Sí, ahí están! ¡Dámelas, me urge ponérmelas!*

—*Matt, ¿te vas?*

¡Maldición! ¡Me moría de un infarto!

—*Sí, eh, tengo un «no sé qué» que hacer antes que llegue*

Hannah—se inventó Matt. Oh por Dios, mis malas mañas se le estaban pegando—. *Te veo ahora, Isabella, eres la mejor cuñada que he tenido.*

—¿Has tenido otras cuñadas?

Un crujido resonó en mi oreja. Miré hacia arriba. La rama empezaba a desprenderse del arbusto que me mantenía flotando. Era todo, moriría. O al menos me rompería un par de huesos. Un par de huesos que empezaba a apreciar más que nunca.

—*Eh, no*—se rió Matt—. *¡Nos vemos!*

—*¡Isabella! ¡LAS BOTAS POR AMOR A LA MODA! ¡No puedo esperar ni un minuto más, pásamelas ya!*

—*¡Cálmate, ya voy!*

Eché un enésimo vistazo a la ventana de cristal que tenía enfrente. Parecía que nadie se había percatado que estaba aquí, colgando como adorno de navidad. Qué bien, me rompería varios huesos, pero al menos no tendría que enfrentar la vergüenza que conllevaba que todo el mundo me viera colgando aquí.

—*Bien, ya basta con las botas, necesito bajar a atender a mi prometido.*

—*¿Atender a tu prometido? ¿Pero qué hará él el día que tú mueras? No puedes permitir que dependa tanto así de ti.*

—*¡Es tu hermano!*

—*¡Algún día vas a morir, Isabella!*

Cielos. No sé ni como haría para agradecerle este gesto tan desinteresado a Jane. Era la mejor aliada que había tenido en mi vida y lo estaba haciendo sin esperar absolutamente nada a cambio. O al menos eso parecía para mí.

Pasaron unos cuantos segundos de silencio, cuando de pronto, escuché unos pasos que se acercaban a toda velocidad. ¡Era Matt! ¡No podía equivocarme! Venía a socorrerme.

—*¡Emma!*—escuché mi nombre siendo pronunciado por la voz más melodiosa que mis sentidos amaban percibir. Miré hacia abajo, y en efecto, Matt estaba ahí parado—. Maldita sea, en verdad eres un imán de accidentes.

—*¡Deja de burlarte de mí y ayúdame a bajar de aquí!*

La rama crujió por segunda vez, por lo que grité ahogadamente. Cerré los ojos para intentar enfocarme y no dejarme llevar por el terror, pero no funcionó en lo absoluto. Los abrí, miré al salón de reuniones,

miré a Matt, miré al salón de reuniones. Entonces noté algo que me atormentaba mucho más que la rama crujiendo en mi oído, ¡Isabella y Jane! ¡Y estaban entrando al salón!

«Mierda, no. No, por favor, no, no».

Jane fue la primera y única en verme. Sus ojos se vieron como dos platos gigantes en mi dirección tras percatarse que colgaba de la rama. Enseguida se volteó hacia los invitados moviendo sus brazos hacia todas partes.

—¡Oigan todos! ¡Eh, que me presten atención!—su voz se oía entrecortada a través del vidrio—. ¡Miren hacia mí! Le preparé un canción y baile de cumpleaños a mi hermano mayor que se lo merece.

Oh no, ¿qué estaba diciendo? No era como que me quejaba pero, ya, ¿qué demonios se estaba inventando?

—¿En serio? ¿Qué nos vas a cantar?—dijo Isabella aplaudiendo con júbilo. Se encontraba sentada en el regazo de su prometido y este le acariciaba la espalda en lentos movimientos circulares.

—¡Una canción que yo misma inventé!

Genial, con Jane comportándose así tan demente, éramos oficialmente el escuadrón de los locos desquiciados.

—Jane, no tienes que...—Joseph intentó detenerla.

—Insisto—protestó Jane.

Debajo de mí, las manos de Matt se movían arriba y abajo. Daba pequeños brincos, intentando llamar mi atención.

—No tenemos tiempo para buscar la escalera—me dijo—. Así que tendrás que quitarte la chaqueta y dejarte caer en mis brazos, ¿de acuerdo?

—¡¿QUÉ?!

—Dije que no tenemos tiempo para...

—¡Escuché lo que dijiste! ¡¿Estás LOCO o qué?!

La rama crujió por tercera vez. Mi cuerpo cayó muchos centímetros. Abracé el arbusto en un intento desesperado por sobrevivir y no dejarme abandonar en mi perdición.

—¡Vamos! ¿No confías en mí?—exclamó Matt.

Ni siquiera era necesario que preguntara eso, pero entendía el porqué del cuestionamiento. Hasta hace poco, no había manera de que le confiara mi vida, mucho menos en una caída libre en paracaídas. Pero hoy, luego de tantas enseñanzas desinteresadas, Matt se había convertido

en la persona en quien más confiaba. Confiaba más en él que en mí misma.

Di un hondo respiro, pero no había mucho aire que inhalar. ¡Era el estúpido arbusto que me estorbaba!

—¡Emma!—volvió a llamarme Matt. Sus oceánicos ojos destellaban un pesar que parecía más profundo que el mío—. ¿Confías en mí?

—¡Claro que confío en ti, Matt!—respondí sin titubear. Sin inseguridad. Sin condiciones. Porque eso es lo que pasa cuando encuentras a alguien que es capaz de complementar aquellas cosas que careces: confías sin condiciones. Confías plenamente en que será capaz de resolver aquellas cosas que tú mismo no te sientes capaz de resolver, sin sentir que le debes algo, porque ambos se deben el uno al otro.

La sonrisa en el rostro de Matt fue inminente. A pesar de estar oscuro, sus azules ojos brillaban de emoción.

—Entonces quítate la chaqueta y terminemos con este caos.

—¡De acuerdo! ¡Pero es mi chaqueta favorita!—exclamé sintiéndome un poco impresionada ante mis prioridades femeninas. ¿Mis huesos o la chaqueta? Oh, mi chaqueta por favor.

—¡La recuperaré para ti después!—replicó Matt apoyándose en mis prioridades femeninas—. ¡Vamos, amor, solo quítatela!

Di un último respiro. Hace tiempo, cuando le confie mi vida a Matt por primera vez en una caída libre, no tuve mucha opción. Prácticamente me obligó a hacerlo sabiendo que eso era lo mejor para mí. Dudaba mucho que esa hubiese sido la mejor manera de enseñarme una lección de vida, pero era el estilo de Matt y había funcionado.

Hoy Matt me estaba dando una opción: me pedía que confiara en él y me dejara caer en sus brazos o simplemente podía gritar por ayuda y terminar con todo esto.

Rápidamente me quité la chaqueta, tomando la primera opción. No porque me importara lo que representaba la segunda opción, sino porque con la primera tenía la oportunidad de demostrar a Matt cuánto confiaba en él. Nuestro «esto» se merecía ser reinado por la confianza.

Inhalé. Exhalé. Inhalé. Era el momento de saltar.

Sin pensarlo ni un minuto más, solté la chaqueta. Mi cuerpo cayó en picada en el aire, frotándose entre tantos arbustos. Grité a toda boca como la loca que era, pasando por la ventana que daba con el salón de

reuniones, pero nadie se percató. Alcancé a contemplar unas milésimas de segundo a Jane, que bailaba muy entusiasta enfrente de todos haciendo tremendo espectáculo.

Todavía gritando, caí en los brazos de Matt que me esperaban abiertos de par en par. Él, ante mi peso, perdió un poco el equilibrio, pero luego me sostuvo fuerte tirando nuestros cuerpos en el césped. ¡Pero qué héroe!

—Te tengo—me dijo, separándose solo un poco para sonreírme con satisfacción. Estaba a salvo, en sus brazos que me hacían querer derretirme, pero a salvo.

Me puso de rodillas contra el suelo para empezar a revisar cada parte de mi cuerpo, especialmente las arañadas por los arbustos. Se veía tan preocupado, como si mínimo yo fuera su más preciado tesoro y hubiese estado en peligro de ser robado.

—¿Estás bien?—preguntó, agarrando mi rostro.

No respondí. Al menos no con palabras. Porque sentí la inexplicable necesidad de abrazarlo, olvidándome por primera vez de mi inútil orgullo que solo sabía arruinar todo. Lo abracé fuerte, con ganas, con cariño, con gratitud. Con todas las virtudes, verbos y adjetivos positivos que Matt se merecía de mí.

Él se sorprendió al principio, pues no era normal que yo tuviese estas muestras de afecto con la gente, pero luego me devolvió el abrazo con todas las mismas virtudes, verbos y adjetivos positivos que admití yo también merecía.

—Gracias por ayudarme—murmuré.

No quería separarme de él. Quería que este abrazo durara por siempre. ¿Será que sí me unía a su equipo después de todo?

—No dejaría que nada te pase—declaró tan romántico y cliché como de costumbre, pero no me molestaba. Me provocaba una inexplicable sensación de protección.

«Por favor, por favor, que nadie me quite a este sensual sirviente de mi vida».

No era mi intención cortar el momento romántico que estábamos teniendo, pero a mi mente llegaron las imágenes de Jane haciendo el ridículo entre tanta gente.

—¡Jane!—exclamé separando mi cuerpo del de Matt, para deslizarme por el pasto seco. Llegué hasta la ventana que se extendía

hasta la planta baja y me asomé solo un poco. Matt me siguió, copiando lo que había hecho, para contemplar también lo que estaba sucediendo dentro.

¡Cielo Santo! Jane estaba bailando con tanto afán que pareciera que estaba lista para desnudarse y hacer vueltas exóticas en un tubo de estriptís.

Mientras Matt explotaba en una carcajada, yo quedé boquiabierta. No sabía ni cómo haríamos para pagarle esto a Jane, nos estaba cubriendo en uno de mis malditos caprichos. No era mi intención involucrarla en esto, pero me daba cuenta que podíamos confiar plenamente en ella.

Me alcé un poco para ondearle la mano a través del cristal. Cuando se percató, detuvo su baile exótico para luego hacer una reverencia. Los invitados empezaron a aplaudirle, pero Joseph e Isabella no hicieron lo mismo. Se veían tan pasmados.

¿Estaba muy mal si me reía de ella? El momento era tan hilarante que debí presionar mis labios para no burlarme.

—Vamos a ganar esto—pronunció Matt sonando como yo. Demonios, de verdad se le estaban pegando mis malas mañas incluyendo mi espíritu competitivo.

Extendió su mano a mi lado enseñándome la palma. Quería que se la chocara. Reí, lo hice y me fijé otra vez en el interior de la casa.

—¡Se acabó el espectáculo!—exclamó Jane. Estaba roja, agitada, con el cabello revuelto—. ¡Feliz cumpleaños, hermano!—entonces salió corriendo por la puerta dejando a la feliz pareja comprometida muy atormentada y a los invitados, que en su mayoría eran hombres, gritando como pidiendo que no se detuviera.

No aguanté más. Solté una risotada que hizo que mi estómago se estremeciera contagiando a Matt a que hiciera lo mismo.

Esto era una verdadera insania. Nunca en mi vida había vivido tantos disparates con una persona en tan poco tiempo. Y de igual forma, no creo que hubiese más nadie que Matt con quien hubiese querido estar viviendo esto.

Unos pasos acelerados que pisaban con fuerza se aproximaron a nuestras espaldas.

—¡¿Pero qué demonios estaban pensando?!—chilló la voz de Jane, lo que hizo que nos volteáramos para verla. Las carcajadas se fueron y

nos asustamos tanto con el tono tan agudo de su voz que nos abrazamos como por inercia.

—Por favor no le digas a nadie—rogué tan arrepentida que si era necesario llorar para que se quedara callada, lo haría.

—¿Decir qué?! ¡Ni siquiera sé qué debo decir!—exclamó y caminó de lado a lado poniendo una mano sobre su frente para secar algunas gotas de sudor. Seguido, nos señaló con su dedo índice—. Se suponía que éste sería mi día fácil. ¡Mi día de consentirme a mí misma! Iría a mi salón de belleza a quitarme este asqueroso color de cabello que ya no soporto, arreglarme las uñas, tal vez comprarme ropa nueva...

Se le había empezado a inflar la venta de la frente. Dios mío, pensé que eso solo le sucedía a Isabella cuando se enojaba.

—¡Pero no!—continuó exasperada—. En cambio tuve que perder seis horas de mi vida viendo estúpidos yates que Joseph nunca usará porque no tiene tiempo, usando unas botas que ni siquiera combinan con mi atuendo, viendo a mi pequeño hermano besando a alguien y ahora haciendo el ridículo enfrente de todos los invitados por culpa de ustedes.

—Eh, pues... mañana puede ser tu día—Matt trató de consolarla, pero era una mala idea. Jane lo siguió señalando con ojos ardientes en ira.

—¡No, no puede!—declaró—. Joseph dijo que se divirtió tanto conmigo hoy que quiere que mañana lo acompañe a su viaje y no puedo decirle que no porque es su cumpleaños. ¿Cómo demonios mi rostro de enfado le parece entretenido?!

¡Maldita sea, necesitábamos calmarla! Estaba por colapsar. Inhaló, exhaló, inhaló. Dio dos pasos hacia atrás, luego dos hacia adelante. Entonces cambió su semblante a uno más tranquilo.

Justo cuando pensábamos que estaba por serenarse, volvió a alzar su dedo índice en nuestra dirección, lo que hizo que nos echáramos hacia atrás al mismo tiempo, todavía manteniéndonos abrazados. Es que esa mujer, en ese estado, daba tanto miedo.

—Y ustedes...—sonó amenazante—. ¿Están saliendo?

Matt y yo intercambiamos miradas y negamos con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Pero definitivamente están aceptando sus sentimientos el uno por el otro?

Matt asintió con la cabeza, pero yo negué. Lo miré con enfado, lo

que hizo que él se retractara y negara con la cabeza a mi par.

—¿Entonces qué es esto? ¿Solo se besan donde sea y ya?

Oh, no podíamos negarnos a eso. Nos miramos un ratito y asentimos un tanto avergonzados.

Jane suspiró.

—Estoy tan vieja para entender estas cosas—soltó tapándose los ojos con una mano—. Necesito tanto un martini en este momento.

Oh, Jane... yo también. Pero no Matt no me dejaría, ya había tenido que lidiar dos veces con la Emma borracha y en la segunda terminó con el hombro lastimado.

—Así que...—continuó—. Creo que regresaré a esa estúpida fiesta, donde todos creen que soy la estríper, y haré como que nada pasó.

Giró su cuerpo dispuesta a irse, pero me separé de Matt para alcanzarla.

—¡No, Jane, espera! ¡No puedes irte!—intenté detenerla—. Por favor, tienes que ayudarnos.

Matt se levantó también. Negó repetidas veces con la cabeza en desaprobación de lo que estaba a punto de hacer, pero se quedó callado. Todavía me sorprendía lo lejos que había llegado su paciencia conmigo.

—¿Ayudarlos?—preguntó y se rió con mordacidad—. Oh, no, no, ya los ayudé demasiado, no quiero entrometerme más en lo que sea que están haciendo. Así que si lo que quieren es que guarde el secreto, felicidades, lo lograron porque en realidad no sé ni qué rayos decirle a la gente.

Dio dos pasos hacia el frente. Decidí que valía la pena hacer un último intento, ya que su ayuda nos vendría bien. Si era capaz de bailar tan ridículamente enfrente de tanta gente para encubrir a su familia, no imaginaba qué más era capaz de hacer para ganar un juego.

—Pero Hannah llegara en cualquier momento...—inicié con la cizaña.

Jane se detuvo.

—¿Y quién se supone que es Hannah?

—Una chica que contraté para que se haga pasar por la cita de Matt esta noche y así no perdamos el juego contra Isabella.

—¿Que *tú* contrataste?—me reclamó Matt y trajo a colación la hazaña de la mañana—: Disculpa, pero, ¿a quién le harán el cargo en la tarjeta de crédito?

No pude hacer más nada que sonreírle con timidez. Tenía toda las razones del mundo para seguir enojado por eso. De hecho, porque aceptaba mi error, permitiría que me lo reclamara un par de días más. Solo un par.

—Con que un juego contra Isabella...—dejó ver Jane su interés—. Dime más.

«Oh, vi lo que hiciste ahí, Jane Sinclair. Eres tremendamente malévol». Visualicé una oportunidad para conseguir que se aliara a nosotros y no pretendía desaprovecharla.

—Isabella se trae un estúpido juego inquisidor para descubrir lo que sea que Matt y yo estamos haciendo, así que tuve que contratar a una rubia sensual—Matt me lanzó un vistazo de enojo—. Que Matt pagará... —hice mucho énfasis—. Para que se haga pasar por su cita y le ganemos a Isabella.

Jane llevó una mano a la barbilla como analizando lo que acababa de decirle.

—No tienes que hacer esto si no quieres—se esmeró Matt en recalcarle, pero la sonrisa satisfecha de Jane habló por sí sola.

—No, de hecho, me uniré a ustedes—respondió, a lo que ambos quedamos muy impresionados—. Matt es mi pequeño hermano y tú, Emma, eres encantadora y un gran partido para él. Quiero que ambos sean felices, así que los voy a ayudar.

Vaya, accedía a ayudarnos y encima nos elogiaba. Giré mi cabeza en dirección a Matt para sonreírle, pero me encontré con que él no se veía tan feliz como yo. Miraba a Jane con ojos muy entornados.

—¡Esa no es la razón por la que nos quieres ayudar!—exclamó con desagrado—. ¡Eres una mentirosa! ¡Lo harás porque quieres vengarte de Isabella que te hizo pasar seis horas viendo yates con Joseph!

Jane soltó un gemido. Llevó su mano a su pecho, justo encima del corazón, fingiendo que le había dolido profundamente las palabras de Matt.

—¡Matt! ¿Cómo puedes decir eso de mí?—protestó.

Matt la señaló con el dedo índice.

—¡Porque te conozco, eres maligna a veces!

Suspiré. No quería estar ahí, me hacían sentir muy incómoda.

—¡Oye!—debatío Jane fastidiada—. ¡No hables así de mí! ¡Yo cambié tus pañales cuando eras un bebé!

Matt bufó.

—No, no lo hiciste. ¡Mamá y Joseph lo hicieron!

Sentí que debía interrumpirlos. No soportaba esta pelea entre hermanos y menos cuando tenía un juego que ganar.

—¡Oigan, oigan!—exclamé—. Basta de charla de pañales, yates y venganzas. Tenemos un problema mayor aquí. Hannah llegará en cualquier momento.

Jane puso los ojos en blanco. Matt se cruzó de brazos, de mal humor.

—Necesitamos estar juntos para ganar esto—y no llevarle la contraria a Jane si queríamos que su mente maestra nos ayudara—. Así que, Matt, discúlpate con Jane, no fue amable lo que dijiste.

Matt se quedó en silencio un minuto, incrédulo ante lo que acababa de decirle.

—¿Qué?!—soltó después.

—Ya me oíste, discúlpate con tu hermana mayor. Ella solo intenta ayudarnos y la estás tratando muy mal—intenté sonar lo más seria que pude, pero después, sin que Jane se percatara me acerqué al oído de Matt para susurrarle—: Si te disculpas con ella, prometo que cuando todo esto acabe, iré a tu habitación y besaré como nunca antes lo he hecho. Y créeme, puedo hacerlo mejor.

Él parpadeó tres veces. Me contempló durante unos pocos segundos en los que, posiblemente, se imaginó lo que acababa de decirle y fingió una sonrisa de arrepentimiento.

—Lo siento tanto, hermanita—dijo acariciándole el hombro a Jane. Ella, que traía el rostro amarrado, lo suavizó para dibujar una sonrisa de satisfacción en los labios. ¡Genial! ¡Estaría de nuestro lado!

El ruido del motor de un auto interrumpió nuestra pequeña conversación en el jardín. Por el color, que era amarillo, intuí de inmediato que se trataba de un taxi.

Examiné el portón principal. El taxi se adentró, paseándose despacio por la rotonda de la Mansión Sinclair. Llegó hasta la entrada principal estacionándose justo enfrente de la puerta.

Mi corazón dio un vuelco. Sabía exactamente quién venía en ese taxi.

La puerta trasera izquierda del taxi se abrió y me pareció ver todo en cámara lenta: unas largas piernas blancas muy bien depiladas,

bronceadas artificialmente, cuyos pies eran recubiertos con unos tacones color rojo intenso, salieron posándose sobre el suelo de concreto. Seguidamente, un cuerpo muy bien esculpido revestido por un traje negro ajustado se mostró ante nuestros ojos dejándonos atónitos.

La sensualidad en su máximo nivel traía el cabello amarrado y cuando ya estaba fuera del taxi, lo soltó sacudiendo la cabeza para que cayera sobre sus hombros con mucho volumen.

Mis ojos se dirigieron a su rostro. Estaba muy bien maquillado. Traía los labios del mismo color que los zapatos de tacón y unos párpados ahumados que resaltaban unos preciosos iris verdes.

—Demonios, es sensual—comentó Matt a mi lado en voz alta. No podía culparlo, hasta yo, que era muy heterosexual, opinaba lo mismo.

Jane carraspeó con fuerza.

—Bueno, al menos no vino desnuda—se rió nerviosa.

—No me importaría tenerla desnuda en mi equipo—otra vez Matt, embelesado, pensó en voz alta y esta vez, me sacó de quicio. Lo golpeé lo más fuerte que pude con mi codo transmitiéndole toda mi ira e intentando bajarlo de la nube en la que se encontraba.

—Sí, sigue así Sinclair, me estás conquistando por completo—murmuré con sarcasmo recordándole sus enormes deseos de convertir nuestro «esto» en algo más.

Él carraspeó.

—Quiero decir—soltó un bufido—. Es una chica como cualquier otra.

Leí un «gracias» en los labios de Hannah mientras le entregaba un par de dólares al conductor del taxi, quien le dio un último vistazo de arriba abajo, embelesado también.

Mis manos empezaron a sudar. Estaba nerviosa. La hora de la acción había llegado.

Tragué, respiré hondo y me preparé mentalmente para lo que venía. No sería nada lindo, pero era lo único que podría hacer para ganar un poco más de tiempo y así poder definir con certeza cómo sería todo con Matt.

—Que empiece el juego—dije.

A este punto... ya no había marcha atrás.

Rendirse no es una opción

Sentí nervios tras pensar en los sucesos recientes. Vaya, vaya, había llevado todo demasiado lejos a causa de mi maldito orgullo.

¿En qué estaba pensando cuando accedí a ese estúpido sitio web de citas de emergencias para conseguirle esta rubia tan sensual a Matt? Eso era como dispararme en el pie. Encima hice que pagara por sus servicios. Yo era lo peor de lo peor.

¿Y qué si terminaba gustándole de verdad? ¿Qué tal si Matt no era quien decía ser y solo estaba jugando conmigo? Yo era un conquiste difícil, tal vez lo mantenía entretenido.

Abrí la boca para inhalar un poco de aire, ya que mi nariz no me estaba respondiendo bien. No podía ser. Yo, la líder del escuadrón de los locos desquiciados, estaba siendo traicionada por su propia insania.

—Matt—la voz de Jane me sacó de mi lucha interna—. Ve a recibirla con Isabella, así lo creerán más. Nosotras le daremos instrucciones antes de que entre.

Matt asintió con un suave movimiento de cabeza. Corrió hacia la parte trasera del jardín, donde imaginé estaba la puerta que conectaba con la cocina, que a su vez conectaba con el salón de reuniones.

Yo estaba loca, no había cura para mí. Pero Matt... ¿En qué estaba pensando él cuando accedió a hacer esto conmigo? Si yo estuviese en su lugar, no me habría aguantado todo esto. Ni siquiera tenía necesidad, tenía todos los atributos de un galán de ensueño para conquistar a la chica que deseaba.

Después de todo esto, ni siquiera podía verlo como un príncipe encantado. Era un chico real, de carne y hueso, con quién podía tener una relación de verdad si quería. O al menos eso parecía. En verdad esperaba que no estuviese jugando conmigo.

—Emma—Jane me habló, pero estaba absorta en mis pensamientos—. ¡Emma!—agarró mi brazo para girar mi cuerpo en dirección a ella—. Tenemos dos minutos para decirle a esa chica qué tiene que hacer, así que, ¿le dices tú o le digo yo?

Cielo Santo, Jane era más competitiva que yo. Estaba seria,

enfocándose solo en completar la misión de esta noche, aun cuando estuviésemos usando a su hermano menor como un medio. Me preguntaba si esto de verdad sería por venganza o quería ayudarnos. No creía que fuese tan maligna como Matt pensaba que era.

—Yo le digo—respondí.

Justo cuando estábamos por emprender camino hacia Hannah, quien observaba encantada la fachada de la casa, sentí que me agarraron del brazo para tirar mi cuerpo hacia atrás.

Mis labios fueron capturados por los labios de alguien que conocía bien y que siempre que me besaba se robaba todo mi aliento.

—Esperaré ansioso ese beso que prometiste—era mi sensual, pero desobediente sirviente, que tenía un poder mágico para detectar cuando no me encontraba bien—. Vamos a ganar esto—terminó y juntó sus labios con los míos haciendo una leve presión, pero se separó más pronto de lo que quise.

Y huyó otra vez, hacia la parte trasera del jardín desapareciendo entre la oscuridad. Lo vi irse con una sonrisa de inepta, con los animalitos eufóricos de Blanca Nieves bailando a mi alrededor.

—Emma—sonó la voz fastidiada de Jane. ¡Oh, Jane! Hasta se me olvidó que estaba ahí y por lo que intuía, a Matt no le importaba que su hermana viera sus muestras de afecto hacia mí.

Reaccioné. Recuperé la postura de líder y asentí con la cabeza.

—Hagámoslo, Jane—alcé mi mano para mostrarle mi palma. Un gesto que aprendí recientemente de Matt. Demonios, pasábamos tanto tiempo juntos que a mí también se me estaban pegando sus mañas.

—Así se habla—chocó su palma con la mía, tremendamente emocionada.

Juntas, como el escuadrón de locas desquiciadas que eramos, seguimos por todo el jardín hasta llegar a donde estaba Hannah, quien ya caminaba hacia la puerta principal de la Mansión Sinclair.

Nos posamos, cada una al lado de ella, para caminar a su ritmo.

—De acuerdo, amiga, éstas son las reglas—le informé—. No puedes abrazarlo, ni besarlo, ni tocarlo, ni mirarlo, ni respirar sobre él...

Hannah me miró confundida. No tenía ni idea de quién yo era. Me ignoró deliberadamente sin detener el paso. Percibí que era muy profesional y que se estaba enfocando en cumplir con su trabajo de esta noche.

—¿Y quién eres tú? ¿Su novia?—dijo muy seria—. Me dijeron que es gay y que no quiere que sus padres se enteren, por eso estoy aquí.

—Mi hermano no es gay—declaró Jane antes que yo pudiese decir algo más. ¡No, acababa de arruinar mi única oportunidad de impedir que Hannah hiciera algún intento sobre Matt!—. Y nuestros padres fallecieron hace cinco años.

No podía creer cómo Jane estaba arruinando todo y ni siquiera habíamos empezado. Hannah dejó de caminar.

—¿Disculpa?—preguntó, desconcertada.

—¡¿Por qué no le dices también que está soltero?!—escupí las palabras de muy mal humor hacia Jane, percatándome luego, que era yo quién había revelado la verdad más relevante de todas.

Jane se encogió de hombros un tanto arrepentida. Cielos, esto no estaba yendo nada bien.

—Hannah—la detuve justo antes de que tocara el timbre de la mansión—. Fui yo quién te contrató, lo único que debes saber es que tienes una academia de yoga en la cual eres instructora y que debes pretender hoy que Matthew y tú se gustan, ¿me entiendes?

Hannah nos sonrió fervientemente.

—Claro—dijo y tocó el timbre—. Será más fácil ahora que sé que no es gay. No se sentirá para nada incómodo conmigo.

Tragué saliva sintiéndome nerviosa. Algo se estrujo en mi pecho. Oh no, me estaba empezando a doler el brazo, el primer síntoma cuando se avecina un infarto.

—Para serles sincera, cuando vi la foto de él me dio pesar saber que era gay, pero ahora que sé que no lo es...—Hannah habló con mucha confianza. Tenía el autoestima por las nubes... Que se prepare para la «súper divertida Hannah»—rió como idiota tocando el timbre por segunda vez.

¡Maldita sea, se me iba a salir el corazón de la caja torácica!

Jane previó que la puerta estaba por abrirse y se apresuró en correr por detrás de la espalda de Hannah para empujarme lejos de la entrada, de manera que nadie nos viera.

Las oraciones «ahora que sé que no es gay» y «que se prepare para la súper divertida Hannah» martillaron mi cabeza al tiempo que caí contra un arbusto cercano. Jane cayó a mi lado casi al instante. Y ahí, en medio de la verde y frondosa tempestad, olvidé cómo respirar en las

frecuencias normales. Quiero decir... hiperventilaba duro duro. Respiraba aceleradamente inhalando más aire de lo que mis pulmones podían soportar y exhalando más rápido de lo que era saludable para ellos. Hasta parecía que estuviese en labor de parto.

Las voces cercanas resonaron muy fuerte.

—¡Hola bomboncito!—se escuchó la voz animada de Hannah hablándole a Matt como si lo conociera de toda la vida y en verdad se gustaran.

—¡Eh, calabacita!—se escuchó la voz de Matt, también muy animado.

Oh. Por. Dios. ¿«Bomboncito»? ¿«Calabacita»? ¡¿Y esos apodos, qué?! ¡¿Pero qué demonios había hecho?!

Hiperventilé más. Tanto, que mis pulmones empezaron a reclamarme por tanto aire. Inhalé, exhalé, inhalé.

—Emma—susurró Jane dándose cuenta de la crisis respiratoria en la que me encontraba—. Emma, mírame.

Lo hice, pero solo porque giró mi cuerpo hacia ella.

—No puedo, Jane, no puedo, esa loca se lo va a...

—¡Emma! ¡Enfócate!

Entonces, alzó la mano y la estrelló contra mi mejilla. Me dio una cachetada tan grotesca que hizo que reaccionara y empezara a respirar normalmente de nuevo.

—Gracias—le dije, sintiendo que mi mejilla empezaba a arder a causa del golpe, pero profundamente agradecida por el gesto.

Nos deslizamos por la pared para asomarnos y enterarnos mejor de lo que estaba sucediendo. Solo alcancé a ver a Matt rodeando a Hannah con un brazo para invitarla a entrar a la casa. Isabella estaba ahí también.

La puerta se cerró de golpe.

—Vamos—Jane me tomó de la mano para arrastrarme hasta la entrada principal. Esperó unos segundos, sacó una llave de la chaqueta de cuero que traía puesta y la introdujo en la perilla.

Tiró la puerta hacia atrás, se cercioró que no hubiese nadie alrededor y nos adentramos juntas para correr hacia el salón de reuniones.

Bastó con que pusiera un pie dentro del salón para que viera a Matt caminando con Hannah muy cerca de él mientras intercambiaban una

sonrisa. Demonios, ella era muy alta. Tanto, que con los tacones prácticamente era del mismo tamaño de él.

—Oh, por Dios, se ven muy bien juntos—empecé a hiperventilar de nuevo, lo que hizo que Jane me agarra del brazo por segunda vez y me sacara fuera del salón para tratar de serenarme antes de entrar.

Afuera, me agarró por los hombros y clavó sus azules iris en mí.

—Emma—dijo, pero yo seguía respirando como enferma—. ¡Emma!—alzó su mano para darme una segunda cachetada, esta vez en la otra mejilla—. Emma, escúchame. Matt solo está pretendiendo con Hannah. Lo conozco bien y está interesado en ti, así que enfócate que tenemos un juego que ganar.

Asentí con la cabeza. Tenía razón, habíamos llegado demasiado lejos. No podía permitir que mis celos arruinaran todo ahora.

—Ahora sí—prosiguió Jane—. ¿Lista?

Volví a asentir.

—Bien, espera aquí—ordenó.

Entró al salón. Se tardó unos minutos que me parecieron eternos, pero me ayudaron para estar sola y serenarme. «Matt solo está pretendiendo», me repetí mil veces en la cabeza las palabras de Jane que me reconfortaron.

La cabeza de Jane se asomó de pronto.

—Terreno seguro, ven—dijo.

Suavicé el rostro. Pretendí sonreír mientras volvimos al salón de reuniones. Hannah, con Matt a su lado, estrechaba mano con Joseph, quien mantenía su otro brazo alrededor de la cintura de Isabella.

«Relájate, Emma, solo se están presentando».

—¡Oigan miren, volvió la estríper!—gritó alguien desde el fondo de la habitación, a lo que Jane se paró en seco. Sabía que hablaban con ella. Y en cuanto se giró hacia la voz, una gran multitud empezó a aplaudir.

Las miradas, incluyendo las de Isabella, Joseph, Hannah y Matt, cayeron sobre nosotras. Jane sonrió con picardía. Era tremendamente sociable.

—¡Sí, wuju! ¡Si te callas te regalo un baile más tarde!—gritó al hombre, que por lo menos para mí, era un completo desconocido.

Me aguanté para no reír, mientras que aproveché el momento para conectar mi mirada con la de Matt, quien, sin que nadie se diera cuenta,

me regaló una sonrisa llena de ternura.

Edward, el mayordomo, llegó hasta la pequeña reunión de Hannah con los demás. Llevaba una bandeja en sus manos con unas copas de cóctel que parecían un cono invertido. En ellas, un martini que se veía muy fino estaba servido con aceitunas.

Los cuatro tomaron una copa de la bandeja y la chocaron entre ellos. Posteriormente Edward los abandonó. Se dirigió hasta donde estábamos Jane y yo, todavía con la bandeja en la mano. Quedaban tres copas en ella.

Tan pronto llegó, Jane tomó una copa, yo tomé otra. Edward echó un vistazo hacia atrás con disimulo para luego carraspear.

—¿Cómo va todo?—le preguntó Jane revolviendo su copa.

—Bien, la rubia sensual habla de su academia de yoga—replicó Edward como si mínimo estuviese enterado de todo. ¡Oh por Dios! ¡Jane lo involucró en esto también!

Fue mi turno de revolver la copa, intentando no parecer sorprendida.

—Excelente, gracias Edward, me mantienes informada—ordenó Jane.

—Sí, señora.

Edward hizo una reverencia y nos abandonó. Carraspeé como esperando una explicación.

—Oh—me dijo Jane animada—. Está de nuestro lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme, está de nuestro lado—replicó. No podía ni pensar qué cosa tan malévola le habría hecho al pobre Edward—. Salud—murmuró chocando su copa con la mía para volver a fijarse en la pequeña reunión con Hannah.

De acuerdo, todo iba bien. Todo estaba tranquilo. Solo teníamos que mantenerlo así una hora más hasta que Hannah se retirara. Así ganaríamos.

—Así que... ¿de dónde la sacaste?—me preguntó Jane acerca de Hannah.

—“citasdeemergencia.com”—respondí un poco avergonzada.

Jane suspiró.

—Definitivamente accederé a ese sitio web hoy—declaró haciéndome reír un poco. Accedería para buscar una cita con un hombre,

claro.

De pronto, notamos que Isabella se alejó un poco de la reunión con los demás, alzó su copa y empezó a golpearla con un pequeño bolígrafo. Parecía como que quería atraer la atención de todos.

—¿Un brindis?—susurré a Jane.

—Sí, lo hace todos los años. Tranquila, solo hablará maravillas de Joseph durante unos siete minutos y se callará.

Isabella continuó golpeando la copa hasta que consiguió captar la atención de todos los invitados. Seguido, agarró la mano de Joseph.

—Estimados invitados—declaró con confianza llena de la vibra positiva que la caracterizaba—. Primero que nada quiero darles las gracias por estar aquí hoy. Sé que fue una premura, pero...

¿«Premura»? ¿Por qué no mejor admitías que los obligaste a todos a venir hoy con la ayuda de tu intensidad?

Bebí un sorbo de mi copa. Jane hizo lo mismo.

—...me alegra que todos estén aquí—se volvió hacia Joseph—. Pensé que los días más felices de mi vida eran cuando empecé a salir con Joseph, pero ahora que nos hemos comprometido y estamos viviendo juntos, sé realmente lo que es la felicidad.

Mi semblante cambió. A pesar de ser intensa, inquisidora, estricta, posesiva y sobre-protectora, Isabella era una gran mujer. Sabía que cada palabra salía del fondo de su corazón porque amaba a Joseph sinceramente.

La expresión de Joseph se enterneció. Él también estaba profundamente enamorado de ella, se les notaba hasta cuando estaban separados.

—Joseph trabaja muy duro para sacar esta familia adelante, se merece esta fiesta y más—prosiguió Isabella—. Estoy muy feliz hoy, porque esta familia, que ahora es nuestra, celebra este momento tan especial para mi maravilloso prometido.

Ay, qué ternurita.

—Quiero aprovechar este momento también para darle la bienvenida oficial a una persona muy especial que recientemente se unió a nuestra familia. Es mi mejor amiga: Emma—dijo, me señaló, todos enfocaron su atención en mí—. Emma, querida, ven acá.

¡Maldita sea, no! ¡Por favor no!

No tuve oportunidad de protestar. Jane me quitó la copa y me

empujó hacia adelante. Me tropecé, pero caminé hasta Isabella, que mantenía una expresión de dulzura y su mano tendida hacia mí, esperando pacientemente hasta que llegara y se la agarra.

Examiné todo el lugar mientras alcanzaba a Isabella. Joseph estaba que quería llorar. Jane se bebía su copa de un solo trago, luego la mía y luego Edward corría hacia ella para brindarle más. Hannah sonreía acomodando su cabeza sobre el hombro de Matt, quien no le prestaba atención porque tenía sus centelleantes ojos sobre mí mientras caminaba.

—Ven, querida, que no te dé pena—Isabella movió su mano como apresurándome.

¿Pena? No era pena. Es solo que dudaba mucho que a este montón de extraños les interesara saber que me había unido a la familia Sinclair porque tú me obligaste a hacerlo.

Llegué, pero Isabella en vez de agarrar mi mano, me rodeó con un brazo entero para abrazarme y apoyar su cabeza sobre mí denotando afecto.

—Esta chica... esta preciosa chica que tengo aquí a mi lado—me abrazó más. Sentí que me asfixiaba. No podía ser, ¿ya estaba ebria?—. Es hermosa, inteligente, talentosa y se merece un príncipe azul como el mío a su lado—se volvió hacia Matt—. ¿No es así, Matt?

Lo agarró completamente desprevenido. Matt apartó la vista embelesada de mí, pero ni así pudo disimular la incomodidad.

—S-sí, claro—balbuceó.

Y se dedicó a sonreírle a Hannah, tratando de volver a la actuación anterior.

¡Oh, demonios! ¡Isabella sabía lo que estábamos haciendo o por lo menos sospechaba! ¡Era demasiado astuta! ¿Pero cómo? ¡Debían darnos un premio por actuación de lo bien que estábamos llevando el asunto!

—Isabella, ¿ya bebiste demasiado?—le susurré a mi amiga.

Isabella explotó en una carcajada de idiota y me abrazó todavía más.

—¡Querida! ¡Estoy tan feliz de que seas parte de nuestra familia!

Huí de ahí apenas me soltó. Corrí aterrada hasta Jane, quien se percató de lo mismo que yo y se tomó otra copa de martini de un tirón. Prácticamente la bandeja que cargaba Edward era para ella.

—¿Viste eso?—le dije muy preocupada.

—¿Que si lo vi?—Jane agitó la mano en dirección a Edward,

quien se apresuró en entregarle su enésima copa de la noche—. Pobre bebé, no sabe con quién se está metiendo.

Alzó su copa en el aire, la chocó con un bolígrafo que Edward también le entregó y miró animada a todo el público.

—¡Invitados, yo también quisiera hacer un brindis por mi hermano Joseph!—exclamó. Intenté gritarle desde mi puesto que se detuviera, que estábamos llevando esto más lejos de lo que yo quería, pero ya había emprendido camino hasta Joseph y los demás.

Edward percibió mi tormento, por lo que me ofreció la última copa de la bandeja, la cual me bebí de un largo, pero rápido sorbo.

—¡O podrías bailarnos de nuevo!—gritó un aleatorio desde alguna parte de la habitación. Me tapé la boca para no reír. Edward hizo lo mismo.

—¡BAILE NO!—protestó Jane con desagrado y volvió a la dulzura—: Brindis—sonrió alzando más su copa al tiempo que se unía a la reunión de los cuatro.

Isabella se cruzó de brazos. No se esperaba esto. Vaya, vaya, Jane era una difícil contrincante para ella.

—Estoy tan enamorada de la relación de mi hermano Joseph y mi cuñada Isabella, definitivamente son el uno para el otro—hizo un gran esfuerzo para humedecer los ojos y lo logró. Luego se dirigió a Joseph para abrazarlo.

Coloqué mi cabeza sobre el hombro de Edward escondiendo mi boca que estaba por explotar de la risa. Él, en cambio, lo manejaba mejor, pero traía una expresión divertida.

—Feliz cumpleaños, hermano mayor—dijo a Joseph y se volvió hacia Isabella para abrazarla a ella también—. Y tú, cuñada, esta fiesta no hubiese sido posible sin ti, me alegra que estés por convertirte en la esposa de mi hermano.

No aguanté más. Exploté de la risa en el hombro de Edward, quien se volteó para reírse a la par mío.

Demonios, Isabella estaba tan fastidiada. Se separó bruscamente de Jane, parpadeando rápido sin parar, pero pretendiendo estar tan emocionada como ella.

—¡Y...!—exclamó Jane asustando a los invitados—. Quiero también aprovechar esta oportunidad para presentarles a alguien que esperamos se una a nuestra familia—hizo una pausa—. Y no se trata de

Emma.

Oh por Dios, esto estaba por ponerse demasiado bueno.

—¡Hannah!—reveló Jane extendiendo su mano hacia Hannah—.

Ven acá, querida, no tengas pena.

Hannah no tenía ni un pepino de idea de qué rayos estaba sucediendo. Miró hacia Matt, quien también presionaba los labios de la risa, pero le asintió con un movimiento de cabeza como indicándole que hiciera caso a la petición de Jane.

Joseph, que tampoco era idiota, se había percatado que algo sucedía, pero no decía nada. Estaba disfrutando el espectáculo tanto como todos los demás.

Hannah, con la ayuda de sus largas piernas, alcanzó a Jane, quien se la estaba jugando a Isabella demasiado bien y se ganó mis totales respetos esta noche.

—Esta chica... esta chica que tengo a mi lado—usó Jane las mismas palabras de Isabella para atacarla. Agarró la mano de Hannah—. Esta chica es... es...

¡No sabía ni qué rayos decir de Hannah porque no la conocíamos ni tampoco nos caía bien!

Jane alzó un dedo índice, haciendo tiempo para buscar las palabras apropiadas, pero parecía que nada llegaba a su mente. Así que, según lo que intuía, estaba a punto de empezar a inventar.

—¿Es qué, Jane?—presionó Isabella pretendiendo interés.

Jane recuperó la compostura.

—Es hermosa, atlética—balbuceó Jane—, pero lo más importante, es digna de merecer el corazón de mi hermano menor: Matthew Allan.

Cielo Santo, Matt tampoco sabía dónde meter la cara, así que pretendió que estaba feliz. Intercambió una mirada sagaz con Joseph como dándose apoyo mutuo para no burlarse y hacer el ridículo frente a todo el mundo.

—Así que, creo que lo único que quiero decir es—Jane abrazó a Hannah—: De todo corazón, Hannah, espero que seas mi nueva cuñada. Eres... todo lo que...—bebió de su copa, insegura—. Soñamos para mi pequeño hermano—sonrió vencedora—. ¡Salud!

Quedé atónita. Jane, junto a su mente maestra, se acababa de convertir en mi nuevo ejemplo a seguir.

La observé con admiración mientras regresaba hacia donde

estábamos Edward y yo, profundamente orgullosos. Traía la más marcada sonrisa de victoria en la cara y es que eso era: una vencedora.

Percibí el aura de Isabella desde la distancia. Era rojo, el color de la ira y los zapatos de tacón de Hannah. Aun así, hizo como que no le importaba lo que acababa de suceder. Siguió conversando con el resto de las personas como si nada hubiese pasado. Oh no, la conocía bien. Estaba planeando algo malévolo en venganza.

Pero Jane y yo estábamos relajadas. El martini había hecho su efecto en nosotras, no embriagándonos, pero manteniéndonos muy alertas a lo que podía suceder. O al menos a eso le gustaba pensar a la Emma y Jane borrachas.

Noté que Isabella empezó a sonreírle a Hannah. Acercó su boca hasta la oreja de ella, le dijo algo y las dos rieron al mismo tiempo. Hannah, entonces, volvió a su posición original al lado de Matt, lo rodeó con su brazo y empezó a acariciarle la espalda.

El furor volvió a mí. Agarré la mano de Jane en busca de consuelo.

—¿Por qué le acaricia la espalda de esa manera?—susurré.

—Relájate, no es nada del otro mundo.

Continuó acariciando su espalda bajando la mano hasta la cintura. Hizo unos círculos con sus dedos, lo que hizo que el placer se viera en el rostro de Matt.

«Matt está pretendiendo, Emma, relájate», me consoló por primera vez mi subconsciente, sintiendo lástima por mí, creo.

La mano de Hannah siguió bajando. Comprendí entonces sus intenciones. «¡Oye, amiga, deténte ahí! ¡Estás adentrándote en un terreno muy peligroso».

Mi mano, por otra parte, apretó más fuerte la de Jane.

Hannah siguió haciendo ese jueguito con los dedos sobre la parte más baja de la espalda de mi sensual sirvienta, lo contempló lleno de deseo y siguiendo bajando cada vez más.

—Emma—dijo Jane. Sonaba adolorida—. Me estás... lastimando.

Solté su mano sin percatarme cuánto la había apretado. Airada, presté más atención a Hannah. ¡Su asquerosa mano seguía bajando! Y sin más preámbulo, ¡la puso encima del trasero de Matt apretándolo! Él dio un salto en su lugar, la observó aterrado y se echó hacia un lado.

Quebré la copa que tenía en mis manos de lo fuerte que la apreté. Jane, petrificada ante el acto de Hannah hacia Matt y mi inconcebible

fuerza para quebrar una copa, agarró mi mano que estaba temblando de la ira.

—Emma...—intentó serenarme.

—Hoy muere esa maldita—aseguré, tirando a un lado los restos de vidrios que quedaron sobre mi palma. Dispuesta a correr para agarrar a Hannah de las greñas, Jane se apresuró en abrazarme por la espalda, deteniéndome—. ¡SUÉLTAME! ¡La voy a matar!

Entre ella y Edward me agarraron de la cintura alzando mi cuerpo en el aire para trasladarlo fuera del salón de reuniones.

—Emma, olvidaste tomarte tu pastilla para el control de la ira, te dije que si no te la tomas el martini hace un terrible efecto en ti!—gritó Jane a toda voz mientras salíamos, tratando de justificar mi violenta conducta e intentando que no se notara que ardía de la rabia porque ¡esa maldita rubia le estaba apretando el trasero a *mi* sensual sirviente!

Estando fuera del salón, en el pasillo donde casi nadie nos podía oír, Jane me tiró contra el suelo poniendo su cuerpo encima del mío para evitar que corriera a matar a Hannah y por consiguiente, arruinara todo lo que habíamos logrado hoy.

—¡Ed, ve a cuidar el terreno!—ordenó ella al pobre mayordomo que no tenía nada que ver con esto. Él, obedeciendo, regresó apresurado al salón de reuniones.

—¡QUE ME SUELTES, TE DIJE!

—¡Emma, si vas y la golpeas, vas a arruinar todo lo que hemos logrado hasta ahora!—tiró mis brazos con fuerza hacia el suelo—. ¡Contrólate, no podemos perder a estas alturas del juego!

Sus palabras, de alguna manera, me hacían entrar en razón. Mis manos cedieron ante el temblor. Mi respiración, que estaba muy acelerada, volvió a normalizarse.

—Bien, así se hace—me felicitó Jane. Removió su cuerpo de encima del mío y me ayudó a levantar—. Bien, vas muy bien.

La imagen de Matt cabreado se reflejó a través del pasillo. No sabía de dónde venía, pero no de la misma puerta de la que nosotras salimos. Probablemente fue por otro lado, para que nadie sospechara.

Se apresuró, se posó frente a mí y me señaló con su dedo índice.

—¡ME SACASTE UNA CITA CON UNA DEPRADORA!—gritó.

¡Já! ¿Ahora él era la víctima?

—¡Y vaya que lo estás disfrutando!

Oh no, en verdad no debíamos discutir en medio de todo esto.

—¿Disfrutando?—protestó—. ¡No lo estoy disfrutando! ¡Quiero que esa loca se vaya de mi casa! ¡Es la última vez que te apoyo en algo así!

—¿En serio?—contraataqué—. ¡¿Y qué demonios opina tu estúpido trasero de esto?!

Jane suspiró. Concordaba en que esto no estaba saliendo bien.

—De verdad no deberían discutir en un momento así—intentó calmarnos, pero ambos estábamos demasiado airados.

—¡Mi trasero no está contento con esto!—exclamó Matt—. Hasta me duele un poco.

—¡Oh, vamos! ¿Qué eres? ¿Una chica?—bufó Jane contagiándose de nuestro mal humor.

No podía creer que estuviésemos discutiendo en medio de esto.

—¿Y tú qué? ¿Ahora te tomas esto más en serio que nosotros?—Matt estaba muy enojado, no me gustaba verlo así.

—Isabella me hizo pasar seis horas viendo esos estúpidos yates, Matt—Jane también estaba muy enojada, tampoco me gustaba verla así—. ¡Esto es personal! ¡Así que deba de comportarte como una niña, vuelve allá y trata a esa sensual rubia como si se tratara de Emma!

—¡Oye!—me quejé.

—Créeme, Emma, después de ese beso que vi en el balcón, ya no pueden decirme que no hay nada entre ustedes—dijo tan mordazmente que hasta me hizo sentir avergonzada—. Sí, hasta escuché esa estupidez del «equipo»—se dirigió a Matt—. Ni siquiera necesito preguntarme por qué Emma no quiere ser tu novia, ¡hablas muchas babosadas!

El ceño de Matt se frunció.

—¿En serio? Y solo por casualidad, ¿por qué tú no tienes novio todavía?—la atacó con la misma mordacidad. Oh, punto para Matt. Aún así, sentí que debía defender a Jane, no podía permitir que se saliera del juego por su culpa.

—¡Oye! ¡No le hables así a Jane! ¡De no ser por ella no hubiésemos llegado tan lejos!

—¡Sí, adelante, sigue defendiéndola! ¡Eres tan maligna como ella!

—LO SOY—vociferé—. ¡Porque esa maldita rubia te acaba de agarrar el trasero y ni siquiera yo he hecho eso!

—Demasiada información...—comentó Jane.

—¡Así que esto se trata de tu maldito orgullo como siempre! ¿Quieres que me voltee para que puedas agarrar mi trasero?!—gritó Matt.

Temblé de la ira que me consumía.

—¡Deja de gritarme!—corrí hasta él dispuesta a darle su merecido, por lo que me tiré encima de su espalda y él perdió el equilibrio. Volamos hasta el otro lado del pasillo pasando por la puerta que daba con el salón de reuniones y ahora estaba rogando que nadie nos hubiese visto.

—¡Basta!—nos gritó Jane apresurándose en llegar hasta donde estábamos tirados.

Matt se levantó, todavía conmigo en su espalda, tratando de quitarme de encima de él.

—¿Eso es lo mejor que tienes?! ¡Eres una pulga!—exclamó Matt moviendo su cuerpo de lado a lado probablemente pensando que eso me haría caer, pero no me rendiría tan fácil. Hoy le daría su merecido.

—¡PULGA TU CEREBRO, INEPTO!—le grité.

Sentí que unas manos me agarraron por la espalda. Era Jane, que tiraba mi cuerpo hacia atrás haciendo que la espalda de Matt quedara libre. Me sostuvo con fuerza mientras yo movía mis extremidades tratando de zafarme de ella.

—¡Cállense, van a arruinar todo!—nos dijo cabreada.

Me puso en el suelo, dándome la confianza que no volviera a tirarme encima de Matt. Agitada, pasé mi mano por mi cabello intentando peinarlo, ya que sabía debía estar hecho un desastre.

Los tres dimos un hondo respiro al mismo tiempo. La adrenalina que azotaba nuestros inocentes cuerpos humanos, descendió brindándonos calma ante la tempestad.

No sé Matt y Jane, pero yo me sentía muy mal. Esto había ido más lejos de lo que quería. Tal vez ya era hora de confesar y dejar que Isabella ganara su estúpido juego inquisidor. Después de todo, ¿qué era lo peor que podía pasar si se enteraba que Matt y yo nos traíamos algo romántico?

Bajé la cabeza a causa del arrepentimiento. Jane se dio cuenta, porque puso su mano sobre mi hombro.

—Oye—dijo—. Estamos muy cerca, no te rindas ahora. Isabella es

muy astuta, pero nosotros más.

Solté un profundo suspiro. Mis sentidos que estaban todos muy alertas, bajaron las revoluciones al sentir que una mano que me gustaba mucho, agarraba la mía entrelazando sus dedos con los míos.

—No quise gritarte—era Matt, que sonaba agobiado.

—Y yo no quise decir que tu trasero es estúpido—dije suavemente—. En verdad opino que es lindo.

Matt me atacó con su arma mortal.

—Él también opina que tú eres linda—dijo, logrando que se dibujara una sonrisa en mi boca. Lleno de ternura, sostuvo mi rostro para examinarlo—. ¿Por qué tus mejillas están tan rojas?

Oh no.

—Porque le tuve que pegar dos veces—reveló Jane.

—¿LE PEGASTE?—exclamó Matt, enfadado por la revelación, girando su cuerpo entero hacia ella dispuesto a enfrentarla.

Edward, gracias a los dioses del espacio sideral, nos interrumpió en aquel momento. Apareció de pronto a través de la puerta. Se veía muy apesadumbrado.

—El señor Joseph está haciendo demasiadas preguntas y la rubia sensual se está quedando sin argumentos—informó como un espía profesional.

—Genial, lo que nos faltaba—replicó Jane con sarcasmo—. Seguro Isabella ya lo envenenó también.

Matt se vio alarmado, pero antes, parpadeó varias veces.

—¿Involucraron a Edward en esto?

—Oh sí, estoy que ardo—respondió Jane satisfecha.

Mi espíritu competitivo recobró fuerzas. Le dio pequeños golpecitos en la espalda a mi orgullo para que se levantara del suelo y volviera a la batalla. Jane tenía razón, estábamos demasiado cerca de ganar como para rendirnos ahora. Rendirse no era una opción en este momento.

—¡Ve a ayudarla!—empujé a Matt hacia la entrada del salón. Él ni siquiera protestó. Se apresuró en obedecer mi orden. Edward lo siguió.

—Emma—dijo Jane recobrando fuerzas también—. Hagamos un último intento, ¿estás lista para ganar esto?

Reí con sarcasmo.

—Jane, Jane...—murmuré—. Yo inventé la palabra «ganar».

Esta vez fue ella quien me mostró su palma para que la chocara. Orgullosa del gran equipo que éramos y sintiendo que ganaríamos esto, la choqué con rudeza.

El juego se reanudaba.

Y se ponía mejor que nunca.

Confesiones en voz alta

—No escucho nada.

—Yo tampoco—respondí a la ansiosa voz de Jane.

Todo estaba muy tranquilo, más de lo que me gustaba. La conversación entre Joseph, Isabella, Hannah y Matt fluía como en un principio. Creo que incluso un poco más y todo. ¿De qué tanto hablaban? ¿Será que, después de todo, estaban armando una revolución en nuestra contra sin que nos diéramos cuenta?

—Mejor nos acercamos—sugirió Jane dando tres pasos hacia el frente, dispuesta a arremeter contra la conversación, pero la detuve antes que prosiguiera.

—Espera, ¿y qué si se dan cuenta?

—No sé darán cuenta, tengo un plan—insistió, completamente segura, a diferencia de mí. Yo estaba preocupada, perdiendo otra vez la esperanza de que ganáramos esto.

Me agarró del brazo para arrastrarme con ella en dirección a la conversación de los Sinclair con Hannah, pero justo antes de llegar, nos desviamos. Entonces, sin preguntar, nos colamos en medio de una conversación de dos hombres que ni idea quiénes eran. Ambos se veían mayores, como de la edad de Jane.

—Hola—les dijo Jane, pero ni siquiera se inmutó en establecer contacto visual con ellos. Yo menos. Estábamos demasiado concentradas tratando de escuchar la conversación que se estaba dando a pocos centímetros nuestros.

—Sí, nos casaremos en algunas semanas—contaba Isabella ilusionada. Vaya, con que hablaban de su boda (para variar). Y yo pensando que armaban una conspiración en nuestra contra—. Obviamente estás invitada.

¿Invitada? ¡Bah! Qué más da, invitaron hasta al vecino que ni siquiera conocían. El que no tenía invitación a esa boda era porque era enemigo de los Sinclair o algo así.

—Oye, tú eras la que estaba bailando como estríper hace un rato—habló de pronto uno de los hombres que teníamos a nuestras espaldas.

Era como de la estatura de Jane, cabello moreno corto, ojos claros.

—Oh sí, ¿te gustó mi baile?—lo atendió Jane.

El moreno asintió con la cabeza.

—Sí, me encantó.

—¡Genial!—Jane fingió emoción, pero luego cambió su semblante a uno más serio—. Porque es el último que verás.

De acuerdo, Matt tenía razón. Esta mujer era malévola.

Nuestra atención entera volvió a la conversación de al lado:

—Escuché que son los dueños del hotel más lujoso de Palm Springs—decía Hannah—, mi familia vive allá.

—¿En serio?—complementaba mi precioso Matt—. Deberíamos ir a visitarlos un día de éstos.

Mmm, se cancela lo de «precioso». Buena actuación, Sinclair. Ni siquiera a mí me habías llevado a visitar a mis padres, pero con ella sí se te ocurría que debías ir a «conocer a sus padres». Me fastidió aunque fuese mentira.

Alguien me tocó el hombro varias veces. Me giré para encontrarme con que era uno de los hombres con los que «conversábamos». O debería decir, ¿usábamos para nuestros propósitos mezquinos?

—Emma, ¿cierto?—dijo. Tuve que mirarlo, no me quedaban muchas opciones estos días. A diferencia del otro hombre, éste se veía más joven. Tenía el cabello muy claro, casi rubio, largo y ojos café claro.

—Sí—respondí cortante.

—Escuché que estás buscando un príncipe azul. Yo soy uno.

Mi corazón dio un vuelco. ¡Ví lo que hiciste ahí, amigo! Coqueteando conmigo antes de media noche. Si a Matt no se lo permitía, a ti menos.

Jane ni siquiera se percató del asunto. Estaba tan ensimismada abriendo su oído lo más que podía para capturar todos los sonidos que se dieran del otro lado, donde la sensualidad en su máximo nivel había soltado una risotada y me perdí el porqué por andar atendiendo al otro soquete que me coqueteaba.

—¿Príncipe?—solté de mala gana—. Pareces un sapo para mí.

Los dos hombres se rieron tan fuerte que Jane y yo nos asustamos. La carcajada retumbó tan fuerte que llegó hasta Isabella, que era muy perceptiva y nos fulminó con sus grises ojos.

Horrorizadas, nos giramos a mil kilómetros por milésima de segundo hacia los hombres acosadores, tratando de ocultarnos. Seguido, me fijé a través de mi hombro. Matt me inspeccionaba. Trataba de decirme algo entre labios, pero no entendía qué rayos era.

Mi teléfono móvil vibró en mi pantalón. Lo saqué.

Matt:

¿Te está molestando ese tipo?

Emma:

Estoy bien. No te distraigas.

El rubio ondeó la mano por encima de mi teléfono. Lo guardé.

—Pero al menos soy un sapo muy lindo, ¿no?—insistió.

El bufido fue inevitable.

—Ay sí, ya quisieras.

—¿Qué?—preguntó Jane desconcertada sin saber qué sucedía.

«¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!», escuché repentinamente a lo alto y esta vez no se trataba del sonido de notificación de mi teléfono. Isabella golpeaba su copa por segunda vez en la noche, exigiendo la atención de todos los invitados.

—¿Otro brindis? Creí que dijiste que solo serían siete minutos hablando maravillas de Joseph y se callaría.

Jane se encogió de hombros.

—Tal vez ya está tan ebria que quiere hablar paja durante otros siete minutos más. Ya la conoces, le gusta llamar la atención.

Sentí un aliento en mi oreja. Tenía a alguien demasiado cerca mío. Era tan obvio quién era que ni siquiera necesitaba preguntar.

—Emma, te estado observando desde que inició la fiesta...

¡Demonios! ¿De nuevo este mequetrefe?

Me volteé para empujarlo lejos de mí.

—Mira inepto, te lo voy a decir solo una vez—traté de sonar amable, pero imposible, mi alma no es noble—. Tócame una vez más y te juro que te golpeo.

La voz chillona de Isabella nos interrumpió:

—¡Atención, invitados! ¡Tengo un anuncio muy especial que hacerles!—se oía quebrantada, con la borrachera a flor de piel—. Acaba

de suceder algo muy importante para la familia Sinclair.

—¿Está embarazada?—le hablé a Jane.

—Lo dudo.

—En este momento... mi corazón se llena de un regocijo incomparable porque—Isabella dio un hondo respiro. Sus mejillas se veían demasiado rojas ante tanto martini—. Hannah acaba de aceptar ser la novia de mi pequeño Matt.

«Pequeño Matt». Pero si él era mayor que ella.

Bufé. No había forma de que cayera esta vez en su jueguito maligno. Sí, sí, tremenda noticia. ¿Podíamos continuar con nuestras patéticas vidas, por favor?

—Y van a darse su primer beso aquí, enfrente nuestro—terminó Isabella.

¿¿Qué?! ¿Se cancelaba lo de seguir con nuestras patéticas vidas!

Mis sentidos enloquecieron de golpe. ¡Tenías que estar de broma! Isabella no me haría esto. ¿Cómo Joseph podía querer a esa mujer tan malévola? ¡Y estaba ahí sin hacer nada! ¿Estaría ebrio también?

—Emma—intercedió Jane. Era mi fortaleza, no sé qué hubiese hecho sin ella esta noche—. Un beso no significa nada. Déjalo, no permitas que esto te afecte.

¿«Un beso no significa nada»? ¿Y por qué para mí cada beso con Matt significaba tanto? ¿Pero qué me estaba sucediendo?

Asentí con un suave movimiento de cabeza, pero no estaba convencida de sus palabras en mi interior. ¡Habían sido demasiadas pruebas esta noche! No quería que esa extraña besara a Matt, ¡era mío! ¡Mío, mío, mío!

«Por Dios, Emma, ¿tuyo? ¿Te escuchas a ti misma?». ¡Sí! ¡Mío, mío, mío!

—Voy a confesar todo, Jane—me asomé de mis propias palabras—. No quiero que esa extraña bese a Matt.

—¡No!—exclamó Jane desesperada—. Eso es precisamente lo que Isabella quiere. No puedes sucumbir, Emma. Quédate ahí quieta, demuestra que tienes integridad.

A través de mis hombros, contemplé a Matt. Se veía tan fastidiado. Consternado por todo lo que estaba viviendo esta noche. Pero estaba segura que solo yo lo notaba, porque habíamos pasado demasiado tiempo juntos últimamente. Pero más importante: porque me había permitido

conocerlo realmente. Sin interferencias ni fachadas. Había sido completamente transparente con él.

¿Por qué demonios accedió a hacer esto? ¿Por qué? Necesitaba respuestas, pero sabía no las tendría todavía.

—Mi amor, ¿me besarás o qué?—insistió Hannah. Definitivamente tenía demasiado tiempo en este negocio. Estaba preparada para cualquier imprevisto, incluso si se trataba de besar a su cliente.

Matt estaba callado, no quería responderle.

—¿Mi amor?

Isabella y Joseph se veían tan emocionados. Oh sí, estaban muy ebrios. Si estuvieran sobrios no estarían haciendo todo esto, eran los más cuerdos entre todos, por Dios. Bueno, solo Joseph.

—Matthew—Hannah sonó enojada—. ¿Me vas a besar?

Sin que nadie se percatara, Matt clavó su mirada en la mía. Quería que yo tomara esta decisión. Deseaba comprobar qué tan lejos podía llegar con esto.

Y fue ahí cuando me di cuenta que no estaba lista para esto. No estaba lista para que todos lo supieran. Ni siquiera yo misma sabía lo que «esto» era. Así que, ¿cómo podría explicárselo a los demás? Lo único que realmente sabía era que me sentía profundamente cautivada por la personalidad tan genuina de este joven tan apuesto que prometió sanar mi corazón, como si fuese un objeto que pudiese tomar en sus manos y transformarlo a una mejor versión.

Mis recuerdos me atormentaron haciendo que sintiera una tremenda incertidumbre a lo largo de mis entrañas. ¿Qué fue lo que me pasó? Un mes atrás yo era una joven frágil que sufría un estúpido rompimiento y mírame ahora, disfrutando de las pequeñas cosas de la vida con alguien que lo tenía todo, y al mismo tiempo, pretendía no tener nada.

Aún así, no estaba lista para esto. Necesitaba más tiempo, más espacio. Uno donde no hubiese nadie entrometiéndose con lo que sea que quisiera con este joven, aun si solo fuese una amistad.

Así que, teniendo eso en mente, pronuncié un «hazlo» entre labios que Matt logró leer, pero no comprendió del todo.

Con frialdad en sus ojos, pero que cualquiera hubiese confundido con deseo, trajo a Hannah hacia él para besarla. Los aplausos de alrededor resonaron con tanta fuerza que resultaron ensordecedores para

mí.

Examiné a Isabella. Estaba muy sorprendida, pero a la vez se notaba que empezaba a reaccionar respecto a sus acciones. Joseph tampoco se veía feliz.

La ira me consumió mientras veía, desde la primera fila, a mi sensual sirviente compartir sus labios con una mujer que no era yo.

Fue ahí cuando alguien me agarró de la cintura. Mi cuerpo se giró tan velozmente que no tuve tiempo de hacer nada. Mi pecho se estrelló contra el pecho de alguien hasta que alcé la vista para encontrarme con el rubio mequetrefe de antes.

—Si quieres un beso, aquí estoy, Emma.

Puse los ojos en blanco. Había leído esta parte en muchas novelas. Se suponía que en este momento Matt debía venir a socorrerme y darle una paliza al desgraciado que se quería pasar de la raya conmigo. Sin embargo, estaba besando a esa sensual rubia.

Qué mas da, no lo necesitaba. Menos porque dentro de mí crecía una única cosa que podía ser más fuerte que Matt defendiéndome: la ira. Una tan abismal que me gritaba: «Pégale», «pégale ya», «PÉGALE YA». Así que...

—¡QUE TE CALLES LA MALDITA BOCA!—grité junto con todo el cabreo que tenía fastidiado desde que tomé la decisión más errada de mi vida que fue contratar a Hannah.

Solté un puñetazo directo en la nariz del rubio que ya me había colmado la paciencia. Así que era eso. El rubio de su cabello había actuado como un catalizador para mí. Por eso me fastidiaba tanto. Porque era del mismo color que el de Hannah. Aparte, claro, que el tipo era un intenso.

Mientras el idiota daba a parar contra la pared que teníamos detrás y caía al suelo, sacudí la mano, que me dolía de lo fuerte que le había pegado.

Giré mi cuerpo entero para encontrarme con que tenía todo un público de gente petrificada ante la escena que acababan de presenciar. Inclusive Matt había interrumpido su beso con Hannah. Jane por su parte, estaba inmóvil a mi lado, incrédula a lo que acababa de hacer. Isabella y Joseph no sabían ni donde meter la cara.

Y fue ahí cuando me di cuenta que... quizás no debí golpear a ese pobre hombre.

—¿Qué? Conste que se lo advertí—me atreví a justificarme ante todo el mundo, sin importarme que acababa de hacer un espectáculo en una casa que no era mía, con un invitado que no conocía y en un cumpleaños que no me pertenecía.

La verdad no me sorprendía si en la mañana la familia Sinclair me echaban a patadas de aquí, pero no importaba, ya me había desahogado con ese inepto que insistía en tocarme y besarme.

Matt liberó a Hannah de sus brazos. Parecía que el enojo se había esfumado de su semblante. Caminó despacio hasta mí.

—Emma—dijo, siendo el único capaz de pronunciar palabra. Sus ojos brillaban con diversión. Lo conocía bien, quería regañarme, pero no se aguantaba la risa por lo que había pasado—. ¿Por qué golpeaste a ese hombre?

«Porque estoy llena de ira de verte, desde la primera fila, besando a esa sensual rubia y necesitaba desquitarme con alguien. Aparte que él también se lo buscó».

—Porque me estaba tocando y quería besarme.

Matt se vio perplejo.

—¿El hizo qué?!—preguntó un poco sulfurado.

Vaya, vaya, pero mira nada más. Tendría mi momento cliché después de todo.

—Me tocó y quería besarme—repetí—. Así que si tengo que volver a golpearlo, lo haré. Y si alguno de los que está aquí, exceptuando mi familia por supuesto, se atreve a tocarme o besarme, lo golpeo también.

Los ojos de Matt, que brillaban con júbilo, se llenaron de una ira todavía más ardiente que la mía. Se olvidó por completo que tenía detrás a Hannah, la pareja borracha Sinclair y a, al menos, 25 personas más.

—No, amor, no hay necesidad—me dijo Matt.

Caí en cuenta que incluyó en su oración ese nuevo apodo que usaba conmigo, lo que me hizo reacciones. ¡Oh por Dios! ¡De verdad le pegaría al tipo!

«¿A quién engañas, tarada? ¡Tú le pegaste primero!», me regañó mi subconsciente que, como siempre, aparecía en los momentos que menos necesitaba. ¿Cómo estaba haciendo para acertar en todo últimamente?

Matt me quitó rápidamente del paso y fue directo a encontrarse con

el mequetrefe que se pasó de la raya conmigo y quien, apenas, se estaba levantando del suelo.

No pudo terminar de hacerlo, porque mi sensual sirviente lo agarró por el cuello de la camisa para alzarlo y estrellarlo tan fuerte contra la pared que la habitación pareció estremecerse.

—Oye amigo—le dijo Matt con una voz tan amenazante que hasta a mí me dio miedo—. La próxima vez que te atrevas a tocarla, hablarle o tan siquiera respirar sobre ella, te juro que te rompo el cuello. ¿Me escuchas?

Quedé boquiabierta.

—Ahora sí que no sé cómo cubrir ésta—susurró Jane anunciando que posiblemente perdimos el juego inquisidor de Isabella.

Matt soltó al tipo sabiendo que dejó claro su mensaje. Lo supe por el rostro de pavor que traía el pobre hombre que, creo (¡creo!), intentaba hacerme chistes para que me riera y tal vez (¡tal vez!) no tenía malas intenciones conmigo. O quizás sí, quién podría saberlo.

Entonces se volteó para encontrarse con que, absolutamente todos, lo estábamos observando sin muchos signos vitales. Fue su momento de reaccionar sobre lo que acababa de hacer, así que, dando un hondo respiro, se volteó otra vez hacia el rubio.

—Así que, gusto en conocerte—le dio una palmada en el hombro, pero el rubio se echó a un lado—. ¿Cuál dijiste que era tu nombre? ¿Eres amigo de mi, eh, hermano?

Muy tarde, Matt, muy tarde. Acababas de arruinar todo nuestro plan malévolo de esta noche. Aunque, siendo honestos, yo lo había arruinado primero.

Matt se volvió hacia nosotros otra vez. Su rostro se puso muy serio e hizo lo que yo no me esperaba: alzó los brazos indicando que estaba sacando la bandera blanca, rindiéndose ante el juego inquisidor.

Oh no, Matt, ¡no!

Con semblante decidido, caminó hasta mí, me miró con deseo y luego, sin importar todo el público que teníamos, me abrazó por la cintura y estampó su boca contra la mía. Me quedé sin aire en sus brazos, pero no hice esfuerzo por separarme, ni siquiera sabiendo que todos nos veían.

Se separó, dio dos pasos hacia atrás, se fijó en Isabella, Joseph, Jane y Hannah que no parecían recordar cómo parpadear, y se dirigió a

todo el público.

—Voy a decirlo enfrente de todo el mundo—recitó—. Enfrente de mi familia, enfrente de toda esta gente que no conozco, enfrente de esta rubia sensual que se hizo pasar por mi cita esta noche y a quien le voy a tener que pagar 500 dólares a causa de tu demencia...

Pensé que ahora que Matt no me estaba besando, el aire volvería, pero ni así lo hizo. No tenía aliento alguno en esta asfixiante situación.

—Pero, ¿sabes?—hizo una pausa y sonrió—. Es una demencia que me fascina.

¡Oh no! Empezaba a quedarme sin signos vitales, ¡ayuda!

—Así que, maldita sea, Emma Rosalie Bennett, lo voy a decir frente a todo el mundo.

«No, aquí no, por favor. Ni aquí ni donde sea, no lo digas por favor».

Se calló un segundo, ocasionando expectativa sin querer. Entonces me miró con los ojos más tiernos que le había visto jamás y terminó su recital con una simple, pero poderosa, oración que lo cambiaría todo:

—Estoy locamente... profundamente... enamorado de ti.

Mi corazón, mi decisión

Para variar, me desmayé.

Lo último que escuché antes de que mis sentidos me abandonaran y mi vista se nublara tornándose negra, era la voz de Jane muy fastidiada diciendo: «¡Arruinaste todo! ¿No pudiste esperar hasta mañana para decirle? ¡Perdimos!».

Ah, mente maestra que no tiene sentimientos, te admiraba con todo mi corazón.

Caí de espaldas contra el suelo sin siquiera sentir el golpe. Estaba fuera de batalla. No tenía nada que ver con que no había comido, porque esta vez había comido y bebido demasiado. Tenía que ver con que mis oídos acababan de percibir todo lo que traté de evitar escuchar desde que toda esta locura empezó.

«Estoy locamen-, profun- enam-», ni siquiera podía pronunciar las palabras en mi cabeza. Encima le había dicho mi nombre completo a todos. Ahora todo este montón de extraños y la súper divertida Hannah conocían el asqueroso segundo nombre que llevaba.

¿Y ahora qué se suponía que debía hacer? ¿Rechazarlo hasta romper su galante corazón y que terminara odiándome? ¿Sería esa la solución? Digo, al principio sería incómodo, pero estaba segura que con el tiempo podríamos acostumbrarnos a vivir con ello todos los días.

El negro empezó a aclararse.

Mi sentidos volvían de golpe.

Sentí mi respiración muy cerca.

¿Pero qué...?

¡Oh no! ¡Empezaba a recobrar la conciencia!

«No, por favor, no estoy lista para enfrentar lo que acaba de pasar».

—Estoy tan ebria...

¿Y esa voz? ¿Jane? No. ¿Matt? Por supuesto que no, dijo: «ebria», se trataba de una «ella».

Abrí lentamente los ojos, parpadeando un sinfín de veces intentando aclarar el nublado panorama. Estaba en mi habitación. En mi

cama. Aquella que no me juzgaba, ni me hacía pagarle por sus servicios, ni me decía que estaba enamorada de mí.

Moví la cabeza a un lado. Me sentía muy incómoda. La moví hacia el otro lado. No cambió nada. La pesadez prevalecía.

Terminé de volver en sí para encontrarme con que unos ojos grises me observaban con genuino arrepentimiento.

Isabella.

—¿Estás despierta?

—No—respondí, dispuesta a recurrir a mi sarcasmo—. Estoy desmayada con los ojos abiertos.

Estaba acostada a mi lado, con los brazos sobre su estómago, el ceño fruncido, las mejillas rojas de tanto martini y el rímel de una pestaña regado hasta uno de sus pómulos.

—Me alegra que te hayas despertado.

—Te ves terrible, Isabella.

Nos amábamos a nuestra manera, definitivamente.

—¿Todavía me quieres? ¿O ya perdí tu amistad?

El enojo me abandonó. Una sonrisa melancólica se dibujó en mi rostro mientras que percaté de cuán agobiada estaba Isabella. Sabía que se pasó de la raya. Que hizo algo terrible. Pero que si no fuera porque el amor que le tenía era más importante que cualquier otra cosa, seguramente no querría ni dirigirle la palabra en este momento.

—¿Perder mi amistad? Lo siento, pero falta un poco más para que eso suceda—repliqué brindándole una pizca de esperanza.

Se levantó de la cama, pero su cuerpo perdió el equilibrio. Cuando se estabilizó, se tiró encima mío entregándome todo su arrepentimiento en un abrazo. Sus manos se introdujeron en mi cabello, jugueteando con él.

—Oh, Emma, lo siento tanto...—me dijo—. Es solo que...—creo que le costaba hablar—. Los vi a Matt y a ti besándose en mi balcón.

Me quedé perpleja de la impresión

—¿Cómo dices?

Isabella, riéndose, separó su cuerpo del mío para acomodarse en la cama. Dios mío, cuántas emociones tan fuertes. ¿Cómo pude sobrevivir a todo esto? Encima había perdido el juego inquisidor. Mi orgullo estaba devastado, automedicándose para la depresión tan grande que lo consumía.

—Joseph también los vio.

Mi boca cayó al colchón de la cama.

—Y...—balbuceó—. Edward también—se mordió un labio—. Pero, ¿por alguna razón, a él como que no le pareció ninguna novedad. ¿Quién soy para juzgarlo?

¡Demonios! ¿Acaso habían hecho una reunión afuera de la casa con palomitas de maíz mientras me observaban disfrutar de mi apasionado beso con Matt? Porque debo admitir, fue muy bueno. Hasta que Jane nos interrumpió.

—Salimos los tres a buscar unas bebidas que dejé en mi auto y ahí estaban ustedes... en mi balcón... ¿Y sabes qué le dije a Joseph cuando los vi?

Eh... ¿«Se ven bien juntos»?

—«Estos dos creen que soy una idiota»—terminó su oración—. Así que nos las ingeniamos para hablar con la sensual Hannah en un momento donde ustedes no estuvieran presente y le pagamos cien dólares para que nos ayudara a sacarles la verdad.

—Así que fuiste tú quien la incitó a que le agarrara el trasero a Matt.

Se rió la muy descarada.

—Sí, eso fue divertido.

Mi ceño se frunció.

—No fue divertido para mí y lo sabes.

Isabella sonrió recuperando su aura positivo. Luego pasó su mano sobre mi rostro haciendo sutiles caricias a mis mejillas.

—Lo sé, sé que te gusta mucho Matt.

Mis mejillas se calentaron al tiempo que Isabella se volvió a reír. Así que la toqueteada de mejillas había sido a propósito. Quería comprobar que, en efecto, pensar en Matt me hacía sonrojar.

—También accedí a besarlo por cien dólares adicionales.

—Eres perversa, Isabella.

Malhumorada, me crucé de brazos. Fue ahí cuando sentí que algo puyaba la parte superior de mi mano, específicamente en la zona de la vena.

—¿Pero qué rayos es esto?—pregunté alzando la mano. Me encontré con que una intravenosa estaba adherida a mi piel junto con un tubo lleno de un líquido transparente.

—Oh, ¿eso? Matt estaba tan preocupado por ti que llamó al Dr.

Reed. ¿Te acuerdas de él? ¿El médico de la familia?

Por supuesto... ¿Cómo olvidarlo? Me curó una mano que no tenía absolutamente nada en mi primera semana en la Mansión Sinclair. Aquel día que a Matt se le ocurrió la brillante idea de que construyéramos un librero solo porque sí.

—Seguro no demora en venir a quitártelo. Está conversando con algunos invitados abajo.

Me fijé en mi reloj digital de la cómoda de noche. Era casi media noche. ¿Cómo el Dr. Reed accedió a venir a atenderme a esta hora? ¡Pero qué vergüenza! Apostaba que ni siquiera era grave lo que tenía, había sido un simple desmayo por la borrachera que cargaba encima.

—¿Y accedió a venir?—exterioricé mis pensamientos—. ¿Qué tienen con él que siempre está disponible para las emergencias? ¿Un pacto de sangre o algo?

No puedo evitar ser tan sarcástica. Mi madre siempre decía que cuando nació, en vez de llorar, soltó un chiste mordaz.

—De hecho, es un primo lejano de los hermanos Sinclair, por eso siempre está disponible para ellos—informó Isabella encogida de hombros.

La sonrisa se evaporó de su rostro, enseriándolo. Y supe exactamente qué era lo que venía: el sermón.

—Emma—pronunció mi nombre con tanto amor que me recordó a mi madre—. ¿Sabes qué más pensé cuando te vi besándote con Matt en mi balcón?—sus ojos vibraron con alegría—. «Vaya, vaya, pero qué felices se ven juntos».

«Y... aquí vamos».

—Querida—prosiguió, orgullosa—. Este no es uno de esos chicos que conoces en un bar, tienen una aventura de una noche y desaparece de tu vida. Es un chico real. Un chico para toda la vida.

Avergonzada, aparté la vista.

—Sí, pues... tú sabes mucho de los chicos de bar.

Soltó una risita suspicaz.

—Sí, tuve muchos de esos antes de encontrar al *amor de mi vida*—hizo mucho énfasis en esta última frase.

Sonreí, recordando un momento hilarante.

—Ahora que lo dices, sí recuerdo haberme topado con tus chicos de bar muchas mañanas en la cocina cuando vivíamos en el apartamento

—conté—. No dejaba de preguntarme en qué rayos estabas pensando y por qué todo ese montón de extraños se comían mis yogures de frutas.

Isabella no dudó en tratar de justificarse:

—Supongo que estaba buscando el amor en el lugar equivocado.

—Hasta que de pronto solo me topaba con Joseph en la cocina y él fue el único que nunca tocó ninguno de mis yogures—suspiré con plenitud—. Ahí supe que era especial.

Isabella carcajeó. Se estaba divirtiendo mucho con mis ocurrencias.

—Un chico para toda la vida—hizo hincapié en la enseñanza que trataba de impartirme. Se arrodilló sobre el colchón para arrastrarse hasta donde estaba y rodearme el cuello con sus brazos—. Te extrañé, amiga.

Pensé un instante en sus palabras antes de corresponderle el abrazo. Yo también la extrañaba. Prometimos hace mucho tiempo que no permitiríamos que ningún hombre nos alejara de la otra, pero creo que eso es algo inevitable en las amistades. Isabella encontró el amor de su vida y yo era incapaz de reclamarle por pasar tanto tiempo con él, sabiendo que se hacían tan felices. Eso es un verdadero amigo, aquel que no le importa pasar al segundo plano, sabiendo que el primer plano ha sido reemplazado por alguien significativo.

—No me fui a ninguna parte—la abracé fuerte—, y no lo haré, considerando me trajiste a vivir contigo.

Disfrutamos, durante al menos treinta segundos, del silencio en presencia de la otra, hasta que Isabella se recostó sobre mi hombro y decidió hablar otra vez:

—Quiero que seas feliz, Emma.

—Lo sé, Isabella. Lo sé.

Dio unos suaves golpecitos en mi espalda.

—Y lo mejor es que...—su voz se llenó de entusiasmo—. Puedes serlo, con alguien a quien ya haces muy feliz.

Se separó para mirarme a los ojos.

—Y que está locamente... profundamente...—citó la confesión épica de Matt tratando de hacer que cada palabra sonara como si fuera lo mejor del mundo mundial—. Enamorado de ti.

Su sermón, que en realidad era una enseñanza de vida, se quedó grabado en mi cerebro como si se tratara de una enseñanza de mi propia

madre.

—¡Ah! ¡Mi pequeña paciente se despertó!—resonó de pronto la voz gruesa, pero animada, del Dr. Reed en la entrada de mi dormitorio.

Había olvidado cómo era su rostro. Era un señor que, a simple vista, se notaba que estaba en los *cuarentas*. Alto, con barriga de cervecero, vello abundante en el rostro y gafas de vidrio grueso.

Se sentó a mi lado, haciendo que Isabella se tuviese que separar para darle paso.

—¿Cómo te sientes, pequeña Emma?—me habló muy cariñosamente mientras me quitaba con delicadeza la intravenosa que atravesaba mi piel.

—Bien, supongo.—respondí.

—¿Cuál es el diagnóstico, doctor?—interrumpió Isabella preocupada—. ¿Mi querida Emma estará bien?

¡Oh, por Dios! Solo me desmayé. Esta familia tuvo que haber pasado por un trauma infantil severo para tener el instinto de sobreprotección tan inhumanamente desarrollado.

El Dr. Reed carraspeó y se enserió.

—De hecho, no—dijo en un tono muy tétrico como si estuviera a punto de dar una mala noticia—. Emma sufre de una condición terminal que solo se puede curar con una sola cosa...

Sabía tan bien por dónde iba todo esto que ni siquiera me preocupé. Isabella, en cambio, gimió con tormento.

—¿Con qué, doctor?—preguntó.

El doctor se quitó las gafas, los colocó sobre mi cómoda de noche e hizo silencio a propósito en un intento por ocasionar expectativa. Finalmente, me miró directo a los ojos dibujando una enorme sonrisa en su boca.

—Amor—reveló y me guiñó un ojo—. Ya le indiqué a Matt cuánta dosis debe ser. Bésalo esta noche y estarás a salvo.

Enrojecí de golpe como mismo tomate. ¡No podía ser! ¿Hasta él sabía ya? Sentí ganas de huir a Alaska lejos de esta familia de locos que perturbó mi total existencia.

—Emma, debes obedecer al Dr. Reed—le siguió el juego Isabella—. Es un doctor muy experimentado, si es la única cura, entonces...

No la dejé terminar. No lo merecía.

—¡Cállate!

Otra voz fue intrusa de nuestro espacio:

—Ya dejen a Emma—era Joseph, que venía entrando a mi dormitorio. ¡Al fin alguien que me defendía!—. Ella no tiene la culpa de ser...

Observó a Isabella, luego al Dr. Reed y luego a mí, repleto de diversión.

—Una ladrona de corazones—terminó con un chiste que hizo que los tres explotaran en carcajadas socarronas logrando hacerme enrojecer todavía más.

Me levanté débilmente de la cama dispuesta a huir de esos dementes, pero cuando estaba por salir, me choqué con alguien.

Era Jane, que también se adentraba.

—¡Oye tú!—regañó empujando mi cuerpo hacia atrás—. Te acabas de desmayar, te recomiendo que mejor regreses a la cama... tú grandísima...

Me eché hacia atrás, asustada.

—Ladrona de corazones—se burló uniéndose a las risas de Isabella, Joseph y el Dr. Reed.

¡Esta familia era imposible! ¿Acaso parecía un payaso para que se estuviesen burlando así de mí? ¿Y cuándo fue que me habían tomado tanta confianza para hacer chistes de esta índole?

El Dr. Reed se pasó una mano por un ojo, que se había humedecido de la risotada. Se levantó de su asiento, negó con la cabeza y guardó en su maletín blanco todos los implementos que tenía en mi cómoda de noche.

—Bueno, debo irme—me dijo—. Mi esposa me espera ansiosa en casa con ganas de que le recuerde...—hizo una pausa y me señaló con el dedo índice—. ¡Lo locamente y profundamente enamorado que estoy de ella!

Cielo Santo, no lo dijo. Que alguien me diga que no lo dijo.

Las risas de los cuatro me azotaron al tiempo que el Dr. Reed abandonó la habitación. Volví a mi cama, donde traje mis rodillas contra mi pecho mostrándole a todos una merecida expresión de fastidio.

Para mi buena fortuna, las risas cesaron pronto. Aproveché ese momento de seguridad y empecé con el interrogatorio:

—¿Dónde está Hannah?

¿En serio, Emma? ¿No debías preguntarte mejor dónde estaba

Matt? Toda su familia se había reunido en tu habitación antes que él para asegurarse que estabas bien y aprovechar para burlarse de ti también.

—Tranquila, ya me ocupé de ella—replicó Jane—. Acabo de dejarla en su casa. Ella no quería al principio, pero cuando le ofrecí ser la cara de la nueva campaña de publicidad de mi salón de belleza, aceptó enseguida.

Suspiró.

—Pobre ingenua—terminó malévolamente.

Juro que admiraba a esta mujer con toda mi alma.

—¿Y los invitados?—seguí preguntando.

—Ya se fueron todos—respondió Joseph en esta ocasión—. Después de la paliza que le diste a uno de mis socios, nadie se quiso quedar.

—¿Tu socio?!—me morí de la vergüenza—. ¡Joseph! ¡Lo siento tanto! No fue mi intención, pero se lo merecía. Me tenía tan sofocada que...

Me interrumpió, risueño.

—Oh, no te preocupes, Emma. Tú eres mi familia. Si dices que se lo merecía es porque se lo merecía. Creo que serás la última chica a la que sofoque.

¡Demonios! Se me había olvidado que golpeé a ese pobre hombre enfrente de todo el mundo. Debía empezar a controlarme, no quería ir por la vida rompiendo los sueños y esperanzas de la gente, mi corazón era oscuro, pero no tanto así.

—Oh no—soltó Isabella repentinamente—. No quiero asustarlos, pero...

Se tapó la boca con una mano.

—Creo que vomitaré.

Entonces, entre saltos, salió disparada de mi cama para correr hasta el baño. Me apresuré en levantamiento también, pero estaba tan débil que debí volver a sentarme.

—¡No vomites en mi...!—«baño», quise terminar de decir, pero desde donde estaba ya podía escuchar la boca de ella dejando salir todo lo que habitó una vez en su estómago. Maldito martini, nos arruinaste la noche a todos.

Desilusionada, me acomodé en la cama para volverme hacia Joseph.

—¿Cómo puedes casarte con ella?—pregunté, negando repetidas veces con la cabeza.

Joseph sonrió, recordándome la sonrisa de Matt.

—Bueno, Emma...—sus ojos vibraron de emoción—. El amor tiene designios muy extraños para nosotros. Y si no hay loca de por medio, no es amor verdadero.

Pero qué comentario tan acertado. Isabella estaba loca, no había duda de ello.

—Isabella puede tener un carácter muy especial a veces, pero es la mujer más amorosa y maravillosa que he conocido en toda mi vida.

—*¡Maldición, creo que voy a morir!*—exclamó la «amorosa» mujer desde mi baño. Se oía atormentada. Algo no estaba saliendo bien allá.

—Sí... se le desborda el amor—respondí con sarcasmo.

Jane se levantó de su asiento.

—Yo le ayudo—proclamó y caminó hasta el lugar del crimen (mi baño)—. ¡Sí, vamos, vomita toda la maldad con que lograste atormentarnos esta noche!

El buen humor de los Sinclair se me contagió. Mientras me divertía de la ironía del momento con Joseph, él agarró mis dos manos con gentileza. Oh, todo indicaba que él sería el siguiente en sermonearme.

—Emma—empezó a recitar tal como Isabella—. ¿Sabes qué dije cuando los vi a ti y a Matt besándose en el balcón?

¿«Qué bien se ven juntos»? No me asombraría.

—«Vaya, vaya, mi pequeño hermano sí que sabe besar».

Puse los ojos en blanco. No juegues, esta pareja no era nada seria después de todo.

—Los vimos durante mucho rato—siguió contando—. Hasta que empezaste a agarrar su trasero y todo se tornó incómodo.

¿Ah? ¿Yo hice qué?

—Nunca agarré su trasero—protesté, completamente segura.

—Oh—carraspeó Joseph, como si hubiese dicho algo indebido—. Bueno, dejaré que lo hables con Matt, ¿sí?—murmuró y volvió a la seriedad de antes—. ¿Pero sabes qué más pensé, querida Emma?

Suspiró orgulloso.

—«Vaya, vaya, esta hermosa joven hace muy feliz a mi hermano».

El asombro, combinado con algo de optimismo, invadió mi

corazón aliviando la incertidumbre que habitaba en él. Estas dos personas que amaba incondicionalmente no se podían equivocar. Ambos querían lo mejor para Matt y para mí. No solo eso, nos estaban dando su bendición para estar juntos. A su manera, pero lo hacían.

—Gracias, Joe—me atreví a apodararlo, porque me había dado la confianza—. Por las palabras tan bonitas y... feliz cumpleaños.

Un golpe en la pared se escuchó. Era Isabella, quien ahora se sostenía con dificultad contra la puerta de mi baño. Siguió por todo el dormitorio hasta llegar a la cama, donde cayó como peso muerto.

—Demonios, esta fiesta fue terrible—se lamentó.

Jane fue la siguiente en salir. Estaba cabreada. Se sentó en la silla que acompañaba a mi escritorio.

—Me pregunto quién habrá hecho que fuese tan terrible—dijo con toda la intención de atacar a Isabella.

Unas pisadas, acompañadas de dos voces masculinas, resonaron fuera de mi habitación logrando hacernos callar a todos los presentes. ¿Y ahora quién?

Si todos estábamos adentro, entonces quería decir que...

—Bueno, espero todos estén felices—la voz más melodiosa que pertenecía al galán de mi vida se adentró en el dormitorio haciendo que apartara la mirada muy avergonzada—. Tremenda partida de borrachos.

Le eché un vistazo de reojo. En una mano traía un vaso con agua y encima de él un pequeño sobre celeste que intuí tenía unas píldoras medicinales. A su lado, Edward se posó con una bandeja de aluminio que tenía tres vasos iguales y tres sobres blancos encima.

—Todos ustedes me usaron para sus propósitos interesados y egoístas—Matt adoptó su tono regañón. Jane puso los ojos en blanco, Isabella bajó la cabeza y Joseph suspiró.

Edward dio una vuelta por todo el lugar entregando un vaso con un sobre a cada miembro de la familia. Debía ser aspirada, para la borrachera que tenía cada uno encima.

—Tú—señaló Matt a Jane primero—. Me usaste para tu venganza personal y me llamaste niña.

—Y no me arrepiento—le contestó Jane.

—Y ustedes...—señaló Matt a Joseph e Isabella—. Se pasaron totalmente de la raya. Se enfocaron tanto en meter las narices donde no debían que terminaron pagándole a una completa extraña para que me

tocara el trasero y me besara. Felicidades, esa mujer se llevó el dinero de todos nosotros hoy.

—Lo sentimos—proclamaron Joseph e Isabella al mismo tiempo.

Edward se apresuró en llegar hasta la puerta, pero se detuvo justo cuando sintió la mirada penetrante de Matt sobre él.

—Edward, tú tampoco te escapas—lo señaló y él se giró—. ¿Cómo te pudiste involucrar en esto? Pensé que tenías más integridad.

Edward balbuceó antes de responder.

—Bueno... alguien me pagó.

—¡Se suponía que era un secreto!—exclamaron Isabella y Jane juntas desconcertándonos a todos. Entre ellas, intercambiaron miradas amenazantes, gimieron y se señalaron.

—¡Buenas noches!—declaró Edward huyendo de la escena.

Jane se levantó indignada.

—Yo sé por qué le pagué a Edward—declaró—. ¿Tú por qué lo hiciste?

Isabella tartamudeó como retrasada mental. Sentí que moriría de risa. Estas dos eran un caso perdido.

—Pues—respondió Isabella—. Para que no le dijera a Matt y Emma que los vi besándose en el balcón.

—¡Ese pequeño traidor!—se quejó Jane, volvió a su silla y se sentó de mala gana en ella.

Mientras tanto, Matt continuó con la ronda de regaños:

—Y tú...—me señaló finalmente.

Sentí que se me saldría el corazón de la conmoción. No podía negar que muy en el fondo (como en el núcleo del centro del planeta), me sentía emocionada con su confesión, pero no estaba lista para enfrentarlo. Ni siquiera podía mirarlo a los ojos y usualmente era muy fácil.

—Tú...—repitió de nuevo, pero hizo silencio.

¡No sabía ni qué decir! No podía ser que perdí la facultad para regañarme. «Di algo, Matt, por favor, sino tu familia nos hará la vida imposible recordándonos todos los días tu confesión».

Decidí ayudarlo.

—Lo siento mucho—dije afligida, profundamente arrepentida.

Matt exhaló el aire con fuerza. Cambió su semblante a uno indefenso, en donde ya no quería regañar a más nadie y se apresuró en llegar hasta mi cama, quitando a Joseph de su asiento.

—No lo sientas—agarró mi rostro, que lo tenía bajo, para alzarlo y que pudiésemos conectar nuestros ojos—. Tú no tienes la culpa de nada, linda.

Sentí la fuerza electrizante. ¿Cómo era posible? Me había dirigido menos de diez palabras combinabas con sus hermosos ojos que me parecían más enamorados que nunca. ¡Dios! ¡No!

—Demonios, sí que está enamorado—interrumpió Jane el momento que estábamos teniendo—. ¡Ella contrató a la rubia sensual y le pagó con tu dinero!

Matt reaccionó. Se giró para enfrentarla.

—¡Silencio! ¡No tienes sentimientos!

Por primera vez en toda la noche, Jane se mostró arrepentida.

—Sí los tengo...—respondió con desasosiego—. Es solo que...— fingió un llanto—. Estoy tan ebria.

Matt, negando repetidas veces con la cabeza, me entregó el vaso que tenía en sus manos junto al sobre con la aspirina.

—Tómame esto, te sentirás mejor—dijo con cariño mientras acariciaba mi cabello con sus manos.

«Es todo, me voy a derretir».

Mientras me automedicaba, se levantó de la cama para dirigirse otra vez a su familia.

—Todos ustedes deberían sentirse avergonzados—prosiguió con el regaño—. Si quisiera besar a Emma en cada rincón de esta casa, que, de hecho... quiero hacerlo... porque me gustan mucho sus labios y...

Le hice un juego de señas con las manos. Se estaba desviando del tema.

—Eso es entre ella y yo—volvió al regaño más concentrado— Es nuestro problema, a ustedes no les incumbe. Así que les recomiendo que mejor renuncien a este juego que se traen para averiguar lo que hay entre nosotros.

Qué lindo era mi sensual sirviente. Estaba serio, regañando a su familia y no pude evitar imaginarlo regañando a nuestros hijos en un futuro.

Abrí mucho los ojos. ¡¿Pero qué demonios estaba pensando?!

Matt se acercó otra vez a mi cama para sentarse al lado de mi cuerpo ruborizado por la vergüenza que cargaba encima.

—Y ahora váyanse de aquí, quiero hablar con mi...—se calló,

acercó su boca a mi oído y susurró—: ¿Qué somos?

—Solo di amigos—repliqué golpeándome la frente.

Matt retomó la reprensión.

—Quiero hablar con Emma.

¡Oh no! ¡Por favor no! Mi mente no estaba mentalizada para esto.

Los nervios se apoderaron de mí, pero ya no había nada que pudiese hacer.

Jane fue la primera en ponerse de pie.

—Niña—dijo justo cuando pasó al lado de Matt, quien ni siquiera se inmutó en atender su ofensa.

Joseph fue el siguiente en levantarse, pero Isabella no hizo lo mismo. Parecía que no podía con su vida.

—¿Quieres ayuda, mi cielo hermoso?—le preguntó Joseph con dulzura.

—¡No necesito tu ayuda! ¡Me puedo parar sola!—chilló Isabella de mal humor. Sus dos pies entraron en contacto con el suelo, pero cuanto intentó levantarse de la silla, su cuerpo cayó como roca en mi alfombra—. De acuerdo, sí me vendría bien un poco de ayuda.

Joseph no dudó en atender su petición.

—Siempre pregunta—le dijo a Matt—. Con las mujeres uno no puede suponer nada.

Muy sabio, Joseph. Muy sabio.

Llegó enseguida hasta Isabella y la sostuvo fuerte en sus brazos levantándola de la alfombra.

—Feliz cumpleaños, mi amor—le dijo ella con una enorme sonrisa de oreja a oreja mientras ambos se dirigían hacia la salida.

Joseph negó repetidas veces con la cabeza mirando hacia el techo, como pidiendo paciencia a la Divinidad.

—Matt, querido, ¿por favor puedes pedirle a Emma que sea tu novia lo más rápido posible?—soltó Isabella justo antes de salir. ¡Esta mujer era increíble!—. Es que ya es media noche y tenemos una torta de tres pisos con la que ansío cantarle cumpleaños a Joseph.

Matt se llevó dos dedos a la cien al mismo tiempo que cerró con fuerza los párpados en busca de tranquilidad. Lo estaban sacando de quicio y no lo culpaba.

—Controla a tu prometida—ordenó a Joseph.

Joseph se rió nervioso.

—Mi amor, tenemos que darles espacio a Matt y Emma—le dijo con tanto amor que me sorprendió. Vaya, vaya, así que la paciencia era una virtud entre los Sinclair.

—Espacio—replicó Isabella—. Eso es una excelente idea, mi amorcito, por eso me caso contigo.

Y salieron finalmente, justo cuando creí que nunca se irían.

Matt cerró la puerta. Su semblante exigía privacidad conmigo.

Cabizbaja, porque me consumía la vergüenza, me llené de ansiedad mientras él regresó a mi cama y se sentó para dedicarse a contemplarme.

Un silencio muy incómodo invadió el lugar y no es que Matt no supiera qué decirme. Lo conocía, me estaba analizando. Estaba evaluando el terreno para pisar en el momento adecuado.

De acuerdo, Emma, hora de recurrir a la primera técnica del libro «Cómo sobrevivir a alguien que te ha dicho que está enamorado de ti»: Nunca lo veas directo a los ojos.

—Golpeaste a uno de los socios de mi hermano—Matt rompió el silencio. Intentaba fervientemente de hacer contacto visual conmigo, pero yo era muy buena evadiendo.

¿No que había perdido la facultad para regañarme? Oh, no, no. Volvamos mejor a su actitud de loco enamorado en donde no podía llamarme la atención por las cosas malas que hacía.

Desde mi ecosistema auto-protectora, puse los ojos en blanco.

—Sí—repliqué—. Me sofocó.

—Sabes que estuvo mal.

Se estaba conteniendo la risa, ni siquiera necesitaba verlo para saberlo. Se percibía claramente en el tono de su voz que siempre sonaba divertido en mi presencia.

—¿Y tú qué? ¿Lo rozaste con flores contra esa pared?—solté con sarcasmo.

—Admito que también me descontrolé y no estuvo bien—replicó sereno—. Sin embargo, debes comprender que no voy a permitir que ningún hombre, sea socio de mi hermano o no, te toque o intente pasarse de la raya contigo.

Sonreí, pero en mi interior. No quería que se diera cuenta que me estaba agradando demasiado lo que me decía.

—¿Será así de posesivo si acepto tener una relación contigo?—

hice un chiste sin darme cuenta que, aunque no quería, mis ojos destellaban alegría.

—Así o más—respondió—. Todo depende de ti.

Extendió su mano alcanzando mi cabello para tirarlo a un lado, descubriendo mi rostro. Hizo un segundo intento por conectar su mirada con la mía, pero me repetí mil veces en la cabeza la técnica número uno del libro, logrando evadirlo.

—Aún así, Emma—reanudó el sermón—. Eres una dama. Y las damas no van por la vida golpeando gente. Mejor déjame eso a mí, que no me importa perder mi integridad delante de los demás si se trata de ti.

Una nube mágica se posó a mi lado gritándome que me subiera, porque volaríamos muy alto. No duró mucho. Mi raciocinio la pateó a un lado, diciéndome que ya todo estaba bien, que podía mantener los pies sobre la tierra.

—Bueno tú no estabas ahí—protesté—. Estabas muy concentrado besando a la rubia sensual, así que tuve que defenderme sola. Ese idiota me estaba tirando indirectas y si a ti no te lo permito, a él menos.

—¿Cómo cuales indirectas?

—Pues primero me dijo que escuchó que yo estaba buscando a un príncipe—conté bufando—. Y que él podía ser un príncipe para mí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—¿Cómo que qué le dije? Le dije la verdad: que para mí no parecía un príncipe, sino un sapo.

Crucé los brazos frunciendo el ceño. Nada más de recordar ese momento, me dio mucha rabia y con ganas de buscar a ese inepto y golpearlo de nuevo.

—¿Le dijiste que parecía un sapo?

Matt no aguantó más y soltó una carcajada tan contagiosa que hizo que se dibujara una sonrisa en mí. Por desgracia, también me hizo romper la regla número uno del libro «Cómo sobrevivir a alguien que te ha dicho que está enamorado de ti» y contemplarlo mientras se reía de mi historia.

—Y ésa no fue la peor parte—seguí contando—. Lo peor fue cuando se dio cuenta que me estaba muriendo por dentro porque estabas besando a la rubia sensual y me dijo que si quería un beso, que estaba él ahí ansioso por dármelo. ¿Por qué demonios querría besarlo si ni siquiera lo conozco?

Solté otro bufido.

—Y después lo golpeaste—terminó Matt mi historia.

Asentí con la cabeza, indignada.

—Sí, directo en el rostro—imité, orgullosa, el movimiento de cuando solté el puño—. Y aunque me regañes, no me avergüenzo de lo que hice. Rompí los esquemas, le di su merecido a un idiota que se quería pasar de la raya conmigo y que intentó...

Como siempre que parloteaba como loro, no pude terminar mi oración. Sentí los labios que más me gustan sobre los míos haciendo aquella presión que enloquecía mis sentidos. Cielos, qué bien se sentía que este chico me besara.

Lentamente, se separó para sostener mi rostro y atacarme con su arma mortal.

—Buen trabajo, amor.

Me desconcerté. ¿Me estaba felicitando por lo que hice? Peor aún, ¿me besaba y luego me felicitaba? ¿Quién era este hombre y qué había hecho con Matt? No pretendía llevarle la contraria en esta ocasión, tenía el ego por las nubes.

¡Já! Con que me besaba y luego me felicitaba... vaya, vaya, podía acostumbrarme a esto.

Con mi medalla de victoria que se sumaba a todas las demás en la pequeña caverna donde habitaba mi orgullo en mi interior, eliminé la sonrisa para ponerme seria. Era momento de obtener las respuestas que tanto ansiaba.

—¿Lo dijiste en serio?—empecé el cuestionario.

—¿Lo de que hiciste un buen trabajo? Sí, por esta ocasión de verdad creo que...

—No me refiero a eso—lo interrumpí. Mis mejillas se calentaron, esta no era una conversación sencilla, no lo podría ser jamás para nadie—. Me refiero a la confesión.

Hizo silencio, pero no duró mucho. Tampoco era fácil para él conversar de esto, pero era tan maduro que no temía expresar lo que realmente sentía.

—Por supuesto que lo dije en serio—replicó con seguridad—. Estoy perdidamente enamorado de ti. ¿No se nota? Ni siquiera pude regañarte frente a mi familia.

Me encogí de hombros algo apesadumbrada. Él suspiró.

—Emma, ¿sabes qué sentí cuando besé a la rubia sensual?

¡Demonios! ¿Por qué traía eso a colación? Prefería olvidar ese terrible momento.

—¿Unos labios muy carnosos?

—Nada—corrigió Matt—. ¿Sabes qué siento cuando te beso a ti?

—¿La más pura maldad?

—De todo...

Fue mi turno de suspirar.

—No quiero que estés enamorado de mí—le dije—. Hasta te lo tenía prohibido. Estás rompiendo la condición principal por la cual accedí a hacer esto contigo.

Y con «esto» me refería claramente al juego de las estúpidas reglas de felicidad, del cual nos habíamos desviado un poco últimamente.

—No, Emma, tú no puedes tomar esa decisión por mí, es mi corazón y mis sentimientos—declaró—. Es más, te permití que decidieras si debía besar a la tal Hannah y decidiste mal, así que de ahora en adelante, yo tomaré todas las decisiones.

—¿Disculpa?—me quejé—. No sé si estás enterado, pero estamos en el Siglo XXI, donde las mujeres ya podemos tomar nuestras propias decisiones.

—Estoy perfectamente enterado del siglo en el que nos encontramos y respeto mucho tus derechos como fémica—replicó, conciliador—. Sin embargo, esto no tiene nada que ver con la igualdad de géneros. Solo te estoy avisando que, de ahora en adelante, usaré todas mis cartas secretas para intentar conquistarte.

¿Tenía cartas secretas? ¿O sea que antes ni siquiera lo estaba intentando? Temía de todo corazón por mi vida.

—Bien, entonces yo usaré mis...—pensé rápido en algo que funcionara para contraatacar—. Armas secretas para resistirme.

—Bien, me parece justo—aceptó mi muy extraña negociación—. Y para hacerlo todavía más justo, ¿qué te parece si te olvidas de lo que te dije y yo me encargo de lidiar con esto por mi cuenta?

—¿*Olvidarlo?*!—resonó fuerte repentinamente la maldita vocecita femenina que amaba y me desesperaba al mismo tiempo. Isabella. Apostaba mi vida y todas mis obras artísticas que estaba pegada a la puerta escuchando todo.

Matt puso los ojos en blanco.

—Dame un minuto, por favor—dijo, se dirigió a la puerta y la

abrió de un un tirón. Isabella, Jane y Joseph, ¡que estaban los tres pegados a la puerta!, se alejaron y fingieron una conversación en el pasillo.

Matt los fulminó con la mirada.

—¡¿Pero qué demonios les pasa?!—soltó el regaño—. ¿Acaso hablo en un idioma que ustedes no entiendan? ¡EDWARD!

Edward, como buen mayordomo, se apareció de la nada en el pasillo.

—¿Señor?

—Por favor asegúrate que estos tres no estén pegados a la puerta escuchando mi conversación PRIVADA con Emma.

Edward se rió nervioso.

—En realidad, señor—dijo apenado—. Le confieso que también estoy muy curioso de saber qué va a suceder entre usted y la señorita Emma.

Matt se llevó un dedo a la cien.

—Tienes que estar bromeando...—dijo—. ¡Entonces voy a susurrar para que nadie me oiga!

Y tiró la puerta en la cara de todos.

Inhalando con fuerza, volvió a su asiento en mi cama. Lo noté intentar fervientemente no salirse de sus casillas y cuando lo logró, agarró mi mano con suavidad para seguir abriendo su corazón.

—Amor—se refirió a mí con ese apodo que empezaba a gustarme mucho—. Estoy seguro que estás anuente de cuánto me muero por pedirte que seas mi novia aquí mismo.

«Maldita sea, me voy a desmayar de nuevo».

—Pero a tu corazón le falta un poco más para sanar para que puedas darme una respuesta sincera. Y conociéndote, en el estado en que estás ahora mismo, me dirás que no—prosiguió, sonando tan maduro como siempre—. Así que sugiero que mejor volvamos al plan inicial en el que yo termino de enseñarte las estúpidas reglas de felicidad y tú decides, al final, qué es lo que de verdad quieres hacer.

Demonios, esto de verdad era más complicado de lo que pensé. Pero Matt tenía razón. Acertaba tanto en todo que terminé convenciéndome de la grandiosa idea que era que él tomara todas las decisiones respecto a nosotros de ahora en adelante.

Me sorprendía cómo había logrado, una vez más, simplificar el

problema. Solía tirarse toda la carga encima y me preocupaba. No quería que un día de estos explotara.

—Eso es muy considerado de tu parte—susurré regalándole la primera sonrisa conciliadora de la noche—. Y te lo agradezco.

Alcé mi cuerpo, que todavía estaba muy débil, para arrastrarme solo un poco hacia donde estaba sentado. Me tiré en sus brazos que me acogieron con calidez y aliviaron toda la incertidumbre que habitaba en mi organismo.

Se sentían muy bien besarlo, pero vaya, vaya, creo que acababa de descubrir que abrazarlo era mejor. Mientras un beso era el perfecto conductor de la fuerza electrizante, un abrazo era la garantía de que «esto» no era solo un enamoramiento efímero.

Y había algo más. Un perdurable lazo que empezó siendo fino y delgado, pero con cada instante que pasaba, se tornaba muy sólido. Y aunque me brindaba seguridad saber que esto no era solo un amorío, necesitaba más tiempo. Me faltaba un poco más, solo un poco.

—¡Já! ¡Gané!—resonó esta vez la voz de Jane, lo que, por desgracia, nos hizo separarnos del abrazo tan entrañable que estábamos teniendo.

Matt se mantuvo callado. Exhaló el aire de mala gana. Se levantó una vez más de mi cama para dirigirse hasta la puerta y abrirla. Solo se posó ahí, de brazos cruzados, mientras contemplamos a Isabella, Joseph, Jane y Edward que traían una expresión nerviosa.

Jane carraspeó.

—Sí, eh...—rió—. Hicimos una apuesta.

Habiendo recuperado gran parte de mi fuerza, me levanté de la cama para posarme al lado de Matt y darle apoyo. Estos tres ya estaban pasados de la raya, pero debía admitir que eran hilarantes.

—Yo aposté que ustedes no concretarían nada hoy—continuó explicando—. Mientras que los otros tres ineptos de aquí apostaron que para este punto, ustedes ya serían pareja.

Parpadeé incrédula. Matt alzó una ceja.

—Pero la buena noticia es que...—dijo Jane animada—. ¡Gané! ¡JÁ! ¡Recuperé todo el dinero que perdí esta noche!

Bailó en su lugar, como disfrutando su victoria.

—Sí, ya supéralo—protestó Isabella—. ¿Podemos por favor bajar a cantarle cumpleaños al hombre más maravilloso de esta casa?

Me reí sin querer. Todo era tan increíble. Yo, en verdad era parte de esta familia de locos, que me acogió desinteresadamente solo porque Isabella creyó que eso era lo mejor para mí.

Y se lo agradecía, porque estaba cambiando mi vida.



Joseph agradeció a todos el maravilloso cumpleaños cuando ya todos habíamos degustado la deliciosa torta de tres pisos. Para ese entonces, la borrachera de todos se había desvanecido y, gracias al Cielo, habíamos vuelto a ser los mismos de siempre.

Mientras Isabella cortaba otro trozo de pastel y lo ponía en mi plato, recibió un beso en la mejilla por parte de Joseph, quién le susurró: «Esto era lo único que de verdad quería, un cumpleaños íntimo con mi familia».

Los ojos de mi madre sustituta se llenaron de tanto júbilo que me emocionó recordar lo feliz que me sentía de verla tan enamorada.

—Buenas noches, familia—declaró Joseph amorosamente a todos los que estábamos presentes en la cocina: Jane, Isabella, Matt y yo.

Pasó a mi lado, estrechó mi hombro con suavidad y siguió por toda la cocina para abandonarla. Tenía que viajar muy temprano, así que le quedaban pocas horas para descansar.

Eché un vistazo al reloj de pared: 1:32 a.m. ¡Cielos! Entre locura y locura, el tiempo se había pasado muy rápido.

—Se suponía que este pastel de cumpleaños era para 30 personas—se lamentó Isabella—. ¿Y ahora qué vamos a hacer con todo esto?

Jane sonrió.

—Debemos comerlo todo—dijo mostrándole su plato vacío a Isabella. Ésta atendió su petición, cortó otro trozo y lo colocó sobre el plato.

—Bien, pero no quiero escucharte quejándote de las caderas después—replicó divertida—. Eres una tremenda contrincante, Jane, nadie nunca casi me gana como tú lo lograste esta noche.

Matt, que estaba sentado a mi lado, intercambió una mirada fugaz conmigo. Sonreímos al mismo tiempo recordando la batalla tan hilarante de Isabella y Jane.

—Ya sabes lo que dicen—Jane se llevó un trozo de dulce a su

boca—. Elige bien qué batallas pelear.

Matt fue el siguiente en levantarse de su asiento.

—Bueno, hasta mañana—declaró a las tres que quedábamos.

Me enfoqué tanto en degustar la deliciosa torta que tenía en mi plato, que no me percaté que Matt se había acercado a mi oído hasta que escuché su melodiosa voz decir:

—Espero que no sea muy tarde para *aquella* cosa que prometiste—susurró con picardía haciendo que casi me ahogara con el trozo de torta que tenía en la boca.

Sin más, abandonó la cocina. Cielo Santo, qué nerviosismo.

«Aquella cosa que prometiste». Recordé, entonces, que le había prometido «besarlo como nunca antes lo había besado» si nos apoyaba a Jane y a mí con la batalla campal de esta noche.

Tragué con dificultad. Luego dejé el plato casi lleno sobre la mesa que tenía enfrente.

—Bueno, adiós—dije apresurándome en salir de la cocina.

—¿Te vas a dormir tan pronto?—preguntó Isabella deteniéndome. No era ninguna tonta, sabía que algo me traía entre manos.

—Tal vez me quede despierta un rato más—dije sin voltearme para que no se diera cuenta cuán nerviosa estaba, pero al mismo tiempo emocionada.

—¿Y qué harás?

Maldita detective.

Sabiendo que no tenía escapatoria, giré mi cuerpo entero para enfrentarla con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, en vista que ya todos saben la verdad, les diré—alcé los brazos aceptando mi derrota—. Me iré a besar con el hombre más sensual de esta casa.

Jane, al escuchar mi revelación, se ahogó con un trozo de pastel que masticaba, mientras Isabella se llenó de diversión.

—Te prohíbo que vayas a besarte con mi prometido.

Solté una risita mordaz.

—Oh, Isabella, ya desearías que tu prometido fuese el más sensual de esta casa—solté y salí corriendo, antes que empezaba a reprenderme.

Lo último que alcancé a escuchar fue a Jane burlándose y diciendo: «¿Qué? Son mis hermanos, pero yo también opino que Matt está más bueno».

Corrí por toda la sala principal con la sonrisa de estúpida más grande de mi vida. Me sentía feliz, rebosante de una alegría tan poderosa que podría fulminar cualquier problema que se atreviese a posarse enfrente mío.

Ascendí por las escaleras de la mansión y me detuve justo frente a la puerta de mi dormitorio. «Mmmm... parada estratégica», pensé.

Entré y me cambié velozmente de ropa tirando todas las prendas que traía puesta sin importar dónde cayeran. Hacía mucho frío, así que me puse una pijama de pantalón largo combinado con una blusa manga larga, abrigo y medias gruesas.

Oh, apuesto creyeron que buscaría una pijama provocativa, ¿no? Lo siento, pero esto no es un historia erótica.

Dando brincos de alegría, salí del dormitorio y me fui directo a la habitación de Matt. Al llegar, me posé en el marco de su puerta. Haciendo mi mejor esfuerzo por parecer seductora, me llevé una mano a la cintura y carraspeé.

—Oye tú, guapo—usé la voz más provocativa que pudo salir de mí.

Matt, que estaba en su escritorio viendo en su portátil unos documentos con unos números que me parecieron de lo más aburridos, quitó su atención de la pantalla y la dirigió a mí.

—Oye tú, hermosa—me siguió el juego con una voz seductora también.

Conteniendo la risa, me paseé por su dormitorio junto a un baile muy gracioso que no me quedó nada bien, pero lo estaba divirtiendo y ése era mi único objetivo. Después de lo que le había hecho pasar esta noche, necesitaba que se olvidara de todo y volviera a ser el divertido sirviente que se la pasaba payaseando.

Llegué hasta donde estaba sentado, bajé la pantalla de su portátil y me senté sobre su regazo rodeando su cuello con mis brazos.

—Así que sí vas a cumplir con lo que prometiste después de todo—dijo con ojos centelleantes, ansiosos por lo que seguía.

—Sí, señor.

—¿Y vas a dejar la puerta abierta?—preguntó sorprendido.

—En vista que ya todo el mundo sabe, no tenemos por qué cerrarla—repliqué, sorprendiéndome también por mis propias palabras.

Y no era la única. Matt abrió los ojos de par en par ante la

impresión.

—¿Quién eres y qué hiciste con la Emma que me encanta?

Me reí. ¡Sí! ¡Había vuelto el payaso que tanto me gustaba!

—Sigue aquí, permitiendo que el efecto Sinclair se manifiesta en ella—recurrí a una de mis famosas frases que sabía él amaba y lo haría reír.

Así lo hizo, deleitándome con tan melodiosa música para mis oídos.

—¿Ves? No solo el Tío Ben tiene frases épicas—continué con el juego que lo divertía.

—Ah, con que estás bajando el efecto Sinclair—sus manos, que rodeaban mi cintura, bajaron hasta posarse detrás de mis rodillas—. Mejor no desaprovecho este momento, entonces.

Se levantó de la silla, cargándome en sus brazos tan galante como siempre. Entre risas y el regocijo que nos envolvía, caminó hasta la cama y acomodó mi cuerpo sobre ella. Lentamente cayó encima de mí para capturarme enseguida con sus labios.

Se suponía que yo tenía que liderar este momento —porque ése era el trato—, pero como de costumbre, él tomó el mando. Y estaba bien para mí, porque definitivamente ésta era su especialidad.

—*¡Demonios, al menos podrían cerrar la puerta!*—resonó la voz fastidiada de Jane desde el pasillo. Intenté separarme de Matt, porque pensé que eso era lo correcto, pero él presionó más fuerte sus labios encima de los míos como si dijera: «no le prestes atención».

La puerta se cerró de golpe causando un estruendo, pero ni siquiera aquel ruido nos sacó de la apasionante aventura en la que nos estábamos sumergiendo a velocidad de liebre.

En busca de una posición más cómoda, extendí mis brazos hacia arriba y mi sensual sirviente no desaprovechó aquel movimiento. Inmediatamente entrelazó sus manos con las mías ocasionando que la conexión entre los dos fuese total.

Nos quedamos así, besándonos, hasta que soltó mis manos. Entonces mi cuerpo se alzó un poco y sentí las manos frías de Matt debajo de mi blusa acariciando mi piel hasta que terminó por apretarme contra su cuerpo abrazándome con fuerza.

De pronto, Matt rompió nuestro beso y me miró a los ojos. Estaba muy serio, al igual que yo. Era como si, con la mirada, nos estuviésemos

pidiendo permiso el uno al otro para lo que podía venir a continuación.

Para mi sorpresa, fui yo la que dio el paso decisivo. Introduje mis manos debajo de la sudadera que traía puesta, la removí, tiré a un lado y recorrí con un dedo su abdomen desnudo como incitándolo a que hiciera lo mismo.

Sabía que esto estaba mal, que posiblemente este paso que nos estábamos adelantando a dar solo complicaría más las cosas, pero mis sentidos habían enloquecido por completo. Ninguno quería detenerme. Todo en mí estaba hechizado, completamente perdido en el efecto Sinclair.

Mis labios fueron capturados nuevamente, mientras Matt quitó el abrigo y la blusa que me protegían del frío. Sentí sus manos recorrer mi piel con tanta delicadeza que todo en mí se electrificó.

Matt liberó mis labios, pero solo para dirigirlos a mi mejilla, que besó con suavidad. Luego pasó a hacer lo mismo con mi cuello, lo que me ocasionó un cosquilleo que no me hizo gracia, sino que fue agradable.

¡Demonios, debíamos detenernos! ¡Esto se saldría de total control si seguíamos así!

Entonces sentí que se concentraron en mi oreja, que mordió provocativamente ocasionando que soltara un leve gemido, hasta que susurró:

—Estoy tan enamorado de ti.

«Y yo de ti», quise decirle. Quería corresponderle. Pero este corazón rebelde estaba muy confundido. Aterrado. No quería volver a ser lastimado. No quería volver a esa amarga sensación de romperse en mil pedazos. No quería imaginar a Matthew Sinclair, el héroe que salvaba a la doncella en peligro, convertirse en el villano que la tiraba por un barranco.

Matt, como sabía que yo no respondería, sonrió débilmente y volvió a besarme. Como si el asunto no tuviese la mera importancia.

Sus manos sostuvieron las mías, entrelazando sus dedos con los míos y entonces sentí un temblor. Pero no era yo. Eran las manos de Matt, que por primera vez sentí temblar estando en contacto con las mías.

Abrió los ojos repentinamente, reaccionando. Y se alejó lo suficiente de mí logrando que yo también reaccionara.

«Bueno... eso estuvo cerca».

Mientras respiró aceleradamente, movió su mano por todos los

rincones de la cama como si buscara algo. Encontró mi blusa y volvió a mí para ponérmela entre temblores y alientos desesperados.

—Matt—me quejé.

Pero él se alejó. Se fue hasta el extremo inferior de la cama, totalmente apartado de mí y nuestros deseos carnales. Pasó una mano por su cabello peinándolo hacia atrás para luego apoyar ambos codos sobre sus rodillas y descansar su rostro sobre sus manos, tapándolo. Se veía desesperado, como haciendo un tremendo esfuerzo para no caer en la tentación otra vez.

—Matt—volví a repetir desde mi lugar.

No respondió. Así que me mantuve en silencio dándole tiempo. *Dándonos* tiempo. Tiempo para reflexionar sobre lo que acababa de pasar.

Pasados unos cuantos segundos, me arrastré por todo el colchón hasta llegar a donde estaba sentado. Ahí me arrodillé para poder estar a su altura. Él ni siquiera se movió, respiraba agitado, como si ya no quedara aire en el dormitorio.

—Está bien...—le dije, intentando consolarlo.

—No, Emma, no está bien—su tono fue de genuino tormento—. Tú no sabes lo que quieres conmigo. Hacer esto solo complicaría más todo.

Tenía razón. Compartía enteramente su punto de vista, por lo que ni siquiera me esmeré en protestar.

—Quiero decir que estás bien que estés asustado. Sentí tus manos temblar—le dije—. Es aterrador para mí también.

Insegura, porque era imposible para mí saber si el terreno era seguro para pisar, decidí tomar el riesgo. Así que rodeé su cintura con mis manos para abrazarlo y recosté mi cabeza sobre su espalda.

Matt exhaló una gran bocanada de aire. Bajó la cabeza, pero luego alcanzó mis manos para agarrarlas aceptando mi consuelo.

—¿Por qué estás accediendo a hacer esto conmigo?—sentí la necesidad de preguntar—. Tú mismo lo dijiste, no sé lo que quiero contigo.

Un silencio letal nos invadió, hasta que Matt decidió responder:

—Porque es la única manera en que me dejarás acercarme a ti.

Mi rebelde corazón dio un enorme vuelco. Sentí un nudo en la garganta que se extendió rápidamente hasta mi estómago revolviéndolo.

¿Pero qué estaba haciendo? Estaba lastimando, sin darme cuenta, a

la única persona que de verdad me valoraba. Que no me juzgaba, pero me aceptaba tal y como era. Que se esmeraba en enseñarme el valor de encontrar la felicidad en las pequeñas cosas de la vida.

Un vacío inundó mi ser entero. Mis ojos se humedecieron, pero me contuve. No permitiría que ninguna lágrima saliera por esto, menos cuando el mayor afectado era Matt. Sería una descarada si le llorara por algo así.

Abracé con más cariño a mi enamorado sirviente, transmitiéndole los más sinceros deseos que tenía de corresponderle pronto. «Solo un poco más, Matt, por favor, dame un poco más de tiempo».

—Deberías ir a dormir—murmuró sacándome de mi lucha interna—. Tenemos una misión temprano.

Cierto, la condición para que me apoyara con lo de Hannah era que «lo acompañara a un lugar».

Asentí, liberándolo del abrazo. Matt se puso de pie, caminó en silencio hasta su escritorio y volvió a concentrarse en los números aburridos de su computadora.

—¿No vas a dormir también?—pregunté.

—No, tengo trabajo que hacer.

—Pero son más de las dos de la mañana.

En medio de la iluminación tan tenue que teníamos, logré notar a Matt atacándome con su arma mortal.

—¿Qué te dije sobre «tener un gran poder»?

Puse los ojos en blanco. De nuevo Stan Lee.

—Sí, sí, conlleva una gran responsabilidad—repliqué. Busqué mi abrigo que estaba tirado en el suelo y me lo puse—. De acuerdo, hasta mañana.

—Descansa, linda.

Me dirigí a la puerta sin mirar atrás, pero justo cuando estaba por abrirla, tuve una de mis brillantes ideas de las que casi siempre me arrepiento después. Pero esta vez no, esta vez estaba completamente convencida de lo que haría.

Permanecí unos segundos de pie, considerándolo. Sí, podría funcionar. Esto realmente podría hacer que Matt dejara de trabajar y durmiera, como lo merecía después de un día tan agotador.

Así que no abrí la puerta. Giré mi cuerpo entero para caminar otra vez hasta la cama de Matt, quien no se percató al principio porque estaba

muy concentrado en los números aburridos.

—Pero qué frío hace—solté una indirecta atrayendo su atención. Todavía sentado, se volteó solo un poco para contemplarme con una ceja alzada.

Quitó el cobertor de la cama y me tiré en ella conteniendo la risa, mientras envolví mi cuerpo con la sábana que me proporcionó calidez. Empecé a acomodarme de lado hasta que estuve completamente cubierta.

—¿Qué hacer?—preguntó él riéndose de mi hazaña.

—Nada...—cerré los ojos—. Solo voy a recostarme un rato aquí en tu cama y me cubriré con tu sábana porque hace mucho frío.

Abrí un ojo. Matt me observaba cruzado de brazos. Oh, conocía esa mirada, me estaba analizando.

—¡Pero qué frío hace!—tiré otra vez la indirecta pretendiendo temblar.

Reí en mi interior. Era suficiente, con eso debía funcionar. Cerré muy bien los párpados esperando pacientemente los inminentes resultados.

Pasaron unos pocos segundos cuando, de pronto, sentí que mi presencia favorita se acostaba a mi lado. ¡Já! ¡Sabía que no fallaría!

Matt se inclinó un poco sobre mí para apagar la luz de la lámpara que estaba en la mesa de noche y se acomodó a mi lado abrazándome con ambos brazos. Sonreí satisfecha ante mi victoria.

—Sabía que no fallaría—le dije divertida.

—Mmmm... punto para ti, Bennett.

Pero qué bien se sentía estar en los brazos de tu persona favorita sabiendo que dormirás con ella. Creo que podría acostumbrarme a hacer esto todos los días.

En medio de la lóbreguez, el silencio nos envolvió. ¿Se habría dormido ya? Esperaba que no, porque de pronto sentía la necesidad de preguntarle algo de lo que todavía no habíamos conversado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No—replicó—. Duérmete.

—Pero es importante.

Suspiró.

—Bien, pregunta lo que quieras.

Volví a recurrir al silencio, un poco avergonzada de lo que estaba a punto de preguntar.

—¿Te toqué... el trasero mientras nos besábamos en el balcón de Isabella y Joseph?—tiré la interrogante que no me había dejado vivir tranquila desde que Joseph lo mencionó hace unas horas atrás.

—¿Qué?

—Joseph dijo que me vio tocándote el trasero cuando nos besábamos en el balcón... ¿Es cierto?

Silencio letal.

—Maldita sea, lo voy a matar.

—¿Pero es cierto o no?

Más silencio letal.

—Sí, es cierto.

Mis mejillas se calentaron.

—¿Agarré tu trasero inconscientemente?

—No sé, creo que sentiste que te estabas cayendo del balcón o algo, y agarraste lo primero que tenías más cercano a tu mano—dijo despreocupado—. Que era mi trasero.

Abrí la boca, impresionada.

—¡Agarré tu trasero inconscientemente!

—¿Podemos, por favor, dejar de hablar de mi trasero?

Pero yo no salía de mi admiración.

—No puedo creer que agarré tu trasero inconscientemente, ni siquiera lo recuerdo.

Matt se rió en mi oído.

—Míralo desde el lado positivo—declaró—. Lo agarraste primero que Lannah.

«Lannah». Sí, era definitivo, no se podría aprender nunca el nombre de la rubia sensual. ¿Debía corregirlo? ¿Recordarle que se llamaba Hannah?

—Mmm... sí, le gané a Lannah.

Por supuesto que no. Era lo mejor para todos mis álter ego que tienen mente propia dentro de mí: mi corazón, subconsciente y raciocinio, quienes se morían por ser los únicos a los que Matt les prestara atención.

—Sí, le ganaste después de todo—concordó mi sensual sirviente—. Buenas noches, linda.

—Buenas noches.

Cerré los párpados con fuerza, intentando dormir, pero no podía evitar sentirme alegre por mi victoria.

—¡Le gané inconscientemente a la maldita rubia sensual!—
exclamé con emoción, acabando con el silencio otra vez.

—¡Por el amor a Dios, Emma! ¡Duérmete o te voy a dar una
píldora!

«Dame la píldora que quieras, eso no cambia que le gané a la
rubia sensual. ¡Já, já, já! ¡Le gané a la súper divertida Hannah!».

Reí malévolamente y Matt me escuchó.

—Emma, ¿estás felicitándote en tus pensamientos?

—Oh, Matt... me conoces tan bien—dije siendo ésta (ahora sí) mi
última oración de la noche.

Me dejé sumergir en el silencio tan agradable en el que nos
encontrábamos acogiéndome más en el abrazo. Mis párpados empezaron
a pesar finalmente y justo cuando creí que caería dormida...

—He decidido algo—resonó la voz de Matt.

¡Cielos! De verdad que no dormiríamos esta noche.

—¿Qué decidiste?

—Decidí que ya que no quieres unirte a mi equipo, yo me uniré al
tuyo.

—¿Y quién está en mi equipo?

Matt rió, me besó la mejilla y alcanzó mis manos para entrelazar
sus dedos con los míos.

—Tú y tu insania.

Me uní a su risa.

—Eres tan raro.

Y después, antes de que alguno de los dos se diera cuenta,
desfallecimos ante el cansancio que nos consumía en medio del frío
nocturno. Mmmm... al menos nos teníamos el uno al otro para darnos
calor.

¿Dónde estamos?

—Oye, amor, ¿te puedes despertar?

No.

Agarré la sábana, la estiré hacia arriba para protegerme del frío que se había intensificado más y temblé sin poder evitarlo. Nunca me gustó el frío y ahora que ya no sentía la presencia de Matt a mi lado dándome calor, empezaba a ponerme de muy mal humor.

¿Pero qué hora era? Debía ser muy temprano, considerando no tenía fuerzas ni para mover un pelo.

—Vamos, linda, despierta... ya vamos tarde.

Abrí los ojos para encontrarme con los oceánicos iris de Matt, quien estaba de cuclillas en el suelo atacándome con su arma mortal enamorada. Traía el cabello mojado, lo que quería decir que se acababa de dar una ducha, y un abrigo con capucha que se veía demasiado delgado para el frío que hacía.

Quitó suavemente la sábana que me protegía de todos los males de este mundo y me sostuvo con ambos brazos para ayudarme a levantar. Así me ayudó a transitar hasta mi dormitorio que quedaba a unos pocos pasos del suyo.

Adormilada, cerré los ojos otra vez y cuando los abrí, tenía a Isabella frente a mí, en la puerta de mi habitación, como si me estuviese esperando. Traía una maleta consigo.

—Puede que haga frío a donde vamos, así que trae varios abrigos contigo, ¿de acuerdo?—me sugirió Matt al tiempo que me entregaba en los brazos de Isabella.

—No te preocupes, ya le empaqué varios gruesos—replicó Isabella pasándole la maleta, que él agarró enseguida.

Me desconcerté. ¿Empacar? ¿Isabella me hizo una maleta? ¿Nos quedaríamos más de un día a donde íbamos?

—Gracias Isabella, iré a terminar de empacar todo—replicó Matt con cariño, para luego abandonarnos.

Isabella me ayudó a entrar a mi dormitorio.

—¿Qué hora es?—pregunté curiosa, todavía adormilada.

—Casi las cinco de la mañana—respondió—. Sé que estás cansada, querida, así que esperaré hasta que te des una ducha para ayudarte a vestir, ¿de acuerdo?

Pero qué confundida me sentía.

—¿Nos vamos todos?

—¿Y arruinar los planes de Matt?—me condujo al baño—. No. Solo van ustedes dos. Ve a arreglarte, Emma, ya van tarde.

Huh, con que ella sabía algo que yo no.

Sabía que no debía preguntar más, porque aparentemente era una sorpresa, así que obedecí y me fui a bañar. Estando sola, debajo del chorro de agua caliente que aliviaba el frío atroz de la mañana, me permití recordar la noche anterior. Vaya, dormí en los brazos de Matt. Y se sintió bien. Se sintió correcto. Se sintió que aquel maravilloso muchacho era solo para mí.

Isabella me sacó de la ducha porque me estaba demorando demasiado. Morí en mi cama sin que ella se diese cuenta, ya que estaba rebuscando ropa en mi armario.

—¡Emma!—su voz regañona me despertó, pero no logró levantarme. Sentí que haló mis pies hacia abajo, y como sabía que no reaccionaría pronto, empezó a vestirme aún estando acostada.

—Te dije que te ayudaría, no que te vestiría del todo—se quejó introduciendo unos vaqueros por mis pies y subiéndolos con dificultad hasta mi cadera. Luego se tiró encima del colchón para ponerme una blusa—. ¡Maldita sea, Emma, despiértate!

Pero solo logró que lamentos adormilados salieran de mi boca:

—No puedo con mi vida...

Isabella me colocó unos tenis también y, sin previo aviso, me haló de los pies con tanto ímpetu que mi cuerpo entero se arrastró por toda la cama y caí como roca al suelo golpeándome la cabeza.

Con el cabreo a mil, me paré, la fulminé con la mirada y salí de ahí para no verla más. Isabella, riéndose de su hazaña, me siguió rodeándome con un brazo mientras emprendíamos camino hacia la planta baja de la mansión. Aprovechó para pasarme la mano por el matorral despeinado de cabello, pero estaba tan malhumorada, que le quité la mano groseramente.

Matt no esperaba abajo. Como de costumbre, estaba de pie, de brazos cruzados, recostado sobre su auto, pero esta vez, algo cubría su

hombro. Un retazo de tela negra que me parecía muy conocido.

—¡Diviértanse!—nos dijo Isabella divertida.

Mientras llegaba hasta donde estaba Matt, él se quitó el retazo de tela del hombro, y con una sonrisa, me lo mostró develando lo que era. ¡Mi chaqueta! La que se quedó enganchada en la ventana en medio de la locura de anoche. Oh, la recuperó después de todo tal como prometió y hasta le quitó todas las hojas que se habían adherido a ella.

—Matt, querido, no la toques mucho—comentó Isabella refiriéndose a mí, por supuesto—. Hoy está que parece un puerco espín del mal humor.

Sin que lo pidiera, Matt me puso la chaqueta.

—No te preocupes, sé cómo resolver eso—atendió Matt al chiste de Isabella clavando sus ojos en mí.

Pasó su mano por detrás de mi cuello para sacar todo el cabello que quedó debajo de la chaqueta y me trajo hacia él para darme un beso directo en los labios, que aunque había sido breve, efectivamente me quitó todo el mal humor.

Una sonrisa avergonzada de medio lado se dibujó en mi boca.

—Te ves hermosa hoy, amor.

«Dios mío, me derrito». ¿Hermosa? Estaba más demacrada que nunca.

—Gracias...—dije débilmente.

Ah... el efecto Sinclair quita hasta los mal humores mañaneros.

—Llámenme cuando lleguen, ¿de acuerdo?—dijo Isabella, con un semblante lleno de júbilo, tras lo que pudo presenciar.

Matt asintió con la cabeza, pero en vez de conducirme hasta la puerta de mi copiloto, me ayudó a subir en los puestos traseros de su automóvil.

—¡Buenos días, señorita Emma!—saltó la voz animada de Edward, quien estaba en el puesto de conductor esta vez.

Me desconcerté. ¿No que iríamos solo nosotros dos? Amaba a Edward con todo mi corazón, pero si esto era un paseo romántico, no lo imaginaba en medio de nosotros tocando el violín.

Sentí a mi lado la presencia de Matt sentándose.

—¿Traes tu pasaporte?—me dijo—. No creo que lo necesitemos, pero solo por si acaso.

¡Oh! ¡Saldríamos de la ciudad!

—Sí, siempre lo llevo conmigo.

—Bien—replicó—. Estamos listos, Ed.

El motor del auto se encendió y nos pusimos en marcha. Sin embargo, antes de abandonar la Mansión Sinclair, di un último vistazo hacia el portón. Isabella seguí ahí, en la puerta principal, despidiéndonos con una mano.



Dormí en todo el trayecto. Primero encima del hombro de Matt mientras abandonábamos la Mansión Sinclair y Edward nos conducía al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

Cuando estábamos en la entrada, Edward nos ayudó a bajar todas las maletas, pero se retiró por ahí mismo confirmando que sí sería un viaje de dos.

Matt buscó una carretilla para cargar todo el equipaje a través de las instalaciones del aeropuerto. Así que mi segunda siesta del día la hice sobre las maletas de la carretilla, mientras Matt las transportaba y se reía de vez en cuando, confirmando que, en efecto, puedo dormir donde sea.

Llegamos hasta la parte de atrás, donde un joven con un carrito automático nos ofreció transportarnos hasta otra extensión del aeropuerto, que era donde estaba el avión que nos llevaría.

No dormí mientras viajábamos en el carrito. Admiré el amanecer que se estaba dando en el horizonte y los rayos de sol tan cálidos que penetraban en los aviones, avionetas, helicópteros y todas las malignas que habitaban el lugar.

Al cabo de unos diez minutos, el carrito se detuvo frente a un jet muy sofisticado que tenía un logotipo que yo, definitivamente, había visto antes.

—Ese logotipo me parece conocido...

¡Oh! Era la «S» de «se me desborda el dinero», digo, «Sinclair Inn, Hotel & Resorts». Con que un jet privado, ¿cómo no me lo esperaba? Por supuesto que no viajaríamos como los demás mortales.

Me detuve a admirar el jet, mientras unos uniformados nos ayudaban a subir las maletas.

—Demonios, ustedes como que sudan el dinero—le dije a Matt tan pronto se posó a mi lado, en espera de abordar. Negó con la cabeza

repetidas veces, en signo de desaprobación—. «Nada de chistes de multimillonarios, Emma»—imité su voz.

Se rió.

—Vamos—dijo, rodeándome con un brazo, para conducirme hasta el jet que nos esperaba con puertas abiertas y una pequeña escalera que nos permitiría abordar.

El interior no era muy distinto al de un avión tradicional, pero sí más refinado. Los asientos eran un de cuero color crema de alta calidad, que los hacían parecer muy cómodos, y tenían nos almohadones rojos decorándolos.

Frente a un par de asientos había una mesa de madera lo suficientemente grande para que cualquier pasajero pudiese comer ahí o incluso trabajar con una portátil, considerando era un jet empresarial.

La decoración era cálida. Los tonos que la conformaban era crema y blanco, con algunos elementos similares a la madera y una alfombra color beige.

—¡Eh, Emma!

La voz me sacó de mi admiración por el interior del jet. Me volví hacia ella para encontrarme con que se trataba de Will. Claro, ¿cómo no me lo esperaba también?

—¡Will!—lo saludé con una sonrisa.

Me daba gusto verlo. Me caía bien, a pesar que estaba demente como Matt. Supongo que por algo son amigos, ¿no?

De una cabina más adelante, que intuía era la cabina del capitán, una niña muy pequeña que tenía una pinta igualita a Will, corrió por todo el interior del jet.

—¡Tío Matt!—exclamó animada llegando hasta las piernas de Matt abrazándolas. Demonios, hasta a los niños atraía este muchacho.

—¡Emily!—exclamó él también muy contento cargándola. La pequeña rodeó el cuello de él con sus diminutos brazos como si fuese de ella, lo que me hizo sonreír mientras lo presenciaba.

—¿Es tu hija?—pregunté curiosa a Will.

Will asintió.

—Sí, es el orgullo de nuestra familia.

Emily se separó de Matt, pero no se bajó de sus brazos.

—Esta hermosa joven que tenemos enfrente se llama Emma—dijo él avergonzándose un poquito—. ¿Puedes decirle «hola Emma»?

¡Oh! ¡Se llevaba tan bien con los niños! Qué bien, porque yo era terrible.

—Hola Emma—repitió la pequeña con un tono tan angelical que logró enternecer mi negro corazón. Luego, apenada, volvió a abrazar a Matt ocultando su rostro entre el cuello de él.

—Es preciosa—comenté.

—¡Lo sé! Hice algo bien una vez en mi vida—chisteó Will—. Sabes, será una gran piloto el día que crezca.

—No será piloto—saltó otra voz de más adelante.

Una *pelicastaña* que aparentaba tener la edad de Matt salió de la cabina del capitán. Se posó frente a nosotros y me entregó su mano.

—Tú debes ser Emma—dijo—. Mucho gusto. Soy Naomi, la esposa de este demente.

Y con «demente» se refería a Will, por supuesto. Tenía un humor tan oscuro que la amé de inmediato.

—Sabes que tiene madera para ser piloto—discutió Will.

—Por supuesto que no. ¿No has visto sus dibujos? Apenas tiene cuatro años y nunca se sale de la línea. Será una gran artista algún día.

Amaba esta familia. Ahora entendía por qué Matt estaba tan apegado a ellos. Eran un verdadero ejemplo a seguir.

—¿Sabes, Emily? Emma es una talentosa artista—comentó Matt haciéndome ruborizar de nuevo—. Te puede enseñar técnicas para pintar todos tus dibujos.

Emily soltó una risita avergonzada. Se volvió a esconder en el cuello de Matt.

—¿Y qué tal la vida de artista?—preguntó Naomi interesada—. ¿Te va bien?

Suspiré en mi interior. No sabía si quería responder esto.

—Bueno...—repliqué decepcionada—. No soy precisamente rica por haber desarrollado el hemisferio derecho del cerebro, si sabes a lo que me refiero.

Un silencio un poco incómodo nos invadió hasta que todos soltaron una gran carcajada que me hizo reír a mí también.

—Tienes un gran humor, Emma—Will me dio un golpecito en el hombro y se fue hasta la cabina de adelante—. Me caes bien, ahora entiendo por qué Matt está tan caído por ti.

Mis mejillas se calentaron inevitablemente. Y no logré esconderlo.

Todo el mundo se percató de cuánto me había hecho avergonzar el comentario de Will, pues apartaron la vista, incómodos. Todos excepto Matt, que me miraba como si yo fuese lo más lindo que hubiese visto en su vida, incluso teniendo a Emily en sus brazos.

Decidí cambiar el tema.

—¿Will piloteará el jet?

—Así es—respondió Naomi—. Por culpa de ese pasatiempo de piloto que tiene, somos como ermitaños, pero está bien, esta vez, estamos encantados de llevarlos a...

Matt carraspeó a propósito como tirándole una indirecta.

—Su destino—terminó Naomi un poco nerviosa.

¡Un poco más y me hubiese enterado a dónde nos dirigíamos!

Vaya, vaya... piloto, tienda deportiva y restaurante próximo a inaugurar. Así que Will y su esposa también eran grandes emprendedores.

Emily se bajó de los brazos de Matt y corrió hasta mí para recostarse en mis piernas. Profundamente cautivada por su ternura, me arrodillé para recibir un abrazo por parte de ella.

—Se la novia del tío Matt, Emma—dijo de pronto sacándome de onda—. Él es bueno y...—echó un vistazo a Matt, quien le dijo algo con los labios—. Y encantador.

Intercambié una mirada fugaz con él. Presionaba los labios para evitar reír. ¡Cielos! Tenía tanto que ver en esto que ni siquiera necesitaba preguntar.

—¿Qué?—preguntó haciéndose el loco.

—Tú le dijiste que me dijera eso—me quejé, pero la realidad era que también me aguantaba las ganas de reír.

—No puedes probarlo—protestó divertido—. Y además, son los deseos de una pequeña niña, no serías capaz de desilusionarla.

¡Oh! ¡Qué lindo era! Pero dije que usaría mis armas secretas para resistirme y eso haría sin siquiera pensarlo dos veces.

Entre el regocijo que nos envolvía a todos, nos acomodamos en los asientos del jet, esperando pacientemente hasta que Will diera la orden del despegue. Tenía demasiada curiosidad de saber a dónde íbamos, pero sabía que no debía insistir con eso. Me preguntaba si sería Europa o quizás Asia. O quizás estaba soñando en grande.



Mi siguiente siesta del viaje la hice en el regazo de Matt, el cual, por su calidez, era más cómodo que los asientos del jet o los asientos de cualquier parte del universo.

Tras acomodar mi cabeza entre su hombro y cuello, me dejé sumergir en un profundo sueño muy reparador. Él, en cambio, tenía su total concentración depositada en su computadora portátil. Respondía correos, hacía tablas con números aburridos y revisaba presentaciones con unas formas estadísticas muy raras que mi cerebro de coeficiente intelectual deficiente jamás entendería.

Soñé que estábamos paseando por las calles de Italia, visitando famosos museos de arte, hasta que, de pronto, la voz angelical de Emily me hizo recobrar la lucidez.

—¡Tío Matt! ¡Tío Matt!

No desperté del todo. Mantuve los párpados cerrados concentrándome para ver si lograba volver a Italia.

—¿Sí, nena?

—¿Estás enamorado?

Abrí los ojos de golpe. No podía ser que hasta ella, que ni siquiera tenía un criterio formado, se percatara de eso. ¿Acaso debía contarle la historia entera de todo lo que estaba pasando y arruinar su infancia entera?

«Sabes, Emily, salvé la vida de tu tío Matt en medio de un robo a mano armada, cuando un delincuente casi le dispara en el estómago y luego...»

Oh, Dios no. Pobre niña.

Así que sin ánimos de querer vivir este momento tan incómodo, volví a cerrar los ojos pretendiendo que no había escuchado nada.

—¡Emily! ¡Vuelve acá!—regañó Naomi desde su asiento muy apenada—. Cielos, Matt, qué vergüenza, no les prestes atención. Will la tiene viendo películas de princesas, ¡Y LE HE DICHO QUE ESTÁ DAÑANDO EL CRITERIO DE NUESTRA HIJA!

La voz de Will se escuchó en las bocinas centrales del jet:

—*¡Escuché eso!*

—¡Lo dije precisamente para que lo escucharas!

Pero Matt no parecía que le hubiese molestado la pregunta de

Emily. De hecho, se rió tan orgulloso que su barriga vibró en mi cuerpo haciendo que se moviera un poco.

—Sí, nena, estoy muy enamorado...—respondió sin pena a la pequeña.

Mi corazón dio un vuelco. Cada vez que lo decía hacía que mis palpitaciones se aceleraran y la incertidumbre me atacara. Estaba tan seguro al respecto. Ni siquiera le apenaba decirlo.

—¿Pero me seguirás amando?

—Por supuesto—respondió Matt—. A pesar de lo que diga tu papá, sabes que siempre serás mi amor verdadero.

—¡Emily Annette!—exclamó Naomi.

Emily, sin querer desafiar más a su madre, regresó a su asiento. Y yo, sin poder evitarlo, me reí para mis adentros, pero aparentemente se sintió en el exterior, porque Matt sentí la sonrisa de Matt sobre mi mejilla.

Hubo un silencio repentino. Tan letal, que temí por mi vida, por alguna extraña razón.

—Vaya, parece que...—Matt susurró—. Alguien está despierta escuchando las conversaciones de otros.

Y luego, sin previo aviso, sentí sus manos sobre mi barriga que empezaron a mover hacia todas partes haciéndome cosquillas.

—¡Emily!—exclamó Matt—. ¡Alguien escuchaba nuestra conversación! ¡Ven a ayudarme!

Oh no, por favor, no más.

Emily ni siquiera protestó. Corrió hasta donde estaba para rellenarme de cosquillas con sus diminutas manos mientras reía a carcajadas, disfrutándolo con todo lo que habitaba en su angelical ser.

Grité, me reí, pataleé, pero ellos no pretendían detenerse.

—*Estimados pasajeros...—escuchamos a Will en las bocinas—. Que solo son tres... y mi preciosa hija que será una gran piloto algún día...*

Me incliné para echar un vistazo a Naomi. Tenía los ojos en blanco y negaba repetidas veces con la cabeza ante las ocurrencias de Will.

—*Vamos a aterrizar, así que por favor vuelvan a sus puestos los que no están. Excepto tú, Emma, que te ves muy cómoda encima de Matt.*

¿Desde dónde rayos me veía?

—*Así que lo único que intento decir es...*—continuó—. *Emily Annette, vuelve a donde madre o sino tendrás graves problemas conmigo.*

Naomi soltó un suspiro tan grande que hasta yo lo escuché.

—¿Con quién demonios me casé?—dijo, a manera de chiste, mientras recibía a Emily en sus brazos y le colocaba el cinturón de seguridad.

No necesité moverme de mi asiento, porque antes que tan siquiera pensara en hacerlo, Matt rodeó mi cuerpo con ambos brazos como si se estuviese aferrando a mí.

El avión descendió a gran velocidad provocándome una sensación de revoltura en mi estómago. No estaba acostumbrada a viajar. La única y última vez que lo hice fue cuando llegué por primera vez a Los Ángeles y fue terrible. Entre todos los pasajeros, fui la única que gritó despavorida durante el aterrizaje.

Estaba sola aquella vez. Por suerte en esta ocasión tenía a mi sensual sirviente que, aunque parecía imposible, me tranquilizaba en gran medida.

—*Aterrizaje exitoso*—volvió a inundarnos la voz de Will por todas partes—. *Matt, ya puedes soltar a Emma.*

Matt me liberó y yo, ni corta ni perezosa, me levanté emocionada de su regazo. ¡Sí! ¡Había sobrevivido a mi segundo viaje aéreo! ¡Logro desbloqueado!

Will salió de la cabina del capitán y presionó un botón en el techo que automáticamente hizo que la puerta del avión se abriera. La puerta, en la medida que iba bajando, se transformaba en la pequeña escalera curveada de antes.

Bajé corriendo las escaleras tan ansiosa de tocar el suelo y averiguar en dónde estábamos que se me enredaron los pies haciendo que volara hasta el suelo de concreto.

—¡EMMA!—gritó Matt desde arriba y bajó corriendo también en mi socorro.

No le presté atención. Estaba demasiado concentrada intentando averiguar dónde nos encontrábamos. Era otro aeropuerto, muy parecido al de Los Ángeles, pero no había señales de algo que me hiciera tener claro el lugar. A un lado, no muy alejado, había una SUV negra estacionada con dos hombres uniformados, quienes al verme volar por

los aires, corrieron también hasta mí.

—Demonios, ¿cómo haces para atraer así los accidentes?— murmuró Matt ayudándome a ponerme de pie.

Supe que era una pregunta retórica, así que me concentré en lo que realmente me interesaba:

—¿Dónde estamos?

—¿En verdad no lo sabes?—replicó Matt muy sorprendido. Le negué con la cabeza—. Vaya, esta sorpresa está yendo mejor de lo que esperaba entonces.

No me diría. Y no había tampoco ningún letrero que me ayudara. Supongo que tendría que dejar que la curiosidad me consumiera un rato más hasta que descubriera dónde rayos nos encontrábamos y si esto en realidad era un paseo romántico.

Will, con Emily en sus brazos, y Naomi fueron los siguientes en bajar del jet. Se acomodaban los abrigos porque estaba haciendo más frío que antes, y ahora que lo pensaba mejor, era un frío que hasta me parecía familiar.

Los dos hombres uniformados sacaron las maletas del jet y las llevaron al auto en una carretilla, mientras yo miraba al cielo. Estaba muy nublado. ¿Pero dónde estábamos? ¿Por qué me sentía como si conociera este lugar? ¿Será que había soñado con él antes? ¡Ojalá que fuese Italia!

Sentí algo muy pequeño abrazando mis piernas. Era Emily, quien además pronunciaba mi nombre repetidas veces intentando llamar mi atención.

—¿Te veré de nuevo, Emma?—dijo con dificultad, pero llena de una inocencia tan genuina que solo podía pertenecer a un niño.

Con ojos llenos de júbilo, me incliné para quedar a su altura.

—Por supuesto que sí, linda. Tú sigue dibujando y pintando, ¿de acuerdo? Nos veremos muy pronto y quiero que me muestres todas tus creaciones.

Sin esperar, Emily se tiró encima de mí abrazándome como si me conociera de toda la vida. ¿Pero cómo? Se supone que yo era terrible con los niños, siempre me huían.

Emily se separó con una risita cómplice.

—¿Y amarás al tío Matt?

Mi vista se dirigió automáticamente hacia atrás, donde Matt apartó la vista haciéndose el loco. ¡Oh! ¡Apuesto que le estaba hablando entre

labios a la pequeña!

—Es...—no sabía ni qué responder—. Es un poco más complicado que eso, linda.

Emily, por supuesto, no entendía a qué me refería. Era muy pequeña para comprenderlo. Simplemente terminó con el abrazo y regresó hasta sus padres.

Sentí una pizca de tristeza en mi interior. Si tan solo los adultos pudiésemos ver el mundo con la misma simpleza que los niños, posiblemente no tendríamos esa mala costumbre de preocuparnos demás por los problemas.

Vi a Will acercarse a Matt y estrechar su mano.

—Este jet de ustedes es una locura—dijo—. Avísame cuando estén listos para irse, Naomi y yo nos quedaremos un rato por acá.

—Gracias, Will—respondió Matt.

Will se volvió hacia mí para abrazarme.

—Eres una gran chica, Emma—me dio unos golpecitos en la espalda—. Nos veremos pronto.

Y se alejó, para posarse junto a Naomi que nos despedí con una mano. No se quedarían con nosotros. Hasta llegué a pensar que sería un paseo romántico doble, pero no, tampoco se trataba de eso.

Ahora sí no sabía ni qué esperar de este viaje.



La última siesta del viaje —o al menos eso creo—, la hice en el auto que alquiló Matt para transportarnos por la ciudad. Estaba tan agotada que caí rendida apenas me acomodé en el asiento de copiloto olvidándome por completo de mi misión de averiguar dónde estábamos.

De repente la voz de Matt resonó en mi cabeza. Abrí los ojos para encontrarme con que hablaba con alguien por teléfono. Parpadeé unas dos o tres veces antes que la imagen se aclarara.

—De acuerdo, entonces giro a la izquierda—Matt estaba tan concentrado en su conversación que ni siquiera se había percatado que estaba consciente—. Y luego hasta el final...

Estas calles... ¡Un momento! ¡Yo conocía estas calles!

Mi corazón se aceleró. «Pum, pum, pum, pum», palpitó fuerte y desenfrenado en mi oído. Nos estábamos adentrando a unas calles tan

conocidas para mí que me hicieron confirmar por qué este aire nublado y frío me resultaba tan familiar.

¡Dios mío! ¡Estábamos en Seattle!

—Gracias, Theresa, estaremos ahí en tres minutos—Matt colgó la llamada. Su atención estaba dirigida hacia la carretera, hasta que se dio cuenta que lo estaba contemplando con los ojos muy abiertos—. Oh, te despertaste.

¿«Theresa»? ¿Acaso dijo el nombre de mi madre?

Dio un giro hacia la izquierda en la siguiente calle que se presentó y circuló hasta el final hasta que, antes que mis sentidos me respondieran, aparcó el auto en un portón antiguo, lleno de un césped mal podado, justo enfrente de...

—Oh por Dios.

...la casa de mis padres.

Debes disfrutar los sentimientos

El motor del auto se apagó, pero las palpitaciones aceleradas de mi corazón no se detuvieron.

Mientras mi cuerpo entero se estremecía, eché un vistazo hacia la fachada exterior de la casa. De la puerta desgastada de madera por la que salí apresurada un sinfín de veces cuando iba tarde para el colegio, salió mi madre más despampanante que nunca.

Se paró en la entrada, con ojos brillantes, mientras los míos se humedecían ante la alegría que emanaba por todas mis entrañas. Matt, sabiendo que estaba a punto de llorar, agarró mis manos fuertemente enterneciendo su rostro.

—Regla número siete, amor...—pronunció con suavidad—. «Mantente cerca de tu familia». Por favor ve donde esa mujer tan maravillosa que está allá y abrázala como nunca antes en tu vida lo has hecho.

Con manos temblorosas, tiré de la perilla para abrir la puerta del auto. Y con las lágrimas a punto de salir, corrí hasta donde mi mamá que me esperaba con un aura lleno del único amor que es indudablemente verdadero: el amor de una madre hacia sus hijos. Un amor en donde no hay dudas, ni inseguridades. Que tampoco lastima, sino que sana cualquier herida, carnal o emocional. Que no abandona, sino que ampara.

Me tiré en sus brazos dejándome envolver por su calor maternal. Era real. Mi mamá, después de más de dos años sin verla, me estaba apretando fuertemente contra su cuerpo como diciéndome: «Te eché de menos. Te necesito. No te alejes más nunca de mí».

¿Cómo puedes extrañar a alguien sin siquiera percatarte de cuánto lo hacías? Cuán banales se pueden tornar los sentimientos humanos.

Me aferré a ella y lloré desconsoladamente en su hombro.

—Estás bien, hija—susurró en mi oreja dándome ligeros golpecitos en la espalda—. Lloras, pero de alegría. Estás bien, Emma.

Conocía mi corazón mejor que yo, porque le había tocado sanarlo desde hace veintitrés años. Me cuidó, cuando yo no podía hacerlo. Me guió, cuando estuve desorientada. Me dio todo, aún sin recibir nada a

cambio.

Esa mujer tan maravillosa... era mi mamá.



Cuando finalizó la sesión de lágrimas con mi mamá, me dediqué a abrazar a mi papá, quien no llora nunca y eso está muy bien. Necesitamos a alguien estable en la familia.

También fue a recibirme a la puerta, pero esperó pacientemente hasta que la escena dramática con mamá finalizara, porque probablemente sabía que sería así.

Por detrás de su hombro, observé a Matt. Se mantenía de brazos cruzados sobre el automóvil contemplando la escena dramática y podía estar casi segura que sus azules ojos se habían humedecido.

No lo confirmé, porque justo cuando se percató que lo estaba observando, giró su cuerpo para dirigirse hacia el maletero del auto. Sacó todo el equipaje, tanto el suyo como el mío. Entonces, caminó despacio hasta la entrada de la casa, donde intercambiábamos amor familiar.

—Eres real—mi madre abandonó la escena para correr hasta donde estaba Matt y abrazarlo. Hizo que el pobre tuviera que soltar todo el equipaje para, sorprendido, corresponderle el abrazo.

—Mamá, ¿eso qué rayos significa?

—Oh, hija...—se separa de Matt—. Es que estabas tan devastada por el rompimiento con el tal Olivio... que...

—Oliver, mamá.

—Eso—dijo y prosiguió—: Que pensábamos que no saldrías con nadie más nunca en tu vida.

Okey, primero que todo, técnicamente no estaba saliendo con Matt. Y segundo, ella ni siquiera estuvo ahí cuando eso pasó. Se lo conté una semana después de haberme mudado con Isabella. Y desde entonces me llamaba todas las noches para recordarme lo hermosa, talentosa e inteligente que soy y todos esos otros cumplidos que te dicen después de un rompimiento para hacerte sentir mejor, pero seamos honestos, no te hacen sentir mejor.

—Ese tal Olivio es un grandísimo patán...

—Oliver, mamá.

—Eso—sonrió—. Tu padre y yo lo odiamos.

Alcé una ceja observando a mi papá.

—Sí, lo odiamos—concordó él.

—Yo también lo odio—comentó Matt. Oh, si tan solo supiera que con ese comentario se había ganado a mis padres.

—Tú ni siquiera lo conociste—le dije, pero ni él ni mis padres me prestaron atención. En vez de eso, mi mamá lo contempló risueña, en silencio, durante unas milésimas de segundo.

—Te amo—le dijo tirándose en sus brazos apretándolo fuerte contra su cuerpo—. Emma, ¿puedo adoptar a tu novio?

—No es mi...—ah, qué mas daba—. Sí, mamá, puedes adoptarlo.

Mientras mi mamá rellenaba de amor a Matt, lo analicé por primera vez. Estaba feliz. A parte de hacer esto por las estúpidas reglas de felicidad, debía ser un gran logro para él conocer a mis padres, lo cual, a mis patéticos veintitrés años de vida, representaba la máxima expresión de compromiso.

—Es un placer conocerte finalmente, Matthew—mamá lo agarró de ambos brazos—. Oh, alguien se ejercita mucho.

—¡MAMÁ!—me cubrí la vergüenza en mi rostro.

Matt atacó a mi mamá con su arma mortal, aunque pensándolo mejor, quizás a ella no le debió parecer tan mortal como a mí.

—El placer es mío, Theresa—replicó él cortésmente.

Mamá soltó un gemido de felicidad.

—Emma, ¿no sonó Matt muy encantador cuando dijo así mi nombre?

—No—repliqué cortante.

Mi papá, que además de no ser un llorón, es muy perceptivo y sensato, puso su mano sobre mi hombro con una sonrisa como brindándome apoyo.

—Querida—se dirigió a mamá—. Vas a ahuyentar a Matthew.

—Lo dudo, Sr. Bennett—replicó Matt con aire entrecortado. Mamá lo apretaba muy fuerte.

—Oh, por favor llámame Robert.

¿«Por favor llámame Robert»? ¡¿«Por favor llámame Robert»?!

¿Ahora pretendían que todos seríamos una familia feliz o qué?

Ay no, estaba tan fregada.



Mamá y papá nos invitaron a pasar enseguida. Intenté agarrar mis maletas para llevarlas, pero Matt me lo impidió. Llevaba hasta mi cartera consigo.

Así que, como de costumbre, discutimos acerca de eso al mismo tiempo que nos adentrábamos a la casa:

—Puedo cargar mis cosas—susurré disgustada.

—No puedes ni cargarte a ti misma.

Pasamos a través del recibidor principal, donde percibí un aroma vegetal muy familiar. Olía a incienso de canela, el favorito de mi mamá. Hace años vio en un programa de televisión de un canal japonés (que no sé por qué rayos lo teníamos en nuestra programación regular) que el aroma a canela estimula la creatividad y disminuye el estrés. Desde entonces nos intoxicaba a todos con ese maldito olor.

—Así que insinúas que soy una carga.

—Una carga muy hermosa.

El aire en casa se sentía igual que siempre, pero no era tan renacentista como el de la Mansión Sinclair. Era un hogar común y corriente, donde pasé una infancia alucinante, una adolescencia hermosamente caótica y al que dije adiós al tornarme adulta cuando quise buscar mejores oportunidades para mi crecimiento personal y profesional.

—Matt, querido, puedes dejar las maletas aquí—mamá interrumpió nuestra discusión—. Robert y yo no encargaremos de subirlas.

—Puedo llevarlas arriba, no hay problema—replicó él.

—Matt, eres nuestro invitado, nosotros...—papá intentó decir.

—Insisto.

—Insisto en parecer el novio perfecto—le susurré imitando su voz.

Matt me golpeó sutilmente con el codo callándome. Me contuve la risa. Mamá intercambió una mirada suspicaz con mi papá. Decía por todos lados: «Amo a este muchacho».

—Los conduzco a sus habitaciones, entonces.

Pasó al lado nuestro, le dio un toque suave a Matt en el hombro y nos invitó a subir las escaleras. Papá, en cambio, nos despidió con una mano para dirigirse a la cocina, que estaba a una puerta más adelante. Me

emocioné cuando lo vi transitar por debajo de unas repisas que estaban en el recibidor donde exhibíamos sus trofeos de *ping pong*. Era bonito recordar aquellos días que jugábamos juntos.

Junto a Matt, ascendí las escaleras detrás de mamá, quien nos hablaba sobre unas remodelaciones que hizo en la terraza o algo así.

—Podría ser el novio perfecto si me lo permitieras—susurró Matt en mi oído.

—Buen intento.

Transmitamos por todo el segundo piso hasta llegar a la habitación de invitados. Mamá abrió la puerta y la tiró hacia atrás.

—Siéntete como en casa, Matt—dijo invitándolo a entrar.

Pero inmediatamente fue hasta donde mí, me rodeó cálidamente con sus brazos y cuando empecé a corresponderle, sentí su boca sobre mi oreja.

—Dejaré que decidas si quieres dormir con él o en tu cuarto.

OH. POR. DIOS.

Asqueada, me separé de un tirón, haciendo que ella se riera con picardía.

—¡Mamá!—reclamé.

Me volvió a abrazar y a susurrar:

—Solo te estaba probando y pasaste la prueba. Por supuesto que vas a dormir en tu cuarto.

Y se alejó, dejándome atónita. ¿Me estaba probado? Mi madre era tan impredecible que no sabía si creerle o sentirme asustada.

—Los espero abajo cuando estén listos.

La vi irse escaleras abajo sabiendo que esto no había terminado. Apenas daba inicio. Entretanto, Matt me sonrió.

—Tienes unos padres sensacionales, Emma—dijo.

Me encogí de hombros.

—No sé si sensacional sea la palabra más adecuada para describirlos, pero de acuerdo. Gracias por traerme a visitarlos, no me había percatado de cuánto los extrañaba.

—Sé a qué te refieres. Curioso cómo funcionan los sentimientos humanos, ¿no?—murmuró, hizo una pausa en la que lo vi pensativo y terminó—: La familia es lo más importante que hay, Emma, no lo olvides jamás.

—Lo sé, pero... ¿Entonces por qué esta es la regla número siete?

¿Por qué pasar por seis reglas antes de llegar a la más importante?

—Porque no puedes disfrutar de los sentimientos si tu corazón no está preparado para ello—respondió tan épico como siempre—. Necesitaba que aprendieras todo lo anterior para que disfrutaras genuinamente en este momento.

Presté más atención.

—Lloraste encima de tu madre, pero de felicidad. Si estuvieses viviendo esto hace tres semanas, hubieses llorado, pero de tristeza. Tú no te das cuenta, pero te estás transformando en una mejor versión de ti misma.

—Excepto porque te estoy rechazando.

Matt negó con la cabeza.

—Recuerda que nuestro trato no tiene nada que ver con mis sentimientos por ti. Salvaste mi vida, la tuya era miserable y me comprometí a hacer que volvieras a ser feliz. El romanticismo vino después.

«El romanticismo vino después». Lo hizo sonar tan... él.

—Mmm... Así que quieres matar dos pájaros de un tiro—le dije—. Pagas la deuda que tienes conmigo sanando mi corazón y al mismo tiempo intentas conquistarlo.

—Te mentaría si te digo que no es así.

Pero qué maduros nosotros hablando de este tema. Me sorprendía cómo habíamos logrado llegar a este punto de la relación tan extraña que teníamos, que indudablemente había evolucionado.

Bufé.

—Suena tan complicado que hasta pienso que debiste pagarme tu deuda con dinero.

—Hay deudas que... no se pueden pagar con dinero.

Me reí llena de sarcasmo. No pretendía discutir con su epicidad.

Agarré mi maleta, mi cartera y me puse en marcha hacia mi habitación.

—De acuerdo, Dr. Corazón—le dije—. Iré a ver cómo está mi habitación. Te invitaría a que vengas a conocerla, pero hasta yo la desconozco de tanto tiempo que he estado ausente. Apostaría mi vida que mi mamá le hizo cambios, siempre sólo con pintar las paredes de un rosa intenso.

Matt asintió divertido.

—Así que tú acomódate y en un rato bajamos.

Me di media vuelta y caminé, pero por alguna extraña razón me sentía muy observada. Y de hecho, cuando me detuve a pensarlo mejor, no era nada extraño.

Carraspeé.

—Deja de mirarme así—ordené a Matt.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

Pero sí lo estaba haciendo. Sus oceánicos iris, conmigo como enfoque objetivo, destellaban júbilo.

—Tus oceánicos ojos brillan.

—¿«Oceánicos ojos»? Ésa frase es nueva.

No era nueva, pero de verdad debía dejar de soltar todas mis palabras y frases épicas delante de él.

Tragué dispuesta a largarme, pero Matt esbozó una diminuta sonrisa picarona que me hizo sentir demasiado incómoda.

—¡Tus malditos ojos brillan!—exclamé asustada.

—Oh...—replicó—. Debe ser el efecto Bennett manifestándose.

¡Argh! ¿Quién le había dado permiso para usar mis frases en mi contra?

—¡Te prohíbo que uses mis frases en mi contra!

Sin embargo, Matt ni se inmutó en atender mi amenaza. Estaba muy concentrado haciéndome ojitos seductivos y señas con las manos invitándome a que me aproximara a él. «Ven», susurraba entre labios.

Me petrifiqué. Tragué y negué con la cabeza.

Pero él no se detuvo. Volvió a mirarme con sus azules ojos llenos de sensualidad y susurró de nuevo entre labios que me acercara.

¡Dios mío! ¿Qué intentaba hacer?

Tragué pesadamente. Eché un vistazo hacia atrás. No había nadie. Volví a mirar hacia adelante. Solo estaba Matt ahí parado tirándome indirectas indecentes.

Insegura, me acerqué con cautela. Más que peligroso, era un terreno sumamente provocativo, no me quería resbalar entre tanta sensualidad.

Él no hizo nada. Se mantuvo serio, esperando hasta que yo llegara.

Y entonces, cuando me tuvo enfrente, se quedó silenciado generándome una incertidumbre que creí me mataría. ¿Debía preguntar? ¿En verdad quería saber qué tramaba?

—Eres la persona más rara que he cono...—pero no pude terminar mi insulto. Me agarró del brazo, arrastró hacia el interior de la habitación de invitados y empujó contra la pared para encarcelarme contra su cuerpo.

Sonrió provocativo mordiendo ligeramente su labio inferior como si estuviera a punto de probar algo delicioso y yo me sorprendí por tanto atrevimiento.

—No me digas que no lo necesitas—susurró rozando sus labios sobre los míos.

¡Madre mía! No, no... mi mamá no podía entrar en medio de esto.

—¿Necesitarlo?—me hice la importante mientras Matt alzaba mi cuerpo y obligaba a mis piernas a abrazar su cintura—. Ni que fueras el aire que respi...

Estampó sus labios encima de los míos, interrumpiendo cualquier cosa que pudiese decir para resistirme. Tiré mis manos hacia atrás, contra la pared, tras tal intensidad.

Cielos, estaba siendo más agresivo que de costumbre, pero qué bien se sentía. ¿Cómo hacía para que cada beso fuese tan diferente al anterior? O era un verdadero experto en esto o lo estaba intentando demasiado conmigo.

No pude más, necesitaba separarme. Estaba siendo demasiado para mis sentidos y álter ego que tenían mente propia dentro de mí. Así que apelé a mi fuerza de voluntad y me separé echando la cabeza a un lado.

—Que sea la última vez que me besas así, Sinclair—ordené, pero todo en mí pedía lo contrario. Exigía que no se separara, que continuara con este apasionante juego en el que nos encontrábamos, a pesar de lo peligroso que era.

Matt me sonrió pícaro y, como no quería entregarle mis labios, besó mi mejilla, luego bajó hasta mi cuello lo que me ocasionó un insoportable cosquilleo en el estómago. Conocía mis partes débiles antes de tan siquiera yo conocerlas.

—Hablo en serio...—dije débilmente.

Se rió con malicia.

—Penúltima vez—susurró.

Y separó mi cuerpo de la pared para tirarme contra la pared. No pude evitar gritar en pleno vuelo, olvidando que mis padres estaban en el

piso de abajo.

Matt se volvió a reír, cayó encima mío y me tapó la boca, pero cuando notó que ya no seguiría gritando, me volvió a besar y esta vez no pude resistirme.

Era demasiado. Desconocía a este Matt, estaba siendo muy feroz. No es que no me gustara, de hecho, me preocupaba que me gustaba demasiado. Tenía tantas facetas, tan distintas todas, que sería imposible aburrirme de vivir momentos como éste con él.

—*¡Emma! ¿Está todo bien? ¡Escuché un grito!*—apareció de la nada la voz de mi mamá en nuestro apasionante momento.

Nos detuvimos en seco. Ambos mirándonos horrorizados. Nada más cortante que escuchar la voz de tu madre mientras te besuqueas con tu conquista.

—*¡Estoy bien!*—grité sonando más segura de lo que esperaba.

Enredé mis manos en el cuello de Matt y lo volví a traer hacia mí, dándole a entender cuánto lo necesitaba. Algo totalmente contradictorio para lo que le había dicho antes.

—*¡Emma Rosalie! ¿Estás en la habitación de Matt?*

Me separé solo para responder:

—*¡No, mamá! ¡¿Por qué estaría en la habitación de Matt?!*

—*¡Porque te escuché gritar y porque se gustan!*

Oh por Dios, qué indiscreta. Otra cualidad indiscutible de mi mamá.

—*¡Que no, mamá! ¡Estoy en mi habitación!*

—*¡Oh! ¿Te gustó el rosa que le puse a las paredes?*

—*¡Sí, lo amé!*

Dimos un giro en la cama, hasta que quedamos muy pegados al borde sin saberlo. Las camas de mi casa no eran ni la mitad de grandes de lo que eran las camas de la Mansión Sinclair, así que nos acomodamos con cautela.

El silencio nos acogió y por primera vez sentí que pude besar de verdad a Matt. Besarlo sin que un policía o alguien familiar nos interrumpiera. Besarlo sin sentirme culpable al respecto. Besarlo sin el temor de que alguien nos viera. Besarlo sin sentir que me quedaba sin aire de la desesperación de hacerlo porque lo necesitaba con urgencia.

Lo besé con paciencia, seguridad, con el suficiente aire para disfrutarlo, como si fuese algo de nuestro día a día para demostrarnos

cuánto nos queríamos.

Matt se separó, satisfecho, con una enorme sonrisa contenida en sus labios hinchados de besarme.

—Se mi novia—dijo, suavemente, acariciando mi pómulo con un dedo.

Le sonreí también, con el ligero presentimiento de que insistiría con eso hasta que cediera.

—No.

—Sí—discutió él.

—No—volví a repetir.

Apretó los labios.

—No—dijo y me confundió.

—Sí—dije, a lo que él rió a carcajadas. Me petrifiqué—. ¡Digo, no!

—¿No?—preguntó.

—¡No, que no!

—Bien—dijo. Se levantó de encima mío, pero no me ayudó—. Entonces no más besos gratis para ti.

Quedé sentada en la cama del shock.

—¿Qué dijiste?

—Lo que oíste. No más besos gratis para ti.

¿No más besos? Un minuto... ¡Él no podía privarme de eso! Éramos amigos con derechos, los besos eran parte de los derechos. Si no habían besos, quedábamos solo como amigos y no había forma de que me hiciera regresar hasta allá. No ahora que lo había probado demasiado.

—*¡Hija! ¡Necesito que bajen ya, tu papá preparó lasaña!*— resonó de nuevo la inoportuna voz de mi mamá.

Puse los ojos en blanco. La amaba, pero las madres no son muy oportunas en medio de una discusión de amigos con derechos.

—¡Pero son las once de la mañana, mamá!

—*¡Qué importa! ¡Está deliciosa!*

—¡Dame un minuto!—grité. Me paré de la cama para dirigirme a Matt, quien estaba ahí de pie, cruzado de brazos, dándome la espalda—. Eso es manipulación.

Ni siquiera se inmutó en voltearse.

—No, es una condición—contraatacó. Apostaba que el inepto estaba dándome la espalda porque se moría de risa de lo que me decía,

pero no quería que yo me diera cuenta—. No tengo que besar a alguien que no es mi novia. De hecho, va en contra de mis valores y principios.

—¿Qué principios? ¡Saliste con todas las mujeres voluptuosas de tu oficina!

—Eso fue antes de que me convirtiera en un hombre de principios y valores. Así que no más besos gratis para ti.

No podía creer a este demente. Primero me decía que estaba enamorado de mí, que me necesitaba, que me quería, que no sé qué... y ahora me ponía condiciones para besarlo.

—*¡Emma! ¡Se enfría!*

—¡QUE ME DES UN MINUTO MAMÁ!—vociferé—. Matthew Sinclair, no puedes privarme de besarte. De hecho, te ordeno que vuelvas acá y me beses.

Tampoco me creía a mí misma. Se suponía que no quería nada con él, pero demostraba todo lo contrario ordenándole que me besara.

—¿Tú me das órdenes?—protestó—. Lo siento, pero no.

Gruñí. Odiaba que se quisiera hacer el importante.

—No puedo creer que me estés rechazando.

—Se siente terrible, ¿no?

Escuché que se le escapó una risa macabra, pero se la contuvo al instante. ¡Lo sabía! ¡Se estaba divirtiendo con lo que sea que estuviera haciendo!

—¡No puedo creer que te parezca divertido rechazarme!—entonces lo entendí todo. Era una sucia técnica de psicología inversa—. ¡Ésta es una de tus cartas secretas! ¡Me rechazas porque crees que eso me va a atraer más a ti!

Caminó, todavía dándome la espalda, hacia la salida.

—¡Mmm! ¡Ya puedo oler la lasaña!—evadió mi comentario.

Lo perseguí. No permitiría que me tratara de esta manera.

—¡Matt!—pero ya iba por las escaleras—. ¡Ah! ¿Así que así quieres jugar? Bien, desafío aceptado.

Finalmente se detuvo, justo antes de bajar el primer escalón. Supe que me atendería, porque se giró para conectar sus ojos con los míos.

—No se trataba de un juego, pero...—alzó los brazos a los lados—. Suena divertido para mí, así que—bajó el escalón—, qué empiece el juego, Bennett.

Y se largó, con su epicidad de siempre. Era tan malévolo. Pero no

más malévolo que yo. Definitivamente no estaba enterado del corazón tan competitivo al que intentaba conquistar.

Exhalé el aire con una sonrisa.

«No puedes disfrutar de los sentimientos si tu corazón no está preparado para ello», vino a mi cabeza la frase épica de Matt.

Tenía razón. Estaba disfrutando de mis emociones, estaba... feliz. Mi corazón palpitaba con fuerza y una seguridad impresionante. Ya ni siquiera recordaba con certeza por qué me dolía tanto que mi ex-patán me dejara, en verdad era un novio terrible.

Cargué mi maleta y me fui a mi habitación. Tenía cinco minutos, antes de que mi mamá volviera a gritar mi nombre.

Cuando llegué, tiré la puerta hacia atrás para encontrarme con las paredes... no eran rosas. ¡Demonios! ¡Mi mamá me había aplicado una de sus técnicas sucias para averiguar si le decía la verdad! ¡Y yo caí! Capaz y ya sabía que estaba en la habitación de Matt besándome con él.

Decidí no pensar en ello. Al contrario, me enfoqué en mi habitación. Lucía exactamente igual que siempre: minimalista. Blanco en las paredes, cama mediana con un cobertor blanco sencillo con tres almohadones grises y, encima de ella, uno de mis cuadros artísticos se posaba en la pared haciendo un equilibrio perfecto de colores.

Al lado de la cama, un par de lienzos pintados se recostaban sobre la alfombra del suelo. En otra pared, que tenía tres repisas de madera, habían unas cuantas fotos de la Emma adolescente en el colegio con sus amiguitas y amiguitos *nerds*. Vaya, éramos muy felices e impopulares en ese tiempo, ¿cómo fue que perdí contacto con ellos?

Y finalmente: un escritorio en la misma línea de la cama, donde habían unos cuantos libros, revistas e implementos de arte que no llevé conmigo a Los Ángeles.

Tiré la maleta en la cama y la abrí, porque tenía mucha curiosidad de saber qué me había empacado Isabella.

Para mi desgracia, lo primero que se asomó perfectamente doblado era un vestido color gris. Uno que aborrecía con mi alma entera. Uno que me quedaba un poco más arriba de las rodillas, de una tela extremadamente delgada, que me regaló Isabella en uno de mis cumpleaños.

Con el ceño fruncido, saqué mi teléfono móvil para marcarle. Me respondió enseguida.

—*¡Hola querida! ¿Cómo va todo?*—escuché la voz de la perversa mujer que me hizo mi maleta—. *Ya los extraño a ti y a Matt.*

—Me empacaste ese asqueroso vestido que me regalaste para mi cumpleaños número veintiuno.

—*¡Lo sé! ¿Soy tan genial o qué?*

—Sabes que lo odio.

Isabella se rió.

—*Aún así, sabes que te queda espectacular*—dijo—. *Úsalo esta noche, ¿de acuerdo?*

—¿Esta noche? ¿Qué hay esta noche?

Silencio letal.

—¡Isabella!

—*Oh... creo que hablé demasiado*—fingió una risita nerviosa—. *Bueno... ¡Adiós!*

La llamada se cortó antes que pudiese obligarla a que me dijera.

—*¡EMMA ROSALIE BENNETT! ¡ESTA ES LA ÚLTIMA VEZ QUE TE LLAMO!*—resonaron los gritos fastidiados de mi mamá por enésima vez en la mañana.

Pero yo solo podía pensar en una cosa: Matt escondía otra de sus alucinantes sorpresas.

Y no pretendía decírmela.



A las once de la mañana, de un día nublado en Seattle, estábamos mi mamá, papá, Matt y yo sentados en la mesa de la cocina, comiendo lasaña. Porque... seamos honestos... ¿Quién en este maldito mundo respeta las horas en que se desayuna o almuerza?

—Pero qué lasaña tan exquisita, Robert—comentó Matt confiando.

«Robert». Se tomaba tan en serio todo lo que le decían mis padres.

—Gracias, Matt—replicó mi papá.

—¿Por qué no le pides la receta?—dije de mal humor, comiendo un trozo—. Así puedes preparármela en casa.

—¡Linda! ¡Pero qué buen idea!

Juro que fue sarcasmo.

—Matt, querido, ¿cocinas?—preguntó mi mamá.

«Aquí vamos».

—No soy un experto, pero es uno de mis pasatiempos favoritos— replicó mi sensual, desobediente, enamorado y ahora, competidor sirviente.

—¡Qué maravilla!—exclamó mamá—. Porque Emma es terrible.

Me ahogué con un trozo de pasta. Claro, ¿quiénes son tus padres sino aquellas personas que te aman en exceso y se esmeran en avergonzarte delante de los demás?

—Todo se le quema—complementó mi papá riéndose.

—Bueno, no todos nacimos para cocinar—me defendí.

—Definitivamente no tú, hija—dijo mamá.

—Desarrollé el maldito hemisferio derecho del cerebro, mamá— dije—, no el corazón de una chef. Los creativos no estamos destinados a cocinar ni saber matemáticas ni nada de esas cosas aburridas de gente aburrida.

—Yo sé matemáticas—protestó Matt.

—Sí, tú desarrollaste el otro hemisferio, el izquierdo, el de la lógica—repliqué—. El de la gente aburrida. Por eso siempre quieres controlar todo y me analizas. ¿No has visto el gráfico en Internet?

Leo muchas babosadas en Internet.

—No soy aburrido—se quejó Matt.

—¿Eso fue lo que sacaste de todo lo que te dije?!

—¡No soy aburrido!

—Sí lo eres. Eres un maldito aburrido.

Mamá puso una expresión de decepción. Se volvió hacia Matt.

—Sigue maldiciendo—le dijo, refiriéndose a mí por supuesto.

Matt sonrió.

—No he podido cambiarlo todavía, pero estoy trabajando en ello.

No juegues. ¿Ahora unían fuerzas para adiestrarme?

Fue el turno de mi mamá de sonreír.

—Matt, ¿dónde estuviste toda la vida de mi pequeña Emma?

Golpeé mi frente con una mano. Se suponía que yo debía decir eso, no ella, y no, no quería decirlo. Y después de todo, ¿a qué vida se refería? ¡Solo tenía veintitrés años!

Carraspeé.

—Así que...—allá iba, a cambiar el tema radicalmente—. ¿Qué sucede esta noche?

Todos quedaron en silencio. Uno muy pesado, perturbador, incómodo. Uno que me dieron ganas de salir huyendo y no haber preguntado nada.

—No sabes...—fue mi mamá quién rompió el silencio.

Abrí los ojos como dos platos.

—¿Tú sabes?!

Apartó la vista.

—No...—mintió.

¡Así que sí había algo! ¡Algo que no me querían decir!

Contemplé a Matt. Estaba muy concentrado comiéndose un trozo de lasaña tratando de evadir el momento a como de lugar.

—¿Le cuentas tus planes a todo el mundo menos a mí?

Balbuceó.

—Sí, necesito aliados—contestó recibiendo el semblante confundido de mis padres que ansiaban una explicación—. Oh, a Emma le gusta resistirse a mis encantos. Siente que le da integridad.

Mi boca cayó de la impresión.

—¿Cómo demonios sabes eso?!

—Recuerda que te analizo, tú misma lo acabas de decir—replicó, atacándome con su arma mortal—. Y respecto a esta noche, pues... haremos algo especial.

«Haremos algo especial», imité su vocecita de maniaco en mi cabeza. ¿Cuándo demonios no hacíamos cosas especiales? Me enojaba porque tenía razón: en verdad me costaba resistirme a su famoso encanto.

—Con que especial...—estiré mi brazos por debajo de la mesa para alcanzar su pierna, justo antes de la zona anterior a su rodilla—. Me encanta cuando hacemos cosas especiales—fingí emoción y empujé la zona, lo que hizo que él saltara en su lugar del electrizante efecto que le produjo.

Já, já, punto para mí. Ese inepto no sabía contra quién se estaba enfrentando.

—Matt, ¿estás bien?—preguntó mi mamá preocupada.

—Sí...—respondió él nervioso observándome impresionado por mi atrevimiento.

Entonces golpeó mi pie con su pie. No le presté atención.

—De verdad estamos muy felices que estén aquí—comentó papá—. Ojalá puedan venir más seguido.

—Estaremos encantados—respondió Matt.

De pronto sentí un pie que se deslizó por toda mi pierna causándome un atroz cosquilleo en todo mi organismo. Salté en mi silla, pero por desgracia, lo hice hacia un lado.

Así caí como idiota al suelo enfrente de todo el mundo.

Punto para Sinclair.

Me levanté de golpe en silencio y me senté rápidamente en la silla. Y como todos me estaban mirando desconcertados, pasé una mano por mi cabello para peinarlo pretendiendo que nada pasó.

Pero no funcionó. Todos esperaban una explicación, especialmente Matt que se mordía el labio para no soltar la risotada.

—¿Qué?—dije al final—. ¿Ahora uno no se puede caer de una silla en esta casa sin que lo juzguen?

Medio punto para mí.

—Somos tus padres, linda, sabes que siempre te juzgaremos—dijo papá agarrando la mano de mamá, a lo que ella concordó con un movimiento de cabeza.

Matt me agarró la mano.

—Y yo soy tu novio, siempre te juzgaré también.

Adiós medio punto.

—¡No eres mi novio!—me solté de su agarre gruñendo.

Los ojos confusos de mis padres cayeron sobre Matt.

—Oh—dijo él sereno—. A Emma le gusta negarme también.

Los tres explotaron en una carcajada tan sonora que me hizo sentir sulfurada. Suficiente, no tenía por qué soportar todo este maltrato psicológico.

Disgustada, tiré la servilleta de tela sobre la mesa y me fui de ahí gruñendo. Las risas no cesaron, solo se intensificaron. Así que huí directo a la terraza de la casa en busca de una paz que encontré pronto cuando me dediqué a ver el verde del jardín japonés de mi mamá.

Increíble, era parte de *dos* familias y las *dos* disfrutaban burlarse de mí cuando tenían la oportunidad. No solo era un imán de accidentes, como decía Matt, sino que ahora también era propensa a ser fastidiada.

El jardín de mamá también se veía igual que siempre, solo que mucho mejor. Estaba rodeado de la vegetación que ella más amaba: helechos, lirios japoneses, bambúes y una que otra planta característica de Seattle como lo eran los espliegos lavandas.

Pero lo que más destacaba era un árbol grande de cerezos muy frondoso que mamá amaba con su vida. Consiguió la semilla en una rara convención japonesa que hicieron en Seattle hace más de 17 años.

Me posé frente a él, admirándolo. Vaya... habíamos crecido muy rápido los dos.

—¿Cerezos, eh?

Esa voz...

Puse los ojos en blanco.

—Ve a seguir riéndote con mis padres, Matt. Soy muy egoísta como para compartir mi enojo contigo, prefiero disfrutar de él yo sola.

Matt se enfocó en el árbol. Sostuvo una de las ramas para examinarlas, lo que hizo que una de las flores se adhiriera a su mano.

—Están muy saludables—dijo viéndola más de cerca.

—No me digas que ahora eres botánico también.

—Para nada—replicó y dejó caer la flor—. Teníamos uno de éstos en casa porque era el árbol favorito de mi mamá, pero cuando ella falleció nadie supo cómo cuidarlo.

Bajé las revoluciones en mi interior. Siempre que hablaba de sus padres se me estrujaba tanto el corazón que quedaba completamente desarmada.

—No es tan difícil...

—Créeme, intenté cuidado, porque sabía cuánto ella lo amaba. Pero bueno, tú misma lo acabas de decir, no soy botánico.

De repente ya no quería seguir peleando con nadie. Siempre que Matt hablaba de su padres lo hacía con tanto amor que sentía un profundo arrepentimiento hacia los sentimientos negativos. Hasta me inspiraba a querer apreciar más a mis padres. Aunque me sacaban de quicio, debía tratarlos como se merecían. Simplemente no sabes cuándo dejarán de estar contigo.

—La razón por la que la gente disfruta fastidiarte es precisamente porque te fastidias—murmuró Matt sabiendo que ya podíamos hablar al respecto.

—Sí, tú disfrutas eso, ¿no?

—Mucho—contestó honestamente—. Yo porque me deleito viendo cuán adorable eres cuando te enojas, pero fuera de nosotros, la gente se siente bien sabiendo que te han fastidiado. La clave, Emma, es pretender que no te afecta.

El enojo desapareció con un suspiro. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba siempre controlar mi carácter explosivo? Era como si yo fuera una bomba a punto de estallar y él siempre supiera cuál cable cortar para desactivarla.

—Cuando logras evadir los efectos negativos que pueden producir los demás sobre ti, vives más feliz.

Caminó, entonces, en dirección a la terraza que estaba detrás nuestro, dejándome pensativa. Aproveché el momento para hacer una rápida inspección de las famosas remodelaciones que mamá supuestamente hizo.

No notaba nada nuevo. Solo reorganizó todo para que la mesa de *ping pong* de papá resaltara en medio de todo y cambió las baldosas desgastadas del suelo por una madera que se sentía muy resistente.

—¿Juegas?—preguntó Matt llegando hasta la mesa de *ping pong*.

¿Que si jugaba? Tenía el maldito *ping pong* en la sangre. Jugaba desde que tenía uso de razón. Mi papá era campeón internacional, si yo no jugara sería una terrible hija.

Reí malévolamente en mi interior. Era el momento apropiado para vengarme por haberse burlado de mí delante de mis padres.

—No—me hice la idiota—. Nunca pude aprender. Me falta mucha coordinación y esa pelotita... estoy como ciega, nunca la veo.

La venganza... es una dulce torta fría con crema *chantilly* y fresas encima. Sí, así de deliciosa.

—¿No dijiste que tu papá es campeón internacional? Vi los trofeos cuando entramos.

Negué con la cabeza.

—Lo siento. No heredé sus habilidades para jugar.

Matt agarró las dos raquetas que estaban en una pequeña mesa al lado de la mesa principal y me tiró una. La dejé caer a propósito.

—¿Y así quieres que sea tu novia?—la recogí—. No sabes tratar a una mujer.

—¿Ni siquiera puedes atrapar una raqueta?—se rió en mi cara.

«Ríe todo lo que quieras, Sinclair. El que ríe al último, ríe mejor. Y obviamente seré yo».

—Te digo que no nací ni para cocinar, ni para las matemáticas, ni para el *ping pong*—me puse del otro lado de la mesa—. Así que tú disfruta ganándome.

Matt agarró una de las pelotas que estaban en un frasco de cristal y la tiró a lo largo del tablero, permitiendo que rebotara hasta mi lugar. Me hice a un lado para que cayera a propósito.

—¡Vaya! En verdad creo que soy terrible—exclamé aguantándome la risa. Esto se pondría tan bueno.

Matt me sonrió.

—Tú saca—dijo—. Te trataré muy suave solo porque quiero que seas mi novia.

Pobre ingenuo.

—Qué lindo tú—pretendí emoción.

Agarré la pelota del suelo, la sostuve entre mi dedo índice y pulgar y la alcé en el aire para mostrársela a Matt, quien era mi contrincante. Una de las reglas más fundamentales del *ping pong*.

Entonces, con una sonrisa tímida, la dejé caer contra el tablero. Picó una vez y, justo cuando estaba por picar la segunda vez, la golpeé tan fuerte que pasó a velocidad luz encima de la malla del medio y chocó contra el hombro de Matt.

Su expresión no tuvo precio. Quedó tan impactado como aterrorizado.

—Por supuesto que juego—revelé—. Mi papá es campeón internacional, sería la más terrible hija si no jugara.

Matt, atacándome con su arma mortal, agarró la pelota que lo golpeó. La tiró en el aire, picó una vez y la golpeó con fuerza hacia mí, como para probar contra quien se estaba enfrentando.

Ese saque era de niña. Así que apenas llegó, la choqué con la raqueta con tanta técnica que voló hasta el otro extremo y Matt tuvo que quitarse del paso.

—Eso es por rechazarme—soné amenazante.

—Bien—dijo poniéndose de nuevo en posición—. No dejas de sorprenderme, Emma Bennett.

Oh sí, cinco puntos para mí.



Lo siguiente que supe es que me encontraba en un duelo feroz de *ping pong* con mi sensual, desobediente, enamorado y competidor sirviente. Ah sí, y que mis padres estaban sentados en unas sillas

viéndonos petrificados.

—¡Eres demasiado buena!—golpeó él la pelota.

—¡Y tú un competidor decente!—golpeé yo la pelota.

—¡VAMOS MATT!—exclamó mi mamá desde su asiento.

—¡MAMÁ!—me quejé indignada por el favoritismo.

La pelota cayó de mi lado y se me escapó por andar prestando atención a la dolorosa traición de la mujer que me dio a luz.

¡Argh! Punto para Matt. Y esta vez en un juego real.

—Quiero decir... ¡Vamos, Emma!—se corrigió mi mamá.

Pero era muy tarde. Ya había perdido el punto.

Seguí adelante. Recogí la pelota del suelo e hice el saque hacia Matt. Golpeé, él golpeó, yo golpeé y así seguimos en nuestro duelo feroz.

—Intentamos hacer que practicara ballet cuando era pequeña—empezó a recitar mi mamá. Oh no, no esta historia por favor—. ¿Recuerdas, querido?

—Cómo olvidarlo, mi amor—respondió mi papá.

—En verdad pensé que el ballet sería lo tuyo, ¿a qué niña de seis años no le gustaría ser bailarina profesional?—continuó mamá.

—A casi ninguna—repliqué.

A Matt se le escapó la pelota. La recogió de su lado e hizo el saque con destreza. Tenía técnica, tal vez incluso experiencia, pero se notaba que no jugaba en mucho tiempo como yo.

—Al principio tenía problemas con los estiramientos y se quejaba con la instructora, pero de menos todo bien.

Me resbalé, pero logré golpear. Matt alcanzó la pelota a tiempo y me la devolvió.

—Pero al séptimo día, cuando ya pensaba que se estaba acoplando a la rutina—siguió contando mi mamá—, me llaman de la academia para decirme que se estaba halando de las greñas con una niña.

Matt se rió. Se le escapó la pelota. Gané un punto. La sacó en mi dirección.

—Cuando llego, tenía a la pobre niña en el suelo debajo de ella y le gritaba que la dejara en paz mientras le halaba su cabello trenzado.

—¡Se estaba burlando de mi *tutú*!—dije, casi se me escapó la pelota, pero la golpeé con fuerza e hice otro punto. Bien, faltaban dos más para ganar.

—Jamás lo olvidaré—siguió mamá—. «Tú, tonta, búrlate una vez

más de mi *tutú* y te destrozo el tuyo»—imitó mi voz de infante—. Ahí supimos que no sería una bailarina profesional.

Matt sacó la pelota, pero chocó contra la malla del medio. Gruñó, pero yo me reí. Punto gratis para mí. Estábamos empatados ahora, si en esta lograba hacer que la perdiera de vista, ganaba.

—Emma estaba tan devastada que Robert empezó a enseñarle a jugar ese mismo día—mi mamá se rió—. Y desde entonces demostró mucho entusiasmo, ¿quién iba a decir que el arte y el *ping pong* serían lo suyo?

Sostuve el mango de la raqueta al estilo «presa asiática», una técnica que me enseñó mi papá lo que me permitiría mover la muñeca más libremente.

—El *ping pong* era más divertido—declaré.

—Por supuesto que lo era, hija—concordó mamá—. Tenías que verte, correteabas esa pelotilla como si fueses un perrito.

La pelota llegó hasta mí, fingí que la golpeaba hacia el lado izquierdo, pero en realidad la golpeé ferozmente hacia la derecha.

La pelota picó en mi lado, pasó por encima de la malla tan velozmente que se les escapó a Matt de sus oceánicos ojos azules y rozó su torso rebotando hacia el suelo.

Gané... ¡Gané! ¡Maldita sea, estaba que ardía, gané!

—¡Tú pierdes, Sinclair!—grité victoriosa tirando la raqueta contra la mesa y alzando los brazos en el aire. Mamá y papá se levantaron de su asiento gritando de emoción.

Mientras reía orgullosa de mí misma, corrí hasta mis padres que me recibieron con los brazos abiertos. Saltamos los tres abrazaos como si fuese un triunfo de grupo, lo que me trajo los más maravillosos recuerdos de cuando competía en torneos infantiles. Sucedió exactamente lo mismo ganara o perdiera.

Llena de regocijo, me aferré a los brazos de los dos dándome cuenta de cuándo me hacía falta. Amaba con toda mi alma a este par, definitivamente debía visitarlos más seguido.

Me separé de mis padres cuando me percaté que Matt se acercaba a nosotros con su arma mortal de perdedor en el rostro. Se posó frente a mí y estiró la mano en mi dirección.

—Bien jugado, Bennett.

Quería que se la estrechara, como era común al final de un partido,

pero esto ya no era una competencia para mí. Era algo más. Algo que desde ese instante lo significó todo para mí.

Así que en vez de estrechar su mano, me tiré en sus brazos que me acogieron con una calidez embelesadora. Me alzó en el aire embrujándome con su melodiosa risa y sentí su boca acercarse a mi oído para susurrar:

—Es el momento perfecto para que aceptes ser mi novia.

De verdad no se rendiría con eso.

Me aferré más a sus brazos. Y decidí darle esperanza:

—Pronto, Matt... muy pronto.

Porque la tenía.

Y porque él la merecía también.

Corazones de acero

El resto de la tarde nos la pasamos de maravilla en la terraza conversando acerca de temas variados con mis padres.

Aproveché el agradable momento para actualizarlos con todo lo reciente que había pasado en mi vida: la alucinante estancia en la Mansión Sinclair, las obras artísticas que logramos vender en 4,500 dólares, los nuevos trabajos que me llovían a cántaros y mi nueva rutina matutina que consistía en un desayuno saludable y trotar al menos cuarenta minutos por las hermosas calles de Beverly Hills. Vaya... y todo eso gracias a Matt. Obviamente eso último no se los dije, era imposible que admitiera en voz alta que este maravilloso joven estaba cambiando mi vida. Pero en mi corazón, lo tenía muy claro.

Mis padres le hicieron un interminable interrogatorio a Matt sobre su vida, porque bueno, debían seguir el protocolo. Él les contó sobre el fallecimiento de sus padres, sus negocios, pasatiempos (omitió la parte de los deportes extremos) y también un poco sobre Joseph y Jane y lo unidos que eran.

El agradable momento terminó a eso de las 6:00 p.m., cuando Matt me recordó que tenía una sorpresa para mí y que era hora de alistarnos para ella.

No protesté. Estaba ansiosa, porque aunque no lo admitiera, amaba sus sorpresas. Estaba aprendiendo a valorarlas como lo merecían.

Matt me indicó que solo tenía media hora para arreglarme, así que corrí a mi habitación sin querer perder ni un solo minuto. Sin embargo, al entrar, noté que mi teléfono móvil, que había dejado sobre la cama, estaba lleno de notificaciones, cosa que no me sucedía a menudo. Notificaciones que no pude evitar revisar.

Habían correos de gente interesada en mis trabajos, comentarios a través de las redes sociales y un par de mensajes de Isabella:

Isabella:
Usa el vestido hoy ;)

Tenía alrededor de una hora de haberlo enviado. Así que decidí responderle enseguida para que no se quedara con la duda.

Emma:

No me pondré ese asqueroso vestido.

Isabella:

ÚSALO >:(

Suspiré. No es que el vestido estuviese mal, era el color. Era gris y el gris es el color que más aborrezco. Es un ridículo híbrido entre el negro y el blanco, es decir, ni siquiera tiene personalidad propia. El gris no debería ser un color. ¡Todos unidos por un mundo sin el color gris!

Saqué el vestido de la maleta, lo puse sobre la cama y di un hondo respiro. Pero qué color tan horrendo.

Mi móvil volvió a vibrar tras otro mensaje de Isabella:

Isabella:

Y me mandas una foto porfis ;)

Esta vez no me inmuté en responderle. Entré al baño, me di una ducha rápida y salí para ponerme el horroroso vestido gris que Isabella jamás debió regalarme.

Me paré frente al espejo para examinarme. De acuerdo, tal vez no estaba tan mal. No tenía mangas, se extendía hasta un poco antes de las rodillas y tenía un vuelo que resaltaba muy bien mis piernas. Además, lo adornaba una única raya rosa en la cintura como para decir que no era enteramente gris.

¡Ping! Sonó otra vez el sonido de notificación de mi móvil:

Isabella:

MÁNDAME UNA FOTO >:(

¡Dios mío! ¡Qué intensidad!

Activé la cámara del teléfono. Lo enfoqué hacia el espejo que reflejaba mi imagen. Así, con el glamour a su máximo esplendor, saqué el dedo del medio, lo que era una grosería y sabía fastidiaría a Isabella.

Capturé la foto, la envié y me reí en mi interior. Pensé que eso debía bastar para que Isabella no me siguiera molestando, pero me

equivocé. Mi móvil comenzó a vibrar como loco, pero no le pude prestar atención, porque justo en ese momento, la puerta de mi habitación se abrió descubriendo el feliz rostro de mi mamá, quien soltó un pequeño gemido de emoción tras verme.

—¡Qué hermosa es mi hija!—dijo y cerró la puerta—. Querida, ¿tú elegiste tan precioso vestido? ¡El color te queda muy bien!

No juegues. ¿Cómo podían crucificarme de esta manera?

Fingí una sonrisa.

—Gracias, mamá.

—Ven acá—me arrastró hacia ella.

Enredó sus dedos en mi cabello para peinarlo. Luego salió de la habitación y regresó al instante con su estuche de maquillaje. Ella sí disfrutaba tapar sus poros con esa maldad en polvo creada por el ser humano.

Sacó una brocha. Me empezó a maquillar con ella.

—Qué hermosa, talentosa e inteligente es mi hija—murmuró, segura de sus palabras—. Mírate, Emma, estás tan enamorada.

Eh, eh... alto ahí.

—No estoy enamorada.

—Sí lo estás—discutió—. Te conozco hija mía, y lo estás. Nunca, desde que naciste, había visto tus ojos brillar así, ni cuando le ganabas a tu padre en *ping pong*, ni tampoco cuando estabas con Olivio.

¿Era completamente necesario que lo trajera a colación?

—Y está bien que lo estés—continuó—, porque tienes un novio maravilloso que te valora por lo que eres y te trata como lo mereces.

Bueno allá iba, a arruinarle todos sus sueños y esperanzas.

—No es mi novio—relevé.

Sonrió fervientemente conectando su mirada con la mía.

—Pero podría serlo, si se lo permitieras.

Un momento, ¿ella lo sabía? ¿Cómo?

«Necesito aliados», recordé de la nada las palabras de Matt que respondieron mi pregunta. Era increíble cómo cada cosa que decía tenía un significado oculto, pero a la vez visible, si sabías cómo interpretarlo.

Apuesto que desde que había conseguido el usuario de Skype de mi mamá, se la habían pasado hablando a mis espaldas. Era la única razón coherente que encontraba para que le estuviese atinando a todo últimamente. Eso y que me analizaba.

Mamá terminó de maquillarme, regresó todos los instrumentos a la maleta y la cerró. Entonces se acercó más a mí para darme un abrazo.

—No hay por qué temer, Emma—murmuró—. Él no te va a romper el corazón como Olivio.

—Oliver.

—Eso—replicó—. Y ahora, querida, cambia ese rostro tuyo amargado a una gran sonrisa, Matt tiene algo muy especial preparado para ti. Trátalo bien hoy.

Las madres y sus sermones mágicos. Pero, ¿qué sería de mí sin ella? ¿Cuándo era que la había distanciado tanto de mi vida y por qué tomé esa decisión tan irracional?

Me acomodé en su hombro, disfrutando cada segundo de este abrazo tan entrañable que estábamos teniendo.

—Quiero que seas feliz, hija.

—Todos, mamá.

—Todos los que te queremos—me apretó más—. Los que de verdad importamos en tu vida.

Se alejó, retrocediendo varios pasos hasta llegar a la puerta y salió, pues me conocía bien. Sabía que necesitaba un momento más, a solas, para mí.

Me contemplé en el espejo.

«Te ves bien, soqueta», escuché los aplausos orgullosos por parte de mi subconsciente. Tenía razón. Me veía bien, saludable, llena de una energía muy positiva.

¿Y este nuevo «yo», qué? ¿Cuándo fue que cambié tanto? ¿Dónde quedó la Emma de cabello divertido que guardaba una servilleta con un «te amo» escrito por su ex-novio porque ansiaba volver con él?

«Ya lo superamos, linda», consoló mi corazón. «Es obvio que mereces algo mejor», complementó mi raciocinio.

Ah... mis tres alter ego se ponían de acuerdo. Hasta ellas habían madurado. O quizás, solo quizás, cuando vas en la dirección correcta, nada puede llevarte la contraria.

¡Ping! ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!, mi teléfono estaba por estallar de tantas notificaciones. Corrí a buscarlo, pero solo me encontré con mil mensajes de Isabella:

Isabella:

¡ESPERO QUE NO VAYAS CON ESE
DEDO A TU CITA!

Isabella:
Pero te queda espectacular el vestido <3

Isabella:
¿Te peinaste?

Isabella:
EMMA BENNETT, PÉINATE
ESE ESPANTAPÁJAROS

Isabella:
Emma.

Isabella:
Emma. Emma. Emma.

Isabella:
¡¡EMMA!!!

Isabella:
Le enviaré la foto del dedo a Matt.

Isabella:
TE JURO QUE SE LA ENVÍO SI
NO ME CONTESTAS.

Intensidad nivel: Te exploto el teléfono móvil en notificaciones si no me contestas. Suspiré. Porque suspirar era lo único que podía hacer cuando se trataba de Isabella. También le respondí:

Emma:
Sí me peiné.

Isabella:
Oh, qué bien <3 <3 <3

Guardé mi teléfono en la cartera por lo que quedaba de hoy, quería desconectarme de sus ocurrencias. Y tras agarrar un abrigo para llevarlo conmigo, salí de la habitación.

Justo cuando iba llegando a las escaleras para descenderlas, escuché algunas voces que platicaban entre ellas:

—Es nuestro más grande tesoro, no queremos verla sufrir de nuevo—decía la voz gruesa mi papá.

¡Pero si ellos no me vieron!

«Cállate, Emma y escucha».

—Robert—replicó la voz de Matt—. ¿Me cree si le digo que Emma es mi más grande tesoro también? Sería incapaz de hacerle algo que la lastime.

Oh, demonios. Esto era demasiado, necesitaba interrumpir.

Bajé las escaleras corriendo, pero, para variar, se me enredaron los pies en el último escalón y casi rodeé hasta ellos. Por suerte, logré agarrarme del barandal a tiempo, lo que me hizo quedar frente a Matt y papá, quienes estaban en el recibidor.

Ambos me miraron horrorizados.

—Ya me conocen...—reí, nerviosa—. Yo y mis entradas épicas.

Matt cambió su semblante a uno de genuina felicidad.

—Y el vestido épico...—llegó hasta mí para agarrar mis manos—. Voy a tener que decirle a Isabella que te haga la maleta más seguido.

No, por favor. Todo menos eso.

Me deleité durante unas milésimas de segundo viendo el azul de su iris, que cada día que pasaba se veía más resplandeciente.

—Tus oceánicos ojos brillan.

Una de sus manos recorrió uno de mis pómulos, lo que me ocasionó un leve cosquilleo en el estómago. Y ahí estaba de nuevo... la maldita fuerza electrizante.

Mis oceánicos ojos están contemplando lo más hermoso de este planeta.

Genial, yo estaba muy positiva y él muy novelero. Oficialmente estábamos perdidos.

Una presencia masculina carraspeó. ¡Oh! ¡Mi papá! Ciertamente estaba ahí.

Ruborizada, solté las manos de Matt para ponerlas detrás de mi espalda. Él, en cambio, no aparentaba estar avergonzado. Era un libro

abierto, completamente honesto sobre quién era y lo que quería transmitir a los demás.

—¡Diviértanse!—interrumpió de pronto la voz de mi mamá saliendo de la cocina—. No los esperaremos despiertos.

Ah... mi mamá. Siempre pretendía ser tan liberal. Las únicas ocasiones en las que no lo era, era cuando salía con Olivio. Digo, Oliver. Jamás lo olvidaré: «Emma Rosalie, o regresar hoy antes de las ocho de la noche o te desheredo». Y eso que íbamos saliendo a las siete de la noche.

—Por favor cuida de ella—le dijo papá a Matt.

Matt encontró mis manos detrás de mi espalda y la sostuvo entrelazando sus dedos con los míos.

—Siempre—declaró ofreciéndole seguridad a mis padres.

Mamá y papá nos despidieron afuera, como si su única hija fuese a su primera fiesta de quinceañera con su primer pretendiente. Demonios, mis padres sí que eran anticuados.

—Mi «pronto a ser novia» es muy sensual—susurró Matt mientras me conducía al auto.

Me reí.

—Tal vez necesitas gafas.

—Uso gafas—replicó—. De contacto. Transparentes.

Vaya, una novedad. No era tan perfecto después de todo.

—Sabía que ese azul oceánico tan acentuado no era normal.

Estando en el auto, me acomodé en mi asiento de copiloto, todavía admirando a mis padres que seguían parados en la entrada.

—¿Lista?—Matt encendió el motor del auto.

—Nunca.

Agarró el cinturón de seguridad, lo pasó a través de mi torso y lo aseguró a la hebilla en su respectivo enganche.

—Estoy cumpliendo mi misión entonces.

Entretanto que ponía el auto en marcha, me entretuve observando a mis padres hasta el último instante. Se veían tan felices. Por ellos, por mí y por todo lo que representaba nuestra vida. Vaya que los extrañaba.

Y entonces, una cuestionante llegó a mi mente.

—¿Es difícil para ti?—la solté hacia Matt, sin más, porque no había ninguna forma sencilla de hacerle esta pregunta.

—¿A qué te refieres?

Tragué. No estaba segura si debía adentrarme en este tema, pero

era importante para mí saber que él estaba bien. Y de hecho, ahora que lo pensaba detenidamente, me daba cuenta que se había vuelto unas de mis prioridades también.

—Verme con mis padres—balbuceé—. ¿Es difícil para ti? ¿Te hace sentir triste?

Se mantuvo en silencio, concentrado en la carretera, pero al final sonrió, agarró mi mano y la besó.

—No—respondió—. Es imposible que me sienta triste viéndote ser tan feliz.

Mi corazón se estremeció, pero de la ventura que habitaba en él. Sí, mi nueva prioridad era que Matt se encontrara bien, pero esa había sido su prioridad conmigo desde el inicio. Desde el momento que prometió que sanaría mi corazón.

Y ahora mi corazón se sentía sólido, como si hubiese sido forjado con el mismo acero. Todo gracias a Matt. Pero... ¿Qué pasaba con su corazón? ¿A quién tenía Matt para encargarse de forjar tal metal tan resistente en él?

La realidad era que yo sabía mejor que nadie la respuesta a esa interrogante, pero no estaba segura si estaba lista para aferrarme a ella.



Nos tomó alrededor de media hora llegar al lugar de la «sorpresa». Aún así, por la ruta que Matt estaba siguiendo, sentí que sabía exactamente hacia dónde nos dirigíamos. Podía engañarme en cualquier lugar del planeta, menos en Seattle, que era mi territorio.

Lo que sí me sorprendía era cómo conocía tan bien las calles sin siquiera recurrir al mapa de su teléfono móvil. Me hizo suponer que se probablemente se había estudiado el mapa en detalle antes de venir. Porque así de cerebritito era Matt.

Era normal. Matt era el hemisferio izquierdo del cerebro, todo lo planificaba. Yo era más espontánea, por eso solía tener tan mala suerte y atraía tantos accidentes.

Bajé los párpados tan solo un instante, pero cuando los subí, estábamos rodeados de la torre más magistral de Seattle, uno de los trabajos arquitectónicos más magníficos de todos los tiempos: La Aguja Espacial, el símbolo de la región.

—Oh, por Dios...—mis ojos se abrieron ante la impresión—. Pensé que íbamos a otro lugar.

—¿A dónde?—preguntó Matt divertido.

—¡No sé! Al centro de ciencia o algo así—exclamé—. Por la ruta que estabas tomando juré que íbamos a uno de por aquí.

Los centros de ciencia, otro de los atractivos de Seattle, eran instituciones educativas donde turistas podían explorar cientos de exposiciones interactivas como ver mariposas tropicales y otras actividades familiares.

—Pero qué aburrido—Matt detuvo el auto—. ¿En verdad piensas que soy así de aburrido?

Siguió riéndose, mientras yo parpadeé a mil, incrédula.

—¡Me engañaste en mi propia ciudad!—exclamé—. Tomaste una ruta distinta para despistarme.

Se bajó del auto y, como de costumbre, fue hasta mi puerta para entregarme su mano y ayudarme a bajar como damisela de cuento de hadas.

—Admito que consideré llevarte a un centro de ciencia, pero no creo que disfrutes tanto la ciencia ni nada de esas «cosas aburridas de gente aburrida»—me atacó con mi propia frase. ¿Cómo se las memorizaba tan rápido?

Emprendimos camino juntos a través de los estacionamientos hasta llegar a la entrada del lugar, donde solo había un guardia de seguridad que nos saludó como si nos estuviese esperando.

—¿Señor Sinclair? ¿Señorita Bennett?—preguntó.

Oh sí, definitivamente nos esperaba.

Matt y yo asentimos con la cabeza.

—Por favor pasen.

Pasamos por toda la plaza principal, donde una fuente decoraba la entrada, pero ni un alma habitaba los alrededores. El lugar estaba inexplicablemente desierto, como si nadie hubiese querido visitar la Aguja Espacial hoy.

Nos detuvimos frente a la magistral torre que asemejaba ser una aguja rematada por un disco que recordaba a un objeto volador no identificado o por lo menos así habíamos aprendido a verla los ciudadanos de Seattle.

—Emma Bennett—recitó Matt mi nombre con orgullo—.

Bienvenida a nuestra segunda cita—sonrió—. Y esta vez no traje vino.

Las luces neón y alógenas alumbraban la Aguja Espacial tan maravillosamente que cada detalle se reflejaba en su máximo esplendor. Me acordé de la única vez que había tenido la oportunidad de visitarla.

—La última vez que vine era muy pequeña—le conté a Matt—. ¿Cómo conseguiste entradas? Están vendidas durante todo el año.

—¿Acaso sabes con quién estás saliendo?

—¿El presidente de los Estados Unidos de América?

El presidente de los Estados Unidos de América. Que todo lo puede, todo lo tiene, que va a donde quiere. Vamos, ¡yo era muy graciosa!

—El presidente desearía ser yo.

—Yo desearía ser el presidente.

Matt soltó una risotada. ¿Ven? Era graciosa.

Entonces me rodeó con su brazo para conducirme hasta la segunda entrada de la torre, donde una ascensor abría sus compuertas invitándonos a pasar.

—¿Quieres que lo llame y lo invite a nuestra segunda cita?—Matt me siguió el chiste.

—Sí, claro, como si tú pudieses hablar con el presidente.

Las compuertas se cerraron.

—No me retes, Emma. No me retes.

Tenía razón. Así que desde ese día decidí que no lo haría.



Más de 600 pies sobre la tierra, ésa era la altitud en la que nos encontrábamos cuando el ascensor abrió sus compuertas por segunda vez en el penúltimo nivel de la torre: El SkyCity, una de las piezas principales de la Aguja Espacial. Era un restaurante giratorio que tenía los mejores platillos de Seattle. En él, se tenía la sensación de estar comiendo en el aire.

Pero, con todo y lo famoso que era, estaba vacío y oscuro. Tampoco había ninguna alma humana tal como en la entrada. Era como si estuviesen cerrados por la noche.

Estaba por abandonar el ascensor, hasta que Matt me detuvo.

—Lo siento, piso equivocado—me atacó con su arma mortal.

Alcé una ceja.

—¿El restaurante está cerrado por hoy?

—Algo así.

Ahí caí en cuenta de lo que estaba sucediendo. No era inexplicable que no hubiese un alma humana en la Aguja Espacial hoy. Tenía perfecto sentido.

—Oh por Dios...—solté impresionada—. Matthew Sinclair, ¿reservaste toda la Aguja Espacial para esta noche?

—Sí, ni siquiera el presidente puede venir aquí hoy—replicó divertido.

Mi boca cayó al suelo del ascensor. Lo más triste de todo era que me podía imaginar la escena: «¿Hola? Sí, quisiera reservar toda la Aguja Espacial, por favor», «¿Perdón?», «Lo que escuchó, quiero reservar toda la torre» «Señor, usted no puede reservar toda la Aguja Espacial», «Pagaré el dinero que hacen en una noche», «Que no, señor, no puede reservar toda la Aguja Espacial», «Bien, ustedes ganan. Pagaré el dinero que hacen en una semana», «Reservado».

Matt era increíble. Retorcidamente increíble.

La puerta se abrió en el último nivel de la torre, el más imponente de todos: el O Deck, que ofrecía una vista de 360 grados sin obstáculos, donde los visitantes podían disfrutar de un magistral panorama de la ciudad de Seattle.

Me posé frente al barandal para deleitarme con la vista panorámica. El sol acababa de descender del cielo y la brisa vespertina advertía que sería una noche muy fría.

Las innumerables luces de los edificios encandilaron mis iris. Sin embargo, cuando éstos se acostumbraron a la iluminación, contemplé la ciudad metropolitana más grande del estado de Washington. Una ciudad tan exquisita visualmente que no olvidaría jamás la vista desde esta altura.

No estaba preparada para esto. No estuve preparada para ninguna de las hermosas situaciones que había vivido en las últimas semanas. Pero estaba bien, porque cuando se está muy preparado para algo, no se disfruta genuinamente el momento.

—Un dato curioso sobre este lugar—Matt se posó a mi lado—. La forma superior de la torre recuerda a las naves extraterrestres que aparecen en las películas de ciencia ficción. Por eso el nombre «Aguja Espacial».

No era nada curioso para mí, pero qué lindo que se hubiese estudiado hasta la historia de la torre para nuestra cita.

—Así que pensé que te gustaría venir—prosiguió—, por está en tu ciudad natal y porque te gustan las novelas y películas de ciencia ficción.

Oh... pensaba en todo. En todo, todo.

—Mmm... te superas a ti mismo con cada cita—declaré—. ¿Cuánto pagaste por reservar la torre entera?

—Solo diré que—clavó sus ojos en los míos y me besó la mano—. El trabajo duro tiene su recompensa.

¿Eso qué significa? ¿Mil dólares o cuánto?

Decidí no preguntar, porque igual no me incumbía. Matt quería tener un gesto bonito conmigo y debía apreciarlo sin importar cuánto le hubiese sangrado la cartera.

¡Demonios! Era positiva y ahora no quería hurgar en las intenciones de Matt. Esto se ponía cada vez peor.

Tomados de la mano, dimos una vuelta entera por todo el mirador. Luego nos adentramos en un cuarto que desconocía existía en la torre, porque pues, la única vez que vine era muy joven para subir hasta acá.

Era un espacio extenso, pero solo había una única luz destellando en el medio. Era una vela, no podía equivocarme.

La lobreguez pasó a convertirse en una iluminación muy tenue que me permitió admirar lo que tenía frente a mí. Una única mesa redonda con un mantel blanco estaba ubicada en medio del salón y sobre ella, resaltaba una vela artificial cilíndrica.

Sonreí, profundamente emocionada. Porque lo estaba, vaya que lo estaba. Podía mentir muy bien en muchas cosas, pero hoy no. La dicha y el regocijo no me permitirían poner la muralla china que siempre ponía entre nosotros.

—Este ambiente combina perfectamente con mi vestido—hice un chiste porque era demasiado romanticismo.

—Ese vestido combinaría perfectamente con cualquier ambiente—contraatacó él tan inteligente, pero romántico, como nadie más podría lograrlo.

Matt arrastró hacia atrás la silla de la mesa invitándome a que me sentara en ella. Sentí que se pasaba de caballero, pero no me quejaría.

—¿Así que no hay ni una sola alma humana aquí a parte de nosotros?

—Solo el guardia de seguridad que está en la planta baja—se inclinó, para ponerse de cuclillas hasta conectar sus ojos con los míos—. ¿Me esperas aquí mientras traigo la cena para ti?

«Me derrito».

«Maldición, me derrito hasta convertirme en un licuado gris a causa de este terrible vestido».

Asentí con la cabeza, con una cara de estúpida embelesada ante lo romántico que era Matt.

—Bien, vuelvo en cinco minutos, no te muevas de aquí.

Pero obviamente apenas se fue me moví, porque necesitaba seguir mirando. Ésta era una oportunidad que seguro no se volvería a repetir. Necesitaba aprovecharla al máximo.

Curiosa, me levanté para aproximarme hasta unos enormes ventanales rectangulares que dejaban entrever los edificios de Seattle. Parecía tan poco tiempo desde que había dejado este lugar. Estuviera enamorada de Los Ángeles o no, Seattle era la mejor ciudad del mundo.

De repente, sentí que mis brazos favoritos me abrazaban la cintura desde la espalda.

—Nunca me obedeces...—murmuró mi sensual sirviente un poco dolido apretándome contra su abdomen.

—Y creo que nunca lo podré hacer. Mejor de acostumbras, Sinclair.

—Ya me acostumbré—giró mi cuerpo para que nos encontráramos de frente—. ¿Te gusta la vista?

—¿Te refieres a los edificios?

Sus labios se curvaron hacia arriba, peligrosamente provocativos. Pero qué ego el de este muchacho. Claramente con «vista» se refería a sí mismo.

—Vaya, Sinclair, pero en qué nube tan egocéntrica estás volando—le dije—. Es imposible que admita que disfruto verte.

Se rió, negando con la cabeza.

—Tú ganas.

No sé ni a qué rayos se refería, así que alcé una ceja.

—El juego que nos traíamos en la tarde—explicó—. Tú ganas. Obviamente la carta secreta que usé no funcionó. Eres más competitiva de lo que esperaba, así que si intento alejarte solo lograré hacer que te resistas más, no que te acerques a mí.

Vaya, vaya, vaya. Estaba positiva, indiferente a las intenciones de Matt y ahora le estaba llevando la contraria en nuestra tabla ficticia de puntuaciones. Yo era otra, definitivamente.

—Es por el vestido, ¿cierto? Me estás dejando ganar porque traigo puesto un vestido.

—No—pasó un dedo por mi frente para acariciarla—. Es por todo lo que eres y por todo en lo que te estás convirtiendo. Eres la misma maravillosa versión de edición limitada que conocí hace un tiempo, pero con algunas actualizaciones.

Sus dedos descendieron hasta una de mis mejillas, donde me transmitió una electricidad que se sintió perfectamente cómoda.

—¿Qué es, Emma?—cuestionó apesadumbrado—. ¿Qué es lo que tengo que hacer para que aceptes tener una relación conmigo?

Él lo preguntaba como si fuese algo sencillo de responder. Como si realmente yo supiera la respuesta. Como si alguien con el corazón roto en mil pedazos, pero en plena recuperación, supiera por qué teme tanto volver a tener una relación amorosa.

Lo miré con la misma pesadumbre. Supe en aquel momento que el corazón de Matt no era de acero, ni tampoco yo estaba contribuyendo a forjarlo con ese material. Y me dolía. Me dolía no poder aceptar ser su forjadora. Pero nadie que no sepa de metalurgia puede trabajar en ella, porque en vez de forjar metal, termina por corroerlo.

—Dime—insistió Matt cambiando su semblante a uno divertido, donde prefería no presionarme con el tema—. ¿Es saltar de un puente? ¿O saltar de esta torre?

Me sonó gran gracioso que tuve que reírme.

—Si saltaras de esta torre definitivamente te diría que sí.

Matt no rió conmigo. Me contempló muy serio, como intentando comprender mi respuesta. Claramente mi respuesta era un chiste, como la mayoría de las cosas que habíamos dicho a lo largo de la noche, pero élladeó su cabeza a un lado, como si de verdad fuese algo confuso para su cerebro.

—¿Solo eso?—preguntó desconcertado—. ¿En serio? ¿Eso es lo único que tengo que hacer?

Estaba segura que seguíamos con los chistes, así que asentí con la cabeza.

—Debiste decirlo antes.

Entonces introdujo su mano en el bolsillo de su pantalón y sacó su teléfono móvil para teclear un número en la pantalla.

Espera, espera, esto no parecía como que me estaba siguiendo el chiste. ¡Parecía que se lo estaba tomando en serio! ¡Santa madre de Dios! ¡Matt iba en serio con mi chiste oscuro!

—¿Qué haces?—le reclamé.

Me calló alzando una mano.

—Solo espero que cumplas con lo que acabas de decir—advirtió, activando el altavoz del móvil.

—¡Matt! ¿Qué hay?—resonó la voz de Will—. ¿Cómo están tus suegros?

—¿Cómo podría saberlo? Todavía no son mis suegros—replicó Matt—. Will, ¿de casualidad trajiste tu equipo de *bungee* contigo?

¿*Bungee*? ¿Qué era *bungee*?

Bungee, bungee, bungee.

¿SALTO *BUNGEE*? ¡Ese maldito deporte en el que atas tus pies a una cuerda y te tiras al vacío desde una altura en la que te puedes matar? ¡Cielo Santo! ¡Matt pretendía saltar de la Aguja Espacial!

—No, no, no...—me acerqué a él para ver si podía hacerlo entrar en razón, pero giró dándome la espalda.

—Sí, siempre lo llevo conmigo—replicó Will—. *A Naomi no le gusta, pero bueno, nunca sabes cuándo puedes encontrarte una gigantesca montaña de la cual tirarte.*

—¿Puedes traerlo a la Aguja Espacial?

No. no. no. Maldición, maldición, maldición.

—Matt...—Will hizo una pausa, tal vez dándose cuenta de las intenciones de su *DEMENTE* amigo—. ¿Qué demonios estás pensando hacer? ¿Esto es por Emma?

—¡Fue un chiste!—exclamé, desesperada.

—Sí—Matt me ignoró—. Aparentemente tengo que saltar de la Aguja Espacial para que acepte ser mi novia.

—¡Will! ¡No le hagas caso! ¡Fue un chiste!—corrí hasta Matt, pero se alejó de mí.

—Demonios, Matt, dame una hora, ¿de acuerdo?—Will sonó perturbado.

La llamada se colgó y yo me horroricé más.

—¡No vas a saltar de aquí, Matt!—le grité, exaltada.

—Muy tarde, Will ya viene en camino.

—¡Pues llámalo y dile que se cancela!—ordené—. ¡Fue un chiste! Así que te ordeno que marques su número, le digas que tuviste un ataque de locura de esos tuyos y que decidiste disfrutar de una cena normal conmigo como era el plan inicial.

Se cruzó de brazos.

—¿Por qué? ¿Temes que muera?

¿PERO CON QUÉ DEMENTE ESTABA ROMANCEANDO?

—SÍ, MATT, TEMO QUE MUERAS—le dije, porque en verdad eso era mi preocupación—. Llámalo ya, no vas a saltar de aquí.

Me pasó de largo hasta llegar a la ventana, donde se dedicó a examinar el exterior.

—Pero si solo son 600 pies de alto—dijo.

—¡605 pies!

—Claro, porque esos cinco pies adicionales me van a matar.

Corrí hasta él.

—¡Matthew Allan Sinclair!—le grité—. ¡No vas a saltar de este lugar! ¡Si tú no lo llamas, lo haré yo!

Sin pedir permiso, introduje mi mano en el bolsillo de su pantalón en busca de su teléfono móvil. Él se volteó, sacó el teléfono y lo alzó en el aire para que no pudiera alcanzarlo. Tocó rápidamente diversas áreas de la pantalla.

—¡Borrar, borrar, borrar!—exclamó refiriéndose al contacto de Will y el de Naomi también—. ¿«Está seguro que desea borrar este número»? ¡Por supuesto que lo estoy!

Abrí la boca, de la impresión.

—Ahí tienes, llámalo—me entregó el teléfono con una sonrisa complacida.

Enfurecí. ¿Será que lo golpeaba hasta que lo dejara inconsciente? Ese sería un buen plan para que no saltara. De hecho, era uno de los mejores planes que había tenido en mi vida.

De acuerdo, que iniciara la ejecución del Plan B: golpearlo hasta que no pudiese moverse más y quedara inconsciente.

—¡NO VAS A SALTAR!—grité, pegando un salto mortal desde mi posición hasta donde él estaba. Aterricé sobre su cuerpo abrazando su torso con mis piernas y golpeé su pecho con ambas manos empujando su cuerpo hacia atrás.

—¡AH, EMMA, MALDITA SEA!

Matt cayó de espaldas contra el suelo, por lo que caí sobre su pecho.

Seguí con el ataque, pero de la nada, Matt se empezó a reír.

—¡¿Qué haces?!—gritó.

Apaleé su rostro, mientras él intentaba protegerse con las manos.

—¡Te voy a golpear hasta que quedes inconsciente y no puedas ni pensar en saltar de aquí!

—¿Bromeas? ¿Con esas diminutas manos?—intentó tirarme hacia un lado, pero Emma Bennett era demasiado persistente—. ¡Me haces cosquillas!

—¡Cállate y desmáyate!

Tiró, de una sola, mis dos brazos hacia atrás.

—¡Ya, en serio! ¿Cómo hiciste para darle un puñetazo al socio de mi hermano con esas manos tan pequeñas?

Lo mataría. Juro que si moría hoy, no sería por el impacto que recibiría contra la planta baja al caer de la Aguja Espacial, sino por la paliza que le daría.

—¡Que te calles!—no me rendiría, quedaría inconsciente porque yo lo decía y punto.

Matt elevó el cuerpo de un tirón, como si hiciese abdominales, y tiró mi cuerpo hacia atrás sin mucho esfuerzo, confirmando lo débil que era. Aún así, seguí moviendo todas mis extremidades al mismo tiempo que gritaba como loca.

—¡No me digas que el vestido te da desventaja!—exclamó.

No lo dijo. Que alguien me diga que no usó el asqueroso vestido gris para atacar mi orgullo que estaba logrando domesticar.

La ira me consumió por completo. Liberé mi cuerpo del encarcelamiento en el que Matt me tenía usando lo último que me quedaba de energía y me tiré con todo mi peso hacia él.

Rodamos por todo el salón hasta abordar la pared del fondo con los amplios ventanales. Chocamos contra el vidrio, separándonos y quejándonos por lo torpes e idiotas que éramos.

Adiós liderazgo en la tabla ficticia de posiciones.



Tuve que detenerme. Tuve que abortar el Plan B porque me quedé sin aire. Porque era una debilucha de manos más pequeñas que mis estúpidos pulmones y orgullo.

También porque me dolía la espalda del golpe contra la pared.

¿Pero qué pareja normal armaba una disputa en la Aguja Espacial con insultos no ofensivos, pero tiernos?

Nosotros. Porque ni siquiera una cena normal podíamos tener.

Y ahora me encontraba sentada sobre una de las ventanas del Skycity, mirando cómo Will colaboraba con la deficiencia mental de Matt.

—No saltarás—dije por enésima vez, aún sabiendo que no podría detenerlo.

Sin embargo, debía intentar hasta el último minuto. Hasta el momento en que viera su cadáver en el suelo y decidiera enterrarlo en el jardín de la casa de mis padres.

Oh... mis padres se pondrían muy tristes con la noticia. Ya me parecía escucharlos: «Emma, mataste con tus chistes oscuros al único que pudo ser un buen novio para ti».

—A mí me parece que sí lo haré—discutió Matt. Amarraba una cuerda al lado de la ventana en la que me encontraba sentada. Pasó el otro extremo de la cuerda por mi cintura para atarla a ella y asegurar que no me caería por el barranco.

—Matthew Allan Sinclair—hablé con autoridad—. Te prohíbo que saltes de este lugar.

Se alejó, agachándose para rebuscar un uniforme especial de salto en una maleta que había traído Will. Entonces desabotonó la camisa que tenía puesta para tirarla a un lado, dejando al descubierto su sexy torso de deportista extremo.

Lo observé ruborizada y petrificada.

—Lo único que te permito prohibirme es que salga con alguien más—se quitó el pantalón. Maldita sea, hasta antes de morir era sensual—. Y eso ya me lo prohibiste, incluso mucho antes de enamorarme de ti.

Se puso el uniforme especial cubriendo su cuerpo que era un regalo del Cielo.

—Qué profundo tú—le dijo Will. Se veía bastante fastidiado. Tampoco estaba contento con la locura que estaba atacando a Matt en este momento—. Y qué generoso, por cierto, desnudándote enfrente de Emma.

Un espectáculo gratis para ella.

Tenía razón. Yo no me quejaba.

Me puse de pie sobre el suelo de metal que tenía enfrente. Era tan diminuto que un paso en falso y yo me moría primero.

—¿Por qué demonios no podemos tener una cita normal?—le dije, decepcionada.

Matt sacó otra cuerda de la maleta, la amarró al barandal. Luego sacó otra que amarró a sus pies.

—Porque no somos normales. Lo normal es aburrido.

—¡Seamos aburridos una vez en la vida!

Matt bufó mientras terminaba de amarrar otra cuerda al pie que tenía libre. Noté que Will también se amarraba a sí mismo a uno de las ventanas. Tenía una hija, por amor a Dios. Y una esposa que seguro lo maldeciría de por vida si se moría hoy aquí.

—No—Matt se volteó para examinar el abismo—. Digas lo que digas de mi hemisferio, no soy aburrido.

—Así que es por orgullo... Vas a tirarte de aquí porque te llamé aburrido y quieres demostrar que no lo eres—dije y perdí el control que quedaba—. ¡Yo soy la del orgullo, Matt! ¡No tú! ¡Así que suelta esas malditas cuerdas de tus tobillos y vamos a cenar como una pareja normal!

Matt también perdió el control que le quedaba.

—¡No somos pareja, Emma! ¡Si fuésemos pareja no me tendría que tirar de aquí!

—Bueno, esto es incómodo...—murmuró Will. Ahora estaba a mi lado vigilándome de cerca, asegurando mi vida quizás.

—Y si necesitas que salte de aquí para demostrarte cuándo quiero estar contigo...—se puso serio—. Lo haré. Y lo haré las veces que necesite hacerlo.

«Si es que no mueres antes de eso, claro».

Will se horrorizó.

—¿Acaso le lavaste el cerebro?!—me gritó con ceño fruncido, estupefacto ante las palabras tan irracionales de Matt.

Tal vez lo hice sin darme cuenta. Así como lo enamoré sin darme cuenta también.

—Y no todo se trata de ti, Emma—se giró hacia el abismo para continuar preparándose para su salto—. Es un sueño saltar de aquí, de hecho. Lo he visto en las películas y eso.

Di dos pasos hacia el frente, pero me aterró como gallina cuando el vértigo me atacó. Will me agarró por la cintura y arrastró hacia atrás.

—Sabes, la gente normal sueña con comprarse un auto nuevo o adquirir una casa ideal para su familia—le dije—. ¡Pero no! ¡Tú quieres saltar de la maldita Aguja Espacial!

—También sueño con estar contigo.

Me golpeé la frente con la palma de la mano.

—Eso tampoco es un sueño normal.

Matt se miró los pies, jugando con las cuerdas que los amarraban.

—Will, ¿así está bien?

Will se desesperó.

—¡No, Matt! ¡Por supuesto que no está bien!—gritó con todas sus fuerzas—. ¡Nada de esto lo está!

—¡Me refiero a las cuerdas!—exclamó Matt.

—Ah, sí. Sí, están bien así.

Fue mi turno de desesperarme.

—¡DILE QUE NO, MALDITA SEA!

Fue todo, estaba fuera de mis cabales. Mis tres áter ego acababan de abandonarme también. Me dijeron que yo era una tarada que todo lo arruinaba y huyeron de la escena.

Matt se dirigió, muy despacio, hacia el límite del suelo en el que estábamos reunidos. Echó un vistazo hacia el abismo que le esperaba. Dio un hondo respiro. No se veía para nada aterrado, de hecho, parecía estar completamente seguro de lo que hacía.

—¡No vas a saltar!—lo detuve antes que siguiera con su hazaña. Quería agotar un último recurso que se me había ocurrido—. ¡Es más! ¡Llamaré a Jane! ¡Ella te hará entrar en razón!

Saqué mi teléfono móvil de uno de mis zapatos. Lo tenía ahí guardado porque creí sería el lugar más seguro para él estando en esta situación tan amenazante.

Con el teléfono y corazón en el oído, llamé a Jane. Estaba segura que ella convencería a Matt de no persistir con esta locura.

Al cabo de tres timbradas, respondió:

—*¡Hola Emma! ¿Qué hay?*

—*¡Jane! ¡Matt quiere saltar de la Aguja Espacial!*

Hubo un diminuto silencio.

—*¿La Aguja Espacial?*—sonaba confundida—. *¿Esa torre*

espantosa con forma de platillo volador que está en Seattle?

Amaba la honestidad de Jane. La amaba con todo mi corazón.

—¡Sí! ¡Matt se volvió loco y quiere hacer un salto desde el penúltimo piso!

—¿Qué?! ¡Pon el altavoz!

«Se te acabó el juego, Sinclair».

Obedecí, activé el altavoz. Extendí el teléfono lo más cerca posible de Matt.

—*¡Matt!*

—Hola, hermana—replicó él, sereno, todavía examinando el abismo que le esperaba. Se veía tan lindo, concentrado e inteligente, que era completamente irónico que se comportara como un estúpido al querer saltar de esta torre.

—*¿En qué demonios estás pensando?! ¿Cómo así que te tirarás de la horrenda torre esa?!*

—Aparentemente tengo que saltar de aquí para que Emma acepte tener una relación amorosa conmigo.

—¡Fue un chiste!—aseguré, pero nadie me prestó atención.

Hubo un incómodo silencio.

—*Oh... ¿Es eso?*—Jane dejó de sonar perturbada.

—Sí—replicó Matt simplemente.

Nos invadió otro silencio que sentí me mataría.

—*Bien, salta.*

Y se cortó la llamada.

Me quedé en shock procesándolo en un instante que pareció eterno. ¿«Salta»? ¿Jane, la ingeniosa mente maestra que yo tenía en un altar de oro había dicho «salta»? ¿«SALTA»?! ¿Escuché bien o me quedé sorda?!

—No, no, no...—apreté el teléfono en mi mano—. ¡NO, NO, NO! —sentía que se me saldría el corazón de lo horrorizada que estaba.

Pero no me detuve, busqué enseguida el número de Joseph, quien no era una mente maestra, pero era muy sensato. Él sí lo convencería.

Matt puso un pie fuera de la base de metal, advirtiendo que se tiraría pronto.

—¡ALTO AHÍ! ¡Joseph no me desampará!—presioné «llamar» en la pantalla, esperando desesperada que Joseph respondiera, lo que hizo enseguida—. ¡JOSEPH, MATT SE QUIERE TIRAR DE LA AGUJA

ESPACIAL!

Joseph carraspeó en el altavoz. Parecía que se estaba riendo de algo.

—*Sí, Jane me comentaba de eso...*—dijo en un tono moderado—.

Matt, ¿por qué te vas a tirar de la Aguja Espacial?

—Porque si no lo hago, Emma nunca aceptará ser mi novia.

—*¿No piensas que es un poco extremo?*

«Un poco extremo»... Él pensaba que era un «poco» extremo.

—Para las mujeres extremas se necesitan medidas extremas.

—*Oh*—Joseph no perdió la calma en ningún momento. Hasta parecía que se estaba aguantando la risa.

Hubo otro silencio. El enésimo de la noche.

—*¿Y por qué no lo hiciste antes entonces?*

Y colgó la llamada.

¡¿QUÉ?! ¡ME IBA A DAR UN MALDITO INFARTO!

Temblé tan duro en mi lugar que se me resbaló el teléfono de la mano. Intenté agarrarlo, pero fue tan en vano, que se cayó por la perdición a la que Matt estaba a punto de tirarse.

—¡Mi teléfono!—grité despavorida.

—*¿Él también tiene que saltar de aquí para que aceptes ser su novia?*—soltó Matt un chiste. Uno que no me hizo nada de gracia.

¡No podía creer que todavía tuviese el descaro de bromear en el momento más terrorífico de toda mi vida! ¡Porque lo era! ¡No quería perder a Matt así!

Mi estúpido sirviente inhaló aire y giró su cuerpo en dirección a mí. Lo vi perpleja. Siguió, despacio, por el camino de metal que estaba debajo de nuestro y llegó hasta donde estaba para posarse frente a mí.

Sostuvo mi mano, la alzó un poco y la llevó hasta sus labios para besarla con especial dedicación.

—Por ti, Emma Bennett.

Caminó hacia atrás de espaldas, sin dejar de mirarme en ningún instante, hasta que llegó al límite que separaba la vida de la muerte. Estando ahí, estiró los brazos hacia ambos extremos.

«No, por favor. No quiero dejarlo ir», grité para mis adentros.

Finalmente, aún sin denotar ni una pizca de terror, se tiró de espaldas contra la perdición que le esperaba. La perdición para él, para su familia, para los que lo conocen, pero más que nada... para mí.

Lo contemplé salir de mi vida de la forma más atroz que había conocido. Luego de lamentarme mil veces por haber dicho ese estúpido chiste oscuro, me senté en el suelo enojada.

—Se tiró...—murmuré—. Es un estúpido... un estúpido.

Will se sentó a mi lado.

—Ése era...—estaba incrédulo también—. El mejor amigo que había tenido en toda mi vida.

—Es un estúpido...

—El mejor...

—Es un estúpido...—me levanté y acerqué al límite del suelo lo más que mi valentía de gallina me permitió—. ¡Eres un estúpido, Matt! ¡¿Me oyes?! ¡ERES UN ESTÚPIDO!

No creo que pudiese oírme, pero qué bien se sentía desahogarme.

La adrenalina empezó a recorrer todas mis entrañas. Fue una sensación de lo más rara, como si algo dentro de mí me dijera «Tu sensual sirvienta se acaba de tirar por ese abismo por ti... ¿Y tú pretendías quedarte de brazos cruzados sin hacer nada?»?

No.

Así que apelé a la parte más loca de mi ser y me apresuré en correr hasta la maleta de Will que, por casualidades de la vida y los malditos clichés de las terribles películas de romance, tenía otro uniforme especial para saltos.

—¿Emma?—preguntó Will desconcertado tratando de descifrar qué hacía—. ¡Emma! ¿Qué crees que haces?

Me quité los zapatos de tacón. Los tiré a un lado. Hice lo mismo con la chaqueta que me protegía del frío.

—¡EMMA!—gritó Will desesperado. Pobre, no tenía nada que ver con esto y ahora tenía que lidiar con dos dementes—. ¡Emma! ¡Deja eso ahí! ¡Ni se te ocurra!

No obedecí. Saqué el uniforme especial al mismo tiempo que perdí la parte sensata de mi cabeza. Parecía que se había tirado de la torre primero que yo.

—Emma, dame eso!

—¡No!—grité sulfurada—. ¡El chico de mi vida se acaba de tirar por ese abismo! ¡Al menos vamos a morir juntos!

—¡Emma, no vas a saltar de aquí!—Will trató de quitarme el uniforme. Lo alejé de él—. ¡Maldita sea! ¿Qué se fumaron ustedes dos

hoy?

Era oficial. No volvería a ver la Aguja Espacial con los mismos ojos.

Agarré el vuelo interior de mi vestido para tirarlo hacia arriba dejando ver mi ropa interior. Will gritó despavorido porque, pues, estaba a punto de desnudarme en su presencia.

Pero no me importaba, la adrenalina me había consumido en su totalidad. Así que terminé de sacar el vestido, quedando completamente descubierta.

—¡SANTA MADRE DE DIOS, EMMA!—Will estaba muy apenado—. ¡EMMA, NO!—se tapó los ojos—. ¡MATT, JURO QUE EMMA SE ESTÁ DESNUDANDO ENFRENTA MÍO! ¡NO SERÁS EL ÚNICO EN HABERLA VISTO!

Introduje mis pies en el uniforme y lo estiré hacia arriba.

—¡Que te enteres que él nunca me ha visto! ¡No hemos llegado hasta allá y ahora menos podremos!

Subí la cremallera hasta que estuviese perfectamente ajustado. Increíblemente parecía de mi talla y todo. Procedí a agarrar todas las cuerdas para intentar amarrarlas a mi cuerpo, pero Will me detuvo.

Me agarró de la cintura con ambos brazos para sacarme del cuadro de demencia en el que me encontraba.

—¡Will, suéltame!

—¡Ya fue suficiente, Emma!—trasladó mi cuerpo hasta la entrada que daba con el interior de la torre y me tiró dentro—. ¡Te pasa algo y Matt me mata!

—¡No te puede matar porque ya está muerto!

Me paré y corrí hasta la salida. Will me interceptó.

—¡Ni loco como ustedes dejaré que pases!

Lo empujé. Necesitaba quitarlo del camino. Me estaba estorbando cuando finalmente decidía morir con mi príncipe azul.

—¡Que te quites, Will!

—Lo siento, Emma, pero no puedo dejar que pases.

Fue su turno de empujarme hacia atrás, a lo que perdí el equilibrio. Caí al suelo, pero me levanté enseguida. No me daré por vencida. Estaba muy clara en mi objetivo de esa noche: pasar a la otra vida donde me estaba esperando mi príncipe.

Con esto en mente, golpeé la rodilla de Will con mi pie de

trotadora, cortesía de mi fallecido sirviente.

Will gritó adolorido, lo que me dio una oportunidad para volver a salir de la torre, pero antes que tan siquiera pudiese acercarme al límite del suelo, Will me abrazó por la cintura tumbándome hacia atrás. Se tiró encima mío mientras yo le rogaba que me dejase ir.

—Emma, basta—dijo muy serio—. ¿Que no te das cuenta? Matt se acaba de tirar en ese vacío por ti. Está tan seguro de sus sentimientos por ti que no le importa arriesgar su vida con tal de demostrártelo.

—¡Ya lo sé! ¡Por eso voy a morir con él! ¡Suéltame!

Debo confesar que morir no estaba entre mis planes de aquel día. De verdad creo que hubiese preferido la cena.

—¡Matt no está muerto! ¡Hemos hecho esto un millón de veces!

«¡Ding! ¡Ding!», el sonido del ascensor nos sacó de nuestra discusión sobre la mortalidad. Asustados, porque podía ser el guardia de seguridad que venía a meternos presos por el escándalo, nos callamos.

Las compuertas de metal del ascensor se abrieron dando paso a que apareciera la figura de una persona que no era autoritaria, pero vaya que tenía autoridad sobre mis emociones.

Matt, sofocado y despeinado, salió del ascensor. Se quitó la única cuerda que quedó amarrada a uno de sus tobillos.

—Primero que nada—dijo, tirándola con fuerza al suelo—. No soy un estúpido.

Mis palpitaciones se detuvieron. Me parecía demasiado increíble que todavía estuviese vivo.

—Y segundo—continuó, inhalando un poco de aire—. ¿Serás mi novia o no?

Sí, Emma.

Solo debías decir que sí.

Una estrella, un deseo

Éste es Matthew Sinclair.

El chico que conocí hace un tiempo durante un robo a mano armada en la ferretería más remota de Los Ángeles y a quién le salvé la vida.

El que prometió que sanaría mi corazón a toda costa y me gustó de inmediato porque me pareció que estaba tan chiflado como yo.

El héroe que logró sacarme de la oscuridad en la que me encontraba a causa de un patán que no supo valorar cuánto lo quería.

El bienaventurado que me enseñaba todo los días el valor de la felicidad y los grandes beneficios de disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

El desvergonzado que me confesó sus sentimientos durante un evento social enfrente de su familia y treinta invitados más, siendo irrelevante para él lo que ellos pudiesen pensar.

El abnegado que me trajo a mi ciudad natal a visitar a mis padres, sin importar cuánto pudiese dolerle a él revivir sus propias memorias paternas.

El demente que acababa de tirarse de espaldas desde el penúltimo piso de la Aguja Espacial para demostrarme cuánto ansiaba tener una relación seria conmigo.

«Dile que sí, tonta», mi subconsciente me apuntó la sien con un revolver. «Lo más lógico es que aceptes», mi raciocinio sonó tan sabio como siempre.

Solo había pasado un segundo. Y un segundo fue más que suficiente para recordar todos los momentos tan positivos que este desquiciado me había hecho vivir sin esperar absolutamente nada a cambio.

¿Entonces por qué estaba tan insegura? ¿Por qué no podía pronunciar un rotundo «sí» sin temer que pudiese pasar si lo hacía?

Algo tembló en mis piernas y manos. La adrenalina que recorría mil por hora mis tejidos, descendió, porque ahora tenía la seguridad que Matt estaba aquí, frente a mí, vivo. Que todavía podría disfrutar de esa

demencia suya que tanto me fascinaba.

Balbuocé, mientras Matt me contemplaba esperando pacientemente una respuesta sincera. Will, por su parte, estaba pasmado, lleno de ansiedad.

Exhalé el poco aire que me quedaba.

Y abrí mi bocota para decir:

—Dijiste que... no me presionarías...

Debo admitir que sonaba menos ridículo en mi cabeza. Sonaba como la razón perfectamente entendible para no aceptar tener una relación. Para pedir más tiempo. Para pedir paciencia.

Pero no, al salir de mi bocota, sonó completamente ridículo. Como una vil excusa proveniente de una vil cobarde.

Matt quedó petrificado. Sus oceánicos ojos parpadearon una sola vez y de ahí en adelante no parpadearon más. No se creía mi nefasta respuesta.

Will, en cambio, soltó un grito ahogado.

—«¡SÍ!» ¡SOLO TIENES QUE DECIR QUE SÍ!—se quitó la cuerda que mantenía amarrada a la cintura para estrellarla con rudeza contra el suelo—. ¡NO TIENE NADA DE MALO DECIR QUE SÍ!

Me quitó la cuerda que traía en la cintura para tirarla al suelo también. Luego, descontrolado, se fue directo al ascensor. Presionó el botón que lo llamaba.

—¡HÁGANME UN FAVOR Y NO ME INVITEN, JAMÁS, A VOLVER A HACER ALGO CON USTEDES! ¡JAMÁS!

Las puertas se abrieron. Se metió en el ascensor.

—¡ESTÁS DEMENTES LO DOS! ¡DEMENTES!

Las compuertas se cerraron.

Y eso fue lo último que supimos de Will aquella noche.

Entretanto, contemplé a mi Matt que no mostraba signos vitales, a pesar de estar más vivo que nunca. Solo estaba ahí, estático, incrédulo, porque no se podía creer cuán malagradecida era.

Malagradecida e idiota.

Pero sobre todo idiota. De hecho, mi idiotez era directamente proporcional a las ganas que tenía de matarme ahora mismo porque acababa de rechazar con una tonta excusa la petición de noviazgo de la centuria.

—Matt, no quise...—intenté justificarme.

Él negó con la cabeza. Gruñó, me pasó de largo y salió de la torre, directo hacia la peligrosa terraza de metal de la cual previamente se había tirado.

¡Oh, Cielos! ¿Será que pensaba tirarse de nuevo?

Preocupada, me apresuré en llegar hasta allá para asomarme.

No se había tirado. Estaba sentado en una esquina con un tremendo rostro de enfado que jamás le había visto. No desde que el socio de su hermano se me insinuó y lo estampó contra la pared.

Con cuidado, me arrodillé a su lado.

—Matt...

Ni siquiera se inmutó en registrarme. Estaba muy enfocado en el horizonte. En el cielo estrellado que debíamos estar disfrutando juntos, en vez de estar viviendo este momento tan incómodo.

Toqué su hombro con un dedo.

—Oye...—le dije suavemente.

Soltó un gran suspiro, se inclinó hacia la maleta de Will que dejó con todo el equipo de *bungee* y sacó una cuerda que amarró a mi cuerpo para asegurarme a la ventana. Oh... hasta enojado se preocupaba por mi bienestar.

—Vamos, no seas así, sabes que soy una tarada—continué, tratando de capturar su atención—. Anda, pregúntame de nuevo, diré que sí.

Me senté a su lado. Lo volví a tocar.

—Anda, pregúntame.

Silencio letal. Matt negó con la cabeza.

—No funciona así—me respondió finalmente tan cortante como una navaja.

—¿A quién le importa cómo funciona? Desde que nos conocemos no hemos hecho nada en la manera como debería funcionar—bufé, porque era la verdad—. Pregúntame, prometo que diré que sí.

Matt soltó un segundo suspiro. Se giró en mi dirección para arrodillarse. Me agarró las manos y clavó sus azules iris en los míos, hipnotizándome con su ternura.

—Emma Bennett—OH POR DIOS, ESTABA PASANDO—. Sé que es un poco apresurado porque ha pasado muy poco tiempo, pero ha sido un tiempo que me ha hecho saber con certeza que no quiero a más nadie que a ti.

Parpadeé dos veces.

—¿Me estás pidiendo noviazgo o matrimonio?

Matt soltó mis manos.

—No se puede contigo.

—¡No, no!—agarré sus manos—. Me callaré, lo juro.

Matt retornó a la concentración, se notaba que hacía un gran esfuerzo.

—Emma—no sé cómo, pero enterneció su expresión más que antes—. Robaste mi corazón y ni siquiera lo estabas intentando, solo estabas siendo tú misma.

Cuántas cursilerías, pero vaya que me fascinaban.

—Así que lo único que intento decir es...—besó mis manos, una a una sin apartar su vista de mí—. ¿Serías mi novia?

Me petrifiqué. Literalmente quedé atónita, boquiabierta, aún mirándolo directo a los ojos.

Tartamudeé, tratando de pronunciar palabra, pero nada salía de mi boca. Ni el «sí», ni el «ah», ni «mm». Nada.

¿Pero qué demonios estaba mal conmigo? ¿Será que la palabra «novia» alias «tengamos un compromiso serio que podría terminar en un matrimonio y tres hijos, de los cuales dos serían unos prodigios y el tercero un rebelde sin causa» era lo que me asustaba? ¿O será que Matt en verdad no era correspondido?

Tragué con fuerza. Abrí la boca.

Nada salía de ella. Ni aliento.

Matt se percató de la lucha interna que estaba teniendo, por lo que me soltó y se acomodó contra la pared que teníamos detrás. Se veía profundamente decepcionado, nunca lo había visto tan triste.

Demonios, ¿por qué mi alma tenía que ser tan desastrosa?

Juro que quería decirle que me gustaba mucho. Que era el hombre más maravilloso que había conocido en mi vida. Que sí quería ser su novia. Que me emocionaba construir un futuro con él. Pero como nada de eso salía, decidí mejor decirle lo más honesto que pude haber sentido en aquel momento:

—Lo siento.

Matt guardó silencio durante un instante, pero lo rompió pronto al mismo tiempo que sus hombros cayeron derrotados.

—Ven acá—me dijo, liberando sus brazos del cruzamiento en el

que estaban para hacerme señas con ellos. Quería que me acercara. Al menos aún tenía compasión de mí.

Con precaución, llegué hasta él para sentarme en medio de sus piernas, acomodando mi espalda contra su pecho. Me abrazó, como si quisiera protegerme de la perdición que teníamos debajo y recostó su mejilla contra mi cabeza.

—Sabes que seguiré intentando—murmuró—. Lo sabes.

¿Que si lo sabía? Me aterraba que le diera por tirarse de nuevo por este abismo. Esto definitivamente haría que suspendiera las visitas a Seattle por un tiempo.

—En verdad vas en serio con esto—le dije.

—¿Qué? ¿Pensaste que estaba jugando?—replicó, divertido—. Por supuesto que voy en serio. Tú no mereces que alguien juegue contigo, el que se atreva a hacerlo es un idiota.

—Matt...—dije, apesadumbrada—. Tienes todas las cualidades de un hombre de ensueño, podrías conquistar a la chica que quieras.

—Aparentemente no las tengo todas, porque la chica de la que estoy enamorado, no se deja conquistar.

Mi corazón se estrujó en mi interior. Antes que pudiera decir algo, él continuó.

—Pero seguiré intentando—buscó mis dedos para entrelazarlos con los suyos—. Soy persistente y seguiré intentando. Todavía me quedan muchas cartas secretas.

Matthew Sinclair: el héroe, desvergonzado, abnegado, bienaventurado, demente y ahora persistente chico que conocí hace un tiempo. Al que quería decirle «sí» a un futuro juntos, pero mi rebelde corazón no estaba preparado todavía para ello, ni siquiera cuatro años después de aquella maldita ruptura.

Decidí, en vez de sobre-pensar tanto las cosas, entregarme al abrazo tan entrañable que estábamos teniendo y deleitarme con la calidez que me proporcionaba.

—Somos tan diferentes—murmuré—. Yo el hemisferio derecho del cerebro y tú el izquierdo. Y esto es lo que sucede cuando dos hemisferios opuestos colisionan entre ellos.

—¿Y qué sucede?

—La lógica termina saltando de la Aguja Espacial y la creatividad tratando de convencerlo que no es sensato hacerlo.

Sentí la sonrisa de Matt en mi mejilla.

—Eso es bueno—replicó—. Quiere decir que nos complementamos.

—No—negué—. Quiere decir que perdimos el sentido de lo que somos.

—O que nuestros sentidos cambiaron.

Me reí. Él nunca perdería una discusión.

—Matthew Sinclair, ¿qué le hiciste a mi hemisferio?

Se quedó silenciado un instante.

—Le di un nuevo sentido—declaró, confiado, pero más que nada, orgulloso.

Sentí un palpitar que empezó despacio, pero luego pasó a ser deprisa. Me encantaba cómo Matt le daba la vuelta a todo bajo una perspectiva mucho más alentadora. No importaba cuán nefasto era el panorama, él siempre lograba transformarlo en algo positivo.

Pero igual, aunque él tuviese la razón, yo no pretendía dársela.

—No puedes darle un nuevo sentido a los hemisferios del cerebro, es química del cuerpo humano—discutí—. ¿Al menos tuviste la decencia de ver la gráfica que te envié? La mandé a tu correo como dos veces.

O tres, creo. Recordaba haberle puesto el asunto: «Eres la lógica, definitivamente».

—Me envías tantas incoherencias a mi correo, Emma—Matt rió—. ¿Qué fue la semana pasada? ¿Ese gato bailando en un arcoiris?

Mi boca cayó de la impresión.

—¡Es el «nyan cat»! ¡El video más famoso de Internet!

Como dije antes: leo y veo muchas babosadas en Internet.

—Fueron tres minutos de mi vida que jamás recuperaré—me dijo Matt completamente decepcionado.

—¡Es el mejor video que existe!—protesté—. Dios, ese salto te arruinó totalmente el cerebro.

Matt dejó emanar una gran carcajada que logró contagiarme de su buen humor. ¿Cómo lo hacía? Hasta hace dos minutos estaba enojado y decepcionado de mí y ahora se estaba riendo de mis ocurrencias como siempre.

Cuando las risas cesaron, Matt profundizó en el abrazo y dijo:

—Te quiero, Emma Bennett.

—¿Qué?

—Dije que te quie...

Lo detuve.

—Sé lo que dijiste—me tensé—. Solo... no lo digas, por favor.

Matt suspiró.

—¿Cómo puedes no disfrutar del amor?—cuestionó suavemente acariciando mis brazos en un intento por ayudarme a relajar—. Es el único sentimiento que refuerza cuán vivos estamos.

—Reforzar cuán vivos estamos es reforzar que nada dura para siempre—declaré—. Y no puedo imaginarte rompiéndome el corazón.

—Eso es porque no lo haré.

Admiré el cielo estrellado. Parecía como que lo cosmos se habían puesto de acuerdo para brindarnos esta vista tan excepcional. Nunca, en todo el tiempo que viví en Seattle, contemplé un cielo tan hermoso.

—Debes dejar ir el pasado, amor—siguió acariciando mis brazos hasta que logró relajarme—. Y creo que es el momento más oportuno para enseñarte la regla número ocho.

«Oportuno»... nunca era el momento oportuno para las estúpidas reglas de felicidad. Al menos no en la forma tan extrema que Matt las presentaba.

—«Vive el ahora», ésa es—proclamó—. El «ahora» como nosotros, no tú y el tal Olivio que te rompió el corazón.

Su nombre era Oliver, no Olivio. Definitivamente Matt nunca se aprendería los nombres de la gente que no le importaba: Lannah (la rubia sensual) y ahora Olivio (mi ex-patán).

—Voy a cambiar esa regla—manifesté.

—¿Qué regla?

—La número ocho: «Vive el ahora»—persistí—. Voy a cambiarla. Está demasiado trillada.

Matt se rió en mi oído.

—No puedes cambiarla.

—¿Qué quieres decir con que no puedo cambiarla?

—¡Son las reglas!—exclamó—. No puedes cambiarlas.

Alcé una ceja.

—Dios, definitivamente esa caída te trastocó el cerebro—discutí—. Las reglas se hicieron para romperlas o cambiarlas.

—Estoy seguro que la frase solo incluye romperlas.

—Entonces voy a cambiar esa frase también.

Matt, sabiendo que volvía a estar completamente relajada, removió un mechón de cabello que estaba contra su rostro y recostó su mentón otra vez sobre mi hombro.

—De acuerdo—accedió—. ¿Y qué sugieres que sea la regla número ocho?

Las estrellas titilaron. Iluminaron mi campo visual con tanto fervor que me convencí que no volvería a apreciar otro cielo igual. Ahí supe exactamente cuál sería el reemplazo perfecto para la octava regla de felicidad.

—«Pide un deseo a una estrella»—contesté, anonadada con tan precioso paisaje lumínico.

—Eso está todavía más trillado.

—No lo está—protesté—. Es una metáfora. Le da esperanza a la gente. Así que pidamos un deseo a...—estiré mi brazo para señalar una de las estrellas que más destellaba—. Esa estrella de allá. Vamos, tú primero.

Matt se quedó callado. Creo que había captado la metáfora.

Me eché hacia atrás para verlo. Estaba cerrando los ojos, tratando de concentrarse aparentemente.

Pero no podía con tanta concentración. Solo habían pasado tres segundos o quizás menos y ya sentía que me desesperaba tanto silencio.

—¿Estás pidiéndole que acepte ser tu novia?—interrumpí.

—No—contestó sin abrir los ojos—. No necesito desear eso, sucederá sin la ayuda de una estrella.

—¿Y qué pides?

—Otra cosa.

Volvió al silencio por un largo rato. ¿Pero qué tanto deseaba? Solo eran estrellas, no genios mágicos, por Dios.

—¿Qué pides?—insistí.

—Demonios, Emma—abrió un ojo—. ¿Puedo pedir mi deseo sin que me interrumpas, por favor?

—Bien.

Al cabo de un rato más, abrió los ojos.

—Listo—dijo—. Tu turno.

Yo no demoré ni un segundo en pedir mi deseo. Sabía exactamente qué quería, así que cerré los ojos y lo pedí rápidamente.

—Listo—dijo—. ¿Qué pediste?

Matt se fastidió.

—¡No te voy a decir lo que pedí! ¿Sino cuál es la gracia?

Pero qué gran tarado.

—¡Ah, vamos!—exclamé—. ¿Tú me creíste la babosada de la estrella? Es lo más tonto que he dicho hoy.

—No, lo más tonto fue lo del presidente de Estados Unidos.

Me reí.

—Sí, en verdad sí—lo admití, fue el peor chiste del día. Pero, oye, inclusive yo tengo mis rachas de chistes malos, ¿de acuerdo?

Mi estómago rugió. Tenía hambre. La comida debía estar tan fría, Matt la sirvió hace como dos horas, de seguro mucho más.

Aún así, decidí quedarme callada y controlar mi monstruoso estómago. Quería seguir disfrutando de este momento, aunque sea unos minutos más, porque en verdad dudaba que se volviera a repetir.

—El pasado es el pasado, Emma—Matt reanudó el sermón jugando con mi cabello—. Y el presente, una gran dicha llena de obsequios que debemos disfrutar.

Me encantaba cuando era así de filosófico, porque me confirmaba su gran amor por el amor y la vida.

—Y habrá heridas—continuó—, pero las heridas se transforman en cicatrices de guerra. Las que nos indican que hemos sanado, pero que nunca olvidaremos por qué fuimos lastimados.

Me separé. Necesitaba contemplarlo. Y cuando lo hice, sus oceánicos ojos azules centellaban más que las estrellas de esta noche.

—También está bien sentirse triste de vez en cuando—sostuvo mi mentón con una mano para acariciarlo—, porque la tristeza nos hace humildes.

Como por un impulso nervioso, me tiré en sus brazos apretándolo con todo el cariño que le tenía. Él no se sorprendió, porque cada día se volvía más común que tuviera esta clase de afecto con la gente que quería. La gente que de verdad importaba.

—Seguiré intentándolo—reiteró Matt abrazándome y besando mi cabeza—. Voy a seguir intentándolo hasta que digas que sí, porque de verdad quieras decir que sí, no porque me tiré de la Aguja Espacial para presionarte.

Así que sí admitía que fue presión. Y presión de la más peligrosa, aunque parecía como que para él era de lo más normal. No quería ni

imaginarme qué deportes tan alocados haría con Will.

—Aunque...—rió—. La próxima vez lo harás conmigo.

No sé, no estaba muy segura que hubiese una Emma tan extrema en mí, pero igual sonreí, porque me parecía que sí podía haberla.

—Cuenta con eso.

Después de aquella filosófica conversación, comimos. Porque tristes, felices, enojados, decepcionados o cualquiera que fuese el sentimiento que prevaleciera en el momento, los dos teníamos un feroz estómago. No podíamos negar que eso era algo en común.

Lo más gracioso de todo fue que no lo hicimos en la mesa de adentro, sino en el mismo lugar exterior donde nos encontrábamos sentados previamente, a centímetros del peligro.

Y de pronto... tuve una de mis dudas existenciales.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Me lo pensé un minuto. Estaba a punto de entrar en un terreno peligroso.

—¿Qué hiciste en la regla número cuatro?—cuestioné—. ¿La de «amarte y consentirte a ti mismo»? En la que me enviaste de compras con Isabella y Jane.

—Oh...—sonrió—. Pues... fui al salón de belleza de Jane por un nuevo color de cabello.

Sí, sí, muy gracioso.

—¿En serio? ¿Ese no es tu color natural?—pretendí sorpresa—. Ya decía yo que era muy bonito para serlo. Vamos, hablo en serio.

Pero mira nada más: comiendo, conversando de nuestros sentimientos, admirando un cielo hermoso... después de todo sí estábamos una cita normal, excepto por la perdición que teníamos debajo, pero ¡oye!, ¿quién en este mundo es completamente normal?

—A ver...—replicó—. ¿Recuerdas el lienzo con la foto familiar que tenemos en nuestra casa?

—Sí.

—Me paré enfrente de él, admiré a mis padres durante casi una hora y finalmente acepté que se habían ido—hizo una pausa. Nunca era sencillo para él hablar de sus padres, pero cada vez lograba hacerlo mejor conmigo—. Aceptar tu vida, lo que eres, lo que tienes y lo que no tienes, es una manera de amarte a ti mismo.

—¿Lloraste?

—¿Qué?

—¿Lloraste en ese momento?

Se lo pensó un minuto.

—Sí, mucho...

Bufé.

—Los hombres no lloran—le dije.

Matt frunció el ceño.

—Si los hombres no lloran, entonces las mujeres no le pegan a los demás.

Me desarmó. Punto para Matt. Maldita sea, de verdad no creo que hubiese nadie que pudiese ganarme así de esta manera todo el tiempo.

—De acuerdo, tienes un punto—le di la razón.

Conversamos durante mucho rato más de absolutamente todo: nuestras ambiciones, lugares que nos gustaría viajar, malas experiencias. Me desconecté totalmente del tiempo porque, pues, había perdido mi móvil.

Cuando ya estábamos por irnos, busqué mi vestido por todas partes para cambiarme, pero no lo encontré. Oh demonios, apostaba que había salido volando por los aires cuando me lo quité en mi intento desesperado por saltar de este lugar. Isabella me mataría. Supongo que tendría que inventarle una excusa tonta cada vez que me pidiera que me lo pusiera.

Descendimos la torre, Matt recogió con cautela algunas cuerdas que dejó tiradas luego de su salto mortal y huimos del lugar.

Agarrados de la mano, corrimos por la entrada principal pasándole de largo al guardia de seguridad, que estaba sentado en una silla roncando. Clásico. Seguro ni siquiera se dio cuenta del salto épico de Matt.

Entramos al auto y Matt lo encendió. Entonces, gracias al reloj que estaba en el tablero, me percaté que eran las 3:00 a.m. ¡Cielos! ¡Qué rápido se pasa el tiempo cuando arriesgas tu vida en la Aguja Espacial!

Llegamos pronto a la casa de mis padres, porque a esta hora no había ni un alma en la calle. Entramos despacio.

—¡Shhh!—exclamé a Matt cuando escuché que se le cayó la maleta de *bungee* de Will ocasionando un estruendo—. Vaya, mi mamá hablaba en serio cuando dijo que no nos esperarían despiertos.

—Por supuesto que hablaba en serio, tus padres confían en mí.
Gran logro para él, ¿no?

Ascendimos las escaleras, pero dejamos de caminar a través del pasillo tan lóbrego cuando nos encontrábamos delante de la puerta del dormitorio de invitados. Mis padres ni siquiera daban señales de vida, aún con todo el ruido que habíamos hecho.

—Gracias por la cita—dije. Me incliné sobre la punta de mis pies y besé la mejilla de Matt—. Buenas noches.

—De nada—respondió y besó mi mejilla también—. Buenas noches.

—Descansa—besé su otra mejilla.

—Tú también—besó rápidamente mis labios.

Cielos...

—Pero tú más—besé sus labios.

—No, tú más—me besó y tardó más en separarse.

Y allá fueron todas las despedidas.

—Tú descansarás más—lo besé—, la cama de invitados es muy cómoda.

En verdad no lo era. Me había quedado dormida ahí en varias ocasiones, ya que lo usaba como estudio para pintar y a mitad de la noche tenía que cambiarme a mi dormitorio.

—Estoy seguro que la tuya debe ser mejor—me besó.

Oh... vi lo que hiciste ahí. Y debo decir: pero qué terrible idea.

Tan terrible que lo siguiente que supe es que nos estábamos adentrando apresurados en mi dormitorio, besándonos, tumbando todo lo que había en el paso.

Matt me alzó, obligó a abrazar su cintura con mis piernas y como pude, pateé la puerta con un pie para cerrarla. Para mi buena suerte, no hizo tanto ruido.

—Linda habitación—me dijo él, separándose de mí por un instante.

—Gracias—respondí, rodeando su cuello con mis brazos y atrayéndolo a mí para que nos siguiéramos besando.

Me recostó sobre la cama para posar su cuerpo encima del mío y continuó aventurándonos en la pasión. El calor en mi cuerpo incrementaba tanto que empezaba a sudar de la agitación.

—Ese uniforme sí que te queda bien—susurró en mi oído.

—¿Mejor que el vestido?

—No—replicó bajando sus labios hasta mi nuca para depositar un beso en ella—. No hay nada mejor que ese vestido.

Sentí que todo se estremecía en mí a lo que tuve que soltar un jadeo inevitable. Matt estaba besando mi punto débil. Uno que él mismo había encontrado en medio de tantas ocasiones de calentura que habíamos tenido.

—Qué mal que debo quitarlo...—susurró refiriéndose al uniforme—. Pero ya sabes cómo es esto.

Me divirtió su intento de ser sensual. Porque lo era. Y mucho. Tanto que hasta la palabra «uniforme» sonaba provocativa cuando él lo decía.

Bajó la cremallera del uniforme tan despacio que me ocasionó mucha ansiedad. Entonces tiró el uniforme hacia abajo de un tirón y lo sacó de mi cuerpo.

—Oh, Cielos...—solté nerviosa.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo semidesnudo con deseo. Como si estuviese a punto de probar un delicioso pastel.

—Cierra los ojos—me pidió, pero me sonó más como una orden.

Ni siquiera protesté. Estaba demasiado caliente para hacerlo.

Tras cerrar los ojos, todo se tornó oscuro para mí, pero eso no me impidió sentir todo lo que estaba sucediendo en mi cuerpo: los labios de Matt besaban mi cuello, hombros, brazos, abdomen, piernas. ¡Cielo Santo!

—Este es el momento de la película en que los personajes que se gustan van a hacerlo por primera vez y el chico le pide a la chica que cierre los ojos porque están a punto de...—me reí a lo bajito. Me daba pena todo esto—. Hacer algo muy salvaje.

—Sí... muy salvaje—me dijo con la sensualidad en su punto—. Mantén los ojos muy bien cerrados.

De repente, cuando estaba a punto de estallar del deseo, dejé de sentir sus caricias. Tampoco sentía su cuerpo sobre el mío.

—¿Dónde estás?

—Buscando algo divertido.

—¡Oh por Dios! ¿Es el papelito de aluminio de...?—no quería decir esto, me apenaba demasiado aún cuando ambos éramos adultos—. Ya sabes qué.

Matt, desde la lejanía, se rió.

—Oh sí, nena, lo estoy buscando.

¡No podía esperar!

Su presencia volvió a invadir mi cama. Sentí el peso de su cuerpo sobre el mío, pero no era para nada molesto. Me gustaba tenerlo encima.

Sus labios recorrieron primero mi boca, besándola lenta y apasionadamente. Luego mordió mi labio inferior, pero lo abandonó casi al instante. Demonios, ¿a qué jugaba? ¿Por qué tanto preámbulo?

—No deberíamos...—balbuceé, entre gemidos complejos. Me costaba demasiado hablar de lo nerviosa y emocionada que estaba—. Hacer esto aquí.

—No, no deberíamos...—concordó Matt, también entre jadeos. Entonces escuché que se rió—. Y no lo haremos.

De la nada, una tela muy suave traspasó mi cabeza cubriéndome el torso, a lo que tuve que abrir los ojos. Noté que era la parte de arriba de mi pijama.

—¿¡Qué?!—grité.

Matt se bajó de encima mío. Antes que pudiese hacer otro movimiento subió un pantalón por mis piernas desnudas. ¡Me estaba poniendo mi pijama! ¡El descargado me las jugó para calentarme y cambiarme de ropa!

—Has visto las peores películas de romance, Emma—hizo un nudo a las cintas del pantalón—. «Papelito de aluminio». ¿Por qué le dicen así? ¿Cuál es el tabú con decir la palabra verdadera?

Se bajó de la cama. Me apoyé sobre mis codos para mirarlo con desprecio. No podía creer lo bien que me la había jugado.

—Se llama preservativo—terminó su declaración.

Gruñí.

—¡Como sea!—lo señalé—. ¡No puedo creerte, Matt, no puedo! ¡Eres malévolo! ¡Acabas de jugar con mis sentimientos!

—Cuando seas mi novia, lo haremos mucho—dijo sin pena alguna—. Pero mientras tanto, te doy permiso para que sigas viendo esas terribles películas románticas.

Pataleé en mi lugar.

—Buenas noches, amor—se acercó para besar mi frente con ceño fruncido—. Te quiero y por eso hago esto por ti.

¿Y ahora qué? ¿Pensaba que me podía decir que me quería a

diestra y siniestra? Si no íbamos a intimar, entonces tampoco le permitiría decirme que me quería.

—¡Eres malévolo!

—Malévolo no—levantó el dedo índice—. Soy correcto.

Matt estaba dispuesto a salir, pero antes, se posó en la puerta. Yo estaba de lo más horrorizada con su nivel de maldad.

—Por cierto, ¿te dije que habías ganado?—me atacó con su arma mortal—. Obviamente soy yo el victorioso.

¡No se atrevió!

Agarré la almohada que tenía a mi lado y la aventé contra él, pero logró huir antes que lo alcanzara.

Fastidiada, me tiré contra la cama. Gruñí, solté mis brazos y me volteé a un lado para arroparme con la sábana. Estaba por empezar el frío. Y ya Matt había dejado claro que no me acompañaría esta noche.

Cerezos comprometedores

La mañana siguiente me desperté con una sensación rara en la nariz.

Sí, la nariz.

Algo me estaba picando y me daba ganas de estornudar. Encima la luz de afuera penetraba tan estúpidamente los cristales de mi ventana que sentía mi cara arder.

—¡ATCHUUUUUUÚ!—estornudé al fin.

De mi nariz cayó un pequeño pétalo rosado, que agarré con un dedo y lo observé detenidamente. ¿Y eso de dónde salió? ¿Lo tenía en mi nariz?

Sin prisa, me senté en la cama. Bostecé, terminé de abrir los ojos y mientras me estiraba, noté que mi colchón tenía algo diferente.

Alrededor mío habían un montón de pétalos rosados.

¿Qué, qué?

Fruncí el ceño, sostuve un par para examinarlos y luego todo tuvo sentido. Pétalos rosados... ¡Flores de cerezo! ¡Flores del árbol de cerezo de mi mamá!

Puse ambos pies en el suelo.

—Oh por Dios.

Me quedé atónita al notar que todo mi dormitorio estaba infestado en flores de cerezo. En el suelo, la cama, mis muebles, paredes, sobre mi pijama, piel, cabello, alma...

—¿Pero qué demon...?—corrí hasta la puerta y la abrí—.
¡¡¡¡MAMÁ!!!!

Su voz me respondió al instante, también gritando:

—¿Sí, hijita linda?

—¿Tú me dejaste el cuarto lleno de flores?!

Se rió inundada en picardía. ¡Porque la oí!

—No...

Sacudí los pies, los cuales tenían pétalos pegados también, pero éstos no se cayeron con el movimiento.

—¿Qué?—me incliné para quitarles y fue ahí cuando me di cuenta

que... ¡Estaban pegados con cinta adhesiva! Lo mismo sucedía con los pétalos que estaban en mi ropa y cabello.

Si hay otro color que odio casi tanto como el gris es el rosa. Otro ridículo híbrido entre el rojo y el blanco. ¡Tampoco debería ser un color!

Y hablando de rosa... había una caja con un lazo rosa encima de la mesa de noche que estaba al lado de mi cama. ¿Eso estaría ahí cuando me desperté gritando como la demente que era?

Con cautela, porque podía ser una bomba adornaba con un lazo, me acerqué a ella. Tenía un papel encima que leí en voz alta:

Se mi novia :)

Esa caligrafía... ¡Maldito desgraciado!

Quitó el enorme lazo para encontrarme con que era la caja de un teléfono móvil. Uno nuevo, de último modelo. Uno más grande que el mío (quien tuvo la muerte que Matt pudo tener). Oh... hasta decía que podía dibujar con él y tomar fotos de alta calidad. ¡Me encantaba!

Me auto-cacheteé. «Concéntrate, inepta».

Alcé la vista apreciando el reflejo de mí misma en el espejo que componía la mesa de noche. Tenía algo en mi frente. Era otro papel, que se mantenía adherida en ella con cinta adhesiva.

Me lo quitó para leerlo:

Obviamente soy Matt. No aceptes ser la novia de nadie más, por favor :(

Hijo de...

Agarré la caja con una mano y con la otra, un puñado de pétalos del suelo.

Salí de mi habitación, bajé apresurada las escaleras y me paré justo en la entrada de la cocina, donde mi madre y Matt estaban sentados en el desayunador chocando sus tazas de café, como si estuvieran brindando por algo. ¡Brindando porque me sacaron de quicio!

—Mmm... qué café tan exquisito, Matt—le dijo mi mamá sin darse cuenta que yo estaba ahí parada, ni Matt tampoco.

—¡¿Estás aceptando café de él?!—entonces se percataron y se fijaron en mí—. ¡Yo salí de ti! ¡Se supone que debes estar de mi lado!

Mamá balbuceó.

—Lo estoy—afirmó—. Es solo que Matt hace un café espectacular.

Matt, por otra parte, me atacó con su arma mortal.

—Hola amor, buenos días.

—¡No soy tu amor!

—No, no, revisa la sintaxis—Matt alzó el dedo índice al tiempo que bebió un sorbo de su taza—. Nunca dije que eras «mi» amor.

Seguí por toda la cocina hasta quedar frente a él.

—No estás jugando limpio.

—Estoy seguro que te advertí que usaría todas mis cartas secretas para conquistarte.

Solté una risa sarcástica.

—¿Crees que con un teléfono nuevo, flores de cerezo, una carta y una carita feliz me conquistarás?—le tiré al pecho los pétalos que tenía en la mano.

Todavía con la sonrisa de estúpido en la cara, se pasó una mano por la camiseta para remover los pétalos que habían quedado ahí adheridos.

—Sí, puse toda mi esperanza en la carita feliz—hizo un chiste, pero a mí no me pareció nada gracioso.

—Oh, déjame adivinar—respondí con su mismo tonito mordaz—. Pensaste que iba a despertar, sonriente por el detalle de las flores y el teléfono nuevo—se rió en mi cara—. Y que iba a correr a donde ti, abrazarte, besarte y decirte: «Sí quiero ser tu novia, Matt, por favor, seamos la pareja más feliz de este universo».

Negó con la cabeza y bebió de su taza.

—En realidad me aterraba que despertaras y te resbalaras con una de las flores—contraatacó—, porque, ya sabes, eres un imán de accidentes.

Cabreada con su falta de respeto, puse la caja del teléfono móvil con brusquedad sobre la mesa y giré mi cuerpo hacia mi mamá que parecía presenciar la escena con tanta diversión que nada más le faltaban las palomitas de maíz.

—¡Mamá! ¡¿Dónde está en el encendedor?

Mamá carraspeó y pensando que no me daría cuenta, escondió el encendedor debajo del mantel de la mesa.

—No sé...—puso cara de loca.

—¡Mamá! ¡Dame el encendedor!—insistí—. ¡Voy a quemar esas malditas flores!

—Hija, hemos hablado de esto—dijo decepcionada—. No tienes permiso de usar el encendedor. No quiero que enciendas la casa.

—¡Pero Matt trasquiló tu preciado árbol de cerezos!

—«Trasquilar» es una palabra muy fea, mi amor—Matt intentó sonar dulce—. ¿Ves? Ahí sí está incluido «mi» dentro de la sintaxis.

Lo ignoré deliberadamente.

—Querida, yo le di permiso a Matt—se hizo la tonta mi mamá—. Lo estaba podando esta mañana, Matt solo agarró los pétalos que sobraron.

—¡Los árboles de cerezo no se podan, mamá!

—¡Pues yo podó el mío!—dijo mi mamá y, disimuladamente, le guiñó un ojo a Matt. ¡Lo estaba encubriendo!—. Así que deja el drama y siéntate a desayunar con nosotros. Preparamos de esas tostadas francesas que tanto te gustan.

«Preparamos». No juegues.

No, me rehusaba a permitirles esto. Así que me volteé y, como la reina del drama que era, me fui directo a mi habitación, dispuesta a sacar todas esas flores de mi dormitorio.

—*¡Hija, espera! ¿A dónde vas?*—se escuchó la voz de mi mamá desde la planta baja.

—¡Voy a sacar todas esas flores! ¡No te necesito!

Estando en mi dormitorio, examiné todo el asqueroso rosa que estaba esparcido por doquier y me dediqué a agarrar puñados de flores con ambas manos para tirarlas por la ventana.

—¿Qué haces?—la voz repentina de Matt me sobresaltó.

Agarré otro puñado, esta vez más grande.

—¡Lo que dije! ¡Voy a sacar todas esas malditas flores de aquí!

—Oh, de acuerdo, pero...—sonaba apacible—. ¿Puedes venir a desayunar primero con nosotros?

—¡No!—dije y tiré el siguiente puñado de flores a la ventana.

—Pero tengo que reunirme con un amigo dentro de un rato y quisiera que tú y yo desayunáramos juntos antes de eso.

—Ah, qué lástima—farfullé—. Ahora pregúntame si me importa.

—¿Te importa?

Tiré otro puñado.

—¡NO!

Una inesperada ventolina invadió el lugar haciendo que todos los pétalos que quedaban se alzaran a mi alrededor. Algunas se pegaron al techo, donde no las podía alcanzar. Otras se enredaron en mi cabello y otras se metieron en mi pijama ocasionando un insoportable picor en mi piel.

Di unos cuantos brincos tratando de evadir las últimas que intentaban de atacarme, pero lo hicieron de todas formas.

Decepcionada, me senté sobre la cama soltando un largo suspiro. Esto sería imposible.

—Entonces, ¿tostadas?—me dijo Matt animado.

Tan imposible como decir que Matt se rendiría conmigo.



Matt puso un plato de tostadas francesas frente a mí, en la mesa de la cocina, donde estaba sentada con mis codos apoyados sobre la misma y cabeza sobre las manos.

—Estás fuera de mi equipo—le dije.

Por último ubicó un jarrón de miel y mermelada.

Demonios, esas malditas tostadas francesas olían tan bien. Pero aunque se vieran deliciosas y me rugiera el estómago, haría huelga de hambre porque quería dejar muy claro que estaba en desacuerdo con lo que había acontecido en lo que llevábamos de la mañana.

—¿Lo estoy?

—Sí—aseguré—. Tarjeta roja. No puedes volver más nunca.

Matt ni siquiera me atendió. Se sentó a mi lado, se concentró en su plato y se dedicó a saborear las estúpidas tostadas francesas que preparó con mi mamá.

—¿Escuchaste lo que dije?—insistí con la amenaza—. ¡NUNCA MÁS!

—Escuché lo que dijiste—respondió—. Estoy enamorado, no sordo.

—Emma Rosalie—entró mi mamá a la cocina, sentándose con nosotros en la mesa—. Deja el drama ya y cómete el desayuno. Lo hicimos con mucho amor para ti.

Gruñí. Bueno, a ella no le podía llevar la contraria, así que adiós

huelga de hambre. Agarré el tenedor y corté un trozo de tostada.

—Entonces—dijo mi mamá—. ¿Qué tal la cita de anoche?

Miré al reloj de pared. ¿Qué hora es? ¿Las 10:30 a.m.? Por supuesto que no. Era la hora de la venganza.

—Bien—mastiqué la tostada—. Matt saltó desde el último piso de la Aguja Espacial.

Vi a Matt ahogarse con un trozo de tostada que masticaba.

—¿Hablas metafóricamente?—preguntó mi mamá llevándose la mano al corazón, asustada.

Sonreí, llena de maldad.

—¿Hay alguna manera que eso pueda ser metafórico?—me hice la idiota.

Mamá contempló horrorizada a Matt, quien se limpiaba su desastre con una servilleta, pero luego, vi maldad en sus ojos también.

—Emma se quitó la ropa en público—soltó el contraataque sin piedad.

Fue mi turno de atragantarme con la comida que masticaba. Ah, con que ésas nos traíamos. ¡Ya veríamos quién era más inteligente!

—Matt me hizo comer comida fría.

—Emma tiró su teléfono por la torre.

Gemí de la conmoción. Mientras tanto, mi pobre madre no sabía ni hacia quién mirar, creó que no estaba acostumbrada a nuestras contiendas por el liderazgo en la tabla ficticia de puntuaciones.

Tiré el tenedor sobre la mesa. No dejaría que este inepto me ganara.

—Matt invitó a uno de sus amigos a nuestra cita porque se estaba aburriendo conmigo.

Matt se rió a carcajadas.

—Emma aceptó ser mi novia.

Mi mamá se levantó emocionada de la mesa.

—¡Oh por Dios!—exclamó como si mínimo se hubiese ganado la lotería.

—¿Qué?!—grité petrificada—. ¡No, no!

—¡Hija mía!—se tiró encima mío para abrazarme—. ¡No hay nada de que apenarse! ¡Al fin superas a Olivio—se separó y se preparó para abandonarnos—. ¡Llamaré a tu padre! ¡Le encantará la noticia!

Y así, una vez más, Matt se ganaba los puntos. Cinco esta vez.

—Eres un idiota—le dije.

—Pero soy tu idiota—agarró mi mano y la besó.

Seguidamente agarró la caja del teléfono nuevo, que ni siquiera había abierto por mi arretrato mañanero y me lo entregó.

—Quiero que lo veas antes de irme—dijo.

—¿Por qué? ¿Le pusiste alguna droga que me hará aceptar ser tu novia?—agarré la caja—. No me extrañaría.

Matt no dijo nada. Mi sarcasmo ya era tan habitual para él, que solo se dedicó a contemplarme mientras abría la caja.

—¿Cómo hiciste para conseguirme un teléfono nuevo en menos de diez horas?—dije, abrí la caja y saqué el aparato. Era un poco más grande que el tamaño de mi mano.

—Tengo mis contactos... hasta en Seattle—replicó encogiéndose de hombros—. Y hablando de contactos, logré que mantuvieras tu mismo número.

Claro, era el señor maravilloso en su totalidad.

—Gracias—respondí.

Encendí el teléfono. Tenía la carga al cien por ciento. Oh... y qué colores tan hermosos mostraba la pantalla.

Inmediatamente entraron llamadas perdidas, correos de voz y un mensaje de parte del sistema operativo alertándome que debía hacer la configuración inicial si quería tener una buena experiencia de usuario.

—Debo confesarte que el hecho de que hayas dormido tanto me ayudó mucho—recitó Matt—. No dejas de sorprenderme, Emma, ni siquiera te diste cuenta cuando pegué las flores en tu rostro.

¿Qué podía decir? Lo de dormir como roca se hereda.

¡Ping! Recibí, de pronto, un mensaje de texto:

Operadora: Le informamos que tiene 500 minutos disponibles para hacer llamadas y conexión ilimitada a Internet.

—Hasta tumbé los lienzos que tienes al lado de tu cama y ni siquiera te moviste.

¡Ping! Otro mensaje:

Operadora: Y posiblemente debería considerar agradecerle a Matthew Sinclair por regalarle el teléfono.

¿Qué?

¡Ping! Otro más:

Operadora: El Sr. Matthew se conforma con un abrazo de su parte.

¡¿Qué demonios?!

Antes que pueda decirle algo, entró otro mensaje:

Operadora: Sugerimos que le diga «sí» a su petición de noviazgo. Y que mantenga su teléfono alejado de la Aguja Espacial.

—¡Matt!—exclamé, a punto de estallar de la risa, sin embargo, presioné los labios para no hacerlo.

Matt se acercó para echarle un vistazo a la pantalla del teléfono.

—Juro que no tengo nada que ver con eso—se hizo el tonto.

¡Ping! Entró un último mensaje.

Pensando que era otro de la operadora, reí a carcajadas y enfoqué mis ojos marrones en la amplia pantalla para leerlo:

Número desconocido: Te vi saliendo de la Aguja Espacial con un chico alto.

La sonrisa se borró automáticamente de mi rostro.

Este mensaje... no parecía de la operadora.

El arte de las pasiones

Mi rostro empalideció.

Sudé en frío al tiempo que mis manos, que sostenían el teléfono móvil con fuerza, temblaron y casi lo dejan caer.

No podía ser. Debía haber una equivocación. Sí, eso era, la persona que me había enviado el mensaje se equivocó de destinatario. Ese mensaje no era para mí ni tampoco provenía de la persona que yo creía.

Borré el mensaje enseguida, porque desconfiaba igual. No fuera a ser que el «número desconocido» estuviese rastreando mi ubicación.

—¿Qué ocurre?—preguntó Matt preocupado.

Inhalé aire. «Relájate, Emma, no es lo que crees».

—Uhm, nada—cambié el semblante a uno tranquilo. Sonreí, saqué el lápiz digital que traía inserto en una de las esquinas del teléfono—. Así que puedo dibujar en esta cosa, ¿eh?

Accedí a una de las aplicaciones de dibujo que traía el teléfono incorporado y pasé el lápiz por la pantalla para evaluar su precisión. El trazo apareció velozmente. ¡Cuánta precisión!

—Así es—respondió Matt—. Les dije que mi novia es una gran artista y que necesitaba el mejor teléfono del mercado en el cual pudiese hacer arte digital.

«Mi novia».

El corazón me latió a mil por hora. Ni siquiera podía exigirle que dejara de llamarme así, porque ya no me desagradaba que lo hiciera. Todo lo contrario, me gustaba. Incluso me encontré a mí misma sintiéndome importante tras pensar en ser la novia del vicepresidente de una famosa cadena hotelera.

Mientras trataba de controlar el rubor que se subía a lo largo de mis mejillas, hice un par de trazos en la pantalla y cuando ya tenía el control absoluto, dibujé unas cuantas líneas.

—Éste eres tú saltando de la Aguja Espacial—dibujé rápidamente una caricatura de la torre y a una persona que se parecía a Matt tirándose desde lo más alto.

Se rió con tantas ganas, que me hizo reír a mí también.

Con la buena vibra reinando, liberó los dedos de sus manos que mantenía entrecruzados y se dedicó a jugar con mi cabello.

—Amo verte sonreír—declaró, con ojos joviales.

Nerviosa, porque ése era el efecto que siempre tenían sus palabras bonitas sobre mí, traté de respirar con normalidad.

—¿En serio? Pero si tú eres el que tiene el arma mortal en el rostro.

—¿Arma mortal?

Era oficial. Sin darme cuenta, le había dicho todas las frases que usaba para burlarme de él en mi mente. No se suponía que debía saberlas, pero aparentemente ya no habían secretos entre nosotros.

—Sí, tu sonrisa es un arma mortal—revelé—. Te juro que mata a cualquiera.

Su mano alcanzó mi mejilla para acariciarla con tanta delicadeza que terminé por recostar mi cabeza sobre su mano.

—En verdad lamento lo de anoche, no debí saltar—me dijo con un tono de desilusión—. Fue una gran presión para ti y estuvo mal. Tal como te dije, quiero que cuando aceptes tener una relación conmigo sea porque de verdad quieras hacerlo, no porque me tiré de la Aguja Espacial para presionarte.

Su tono era tan tierno que me hizo recordar por qué me gustaba tanto su personalidad. Sí, era un demente que arriesgaba su vida practicando deportes extremos, pero tenía un corazón de oro. Y prácticamente me lo estaba regalando.

—No te preocupes, los chicos suelen presionar de esa forma—quise consolarlo. Después de todo no era perfecto. Cualquiera comete el grave error de tirarse por la Aguja Espacial, ¿o no?

—Y sobre el teléfono—prosiguió—. No estoy intentando conquistarte con él. Fue mi culpa que perdieras el tuyo. Quería reponerlo y aprovechar la oportunidad para regalarte uno que pensé disfrutarías.

Ah... Matt. ¿Podía ser más lindo?

Le sonreí apenaba.

—Gracias. Me gusta mucho.

¿«Gracias. Me gusta mucho»? ¿Eso lo dije yo? Pero mírame nada más: apreciando sorpresas, dando las gracias y no maldiciendo nada. Esta nueva Emma me tenía sorprendida.

Matt estiró los brazos a ambos lados.

—No, no, necesito ese abrazo de agradecimiento también.

No podía resistirme más. Incliné el cuerpo y me tiré en sus brazos que me recibieron con auténtico amor.

«Amor»... ¿Será que ese podía ser el nuevo nombre de nuestro «esto»?

Nuestro «amor». Me gustaba.

—Oh, es tarde—de pronto sonó Matt alarmado y se separó—. Debo irme.

Se levantó de la silla, por lo que hice lo mismo.

—¿A dónde vas?

Lo perseguí en su huida, de manera que quedamos en el recibidor.

—Tengo una reunión con un amigo—replicó agarrando su abrigo del perchero diagonal a la puerta principal—. ¿No te lo dije?

Alcé una ceja.

—¿Un amigo o una amiga?

Matt, que estaba dándome la espalda para ponerse su abrigo, giró su cuerpo y me miró confundido.

—Amigo—replicó, seguro.

—¿Puedo ir contigo?

«Bravo, inepta, sonaste de lo más desesperada», me regañó mi subconsciente. Sí, celosa y desesperada, la combinación mágica que alimenta el ego de los hombres.

—No sé, es una aburrida reunión de negocios—replicó Matt, bufando.

Con que «no sé». «No sé» es «no» en nuestro lenguaje femenino. No quería que fuera con él. Algo escondía. Algo *me* escondía.

—Me gustaría verte negociando—insistí.

Matt tragó con fuerza. Lo empezaba a poner nervioso.

—Te vas a aburrir, amor—persistió—, hay cosas más divertidas que puedo mostrarte de mí.

La última vez que me dijo que me aburriría con algo de su trabajo, descubrí que era el vicepresidente de su cadena hotelera y que, encima, salió con todas las mujeres voluptuosas de su oficina. Ah claro, y que algunas de ellas todavía seguían caídas con él.

Ni hablar, iría a esto con él.

—Pero quiero estar contigo—apelé a su lado emocional, una

técnica que nunca falla.

—Eh...

¡Ajá! ¡Así que sí escondía algo!

Agarró suavemente mis manos, porque apuesto creía que con eso me calmaría. Pero no, soy intensa de nacimiento y averiguaría qué se traía.

—Sabes que me encantaría que estés las veinticuatro horas del día conmigo, pero debo ir solo a esto—sonaba sereno—. Porque me voy a tardar un par de horas y me gustaría que aproveches ese tiempo para pasarlo con tu madre.

Ah, qué inteligente, también apelaba a mi lado emocional. Cosa que, definitivamente, no funcionaría conmigo porque yo no tengo emociones, pero tampoco era como que lo quería ahuyentar, así que me limité a asentir con la cabeza.

—Bien—dije al final.

—Bien—repitió acomodándose el cuello del abrigo—. Hice una reservación para cuatro personas a la seis de la tarde en un restaurante. Así que está lista para esa hora, ¿de acuerdo?

—¿Para cuatro personas?

Abrió la puerta.

—Sí, cenaremos con tus padres. Nos vamos mañana, así que quiero que la pasen bien mientras estemos todavía aquí.

¡Qué detalle! ¿Así quién no lo querría?

Sí, sí, yo. No tienen por qué juzgarme tanto.

—Nos vemos en la tarde, linda—se acercó para mí para juntar lentamente sus labios con los míos.

El mariposario se alborotó en mi estómago. Dudaba que dejaran de revolotear en presencia de este muchacho tan dulce. Parecía el único que las descontrolaba de esta manera.

Cuando Matt se separó, me sentí como si hubiese hecho una psiquis en mí. Lo contemplaba, completamente hipnotizada con sus muestras de afecto tan románticas conmigo.

—Tus ojos brillan—me dijo, haciéndome volver en sí.

—Debe ser... la luz del día.

Excusas, malditas excusas.

¿A quién quería engañar? Ni siquiera yo misma me creía las cosas que inventaba en mi cabeza para negar mis sentimientos por este príncipe

azul.

Estaba más que caída con él. No solo me parecía sumamente atractivo. No solo me fascinaba su personalidad. Era mucho más que eso. Estaba...

—¿Matt?—pronuncié, con el corazón acelerado.

Temblé sin querer, porque este sentimiento, aunque se sentía hermoso, también era aterrador.

—Dime, linda—murmuró acariciando uno de mis pómulos.

Me perdí en el océano que conformaban sus ojos y abrí la boca, dispuesta a soltar lo totalmente opuesto a una excusa: todo lo que de verdad pensaba de él. Todo lo que de verdad *sentía*. Algo que no estaba segura si podría expresar con palabras, pero al menos debía intentarlo.

—Yo te...

De la nada, una luz muy refulgente mi cegó. Me sacó totalmente de onda, hasta que caí en cuenta de dónde provenía.

Era un flash.

—¡Já! ¡Los tengo en foto!—exclamó la voz de mi madre desde las escaleras, lo que me hizo retroceder dos pasos, avergonzada.

—¡Mamá!—exclamé más roja que el tomate.

Mi mamá, que saltaba como chiquilla de la alegría, terminó de bajar las escaleras y nos pasó de largo huyendo de mí. Se reía a carcajadas de mí, como si ella hubiese sido la niña de la travesura y yo la madre regañona.

—¡Mamá! ¡Borra esa foto!

—*¡Ni en sueños! ¡La enviaré a tu padre y a Isabella!*

Se encontraba en la cocina ahora. No había duda de ello. Mi casa era una pocilga, no había muchos lugares a los que ir.

—¿Y a Isabella por qué?!

—*¡Porque los ama a ustedes dos!*

¿Y ella cómo sabía eso?

Oh cierto, Isabella y Matt hablaban con mi madre por Skype cuando les daba la gana sin mi consentimiento. Me atrevía a decir que hablaban más con ella que yo.

—¡Me la envía a mí también, Theresa!—le dijo Matt.

Lo golpeé en el hombro. Ya sabía que le encantaba apadrinarle las cosas a mi madre e Isabella, pero tampoco tenía por qué ser tan obvio.

—*¡Por supuesto, cielo!*

Matt me dio un último beso y salió de la casa, porque ya lo había retrasado bastante para su reunión. Si es que eso era y no se vería en secreto con una «amiga», claro.

Luego me dediqué a perseguir a mi mamá. Haría que borrara esa foto como fuese, aunque tuviese que hacerle un reinicio de fábrica a su teléfono móvil.



Contemplé a mi mamá recorrer su jardín japonés, mientras me acomodaba en una silla de madera (también japonesa) que adornaba la terraza.

—Hice mi propio huerto—me contaba mamá acariciando un helecho—. Porque vi en el canal japonés, que cultivar verduras en tu propio huerto hace que tus comidas sean 110% más saludables.

Eso era muy obvio, pero ella solo lo creía si lo veía en el canal japonés.

—¿Todavía tenemos ese canal?

—Sí, convencí a tu padre de pagar por él—respondió—. También hablaban sobre la agricultura hidropónica. Creo que abriré un negocio de eso.

Empecé a sentirme muy ansiosa. No porque me aburriera la conversación con mi mamá, todo lo contrario, siempre era interesante escuchar de sus descubrimientos japoneses.

Lo que sucedía es que no podía evitar imaginarme a Matt muy sonriente conversando con su amiga. O ex-novia. ¡Dios mío! ¿Tenía una ex-novia que vivía en Seattle? ¿Será por eso que le llamé la atención? ¿Porque vivía en el mismo que ella? ¿Sería una pintora también? ¿Tan tonta y despistada como yo? ¿POR QUÉ MATT ME ENGAÑABA DE ESTA MANERA?

—Decían en el canal japonés que la hidroponía es sencilla, pero toma tiempo. Y que si lo haces bien, entonces...

Moví mi pierna como demente haciendo que golpeará contra la mesa infinitas veces como si mínimo tuviese una deficiencia cerebral.

—Emma, ¿estás bien?

—¿Ah?—reaccioné.

—Pareces ansiosas—respondió, cruzándose de brazos—. También

tengo la impresión de que no estás prestando atención a mi interesante charla sobre la hidroponía.

—Mamá, ¿hace cuánto que Matt se fue?

Parpadeó varias veces.

—Cinco minutos.

Me tiré de espaldas contra la silla.

—¿Solo cinco minutos?!

—Quizás seis.

¡No puede ser! ¡Parecía que esta tortura había durado más!

—Voy a llamarlo—me levanté y dejé sola a mi mamá en su jardín japonés.

Estando dentro de la casa, busqué mi teléfono nuevo y me arrinconé en una esquinita donde nadie pudiese oír mi conversación.

Desbloqueé la pantalla del teléfono dispuesta a llamar a Matt, pero me encontré con que tenía dos llamadas perdidas de un número desconocido. ¿Sería el mismo número desconocido del mensaje misterioso?

¡Alerta de acosador!

Decidí no prestarle más atención de la que se merecía, necesitaba averiguar qué estaba haciendo Matt o me carcomería la ansiedad.

Marqué su número.

Una timbrada... dos timbradas...

—*Hola amor, ¿qué hay?*

Carraspeé.

—Hola—traté de sonar dulce—. ¿Qué haces?

—*¿Manejando?*

Pobre, debía tenerlo sofocado.

—¿Solo eso?

—*Está bien, tal vez me pasó una luz roja, pero solo porque no sabía que había un semáforo ahí. Me siento un poco mal, ¿de acuerdo? Seattle es completamente desconocido para mí.*

Ay, mi Matt. Tan perturbadoramente correcto.

—Y, ¿estás solo?

Se rió.

—*No, siempre llevo mi encanto conmigo.*

Se creía muy chistoso.

—No me parece gracioso.

—*Por supuesto que estoy solo, Emma, ¿con quién estaría?*

—Con tu amiga...

—Te dije que es un amigo—respondió muy serio—. Y no, no estoy con él, tengo siete minutos de haberme ido de tu casa.

Me volteé hacia una ventana cercana para echar un vistazo a mi madre. Increíblemente seguía todavía en su jardín, jugando con su huerto. Vaya, vaya, pensé que me perseguiría para tratar de comprender qué me sucedía, pero estaba perfectamente acostumbrada a las locuras que me atacaban de momento.

—¿Y por qué no querías que fuera contigo?

—*Porque te llevé a visitar a tus padres para que pasaras tiempo con ellos. Yo estaría gran parte del día en esta reunión.*

—¿Y de qué trata la reunión?

¡Dios mío! ¿Cuándo en mi vida había sonado tan celosa?

—*Un nuevo negocio que estoy empezando. De hecho, hoy veré un buen par de números aburridos.*

Alcé una ceja. De acuerdo, empezaba a creerle la historia. Y si era cierto que vería hoy un montón de números aburridos, como decía él, prefería pasar la tarde con mi mamá y su charla de la hidroponía.

—¿Así que no escondes nada?

—*No que yo sepa.*

—¿No escondes una ex-novia o algo?

—*¡Emma!*—exclamó, finalmente sofocado—. *Si estoy tratando de ganar tu confianza, ¿por qué me vería con alguna ex-novia?*

—¿Eso es precisamente lo que yo me pregunto!—dije—. Espera un momento, ¿dijiste «alguna ex-novia»? ¿Cuántas novias has tenido?

«Deténganme ya, que sueño sumida en desesperación».

—*Dos.*

—¿DOS? ¿Osea que yo sería tu tercer intento?

«Que alguien me mate ya, por favor».

—*Más que intento, diría yo que serías un logro*—replicó divertido—. *Te juro que no iré a ver a ninguna amiga, menos una ex-novia, no tengo nada que ver con ellas. Tengo una reunión de negocios con un amigo, ¿me creerías, por favor?*

—Está bien, te creo.

—*Quiero hacer esto rápido para que podamos seguir pasando tiempo juntos.*

Fue inevitable sonreír como estúpida. Y las mejillas calientes también.

—Me gustaría mucho eso...

—*No quiero que sientas celos, recuerda que soy todo tuyo.*

Ah... con que todo mío. Él como que no sabía en qué se estaba metiendo.

—*Te quiero, linda. Nos veremos pronto.*

La llamada se cerró. Solté un gran suspiro de estúpida, disfrutando de un baile muy peculiar que hacían los animalitos de Blanca Nieves a mi alrededor.

¡Ping!, entró un mensaje a mi móvil que hizo que dejáramos de bailar:

Número desconocido: ¿Por qué no me respondes?

Los animalitos de Blanca Nieves se asustaron y corrieron despavoridos de la escena. ¿Pero quién era ese «número desconocido» que me escribía y llamaba con tanta insistencia?

No le contestaría. Haría caso a ese viejo refrán que te dicen de niños: «nada de hablar con extraños». Así que borré el mensaje y me largué a seguir disfrutando a mi mamá, a quien solo tendría para mí hasta mañana.

Cuando llegué al jardín, mi mamá todavía estaba ahí, feliz de la vida, porque una de sus plantas le acababa de dar un tomate.

—Y tu padre decía que ese canal japonés no me serviría de nada —enunció, orgullosa de su cosecha.

Me arrodillé a su lado, justo frente a la planta de tomate. Matt tenía razón, necesitaba aprovechar este tiempo para actualizarme con ella. A ambas nos hacía falta.

—Mamá, ¿me enseñas a plantar?

Ella, con ojos vibrantes por la alegría, asintió con la cabeza y me entregó su mano para invitarme a sentarme con ella en el césped.

No es que me gustara plantar. Es más, hasta el sol de hoy estoy segura que todo lo que toco perece. No obstante, mi mamá lo disfrutaba y era la excusa perfecta para que conversáramos lo que quedaba del día.



Esa tarde hablé de todo con mi mamá. Me sentí en total confianza de contarle cómo conocí a Matt durante aquel robo a mano armada, las estúpidas reglas de felicidad que me enseñaba y lo mucho que había cambiado mi vida.

Ella, por supuesto, no dudó en decirme cuán feliz se sentía por mí y cuán agradecida con Matt por hacer que mis días fuesen un poquito mejor.

A las seis en punto, Matt llegó a la par que mi papá. Me asombré un montón cuando los vi adentrarse por la puerta principal conversando sobre ping-pong. Creo que jamás me acostumbraría a ver lo bien que se llevaban y lo rápido que sucedió.

En menos de cuarenta minutos, nos encontrábamos en «Canlis», uno de los restaurantes más famosos de Seattle, donde dejamos en el olvido todos los problemas que nos podían estar incomodando y disfrutamos de una espléndida velada familiar.

La velada acabó más pronto de lo que quisiera y así mismo lo hizo mi estadía en la casa de mis padres. En un abrir y cerrar de ojos, ya eran pasadas las 3:00 p.m. del día siguiente, en el que, con dolor en mi alma, tuve que decir «hasta pronto» a mis padres.

Mamá me despidió con lágrimas, mientras que papá me abrazó dándome ligeras palmadas en la espalda y susurrando a Matt un «cuídala, por favor».

Lo siguiente que hicimos fue dirigirnos al Aeropuerto Internacional de Seattle, donde Will nos esperaba puntual en el mismo jet privado que nos trajo.

El vuelo de regreso fue tranquilo. Will piloteó el jet, sin turbulencias, ni inconvenientes, por lo que al principio disfruté de una agradable conversación con Naomi sobre todas las cosas divertidas que hicimos con mis padres y al final, me dediqué a tomar una siesta en el regazo de Matt. Él, por increíble que suene, no trabajó durante el vuelo, sino que durmió conmigo. Se veía agotado.

Aterrizamos en Los Ángeles a eso de las 6:00 p.m y, para nuestra sorpresa, justo en el momento que salíamos de migración, Isabella nos esperaba con un enorme cartel que decía: «Emma y Matt, ¡por favor sean pareja YA»!

Oh, Dios mío.

—¡Emma! ¡Matt!—gritaba Isabella desde la distancia—. ¡Aquí,

aquí!

Mientras Matt la saludó enérgico moviendo ondeando su brazos en el aire, yo me tapé la cara avergonzada por sus ocurrencias.

Ya en planta baja, corrió como loca a abrazarnos como si mínimo tuviese dos meses sin vernos y solo fueron dos días.

—¡Los extrañé tanto!—Isabella me apretó tan fuerte que sentí a mis pulmones expulsar todo el aire—. ¡Oh niños! Me alegra que estén bien, los vi en una foto haciéndose ojitos.

Isabella me soltó y abrazó a Matt.

—¡Lo sé! ¡Parecemos muy felices!—le dijo Matt casi sin aire.

—Oh no, solo espero que mi madre no la haya compartido en sus redes sociales—me sentí irremediamente agobiada—. De hecho, espero que no tenga redes sociales.

Isabella agarró un par de nuestras maletas (no sé ni para qué si teníamos una carretilla, pero bueno) y nos condujo fuera del aeropuerto, donde su auto nos esperaba estacionado en medio de la calle, porque bueno, ya la conocen.

Matt y yo decidimos sentarnos juntos en la parte trasera.

Y bueno, quizás esté demás que lo diga, pero en el camino la futura Sinclair habló de su boda naturalmente.

—Mi vestido llega en dos días—anunció.

—¿Ese vestido no lo compraste hace como tres años, cuando ni siquiera conocías a Joseph?—se me escapó el humor negro.

Matt me golpeó con su codo. «Déjala», me pareció que susurró.

—Cuatro años, querida, cuatro años—reafirmó Isabella—. Búrlate todo lo que quieras, pero no tiene nada de malo que haya planificado mi boda desde antes de conocer al hombre con el que me iba a casar.

Sí claro, porque es completamente normal. Todas las mujeres compramos un vestido de novia sin siquiera saber si nos casaremos. Es parte del protocolo de ser una fémica.

—Se llama ser precavida—terminó Isabella, sonriéndonos a través de uno de los retrovisores del automóvil.

—O acelerada—le llevé la contraria solo porque me encantaba fastidiarla.

Sentí una insoportable vibración en mi pantalón, pero la ignoré, porque quería seguir con el juego negro hacia Isabella.

—¿Y qué si soy una acelerada? No es tu problema.

Matt se acercó a mí para susurrar:

—Algo está vibrando en tu pantalón y está haciendo que mi pierna se sienta muy incómoda.

Saqué el móvil al final. La pantalla decía: «Número desconocido llamando».

Gruñí. Le di directo al botón de «Ignorar llamada». Ya luego bloquearía ese número, pero ahora quería seguir molestando a Isabella.

—¿Y qué si nunca encontrabas al hombre de tu vida? O peor, ¿qué tal si Joseph te deja un día antes de la boda?

Isabella dio un frenazo que nos tiró hacia atrás contra el sillón a Matt y a mí. Del terror, nos abrazamos instantáneamente. Entonces los ojos grises de Isabella se vieron furiosos a través del retrovisor.

—Nunca, jamás, te atrevas a jugar con eso—dijo pausadamente.

Un tono de llamada entrante interrumpió nuestra conversación. Por suerte esta vez no se trataba de mi móvil, sino el de Matt. A este punto, Isabella ya había puesto en marcha el auto de nuevo.

—Hola—respondió Matt—. Sí, está aquí a mi lado—pausa—. ¿En serio? ¿Ya?—otra pausa—. De acuerdo, iremos para allá.

Le cayó mi mirada de desconcierto.

—Isabella, ¿podemos hacer una parada rápida antes de regresar a casa?—dijo, llenándonos de curiosidad a las dos—. Hay algo importante que debemos ver.

Entonces me atacó con su arma mortal, asustándome un poco.

—Claro, pero con una condición.

—¿Cuál?—preguntó Matt.

Isabella acomodó el retrovisor, de manera que fijó una intimidante mirada en nosotros.

—No vuelvan a hacer chistes sobre su boda.

Nos causó gracia, pero en el fondo sabíamos que hablaba en serio.

Muy en serio.



Lo siguiente que supe es que nos estacionábamos afuera de un local cerrado desconocido ubicado en las afueras de Beverly Hills. La pintura se veía desgastada, las ventanas muy sucias, pero tenía una pintoresca puerta de madera bastante rescatable.

Me bajé del auto dispuesta a inspeccionar el lugar y conocer dónde nos encontrábamos, pero me cayeron las manos de Matt en los ojos haciendo una leve presión para evitar que pudiese seguir viendo.

—¡Oye!—exclamé angustiada—. ¿Por qué no puedo ver?

—Porque es una sorpresa—dijo en mi oreja—. Sin trampas, Emma, prométeme que no vas a espiar.

Asentí con la cabeza. No me encantaba la idea, pero con Matt había aprendido una valiosa lección de felicidad: la dicha de disfrutar de las sorpresas.

Empezamos a caminar, con Matt decidido a mantener mis ojos cubiertos en todo momento. «Puerta, pasillo, escalón», me decía de vez en vez, dándome unas instrucciones que agradecí.

—Uh, se pone interesante la sorpresa—dijo de pronto Isabella con picardía.

—Cállate o me robo tu vestido y lo vendo en Internet.

—¿Qué te dije de los chistes negros sobre mi boda?!

—¡Shhh!—nos calló Matt.

Nuestras voces, que eran claras y precisas, se percibieron débiles y confusas. Rebotaban entre las paredes, ocasionando un raro eco que me dejó saber que estábamos en un espacio vacío y cerrado.

Dejamos de caminar.

El silencio reinó hasta que Isabella gritó:

—¡OH POR DIOS!

Su chillido se esparció tan magistralmente a lo largo del espacio, que no me pareció molesto, sino todo lo contrario. Era hermoso, casi una composición poética. Y eso solo quería decir una cosa: sí, estábamos en un espacio cerrado, pero habían más elementos impidiendo que nuestras voces rebotaran fluidamente.

—¡Shhh!—regañó Matt a Isabella.

¿PERO QUÉ ESTABA PASANDO? ¡Me moría de la curiosidad!

Sentí que Matt volvió a acercarse a mi oreja y susurró muy dulcemente:

—¿Lista?

Me llené de ansiedad.

—¡Sí, por favor!

Las manos de Matt dejaron de ejercer presión sobre mis párpados. Su tacto se tornó gentil sobre mi piel. Estaba a punto de revelarme la

sorpresa.

—Bien—dijo—. Regla número nueve: «Haz lo que te apasiona».

Sus manos liberaron mis ojos. Y lo que era una incierta lóbreguez se transformó en la más alucinante luz de certeza que pude haber recibido en mi vida.

Estábamos en un espacio amplio, pero no vacío. Las paredes eran blancas, mas no estaban despejadas. No me creía lo que veía y al mismo tiempo todo era tan familiar.

—Oh... Cie...—me costó hablar.

«Bum, bum, bum», proclamó mi corazón desorientado.

Un gran colección de lienzos artísticos resaltaban en un primer plano en las paredes blanquecinas, mientras cualquier cosa más que hubiese ahí queda en un plano irrelevante. Pero no era cualquier colección de lienzos. Eran *mis* lienzos. Todos y cada uno de ellos que había trabajado con mis propias manos.

Giré mi cuerpo para encontrarme con más arte por doquier: esculturas, fotos impresas en marcos gigantes, murales, pinturas de óleo, grabados... todas y cada una de las piezas artísticas que había hecho desde que me auto-proclamé artista.

—¡Hice eso el mes pasado!—exclamé, riéndome emocionada, señalando una de las pinturas—

Una galería de arte. Estaba en una galería de arte muy sofisticada, que se firmaba con el nombre Emma Bennett por todas partes.

—Y esta foto...—me acerqué a un marco que tenía un cielo estrellado—. Esa foto la tomé el día que estábamos en Palm Springs.

Seguí por todo el lugar, explorando, recordando, sintiendo, hasta llegar al último salón que conformaba la galería, donde se exponían únicamente tres magistrales lienzos, ¡los de las trillizas que entregué hace poco!

Me quedé de pie, estática, admirándolos, tratando de hacer que mi corazón volviera a latir en las frecuencias lentas que me caracterizaban, pero no quería, quería latir con fuerza y seguridad por la emoción que habitaba en él.

Ahí confirmé que no encontraría más arte que el mío en esta galería. No sabía cómo Matt lo había logrado ni en qué tiempo, pero definitivamente esta exposición me pertenecía solo a mí.

—Hola Emma—una voz masculina sonó a mis espaldas.

Me giré, para descubrir al dueño de la voz, porque definitivamente no era de Matt. Yo conocía bien la voz de Matt.

—¿Roger?

Se trataba del borracho de la fiesta en Palm Springs al que le vendí una galería de arte ficticia. Sí... ficticia, excepto porque ahora parecía que no lo era. Y que él se veía muy sobrio, así como yo también.

—¿Cómo estás, Emma?—se acercó para entregarme su mano, la cual estreché en son de cortés—. ¿Qué te parece tu nueva galería de arte? No lo hemos puesto nombre porque Matt dice que odias «Emm's».

Un segundo, ¿acaso el borracho, digo, Roger, acababa de decir que esta galería era mía?

—Espera, ¿qué?—pregunté confundida.

—Bueno técnicamente es tuya y mía, ganaré un porcentaje de tus ventas anuales y...

Lo interrumpí porque no entendía nada.

—¿Mis ventas anuales?!

—Sí, ese novio tuyo te ama con locura.

Isabella y Matt aparecieron repentinamente en la exposición. Isabella venía con una genuina expresión de fascinación admirando todo a su alrededor, mientras que Matt corrió a posarse enfrente mío. Por algún motivo se veía preocupado.

—¿Qué opinas?—soltó.

—¿Esto es mío?

—Eso no fue lo que pregunté.

—Ya sé, ¿pero lo es?

Matt escarbó en el bolsillo de su abrigo hasta que sacó de él una llave pequeña. Me la entregó al mismo tiempo que agarró mis manos, un gesto que tenía mucho conmigo cuando sabía que estaba por descontrolarme.

—Lo es—confirmó—. Es tuyo.

Admiré la llave. Tenía un diminuto papel con la palabra «Emm's», lo que me confirmó que era la llave del local.

Ahora sí que se me saldría el corazón.

—De acuerdo, Emma, ya fue suficiente—Isabella se metió entre nosotros—. Si tú no le dices que sí quieres ser su novia, termino con Joseph y se lo digo yo.

Miré a Isabella tan estupefacta como alguien que en un día

cualquiera de pobreza acabase de recibir un negocio a su nombre y un socio con serios problemas de alcohol.

—Oh, mierda—soltó ella entendiendo que necesitaba un minuto para procesar todo. Entonces agarró a Roger por el brazo y lo arrastró hacia la salida—. ¡Los esperaremos afuera! ¡Roger, me muero por hablarte de mi boda!

Así nos dejaron a Matt y a mí en una cómoda privacidad.

—Emma—pronunció él con cariño tratando de aplacar mi estupefacción—. Antes de que digas cualquier cosa, quiero aclarar: esto no es un regalo. Es una responsabilidad.

Bravo, eso *totalmente* me hacía sentir mejor.

Temblé, a lo que él hizo más presión sobre mis manos. Probablemente se había percatado que eligió las palabras inapropiadas para calmar a una marginal con un nuevo negocio.

—Te admito que el local sí es mío—recitó—. Lo compré hace un año porque me pareció asombroso, pero no sabía qué hacer con él. No hasta que te conocí y descubrí el gran talento que tienes y demuestras con cada una de tus alucinantes piezas de arte.

Una sonrisa, la más honesta de mi vida, se dibujó en mis labios. Entendí que el hecho que Matt me estuviese entregando este negocio no tenía nada que ver con que él estuviese enamorado de mí. Matt veneraba mi talento y mi pasión por el arte. Lo hacía por él. Quería que ambas cosas tuviese un espacio para ser compartido con los demás. Seguramente hubiese hecho lo mismo con cualquier otra persona, con tal de confirmar su valor.

Sí. Así de maravilloso era mi Matt.

—Así que tuve unas cuantas reuniones con Roger sin que te dieras cuenta, moví un par de influencias, Isabella me ayudó a contactar a algunos de tus clientes y ellos se sintieron muy emocionados de formar parte del proyecto y ayudar a una nueva artista a emerger.

—¿Esto era lo que estabas haciendo ayer?

—Así es.

—*¡Yo era la amiga!*—resonó la voz de Roger desde el otro salón—. *¡Voló hasta acá para reunirse conmigo!*

—*¡Como te decía, Roger, mi boda es en un par de días! ¡Estoy muy nerviosa!*—lo cortó Isabella con su tema de siempre.

Los ojos de Matt volvieron a mí.

—Puede que pienses que ese tipo está loco, porque, pues, en verdad lo está—dijo—. Pero muy loco, no tienes idea de lo que es tener que reunirse con él y escucharlo hablar de su fallido matrimonio con...

—Matt, te estás desviando del tema.

Sacudió la cabeza.

—Pero tiene muchos contactos, cree tanto en ti y en este proyecto, que logramos recrear todo esto en menos de dos semanas.

La realidad, cruel y despiadada, me cacheteó.

—Pero no sé cómo llevar un negocio...

—No tienes que saberlo—me sonrió Matt—. Para eso estoy yo.

¿Sería correcto que me desmayara en este momento a causa de la ternura de este joven tan apuesto con el que podría casarme ya mismo?

—Te voy a enseñar a llevar un negocio con éxito, pero con una condición—besó mis manos, una a una—. Que lo hagamos juntos, como un equipo.

Por primera vez pensé que era mejor no desmayarme, porque eso hubiese sido hacer tiempo para poder huir como una cobarde. Y yo ya no quería huir, quería aferrarme a este amor. A esta babosada del equipo que de pronto pareció tener perfecto sentido.

—¿Como una pareja?

—Sí—replicó Matt divertido—. Quería usar esa palabra, pero te aterra.

¿Y qué si ya no me aterraba? ¿Y qué si me gustaba? ¿Y qué si estaba más convencida de ella que nunca? ¿Y que si entendía al final por qué todo el mundo decía que tarde o temprano el pasado se superaba?

Respiré hondo.

Había llegado el momento. Mi momento.

El momento de decir adiós a mi pasado y darle la bienvenida al futuro tan prometedor que tenía aquí, frente a mí. Un futuro de ojos azules que me sostenía las manos dándome la certeza que jamás me dejaría derrumbarme ante los misteriosos designios de la vida.

El futuro del que... estaba enamorada.

Oh por Dios.

OH POR DIOS.

Estaba profundamente, locamente enamorada de Matthew Sinclair, el demente al que le salvé la vida. El que prometió sanar mi corazón, pero en el transcurso, se lo robó también.

Me atraía Matt, me gustaba, me encantaba.

Amaba a Mathew Allan Sinclair.

¡Cielos! ¡Qué bien se sentía admitirlo finalmente! ¡Oigan todos!
¡AMO a Matt con todo mi corazón! ¡LO AMO!

Oh, de acuerdo, debía decirle a él primero.

Sonreí ampliamente.

—¿Y qué si ya no me aterra?

Los ojos de Matt se abrieron como dos platos, incrédulos por mis palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es—inhalé aire y procuré nunca dejar de sonreír—. ¿Todavía está en pie la oferta? ¿La de...?

Mi teléfono vibró intensamente en mi pantalón. ¡Maldición!
¿Ahora era la más solicitada cuando acababa de descubrir que estaba enamorada e intentando confesar mis verdaderos sentimientos al hombre que me traía loca?

Lo ignoré.

—Matt—dije, con unas agallas que no esperaba—. ¿Todavía quieres que sea tu novia?

Matt parpadeó a mil por hora.

—¿Estoy soñando?—me preguntó en son de broma y en son de seriedad.

Vaya, vaya, me sorprendía que a este punto todavía quisiera bromear. Porque yo no estaba bromeando. Yo quería cerrar este trato de amor de una vez por todas y comérmelo a besos en mi nueva galería de arte.

—No te atrevas a hacer un chiste cuando estoy abriendo mi corazón a ti.

Se rió. Era oficial, jamás podríamos tener una declaración de amor normal como la gente normal. Pero estaba bien, porque nuestro amor era todo menos normal.

—Por supuesto que está en pie—dijo—. Siempre lo estará, ¿por qué?

Pobrecito, no se lo creía. ¿Se lo había puesto tan difícil así?

Di otro respiro en busca de otro saco de agallas. Esto no era sencillo, pero ya no aguantaba más. Necesitaba decírselo cuanto antes.

—Matt—dije con firmeza—. Lo que voy a decirte no es porque

hayas saltado la Aguja Espacial, ni tampoco porque me acabas de regalar una galería de arte, aunque digas que no es un regalo sino una responsabilidad.

Matt se quedó silenciado, con su completa atención en lo que yo tenía que decirle. Eso o se estaba quedando sin signos vitales.

—Sino porque esta mañana, cuando te fuiste con Roger y pensé que era una ex-novia, me sentí súper celosa y descubrí que...

Tuve que hacer una pausa. Empezaba a ponerme demasiado nerviosa. Definitivamente las confesiones de amor no eran lo mío.

«¡Maldita sea, ya díselo, soqueta!», gritaron mi corazón, raciocinio y subconsciente al mismo tiempo, quienes veían todo con palomitas de maíz desde la primera fila, justo frente a las pinturas de las trillizas.

—Que yo te...

Mi móvil vibró tan fuerte contra mi pierna que creí las ondas me quemarían la piel. Ya, exageré, pero ustedes entendieron.

Se me agotó la paciencia. Lo saqué de mi pantalón para descubrir en la pantalla que se trataba del maldito «número desconocido» llamando.

—Disculpa, no sé quién me llama con tanta desesperación—le dije a Matt apenada—. Tal vez es un cliente y debo...

—Sí, adelante, contesta.

Me alejé solo un poco de Matt. No quería que me escuchara insultar a la persona que no me dejaba en paz. Quería que de ahora en adelante me viera como una mujer dulce y para nada violenta que solo tenía ojos para él. ¡Cielos! ¡Lo que me estaba haciendo el amor!

Contesté la llamada a la cuarta timbrada.

—Mira inepto o inepta, quien quiera que seas, me has llamado todo el día y estoy bastante harta de ti. No es un buen momento, estoy tratando de decirle al hombre de mis sueños lo enamorada que...

—*Soy inepto, no inepta*—me interrumpió un hombre del otro lado de la línea.

Por un minuto me pareció que había escuchado su voz en algún lado, pero no estaba para hacer memoria. Quería terminar rápido con él para ir a romancesear con Matt.

—¿Quién demonios eres y qué quieres?

—*¿En serio no sabes quién soy?*

Gruñí.

—Si supiera quién eres no te estaría preguntando.

—*Sigues siendo tan honesta como siempre, Emm.*

Las palpitaciones fuertes y seguras se detuvieron. Temblé, de escuchar, luego de tanto tiempo ese apodo con el que ya nadie me llamaba.

«Emm». Solo había una única persona capaz de acortar así mi nombre haciéndolo sonar patético, cuando en realidad no lo era.

—Oliver.

Sí, el patán que me dejó, sin decirme, hace cuatro años.

Necesito dejarte ir

Un día, leyendo babosadas en Internet, encontré una vez una frase que decía así: «Aferrarnos no nos hace fuertes, pero aprender a dejar ir sí». Yo no lo entendía, así como tampoco comprendía cómo uno es capaz de superar un doloroso pasado.

Hoy, en miras de un futuro prometedor, finalmente lo entendía. Todo había llegado a mi cabeza como una maravillosa epifanía: un doloroso pasado no se supera intentando olvidarlo, se supera transformándolo en una experiencia de crecimiento. Y eso, en pocas palabras, es aprender a dejar ir algo a lo que estabas aferrado.

Pero es un hecho que con el entendimiento, vienen los ataques irónicos de la vida. Porque todo debe funcionar bajo un balance universal para poner a prueba nuestra fortaleza.

Y ahí estaba yo, en la máxima prueba que me pudo poner la vida.

—¿Por qué demonios me llamas?

Eché un vistazo a Matt. No se había percatado de nada, su concentración se depositaba en una de las pinturas de las trillizas, esperando pacientemente hasta que yo regresara a él.

—*Necesito que hablemos, Emm*—respondió el idiota que me dejó, tratando de sonar condescendiente.

Su voz sonaba tan gruesa como siempre, pero ya no me gustaba.

En aquel tiempo, cuando lo quería con obsesión y teníamos una tonta discusión de adolescentes, solía usar esas palabras tan manipuladoras conmigo: «Necesito que hablemos, Emm».

Y yo caía, una vez tras otra, porque sentía que él tenía un poder sobre mí.

Hoy no. Hoy me sentía asqueada por su voz. No porque estuviese todavía resentida por lo que me hizo, porque ya no lo estaba. Ya lo había dejado ir. Me asqueaba porque me quitaron la venda de los ojos y acababa de descubrir que en verdad tenía una voz horrenda.

—Te prohíbo que uses ese asqueroso nombre conmigo—le dije, autoritaria—. Y no, tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Teníamos algo de qué hablar hace cuatro años, pero tú me ignoraste deliberadamente.

Así que voy a cerrar ya mismo porque tengo algo muy importante que hacer.

—*¡No, no! Espera, debes escucharme—sonó desesperado—. Cometí un error, ¿de acuerdo? Necesito que lo hablemos, quiero disculparme.*

Bufé. Gran amo del sarcasmo, ven a mí.

—Qué pena.. porque estás CUATRO años tarde—solté—. ¡Cuatro años! ¿Sabes todo lo que ha cambiado desde entonces?

—Pues...

Lo interrumpí.

—Tenemos un nuevo presidente, nuevas políticas migratorias, no llueve en Los Ángeles desde hace meses, los Seahawks de Seattle ganaron la temporada pasada luego de no haber ganado en siglos, me quité el asqueroso rojo de farmacia que te gustaba...

Oli... Oliv... ¡ni siquiera podía decir su nombre de lo asqueada que estaba!

Mi estúpido ex-patán se rió del otro lado de la línea.

—*He extrañado tanto ese humor tuyo—dijo—. ¿Todavía ves fútbol?*

—Sí.

—*¿Ves? No todo ha cambiado.*

Vaya, de verdad que odiaba a ese idiota. ¿Qué fue lo que le vi? ¿Cómo fue que hizo para que me obsesionara con él de la manera en que lo estaba? ¿Y por qué rayos me emocioné cuando me escribió que me amaba en una servilleta?

Qué bien que Matt la destruyó.

¡MATT!

Giré mi cuerpo en su dirección para contemplarlo. Estaba cruzado de brazos, contemplando la tercera pintura de las mellizas. Qué lindo era, quería ir a abrazarlo, besarlo y decirle que lo amaba con todo mi corazón. Pero tenía a este otro idiota al teléfono interfiriendo con mi vida y mi futuro prometedor de ojos azules.

—Oliver—decidí llamarlo por su nombre—. Ya no me interesas, no me llames más, por favor. Además, no estoy en Seattle, solo fui unos días de paseo y ya regresé a Los Ángeles.

—*De acuerdo, dejaré de llamarte.*

Al fin.

—*Te visitaré mejor.*

Me horroricé con H mayúscula.

—¡¿Qué?!—exclamé tan fuerte que capturé la atención de Matt. Fingí una déficit auditiva—. ¡Disculpa, háblame más fuerte que no te escucho! ¿Cuánto me dijiste que me pagarás por una pintura?

Matt me atacó con su arma mortal, pero volvió a concentrarse en la pintura.

—*Sería agradable tener una pintura de tu cuerpo.*

«Más agradable sería que te arrollara un camión», pensé, pero no se lo dije. En cambio, sentí que era mejor idea ponerle una orden de distanciamiento. Hablaría con Matt de ser necesario para que me ayudara a lograrlo.

—Ni se te ocurra venir o haré que pagues por ello.

—No es que se me ocurra o no—se ríó como el estúpido que era—. Mi papá fue transferido a Los Ángeles, tenemos un par de semanas de estar mudando todo. En un par de días podré verte.

No, por favor, no juegues. ¡No juegues!

Nuevamente, con el entendimiento venía los ataques de ironía de la vida, pero tampoco así, esta vida mía estaba siendo demasiado cruel conmigo.

Me callé porque sentí las manos de Matt rodeando mi cintura. Me abrazaba por la espalda, pegado su cuerpo con el mío y depositando un beso en mi mejilla.

—¿A quién harás pagar por algo?—me preguntó, burlesco, como si se tratara de algo gracioso.

Cerré la llamada del susto. Eso no podía estar pasando. La superación de Oliver había sido mucho más fácil porque lo tenía a mil kilómetros de distancia, pero si lo iba a tener tan cerca, definitivamente tendría que pensar en un mejor plan para que no interfiriera con nada en mi presente.

—¿Emma?

Matt besó mi otra mejilla, lo que me sacó totalmente de mis pensamientos sobre Oliver y me hizo girarme en dirección a él para que quedáramos cara a cara.

Le sonreí a Matt con ganas de ponerle a él, por el contrario, una orden de acercamiento de por vida.

—A nadie—atendí—. ¿Qué te estaba diciendo?

—Decías que te pusiste muy celosa en la mañana luego que me fui con Roger y que descubriste algo—respondió con su memoria fotográfica y me dio un fugaz beso en los labios.

Me quedé como estúpida con los labios en posición para seguir besándolo, pero sacudí la cabeza pronto reaccionando. Tenía una confesión pendiente. Era ahora o nunca.

—Decía que...

—¡Niños!—me interrumpió Isabella.

¡MADRE SANTA DE DIOS! No podía ser. No solo no se me daban bien las confesiones de amor, sino que aparentemente el universo estaba conspirando en mi contra para hacérmelo todavía más difícil. El karma sí que es un idiota, incluso más que Oliver.

Mmm... nah, nada podía ser más idiota que Oliver.

Matt se fijó en Isabella, todavía abrazándome, pero yo me recosté en el pecho de él decepcionada por la conspiración.

—Niños, lamento interrumpirlos, pero debemos irnos ya—Isabella sonaba agobiada—. Estaban instalando unas mesas en el jardín y tumbaron unas de las fuentes de agua por accidente.

¿A quién le importaba su fuente?! ¡Hola! ¡Estaba por confesar mis sentimientos a Matt!

—¿Y no puede esperar?—pregunté fastidiada—. Estamos en medio de algo importante.

—¿Importante? Pero si se estaban besando.

—¡Isabella!

—Ya, de acuerdo—dijo ella con voz seca—. Lo siento, pero no, no puede esperar. Tengo que ir a ver qué tan mal está y si puedo reponerla de aquí al fin de semana de la boda.

Me desesperé. ¡Ella ya tuvo su momento! ¡Debía dejarme vivir el mío!

—Isabella, seré completamente honesta contigo: no me importa tu fuente. Estamos en medio de algo mucho más importante.

—Por supuesto que no te importa, no pagaste por ella. Lo siento, Emma, pero esto sí es muy importante.

Claro, arruinemos la declaración de amor de Emma. ¿A quién rayos le importa la declaración de amor de Emma?

El tacto de Matt bajó mis revoluciones.

—No te preocupes, linda, hablaremos más tarde.

Era demasiado bueno. Yo era el *yin* y él, el *yang*.

Asentí con la cabeza, pero en realidad me preocupaba que calmara la adrenalina que había en mí, porque si lo hacía, sería más difícil abrir mi corazón después.



Isabella estacionó su auto frente a la Mansión Sinclair. Nada más hizo apagar el motor y salió disparada hacia el jardín a su ver su asunto de la fuente.

Me bajé del auto e instantáneamente otro auto se estacionó al lado mío. De él, Roger salió con una expresión de admiración por la casa.

—¡Pero qué arquitectura tan preciosa!—dijo, alejándose para seguir examinándola.

Me pegué a Matt para susurrar:

—Recuérdame de nuevo por qué lo invitamos a cenar.

Él abría el maletero del auto para sacar nuestras maletas de él.

—Porque invirtió cien mil dólares en tu nuevo negocio—replicó, acomodándose mi maleta en el hombro—. Debes tener atenciones especiales con tus inversionistas.

—¿En serio? ¿No basta con decirle «gracias»?

—No.

—¿Y si le doy un abrazo? Estoy dispuesta a darle un abrazo.

Se acomodó su maleta en el otro hombro.

—Sí, eh...—cerró el maletero—. Creo que prefiero que cene con nosotros.

Resoplé.

—Cien mil dólares en una galería de arte—seguía impresionada, no es algo que pasa todos los días—. ¿Seguro que no lavaremos dinero ahí?

—Estoy muy seguro.

Roger llegó hasta nosotros corriendo como perro en casa nueva, dio unos cuantos brincos a nuestro alrededor y regresó a la entrada principal, donde se tiró encima de unos arbustos. Parecía olfatearlos.

Demonios, este hombre era peor sobrio. Ahora entendí por qué su esposa lo había dejado.

Jane apareció a través de la entrada principal con una amplia

sonrisa, llena de su positivismo de siempre. Me pareció que traía nuevo *look*, porque su cabello se veía más oscuro.

—¡Al fin llegan mis dos personas favoritas de esta casa!—nos dijo emocionada.

La saludé en la distancia ondeando una mano.

Entonces se percató de la presencia de Roger, cuya cabeza se mantenía entre los arbustos lazando cumplidos en voz alta sobre el aroma del arbusto.

—Matt, ¿por qué hay un extraño oliendo nuestras plantas?—preguntó con desagrado.

—Porque invirtió cien mil dólares en el nuevo negocio de Emma.

El semblante de Jane cambió a uno de emoción. Regresó a la sonrisa de antes, pero que ahora se veía muy falsa y extendió su mano hacia el loco que olía las plantas.

—¡Un placer conocerte!—dijo. Roger salió del arbusto y le estrechó la mano—. ¿Me dijiste tu nombre? ¿Qué te gustaría cenar hoy?

—¿Ves?—me susurró Matt—. Atenciones especiales.

—Ésa es la razón por la que ustedes son multimillonarios y yo no.

Roger soltó una risotada. Me pareció que intentaba coquetear con Jane, ¿pero cómo saberlo? Leer a borrachos locos que han sido dejados por su esposa no es mi especialidad.

—Matt, ¿ésta es tu bellísima hermana?—preguntó Roger.

—Por desgracia—le contestó Matt con un chiste.

Qué lindo era, hasta cuando hacía chistes. Era como un postre. Sí, mi Matt era un delicioso postre que hubiera podido comérmelo con crema batida, fresas y muchos besos. Y luego arrepentirme por habérmelo comido tan rápido.

—¡Ay, «bellísima»! ¡Pero qué hombre tan encantador!—replicó ella—. Por favor, siéntete como en tu casa.

Roger se lo tomó demasiado en serio. Se adentró a la casa corriendo, tocando cada una de las paredes, explorando la arquitectura interior de la mansión.

—¿Cómo haces para atraer a estos locos?—me preguntó Jane cuando ya todos estábamos entrando a la casa.

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir, Jane? ¿Qué podía decir?

Roger corrió desmesuradamente hacia las escaleras haciendo un ademán de ir hacia el segundo piso.

—¡No, no!—Jane se alarmó—. ¡No tan en casa!

Lo agarró antes de que pudiese hacer cualquier otra cosa, lo que nos hizo tener que estar presencia de Roger otra vez.

—Tu piel se ve tan tersa...—dijo él, alcanzando la mejilla de Jane y acariciándolo mientras soltaba una risita desquiciada.

El rostro de cabreo de Jane fue inminente, pero por suerte, Joseph apareció antes que le metiera un puñetazo a Roger. Rodeó a Matt con un brazo, mientras que con el otro me rodeó a mí.

—Bienvenidos a casa—nos dijo sonriente—. ¿Qué tal el viaje? Espero que estén preparados para la cena de bienvenida que tenemos para ustedes.

¿Cena de bienvenida? Pero si solo nos fuimos dos días.

Joseph se fijó en Jane, cuya cara era más la mano de Roger y claro, el cabreo. Definitivamente se estaba conteniendo de pegarle.

—¿Por qué un extraño toca tanto a Jane?—nos susurró Joseph confundido.

—Porque invirtió cien mil dólares en el nuevo negocio de Emma—replicó Matt con el mismo tono bajo.

Joseph nos liberó del abrazo.

—¡Soy Joseph, un placer conocerte!—se acercó a Roger para ofrecerle un estrechón de manos. Vaya, vaya, estos tres definitivamente eran hermanos.

Roger dejó en paz a Jane finalmente.

—Gusto en verte nuevamente, Joseph—dijo.

—¡Oh, claro! Estuviste en nuestra fiesta en Palm Springs—replicó Joseph.

Pero antes que pudiesen seguir haciendo vida social, la voz de Isabella nos estremeció a todos:

—*¡Joseph, mi amor! ¡De verdad no creo que esto se pueda arreglar!*

Intentaba sonar dulce, pero todos la conocíamos bien. Estaba sumida en una profunda desesperación.

Un momento, ¿se suponía que ella estaba en el jardín? ¿Cómo se las ingeniaba para gritar tan fuerte?

—¡Ya voy, mi amor!—contestó Joseph y se volvió hacia Roger—. Así que tú eres el que invirtió en el indudable talento de Emma. Has tomado una buena decisión, no te arrepentirás.

Amaba a Joseph. No tanto como a Matt, claro, pero lo amaba.

—Es grato escuchar eso del presidente de la cadena hotelera más famosa de Los Ángeles—respondió Roger.

—*¡Querido, me muero de un ataque cardiaco!*

—¡Dame un momento, mi amor!—le gritó Joseph—. Matt me estuvo contando sobre el proyecto, creo que es brillante y tendrá mucho futuro, especialmente porque todo lo que hace Emma es alucinante.

Me guiñó un ojo. Ah... mi futuro cuñado me vendía bien a los demás. Definitivamente caí en la familia correcta.

—*¡JOSEPH, ESTO ESTÁ TERRIBLE, VEN YA!*

Joseph soltó un largo suspiro. Pobre, lo compadecía tanto.

—¡Isabella, es solo una fuente!—gritó.

No era solo una fuente. ¡Era la maldita fuente por la que se interrumpió mi confesión de amor hacia Matt!

De la nada, la figura de Isabella se materializó en el recibidor. Venía con los brazos cruzados, el ceño fruncido y unos pisotones violentos que hasta a mí me asustaron.

—¿Solo una fuente?—se dirigió a Joseph—. ¿SOLO UNA FUENTE? Joseph Sinclair, ¿así es como ves la fuente de nuestra boda? ¿Tan siquiera te importa nuestra boda?

Jane, Matt y yo intercambiamos una mirada con cejas alzadas. Esta mujer estaba loca, demente, volada... estaba peleando por una fuente.

—Mi amor, la boda no se arruinará por no tener la fuente.

Oh no, eso lo empeoraría más.

—¡No es la fuente! ¡Es lo que representa la fuente!

—¿La raíz de tu locura?—interrumpió Jane.

Matt la golpeó con un codo haciéndole una indirecta de que no se metiera.

—¿Y qué representa la fuente?—preguntó Joseph para nada alterado. Es más, le divertía. Justo como a mí. Isabella estaba tan loca que a uno le tocaba a veces simplemente reírse de sus ataques de demencia.

—¡Un acto desinteresado de amor!—explicó ella—. Es la fuente en donde tú y yo nos daremos nuestro primer beso como marido y mujer.

—En realidad—interrumpí—. El primer beso sucede durante la ceremonia cuando el sacerdote los declara marido y mujer.

Isabella me fulminó con la mirada. Me callé.

—Es la fuente donde...—siguió, destellando corazones y unicornios—. Agarraré la mano de Matt y Jane y les diré...

Matt y Jane la observaron petrificados.

—«Somos todos... una hermosa... hermosa...—casi cantó—. Familia».

—Por favor no—dijo Jane.

No aguanté más. Me pareció tan estúpido que solté la carcajada que nadie se atrevió a soltar. Todo el mundo se volvió hacia mí, pero no me hicieron sentir nerviosa. Estábamos en un país libre donde nos podíamos reír de los que nos hacía gracia y el que me dijera lo contrario, le daría su merecido.

—¿Y tú de qué te ríes?—espetó Isabella—. Agarraré tu mano también, ¿sabes?

Paré en seco la carcajada.

—Agarras mi mano y te golpeo enfrente de todo el mundo.

La ira de Isabella fue inminente. Ups, quizás no fue buena idea recurrir a mi humor negro en un momento tan sensible para ella como lo era este.

—Me golpeas enfrente de todo el mundo y te...—me decía, apretando sus puños, pero Joseph no la dejó terminar. La abrazó por la cintura para arrastrarla hacia atrás.

¡JÁ! ¿Y ésta qué? ¿Se creía que porque se iba a casar en un par de días me podía amenazar así?

Me quité la chaqueta, se la tiré a Matt y fui directo a donde Isabella con el puño apretado dispuesta a darle su merecido. La quería y todo, pero a veces me tocaba adoptar medidas extremas con ella para que volviera a sus cabales.

—¡Oh, wow, wow!—exclamó Matt alarmado, abrazando mi cuerpo rabioso antes de que pudiera hacer algo y trayéndome contra sí—. Nada de peleas en este día tan hermoso.

¿Hermoso? Hermoso sería cuando pusiera a Isabella en su lugar. Y cuando lograra confesarle a mi futuro prometedor de ojos azules lo enamorada que estaba de él.

—Sí, hermanos, mejor agarren a sus bestias—comentó Jane.

Tanto Isabella como yo quisimos ir ahora contra ella, a lo que Jane, asustada, echó hacia atrás en tres pasos.

—Disculpen que me entrometa, pero—intercedió Roger. ¡Oh, me

había olvidado que estaba ahí!—, sé de fuentes.

Isabella, que era tal cual un perro rabioso, se calmó como por arte de magia y una gran sonrisa invadió su boca.

—¿En serio?

Pero qué mujer tan bipolar.

Al final los tres se fueron al jardín a ver el asunto de su fuente, dejándonos al otro trío en una merecida paz.

—Hasta que se fueron—soltó Jane.

Nos contempló, entonces, llena de picardía porque Matt y yo seguíamos abrazados. Y para ser honesta, no quería que me soltara.

—¿Están ustedes...?—dijo ella—. ¿Juntos?

Me avergoncé, separé y negué con la cabeza.

Jane borró todo rastro de felicidad de su cara.

—No me hablen hasta que estén juntos.

Y se largó al jardín también.

Salté en mi lugar al sentir las vibraciones de mi teléfono móvil en mi pantalón. ¡Demonios! Oliver no desistiría tan fácil. Conociéndolo, seguiría llamándome hasta que lograra conseguir algo conmigo. Debía hablar con él y hacer que se detuviera.

—Te veré en la cena—le dije rápidamente a Matt, inclinándome sobre la puntilla de pies y besar su mejilla.

Intenté huir escaleras arriba para mandar a la mierda a Oliver en la privacidad de mi habitación, pero no lo logré. Sentí que Matt me agarró y me arrastró hacia él hasta tenerme a centímetros de distancia de su rostro.

—No tan rápido, nena.

—Eh...

—Estoy muy curioso sobre aquella cosa que querías decirme, pero Isabella nos interrumpió.

Carraspeé. Éste estaba muy lejos de ser la forma en la que quería confesarle mis sentimientos a Matt. Especialmente porque tenía al molesto Oliver llamándome como desquiciado lo que se traducía en unas incómodas vibraciones en mi pantalón.

—¿En serio? ¿Tú sufres de curiosidad?

—Sí, como todo el mundo.

—Como todo el mundo, claro...—reí—. Qué gracioso.

Matt me apretó más. Me daba miedo que las vibraciones llegaran hasta él porque entonces empezaría el interrogatorio.

—Mmm... alguien parece nerviosa—dijo.

Ahora lo que vibró fueron mis piernas, pero por el efecto que tenía su tacto sobre mí. ¡Pero qué injusto! Yo también debía tener algún efecto sobre él.

—¿Quién no se sentiría nerviosa teniéndote a centímetros de distancia?—rocé mis labios encima de los suyos.

Sentí el «bum, bum» acelerado de su corazón. ¡Já! Así que sí tenía un efecto sobre él después de todo.

—Estás muy rara desde la galería—fue directo al grano—. ¿En qué andas, Emma? ¿Qué escondes?

—Qué te parece si...—me separé tan fácilmente de él porque estaba debilitado—. Te hago una visita a tu habitación después de la cena y te digo todo.

«Todo», excepto lo de Oliver, porque me desharía de él antes de eso.

—De acuerdo—accedió—. Buena jugada.

¡Gané una! ¡El amor me sentaba bien!

Victoriosa, me fui corriendo escaleras arriba antes que volviera a agarrarme.

—¡Pero te descubriré!—me gritó desde abajo.

No le dije nada. Llegué desesperada a mi dormitorio, le puse el seguro a la puerta y saqué el teléfono móvil.

—¿Crees que puedes llamarme cuando te venga en gana?

La carcajada de Oliver del otro lado terminó por sacarme de quicio.

—*Mientras tenga tu número, sí.*

—Oliver, estoy a un segundo de bloquear tu número.

—*No puedes bloquear un número privado, Emma. Por eso puse mi número como privado, porque sabía que intentarías bloquearlo.*

¡Era un maldito acosador!

—Oh, gran plan, Eugenio. ¿Y ahora qué? ¿Te acepto porque seguirás metiéndote como mosca en mi día a día? Noticias para ti: mi vida ya tiene demasiadas cosas patéticas como para aceptar otra cosa patética en ella.

—*No te estoy obligando a que me aceptes en tu vida, Emma. Solo quiero hablar.*

Solo hablar... eso no sonaba tan mal.

«No, Emma, no caigas. Trata de manipularte como siempre lo hizo».

—No hablaremos, Oliver, te quiero fuera de mi vida.

—*Al menos todavía quieres algo de mí.*

La ironía se rió por mí.

—*Te reíste.*

—Sí, soy muy cínica. Me burlo de tu desgracia—le dije—. Hablo en serio, Oliver, deja de llamarme. Esta vez no permitiré que me manipules.

«Bien, soqueta, dejaste tu punto claro», apareció de pronto mi subconsciente a mi lado. «Ahora ciérrale y consíguete un número nuevo».

—*Ya te lo dije, Emm, solo es hablar. Sería incapaz de pedirte que me ames nuevamente luego de lo que te hice. Quiero que empecemos de cero.*

«No flaquees, Emma. No flaquees».

—Estamos a miles de kilómetros de distancia.

Creí sentir vibraciones de mi teléfono, pero era mi cuerpo naturalmente temblando. No, por favor, este idiota no podía seguir teniendo un poder sobre mí.

—*Te dije que me mudaré a Los Ángeles. No es mentira, mi papá fue transferido. En un par de días nos mudamos del todo.*

—¿Todavía vives con tus padres? Qué fracasado eres.

«¡Eres una tonta! ¡Cierra ya antes de que esto empeore!», me gritó mi subconsciente desesperada.

—*Bueno yo no tengo una amiga que se casa con un multimillonario. No tuve la suerte que tú tuviste de irte a vivir con ella.*

Apreté los puños.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—*Porque está en todos los periódicos y redes sociales: «Joseph Sinclair se unirá en santo matrimonio con Isabella Olsen en menos de cinco días» y sale una foto de ellos dos en un hotel lujoso, donde casualmente tú también apareces—dijo—. ¿En serio se aman, Emma? ¿O solo es por interés?*

La ira, que nunca me había abandonado, se intensificó. ¿Quién se creía éste para juzgar así a mi familia? No le permitiría tal falta de respeto.

—Se aman con locura—exclamé—. Y eso no es de tu

incumbencia.

—*También vi en la foto que estabas muy cómoda al lado de un chico alto bien parecido—* Oliver sonaba muy viperino—. *El mismo con el que te vi agarrada de la mano saliendo de la Aguja Espacial. ¿Quién es, Emma?*

—Creo que la pregunta real es qué hacías tú paseando por la Aguja Espacial a las tres de la mañana.

—*Unos amigos me hacían una despedida en un lugar cerca—* contestó, pero no logré desviarlo del tema central—. *Dime, ¿es algún novio nuevo?*

—¿Acaso tuve algún novio anterior?

Gruñió. Finalmente lo sacaba de sus cabales.

—*Responde mi pregunta, por favor. Si el idiota es mejor que yo para ti, prometo dejarte en paz.*

¿Que si Matt era mejor? Ni siquiera había una comparación prudente ahí. No existía competencia alguna entre los dos. Matt era todo lo que Oliver nunca pudo ser. Era toda la amabilidad que Oliver jamás deseó tener. Era todo el respeto que Oliver nunca aspiró proyectar. Era el caballero que Oliver jamás quiso ser.

—Se llama Matthew, no «idiota»—defendí sin titubear a mi futuro prometedor—. Y sí, Oliver, es mejor que tú en todos los sentidos, así que como vuelvas a insultarlo, lo pagarás.

—*¿Es mejor que yo besando?*

—Especialmente en eso.

«¡Cuelga ya o renuncio!», escuché la voz atormentada de mi subconsciente. ¿Renunciar? Ella no podía renunciar. ¡Estaba en mi cabeza!

—*¿Estás enamorada de él?*

—Enamorada es poco—repliqué con seguridad—. Siento que finalmente sé lo que el amor es. Tú fuiste un error, una obsesión. Pero él es lo más desinteresado y honesto que me ha pasado en la vida.

Silencio letal.

—*No me rendiré, Emm, seguiré luchando.*

—¿Así como luchaste hace cuatro años?

—*Como debí haberlo hecho.*

Así terminó la llamada.

Di un largo suspiro. No se suponía que esto debía salir así. Se

suponía que hace un poco más de una hora confesaría mis sentimientos al hombre de mis sueños y podríamos avanzar al siguiente nivel.

Demonios, siempre todo me salía al revés.

«¡Es todo! ¡Renuncio!», interrumpió mi subconsciente mi línea de pensamientos. Tiró al suelo algunos de los nervios de mi cerebro, como si fueran papeles de oficina y desapareció, haciéndome ver el grave problema en el que estaba envuelta.



La cena estaba siendo agradable. Conversábamos sobre el salto épico de Matt en la Aguja Espacial mientras nos burlábamos de lo tonto que fue al hacerlo, hasta que Roger decidió tocar el tema de la galería de arte.

Entonces empezamos a hablar sobre el posible nombre, pero solo surgieron nombres patéticos: «El arte de Bennett» (Joseph), «Emmart» (Jane), «Bennett Studio» (Matt), «Galería Emma Bennett» (Isabella), «La galería de Roger y Emma» (Roger, obviamente), etcétera.

—Saben...—Roger mascó un bocado de su plato—. Quería iniciar mi siguiente negocio, pero no sabía cuál era mi horizonte. Hasta que Emma apareció enfrente mío en la fiesta de inauguración y todo se aclaró para mí.

—Basta...—me sentí avergonzada.

—Estaba tan perdido—suspiró Roger—. Cuando mi esposa me dejó creí que mi mundo..

¡Ah, no de nuevo el tema de la esposa!

Todos pusimos los ojos en blanco. Habló de esto antes de conversar sobre el salto épico de Matt. De hecho, cambiamos el tema al salto épico de Matt porque no dejaba de hablar de su ex-esposa.

—¡Voto por «Emmart»!—exclamó Jane insistiendo en su patético nombre, pero sabía que era para evitar que Roger hablara de su aburrido matrimonio fallido de nuevo.

Roger volvió a la emoción de antes.

—La verdad quería tener una heladería.

La locura de este hombre no dejaba de impresionarme.

—Era invertir en el negocio de Emma o una heladería—prosiguió—. Digo, todavía podría recortar el presupuesto de la galería e invertir

en los helados.

Todos nos petrificamos. Hasta yo, que sabía un pepino sobre negocios, estaba clara que la frase «recortar el presupuesto» no es algo bueno para un negocio.

—Rápido, el abrazo—susurró Matt muy cerca mío.

—¡Ay, Roger!—me tiré encima de Roger, abrazándolo por el cuello, fingiendo que lo quería como si fuese mi mejor amigo.

Él, que estaba serio, me abrazó también.

—¿A quién le importan los helados? ¡Qué viva Emma!

Qué cerca estuvo eso.

Me separé, acomodé en la silla y choqué palmas con Matt por debajo de la mesa. Vaya, vaya, hacíamos un buen equipo después de todo.

Una hora más tarde, la cena culminó. Los cuatro despedimos a Roger en la entrada, hondeando manos en el aire hasta que se fuera. Parecíamos una familia feliz.

Una media hora más tarde, estaba en mi habitación terminando de desempacar la maleta que llevé a Seattle y cambiándome de ropa a algo más cómodo.

Mientras lo hacía, escribí un mensaje a Matt:

EMMA: Estaré en tu habitación en cinco minutos.

MATT:

Cuando quieras, amor ;)

Suspiré como una estúpida enamorada (porque lo era, pero ojo, más enamorada que estúpida), me tiré en la cama y una agradable memoria llegó a mi mente: Matt, en la Aguja Espacial, diciéndome que debía disfrutar del amor porque no rompería mi corazón.

Era el momento. Mi momento. Debía correr a donde Matt y confesarle todo, antes que el destino atentara de nuevo en mi contra.

Llena de alegría, porque tenía un buen presentimiento, me arreglé la pijama y corrí ansiosa hacia la puerta. La abrí y...

—¡TUVE UNA TERRIBLE PELEA CON JOSEPH!

...fallé en mi premonición.

Isabella, hecha un mar de lágrimas, estaba ahí parada, gimiendo adolorida como si mínimo le hubiesen quitado lo más valioso de su vida.

¡Maldición, no! ¡No ahora!

—Eh...

—¡Cómo pudimos pelear así!

Mientras lloraba desconsoladamente, me echó a un lado para meterse en mi cama que estaba revuelta en la ropa que previamente había sacado de mi maleta. La vi hacerlo boquiabierta, porque no me la esperaba para nada.

¿Qué debía hacer? No debía desamparar a mi mejor amiga por un hombre, pero por otro lado, Matt estaba allí esperándome con sus sensuales labios que me besarían cuando le confesara lo que sentía.

Uff...

Al diablo con Isabella.

Salí de la habitación, pero ella me alcanzó en el pasillo y me detuvo agarrándome por un brazo.

—¡Emma!

—No me importa—me solté—. Debo irme. Ya.

—¡No puedes irte cuando estoy llorándote!—exclamó. Casi no le entendí del lloriqueo que se traía.

La verdad no, no debía irme. Pero, ¿hablamos de nuevo de los sensuales labios de Matt?

—Bueno yo no pedí que me lloraras justo en el momento en que debo irme.

—¡Eres mi mejor amiga!

Vaya, en verdad estaba muy mal. De hecho, hace tiempo que no la veía llorar así por una pelea con Joseph. Ellos muy rara vez peleaban. Joseph era un ser de paz, extremadamente maduro, que seguro manejaba sus diferencias con mucha psicología.

Gruñí, desistiendo. Tampoco era que quería que Isabella y Joseph terminaran su relación unos días antes de la boda, porque los amaba a los dos y porque me moría por probar la torta de bodas que pidió Isabella para la recepción.

—Y también eres mi madrina de bodas...

Claro y estaba ese detalle. Se suponía que como la madrina de bodas debía velar porque todo saliera bien antes, durante y después de la boda. Además, planificar la despedida de soltera de Isabella.

Me estremecí en mi interior. Demonios, olvidé planificar la despedida de soltera. ¿Matt habrá recordado la de Joseph? ¿Podían

Joseph e Isabella ir a la misma despedida de solteros?

—Soy tu madrina de bodas porque me obligaste.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?!

Era un don de nacimiento.

—¡Ah!—me desesperé—. De acuerdo, ven acá.

Volvimos a mi cama, donde nos sentamos juntas, pero luego quedé con su cabeza recostada sobre mi regazo como si fuese su mamá.

Acaricie su cabello vagamente. Lo mío no era dar amor, a menos que se tratara de Matt.

—¿Por qué peleaste con Joseph?

—Por...—y soltó un llanto ahogado—. ¡El mantel de las mesas de la recepción! ¡Él insiste que debe ser el blanco grisáceo y yo digo que debe ser el blanco marfil!

La miré con desprecio. Primero que todo, ¿esa decisión no la debieron tomar hace meses cuando me pidieron asesoría con la decoración? Y segundo, ¿qué demonios era esa pelea tan estúpida?

—¿Estás jugando, cierto?

—¡No!

—Es todo, me largo—me puse de pie, tirándola a un lado.

—¡Emma!

Refunfuñé, pero intenté buscar la serenidad en mí.

—Isabella—dije más calmada—. Joseph te ama, seguro fue un malentendido. Es más, creo que deberías irte y arreglar esto ya mismo.

Mi mente se iluminó. Estaba llevando mi sermón motivacional tan bien que me podría librar de ella en menos de lo que creía. Y luego largarme a besar a Matt.

—¿Eso crees?

—¡Sí!—sonreí dándole esperanza—. ¡Ve ya! ¡Sal de mi habitación y arréglate con Joseph! ¡Ve, bésalo y dile que lo amas!

Porque... eso era precisamente lo que yo quería hacer con Matt.

—Pero, pero—se pasó la mano por la cara para limpiarse los mocos—. Él dijo que no quiere verme.

Eso no me sonaba para nada como a Joseph.

—¿Él dijo eso o tú imaginaste que él lo dijo?

Rompió en llanto otra vez.

—¡Yo imaginé que lo dijo!

«No le pegues, Emma. No le pegues».

La agarré del brazo y me la llevé fuera de la habitación.

—Isabella, mírame—dije—. Ve ya mismo a tu habitación y arréglate con Joseph. No pueden estar peleándose faltando tan poco tiempo para su boda—entonces me miró con sus ojos grises cristalizados—. Escúchame. Vas a ir a donde Joseph y le dirás lo siguiente: Joseph Sinclair, eres el amor de mi vida. Nunca pensé que conocería a alguien como tú, pero qué bueno que lo hice, porque mi vida dejó de ser blanco y negro.

Y ahí fue... el discurso que iba a usar para confesarle mis sentimientos a Matt. Vaya que estaba desesperada por deshacerme de Isabella.

—¡Tienes razón! ¡Iré a hacer que se disculpe por lo del mantel!

—¡Sí, eso!—dije, pero reaccioné tarde—. ¡No, no! ¡Tú discúlpate! ¡No hagas que él se disculpe, lo empeorarás todo!

—De acuerdo—replicó—. Voy, le digo que lo amo y hago que se disculpe.

No aguanté más, así que le di una deliciosa cachetada.

—¿ME ACABAS DE PEGAR?

—¿Te estás haciendo la tonta a propósito?—se me escapó la grosería—. ¡Ve, dile que lo amas y te disculpas con él!

Dio un hondo respiro.

—Voy, le digo que lo amo y me disculpo con él.

—¡Sí, eso!—estaba más motivada que nunca. De aquí a charlas motivacionales profesionales—. ¡Ve! ¡Fuera de mi vista!

Contra todo pronóstico, no protestó ni lloró. Hizo exactamente lo que le pedí. Se fue de mi vista directo a su dormitorio compartido con Joseph.

¿Lo logré? ¡Lo logré! ¡Mejor me apuraba!

Corrí desmesuradamente por todo el lóbrego pasillo hasta el dormitorio de Matt, abrí la puerta, entré y la cerré de un tirón poniéndole el seguro.

—¡Por nada del mundo abras la puerta si...!

Antes que pudiese terminar, mis labios fueron capturados por los sensuales labios de Matt, que presionaron con rudeza. No, no, este no era el orden en que debía suceder todo.

Sin embargo, ni mis hormonas ni yo, éramos quienes para rechazarlo, así que ambas nos sumergimos en el beso y la apasionante

aventura que éste representaba.

Matt me cargó en sus brazos, trasladó hasta su cama, donde caí tumbada debajo suyo sin querer dejar de besarlo. Ahí me olvidé por completo de Isabella y me concentré en mi romance. Mi historia de amor que se no se había visto afectada por el mantel de la boda.

Cuando nos hizo falta el aire, Matt liberó mis labios y éstos automáticamente se curvaron hacia arriba.

—¿Qué fue eso?—le pregunté, hechizada.

—Un beso de bienvenida.

—¿Puedo tener uno de esos cada vez que venga?

Me atacó con su arma mortal.

—Solo si yo puedo tener uno cada vez que vaya a tu habitación.

—Trato hecho—me incliné solo un poco para abrazarlo por el cuello—. Excepto porque yo no te puedo cargar.

Se rió burlón, acercando su boca a mi oreja para susurrar:

—Mejor déjame eso a mí.

Su tono, tan seductor como es usual, y el roce de sus labios sobre mi oreja, ocasionaron un cosquilleo en mi estómago que se extendió rápidamente hasta mis piernas.

Alcanzó mis labios por segunda vez. Me besó suave, sin prisa, dándome la confianza de caer poco a poco en el abismo donde solo habitaba nuestro «esto». Digo, nuestro «amor».

Abrí un ojo para contemplarlo. Estaba muy concentrado. Por nada abría sus ojos, parecía como si estuviese disfrutando de su más grandioso sueño.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué presentía que quería algo más que solo besarme? ¿Y por qué estábamos a oscuras, rodeadas de una iluminación preciosa a causa de un montón de velas?

¡Oh por Dios!

Me separé.

—¿Matt?

Me ignoró deliberadamente depositando su deseo en mi cuello. Sus labios lo recorrieron despacio, con suma delicadeza, lo que, vaya, me hacía sentir sumamente excitada y con ganas de...

Auto-cachetada mental.

—Matt.

Abandonó esa cosa deliciosa que hacía en mi cuello, pero solo

para empezar a hacerlo en mi hombro. Oh, cielos...

—¿Qué?—dijo débilmente sin perder concentración.

—¿Por qué tu cuarto está lleno de velas?

Se rió lleno de picardía.

—No sé a qué te refieres.

Me alejé, solo un par de centímetros.

—Sí lo sabes. Tu habitación es ahora mismo el escenario más romántico y perfecto para una primera vez juntos—fui directa—. ¿Pusiste velas porque te dije que venía?

—Tal vez lo hice...—sonaba muy seductor—. Tal vez no lo hice... —sus labios rozaron los míos—. Tal vez tengo velas en mi habitación porque me relaja.

Alcé un ceja, incrédula. Yo podía ser muy tonta a veces, pero en esto no podía equivocarme. Matt estaba intentando marearme. Ningún hombre pone velas en su habitación porque lo relaja. Quería algo de mí. Algo muy travieso.

Y yo, que no era ninguna santa, sino todo lo contrario, obviamente quería dárselo, pero no todavía. Primero necesitaba decirle el discurso del amor con la otra tontería que le había dicho a Isabella. ¿Cómo era? ¿«Mi vida dejó de ser blanco y negro gracias a ti»? Debí apuntarlo.

Me separé lo suficiente como para evadir la tentación.

—Matt—soné decidida—. Hablemos primero.

—Nada de hablar, haremos algo más divertido.

Me tiró hacia atrás, acorralándome en su cuerpo. Tragué nerviosa, volviendo a caer en la peligrosa tentación que él era para mí. Por favor no, así no debían suceder las cosas.

—Pero quiero que hablemos—insistí débilmente—. En la tarde estabas muy curioso de saber lo que quería decirte y yo también necesito decírtelo.

—Ya no tengo curiosidad.

—¿Y qué hay de tus valores y las otras babosadas que me dijiste el otro día?

—Ya no me importan.

Suspiré.

—Matt, de verdad necesitamos hablar.

Se detuvo y se inclinó un poco para clavar su mirada en la mía.

—Perdona, amor, creo que no fui lo suficientemente claro.

Entonces, con su picardía impresa en el rostro, se quitó el suéter delgado que le cubría el cielo de pectorales trabajados que tenía y lo tiró a un lado, lo más lejos posible para que no estorbara en mi campo de visión.

Oh, mierda...

—¿Qué tal ahora? ¿Fui lo suficientemente claro?

Asentí con la bocota de estúpida cayendo hasta el colchón.

—Perfecto.

A partir de ahí, totalmente inmersa en la lujuria, estaba lista para dejarme toquetear toda, lo cual, sucedió durante un lapso de cinco segundos, hasta que al segundo seis me volvió a atacar la culpa.

—No, Matt, espera—lo detuve—. De verdad necesitamos...

Supe que le colmé la paciencia, porque exhaló el aire de mala gana.

—Emma—dijo serio—. He tenido días difíciles. Hice cuatro vuelos en solo dos días, salté la Aguja Espacial sin previo entrenamiento y ahora me duelen todos los músculos, tuve que oír a Roger más de la cuenta y acabo de resolver un problema con un cliente que cree que puede llamarme a esta hora de la noche. Ahora mismo lo único que quiero es relajarme con la mujer que amo. Y lo he meditado: tú me deseas a tu manera, yo te deseo mucho, así que no tiene nada de malo que lo hagamos. De hecho, la pasaríamos muy bien.

Listo, me convenció.

«¡No, no! ¡No te dejes, inepta! ¡Controla tus hormonas!».

—Eh...

Emma, no. Primero debías darle el discurso amoroso de lo blanco y negro. No debías dar este gran paso sin antes darle el discurso. ¡Dale el discurso!

Pero Matt era.. un.. postre... delicioso...

—¡De acuerdo!—grité, trayéndolo hacia mí para besarlo.

«Soqueta», diría mi subconsciente. No, en realidad, ella sería la primera en desnudarse.

Pero oye, ¿qué importaba si daba este paso ahora o después de decirle que lo quería? Eso no cambiaba para nada el sentimiento.

Permití que Matt abrazara mi cuerpo, lo alzara hasta llevarlo a la cabecera de la cama y empujara mis manos hacia atrás para enlazarlas con las suyas. Encajábamos tan bien hasta en eso si esto no era

significaba estar destinados a estar juntos, entonces no sé qué rayos significaba.

Su boca, sobre mis labios, sonrió satisfecha tras saber que finalmente me tenía a su merced. Me subió la blusa, despacio, como si estuviese tanteando el terreno, hasta que la removió y quedé completamente descubierta por primera vez ante él.

No había estado así con muchos chicos, de hecho, solo con uno y fue una experiencia terrible, porque sin querer, me comparó con otras, haciéndome sentir como poca cosa. Pero con Matt se sentía tan diferente. Ni siquiera habíamos estado juntos de esta manera y hacía que me sintiera suficiente para él, para el resto del mundo, pero en especial para mí misma.

Y cuando ni siquiera se detuvo a analizar mi pecho desnudo, sino que sus ojos volvieron a los míos, resplandecientes, con ese brío que solo la fuerza del amor te proporciona, confirmé que esto era algo mucho más allá de algo superficial. Que yo no era poca cosa para él. Lo era todo para él.

—Te quiero, Emma—me dijo, despacio, como si quisiera darle significado a cada una de las letras de la oración.

Ahí supe que no necesitaba una elaborada confesión de amor para decirle que sentía lo mismo que él. Que aunque el amor es un río con aguas turbulentas, con él valía la pena aprender a nadar en medio de eso. Que Matt no había hecho que mi vida dejara de ser blanco y negro, sino que me había hecho ver la maravilla que había hasta en la neutralidad del blanco y el negro.

—Y yo te...

Pero un golpe en la puerta me frenó en seco.

—¿Matt? ¿Está Emma contigo?

Quedé tan en shock que no pude seguir hablando. Sabía de quién se trataba: era Isabella, que se estaba pasando de pesada esta noche. Pero increíblemente eso no era lo que me fastidiaba, sino lo que simbolizaba su interrupción: el hecho de que el destino seguía impidiéndome que abriera mi corazón a Matt. ¿Será que no debía decirle nada?

Sin embargo, como igual tenía que echarle la culpa a alguien, me cabré definitivamente con Isabella.

—No le respondas—ordené, en voz baja.

Matt balbuceó, inseguro. Estaba en shock también. Hasta hace unos

dos segundos estábamos sumergidos en un hechizo y ahora solo estaba medio desnuda frente a él.

—*Matt, sé que Emma está contigo*—los sollozos de Isabella eran perceptibles—. *Discutí con Joseph y creo que lo empeoré todo. Por favor dile a Emma que la necesito. No quiero dormir sola.*

¿Pero qué demonios habría dicho para que un ser tan pacífico como Joseph no quisiera saber de ella?!

Corté todo rastro de nobleza en mí y le negué a Matt con la cabeza, quien, sin duda, se notaba claramente que estaba a punto de caer en las redes manipuladoras de Isabella.

—Matt, no—insistí—. No le abras. Si abres esa puerta no haremos nada divertido esta noche. Y me costó acceder a esto. Sabes que me costó.

—Pero suena tan abrumada...—dijo, en una lucha contra sí mismo.

Se alejó demasiado de mí para sentarse en la cama. Quedó con la cabeza baja, como si con ese acto se ayudara a ganar la batalla que se había desencadenado en su interior sobre si ayudarla o no.

—¡Lo siento, Isabella! ¡Emma no está aquí!—dijo al final.

—¿Entonces, por favor, podrías escucharme tú al menos?

Matt soltó un llanto ahogado. Su alma, contrario a la mía, era nobleza y más nada que eso. Esta decisión lo estaba torturando.

—Matthew Sinclair, no te atrevas a abrir esa puerta—me senté a su lado, para ser el diablo que le hablara al oído sobre las malas decisiones.

—¡Pero está devastada! ¿Cómo esto te puede importar tan poco?—preguntó, abrumado.

—Es un don.

Se revolvió el cabello, frustrado, pero al final se levantó de la cama haciendo el ademán por ir a la puerta.

—¡Matt, no!—le grité a lo bajo, mientras lo veía caminar hacia nuestra perdición—. ¡Matt! ¡Controla tu alma noble!—exclamé más alto, pero hizo caso omiso—. ¡Matt! ¡MATT!

Corrí a buscar mi blusa para ponérmela al tiempo que Matt abrió la puerta. Está bien que no quería verle la cara a Isabella, pero tampoco era como que me importaba un pepino que supiera que estaba mostrándole mis pechos a Matt.

Y hablando de verle la cara a Isabella, ésta se veía destruida.

Rogaba amor. Un poco de amor que no quería darle, porque tampoco era que me sobraba.

—Hola Isabella, ¿qué necesitas?—le dijo Matt con compasión.

—Discutí con Joseph por una tontería—replicó Isabella—. No encuentro a Emma y me vendría bien un amigo, ¿sabes?

Ya vestida, corrí hacia Matt para quitarlo de la puerta.

—¿EMMA?—chilló Isabella sorprendida por mi aparición.

—Lo siento, pero Matt no está disponible en este momento—le dije—. Debes irte, estamos hablando de mi negocio y lo haremos toda la noche, será súper aburrido.

La mirada de Isabella cayó sobre Matt. Por alguna extraña razón, ya no se veía devastada, pero enojada.

—Matt, ¿están hablando de su negocio?

¡Oh por Dios! ¿Qué le había picado a esta mujer esta noche?

Matt, como el terrible mentiroso que era, apartó la vista.

—Sí—replicó.

OBVIAMENTE no estábamos hablando sobre mi negocio, ni lo haríamos. Eso estaba claro como el agua. Pero igual, ¿a ella qué le importaba si habláramos esta noche o tuviésemos relaciones sexuales?

—¡No tienes nada puesto en el torso!—exclamó Isabella.

Apreté los labios, perdiendo la paciencia.

—Isabella, vete. Matt y yo tenemos que hablar de mi negocio.

—Así que acá venías.

—No, iba a otro lugar, pero me desvié en el camino.

—¡Ya veo por qué!—señaló de arriba abajo a Matt.

Gruñí, tan desesperada que quería tirarle la puerta en la cara, pero en cambio, me tuve que contener, porque sentí que Matt me apretaba levemente el hombro. Lo conocía bien. Era su manera de decirme que bajara las revoluciones, que la persona que tenía enfrente nos necesitaba, a pesar de estar portándose de lo más pesada.

Ahí supe que no haríamos nada esta noche. Y, por desgracia, ya me había hecho esperanzas. Más de las que debía a este punto con Matt.



Isabella dejó de llorar unos diez minutos más tarde. Estábamos los tres acostados en la cama de Matt, pero ni siquiera podía verlo o sentirlo,

porque teníamos a la novia psicópata en el medio hablándonos de sus sentimientos.

—Te dije que no la dejaras entrar.

Matt no respondió. Tan solo escuché que exhaló el aire derrotado.

Yo, mientras tanto, estaba demasiado enojada. Familia o lo que sea, Isabella había irrumpido inoportunamente en el único momento en el que me había armado de agallas para abrir mi corazón a Matt y entregarle mi cuerpo. ¡Dos cosas demasiado importantes sin importar el orden en el que sucedieran!

—Matt, querido, ¿por qué tienes velas iluminando tu habitación?—preguntó Isabella inocentemente.

«Porque es el ambiente perfecto para enrollarse».

—Nos relaja—respondimos, en cambio, Matt y yo a la par como si mínimos nos hubiésemos sincronizado.

—Oh—murmuró Isabella y volvió al tema previo—. En realidad fue una estúpida pelea, ¿por qué peleamos por los manteles?

Puse los ojos en blanco.

—Yo me pregunto lo mismo.

—Tal vez tienen mucha presión en este momento, faltan pocos días para la boda—respondió el súper comprensivo Matt que le ve todo lo positivo a lo más podrido que exista (sí, ya sé que yo entro en esa categoría).

—¿Será eso?

—No, para mí sigue siendo una estúpida pelea—aporté.

Isabella suspiró.

—¿Creen que me dejará?

—Probablemente—me apresuré en responder. Yo sí la hubiese dejado.

—¡Emma!—exclamó Isabella golpeándome con el codo.

Bufé.

—Por supuesto que no te dejará—traté de sonar condescendiente. No lo logré, por supuesto—. Ha gastado miles de dólares en esa boda, ¿por qué te dejaría?

Isabella soltó un gemido de horror.

—¡Cómo puedes ser tan cruel!

Matt no decía nada. Me conocía bien. Eso y que ya tenía demasiado tiempo intentando adiestrarme sin éxito alguno.

Y hablando de demasiado tiempo, ya estábamos perdiendo esto último. Así que me levanté la cama y agarré a Isabella por el brazo.

—Suficiente, nos vamos a mi habitación.

Tuve que, prácticamente, arrastrarla por todo el colchón para poder sacarla de la cama. Estaba más deprimida que nunca.

Antes de salir del dormitorio de Matt, me fijé en él. Se veía decepcionado también, pero estaba solo ahí acostado, de brazos cruzados, sin mostrar más interés en el asunto de Isabella. Creo que finalmente se arrepentía de haberle abierto la puerta.

Llegué en poco tiempo a mi dormitorio, donde acosté a Isabella en mi cama y me metí entre las sábanas a su lado. Quería que sintiera que estaba para ella para lo que sea que me necesitara (aún por peleas estúpidas con Joseph), pero increíblemente solo podía pensar en lo mucho que quería estar acurrucada con Matt.

De pronto me sorprendí con cómo nuestras vidas y prioridades habían cambiado en tan poco tiempo. Al principio solo éramos Isabella y yo. Era ella quien se metía entre mis sábanas cuando yo rompía en llanto por el asunto de Oliver. Era yo quién me metía en sus sábanas a tratar de animarla cuando le fallaba una cita con sus chicos de bar.

Y miranos ahora, cada una con el hombre ideal a su lado. Hombres a los que, ciertamente, podíamos acudir sin tener que acudir a una de nosotras. No se trataba de que nos quisiéramos menos, o que nuestra amistad se hubiese marchitado. Habíamos crecido, cambiado, madurado. Ya no solo éramos amigas, sino familia. Y las relaciones entre familia pueden ser inestables de vez en cuando, pero nunca dejan de ser verdaderas.

—¿Estás bien?—le pregunté a Isabella, rodeándola con un brazo.

Ella recostó su cabeza encima de mi pecho, como si realmente lo necesitara, y de pronto sentí que mi ropa se humedeció. ¡No de nuevo! ¡Otra vez llorando por su pelea por el color de los manteles!

Eso me siguió pareciendo de lo más estúpido hasta que...

—Solo quiero...—susurró Isabella débilmente—. Ser una buena esposa para él.

Mis revoluciones bajaron. Comprendí, entonces, que en verdad que el drama no tenía nada que ver con los manteles. Ni siquiera era un drama. Isabella estaba sumergida en una enorme preocupación.

Las palabras de Matt «quizás tienen demasiada presión» cobraron

sentido en mi cabeza. Y aunque tenía razón, yo opinaba un tanto diferente. Para mí, no era una presión compartida. Para mí, Isabella llevaba el peso mayor de todos. Antes de todo esto, ella era una mujer común y corriente viviendo con una estudiante de intercambio para poder pagarse el alquiler de su diminuto apartamento. De la nada, conoció a este hombre maravilloso del cual se enamoró, enterándose luego que era un famoso empresario con mucho poder en el país.

Sí, sonaba como el perfecto cuento de hadas, pero no lo era. Isabella temía constantemente no ser suficiente para Joseph, pero al menos para mí, sin importar cuán bueno él era, ella siempre sería demasiado para él. Porque la amaba, conocía y me enorgullecía de su carácter. Ella era extraordinaria, pero como todo ser humano, necesitaba que alguien se lo recordara de vez en cuando.

La abracé, queriendo por primera vez desde hace mucho tiempo, decirle que podía contar conmigo, a pesar que a veces no se lo demostrara.

—Ya lo eres, Isabella—susurré, sonriente, dándole unas pequeñas palmadas en la cabeza—. Ya lo eres. Eres extraordinaria para él y eres extraordinaria en ti misma.

No dijo más nada. Se acomodó en mi pecho, posiblemente tratando de conciliar el año. Algo que se merecía mucho.

Entretanto, alcancé mi móvil para enviarle un mensaje a Matt:

EMMA:
Tenías razón.

MATT:
Lo sé.

EMMA:
Aún no te digo por qué...

MATT:
No, pero dada la situación, imagino que se trata de Isabella.

Me reí. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía ser tan humildemente maravilloso? ¿Cómo podía ser tan imposiblemente perfecto? ¿Cómo tardé tanto tiempo en quitarme la banda que cegaba mis sentimientos por

él?

Oh, Cielos, rápido, debía apuntar ese pensamiento.

EMMA:

Tuviste razón sobre que tenía mucha presión.
Tuviste razón en abrirle la puerta.

MATT:

Las personas buenas se merecen eso:
que siempre alguien les abra la puerta.

Me encontré, sin querer, sonriendo a la épica frase de Matt que básicamente simbolizaba lo que él había hecho conmigo cuando me conoció: me abrió una puerta. Una puerta a la que tardé en confiar en entrar, pero cuando lo hice, me encontré con tantas nuevas oportunidades y a mucha gente dentro, apoyándome.

EMMA:

Esperaré a que se duerma e iré a
tu habitación, ¿de acuerdo?

Noté que Matt estaba escribiéndome su respuesta de regreso, pero se tardó un poco. En medio de eso, entró otro mensaje del maldito número desconocido, que para mí, se trataba de Oliver.

Esperé pacientemente hasta que Matt terminara de escribir, pero sentí curiosidad y tuve que revisar el mensaje de Oliver antes:

NÚMERO DESCONOCIDO:

Mira lo que encontré.

Una imagen se descargó automáticamente en mi pantalla. Era una foto. Una de hace seis años, cuando recién empezábamos nuestra relación. Aparecíamos muy sonrientes, enfrente de la Aguja Espacial.

¿Qué intentaba? ¿Quería competir con Matt?

No respondí. Cambié la ventana para ver el mensaje de Matt:

MATT:

Aunque tendremos mucho tiempo para romancear,

hoy en especial tengo muchas ganas de que te
quedes conmigo. Te espero, linda.

Sonreí como tonta, porque el lindo era él.

Aún así, algo en mí me hizo volver a la pantalla de la conversación con Oliver y echarle un ojo a la foto. ¿Qué era esta aflicción que sentía? No recordaba por qué estábamos ese día en la Aguja Espacial, pero por la cara de felicidad que tenía en la foto, parecía como que la había pasado muy bien.

¿Qué sucedía conmigo? Se suponía que ya lo había superado.

En la ventana, saltó otro mensaje de Oliver:

NÚMERO DESCONOCIDO: ¿No extrañas aquellos tiempos? Por favor, Emma, necesito que hablemos, aunque sea una hora. Por favor.

¿Que si extrañaba aquellos tiempos? ¿Sentir melancolía es extrañar algo?

Quería decir que no. Quería negármelo y lo quería hacer porque estaba segura que estaba locamente enamorada de Matthew Sinclair.

Escuché un ronquido. Isabella se había quedado dormida.

Pensé en levantarme. ¡Demonios, quería hacerlo! Pero una fuerza extraña me lo impidió. Una fuerza que me hizo contemplar la fotografía una vez más y me susurró en medio del silencio: «Creo que sí lo extrañas un poco».

Casi temblando, puse mis dedos sobre la pantalla para escribir una respuesta de la que ni yo misma estaba segura:

EMMA:
Media hora.

Mi mundo, contigo en él

Me quedé dormida.

Sé que me quedé dormida porque tuve una horrible pesadilla: Oliver se presentaba en la Mansión Sinclair, caía en sus redes manipuladoras y luego parecíamos ser felices por siempre y para siempre mientras que unos animalitos (que no eran los de Blanca Nieves sino otros repugnantes) bailaban a nuestro alrededor una danza acompañada de una música muy *heavy metal*.

Lo sé, fue espantoso. Casi que una película de terror en mi mente.

El sonido de una madera siendo golpeada hizo que abriera los ojos, pero con dificultad. Isabella ya no dormía a mi lado, ni siquiera me percaté cuándo se fue.

Intenté levantarme de mi cama para abrir la puerta, pero mi cuerpo parecía no responderme. Sentía un calor intenso que se esparcía por todo mi organismo desde la cabeza hasta los pies y un ardor en la garganta que me impedía tragar con facilidad.

Los golpes cesaron. De pronto, la puerta de mi dormitorio se abrió de par en par, pero en vez de atender a la persona que entraba, decidí estirar mi sábana para cubrirme todo el cuerpo con ella porque tenía mucho frío.

—Parece que alguien me dejó plantado—era Matt.

Me quité solo una diminuta parte de la sábana para echarle un vistazo. Traía puesta su ropa deportiva, con semblante serio, denotando un poco de enojo.

—Mmmm...—ni siquiera podía articular palabra.

—Aunque debo felicitarte—Matt caminaba de lado a lado—. Has logrado, en tan poco tiempo, hacer todas las cosas que una chica jamás me había hecho.

«Las cosas que una chica jamás le había hecho».

Tragué, como pude, e hice el recuento:

Le salvé la vida (con una caja registradora de metal).

Lo hice armar un librero que todavía no he usado para el propósito que tenía (poner fotos entre las repisas).

Me emborraché dos veces en su presencia (en la primera me vio vomitar y en la segunda, se lastimó el hombro).

Por mi culpa tuvo que besar a una extraña de Internet (a quien le tuvo que pagar también).

Le gané en ping-pong (delante de mis padres).

Uno de mis chistes oscuros lo hizo saltar de la Aguja Espacial de Seattle (en plena segunda cita).

Lo dejé plantado (en su propia casa).

Sí, creo que logré establecer un récord. Tres hazañas más y estaría lista para competir con sus diez estúpidas reglas de felicidad.

Una repentina jaqueca atacó mi cabeza.

—Basta... no me siento bien—mi voz sonaba más grave de lo normal. Tampoco podía escucharme bien.

—Oh no, no, no—dijo Matt rápidamente—. Ni te esmeres en buscar excusas. Ya dormí solo, no voy a trotar solo también.

Se acercó hasta mí para agarrar la sábana que me protegía de todos los males de este universo tan cruel y la tiró hacia un largo descubriendo mi cuerpo.

—Hablo en serio, Matt—temblé flexionando mis rodillas contra mi pecho a ver si me ayudaba un poco con el frío—. Aléjate mientras puedas, tengo una peste.

Obviamente con «peste» quería decir que estaba enferma.

—¿Una «peste»?—preguntó divertido.

—Sí, moriré pronto—dije—. Qué mal que no tengo hijos para dejarles una herencia, aunque bueno...—tosí, sin poder controlarlo—. No tengo bienes ni para mí.

—No te creo.

—No, en serio, soy ultra pobre.

—Quiero decir que creí que ya te habías acostumbrado a la rutina de la mañana—confanzudo, se subió a la cama para intentar moverme—. Vamos, arriba, arriba, arriba.

No puedo creer que diré esto, pero sí estaba acostumbrada. Hasta me gustaba salir a trotar con él. De hecho, todo lo que hiciéramos juntos era agradable.

Sin embargo, hoy no había forma de que me levantara, mi cuerpo no hacía caso a las ordenes que transmitía mi cerebro.

—No es una excusa, en verdad me siento terrible.

Matt desistió.

—De acuerdo—dijo, bajándose de la cama—. Levántate, déjame revisarte.

No lo hice, porque no podía. Así que se sentó a mi lado y sostuvo mi cuerpo para alzarlo hasta que quedara sentada. La vida entera me dolió en ese proceso. Era como si me hubiesen dado una paliza en los huesos.

Matt rodeó mi cuello con ambas manos presionando suave. Se sentía muy frío y refrescante en comparación con mi temperatura corporal. Luego sentí su palma en mi frente, con lo cual sentí un ligero alivio a la calentura.

—Estás ardiendo en fiebre—concluyó, preocupado.

—Voy a morir pronto.

Me recostó, pero no me cubrió con la sábana. En vez de eso, sacó su teléfono móvil, marcó un número y lo colocó sobre la cómoda de noche lateral a mi cama.

Escuché las timbradas del teléfono en altavoz.

Una timbrada...

—Tal vez fue por Isabella. Anoche se la pasó llorando encima tuyo y te dormiste con la ropa húmeda—dijo, dirigiéndose hasta mi armario, al cual se adentró y cuando salió, traía ropa limpia consigo.

—Es mi fin, no hay duda de ello.

Dos timbradas...

Mientras Matt me quitaba la pijama con la que había dormido anoche para cambiarme a las prendas nuevas, temblé como un terremoto humano. En otro momento de mi vida me hubiese muerto de la vergüenza si un chico me cambiara de ropa, pero considerando Matt me había visto casi desnuda anoche, me sentía en confianza con él.

—Ya lo puedo ver en el noticiero matutino: «La gran artista Emma Bennett parece a causa de una fiebre amarilla—tosí—. ¿Quién diría que los colores la matarían de una manera tan hostil y vehemente?»

Tres timbradas...

—*Reed aquí*—replicó la voz gruesa adormilada del Dr. Reed del otro lado de la línea en un audible eco que se esparció a lo largo de mi habitación.

—Lionel—dijo Matt terminando de acomodarme el pantalón limpio.

«Lionel»... qué nombre tan gracioso.

—*Aunque seamos primos, soy «Dr. Reed» para ti y más si me llamas a las seis y media de la mañana.*

—Necesito que vengas, Emma está enferma.

—*¿Emma enferma? ¿Te refieres a que le tengo que curar un dedo que no tiene absolutamente nada o que se emborrachó?*

Matt apretó los labios al tiempo que acostó mi cuerpo moribundo en la cama y lo cubrió con la sábana. No estaba cómodo con el chiste del Dr. Reed. Yo, en cambio, no lo culpaba. El hombre estudió siete años o más para erradicar enfermedades verdaderas, no para poner banditas curativas sobre un dedo con una cortada minúscula.

—No, en verdad está enferma.

Dejé de prestarles atención. Proseguí con mi noticia antes de perder la inspiración.

—«Parecía un resfriado común y corriente, pero luego descubrieron que el malvado *Aedes Aegyptis* le dejó una herida letal cuyos antígenos se esparcieron brevemente por sus tejidos, sangre y líquidos biológicos—tosí—. Bennett fallece en horas de la noche de un martes que parecía hermoso».

«Líquidos biológicos». Sonaba como mi madre hablando de su huerto japonés.

—«Emma Bennett siempre será recordada por sus alucinantes obras artísticas que le recordaban al mundo entero que los seres humanos tenemos sentimientos, a veces coloridos, a veces oscuros».

—*¿Está recitando un discurso de muerte?*—el Dr. Reed sonaba confundido.

—Una noticia fúnebre—replicó Matt.

—*Llego en media hora.*

—«Paz al mundo. Seguimos informando».

Lo sé, lo sé. Debí ser periodista en vez de morir de hambre como artista.

La llamada terminó. Matt agarró el móvil de la mesa y se lo metió al bolsillo de su pantalón deportivo.

—No me gusta esa noticia—me dijo—. Quédate ahí, vuelvo en unos minutos.

«Sí, como si tuviera las facultades para moverme de donde estoy».

Traté de acomodarme en el colchón, pero la espalda me dolía a

morir, así que me mantuve acostada de lado, observándolo irse.

—Por último sale un segmento de salubridad donde descubren que la Mansión Sinclair estaba infestada en *Aedes Aegyptis* y un pase especial sobre lo peligroso que es tener agua estancada en los hogares— le dije y recordé el título de la noticia—: «Emma Bennett, la gran artista perece».

Matt inclinó la cabeza hacia el techo como pidiendo paciencia al Cielo, pero ningún Cielo me iba a salvar. Yo ya sabía que me iba a morir. Abrió la puerta y salió.

Un ratito más tarde regresó con una vasija blanca y una pequeña toalla celeste puesta encima. Colocó la vasija sobre mi cómoda de noche, metió la toalla dentro de ella y la sacó muy húmeda.

—Vaya, vaya, alguien tiene debilidades después de todo— murmuró poniendo la toalla sobre mi frente. Se sentía tan bien. El agua estaba muy fría y aliviaba el calor en gran medida. Se sentía como si fuese lo único que necesitara en esta vida.

—Todos tenemos debilidades—intenté defenderme.

Quitó la toalla, la remojó y la volvió a poner en mi frente.

—Concuerdo—replicó—. ¿Sabes cuál es la mía?

Tosí.

—¿Las rubias sensuales?

—Tú, Emma—reveló, aunque eso no era tan secreto—. Obviamente tú eres mi debilidad. Mi debilidad y fortaleza. Un cuchillo de doble filo que corta asperezas dejando solo lo que funciona, pero que te puede lastimar también.

Sonreí débilmente. Siempre tan filosófico. Mi amado Matt.

De la nada me vino a la cabeza la foto que Oliver me mandó anoche. ¿Debía contarle a Matt que estaba acosándome a través del nuevo teléfono móvil que me regaló? La única razón por la que le daría media hora de mi vida era porque me había convencido que no había otra forma de deshacerme de él. Lo conocía, necesitaba ver en persona que yo era diferente y que lo había superado. Solo así me dejaría en paz. O al menos eso me gustaba creer.

—Qué profundo...—interrumpí la inspiración de Matt a propósito.

Rió, mientras acariciaba uno de mis pómulos con dedicación.

—Por favor, linda, no vuelvas a hacer chistes sobre tu muerte— dijo—. No puedo imaginar mi mundo sin ti.

Mis mejillas se calentaron, pero supe que no era por la fiebre.
—Bueno yo creo que...—balbuceé un poco nerviosa—. El mundo no dejaría de girar sin mí en él.
Sus oceánicos ojos me contemplaron llenos de júbilo.
—No dije *el* mundo. Dije *mi* mundo.
Una frase. Una frase que no dijo nada y a la vez todo, pinchó mi corazón inyectándole una genuina felicidad.
—¿Prometes siempre estar a mi lado?—preguntó haciéndome sonreír.
—Solo si tú prometes estar siempre a mi lado también.
—Añadimos otro trato a nuestra lista, entonces.
Remojó una última vez la toalla en el agua helada y la depositó suavemente en mi frente. A este punto la fiebre debía haber bajado, porque ya no me sentía que quería temblar para regular mi temperatura corporal.



Lionel Reed llegó a la Mansión Sinclair en menos de cuarenta minutos. Como siempre, traía su maletín blanco con todo su equipo médico.

Por primera vez, en todas mis consultas con él, usó un termómetro que ubicó debajo de mi lengua un minuto para calcular mi temperatura corporal y un estetoscopio para estudiar los latidos de mi corazón.

—Bueno, Emma, esta vez en verdad estás enferma—dijo el Dr. Reed retirando el estetoscopio y el termómetro—. 37 grados y medio. Muy bien, Matt, lograste bajar la fiebre.

Matt asintió. Se mantenía de pie, cruzado de brazos, al lado de mi cama, observando atentamente todo lo que el Dr. Reed hacía conmigo.

Entretanto que el Dr. Reed sacaba unos frascos con unos líquidos amarillos que me parecían de lo más asquerosos, algunos pasos precipitados resonaron muy cercanos a nosotros.

—¡Oh por Dios!—Isabella se posó en la entrada de mi dormitorio—. ¿Mi hermosa Emma está enferma?

Se quedó ahí, estática. No parecía que entraría.

—Solo pasa—le dijo Matt.

Isabella se rió nerviosa.

—Oh, no, no, Matt. Sabes que no puedo entrar. No puedo arriesgarme a enfermarme unos días antes de mi boda.

Matt puso los ojos en blanco. Creo que era la primera vez que lo veía haciéndolo y hasta en esa grosería me parecía lo más lindo del mundo.

Isabella esa mañana se veía radiante, aun cuando todavía estaba en pijama. Ayer era una novia llorona preocupada por su futuro que interrumpió mi confesión de amor por una discusión estúpida con su novia, pero hoy volvía a ser la mujer adulta y madura que se casaba este fin de semana.

Un momento, ¿Isabella radiante? ¿Ya no estaba triste? ¿Qué cambió en ella?

—¿Algo le sucede a Emma?—Joseph fue el siguiente en pararse en mi puerta al lado de Isabella.

—Mi amor, no entres—le dijo Isabella, alarmada, deteniéndolo—. Aunque amemos a Emma, no podemos enfermarnos.

Claro, eso. Eso cambió. Ya no se veían peleados. Y estaba casi segura que sabía lo que ocurrió:

Primer suceso: En medio de la noche, Joseph va a buscar a Isabella a mi dormitorio aceptando que deben usar el mantel blanco marfil.

Segundo suceso: Isabella se tira en sus brazos para decirle que no es su intención discutir por una tontería, pero igual accede a que usen el mantel blanco marfil.

Tercer suceso: Joseph la carga en sus brazos para llevarla a su habitación diciéndole cuánto la ama.

Y luego estaba el último suceso: Emma enferma con una peste por culpa de ellos.

—¿USTEDES NO ESTABAN PELEADOS?—maldición, mi voz sonaba como la de un niño (varón) en pleno desarrollo.

—Fue un mal entendido—dijeron al mismo tiempo.

—Tal vez mal interpreté las cosas—dijo Isabella.

—Y yo exageré un poco—le siguió Joseph.

Qué problema de pareja debía ser elegir el mantel de las mesas de la recepción de tu boda. Todos sintámonos aterrados de casarnos si vamos a pasar por eso.

—Me alegra que hayan resuelto su *enorme* problema—espetó Matt

con sarcasmo. Eso no era común en él—. Lo que no me alegra es que Emma esté enferma por culpa de su estúpido malentendido.

«Estúpido malentendido». Eso tampoco era común en él. Estaba enojado, no había duda de ello.

—¿Estás enojado con nosotros?—le dijo Isabella a Joseph en un audible susurro—. Estoy segura que está enojado con nosotros.

—Lo está—le respondió Joseph de la misma manera.

¿A quién querían engañar? Todos los escuchamos.

—¿Qué pasa, pequeña Emma?—me preguntó Joseph.

—Voy a morir.

—¿Qué acabamos de hablar sobre la muerte?—regañó Matt.

—¿Qué tienes?—preguntó Isabella.

Me tiré de espaldas contra la cama haciéndome la víctima.

—Fiebre amarilla—declaré.

—Es gripe—intervino el Dr. Reed.

Mientras sacaba los instrumentos necesarios para preparar una inyección, me levanté de un tirón de mi cama.

—¿Gripe?!—exclamé—. No, no, no. Sacarán una noticia en la televisión con toda la historia de cómo morí. Será épico.

—No, no lo harán—el Dr. Reed me mostró la inyección con el líquido amarillo que previamente había visto—. Te inyectaré un milagro y te curarás.

Matt me sonrió.

—«Emma Bennett: La gran artista se cura milagrosamente»—usó mi titular noticioso, pero mucho más positivo, tanto que despedía unicornios.

Lo ignoré.

—¿Y me dolerá?

—Oh sí—replicó el malvado Lionel Reed.

—SE SUPONE QUE ME TIENE QUE DECIR QUE NO.

—Soy un doctor, no un genio mágico, Emma—se acercó a mí con su inyección malévol—. Esto es una combinación de mis mejores antibióticos, así que sí, podría dolerte. Ven, te la pondré en un santiamén.

—¿Y le tengo que mostrar mi trasero a todos mientras me inyecta?—pregunté, preocupada, porque oye, no le quería mostrar mi trasero a nadie aquí. Nadie que no fuese Matt por supuesto.

Oh, era tan pervertida. Una pervertida con fiebre amarilla.

—No, te lo inyectaré en el brazo—dijo el Dr. Reed dando unos golpecitos al tubo de la inyección—. ¿Lista para el milagro de la medicina moderna?

Me distraje echando un vistazo a la habitación entera.

—¿Quién rayos está listo para eso?—solté y de pronto, un pinchazo infernal en mi brazo me hizo gritar—: ¡AH! ¡AHHH! ¡AUCH! ¡¿PERO QUÉ DEMONIOS ES ESO?!

Isabella se tapó la boca con un dedo para no soltar la carcajada. Joseph apartó la cabeza a un lado posiblemente para aguantarse también.

—Listo—declaró el malvado Lionel Reed guardando la inyección.

—Ahora sí sentí que iba a morir—fingí llorar en busca del consuelo de mi almohada.

El Dr. Reed liberó el espacio en mi cama en el que estaba sentado y éste fue reemplazo por Matt, quien corrió a acariciarme la espalda al tiempo que sollozaba de dolor y quejándome de la villana aterradora que es la medicina moderna.

—Medícala con esto y para mañana debe estar como nueva—el Dr. Reed terminó de escribir un montón de garabatos en una receta y se la entregó a Matt.

«¡BAM!», un golpe en la puerta nos hizo a todos fijar nuestra atención en esa dirección.

—¡Escuché un grito!—era Jane, que sonaba desesperada—. ¡Y escuché a alguien maldecir así que intuí que era Emma!

Cómo me querían.

—¿Está todo bien aquí?—se adentró, poniendo especial atención en mí porque me retorció de dolor en mi cama—. ¡Emma! ¿Qué ocurre? ¿Necesitas algo?

—¡A MI MAMÁ!—juro que una minúscula lágrima recorrió mi rostro.

«Emma Bennett: La cobarde artista que llora por una inyección».

—No más drama, Emma—regañó Lionel Reed recogiendo sus cosas—. He puesto peores inyecciones que ésa.

—¿HAY PEORES?—chillé.

Me sequé, con un dedo, la minúscula lágrima que caía por mi mejilla y me tiré en los brazos de Matt que me recibieron con profundo amor. Me aferré a su pecho, sintiendo su palpitar leve y calidez que me serenó.

—¿Qué tienes?—preguntó Jane.

—Está enferma, pero pronto estará bien—respondió Matt.

—¿Enferma?—la expresión de Jane cambió a una de pavor—. ¡Oh por Dios! ¿Es fiebre amarilla?

—¿Ves? Ella me entiende—le dije a Matt.

—Es gripe—reiteró Lionel Reed dirigiéndose a la salida—. Cuídala bien, Matt, no la dejes salir de la habitación hoy. Si descansa como debe ser, mañana amanecerá reparada.

Y se fue.

—*¡Mejorate, Emma!*—se escuchó su voz perderse en la lejanía.

Eso fue raro.

—¿Solo gripe? ¡Qué alivio!—suspiró Jane—. Acabo de ver el más terrible reportaje en la televisión sobre la fiebre amarilla, juro que llamaré a salubridad para que venga a inspeccionar nuestra casa y confirmar que esté libre de esos malvados mosquitos.

Qué conveniente. De verdad que Jane era la única que me comprendía en esta casa.

Matt me liberó de sus brazos. Manteniéndome acurrucada contra él, pasó su mano por mi frente para removerme un mechón de cabello que lo recubría y la dejó ahí unos cuantos segundos como tanteando mi temperatura. Unos cuantos segundos en los que me olvidé de lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor y me perdí en el océano que era su iris.

—Así está mejor, ya no tienes fiebre—dijo con dulzura.

Debía tener un aspecto terrible, pero por la forma en que me estaba contemplando y la ternura con que lo hacía, cualquiera hubiese pensado que estaba en mi más hermoso semblante.

Oh... estábamos teniendo un momento.

Alguien carraspeó fuera de nuestra burbuja.

—Todavía estamos aquí—fue Jane, en un tono muy suspicaz.

—Silencio—la calló Isabella—. Tranquilos, ustedes continúen por favor.

Reaccioné. Matt también.

—Eh...—dijo éste último peinando su cabello hacia atrás un poco nervioso—. Iré a buscar tus medicamentos. No se te ocurra pararte de la cama.

Avergonzada, asentí con la cabeza.

—¡Pero mira a mi hermanito!—exclamó Jane justo cuando Matt pasó a su lado—. Tan enamorado...

Oh no, por favor no.

Matt, dándome la espalda, echó un vistazo de reojo hacia mí y sonrió.

—Localmente enamorado—corrigió, seguro—. ¿Algún problema con eso?

No lo dijo. Que alguien me diga que no lo dijo. ¿A quién engaño? ¡Me encantaba que lo dijera!

Los grititos de picardía fueron inminentes. Se esparcieron a lo largo de la habitación haciéndome reír como estúpida, pero tratando de ocultar cuán feliz me hacía Matt ante la tropa de locos que era nuestra familia.

—Jane, ¿puedes quedarte con Emma mientras vuelvo?—dijo Matt justo antes de salir.

—Será un gran pla...

—¡Oye!—la interrumpió Isabella—. ¿Y nosotros somos invisibles o qué?

—Sí, Matt, nos encantaría quedarnos con Emma también—complementó Joseph.

Matt detuvo su último paso antes de abandonar el lugar.

—No, ustedes no.

Y entonces salió dejando a Isabella y Joseph atónitos, quizás asustados. ¡Já! ¡Dulce venganza!

Me gustaba este Matt. Firme, defensor de sus derechos, defensor de mis derechos. Sí, me gustaba mucho este Matt.



Mientras esperábamos al Matt que me gustaba mucho, Jane se acostó a pocos centímetros de mí exigiéndome que le compartiera de mi almohada. Temía que la pudiese contagiar de gripe, pero ella se veía perfectamente cómoda tan cerca mío. Entonces nos sumergimos en una conversación de lo más profunda:

—De verdad creí que iba a morir—comenté.

—Oh no, Emma, no puedes morir.

—¿Cómo que no puedo morir? Todos tenemos derecho a morir.

—Claro, tienes derecho a morir—sonaba condescendiente—. Pero primero tienes que casarte con mi hermano.

«Aquí vamos».

Decidí seguirle el juego.

—¿En serio?

—Sí—sonrió—. Se casarán un 20 de octubre.

Sus ojos brillaban. Hasta parecía que estuviese imaginando la película de Emma y Matt en su cabeza.

—¿Por qué un 20 de octubre?

—Es la fecha en que nuestros padres se casaron. Matt la atesora mucho.

Presté más atención. No podía negar que aunque fuese una película en pre-producción, me estaba gustando mucho la dirección que tomaba el guión.

—Y tendrán tres hijos.

Carcajeé tan fuerte que mi garganta dolió, pero por culpa de la gripe. ¿Qué se traía Jane? ¿Estaba inventando toda esta historia para hacerme reír o habría hablado con Matt al respecto?

—¿Tres? ¿No es mucho?—pregunté.

Se acomodó en la cama para acercarse más.

—Sí, pero no importa, tenemos una casa enorme—respondió—. Presiento que será una niña y dos niños. Y no quiero sonar presumida, pero seré una tía excepcional. Los llevaré a los tres a pasear al parque todos los domingos.

Parpadeé tres veces confundida. Sinceramente no la imaginaba paseando tres niños, creo que se desesperaría incluso antes de salir de la casa.

—En una de esas ocasiones salvaré a Jane de un perro—continuó con la historia—. Jane le tendrá pavor a los perros.

—¿Jane?

—Sí, la niña.

Bufé.

—No se llamará Jane.

—¿Cómo se llamará?

Finalmente capté sus intenciones. Se creía mi hada madrina. Estaba animándome a imaginar el futuro prometedor que me esperaba si aceptaba a su hermano en mi vida.

Bien Jane Sinclair, te lo permitiría. Porque descartando la horrible pesadilla que tuve con Oliver y los animalitos malignos bailando a nuestro alrededor, el resto de mis sueños se derivaban en Matthew Sinclair, una gran vida, felicidad auténtica y la enorme dicha de compartir ideales.

Ah... «Emma Bennett: La gran artista se enamora».

—No lo sé, pero no se llamará Jane—retorné a la conversación.

—Al menos su nombre debe empezar con J.

—Está bien, pero solo porque eres la única que me entiende en esta casa.

—¿Qué te parece si le ponemos...?

Se calló, pensativa. Apretó los labios, como si estuviese consultando la aparente biblioteca de nombres que tenía en la cabeza y yo la analicé durante el proceso.

Pero qué mujer tan admirable. Quizás pensaría que yo me daba cuenta, pero indirectamente trataba de ayudar a su hermano convenciéndome que él era lo mejor para mí. El concepto de «felicidad» no solo era el favorito de los Sinclair, sino también «apoyo fraternal».

—¡Ah, ya sé!—sonó decidida—. ¿Janine?

—¿Janine? Tendrá que ir al colegio con una bolsa de papel en la cabeza.

—¿Jordan?

—No.

—¿Julianne?

—No.

—¿Jane?

—No.

Jane gruñó.

—Demonios, tendré que cederle mi nombre a Isabella—suspiró profundamente. Su semblante cambió a uno alegre—. Ah, serán muy hermosos esos tres hijos de ustedes.

Un ruido como de unas llaves golpeándose entre sí nos sacó de la pre-producción de la película.

—Te dije que te quedaras con ella, no que le lavaras el cerebro—Matt se adentró a mi dormitorio.

—Oh—Jane sonrió—. Llegó el padre de tus futuros hijos. Debo irme.

Sin renunciar a su actitud suspicaz, rodó por la cama pasando por encima de mí hasta lograr ponerse de pie justo al lado de mi futuro prometedor de ojos azules.

—No le lavaba el cerebro—hizo un guiño—. La motivaba.

¡Ajá! ¡Lo sabía!

Le dio un toque suave a Matt en la espalda y sin más, abandonó la habitación dejándonos en la privacidad que tanto nos gustaba.

Matt dejó caer las llaves de su auto sobre mi cómoda de noche. Traía un vaso de cristal con zumo de naranja y encima, dos pequeños sobres con píldoras medicinales dentro.

Se sentó en mi cama al tiempo que abrió los sobres, sacó cuatro píldoras y me las entregó junto con el jugo.

—Serán dos—dijo mientras me medicaba.

—¿Dos píldoras? Me diste cuatro.

—Nuestro hijos—explicó—. Serán dos, no tres.

Vaya, vaya, alguien estuvo escuchando conversaciones ajenas.

—Qué alivio—solté un chiste.

—Un niño y una niña—me mostró su arma mortal—. Puedes elegir el nombre del niño, pero ya elegí cómo se llamará la niña.

—Por favor dime que no se llamará Jane—me alarmé—. O Janine. Janine es un terrible nombre.

Vaya, estábamos teniendo esta conversación. Con gripe, chistes y todo, pero la estábamos teniendo. Definitivamente no lo vi venir tan pronto, pero se sentía perfectamente cómodo.

—Janine era el nombre de Jane—reveló—, pero lo odiaba tanto que lo dejó solo en Jane.

Gruñí.

—Esa maldita manipuladora.

—Y no, no se llamará Janine, ni Jane—prosiguió Matt—. Su nombre será Alice, porque así se llamaba mi mamá.

Un tumulto de emociones dio un giro brutal en mi estómago. El nivel de ternura de Matt nunca dejaba de sorprenderme.

Coloqué el vaso vacío en mi cómoda y me acerqué a él para agarrarle la mano.

—Alice es un hermoso nombre—lo alenté—. Podrá ir al colegio sin la bolsa de papel cubriéndole la cabeza.

Tal vez parezca que no sé consolar personas, porque en verdad no

sé hacerlo, pero juro que hacía mi mejor intento.

Matt apretó mi mano y la llevó a sus labios para besarla. Éste era uno de esos momentos en donde estábamos emocionales y él seguramente diría: «Se mi novia». Y yo diría: «¡Sí! ¡Sí! Llevo más de 24 horas tratando de decirte que te amo, pero el destino no me ha dejado». Luego bailarían a nuestro alrededor los animalitos que sí me gustaban.

Mas no sucedió ninguna de las tres cosas. No sucedió porque hoy Matt no se veía de humor para perseverar, yo no encontraba el momento perfecto para decirle que lo quería y los animalitos se habían vuelto *heavy metal* por culpa de Oliver.

Aún así, lo que más me preocupaba de esas tres cosas era Matt. Percibía que algo en él no estaba bien. Hoy, en especial, se veía abatido.

—¿Qué ocurre?—tuve el valor de preguntarle.

—Debes...—jugó con mis dedos—. Debes mejorarte hoy porque mañana no estaré para cuidarte.

Alto ahí. ¿Qué?

—¿Disculpa?

—¿Recuerdas que te conté que Jane y yo debíamos hacer un viaje a Alemania a final de mes?

No, no lo recordaba. En verdad no quería recordarlo. Tal vez tuviese nubladas memorias de él diciéndome que tenía que ir a Berlín por tres días en reemplazo de Joseph para una reunión importante y que usaría la mierda de *roaming* para comunicarse conmigo desde tan lejos. Ah sí, y que yo, por idiota, rechacé ir con él.

Eso tal vez. De menos no recordaba nada.

—No—mentí.

—Eso es mañana, amor—él sabía que sí lo recordaba—. Juro que te llevaría conmigo, pero el clima de allá no te hará bien.

—No—dije—. No puedes irte, tengo previsto estar enferma el resto de la semana, así que deberás cancelar el viaje.

La realidad era que con el demonio que me inyectó Lionel Reed sería imposible que mañana no estuviese bien, pero era una buena excusa para impedir que me abandonara tres días.

—Vas a estar bien—Matt apretó mis manos.

Pero yo no opinaba lo mismo.

—No. Hasta siento que tengo fiebre de nuevo, no podrás ir.

—Emma...

—Vamos, siente mi frente—llevé su mano a mi frente—. Debo estar en los cuarenta grados porque otra vez siento que moriré.

La otra realidad era que desde que nos conocíamos, habíamos pasado tanto tiempo juntos que pasar un día separados sería muy difícil.

Tal vez ésa era la razón por la que Matt se veía tan triste hoy, pero, como siempre, intentaba darme fuerzas, porque ser positivo era lo mejor que sabía hacer.

—Estás helada.

—¡Eso es peor!—exageraba, lo sé—. ¿Sabes que estar helado es el principal síntoma de estar muerto? No sé, yo tú no me iría...

Su expresión de desgano cambió a una de ventura. Se inclinó hacia adelante para desamarrar los cordones de sus tenis, se los quitó y se subió a mi cama para sentarse poniendo la espalda contra la pared.

Me recosté entre sus piernas, ubicando mi espalda contra su pecho, prácticamente obligándolo a que me abrazara. Porque era mío, maldición, era solo mío.

—¿Qué se supone que haré tres días sin ti?—le dije, derrotada.

Sus manos, cálidas y protectoras, rodearon mi estómago apretándolo un poco.

—Sugiero que me extrañes, porque yo te extrañaré mucho.

—¿Y si se estrella el avión?—intenté sonar dramática a propósito.

—Si se estrella el avión lo más probable es que yo muera—replicó, divertido.

¡Agh! ¡Se creía muy chistoso con ese chiste negro, eh!

Oh... ahora entendía por qué a la gente no le gustaba mi humor negro.

—No creo que a Alice le guste eso.

—Tendrás que buscar un padre distinto para Alice, entonces.

De verdad que no me estaban gustando estas payadas oscuras.

—¿Te escuchas a ti mismo?—arrugué la nariz—. Obviamente si tú mueres, Alice no existirá.

—Si yo vivo, Alice existirá—se la tiró de filósofo—. Pero tú también tienes que vivir para que exista.

—¿Y qué pretendes? ¿Que yo muera?

—Dijiste en la mañana que ibas a morir.

—Creo que Lionel Reed dejó muy claro que no voy a morir.

Señoras y señores, con ustedes: los ganadores del concurso de la

pelea más estúpida del año, superando a los locos que no se ponían de acuerdo con los manteles de la boda.

Sentí los labios de Matt apretarse sobre mi mejilla. ¡Con que se estaba aguantando la risa! ¡Esto le parecía divertido!

—Entonces nadie morirá—intentó sonar serio.

—No, Matt, nadie morirá—me enojé—. Nos casaremos, tendremos a Alice y Allan...

—¿Allan?

—¡Es tu segundo nombre y me encanta para nuestro hijo!—revelé, como una demente peleando por una tontería—. Nos casaremos, tendremos a Alice y Allan, gozaremos de una vida feliz, envejeceremos juntos y entonces, solo entonces, moriremos.

Me dio un beso en la mejilla.

—¿Y de qué moriremos?

—Yo de Alzheimer. Tú te caerás de tu silla de ruedas y te partirás el cuello.

Felicidades Janine Sinclair. Mira todo lo que lograste desatar.

—¿Qué?—se quejó Matt—. Es muy injusto que tú mueras de una enfermedad normal y yo muera por un accidente.

—Sí, pues, te vas tres días a Alemania sin mí, ya ves que la vida no es justa.

—De acuerdo, pero solo para estar seguro—dijo—. ¿Tendremos a Alice y Allan antes de que me caiga de la silla de ruedas? Porque en verdad me gustaría disfrutar de ellos antes de morir.

Gruñí. Sabía que se trataba de una broma de mal gusto, pero me colmó la paciencia.

—¡Deja de intentar fastidiarme!—exclamé—. ¡Ya te dije que sí! ¿Qué tan difícil es entender que quiero tener una familia feliz con el hombre que amo?

Los labios de Matt dejaron de sentirse tensos sobre mi mejilla. Creo que había borrado el arma mortal del rostro.

—¿El hombre que.. qué, qué, qué?

Mis ojos se abrieron como dos platos, porque finalmente caí en cuenta de lo que había sucedido. ¿Por casualidad acababa de decir lo que... acababa de decir?

Me callé.

Silencio letal.

Nos miramos avergonzados.

Aparté la vista.

Me solté del abrazo.

Esta no era la forma en que quería decírselo y de pronto me sentí tan avergonzada al respecto, que lo único que pensé fue huir de ahí. Así que me separé lo más pronto que pude de Matt dispuesta a abandonar la cama.

—¡Emma, espera!

Me metí en el baño y me encerré, con las mejillas rojas de la vergüenza, con muchos pensamientos golpeando mi cabeza. ¡No podía ser! Veinticuatro horas, tres intentos fallidos y una estúpida pelea más tarde, solté mis sentimientos como una carretilla sin hacer el menor esfuerzo. Sin discursos, ni analogías de lo blanco y negro, tampoco usando el trillado «te amo» que todos piensan significa el mundo y las estrellas. Únicamente al más patético estilo de Emma Bennett.

Así no era como imaginaba que sería primera confesión de amor.

Porque lo era. Era mi primera confesión de amor.

Porque con Oliver nunca tuve que luchar contra el destino para poder decirle lo que sentía.

Porque fue más fácil decir lo que sentía cuando en verdad no sabía lo que sentía.

Porque ahora, sabiéndolo y diciéndolo en voz alta, me aterraba no ser realmente correspondida, a pesar de todas las veces que Matt me hubiese asegurado que me quería.

Porque si yo no era correspondida, me volverían a romper el corazón sin siquiera haber empezado a dar mi corazón.

—*Emma*—Matt tocó la puerta—. *Ábreme, por favor.*

Era irónico que hubiese luchado contra el destino porque quería decirle lo que sentía y ahora que, finalmente lo había soltado, tenía miedo de ser rechazada.

Otro toque sonó detrás mío.

—*Emma*—era Matt perseverando—. *Sé que esto te debe aterrar, pero por favor, ábreme. Hablemos.*

«Hablemos». Nunca nada bueno podía venir de un «hablemos».

Suspiré profundamente y me levanté. Era ahora o nunca. Si me iban a rechazar, al menos que fuese lo más pronto posible para intentar reponerme los siguientes cuatro años de mi vida.

Di un hondo respiro. Abrí la puerta.

—Esa no era la forma en que...

Pero fui empujada hacia atrás contra el lavabo, sobre el que, sin entender cómo, quedé sentada con la espalda un poco erguida. Y antes de tan siquiera poder recuperar el aliento, sentí cómo los labios de Matt devoraban los míos con una pasión que ardía en todo mi débil cuerpo agripado.

No sé si fue por la enfermedad o por lo vulnerable que estaba, pero sin quererlo, empecé a llorar mientras lo besaba. Matt tenía razón, me sentía aterrada. Lo quería tanto que saberlo, decirlo, sentirlo, era tan intenso que dolía.

Se trataba de un sentimiento que simplemente jamás comprendería. Para mí, este mundo tan retorcido, podría estar lleno de suficiente amor para sobrevivirlo, pero nunca de suficiente vida para comprender la fuerza del amor.

Matt, cuando sintió mis lágrimas sobre su piel, se separó y me miró con ojos tan profundos que no supe identificar si estaba feliz o abrumado.

—Oye—me dijo, dibujando una pequeña sonrisa—. Vamos, mírame.

Lo hacía. Lo intentaba, pero las lágrimas me nublaban la visión, a lo que él intentó secarlas con sus dedos en el poco espacio que había entre nosotros.

Y cuando finalmente lo vi, supe exactamente qué era lo que sentía: una honesta, pero arrolladora felicidad. Se sentía exactamente igual que yo.

—No hay forma, en este retorcido mundo, de que te rompa el corazón—declaró, con seguridad, agarrando mi mano y poniéndola sobre su pecho—. Mi corazón te pertenece a ti y solo a ti, ¿entiendes? No hay nada que debas temer.

Este mundo, esta vida, están tan cargados de dolorosas preguntas que quizás jamás podremos responder. Pero cuando de repente te encuentras frente a la persona que has decidido amar y tiene el valor para decirte: «No hay nada que temer», de repente la carga de aquellas preguntas se aligera tanto que alivia.

—¿Lo prometes?—le pregunté un poco más tranquila.

—Con mi vida entera—replicó, trayéndome hacia él.

Me abrazó tan fuerte que sentí como que me quedaba sin aire. Una sensación un poco extraña, lo sé, pero... No esperen, sí me estaba asfixiando. Era por la gripe.

Antes que me quejara, Matt se dio cuenta y me soltó.

—¿Estás bien?—preguntó, alarmado.

Asentí con la cabeza gritándole a mis pulmones que dejaran el drama solo por un momento más. No podía toser. No quería toser. Qué vergüenza toserle en la cara a tu futuro prometedor justo después de decirle que lo amas.

¡Cielos! Nada más de recordarlo, se me enrojecían las mejillas y volvía la calor a mi cuerpo.

—Este es el momento en que estamos emocionales y me preguntas si quiero tener una relación contigo—dije un poco avergonzada—. Y yo digo que sí.

Noté cómo la vergüenza se apoderaba de Matt, pero lo reflejó a través de una risa socarrona.

—La verdad, Emma, has sido mi novia desde que me prohibiste enamorarme de ti.

Ahora sí que no sabía dónde metería mi tomate con ojos.

—¿Entonces no me lo vas a pedir?

«Cálmate, soqueta, sueñas desesperada», volvió de la nada la voz de mi subconsciente en mi cabeza. ¡Regresó la inepta esa!

—Claro que sí, pero no te lo voy a pedir en esta situación tan extraña.

Si con extraño se refería a que me tenía sentada sobre el lavabo de mi baño cuya llave de agua estaba medio abierta y me mojaba el trasero en pequeños, pero significativos periodos de tiempo, entonces supongo que sí estábamos en medio de una situación un poco extraña.

Aún así, bufé.

—¿Por qué? ¿Porque nos conocimos en un día normal como la gente normal sin ladrones ni balas?

Se rió.

—*Touché*—dijo—. Pero mi punto es que quiero que recuerdes el momento en que me digas que «sí» como algo hermoso, no incómodo.

—Qué conveniente—solté con sarcasmo.

—Así que esto es lo que haremos: iré a Alemania, regresaré en menos de lo que creas, tendremos una tercera cita en la que te lo voy a

pedir de una forma ridículamente romántica e iniciaremos nuestra relación perfecta que dará como frutos un hermoso matrimonio, Alice y Allan.

Qué lindo él. Tanto tiempo pidiéndome que fuera su novia de todas las formas posibles y ahora que tenía la oportunidad, la quería posponer con una oferta cliché. Está bien, solo porque lo quería se lo permitiría.

¡Lo quería! Qué bien se sentía poder decirlo a diestra y siniestra.

—Y como me digas que no en esa tercera cita...

—Desistirás.

—Perseveraré—me corrigió—. Perseveraré hasta que me digas que sí porque el amor es perseverancia y la perseverancia es de gente valerosa.

¿El amor es perseverancia? ¿Estaba loco o qué? El amor es una gran responsabilidad. La responsabilidad de tener en tu poder el corazón de otra persona y preocuparte por no dañarlo.

—Y también porque Alice y Allan se merecen tener unos padres tan geniales como nosotros—hizo un chiste.

—De todo corazón espero que renuncies a tus deportes extremos cuando ellos lleguen—proclamé, preocupada—. O antes, para que de verdad lleguen.

—Será un honor ver con ellos, desde abajo, a otra gente tirándose de paracaídas—declaró, siguiéndome el juego.

Tuve que volver a verlo, pero no de una forma superficial. Vi más allá, en su sonrisa que no dejaba de crecer, una perdurable promesa que, finalmente, me dio la confianza para tirarme con todo al hondo abismo que me aterraba.

—Te quiero, Matt Sinclair—dije, por primera vez, tan estable que me alegré.

Me besó, tan corta y dulcemente, que fue suficiente.

—Yo también te quiero, Emma Bennett—dijo, despacio, dándole sentido a cada palabra, hasta a mi patético nombre—. Te quiero y te lo diré hasta que mi voz calle con la muerte.

—¿Hasta que te caigas de la silla de ruedas?

Se rió a carcajadas.

—Eres imposible.

Me reí, pero luego lo besé.

Él podía hablar todo lo que quisiera de protocolos, y de citas

maravillosas, y de propuestas de amor ridículamente románticas, pero yo sabía en mi corazón que desde ese día, con el trasero mojado y todo, Matthew Sinclair era mi novio.



Oliver no llamó ese día. Y si llamó, no me percaté porque estuve todo el día en mi habitación concentrada en mi recuperación como también en mi futuro prometedor de ojos azules que no me abandonó en ningún momento.

Terminamos la mañana viendo dos de las terribles películas de romance que Matt tanto odiaba. A mitad de la segunda, tuve que ponerle pausa y cuestionar su odio cuando escuché que respiraba con dificultad a mi lado. Me giré lentamente para encontrarme con que estaba llorando.

—Eres una niña—le dije.

Intentó hacerse el fuerte, pero de todos modos tuvo que secarse las lágrimas frente a mí porque eran imposibles de ocultar.

—Él le dice que la ama, ¿y ella lo rechaza de esa manera?—dio un hondo respiro—. Es muy injusto. Qué película tan injusta.

—No me digas que te sientes identificado.

—¡No!

Edward se apareció en ese instante en mi dormitorio para ofrecernos algo de comer y Matt, muy sentimental, lo invitó a que se quedara viendo el desenlace de la película con nosotros.

El resultado fue dos hombres en mi cama llorando porque los dos principales de la película no quedaban juntos, sino que la chica se iba a otro país y se enamoraba de otro por allá.

Yo, mientras tanto, sentía el monstruo de mi estómago estaba famélico porque Edward nunca trajo los bocadillos que ofreció por estar lloriqueando como un bebé.

—No puedo creer que todavía estén llorando por eso—negué con la cabeza, decepcionada—. Son unas niñas los dos.

Edward, abochornado, huyó diciendo que iría finalmente a buscar los dichos bocadillos y Matt aprovechó para huir también diciendo que le ayudaría. Para mí que se iban juntos a darse apoyo moral.

En la tarde, después del almuerzo, jugamos durante casi cuatro horas un videojuego muy raro donde un ingeniero se quedaba atrapado en

una nave espacial y unos extraterrestres mutados se lo intentaban comer.

Al principio de la misión, el ingeniero se encontraba con un soldado de las fuerzas de la Tierra y mataban juntos a los extraterrestres.

Aún así, no es al ingeniero al que los extraterrestres se lo comían todo el tiempo porque ése era yo y descubrí que tenía talento para ese juego. Al que se comían todo el tiempo era al soldado, que era Matt.

El siguiente resultado del día fue él, enojado conmigo, tirando el control, yéndose porque no soportaba perder en un juego tan absurdo.

—¡Definitivamente eres la niña de la relación!—le grité, burlona, mientras lo veía salir airado de mi dormitorio.

—¡Déjame!—me gritó desde afuera.

En la noche, decidimos cenar en mi habitación. De la nada, la tropa de locos (Jane, Joseph e Isabella, duh) se unos unió diciendo que si yo no iba a cenar con ellos en el comedor, entonces ellos cenarían conmigo.

—Emma, linda, tienes que estar bien para el domingo—comentó Isabella—. No quiero a mi madrina moqueando en medio de la ceremonia.

Por mí le llenaba el vestido de mocos. Porque la quería y porque sería divertido admirar a la gente riéndose de su vestido blanco con manchas verdes.

—Y, Matt, querido—prosiguió Isabella—. No te pegues tanto a Emma, tampoco queremos al padrino moqueando.

—Muy tarde, ya la besé mucho esta mañana.

—¡Ah!—declararon todos con desagrado, excepto yo, que me reía como estúpida de la honestidad y ternura de Matt.

—Demasiada información...—dijo Jane.

—Van a contagiar a todos en la boda—complementó Isabella.

—Tranquilo, Matt—lo defendió Joseph—. Los hombres somos inmunes a las enfermedades.

Serán inmunes a las enfermedades, pero llorones ante películas malas con las que se sienten identificados.

No sé qué pasó luego que la tropa de locos se retiró, porque me quedé dormida como tronco mientras Matt trabajaba en su *laptop* a mi lado.

A media noche, me desperté porque tenía mucha calor. Me di cuenta que era porque tenía a mi futuro prometedor dormido conmigo,

abrazándome.

Considerando su *laptop* reposaba a espaldas suyas y la luz del dormitorio seguía encendida, confirmé que se había quedado dormido también. Y como no quería que se fuera, quité la *laptop* lentamente sin que se diera cuenta, la coloqué sobre mi escritorio, apagué la luz y me acosté con él retornando al abrazo en el que nos encontrábamos.

A las 4:00 a.m. del día siguiente la alarma del teléfono móvil de Matt sonó tan estrepitosamente que nos despertó de golpe a ambos. Desconcertada, lo vi levantarse diciendo algo como «Jane. Aeropuerto. Alemania» y sentí que mi corazón se partía lentamente, comprendiendo que se tenía que ir si no quería perder su vuelo.

Nos arreglamos rápidamente antes que se hiciera más tarde, pues se trataba de un vuelo de doce horas y si lo perdía, probablemente no llegaría a tiempo a su primera reunión con los alemanes.

El viaje hasta el aeropuerto fue tranquilo, ya que todo el mundo tenía tanto sueño que nadie se inmutaba en hablar. Joseph manejaba concentrado, Isabella dormía profundamente en el puesto de copiloto, Jane estaba pegada a su teléfono móvil enviando correos y yo me dediqué a abrazar a Matt en todo el camino, disfrutando del poco tiempo que nos quedaba antes que se fuera.

Fue en ese instante que me di cuenta cuánto me había acostumbrado a él. Solo estaríamos tres días separados, pero yo sentía que sería una eternidad.

A las 5:00 a.m. el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles estaba muy vacío. Era un lugar triste, por lo menos para mí, sin mucha gente circulando. Ni siquiera nos demoramos registrando los pasajes de avión de Jane y Matt que previamente habían comprado.

—Configuré varias alarmas en mi móvil de acuerdo a la zona horaria de Los Ángeles para poder recordarte cuándo debes tomarte tus píldoras—me dijo Matt, poniendo su equipaje en el suelo para poder abrazarme.

Pensaba en todo. Era un cerebro con pies. Sabía que era más fácil que yo también configurara alarmas, pero él quería estar pendiente de mí.

—Así que estaré enviándote muchos mensajes, ¿de acuerdo?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Recuerda que la amarilla es la que debes tomar después del almuerzo y que la azul la debes partir a la mitad para poder tragarla o

sino te dolerá mucho.

Me conocía tan bien que sabía que identificaba mejor los colores que los nombres de los medicamentos.

—Y no quiero que Isabella me diga que estás pintando porque sabes que el olor a óleo te pondrá peor y me enojaré contigo.

Era un hermoso cerebro con pies que se preocupaba por mí.

—También te doy permiso para que juegues con mi consola todo el día si quieres, pero no quiero que veas esas terribles películas de romance. Son una mala influencia para esta inocente sociedad.

Seguía traumatizado por lo de ayer y yo tenía que pagar las consecuencias.

—Y además...

—Matt—lo interrumpió Isabella—. La cuidaré bien, lo hecho durante cuatro años, no tienes nada de qué preocuparte.

Sí, eh... como que prefería que Matt me cuidara.

—Y ya que esta vez soy yo quien se queda en casa—complementó Joseph—, la cuidaré también.

Sí, eh... como que se guía prefiriendo que Matt me cuidara.

Una voz gruesa resonó en las bocinas parlantes haciendo el llamado a los pasajeros del primer vuelo a Berlín, Alemania, del día. Solicitaba que se acercaran a la puerta de salida, que estaba muy alejada de nosotros.

Mi subconsciente y raciocinio le dieron unas palmadas a mi corazón como si quisieran darle consuelo y fortaleza.

Mientras Jane se despedía de Isabella y Joseph con un abrazo para cada uno, Matt puso sus manos sobre mis hombros.

—Estarás bien—aseguró—. Repite después de mí: «Estaré bien».

—Estaré...—intenté decir, pero mi voz se cortó, dando paso también a que mis ojos agripados se humedecieran.

Mi corazón chilló y mis otros álgos lo abrazaron. Sin poder contenerme más, derramé una sola lágrima que Matt tuvo que secar.

—Voy a traerte un trozo del Muro de Berlín como me lo pediste—dijo, trayendo mi cuerpo hacia el suelo para darme un cálido abrazo.

¡Solo eran tres días, por Dios! ¡Qué dramáticos nosotros!

—Llevo un equipo de paracaidismo para Jane y para mí en caso que el avión se estrelle.

Ah sí... Lo obligué a que se llevara su equipo de paracaidismo por

cualquier percance. Para algo debía servir que fuese tan extremo.

La voz gruesa volvió a sonar en las bocinas parlantes. Fue entonces cuando dejé de sobrellevar la situación y rompí en llanto en el hombro de Matt.

—¡Es la gripe, lo siento!—traté de justificarme.

Los brazos de Matt me abrazaron con más fuerza.

—«Estaré bien», repítelo conmigo—insistió con esa tontería.

—Estaré bien—murmuré entre sollozos.

—Estaremos bien—dijo al final, cambiando todo el sentido de la frase, confirmando que para él esto tampoco era fácil.

Se separó, me besó y sin querer alargar más la despedida, le dio un abrazo a Isabella y Joseph. Jane le siguió, dándome un abrazo únicamente a mí. Me acarició la espalda con tanto cariño que sentí tampoco quería dejarla ir.

Sin más, agarraron su equipaje dándonos un último vistazo.

Y allá, en la lejanía, no iba mi amor platónico de las películas de Marvel, sino el amor de mi vida despidiéndome con una mano, perdiéndose a través de la primera puerta de migración del aeropuerto.

Isabella y Joseph me rodearon con un brazo para darme apoyo moral. Sabían que lo necesitaba. Que lo necesitaría los próximos tres días.

Caminamos, abrazados, hasta que caí en cuenta que no llevaba mi cartera conmigo.

—Oh no.

—¿Qué ocurre?—me preguntó Joseph.

—Perdí mi cartera, debí dejarla donde estábamos sentados antes—rebusqué la cartera en cadera, abdomen, piernas, pero nada—. Iré a ver.

—¡No te pierdas!—me gritó Isabella.

Corrí de regreso, jadeando, porque la gripe no me dejaba respirar bien, hasta que llegué a la sala de espera en la que nos encontrábamos antes. En efecto, mi cartera estaba ahí de absoluta en una silla.

Aliviada, la agarré, me la puse y me giré dispuesta a volver con Isabella y Joseph, a los que no quería preocupar.

Sin embargo, exactamente cuando lo hice, me choqué contra un cuerpo robusto que automáticamente me empujó hacia atrás haciendo que cayera de espaldas contra el suelo.

—¡Oye, fijate por donde...!—exclamé.

La persona se volvió hacia mí, ofreciéndome una mano para ayudarme a levantar y clavó sus ojos avellana en mí.

—Pa... pasas...—terminé, sin aliento, parándome.

Nos miramos, en silencio, durante unas milésimas de segundo que parecieron eternas, tratando de procesar este encuentro tan fortuito.

—¿Emm?

Grandísima mierda.

Veintiún mentiras

Muchos pensamientos pasaron por mi cabeza al tener a Oliver enfrente mío, mirándome con sus abrumadores ojos avellana que en algún momento me cautivaron.

Aun así, al único pensamiento al que atendí fue al de mi subconsciente, que me ordenaba desesperadamente que golpeará a este imbécil hasta que muriera.

Y con gusto accedí a su orden.

—¡ERES UN MALDITO IDIOTA!

Apreté ambos puños y antes que él pudiese pronunciar palabra, solté un puñetazo directo en su cara que no esquivó porque no se lo esperaba.

Mi puño impactó directo en su barbilla, perdió el equilibrio y se desmoronó en el suelo del aeropuerto tratando de apaciguar la caída usando sus brazos, pero no lo logró.

—¡Mierda, Emma! ¡¿Qué te...?!—gritó, agarrando mis manos, sin poder controlarme.

Nuestros gritos atrajeron las miradas de las pocas personas que transitaban por el aeropuerto. Seguramente tenían la loca idea que su mañana sería tranquila y aquí estaba yo, arruinando sus sueños y esperanzas.

—¡EMMA!—volvió a gritar Oliver, tratando de tirar mi cuerpo hacia atrás, pero yo ya no era la débil chica con la que anduvo hace cuatro años.

No, esta Emma tenía un cuerpo más fuerte, gracias a las mañanas de actividad física en las que Matt me obligó a participar en un principio alegando que debía tratar a mi cuerpo como se le merecía. Mañanas que ahora disfrutaba con todo mi corazón.

—¡Eres un desgraciado, juro que te voy a matar!—exclamé, descontrolada.

—¡Seguridad, seguridad!—gritó alguien a nuestras espaldas corriendo. Por la voz fina, intuí que se trataba de una mujer joven.

Prontamente llegó un guarda de seguridad, quien me agarró de la

cintura y logró quitarme de encima de Oliver. Sabía que estaba armando un espectáculo, que posiblemente me sacarían a patadas del aeropuerto, pero no estaba pensando con la cabeza, solo quería hacer pagar a la persona que tenía enfrente.

—¡Lo siento, Emm, yo no...!—mi ex-patán sonaba agobiado.

—¡Cállate, no tienes derecho a llamarme así!

Hice resistencia para ver si lograba librarme del encarcelamiento en el que me tenía el guardia de seguridad, pero éste me apretó más. Mis brazos torcidos detrás de mi espalda dolían, pero la adrenalina me hacía no prestarle atención.

—¿Quién te crees que eres para jugar con mis sentimientos de la manera tan despiadada en que lo hiciste?!—mi cabello pasaba una y otra vez, rozando mi rostro, porque me movía como demente—. ¿Te das cuenta cuánto sufrí por tu culpa?!

Las memorias de hace cuatro años, cuando Oliver me despidió en el Aeropuerto Internacional de Seattle dándome esperanzas de que seguiríamos juntos a pesar de todo, golpearon mi cabeza con un mazo enorme.

—¡Emma, debes escucharme!—exclamó él, también descontrolado.

Luego estaba la rememoración de mí, llorando todas las noches, sola en mi nueva habitación en Los Ángeles, porque por más que lo llamaba, nunca recibí una respuesta de su parte.

—¡No te quiero escuchar, te voy a matar!

El guardia retrocedió dos pasos, volteando mi cuerpo para tirarlo contra el suelo tras no poder sostenerme de pie. La ira hacía que tuviese una fuerza inexplicable difícil de sobrellevar inclusive para un hombre.

—¡Por favor no le haga daño!—pidió Oliver—. ¡Yo me encargo, lo juro!

Y por último se mostraron en mi cabeza, las escenas retrospectivas de Isabella descubriéndome una noche en medio de mi llanto desahuciado, diciéndome que todo estaría bien. Que me ayudaría a superarlo. Que no me abandonaría jamás.

—¡Emma!—escuché de pronto la voz atormentada de Isabella en la realidad circundante—. ¡Santo Cielo! ¡Emma!

Percibí que se acercaba a toda velocidad, pero no lograba verla porque me tenían como una criminal contra el suelo.

—¿La conoce?—preguntó el guardia, quien no pretendía soltarme.

—¡Sí, sí! ¡Es mi hermana, suéltela por favor!

Sentí las manos de mi amiga sobre mi espalda. Sabía que pertenecían a ella, porque a diferencia de las del desconocido que imponía resistencia en mí, las de ella se sentían cálidas y protectoras.

—¡Este no es un lugar para causar pleitos! ¡Retírense ya o presentaré cargos contra ustedes!

—Sí, sí, disculpe el alboroto—espetó Isabella, tratando de aplacar el daño.

El guardia me soltó, permitiendo que me desplomara sin piedad en el suelo. Mis brazos dolieron, pero fueron agarrados por otros brazos fuertes que me alzaron y abrazaron. Era Joseph, preocupado por mí.

—Oye, oye—susurró en mi oído con cariño—. Está todo bien, pequeña, está todo bien.

Inevitablemente, una lágrima brotó de mi mejilla. No era una lágrima de dolor, pero de genuina furia. Últimamente cuando recordaba a Oliver, trataba de hacerlo sin rencor, pero todo toma tiempo en esta vida, y definitivamente no estaba lista todavía para verlo. Menos en esta circunstancia en la que me encontraba tan vulnerable por tener que dejar ir a Matt cuando por fin aceptaba que lo quería para siempre en mi universo.

—Emma, mírame—me obligó Joseph a ver sus azules iris que me recordaban al océano en el iris de Matt—. Todo estará bien. ¿Qué necesitas, pequeña?

Ni siquiera tuve que pensarlo.

—A Matt.

Sintiendo que todo se había descontrolado en mi vida, rompí en llanto de los brazos de Joseph que me apretaron con tanto cariño como si se tratara de su propia familia. No éramos nada, pero el lazo que unía a los Sinclair era tan estrecho que seguramente si para Matt yo valía la pena, para Joseph también.

—Emma—Oliver intentó acercarse.

Isabella se paró frente a él bloqueando el paso.

—¿Quién eres y qué le hiciste a Emma?—le dijo, airada, como si lo conociera y odiara—. ¡Nunca la había visto tan mal! ¡Habla de una buena vez, idiota!

Oliver, sumergido en la agonía, se mantuvo silenciado, como si no

hubiese excusa válida para justificar lo sucedido. Porque no, no la había y él lo sabía bien.

—¿No dirás nada?—presionó Isabella.

—Lo siento—replicó Oliver haciendo un segundo intento para acercarse.

Esta vez, Joseph, sin soltarme, fue quien se paró frente a él.

—¡Que no te acerques a ella!—le dijo, autoritario.

Oliver retrocedió, alzando ambas manos como sacando la bandera de paz.

Cuando Isabella y Joseph se cercioraron que no intentaría aproximarse más, me abrazaron entre los dos, alejándome de esa pesadilla de la que no terminaba de despertar.

Mi corazón se sintió raro cuando ya estábamos fuera del aeropuerto. No estaba acelerado, pero tampoco calmado. Estaba neutral, como si no estuviese seguro de qué hacer de ahora en adelante.

Maldición, ¿qué hacía Oliver ahí? ¿Y por qué el destino seguía poniéndolo en mi camino como si quisiera probarme? ¿Qué podía yo necesitar de él para seguir adelante? O peor, ¿Necesitaría algo de mí?

Como dije antes, esta vida está llena de preguntas que quizás jamás podremos responder. Y por sobre todas las preguntas que yo tenía, Oliver era la más dolorosa de ellas.



Cuando Joseph nos dijo que esperaríamos en la entrada mientras él buscaba el auto, Isabella se apresuró en sentarme en una banca en las afueras del aeropuerto, pero no habló. No lo hizo hasta que se aseguró que yo ya estaba más calmada, porque ya no lloraba.

—¿Quién era ese chico?—soltó la bala sin preámbulo.

«¿Estás bien, Emma?», «Sí, Isabella, estoy bien». «Estoy preocupada por ti, amiga», «Tranquila, te juro que estoy bien». «Estás saliendo de una gripe, no puedes agitarte así», «Isabella, te digo que todo está bien».

No, ése no era el estilo de la futura Sinclair. Ella preguntaba lo que necesitaba saber. Era tan inquisitiva, que seguramente si yo no le decía lo que estaba sucediendo, abriría un expediente investigativo por sí misma y no descansaría hasta averiguar qué demonios estaba pasando.

—Nadie—dije, sin fuerzas para hablar de la verdad.

No sabía cuánto tiempo más podría ocultar esto, pero nadie debía saberlo aún. Necesitaba resolver esto por mi cuenta. Necesitaba probarme a mí misma que había superado mi pasado. Que era una persona distinta. Que quería aferrarme a un futuro de ojos azules que me ofrecía la oportunidad de una vida feliz.

—Emma Rosalie Bennett—Isabella demandaba autoridad—. Podrás mentirle a Matt porque te quiere ciegamente, pero yo te amo con imparcialidad. Así que me dirás ya mismo qué fue lo que pasó allá adentro o...

—Emma—la voz del terror nos interrumpió a nuestras espaldas.

Isabella reaccionó ante ella primero que yo.

—Maldita sea—dijo, poniéndose de pie, protegiéndome detrás suyo—. ¿No te cansas de fastidiar? ¿No te quedó claro que no te queremos cerca?

—No me quedó claro de parte de Emma.

No solo era idiota, sino que también estaba sordo. Le acababa de decir hasta de lo que iba a morir, pero no comprendía que no quería saber de él.

—¡Vete ya o te golpearé!—exclamó Isabella—. ¡Te lo advierto! ¡Sé karate!

—¡Sabes pilates!—la corregí, levantándome—. ¡No es lo mismo! No puedes ni abrir una botella de jugo sin la ayuda de Joseph y ahora pretendes golpear a alguien.

Isabella se volvió a mí.

—¿QUIERES QUE TE DEFIENDA O NO?

Está bien, lo admito, a veces no valoraba cuando Isabella hacía cosas buenas por mí.

Me paré a su lado, por primera vez estableciendo contacto visual con Oliver.

Se veía distinto. Su cabello, tan avellana como sus ojos, estaba mucho más largo que cuando salíamos. Ya no usaba gafas, lo que quería decir que posiblemente se había realizado esa operación láser de la que tanto me hablaba cuando estábamos en secundaria o había optado por los lentes de contacto.

Pero lo que más me llamaba la atención es que ya no tenía esa apariencia de chiquillo inmaduro que solo se preocupaba por sí mismo,

ni tampoco el engreído que estaba seguro era la octava maravilla del mundo.

No, hoy se veía adulto. Su rostro denotaba no solo el golpe en la barbilla que le había zampado, sino también los golpes invisibles otorgados por la vida. Solo esperaba que lo hubiese golpeado más fuerte que yo.

—Por favor, Emma, hablemos—insistió Oliver decidido—. Permíteme llevarte a casa.

—¡Ni loca!—respondió Isabella por mí.

—Isabella—la detuve antes de que decidiera «atacarlo» con una de sus posturas de pilates. La verdad me preocupaba más que se hiciera daño a sí misma antes que a alguien.

El auto de Joseph apareció frente a nosotros. Se estacionó, bajó la ventana de copiloto y cuando se dio cuenta que Oliver todavía seguía en nuestras vidas, lo apagó y se bajó dando un portazo.

—¿Acaso este hombre te está molestando todavía, Emma?—dijo, con la paciencia pendiendo de un hilo—. ¿Debería golpearlo para que te deje en paz? Tú me dices.

Demonios, o me quería demasiado, o se estaba tomando muy en serio la tarea de cuidarme mientras Matt no estaba.

—No es necesario—le contesté—. Él ya se iba porque comprendió que no quiero hablar con él.

Oliver exhaló aire de mala gana al tiempo que me giré dispuesta a entrar al auto junto con Joseph e Isabella.

—Dijiste media hora—soltó Oliver deteniendo mi paso seguro—. Dijiste media hora y exijo que cumplas tu palabra porque todos merecemos ser escuchados.

—¡No todos!—protestó Isabella—. Te lo digo, sé unas posiciones muy mortales de pilates. No querrás que te lastime.

—¡Isabella!—la regañé.

—Por favor permíteme llevarte a casa—se empeñó Oliver—. Iré detrás de su auto todo el camino si en algún momento hago algo que pueda ofenderte, prometo dejar que te bajas.

—¡Que no!—Isabella no se callaría.

Apreté los puños.

—Está bien—me sorprendí a mí misma con mi respuesta.

«IDIOTA, RENUNCIARÉ DE NUEVO», gritó mi subconsciente en

mi interior. Se golpeó la frente con la palma, negando repetidas veces con la cabeza, sin poder creer lo que hacía.

—¿Te estás escuchando a ti misma, Emma Rosalie?—me preguntó Isabella incrédula.

—Isabella, sé lo que estoy haciendo, por favor confía en mí.

Qué demonios, no tenía ni idea del lío en el que me estaba metiendo. Solo sabía que Oliver tenía razón y que, a pesar de odiarlo con toda mi alma, estaba en lo correcto al decir que todos merecíamos ser escuchados.

—Llámanos si ves algún movimiento extraño—Joseph me apoyó—. Estaremos enfrente, pendientes por cualquier cosa.

Asentí, agradeciendo su madurez.

Entretanto, Isabella gruñó. Tan solo me miró con ojos ardientes en rabia, pero desistió. Se metió al automóvil y, con la ventana baja, me dijo:

—No soy una idiota.

—Ya lo sé—repliqué.

Y subió la ventana.



—¿Estarás callada durante todo el trayecto?

—¿Prefieres eso o que te mate?

—El silencio está bien.

Mi vista traspasó el vidrio del asiento de copiloto del pequeño sedán de Oliver, concentrándose en la salida del aeropuerto y el amanecer que se pintaba en el horizonte. Era una hermosa paleta con tonalidades naranja, pero nunca tan bella como aquella de la tarde de paracaidismo.

Empecé a arrepentirme. ¿En qué estaba pensando cuando accedí a regresar a casa con este inepto? Quizás en aquel instante no lo sabía, pero ahora que mi mente se había aclarado, me daba cuenta que no solo estaba atentando contra mi seguridad emocional, sino también contra mi seguridad física. Le estaba mostrando el camino para que pudiese encontrarme cuando quisiera.

La realidad era que tenía tanto que preguntarle y tanto que reclamarle, que necesitaba este momento a solas con él. Aún así, no

encontraba la fortaleza ni la forma para plantearle todas las interrogantes que tenía.

En medio de la lucha interna, sentí que Oliver intentó agarrar mi mano.

—Emm, sé que...

La quité apenas sentí su piel rozando con la mía.

—Ni se te ocurra—advertí furiosa—. Y deja de llamarme con ese ridículo apodo. No lo soporto.

—Pero te encantaba que te llamará así—dijo derrotado—. Tú solías llamarme «Ollie», ¿no te acuerdas?

Sentí asco.

—Sí, yo era tan ridícula. Ridícula e ingenua, por andar con alguien como tú.

—Emma, no soy un monstruo.

—Pero te comportaste como uno, ¿o cómo debería catalogarte por lo que me hiciste?—mi corazón demandaba ira—. ¿Un héroe? ¿Salvaste nuestra relación?

Oliver, enfocado en la carretera, apretó los labios.

—Hice lo que tenía que hacer—respondió despacio—. Además, éramos jóvenes, no sabía cómo lidiar con una situación así.

No podía creer a este idiota.

—Si no querías seguir conmigo, debiste decírmelo, no hacerte el príncipe encantado y crear una falsa esperanza en mí. Qué idiota yo al pensar que decías la verdad.

—Iba a ser más duro para ambos decirnos adiós.

Estaba que lo golpeaba de nuevo, pero considerando estaba al volante a cargo de la vida de ambos y estaba ansiosa de volver a ver a Matt de nuevo, decidí ser sensata y mantenerme calmada en mi asiento.

—No—gruñí—. Iba a ser un rompimiento limpio. No ese maldito círculo vicioso en el que me metiste.

—Emma, yo no quería romper contigo. Quería seguir contigo.

—¡Qué manera de demostrarlo!

Intentó agarrarme la mano por segunda vez.

—¡Que no me toques!

—¡Pensé que si te enojabas conmigo sería más sencillo para ti superarlo!—alzó la voz, renunciando a la paciencia—. Cometí un grave error, ¿de acuerdo? Y créeme, me arrepentí mucho luego.

Decidí callar. Tal vez tenía razón, tal vez debía escucharlo.

—Con el pasar de los meses empecé a extrañarte. Extrañarte realmente, Emma. No supe valorar lo que tuve conmigo por dos años. Fui el más grande idiota de este planeta.

—De este planeta y todos los del sistema solar.

Oliver negó, riendo un poco. Su semblante brillaba por primera vez desde que nos encontramos, lo que me hizo bajar la guardia un poco.

«Ni se te ocurra caer, inepta», advirtió mi subconsciente. «Tu futuro está viajando en este momento a Alemania. Piensa en él».

Recuperé la compostura.

—No lo dije para que te rieras.

—Por supuesto que no, Emma. Desde que te conozco, no haces chistes oscuros a propósito. Es tu personalidad y la razón por la cual eres encantadora.

Un segundo, ¿acababa de decirme un cumplido? ¡No juegues!

—Sí, sé que nunca te lo dije cuando estábamos juntos y debí hacerlo—murmuró sonriente—. Pero eres la mujer más encantadora que he conocido. Tuve muchas novias después de ti, pero nunca fue igual.

Mi subconsciente, que estaba sentada en el asiento trasero, se echó hacia adelante y la imaginé estrangulando a Oliver por querer pasarse de listo.

—¿Qué demonios hacías en el aeropuerto?—le cambié el tema a propósito—. ¿Y de quién es este auto?

Aparté la vista de él para admirar las calles de Beverly Hills. Sin darme cuenta nos estábamos adentrando al vecindario donde se ubicaba la Mansión Sinclair.

—Tan buena como siempre evadiendo lo que te incomoda.

¡Maldita sea! Detestaba que recalcara lo bien que me conocía.

—Pero está bien, mereces explicaciones—sonaba menos agobiado que antes. Apuesto creía que estaba logrando algo conmigo—. Te dije que muy pronto me verías y no era mentira. Recién hoy llegué a Los Ángeles. El automóvil es mío, lo enviaron ayer.

Mi móvil vibró en mi pantalón. Lo saqué para revisarlo y me encontré con un mensaje de Isabella preguntando si me encontraba bien. Respondí que sí.

—¿Recuerdas que mis padres discutían mucho?—preguntó. Asentí—. Pues se divorciaron seis meses después que abandonaste Seattle.

—Lo necesitaban.

—La noticia me golpeó tan duro que hasta me hizo cuestionarme qué estaba haciendo con mi vida.

—Eso debiste haberlo hecho mucho antes.

—Ahí te recordé y...

—Omítele esa parte—interrumpí—. Esa parte no me interesa.

Suspiró.

—Decidí quedarme viviendo con mi papá porque nunca fui cercano a mi mamá y hablamos de hacer un negocio juntos para empezar una vida nueva—contó—. Teníamos la visión de...

—Al grano, inepto, te quedan ocho minutos de la media hora—volví a interrumpir—. Y créeme, si pasan esos ocho minutos y todavía no hemos llegado a mi casa, abro la puerta y me tiro del auto sin pensarlo dos veces.

«Mi casa». Vaya que me estaba aferrando a ese futuro prometedor.

—Nos asociamos con un hombre que estaba abriendo un concesionario de automóviles y resultó tan bien que, hoy, cuatro años más tarde, estamos estrenando una sucursal en Los Ángeles—sonrió fervientemente.

—¿Y esa sonrisa de idiota qué?

—Seré gerente en esa sucursal.

Bufé en mi interior. Si pensaba que me impresionaría con eso, estaba muy equivocado. Cuando fuera el vicepresidente de una cadena hotelera de éxito, tuviera una fundación de animales, dictara clases de paracaidismo y supiera preparar los mejores waffles que había probado en mi vida, entonces me impresionaría.

—¿No te parece increíble?—me preguntó Oliver tras notar que no mostré reacción alguna, más que una cara de póquer.

—La verdad sí. No eras muy inteligente cuando salíamos.

Oliver puso los ojos en blanco.

—Tú tampoco.

—Lo mío nunca fue la inteligencia, siempre fui una persona artística—me defendí—. Lo que me impresiona es que se supone que cada ser humano desarrolla uno de los hemisferios del cerebro, pero parece que tú no lograste desarrollar ninguno.

Uf, qué genio yo.

—Vaya, vaya, tus insultos han mejorado.

—Te quedan seis minutos, Oliver.

—Mi papá es el dueño de la nueva sucursal. Decidió darme la oportunidad—regresó a la aburrida historia de su vida—. No pudo venir conmigo hoy porque tenía que resolver algunos asuntos pendientes, así que tuve que venir solo. ¿Quién diría que me encontraría contigo en el aeropuerto?

Ésta era la historia de éxito profesional más estúpida que había escuchado y quería decírselo, pero ya habíamos llegado a la Mansión Sinclair.

Joseph detuvo su automóvil frente al portón esperando hasta que las puertas se abrieran, pero no lo hicieron. En cambio, mientras nos detuvimos detrás de ellos, la puerta de copiloto del automóvil de Joseph se abrió dando paso a que Isabella saliera disparada y corriera hasta donde estábamos.

—Oh por Dios—fue lo único que alcancé a decir.

Isabella se posó en la puerta de Oliver y empezó a golpear la ventana haciendo unas señas con las manos que no comprendí. Oliver bajó el vidrio.

—No entrarás en nuestra casa—le dijo la futura Sinclair fingiendo una sonrisa que me pareció de lo más espeluznante—. No entraré, Emma, este hombre no pasará de nuestro portón, así que bájate ya mismo y vienes con nosotros.

La verdad no sabía si agradecerle o sentirme aterrada.

—No he terminado de conversar con Emma, todavía me quedan cinco minutos—se atrevió Oliver, idiotamente, a llevarle la contraria.

Joseph fue el siguiente en bajar del auto. Horrorizado, corrió hasta Isabella, la abrazó por la cintura y la tiró hacia atrás.

—¡Suéltame, Joseph, no permitiré que pase!

—Mi amor, Emma es una mujer adulta y sabrá qué hacer.

Logró que Isabella bajara las revoluciones, pero también que gruñera. Estaba segura que a este punto ya sabía todo lo que estaba sucediendo y ardía en ira porque me estaba dejando llevar por la malvada corriente de Oliver.

Sin articular más palabra, se fue cabreada con Joseph y se metieron al automóvil. Entonces las puertas del portón se abrieron.

—Uh, linda casa—me dijo Oliver mientras nos adentrábamos a la mansión.

—Admírala todo lo que puedas porque ésta es la primera y última vez que vendrás aquí.

Seguimos el automóvil de Joseph y nos estacionamos frente a la puerta principal. Isabella salió disparada, dispuesta a arremeter contra Oliver, pero Joseph la agarró antes de eso y la obligó a entrar en la mansión.

—Esa amiga tuya me odia—comentó Oliver, perturbado.

—Y espera que te conozca—repliqué—. Lo cual no sucederá porque ésta es la última vez que nos veremos.

Agarré la perilla de la puerta para abrirla, pero justo cuando estaba por salir, Oliver me agarró del brazo.

—Me quedan cuatro minutos—dijo, torturándome.

—No, tu tiempo se agotó.

—Cumple tu palabra, Emma.

Gruñí, pero volví a acomodarme en el asiento.

—Habla.

—¿Dónde está tu novio?

Claro, esa pregunta no podía faltar. Y qué bueno que la haga, porque me estaba dando la oportunidad de tirar abajo todas sus esperanzas como él lo hizo conmigo cuatro años atrás.

Sonreí, por primera vez en su presencia.

—Resulta que mi novio es un hombre de verdad, con buenos principios, que trabaja muy duro por tener una buena vida y es el vicepresidente de la cadena hotelera más famosa de la región, por lo que ahora mismo está viajando a Alemania a una importante reunión de negocios.

Esperaba haber dejado claro que Matt era mucho mejor que Oliver en todos los sentidos existentes: profesional, personal y espiritual.

—¿Entonces es por eso que te gusta? ¿Porque tiene dinero?

No puede ser. Entendió todo mal. ¿Cómo le dieron un puesto de gerente en un concesionario de autos? Ni siendo mi hijo yo le daría esa oportunidad.

—Me gusta porque es humilde y pretende no tener dinero—corregí orgullosa.

—Emma, Emma—cantó él—. Si te gusta tanto, ¿qué haces en mi auto?

Oh, estaba sacando las garras. Finalmente estaba usando ese tono

manipulador que odiaba. Lo esperaba con ansias porque estaba segura que no había cambiado, pero quería confirmarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Te conozco bien, Emma, eres una persona muy insegura—sonrió, mordaz—. Me extrañas y por eso permitiste que te trajera a la casa de tu novio.

Copié su sonrisa.

—*Nuestra casa.*

—Lo que sea.

—¿Y qué harás al respecto?—decidí seguirle la corriente, solo para comprobar hasta dónde podía llegar.

—Fácil—me agarró la mano—. Te invito a cenar mañana.

Señoras y señores, de los creadores de «no eres tú, soy yo», llega a ustedes: «Regreso a ti y me esmero en conquistarte justo cuando estás por olvidarme».

—Pero qué oferta tan tentadora—pretendí interés—. Y aceptaré, con una única condición.

Oliver se rió, intentando ser seductor.

—Lo que sea—respondió.

Mis ojos brillaron.

—Salta de la Aguja Espacial.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Lo que oíste—le dije—. Salta de la maldita Aguja Espacial de Seattle y acepto cenar contigo cuando quieras.

Se quedó en silencio unos cuantos minutos en los que me enorgullecí de mi astucia, pero después, soltó una enorme carcajada. Apuesto que creía estaba bromeando.

—Casi te lo creo—admitió.

—¿Piensas que estoy jugando?

—Emm—carraspeó—. ¿Qué estúpido saltaría de la Aguja Espacial por esa razón?

Mi sonrisa creció.

—Matt.

Él pensaba que era estúpido. Matt pensaba que fue una presión emocional para que yo aceptara ser su novia. Yo pensaba que era increíble, que marcó un capítulo en mi vida y lo tituló: «El día que el

amor de mi vida saltó de la Aguja Espacial por mí».

—¿Quién demonios es Matt?

—¿Quién crees que es Matt?

Él lo sabía, pero no quería decirlo.

—Un estúpido que hace cosas estúpidas—respondió en cambio.

Fue mi turno de reír a carcajadas, pero llena de sarcasmo.

—Un estúpido que hace cosas estúpidas *por mí*—repliqué, cortante—. Un estúpido que hace cosas estúpidas que tú *jamás* harías.

Oliver me contempló muy serio. La sonrisa se había borrado en su totalidad tras no poder contraatacar con nada que funcionara. Finalmente se había dado cuenta que no ganaría tan fácil este juego.

—¿Y te digo algo más?—me zafé del agarre de su mano—. Me hizo volverme estúpida para él también. Me hizo volver a creer en el amor, la felicidad y las cosas que de verdad importan.

Tiré la puerta, que estaba medio abierta, hacia adelante. Y abandonando finalmente ese automóvil y esa pesadilla, le dije:

—Se acabó tu tiempo, *Ollie*.

Tras el portazo que di a mis espaldas, me dirigí sin mirar atrás hacia la entrada principal de la mansión. De *mi* hogar. Me sentía como la vencedora más grande de este planeta y todos los demás planetas del sistema solar. Era «Emma-Star-Lord», la nueva «guardiana de la galaxia», quien no era un héroe ante los ojos de los demás, pero salvaría a quien fuese con tal de hacer el bien.

Porque eso era exactamente lo que merecía Matt.

Y lo que merecía yo también.



Pegué un salto asustada cuando entré a la Mansión Sinclair.

En el recibidor, con una cara de póquer, estaba Isabella parada esperando, obviamente, una explicación. Estaba sola, porque Joseph seguramente había decidido respetar mi privacidad.

Apenas entré empujó mi pecho hacia atrás.

—¡Oye!—me quejé.

—¡Ése era tu ex-novio!—espetó furiosa—. ¿Por qué aceptaste venirte de regreso con él después de lo que te hizo? ¡Habla ya!

Como dije, la futura Sinclair era demasiado astuta.

—¡Cállate! ¡Alguien puede oírte y malinterpretado todo!— repliqué, perdiendo la paciencia con ella—. Fue una coincidencia que nos encontráramos en el aeropuerto, ¿de acuerdo? A la última vez que quiero ver en este universo es a él.

Isabella soltó una risa socarrona.

—¿Y qué con lo de «dijiste media hora, cumple tu palabra»—bajó el tono de voz—. ¿Acaso crees que soy una idiota?

Abrí la boca.

—Ni se te ocurra responder, Emma. Era una pregunta retórica.

Exhalé, derrotada. Isabella tenía razón, a ella jamás podría ocultarle nada. Ni tampoco debía hacerlo. Era como mi madre, siempre buscaría darme el mejor consejo para que yo estuviese bien. Aunque posiblemente ya me habría librado de Oliver, ella se merecía que fuese honesta.

—De acuerdo, tal vez hemos hablado un par de veces estos días, pero...

—¡Emma Rosalie Bennett!—me interrumpió, agobiada—. ¿Matt sabe de esto?

Negué, lentamente, con la cabeza.

—Oh por Dios, Emma. No puedo creerte ahora mismo.

—Pero le diré, juro que le diré cuando regrese.

Se llevó los dedos a su cabello para peinarlo hacia atrás. Se veía tan desilusionada de mí que sentí un gran estrujón en mi corazón.

—No, Emma, así no se hacen las cosas—me dijo, serena, pero apesadumbrada—. Estás jugando con fuego. Uno muy peligroso y ardiente que no solo te quemará, sino que te dejará unas cicatrices espantosas.

—Isabella, sé lo que estoy haciendo. ¿Por favor confiarías en mí?

—No, Emma—frunció el ceño—. Eso no es justo para Matt y de verdad me gusta mucho él para ti. Y si el problema es que él no te gusta para ti entonces deberías decírselo, porque como vas, les estás dando falsas esperanzas.

—¿Falsas esperanzas? ¡Lo quiero, Isabella! ¡Quiero a Matt!

—Entonces detén esto ya mismo antes que se ponga peor—apretó los labios—. Mentir a las personas que quieres es asesinar a sangre fría la confianza entre ambos. Así que dile ya o...

Se calló, algo arrepentida de sus palabras tan secas.

—¿O qué?—la presioné, alarmada.

—O yo le digo.

Sabía exactamente lo que intentaba hacer Isabella. Sabía que no tenía intención de delatarme, pero de hacer una presión emocional sobre mí para que hiciera lo correcto. Sin embargo, este no era su asunto, yo era una adulta y tenía derecho a llevar las cosas a mi manera, como creyera que era mejor.

—Tú no harías eso—repliqué, furiosa, tras su actitud tan mandona.

—Juro por mi boda que lo haría.

¿Por su boda? Maldición, hablaba más en serio de lo creía. ¿Pero realmente se atrevería? ¿Realmente Isabella sería capaz de delatarme sabiendo que pondría en riesgo mi relación con el amor de mi vida?

—*¡Querida! ¡Llegaron los decoradores!*—resonó la voz lejana de Joseph irrumpiendo en la tensión—. *¡Y trajeron los manteles blanco marfil que tanto te gustan!*

—*¡Ya voy querido!*—Isabella pretendió dulzura—. Hago esto por tu bien, Emma. Dile o yo lo diré a Matt lo que sucedió hoy.

Mis ojos se cristalizaron. No podía creer que Isabella realmente me estuviera poniendo en esta posición. Se suponía que era mi mejor amiga, mi hermana. Debía apoyarme por sobre todas las cosas.

—Vas a arruinar todo—le dije, desilusionada—. ¿Serías capaz de eso? Lo quiero, Isabella. Quiero de verdad a Matt. Estoy locamente enamorada de él.

De repente, la figura de Joseph se reflejó en el recibidor.

—Querida—dijo—. Te necesitamos en el jardín, solo tienen dos horas para nosotros.

Los centelleantes ojos azules de Joseph se fijaron en Isabella y luego cayeron en mí. Debía estar tan confundido porque Isabella y yo nos mirábamos como si fuésemos las rivales de una terrible película.

—¿Está todo bien?—preguntó él confundido—. ¿Están peleando de nuevo? ¿Debería llamar al psicólogo de la familia para que tengan una sesión terapéutica con él?

—Todo está perfecto, mi amor—respondió Isabella pasándome de largo—. Vayamos a ver esos hermosos manteles.

Se fue, sin decir más nada, dejándome desconcertada y desilusionada por tanta tensión entre nosotras. No sabía si lo que acababa de suceder se podía catalogar como una pelea, pero nunca habíamos

tenido tanto roce.

—¿Está todo bien, Emma?—me preguntó Joseph inseguro. No era tonto, sino muy perceptivo.

—Todo está bien, Joe—pretendí sonreír—. Nos sincronizamos en nuestros días rojos, ambas estamos muy emocionales.

Joseph asintió, pero supe que no me creyó del todo.

—Claro—dijo—. ¿Quieres venir a ayudarnos con la decoración? Tu ojo creativo nos vendría bien como siempre.

—Sí, los alcanzo en un minuto.

Joseph asintió y se fue posiblemente sabiendo que nada estaba bien, pero respetaba tanto la privacidad de los demás que nunca más me tocó el tema.

«¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!», mi móvil estalló en notificaciones en mi cartera. Lo saqué y agradecí por un par de mensajes que calmaron mi turbado corazón:

MATT:

Píldora azul. Recuerda partirla a la mitad.

MATT:

Tómatela antes de que la aeromoza se dé cuenta que activé la señal de mi teléfono. Fue muy clara en que hay turbulencia y que no debemos encender nuestros teléfonos.

MATT:

Demonios, se dio cuen-skjgdlfhgkdf

Me reí con melancolía. Mi futuro prometedor era lo más tierno que existía en este planeta. Hasta podía imaginar perfectamente lo que sucedió en el avión:

«¡Señor! ¡Estamos pasando por una turbulencia! ¡No puede usar su teléfono!», regañaría la aeromoza intentando quitarle el teléfono.

«¡Señorita, no! ¡Por favor! ¡Estoy recordándole a mi novia con gripe que se tiene que tomar una medicina muy importante o sino se pondrá peor!», exclamaría Matt como si de eso dependiera que el planeta siguiera girando.

«¡Estoy segura que su novia con gripe se puede cuidar sola!», insistiría la aeromoza finalmente quitándole el teléfono de las manos.

«¡Claro que puede, pero él se quiere hacer pasar por el súper novio!», comentaría Jane aportando nada positivo a la discusión.

«¡Ping!», me entró otro mensaje:

JANE:

¿Te tomaste la píldora?

Era un genio. Mi novio era sencillamente increíble.

EMMA:

¿Estás escribiéndome desde el teléfono de Jane porque te quitaron el tuyo?

JANE:

Tal vez :)

EMMA:

No puedo creerte.

JANE:

Tómate la píldora. Me quedo aquí hasta que te la tomes, Jane está distrayendo a la aeromoza.

EMMA:

Entonces no pienso tomármela.

JANE:

Bien, que se caiga el avión.

EMMA:

Qué bien que tienes tu equipo de paracaidismo contigo ;)

JANE:

Tómate la píldora ya, Emma.

¿No entendía que la píldora nos mantenía comunicados? No me importaba que se cayera el avión con tal que me siguiera escribiendo mientras descendía con su lujoso equipo de paracaidismo. Con suerte

caería en Los Ángeles y podría ir a buscarlo cuando aterrizara.

Rindiéndome, porque mi parte madura en realidad no quería que se cayera el avión, saqué de mi cartera la píldora azul de la que Matt hablaba. La partí a la mitad y la tragué sin inconvenientes.

EMMA:

Listo :(

JANE:

¿Segura? Espero que no me estés mintiendo.

EMMA:

Qué ridículo eres, ¿cuándo te he mentado en algo?

Mi conciencia pateó mi cerebro. Me recordó, con dolorosos golpes, que en verdad le estaba mintiendo con todo el asunto de Oliver y me hizo sentir terrible al respecto.

Un segundo. ¿«Conciencia»? ¿Se acababa de manifestar un cuarto álgter ego macabro? ¡No juegues! ¡Qué infierno era mi cabeza!

JANE:

Nunca.

JANE:

Por eso te quiero :)

Recibí otras tres patadas por parte de mi conciencia que me hicieron gritar del dolor punzante en mi interior. Y yo que creí que mi subconsciente era violenta.

El temblor se apoderó de mi cuerpo entero, provocándome un mareo tan abismal que tuve que sentarme en uno de los escalones que conectaban con el segundo piso.

EMMA:

Yo te quiero más.

«¡Mentira! ¡No lo quieres! ¡Si lo quisieras no le mentarías de esta manera! ¡Vas a matar la confianza tan pura que hay entre ambos!».

JANE:

Lo dudo, pero podemos discutirlo
cuando regrese. Besos, mi amor :)

Perdí el control y se me escapó una lágrima de la culpa que sentía. Matt no se merecía esto. Era lo mejor que me había pasado en la vida. No se merecía que lo engañara de esta forma.

Podía ser tan sencillo como decir que hablé un par de veces con mi ex-novio y lo mandé a volar, pero en el fondo sabía que eso significaba algo mucho más allá. No me había atrevido a contárselo a Matt y eso, de alguna manera, infringía nuestro trato de las diez reglas de felicidad, que en primer lugar empezamos a hacerlo para que superara a Oliver. No solo eso, estábamos iniciando una relación amorosa, se merecía que yo le contara todo esto que podía ocasionar problemas entre nosotros en un futuro.

Emma-Stard-Lord estaba fallando en su misión.

Emma Bennett podría arruinarlo todo.

Emma era una mentirosa.

Dicen por ahí que «aquel que dice una mentira no sabe qué tarea ha asumido, porque está obligado a inventar veinte más para sostener la certeza de la primera».

Yo ya llevaba veintiún mentiras.

Y tenía un muy mal presentimiento de la veintidós.

Responsabilidades

Salubridad llegó el viernes por la mañana.

Y el vestido de novia de Isabella también.

Supe que salubridad estaba en nuestra casa porque mientras dormía apaciblemente y soñaba que Matt me besaba, el ensordecedor sonido de unas máquinas fumigando el jardín me despertaron.

Exhalé. Jane se tomó demasiado en serio lo de los *Aedes Aegyptis*.

También supe que el vestido de Isabella estaba aquí porque escuché un portazo en mi dormitorio seguido de...

—¡MI VESTIDO ESTÁ AQUÍ!

Sus gritos, acompañados de pequeños brincos de canguro, se adentraron a mi habitación envenenando todo el maravilloso ambiente de paz que reinaba.

Saltó hasta mi cama y arremetió contra mi indefenso cuerpo humano agitándolo como si yo fuese una muñeca de trapo. Yo, naturalmente, reaccioné bajo mi para nada carácter malhumorado mañanero:

—¿QUÉ DEMONIOS ESTÁ MAL CONTIGO?

Se rió como inepta, me arrebató la sábana, abrazó, rodamos por la cama y caí al suelo ocasionando un estruendo en el segundo piso.

—¡Mierda, Isabella!

Todavía sonriente, se asomó a través del límite del colchón:

—No uses esa palabra, querida, a Matt no le gusta.

—¡Matt no está aquí!

—Qué importa, cuando vayas a decir una de tus palabrotas, piensa que a él no le gusta.

Gruñendo, me levanté de mala gana y acosté a su lado.

—No seas tonta, le gusto tal y como soy.

Isabella, todavía riéndose, negó repetidas veces con la cabeza y rodeó mi cuello con sus brazos dándome un abrazo muy pegajoso. Tal parecía que lo del vestido la tenía tan contenta que se había olvidado de la rabieta de ayer.

—No se trata de eso, amiga—dijo, recostando la cabeza sobre mi

hombro—. A los chicos les gusta que nos comportemos femeninas de vez en cuando. Ya sabes... ser refinadas, usar un atuendo que marque nuestras curvas, peinarnos distinto de vez en cuando. A Joseph le encantan todas esas cosas.

Traté de quitármela de encima porque me sentía un poco asfixiada. Fue raro darme cuenta que, de alguna forma, quedé comparando su abrazo con los de Matt: con él nunca me sentía asfixiada, todo lo contrario, siempre quería más.

—Te equivocas, Matt es distinto.

—¿Distinto?

—Sí—me encogí de hombros—. Es real.

Isabella arqueó una ceja.

—¿Dices que mi prometido no es real?

—Joseph es muy real, pero Matt es distinto.

No me di cuenta el momento en que empecé a sonreír, pero supuse que era algo normal. Pensar en Matt hacía que todo en mí se estremeciera.

—Él no cree en esas cosas mundanas—expliqué—. Cree en la belleza interior y siempre destaca la parte buena de las personas...

Isabella me miraba con atención, júbilo, como si le estuviese contando una hermosa historia de amor con el más maravilloso final feliz.

—...Vio lo mejor en mí y no juzgó lo peor—suspiré—. Matt es real.

—Oh por Dios, tus ojos brillan—me señaló con un dedo—. Emma Rosalie Bennett, estás tan enamorada.

¿Enamorada? No, enamorada era poco. Sentía que el descarado de Cupido me había clavado cinco mega flechas con el nombre «Matthew Allan Sinclair» inscritas en ellas y aunque me clavara una flecha hacia una persona distinta, sería en vano.

Sin embargo, tampoco era que me sentía con la confianza suficiente para andar gritándolo a los cuatro vientos, así que agarré la sábana, me cubrí y le di la espalda a Isabella pretendiendo ser indiferente, cuando todo mi cuerpo se sentía caliente por la vergüenza.

—Lo que sea—cambié de posición, dándole la espalda a Isabella—. Ya véte de mi cuarto, todavía me quedan un par de horas más para dormir.

Isabella respondió algo, pero mi mente lo procesó como contenido

de relleno irrelevante porque me estaba quedando dormida de nuevo. Justo cuando estaba por empezar a soñar que Matt me abrazaba, los gritos de Isabella volvieron a atormentar mi cabeza.

—¡EMMA!—exclamó y empujó mi cuerpo tan bruscamente que volví a caer como peso muerto en mi alfombra.

—¡Por amor a Dios!—me paré de golpe, cabreada—. ¿Y ahora qué?

Vi a Isabella en un ángulo contrapicado. Su sonrisa creció.

—Vamos a ver mi vestido de novia.

Era todo, no podría dormir más.



Joseph abandonó su dormitorio en el mismo instante que nosotras nos adentramos a él. Usando la excusa: «iré a ver los malabares de Edward con el desayuno de hoy», salió disparado como un cohete.

A mí no me engañaba con esa excusa. Los días de malabares de Edward con la comida eran los sábados, no los miércoles. Para mí que vio a Isabella con la enorme caja de su vestido de novia y supo enseguida que no quería involucrarse con eso, por lo cual no lo culpo, pues si yo hubiese podido, hubiese hecho lo mismo.

Sobre la cama de la pareja comprometida, Isabella dejó reposar la caja rectangular cuyo interior salvaguardaba el vestido. Le quitó la tapa y lo sacó mientras yo me acosté en una esquina de su cama.

—No te atrevas a dormirte.

Cerré los párpados solo un segundo.

—Sabes que no quiero ver tu vestido—discutí—. Te vi con esa cosa puesta como cinco veces...

—Porque es...

—...antes de conocer a Joseph—terminé.

—Pues todos soñamos con casarnos—intentó defenderse.

Abrí un ojo.

—También te lo mediste tres veces más una semana después de haber conocido a Joseph.

Isabella se quitó la pijama de lino, me la tiró en la cara y se rió.

—Es que desde que lo conocí supe que era el indicado.

Me quité las prendas de la cara.

—Y luego de comprometerte, te lo has medido cuatro veces más. Ésta sería la quinta vez.

—Porque llegó mi momento.

Solté un largo bostezo, me acomodé en el colchón y noté que mi móvil cayó sobre él. Me dio tanta pereza recogerlo que decidí dejarlo ahí.

Entretanto, Isabella se llevó el vestido a su pecho para abrazarlo y dio dos giros en su lugar haciendo un baile ridículo que me sacó una pequeña risa. Lo cierto era que aunque me gustaba fastidiarla, estaba muy feliz por ella. Feliz, orgullosa y agradecida.

Ella fue la única persona que creyó en mí cuando recién llegué a Los Ángeles. La que me sacó de la oscuridad en la que me encontraba sumergida. Alguien que me quiso tanto que me trajo a vivir al lugar donde conocí al amor de mi vida.

—¿Puedes creer que me caso este sábado?—dijo, bajando despacio la cremallera del vestido e introduciendo sus pies en él—. Ni siquiera me siento nerviosa, ya quiero que llegue el día.

Yo también, pero no tanto por la boda, claro. Sino porque me estaba haciendo mucha falta mi futuro prometedor de ojos azules que tan pronto volviera sería mi presente prometedor.

—Isabella Olsen se convertirá en Isabella Sinclair—dijo emocionada—. Suena tan bien.

Unas vibraciones al lado de mi barriga desadormecieron mi perezoso cuerpo humano.

—Cuando te cases, lo entenderás, Emma.

Eché un vistazo a mi móvil. Las vibraciones se detuvieron.

«¡Plug!», un sonido de notificación distinto al tradicional se robó mi aliento. Ese sonido solo podía pertenecer a una aplicación de mi teléfono que trascendía todas las fronteras: la de videollamadas.

Alcé mi cuerpo de un tirón para arrastrarme desesperadamente hasta el móvil y leer lo que se desplegaba en la pantalla:

MATTHEW SINCLAIR:

Despierta, mi amor, soy yo llamando :)

Oh...

—Sí, lo voy a entender cuando me, cuando... eh, sí—balbuceé,

dando un brinco fuera de la cama—. En fin... ¡ADIÓS!

Apresurada, le pasé de largo a Isabella y salí de su habitación. Le estaba costando ponerse el vestido, pero ni siquiera me preocupé por eso porque ahora tenía una misión más importante: saber de mi novio.

—¡Oye!—la escuché desde el pasillo—. ¿A dónde crees que...?

Pero yo corría más veloz que la luz, lo que quizás no fuese posible para la Emma del planeta Tierra, pero sí para Emma-Star-Lord.

Llegué hasta mi dormitorio, tiré la puerta hacia atrás y fui directo hacia el escritorio donde descansaba mi laptop, ese artefacto divino que una vez lo encendiera me permitiría ver virtualmente al amor de mi vida.

Apenas se encendió la pantalla, apareció un cuadro de diálogo de mi aplicación de videollamadas que decía: «Matthew Sinclair llamando».

—Contestar, contestar, contestar—sonriente, presioné el botón que daba inicio a la videollamada.

Tumbé mi cuerpo hacia atrás para sentarme en la silla que, por desgracia, no me había percatado que no estaba detrás mío.

—Holaaa...¡aaaaaAAAAA!

Caí de espaldas contra la alfombra como la soqueta que mi subconsciente decía que era, lo cual, por esta ocasión (y quizás muchas más), no lo negaría.

—¿Qué hay mi am...?—la voz melodiosa, pero confundida de Matt, alegró mi mañana, aunque sea que estuviese desayunando alfombra—. ¿Emma?

Me puse de pie de un salto.

—Hola—le dije, arrastrando la silla hasta mí para sentarme en ella.

—¿Te acabas de caer de espaldas?

Bufé, peinándome el cabello con los dedos.

—No.

La imagen de Matt en la pantalla, atacándome con su arma mortal, me hizo querer tener superpoderes para transportarme hasta Alemania y abrazarlo hasta dejarlo sin aire.

—Alguien está muy emocionada de verme.

Definitivamente el ego lo acompañaba hasta Europa.

—Y alguien está en su nube volando más alto de lo normal—contraataqué.

Matt, a diferencia de mí, no se veía recién despierto ni vibrante, sino todo lo contrario. Su rostro denotaba un profundo cansancio. Traía una sudadera gris y la capucha puesta, lo cual le atribuía esa faceta de chico juvenil que tanto amaba, pero también me daba a entender algo: estaba muy frío allá.

Si en Los Ángeles eran aproximadamente las 10 de la mañana, entonces quería decir que en Berlín eran las 10 de la noche. ¡Pobre!

—¿Soy yo que estoy muy enamorado o en verdad te ves preciosa hasta en pijama?

Mi rostro entero se calentó y ni siquiera me inmuté en tratar de controlarme. Desde que me confesó sus sentimientos por mí, solía halagarme cada vez que tenía la oportunidad. Aún no me acostumbraba, pero tampoco era que me molestaba.

—Eres tú que está muy enamorado—repliqué—. Enamorado y ciego, de seguro.

Guiñó un ojo.

—Ciegamente enamorado, prefiero decirle.

«Ah... me derrito».

—¿Qué hay de nuevo, linda?—preguntó, echando su cuerpo a un lado, lo que me permitió examinar la arquitectura de la habitación.

Se encontraba, por obvias razones, en un refinado dormitorio con una cama perfectamente arreglada y encima del respaldo de la misma, había un lienzo rectangular con unos trazos coloridos que conformaban una maravilla abstracta.

Emil Nolde, pintor expresionista alemán. No había duda que tan alucinante pintura abstracta pertenecía a él.

—Ah, ya sabes, un poco de esto, un poco de aquello, un poco de Emma-Star-Lord.

—¿Emma-Star-Lord?

—Sí, salvando galaxias y eso.

Matt se rió a carcajadas, contagiándome con su euforia, lo que me hizo reír a mí también.

—Cielos, Emma, te extraño tanto—reveló, recuperando su compostura, pero robándose la mía.

—Lo sé, Alemania debería explotar.

Asintiendo, se puso de pie. Desapareció un momento de la pantalla, pero al volver, traía un objeto brillante en su mano que mostró a

la cámara web.

—Mira lo que conseguí para ti.

Lo miré con detenimiento. Parecía un cuarzo gigantesco, blanquecino, pero con detalles naranjas y verdes. Supe exactamente lo que era.

—¡Un trozo del Muro de Berlín!

—Sí, los venden en todos lados por acá, hasta en el aeropuerto.

—Dicen que los del aeropuerto no son genuinos.

Dejó el trozo a un lado y se volvió a sentar.

—Por supuesto que no lo son—respondió—. Por eso no lo compré ahí. Busqué alguna tienda de antigüedades en el mapa y fui con Jane ayer cuando llegamos.

Mi sonrisa creció.

—Suenas como una aventura.

—Lo fue—reforzó—. Con la ayuda de mi terrible alemán, le dije al dueño de la tienda que necesitaba un trozo del Muro de Berlín para mi novia. Le conté que te tenía muy lejos y que te extrañaba mucho. Creo que mi rostro de tristeza lo conmovió tanto que lo hizo darme un buen precio.

Qué lindo él usándome para conseguir descuentos.

—¡Me usaste para jugar con las emociones de otro!

—Y siempre que pueda, lo haré.

—*Guten Tagg*—una voz femenina hablando en alemán sobresaltó mi corazón—. *Sie, kit mir zu speeeisenn möchten.*

Mi sentido arácnido se activó.

—¿Qué es eso?—pregunté—. ¿Tienes un día fuera y ya me están siendo infiel?

Matt rió.

—No, mi amor, yo sería incapaz—replicó—. Es Jane, practicando su alemán. Tiene la esperanza que conocerá al amor de su vida mañana y se casará. Intenté convencerla de la locura que eso es, pero está muy embelesada con los alemanes.

Desactivé el sentido arácnido.

—*¡Maldición, qué lenguaje tan complicado!*—la voz común de Jane serenó mi celoso corazón.

Entonces se apareció en la pantalla asomándose a través del hombro de Matt.

—¿Qué hay, Emma?—dijo—. Juro que un Elvis gordo me casará

mañana, no estoy loca.

Parpadeé dos veces.

—Eh, eso solo sucede en Las Vegas, Jane.

—Te lo dije—me apoyó Matt.

Jane golpeó el hombro de Matt en signo de desesperación.

—¿De verdad?!—exclamó—. ¡Estoy perdiendo mi tiempo! ¡Estos alemanes no merecen mi esfuerzo! ¡Me voy a dormir!

Y desapareció, así sin más, de la pantalla.

Me concentré en Matt.

—¿Y tú? ¿Estás embelesado con las alemanas también?

Él frunció el ceño. No le agradó mi chiste.

—Lamento tener que recordarte esto de nuevo, pero.. No espera, no me molesta—dijo y fue al grano—: Mi corazón ya tiene dueña. Es una gran artista, tiene un humor de los mil demonios y vive conmigo.

—«Humor de los mil demonios»—citó—. Me halagas.

Un grito masculino que decía mi nombre repetidas veces hizo que saltara de mi lugar y saliera de la sesión de coqueteo con Matt.

—*¡Señoooooritaaaa Eeemmmaaa!*—sonó la voz cantada.

Miré a todas partes asustada.

—¿Escuchaste eso?—pregunté a Matt.

Él asintió con la cabeza.

Abandoné la conversación con Matt durante un momento para asomarme en la entrada de mi dormitorio. El resto se oyó más claro, lo que me permitió identificar a quién pertenecía la voz: Edward.

—*¡Señorita Emma! ¡Tiene un visitanteeee!..*

Me petrifiqué. ¿Un visitante? ¡Oh no! ¿Oliver se atrevió a venir a la Mansión Sinclair? ¿Sino quién? Yo prácticamente no tenía amigos en Los Ángeles.

—...*¡Y es muuuuuuy lindooo!*

¿Oliver lindo? No lo creo. ¿Y desde cuándo Edward tenía estas manifestaciones sexuales dirigidas a hombres? Que yo supiera él no andaba en esa onda.

—¡No puedo recibir a nadie ahora mismo! ¡Estoy ocupada!

Jadeando, volví al escritorio. En la pantalla de la videollamada, Matt, por alguna extraña razón, cubría su rostro con la palma.

—No era necesario que dijera que es lindo—comentó, descubriendo su rostro, que ahora se veía un tanto fastidiado.

¡Oh no! ¿Se habría enterado de todo?

—*¡Señorita Emma, su hermoso visitante se está poniendo muy ansioso!*

—¡Dije que estoy ocupada, Edward! ¡Estoy hablando con alguien mucho más importante y lindo que cualquier otro!—exclamé, convencida que mis cumplidos hacia Matt aplacarían el daño—. ¡Y que también se puede poner ansioso si me voy!

—Tranquila, ve a recibir a tu invitado—me dijo Matt increíblemente—. Te espero aquí—sonrió—. Y créeme, te esperaré.

¡Santo Cielo! Era todo. Era el fin de nuestra perfecta relación que apenas tenía un día y ni siquiera era nada formal porque Matt quería pedírmelo en una tercera cita. Sabía que todo esto era demasiado bueno para ser verdad.

Derrotada, decidí ir a la planta baja a enfrentar mis problemas. Sí, debía ser madura, mandar a volar a Oliver y contarle a Matt todo lo que había sucedido. Solo así me perdonaría.

—Edward—dije, a mitad de escaleras—. Sea quien sea, dile que no quiero saber absolutamente nada de él.

—¿Está segura, señorita Emma?

Me paré en seco cuando me percaté que Edward estaba parado en el recibidor, pero no era Oliver quien estaba a su lado, sino una maravilla de la naturaleza.

Un inmenso perro blanco con manchas marrones emitió un ladrido. Estaba sentado a la izquierda de Edward, con un lazo rojo amarrado a su cuello, moviendo su cola de lado a lado.

—¡OH POR DIOS!

El perro ladró.

Grité.

El perro volvió a ladrar.

Grité más fuerte.

Edward, que lo mantenía controlado con la correa, lo soltó permitiendo que tal belleza de cuatro patas se precipitara hasta donde me encontraba.

—¿Qué es esto?!—me agaché para recibirlo con brazos abiertos.

La criatura peluda sacó su lengua, que era proporcional a su enorme cuerpo y la deslizó a lo largo de mi rostro llenándolo de saliva, pero no me importaba. ¡Amo los perros! ¡Mi oscuro corazón se siente

enternecido por ellos!

Lo abracé, sintiendo su suave pelo rozar por mi mejilla, lo que me hizo apretarlo con dedicación. Olía muy bien, como a un perfume de niño. ¡Seguro era un niño!

—Esto venía con él—dijo Edward.

Me entregó una maleta color azul que tenía un pequeño trozo de papel amarrado con la misma cinta roja que adornaba al perro lanudo.

Agarré el papel y lo leí:

«Un perro fuerte para una chica fuerte»

-M.S.

Grité como loca.

El perro ladró.

Con la maleta en manos, volé escaleras arriba con el perro siguiéndome, como si se tratara de alguna clase de juego para él.

Pegué un brinco dentro de mi dormitorio.

—¿TE VOLVISTE LOCO?—grité a la pantalla.

Matt se reía a carcajadas, seguramente a causa de mis chillidos.

—Sí, desde que te conozco.

El perro se subió a mi cama sin dificultad y revolcó su colosal cuerpo entre las sábanas revolviéndolas más de lo que ya estaban. ¡Pero qué desordenado! Definitivamente éramos el uno para el otro.

—¿Qué se supone que es eso?!—señalé al can.

—Creo que le llaman «perro», ¿tú qué crees?

Grité, riéndome. Estaba experimentando una alegría tan genuina que me hizo ignorar por completo el chiste oscuro de Matt y correr a mi cama a revolcarme con el perro. Él, tan pronto sintió mi presencia, me siguió el relajo.

—Sabía que lo amarías—me dijo Matt—. Si me preguntas su raza, es un...—pausa—. En verdad no sé qué raza es.

Salté hasta la computadora.

—¿Qué importa! ¿Cómo se llama?

—Pues... no tiene nombre todavía.

—¿Cómo que no tiene nombre? ¡Es casi adulto!

—Todavía no lo es, lo rescaté hace más o menos seis meses—relató—. Era un pobre cachorro de un mes que alguien sin corazón

abandonó en la calle. Estaba muy enfermo, desnutrido, pero tenía muchas ganas de vivir. Así que lo llevé a mi fundación donde lo sanamos, cuidamos y ahora está listo para formar parte de una familia.

—¿Se quedará en nuestra casa?!

—Vaya, creo que no fui claro en mi nota—replicó, divertido—. Sí, se quedará con nosotros. En su registro aparece que lo adoptó una joven preciosa llamada Emma Bennett.

—¡No te creo!

Grité con toda la felicidad que me consumía.

El perro sin nombre ni raza ladró.

Este parecía que sería nuestro patrón de ahora en adelante.

—Sorpresa, mi amor.

De pronto, las revoluciones en mi interior descendieron. Un golpe de realidad me llenó de incertidumbre.

—Espera un momento—dije—. No puedo hacerme cargo de él.

Las cejas de Matt se arquearon.

—¿Por qué no?

—Seamos honestos, Matt—di un hondo respiro—. No puedo ni cuidarme a mí misma, ¿cómo crees que haré para cuidar a otro ser vivo?

—Me alegra que te hayas...

La pantalla de la videollamada se tornó negra en su totalidad, interrumpiendo a Matt. Parecía como que la luz del lugar donde estaba se había apagado y lo comprobé cuando...

—¡JANE!

—*¡No puedo dormir con todas esas risas, gritos, ladridos y coqueteos en el dormitorio! ¡Vete afuera o ponte los audífonos!*

—*¡Tengo mis audífonos puestos!*

—*¡Entonces dile a Emma que deje de gritar tanto!*

No veía a ninguno de los dos, pero era imposible no reconocer sus voces.

—*¡Emma puede gritar todo lo que quiera!*

—*¡Oh, lo siento, señor enamorado!*

—*¡Es todo! ¡Te vas tú!*

Hubo un silencio. Uno muy perturbador en el que el perro sin nombre ni raza dejó de revolcarse en mi cama, se bajó y terminó acostado en mis pies. Era muy raro, no teníamos ni la hora juntos y ya sabíamos que nos pertenecíamos.

—*No, no, no... ¡MATT, NO! ¡MATT!*

—*¡Vaya, vaya! ¡Alguien está pesada!*

¡BAM! Estalló un portazo en mi bocina.

Retornó la luz a la pantalla de la videollamada.

—Como te decía...—mi futuro prometedor apareció agitado. La capucha de su abrigo caía detrás de su cabeza—. Ese amigo que acabo de obsequiarte no es solo una mascota, sino una gran responsabilidad. Tú misma lo has dicho: no sabes ni cuidarte a ti misma. Me encanta cuidar de ti, pero es algo que debes aprender a hacer por tu cuenta también. Así que toma esto como una lección sobre responsabilidad.

Con que lección sobre responsabilidad. Ya estaba viendo que Matt sería quién quedara a cargo de nuestra mascota.

—*¡MATT, ESTÁS TAN MUERTO!*

Ignoramos los chillidos de Jane.

—¿Es la regla número diez?—pregunté.

—¿Disculpa?

Sentí una respiración débil en mi pies. El perro sin nombre ni raza se había quedado dormido.

—Todavía te falta mostrarme la décima regla estúpida de felicidad, pensé que era ésta—me encogí de hombros.

—*¡MATT, ABRE LA MALDITA PUERTA!*

—Eh...—balbuceó Matt—. Claro, tienes razón. Supongo que estaba tan concentrado intentando conquistarte que olvidé nuestro trato. ¿Qué te parece si te la muestro en nuestra tercera cita? Amarás el lugar al que te voy a llevar.

Asentí, mordiendo mi labio inferior. Estaba segura que sería una sorpresa alucinante, porque todo lo que hacía Matt no era de este mundo, pero ni siquiera sentía curiosidad al respecto. Solo quería que volviera pronto para que pudiésemos estar juntos.

¡Vaya! ¿En verdad estaba en ese punto?

Justo cuando estaba por auto-felicitarme por mi madurez emocional, resonaron en la bocina de mi laptop las palabras que no quería escuchar:

—Lo siento, mi amor, debo irme ya.

Bajé la cabeza, triste. Había sido muy poco tiempo.

Me prohibí a mí misma extrañarlo, pero ya no podía seguir negándome la realidad. Lo extrañaba mucho, aún cuando solo había

pasado un día.

—Pero tú concéntrate en buscarle un nombre fabuloso al nuevo integrante de la familia—prosiguió—. Y usa el kit, ¿de acuerdo?

—*¡MALDITA SEA, MATT!*—Jane no se rendiría—. *¡Abre la puerta o empezaré a gritar cosas vergonzosas sobre ti y sabes que conozco muchas! ¡Estoy segura que a Emma le encantará escucharlas!*

¿Quién era yo para decir que no?

Matt puso los ojos en blanco.

—¿Qué kit?

—La maleta azul que venía con tu regalo. Es el «kit del perro de Emma». Por favor úsalo, tiene todo lo que necesitas para cuidar a nuestra mascota hasta que regrese.

«Nuestra mascota». Estábamos adquiriendo compromisos compartidos y me sorprendía cuán poco me asustaba.

—*¡Última oportunidad, Matt!*

—Estaré de vuelta en dos días—Matt continuó ignorando a Jane—. Hasta entonces, por favor no permitas que el perro muera.

—¡Oye!—me quejé.

—Y... ¿Emma?—dijo, con una pausa de por medio, en la que le presté especial atención—. Te quiero y extraño con todo lo que tengo dentro de mí.

Sonreí como estúpida, ruborizándome de paso también.

—Vaya que amo esa sonrisa—siguió en su misión de avergonzarme.

Su nube mágica voladora se posó al lado mío invitándome a subir, pero el perro sin nombre ni raza se la comió antes que pudiera acceder.

No, en realidad lo que nos interrumpió fueron los gritos de Jane.

—*¿Pero qué es esta memoria viniendo a mi mente?!—sonaba macabra—. ¡Son mamá, papá, Matt, Joseph y Jane hace diecisiete años en la playa! ¡Y una medusa picando el pie del pequeño Matty!*

El semblante de Matt denotó terror. Yo estallé en una carcajada.

—*¿Y qué fue lo siguiente que ocurrió?!*

—Nos vemos en dos días, mi amor.

Matt estaba a punto de finalizar la videollamada, pero lo detuve.

—¡Espera! ¡Quiero oír esto!

—*¡Claro! ¡Los hermanos salvadores Jane y Joseph orin...!*

«La videollamada ha finalizado», apareció en mi pantalla, pero no

dejé de reír hasta que mi estómago exigió compasión.

Sequé unas pocas lágrimas que habían emanado de mis ojos, atendiendo un mensaje que emergió de la pantalla de mi laptop:

MATTHEW SINCLAIR:

No estás lista para oír el resto de la historia :(

EMMA BENNETT:

Sabes que te torturaré hasta que me lo cuentas >:)

Matt no respondió. Conociéndolo, debía estar dándole un sermón a Jane sobre por qué no es correcto interrumpir en las conversaciones de otros, menos si se trata de una pareja enamorada. A veces parecía mayor que ella.

Fui a acariciar una última vez a mi perro sin nombre ni raza que estaba profundamente dormido en mis pies hasta que... ¡Pam! Se escuchó un golpe en mi escritorio que nos asustó a los dos.

La imagen de la futura Sinclair con su vestido puesto hasta las caderas, pero su sostén al descubierto, y un rostro de pavor se materializó frente a mí.

—Tenemos un problema—enunció.

Y con eso supe que ya no podría seguir pensando en Matt ese día.



Sentada en el centro de mi cama, con mi perro sin nombre ni raza tumbado a mi lado, me entretuve sacando todas las cosas lindas que estaban dentro de la maleta que Matt había denominado como «El kit del perro de Emma».

Isabella, en cambio, no se veía tan entretenida como yo. Caminaba de lado a lado, desesperada, porque la cremallera de su vestido no cerraba.

Yo insistía en que lo dañó de tanto medírsele, pero ella alegaba que estaba maldita con un par de libras más.

—¿Cómo paso esto?—cuestionó, como si fuese el fin del mundo.

—No sé, la gente sube de peso, son cosas que pasan—dije, sacando una pañoleta roja de la maleta—. ¡Oh! ¡Mira! ¡Trajo una

pañoleta!

¿Era tan obvio que no me importaba nada que tuviera que ver con su boda?

—Matt no debió regalarte ese perro—replicó Isabella—. No eres para nada responsable, esa pobre criatura se morirá.

Fruncí el ceño. ¿Por qué nadie confiaba en mí?

—De hecho, precisamente por eso me lo regaló, intenta enseñarme una lección sobre responsabilidad—contraataqué sacando un tazón rojo, grande y hondo—. ¿Crees que tenga sed?

Isabella me dijo algo, pero no la oí, porque fui al baño con el tazón, lo llené de agua y lo traje de vuelta a mi cama.

—Ven, bonito, ven—llamé a mi perro, ubicando el tazón en el suelo. El perro saltó hacia el tazón y lo lamió, dejando ver cuán sediento estaba—. Qué hermoso eres, ¿cómo debería llamarte?

Isabella gruñó a mis espaldas.

—¿Podríamos por favor enfocarnos en el problema de mi vestido? ¿Por qué esto no me queda como antes?

—¿Y yo qué demonios sé? ¿Soy tu sastre ahora o qué?

—¡Ayúdame!

Pidiendo paciencia al Cielo, me dirigí hacia Isabella. Agarré una parte de la parte de atrás del vestido y también la cremallera.

—Vamos... sube—tiré hacia arriba con firmeza.

No subía. Y el problema no era el vestido ni la cremallera, sino Isabella. O le tomaron mal la talla o subió de peso.

Antes de alarmar más a la futura Sinclair, hice un segundo intento. Después de todo era su madrina de bodas y debía velar por su bienestar, especialmente el emocional. Eso y que no me dejaría en paz hasta que resolviéramos esto.

—Vamos...—tiré hacia arriba—. ¡VAMOS!—impuse resistencia, pero estaba imposible, así que solté el vestido, rindiéndome—. Lamento informarte que estás gorda.

—¿QUÉ?

—Que estás g-o-r-d-a—repetí más despacio—. No me digas que la gordura te está afectando el oído también.

Se giró hacia mí. Creí que me mataría por siempre salirme de la tangente con mis comentarios oscuros, pero en cambio, soltó un gemido de horror.

—Oh por Dios, Emma—se llevó una palma a la frente—. ¿Qué día es hoy?

Desganada, me encogí de hombros.

—No sé, perdí la noción del tiempo desde que Matt se fue.

Los ojos de Isabella se vieron como dos platos.

—No puede ser.

—Lo sé, no debió irse—dije, triste—. También he perdido un montón de veces en el videojuego de los extraterrestres. Ah sí, y las terribles películas de romance son más divertidas cuando él llora viéndolas.

Isabella me dio la espalda.

—¡EDWARD!—su voz demandó consternación.

¿Y ahora qué le había picado a esta mujer? Esta boda la estaba sacando totalmente de sus cabales. Si todos íbamos a quedar dementes por casarnos, mejor que nadie se casara en la vida.

Edward, contagiado por el pavor de Isabella, llegó a mi dormitorio, jadeando y luego adoptando una postura militar.

—¿Señora?

Pobre hombre. Apostaba que quería formar parte de una familia normal, no de este escuadrón de dementes.

—Edward—Isabella agarró los hombros del inocente mayordomo—. Te pido esto a ti porque te tengo mucha confianza. Necesito que hagas algo por mí.

La cara de Edward no tuvo precio.

—Lo siento, señora, pero respeto mucho al señor Joseph y no estoy dispuesto a...

—¡ESO NO!

—¿Saben?—intervine—. Si Matt estuviera aquí, se estuviera riendo de esto conmigo, pero como no está, no me reiré.

Edward e Isabella me ignoraron.

—¿Qué necesita, señora?

Isabella se mordió el labio. Clavó sus grises iris en mí, luego en Edward y finalmente en mi cachorro que seguía bebiendo agua de su tazón.

Aquí venía la bomba.



Una hora más tarde, me encontraba sosteniendo un pequeño artefacto rectangular de plástico que era mitad blanco y mitad púrpura. En el medio tenía una pequeña pantalla en blanco.

—Mierda—solté la grosería, que se perdió prontamente en un eco dentro de mi baño.

Alcé el artefacto rectangular en el aire. Isabella y yo, sin saber qué rayos hacíamos, ladeamos la cabeza, examinándolo.

—Deja de decir esa palabra tan horrenda.

—Pero no entiendo ni qué vemos.

—Busca las instrucciones.

Obedecí. Me agaché para rescatar la caja del artefacto, que previamente había tirado porque no pensé que fuéramos a necesitarla.

La caja era blanca y en la portada tenía una tipografía cuyo mensaje estaba más claro que el agua para todo aquel que supiera leer: «Prueba de embarazo en un minuto».

—¿Qué dice?—me preguntó Isabella temblando.

Saqué un papel de la caja el cual leí textualmente.

—«Estás usando esta prueba porque seguramente presientes que estás embarazada»—sonreí con lo siguiente—: «¡No te asustes! El embarazo es una hermosa etapa en la vida de una mujer que...»

—¡LEE LAS INSTRUCCIONES, EMMA!

Borré la sonrisa automáticamente.

—Voy—le di la vuelta al papel—. Debes orinar en esta cosa.

—¿Qué cosa?

—El palito de...

—¡Por amor a Dios, Emma! ¡Se más clara!

Me cabreé. Ay, perdonen mi francés, quise decir que me salí de mis casillas.

—¡Orinas aquí y esperamos hasta que salga algo!—le lancé el artefacto.

—¿Qué debe salir?!

Ella preguntaba como si mínimo yo fuera una experta en el tema, porque oye, yo me hacía una prueba de embarazo todos los días.

Retorné al papel de las instrucciones.

—Una raya para negativo, dos rayas para positivo—expliqué.

Sin vergüenza en esta vida, Isabella se bajó el pantalón y se fue con el artefacto al inodoro para orinarle encima.

—¿Segura?

—¡No, Isabella! ¡No estoy segura! ¡Matt es el que lee las instrucciones de los medicamentos y todo lo científico que se tenga que leer! ¡Yo no sé de estas cosas!

—Bien.

Apartó la vista mientras hacía lo suyo encima del artefacto.

Cuando escuché que bajó la cadena del inodoro, la examiné. Se estaba poniendo el pantalón, pero su semblante divertido se había desvanecido por completo. No llevaba ese aire de seguridad que la caracterizaba, sino todo lo contrario. Me pareció que fue la primera vez que la vi tan seria.

Me senté en el suelo, recostando mi espalda contra la pared e invité a Isabella a que hiciera lo mismo mientras esperábamos el resultado.

—¿Y qué si sale positivo?—me preguntó.

—Si sale positivo estoy casi segura que serás madre.

Isabella bajó la cabeza.

—No sé cómo sucedió esto—dijo—. Hemos hecho las cosas bien, lo hemos hecho con precaución.

Parpadeé dos veces. Hablar de este tema hubiese sido muy incómodo si no se tratara de mi mejor amiga. No, en realidad seguía sintiéndose igual de incómodo.

—Bueno, es normal—balbuceé—. Casi siempre en las terribles películas de romance, la novia se embaraza un par de días antes de la boda. Es el cliché que le dará sentido a tu matrimonio.

—¿Se supone que eso es un consuelo?

—No—fruncí el ceño—. Te estoy contando cómo es la película, ¿me estás escuchando?

Isabella apretó los labios.

—Mierda, Emma, ¿podrías por favor ser seria por lo que queda de este minuto?—soltó, abrumada—. No sé qué hice para que me trates tan mal últimamente, pero ya te estás pasando, ¿de acuerdo? Yo solo quiero lo mejor para ti, no es para que te enojas siempre conmigo por eso.

Bien, eso no me lo esperaba. Y tenía que darle la razón. Supongo que no me hacía ninguna gracia que se metiera tanto en el asunto de Matt

y eso de alguna manera me hacía sentirme fastidiada siempre con ella, pero tenía razón, así que bajé la guardia.

—Tienes razón—dije—. Lo siento.

Nos quedamos en silencio unos segundos más que se sintieron dolorosos. Porque fueron segundos que contribuyeron más a la ansiedad que nos consumía.

—¿Recuerdas cuando te dije que no podía esperar hasta el fin de semana?—rompió Isabella el silencio. Yo asentí—. Mentí. Estoy aterrada.

Vaya, una confesión muy fuerte para ella. Y para mí. Se suponía que como su madrina de bodas, debía velar para que estuviese motivada, pero se veía tan feliz y confiada que no pensé que realmente lo necesitara.

—No deberías—le agarré la mano, en busca de darle consuelo.

—Es un compromiso para toda la vida—prosiguió, en lo que pareció ser un desahogo que necesitaba desde hace tiempo—. Ante la ley, ante la iglesia, ante la sociedad, ante nuestros propios ojos. El matrimonio no es un juego. Quizás nos estamos apresurando con esto.

—Pero se aman, Isabella. ¿No es el amor, el único elemento importante para comprometerse con alguien de por vida?

Negó con la cabeza.

—Es el más importante, mas no el único—replicó—. ¿Sabes qué es el amor, Emma?

¿Que si lo sabía? Yo creía que sí. Porque estaba empezando a experimentarlo con el hombre que saltó de la Aguja Espacial por mí. Sin embargo, me limité a encogerme de hombros porque realmente no sabía qué responder.

—Es una decisión. El amor es una decisión y mantenerlo vivo, el más grande compromiso—matizó Isabella—. Yo ya tomé mi decisión, pero es la parte del compromiso la que me aterra. Y ahora más si esa prueba sale positiva. No creo que Joseph y yo estemos listos para eso.

—¿Pero qué dices? A Joseph le encantará la idea. Es el padre de todo el mundo en esta casa.

—No lo sé, amiga. No lo sé.

Era mi momento. Mi momento de redimirme en mi puesto como la única madrina de bodas que sería en mi vida.

—Isabella—apreté levemente su mano—. Si hay una pareja en este

momento a la que admiro con todo mi ser...

Me miró, con esos ojos grises que podrían derrumbar cualquier barrera de tanta determinación que había en ellos.

—Esos son Isabella y Joseph Sinclair—terminé, usando el apellido para ambos, porque para mí ya se habían casado desde hace tiempo—. Quiero decir, cuando no están intercambiando saliva, son mi ejemplo a seguir.

Isabella se rió, lo que me hizo sentir bien, porque quería decir que mis chistes malos no siempre salían en momentos inapropiados, sino que también podían ayudar a alguien a recuperar su luz.

—Estoy segura que Joseph se emocionará mucho si esa prueba sale positiva—volví a mi tono conciliador—. Tú no lo ves así, pero ya iniciaron su vida de casados desde hace un par de meses. Todo saldrá bien.

Isabella entrelazó sus dedos con los míos para luego recostar su cabeza en mi hombro. No lo dijo, pero sabía que había apaciguado su inseguridad. La conocía bien porque había sido completamente transparente conmigo.

Volvimos al silencio, esperanzadas que el minuto se completara pronto. En medio de él, escuchamos un chillido externo que nos indicó que mi perro si nombre ni raza deseaba entrar al baño, pero definitivamente no era un invitado aprobado por Isabella en aquel instante.

—Vaya, vaya...—sonreí—. Míranos, tan grandes, maduras y responsables. Yo con un perro y tú con un posible bebé.

Isabella bufó. Su respuesta estuvo llena de sarcasmo:

—Sí, Emma, porque un perro y un bebé es lo mismo.

«¡Pi! ¡Pi! ¡Pi!», la alarma de mi teléfono móvil indicó que había culminado el minuto del terror. ¿Pero les digo la verdad? Yo creía todo lo contrario, porque apenas empezaba a sentirme realmente aterrada por lo que pudiese pasar.

Y si yo me sentía así, sabía que Isabella debía sentirse todavía peor.

Por eso fui yo quien tomó las riendas del asunto y se acercó al artefacto que definiría las riendas de la vida de Isabella de ahora en adelante.

—¿Lista?—le pregunté, antes de ver el resultado.

—No.

Yo tampoco lo estaba, pero entre más pronto saliéramos de esto, mejor.

Con nuestros corazones acelerados, sujeté la prueba por la parte púrpura e inhalé todo el aire posible, porque sabía que había una probabilidad de perderlo todo en el siguiente segundo.

Exhalé. Clavé mi atención en la pantalla que, según las instrucciones, debía mostrarnos el futuro y, volviendo a las frecuencias normales que caracterizaban mis palpitaciones, me detuve a contemplar el resultado.

Sin querer, retorné al silencio durante al menos diez segundos, lo que ocasionó una terrible expectativa.

—¿Isabella?—solté al fin, dejando la prueba a un lado—. Necesito que, por favor, te levantes y me abrases.

Ni siquiera protestó. Acató mi orden tan pronto, que supe que eso era exactamente lo que necesitaba. La rodeé con tanta fuerza y dedicación, que ella tuvo que hacer lo mismo. Confiaba en mí. Confiaba en mí como nunca antes.

—Isabella Cecilia Sinclair—enuncié su nombre completo con el apellido que mejor le quedaba. Porque no había ninguna otra mujer mejor para Joseph.

Recosté mi cabeza sobre su hombro, preparándome para lo que venía, que sería un gran estrujón, quizás de tranquilidad, quizás de emoción.

—Vas a ser mamá.

Y entonces el estrujón sucedió. Isabella apretó mi cuerpo entero, lastimándome, pero estaba anuente que no lo hacía a propósito. Mi espalda se sintió húmeda instantáneamente. Las lágrimas habían empezado a brotar, evolucionando en un llanto que escuché, pero no reclamé.

No *éramos* grandes, maduras y responsables. Solo ella lo *era*. Se preocupaba tanto por ser el mejor ejemplo para todo el mundo que a veces se olvidaba de quién quería ser para sí misma.

—Isabella, mírame—le dije, queriendo ser la adulta responsable aunque sea por una vez para ella—. Esto podría significar el fin del mundo para ti, pero en realidad es el inicio de un nuevo mundo.

Aprendí esa frase de una de las terribles películas de romance.

Pero, ejem... sigamos con la actitud de adulta responsable.

Las lágrimas se deslizaban sin parar por sus mejillas, provocando que mis propios ojos se humedecieran también por el dolor que sentía al saber que no se encontraba bien.

—No estoy lista para esto.

Agarré su delicado rostro, dedicándole una sonrisa autosuficiente.

—¿Qué dices? Serás una asombrosa madre—le dije, secando sus lágrimas—. Y yo seré una terrible influencia para ese bebé, pero qué suerte que todos los demás no lo serán.

Sus labios se arquearon lentamente, hasta que logré que me mostrara su maravillosa sonrisa.

¡Sí! ¡Redención! ¿Y ahora quién era la soqueta, maldito subconsciente?

«Tú sigues siéndolo», mi subconsciente puso los ojos en blanco.

Sí, la verdad sí.

Apreté con todo a mi mejor amiga, mi hermana, el reemplazo de mi madre en mis momentos difíciles, permitiendo que se desahogara encima mío, hasta que lograra procesar la noticia.

Seguramente se encontraba incrédula ante los designios del destino, pero cuando le mostrara todas las cosas increíbles de bebés que vendían en Internet, lograría emocionarla.

No me pregunten qué hacía viendo cosas de bebés en Internet porque no diré nada. Bueno está bien lo diré: Matt realmente estaba cambiando mi mundo. Y eso es todo lo que necesitan saber.



Pasamos juntas el resto del día.

Isabella me pidió encarecidamente que no soltara la lengua con la nueva noticia en presencia de Joseph, porque era ella quien quería decírselo.

Le di la razón. Sin embargo, ni así pude evitar hacerles ojitos a ambos mientras nos dedicábamos a decorar el jardín con el personal capacitado para eso. Joseph, por supuesto, cuestionó mi deficiencia mental, pero logré zafarme con una de mis excusas tontas.

En la tarde, almorzamos los tres juntos en el jardín. Mientras contemplaba a mi perro sin nombre ni raza disfrutar la libertad que le

proporcionaba tan amplio espacio, se me escapó el chiste: «Come, gorda Isabella, que lo necesitas». Ella me fulminó con los ojos de «hoy es tu fin», pero cuando Joseph preguntó, logramos inventar otra tonta excusa.

En la noche, nos internamos en mi dormitorio a ver artículos de bebé en Internet y la convencí de comprarle disfraces de mis películas favoritas (que no eran las terribles románticas sino las de superhéroes).

En un momento noté que mi reloj marcó las 9:00 p.m. y no pude evitar pensar en Matt por enésima vez. No me había llamado ni escrito, lo cual era muy raro porque a esta hora ya tendría un mensaje de texto que diría algo como: «Buenos días desde Berlín, mi amor» o algo posiblemente más cursi.

Dejé a Isabella en mi laptop concentrada en la tienda virtual de cosas de bebé para agarrar mi teléfono y enviarle un mensaje a Matt, pero justo cuando estaba por enviarlo, unos golpes en mi puerta robaron mi atención.

—¿Señorita Emma?—Edward se asomó, abriéndola.

—¿Sí?

—Tiene un visitante abajo—Edward sonaba amable, pero no se veía tan emocionado como con mi perro Brando. Oh no, qué nombre tan terrible. Descartado.

Por esta ocasión ni siquiera me preocupé, porque capaz y era otra sorpresa de Matt. Así que descendí las escaleras con Edward y mi perro, quien me siguió como si fuese mi nueva cola. ¿Será que Matt le habría puesto algún chip que lo obligaba a amarme?

—No sabía que tenía familia en Los Ángeles, señorita Emma—comentó Edward cuando ya estábamos en la planta baja.

Ni yo. De hecho, no tenía. Ni amigos, ni familia. Apenas un par de fans por mis pinturas.

—Su primo se ve muy gentil.

—¿Primo?—arqueé una ceja.

—Hola—retumbó repentinamente la voz del terror en mi lugar.

Asustada, me giré hacia la voz para encontrarme con que, en medio de la sala, Oliver estaba parado, sonriendo, con las manos tras su espalda como si escondiera algo.

¡Demonios!

—Los dejo para que se pongan al tanto—nos dijo Edward.

«¡No! ¡No!», grité en mi interior, pero no pude exteriorizarlo.

Porque apenas abrí la boca, Oliver se precipitó hasta donde estaba, tapó mi boca con una mano y con el otro brazo que tenía libre, me rodeó por la cintura para traerme contra él. En medio de eso, dejé caer mi móvil, que impactó duro contra el suelo ocasionando un estruendo.

Quedé a centímetros de la cara de Oliver, viendo únicamente sus ojos avellana que eran el peor conductor de la fuerza electrizante. Lo único que realmente sentía al verlos era resentimiento. Uno que no desvanecía sino que incrementaba cada vez más en la medida que insistía en verme.

—Voy a quitarte la mano, pero debes prometer no gritar, ¿está bien?

Elvis emitió un ladrido que no sonó amigable. No ese nombre tampoco le caía. Descartado.

Oliver quitó la mano.

—¿QUÉ DEM...?

Mi boca fue cubierta otra vez. Gruñí y mi perro pudo sentir mi desesperación. Se le tiró encima a Oliver dispuesto a atacarlo, pero mi estúpido ex-novio se quitó a tiempo. Llamé a mi perro para que volviera a mí. Yo no pretendía gastar mi energía en este inepto, ni tampoco permitiría que él lo hiciera.

—¿Dijiste que eras mi primo para que el mayordomo te dejara entrar? ¿Se puede saber qué demonios está mal en tu cabeza?

—Tú, Emma—respondió derrotado—. No puedo evitar pensar en que necesito que hablemos.

Agarré a mi perro por el collar. Insistía en que quería arremeter contra Oliver y eso solo me daba a entender que cuando eligiera su nombre, debía ser uno digno.

—Ya te dije que no hablaremos. Vete ya, Joseph e Isabella se enteran de esto y me matarán.

Oliver se llevó una mano a la quijada. No le importaba un comino lo que yo le advertía. Con aire autosuficiente, se arregló un mechón de cabello que se había salido de su perfecto peinado.

—No estás lista—replicó simplemente.

—¿Lista para qué?

Sonrió.

—Para nuestra cita.

—¡No voy a tener una cita contigo!—exclamé con desagrado—.

Creí habértelo dejado muy claro, Oliver. Te quiero fuera de mi vida. ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas?

—No será una cita romántica, Emma. Solo quiero que estemos bien, ¿eso no es una opción en tu vida?

Bufé.

—Por supuesto que no lo es—hablé más alto de lo que quería—. Acabas de meterte en mi casa gracias a una mentira. ¡Estás demente! Me da miedo entablar una amistad contigo.

Con los labios arqueados hacia arriba, Oliver se cruzó de brazos.

—Antes solíamos romper reglas juntos—matizó—. De verdad que has cambiado.

—Por supuesto que he cambiado—discutí—. Encima dijiste que me vendrías a buscar a las 8:00 p.m. y son más de las 9:00 p.m. Tampoco me gusta salir con gente impuntual.

—Solías ser más impuntual que yo.

—Eso también cambió.

Mi estúpido ex-novio se arrodilló para intentar acariciar a mi perro, pero él lo rechazó con un gruñido de profundo odio. Era nuevo en la casa, pero por lo menos estaba claro a quien no debía querer.

—¿Acaso toda tu familia me odia? ¿Incluso el perro?

Sonó desilusionado, pero me aseguré de ignorar a toda costa sus sentimientos.

—Sí. Vete, Oliver. No saldré contigo, ni siquiera por lástima.

Oliver suspiró. Por su expresión supe que comprendió finalmente que ya no tenía un poder sobre mí por lo cual no podría manipularme.

—¿No lo extrañas, Emma?—cambió de estrategia y lo noté—. ¿No extrañas aquellas ocasiones en las que nos escapábamos y nos olvidábamos de todo lo que sucedía a nuestro alrededor?

¿Le pegaba ya o todavía faltaba más?

—Ya no estamos en secundaria, Oliver—repliqué con seguridad—. Así que la respuesta es no. No lo extraño ni un poco. Me está yendo bien en la vida, ya no necesito huir de ella.

Oliver asintió con la cabeza. Traía un aire apagado, como por el contrario a mí, a él no le estuviese yendo bien en su vida. ¿Pero les digo algo? No me importaba ni un poco.

—Yo sí lo extraño—se acercó hasta mí, agarrando mi mano.

Noté que mi perro esperaba mi instrucción para atacar, pero lo

calmé. No entendía cómo me hacía tanto caso, pero intuía Matt tenía algo que ver con esto. Luego le preguntaría si lo había entrenado para ser tan obediente conmigo.

—Te extraño, Emma—terminó Oliver.

No supe por qué, pero mi corazón se estrujó. Un remolino de emociones inesperadas se apoderaron de mi estómago transformándose en todas las inseguridades a las que finalmente había podido renunciar.

—Solo será una hora—insistió, entrelazando sus dedos con los míos—. Una hora para que te des cuenta que soy una persona distinta también y que podemos ser amigos. Si en esa hora no te convengo, prometo desaparecer de tu vida.

Inhalé con fuerza. Esto no estaba nada bien. Debía ser fuerte y decirle que no, pero, ¿por qué no era capaz? ¿Qué me impedía sacarlo sin remordimientos de mi vida?

Tal vez sí había cambiado. Tal vez sí le importaba mis sentimientos. Tal vez la vida lo había golpeado tan fuerte que se había convertido en alguien sincero que realmente no quería tener más allá de una amistad conmigo.

Tal vez, tal vez, tal vez. Tal vez él necesitaba esta hora para liberar la culpa que sentía por lo que me hizo.

Y tal vez, tal vez, tal vez yo también, de algún modo retorcido, la necesitaba yo también. La necesitaba para convencerme que yo también había cambiado, que lo había superado.

No sé en qué momento sucedió, pero la circunstancia que estábamos viviendo cobró un sentido diferente. Logré encontrarle un beneficio en ello. Uno que no sería para Oliver, pero para mí. Porque entendí cómo tener un poder sobre él por primera vez desde que nos conocimos.

—¿Qué dices?—preguntó notando mi lucha interna e incrementando su poder de convencimiento—. Podemos ir a un lugar cerca. A ese restaurante que está en la entrada de Beverly Hills. Está tan cerca que hasta puedes huir si hago algo que no te gusta. Será solo una hora, lo prometo.

«Emma», mi subconsciente me llamó por primera vez por mi nombre, sin insultos, ni degradaciones. «No hay nada que probarte a ti misma, deja esto ya mismo».

—Por favor dime algo, Emma, ¿te parece bien?

Las palabras «no caigas, Emma» por parte de mis tres áter ego resonaron con tanto poder en mi interior que me hicieron cuestionarme a mí misma cómo fue que quedé metida en esto.

Un último «no» pudo haberme sacado de este embrollo, pero la necesidad de probar que podía salir con Oliver sin sentir algo por él lideró mis prioridades. Lo estaba usando para mi beneficio, justo como él siempre lo hizo. Hasta se podía llamar una venganza.

Siempre digo que tengo un corazón oscuro, pero claramente nunca había experimentado tanta oscuridad como en aquel instante decisivo.

Así que era eso. No solo se trataba de que quería probarme algo a mí misma, sino que mi alma resentida hacia Oliver quería un desquite. No lo había dejado ir realmente, mi corazón me exigía que le diera una prueba de su propia medicina.

Porque vamos, ¿qué mejor venganza que salir con él, hacerlo creer que algo pasaría entre nosotros y romperle el corazón justo como él lo hizo conmigo?

Era tan malévolo que nadie podría creer que se me ocurrió a mí.

Así que, olvidándome de todo lo demás y poniendo en primer plano mis oscuros sentimientos hacia Oliver, asentí con un movimiento de cabeza.

—Una hora—declaré—. Ni un minuto más.

Una hora para recuperar el orgullo que se robó, al abandonarme.

Una hora para probarme a mí misma que había renunciado a mi pasado.

Una hora para vengarme por todo lo que me hizo.

Una hora para llevar a cabo un plan que tuvo perfecto sentido aquel día, pero del que, sin saber, me arrepentiría luego.

La amarga venganza

Con las sencillas palabras «voy a salir», le pasé de largo a Isabella que estaba muy cómoda en mi escritorio con mi laptop, tirando productos de bebé al carrito de compras de un sitio web.

Empujé la puerta del baño, adentrándome rápidamente a él y empecé a quitarme todas las prendas de ropa que traía puestas al tiempo que buscaba un vestido en mi armario.

Ahí me di cuenta que todas mis prioridades habían cambiado. Lo que empezó con «no saldré con Oliver porque estoy segura de mis sentimientos por Matt» se convirtió en «voy a salir con Oliver porque me quiero vengar de él y punto».

Había silenciado todo dentro de mí. No escuchaba ni a mi subconsciente que me suplicaba hace cinco minutos que no hiciera esto, ni tampoco a mi raciocinio que no dudaría en reclamarme por lo irracional que estaba siendo. Mucho menos a mi corazón que gritaría el nombre completo de Matt para detenerme.

No. Nada era tan relevante en aquel instante como las ganas que tenía de hacer sufrir a Oliver por todo lo que me hizo.

Mis ojos, invadidos por la sed de venganza, encontraron un vestido negro que no usaba desde la secundaria, pero como estaba más delgada que en aquel entonces, me quedaría espectacular.

Bajé la cremallera, introduje mis pies y subí el vestido para ajustarlo a mi cuerpo con casi tres meses de entrenamiento físico.

Arma número uno para la venganza: Lista.

«Eres la chica de mis sueños, Emm».

Con la expresión neutral, me paré frente al espejo cubierto por una neblina más espesa que la sangre de represalia que recorría mis venas.

«Verás que nada cambiará, Emm».

Pasé mis manos por el espejo deshaciéndome de la niebla. Con la ayuda de un peine, desenredé mi cabello permitiendo que unas ondas muy bien definidas cayeran sobre mis hombros.

Arma número dos para la venganza: Lista.

«Te llamaré todos los días, preciosa».

Rescaté mi bolso de maquillaje que estaba en la esquina más remota de mi armario —porque no tenía planificado usarlo en los próximos veinte años de mi vida—, y lo puse sobre un estante debajo del espejo.

Usé todas las herramientas para maquillarme velozmente haciendo que mis ojos café resaltaran más que nunca. También logré que mis labios se vieran más carnosos de lo que en realidad eran.

Arma número tres para la venganza: Lista.

«Estaremos juntos, Emm, sin importar la distancia».

Apreté los labios observando mi reflejo.

Estaba por suceder. Estaba por dejar a un lado todo lo que había logrado conmigo misma en los últimos meses de mi vida y arriesgar todo por culpa de un sentimiento sombrío.

¿Estaba lista para esto? ¿Tenía las agallas para hacerlo?

«Jamás te abandonaré, Emm. ¿Me escuchas? Jamás».

Agallas era poco.

Arma número cuatro para la venganza: Lista.

Salí apresurada del baño, pero unos pasos detrás mío me sacaron de mis pensamientos justicieros.

—¿A dónde vas?—interrogó Isabella.

—A un lugar—repliqué cortante, sin dejar de caminar.

—¿A un lugar?

Asentí y como sabía que seguiría preguntando, me apresuré en recoger todas mis cosas (cartera, abrigo, etcétera) y salir de mi dormitorio. Debía huir antes que sospechara algo.

Iba de lo más determinada, hasta que cuando ya iba a mitad del pasillo, Isabella me agarró del brazo y tiró mi cuerpo hacia atrás.

—Emma Bennet—demandó autoridad—. ¿A dónde demonios vas?

Evité el contacto visual.

—Voy a reunirme con un cliente—mentí—. En el nuevo restaurante que abrieron en la entrada de Beverly Hills. Solo tardaré una hora, lo prometo.

Una risa mordaz brotó de los labios de Isabella.

—¿Con este vestido tan corto y el maquillaje sensual?—apretó mi brazo—. Piensa en una mejor excusa.

—¿Podrías por favor mantenerte fuera de esto?—me zafé, retrocediendo—. Está bien que me quieras y que quieras lo mejor para

mí, de verdad lo aprecio; pero no es necesario que me protejas todo el tiempo. Sé lo que estoy haciendo.

Mentira. No tenía ni idea qué estaba haciendo. Pero parecía lo correcto esa noche.

Lamentablemente Isabella sí captó lo que yo estaba haciendo y a ella no le pareció lo correcto. Por lo que sus ojos quedaron como dos grandes platos, ante el impacto de mis irracionales palabras.

—Cielo Santo, vas a salir con él—aseguró—. Dime que estoy equivocada.

No respondí con palabras, pero con mi lenguaje corporal que se tornó tenso.

—¡Emma!—Isabella me agarró, intentando hacerme entrar en razón.

La rechacé, liberándome.

—¡Tú no lo entiendes!—reclamé, como si fuese la misma adolescente caprichosa de hace cuatro años—. Voy a hacer que ese idiota pague por todo lo que me hizo. ¡Juro que haré que se arrepienta!

—¿Te escuchas a ti misma? ¿Quién eres y qué hiciste con mi mejor amiga? ¿Qué diría Matt si se entera de esto?

Detuve el paso seguro. Con el corazón en la boca tras escuchar ese nombre que enloquecía mis sentidos, dudé de mis intenciones por un segundo.

—Mira, Emma, yo te amo, ¿sí? No solo eres mi amiga, sino que también eres mi familia—sus palabras pincharon mi corazón atormentado—, pero me voy a casar con Joseph, lo que quiere decir que Matt y Jane se convertirán en mi familia también y debo velar por su bienestar.

Mis cuerpo entero se estremeció. Había llevado esto demasiado lejos.

—Así que por favor, te pido encarecidamente que dejes de darle falsas esperanzas a Matt—sonó firme, pero triste—. Si no quieres nada con él, es justo que se lo digas.

¿Por qué no entendía que no se trataba de eso? Esto era una venganza, no tenía nada que ver con Matt y nuestra futura relación perfecta cuando regresara.

Me volteé para enfrentar a Isabella, pero ya no estaba ahí. Una puerta más adelante cerrándose me indicó que se había ido a su habitación, totalmente decepcionada de mí.

Me dolía, pero no podía perder más tiempo. Entre más rápido saliera de esto, más rápido podría continuar con mi vida y olvidar este miserable episodio.



El auto de Oliver era parcialmente cómodo. Parcialmente porque, aunque el asiento era de una tela de lujo muy reconfortante, estaba emocionalmente incómoda sobre él.

«Vamos, Emma, solo tienes que aguantar una hora».

—Así que...—Oliver rompió el silencio—. Cuéntame un poco más sobre el tal Matt.

Mis músculos se tensaron. No, por favor, si hablábamos sobre Matt escupiría corazones y fallaría en mi venganza.

—Ya sabes...—repliqué cortante—. Es un buen chico.

—¿Buen chico? Ayer me decías que te habías vuelto estúpida por él, que te hizo volver a creer en el amor, ¿y hoy solo te parece un «buen chico»?

Fruncí el ceño.

—¿Quieres hablar sobre él o sobre nosotros?

«Bien, Emma, buena ésa».

Oliver arqueó una ceja. Claramente no se esperaba mi respuesta, pero tras dibujar una sonrisa, confirmé que no le había molestando en lo absoluto, sino todo lo contrario.

—Me confundes—confesó.

Pretendí sonreír.

—¿Qué puedo decir? La gente cambia de opinión.

—Y eh...—balbuceó—. También debo confesar que me siento un poco desconcertado por el vestido.

¡Oh! Carnada situada en el agua y lista para pescar.

—¿No te gusta?—fingí tristeza.

—Me encanta—removió su mano del volante para ubicarla sobre mi mano—. Hasta creería que es uno de los que me gustaba verte puesto en secundaria, pero eso sería muy retorcido.

Retorcido y el arma ideal para la venganza.

No titubeé.

—Es uno de mis vestidos de secundaria.

En medio de la lóbreguez, Oliver pareció resplandecer de alegría. Debía estar matándolo por dentro. Estaba segura que estaba usando la técnica: «te quiero de vuelta, pero no quiero que pienses que te quiero de vuelta».

¡Já! Pez gordo nadando alrededor de la carnada.

—Eh...—volvió a balbucear—. Recuerdo que a tu madre no le gustaba que lo usaras. Me decía que era una mala influencia para ti.

Ah... así que el pez gordo quería alejarse de la carnada. No lo permitiría.

Sonreí con picardía.

—Qué bueno que ya no vivo con mi madre, entonces.

Un silencio nos invadió. El pez gordo copió mi sonrisa, apretó levemente mi mano y finalmente la soltó para devolverla a su posición inicial en el volante.

Reí en mi interior hasta que sentí un giro brutal. La gravedad tiró mi cuerpo hacia atrás, contra el respaldar del asiento, sin piedad alguna.

Eché un vistazo a Oliver, quien rotaba bruscamente el timón del automóvil ocasionando que nos desplazáramos hacia una esquina de la calle.

Cuando la impresión se desvaneció, me di cuenta que estábamos estacionados prácticamente encima de una cuneta contra la cera, pero todavía nos faltaba un poco más para llegar al restaurante.

—¿Estás loco?! ¿Qué te...?!

Antes que pudiese terminar, Oliver se quitó el cinturón de seguridad y se abalanzó sobre mí sin previo aviso. Quedé estática, sin aliento, con su cuerpo encima del mío encarcelando nuestros rostros en un espacio más pequeño del que me gustaba.

—¿Qué intentas, preciosa?—dijo, con sus labios casi rozando los míos de la cercanía.

Intentaba intimidarme. No había duda de ello.

Un sendero oscuro lleno de alternativas se reflejó ante mis ojos:

Podía morir asqueada.

Podía golpearlo por respirar sobre mí o,

Podía aprovechar su astucia para usarla a mi favor.

Opción 3, por favor.

—¿A qué te refieres?—jugué a la idiota.

—El vestido increíblemente corto, el cabello salvaje, los labios

sensuales...

Eran las armas ideales para la venganza, idiota.

—...tú, no queriendo hablar de tu novio, que ayer tenías sobre un maldito pedestal de oro—hizo una breve pausa y terminó con más seguridad—: Estás coqueteando conmigo. Me tiro de un puente si estoy equivocado.

Vaya, vaya, mi ex-patán era más inteligente de lo que lo recordaba. En fin, por mí que igual se tirara del puente si no estaba equivocado.

—¿Y eso te molesta?—clavé mis ojos en los suyos con la única intención de hechizarlo. Él tragó, nervioso—. Me persuadiste de salir contigo porque querías mostrarme «el buen partido que eres». ¿Buen partido para qué? ¿Para ser mi mejor amigo?

Dirigí mi vista hacia sus labios y luego la retorné a sus ojos. Quería que se diera cuenta que él no era el único que podía manipular a otro a su antojo.

—¿Qué paso con «extraño aquellas ocasiones en las que nos escapábamos y nos olvidábamos de todo»?—persistí—. ¿Eso es de amigos? Y si quisieras ser mi amigo, ¿por qué estás encima mío?

Inspiró del poco aire que quedaba entre nosotros.

—Ansiabas tener este momento a solas conmigo—reforcé—. Y negarlo, Oliver, solo te hace parecer un cobarde.

Seductivamente, rocé mis labios sobre los suyos ocasionando un temblor en él, que percibí a causa de la cercanía.

—Dijiste que me extrañas—sentí como su aliento se esfumó—. ¿Te soy honesta? Yo te extraño también.

Gracias madre por pagarme esas clases de actuación mientras todavía vivía en Seattle.

Oliver se mantuvo inseguro durante un largo rato, hasta que sus labios se empezaron a arquear lentamente hacia arriba denotando júbilo.

—Estás en lo cierto, Emm—suavizó el rostro—. Te quiero de vuelta conmigo.

Señoras y señores, me complace anunciar que el pez gordo picó la carnada.

—Y yo quiero estar de vuelta contigo, Ollie—recurrí al ridículo apodo con que lo llamaba—. ¿Olvidemos todo por esta noche, de acuerdo?

Oliver asintió, apoyando su frente sobre la mía.

—¿Inclusive a tu estúpido novio?—musitó—. ¿Tienes idea de cuán celoso me sentí el día que te vi con él en la Aguja Espacial?

El recuerdo de la arriesgada, pero hermosa noche en la Aguja Espacial despertó despiadadamente todas las silenciadas personas que habían dentro de mí. Y con ellas, resonó la melodiosa voz que las dominaba a todas:

«Te quiero, Emma Bennett».

Abrí la boca para respirar, sin embargo, ya no quedaba más aire entre nosotros. Oliver tenía sus labios a centímetros de los míos, pero antes que iniciara la traición hacia el amor de mi vida, aparté el rostro hacia un lado, evitándolo.

Los labios de Oliver se apretaron sobre mi mejilla, demostrando cuán enojado se encontraba.

—Sabía que no te podías olvidar de él—declaró, renunciando al encarcelamiento en el que me tenía y volviendo a su postura inicial.

Demonios, esta venganza no estaba yendo como lo esperaba.

—Puede que me haya vestido sensual para ti porque quiero que regresemos a lo que teníamos—dije—, pero tú todavía debes demostrarme que en verdad vales la pena para traicionar a otro por ti.

Oliver se rió, volviendo a ponerse el cinturón de seguridad.

—Suena justo para mí.

Suspiré en mi interior. La oscuridad se desvanecía. Con Matt de regreso en mi mente reinándola, esto se tornaría más complicado.



Contemplando el menú, me di cuenta que «Polo Space» resultaba ser un restaurante más costoso de lo que esperaba.

Habían tantos platillos con nombres tan poco convencionales e ingredientes que en mi vida había escuchado, que no pude evitar pensar que quería que Matt estuviese aquí conmigo traduciéndome todo.

Sacudí la cabeza ante los disparates que estaba pensando. No, él y Oliver no podían estar juntos en un mismo lugar, no quería ni imaginarme lo que pasaría.

—¿Emma?

Es que yo ni siquiera debía estar con Oliver en un mismo lugar. De hecho, Oliver no debía estar en Los Ángeles. Y Matt no debía estar en

Berlín. Sí, eso era, todo esto era culpa de Matt que se fue a Alemania y me abandonó.

—Emma...

«Ni se te ocurra echarle la culpa de esto a Matt, soqueta», saltó a la defensa mi subconsciente, que estaba sentada a mi lado y se cruzó de brazos, enojada.

Tenía razón, él no me abandonó realmente. Pero lo haría cuando se enterara de la locura en la que estaba metida desde hace días y que ni siquiera tuve el valor para contarle.

No, no se enteraría. ¡Demonios, no se podía enterar! ¡Renunciaba a esta venganza! ¡Huiría de este maldito restaurante antes que algo más sucediera!

¡NO! ¡No podía renunciar tampoco, ya había llegado demasiado lejos! ¡Este inepto debía sufrir como él me hizo sufrir a mí!

—¡Emma!—la voz de Oliver me hizo reaccionar.

—¿Qué?—alcé la vista del menú.

—El joven aquí presente espera nuestro pedido—señaló al mesero, que estaba saludándome con una expresión muy gentil.

«Rápido, Emma, busca lo más costoso que haya en este papel de papiro que tienes agarrado». Un momento, ¿por qué ponían el menú en un papel papiro? ¿No que eran refinados? ¿No tenían suficiente dinero para ponerlo en un papel normal o qué?

—Emma—repitió Oliver.

Tragué, al borde de colapsar.

—Quiero...—dije, encontrando un platillo que costaba más de ochenta dólares—. Éste—lo señalé con mi dedo índice.

No sabía ni qué era. Solo sabía que decía «Caviar» al final. ¿Qué demonios era el «Caviar»?

—¿Estás segura de eso?—Oliver contempló lo que señalaba. El mesero hizo lo mismo para apuntarlo en su libreta—. Es solo una entrada.

¿UNA ENTRADA DE OCHENTA DÓLARES?

—Eh...—busqué rápidamente algo más en el papiro.

¡Santo Cielo! ¡Estos platillos costaban más de cien dólares cada uno!

¡JÁ! Pediría tres de ellos.

—Quiero éste—señalé uno—. Éste también—señalé otro—. Y éste otro.

«Pídeme uno a mí también», exigió mi subconsciente. «Si te voy a torturar, al menos lo haré con el estómago lleno».

—Y éste otro también—señalé un último platillo.

Quinientos dólares yo sola. «Trágate esa, Ollie».

Ambos, el mesero y Oliver, denotaban petrificación.

—¿Qué?—pregunté relajada. Aquí nada había pasado.

El joven mesero apuntó mi pedido en su libreta, que también era de papel papiro. Oliver pidió algo del menú y una botella de vino.

—Vaya, vaya, ese Matt te tiene muy consentida—dijo Oliver, algo perturbado, recogiendo todos los menús y entregándoselos al mesero.

«No tienes idea, amigo. No tienes idea».

El vino llegó primero. Venía en una botella transparente adornada con una etiqueta turquesa, pero se podía ver claramente el líquido amarillento dentro de ella. Me pareció tan familiar que tardé tan solo un segundo en identificar qué tipo de vino era.

Vino blanco.

—¿Todavía te gusta?—preguntó Oliver, recibiendo dos copas de vino del mesero—. Si mal no recuerdo, es el favorito de tu familia.

«Si mal no recuerdo». Estaba segura que lo recordaba bien porque la única vez que intentó hacer un gesto bonito por mi familia llevó un vino tinto a la casa y mis padres casi lo echan a patadas.

—Me encanta—me encogí de hombros.

—Qué bueno—replicó, creyéndose un caballero, sirviendo vino en ambas copas y me entregó una.

De los nervios, me bebí la copa entera de un tirón, como la borracha que era en momentos de enorme tensión como éste.

Puse la copa vacía sobre la mesa percatándome que Oliver tenía un rostro de tormento y mantenía su copa levantada en el aire, como esperando hacer un brindis conmigo.

—Entonces...—incómodo, bajó su copa para ubicarla en un algún lugar de la mesa—. Cuéntame todo lo que has hecho después que te fuiste de Seattle.

Lloré todas las noches por ti, Isabella me golpeó cada vez que te recordaba, pinté un par de cuadros, conocí al amor de mi vida, lo estaba engañando estando aquí contigo. ¿Qué más necesitabas saber?

—Ya sabes...—bufé—. Hice esto, aquello... salí, fui por ahí. Luego hice esto otro y un poco más de aquello. Lo normal.

«Te felicito, más soqueta que nunca», mi subconsciente explotó en una carcajada. Mientras tanto, el pez gordo parpadeó varias veces, incrédulo.

—Hiciste muchas cosas—me siguió el juego.

—¡Lo sé!—me reí, nerviosa.

Oliver, desconcertado, bebió otro sorbo de su copa.

—¿Estás bien?—preguntó lentamente.

Llené mi copa con más vino y asintiendo con la cabeza, bebí de ella.

«Matt. Matt. Matt. Matt. Matt», disparó el nombre majestuoso mi apodo. ¡Maldita desgraciada!

—Estoy Matt—reliqué y me di cuenta de la locura que acababa de decir—. ¡ESTOY BIEN!—corregí.

Emma R. Bennett, fallando en sus venganzas desde que conoció a Matthew A. Sinclair, el demente que se robó su corazón.

Un silencio muy incómodo nos invadió. Uno en el cual solo escuchaba las risas imaginarias de mi subconsciente, quien disfrutaba genuinamente cómo fallaba en mi venganza. La descarada era otro integrante del equipo de Matt.

Matt...

—Emma...

Oliver apartó su copa y, sin pedir permiso, sostuvo mis dos manos para llevarlas a su boca, besarlas y fijar sus iris avellana en mí.

—Sé que todo esto de los multimillonarios y demás es nuevo para ti y que debes estar fascinada con este mundo de lujos—me acarició una mejilla—, pero nada de esto es real. Conmigo puedes volver a ser tú misma.

Arrugué la cara. ¿Pensaba que estaba enamorada del dinero de Matt? ¿Y qué era eso de «puedes volver a ser tú misma»? ¡Matt me enseñó a ser yo misma! ¡Hizo que encontrara mis propósitos en esta vida!

Ahora sí que estaba a punto de renunciar a esta venganza para darle su merecido a este idiota. Si no podía destruirlo emocionalmente, al menos lo haría físicamente.

—¿Piensas que estoy con él por su dinero?—me liberé de sus caricias—. ¿Parezco así de interesada?

—¿Sino por qué saldrías con él?

El futuro se vislumbró repentinamente frente a mí.

Oliver aproximó su rostro al mío ágilmente en un intento macabro por alcanzar mis labios, pero tiré mi cuerpo atrás antes que lo lograra.

Quedó prácticamente encima mío, respirando a mi par, rozando su piel con la mía y confirmando que no se merecía nada de mi parte, ni siquiera una venganza. Era todo. Lo mataría. Aquí y ahora.

«Matt», susurró mi subconsciente en mi oído.

«¡Que te calles ya!», repliqué en mi mente. «¡Contigo o sin ti lo voy a matar! ¡No sirve de nada que sigas diciendo el nombre de Matt!».

«No, inepta, Matt te está viendo desde la entrada».

Petrificada, dirigí mi vista hacia la entrada del salón.

Matt estaba ahí, de pie, cruzado de brazos.

Y no se veía feliz.

Corazones rotos

Mi corazón olvidó cómo latir.

Estaba pausando, inseguro sobre cuáles frecuencias eran las adecuadas para trabajar dentro de mí. Podía latir fuerte tras ver al amor de mi vida ahí parado, luego de casi dos días sin estar con él. Dos días sin sentirlo, sin reír a su par, sin luchar por el liderazgo en la tabla ficticia de puntuaciones. O podía latir lento y sufrir un infarto porque, que el amor de mi vida estuviese ahí parado solo significaba una cosa: estaba enterado de todo y estaba por perderlo.

¿Qué hacía aquí? Se suponía que regresaba mañana. ¿Y cómo llegó tan rápido a Los Ángeles? ¡Alemania estaba a doce horas de distancia! ¡Hasta hace poco hablé con él!

No, hablé con él hace más de doce horas. ¡Santo Cielo! ¡Tomó un vuelo sorpresivo para estar conmigo y yo aquí con el idiota de mi ex-novio! ¿Qué demonios había hecho?

El horror se manifestó como un temblor corporal que inició por mis brazos, se extendió a lo largo de mi torso y ahondó en lo más profundo de mis entrañas.

—Ma... Ma...—mis cuerdas vocales flaquearon.

—Pero mira nada más, te hago temblar—Oliver recurrió a la picardía, pero no le presté atención—. Déjame besarte y verás lo que ocasionaré en ti.

Ni siquiera mis oídos se esmeraron en funcionar. Las palabras de Oliver eran insignificantes ante lo que mis otros sentidos temían percibir.

Matt, todavía desde la entrada el lugar, liberó sus brazos del cruzamiento en el que se encontraban. Abandonó su atención en mí para centrarla en Oliver, quien insistía en toquetearme sin importar el lugar público en el que estábamos.

Sus oceánicos iris, ardientes en ira, volvieron hacia mí conectándose finalmente con mis iris repletos del más puro horror.

Empujé a Oliver, tratando fervientemente de que se alejara, pero nada podría quitarlo de encima mío. Nada raro. Después de la forma en que me insinué —aunque haya sido parte de una venganza—, seguramente

debía pensar que jugaba al gato y el ratón.

En un abrir y cerrar de ojos, Matthew Sinclair se encontró caminando hacia la escena del crimen. Su expresión no era de enojo. Era peor. No denotaba emoción alguna, lo que para mí significaba una cosa: estaba envuelto en una cólera mucho más feroz que el terror que recorría mis tejidos.

—Oli... Oliver... quíta...—seguí balbuceando.

Oliver se rió.

—Sabes que me encanta que te hagas la difícil, Emm.

La figura de Matt se posó detrás de él, esperando pacientemente hasta que se diera cuenta que estaba ahí. Y como no lo hizo, Matt carraspeó con fuerza, con la intención de hacerse notar, pero Oliver continuó carcajeando y jugueteando conmigo.

—Vamos, Emm—insistió.

—¿«Emm»?—soltó Matt finalmente.

Todo pareció detenerse. El bullicio de fondo de las personas que platicaban, la coquetería de mi inepto ex-novio sobre mí, pero especialmente, las palpitaciones dentro de mí que me daban vitalidad.

Oliver, enseriándose, giró su rostro en dirección a la voz que para él podía ser desconocida, pero que para mí era un arma enloquecedora.

—¿Quién eres?—espetó Matt—. ¿Y por qué estás encima de mi novia?

—Matt, esto no es lo que...—intenté defenderme.

Pero Matt, indiferente, me calló con una mano.

—¿Tu novia?—preguntó Oliver, sin hacer el menor intento por separarse de mí—. ¿Tú eres el famoso Matt?

Maldición, esto no terminaría bien.

Matt sonrió ampliamente, pero se vio de lo más aterrador.

—Voy a preguntártelo una última vez—dijo—. ¿Quién eres y qué *demonios* haces encima de mi novia?

Fue el turno de Oliver de sonreír.

—Tu novia está muy cómoda conmigo—replicó, burlesco, agarrando mis mejillas y apretándolas—. Sino pregúntale.

Matt, al borde de perder la paciencia, se inclinó para agarrar el brazo de Oliver y apartarlo solo un poco, lo que hizo que éste último se pusiera serio.

—Quita tus malditas manos de mi novia o yo te las quito.

Esto terminaría peor que mal. Peor que peor, si es que eso existe.

Oliver apretó los labios. Asintió, retrocedió hasta su silla y soltó una última risotada. Claramente no entendía la gravedad de esto, porque en realidad a él no le afectaba en nada.

—Relájate hombre, solo estaba jugando—dijo.

—Yo no estoy jugando—contraatacó Matt.

Me paré de golpe.

—Esto no es lo que parece, lo juro—dije como una carretilla—. Vámonos, Matt, por favor, te lo ruego. Te explicaré todo en el camino.

Sin embargo, Matt no articulaba palabra. Se mantuvo silenciado durante un tiempo tan corto y a la vez largo, en el que sentí que se acercaba el fin de la humanidad.

—Ese vestido sí que está corto...—comentó de repente.

Contra todo pronóstico, arqueó los labios hacia arriba hacia mí, lo que solo me horrorizó más. Santo Cielo, estaba a punto de perder la cordura.

—...prefiero reservarlo para mí—terminó.

Matt, rápidamente, se quitó la chaqueta negra que traía puesta y recubrió mi cuerpo con ella. Me quedaba grande, sumamente holgada, lo que hizo que toda la sensualidad del vestido se ocultara. Subió la cremallera hasta mi cuello y ajustó las mangas, dejando como resultado a una Emma más cubierta que las mujeres árabes.

Ahí fue cuando mi corazón decidió cómo latir. Optó por el infarto.

—Mejor—me dijo Matt.

—Matt—insistí.

—Y qué labios tan rojos...

Tragué. Ni siquiera estaba procesando mis palabras desesperadas. Estaba tan enojado que nada de lo que dijera sería relevante para él.

—No es tu color—finalizó.

«¿Y tú qué sabes de labiales?», estuve a punto de decir, pero en el preciso momento que abrí la boca, Matt me agarró por la nuca, aprisionó contra él y estampó sus labios sobre los míos.

¡Oh por Dios! ¿Y esto qué? Ahora sí me perdí.

Un beso inesperado, pero feroz, se dio entre nosotros, capturando la atención de todo el mundo, que no entendía ni qué rayos estaba sucediendo. Intenté separarme, porque me aterraba su locura, pero la realidad era lo que extrañaba tanto, que terminé por corresponderle.

Sus manos se introdujeron debajo de la chaqueta, llegando hasta mis muslos, que básicamente era lo que más descubierto tenía. Sentí su tacto sobre ellos, lo cual enloqueció todo en mí. Ante tantas sensaciones, tuve que enredar mis dedos en su cabello, en busca de descargar aunque sea un poco mi exasperación.

Alguien carraspeó detrás nuestro. ¿El mesero? ¿Mi estúpido ex-novio? ¿Otra persona? ¿Mi subconsciente? ¿Algo sobrenatural? Nada me importaba en aquel instante.

Matt, sabiendo que me tenía volando sobre su nube mágica, se separó abruptamente, tirándome hacia atrás y dejándome sin un gramo de aliento.

Y mientras la culpa reemplazaba a paso de liebre el terror que me consumía, encontré una pequeña oportunidad para analizar a mi sensual sirviente: no se encontraba bien. No solo se trataba que tenía todo mi labial rojo esparcido por sus labios, barbilla y mejilla, sino que su expresión era de auténtica decepción.

—Matt—persistí, abrazándolo, pero él no me correspondió.

¿En qué estaba pensando cuando decidí atender mis sentimientos sombríos? ¿Arriesgar todo por venganza? Maldita sea, Emma Bennett, ¿en qué mierda estabas pensando?

—Por favor, te lo ruego, vámonos de aquí—lo apreté, angustiada, temiendo lo que el destino tenía preparado para mí.

Matt pretendió sonreír. Fue vago y deshonesto.

—¿Irnos?—se liberó de mi abrazo—. Pero qué idea tan ridícula, Emma, quiero conocer a tu amigo.

—¿Qué?

¿Acaso acababa de decir que quería conocer a mi «amigo»? ¡Dios mío! ¡Lo sabía todo! ¡Se estaba haciendo el tonto a propósito!

—Matt, no, él no es...

Pero Matt ya se estaba acomodando en la silla donde previamente me encontraba sentada, justo al lado de Oliver, quien mantenía su siempre inútil semblante de aburrimiento.

—Matt, hablo en serio, debemos...

—¿No nos vas a acompañar?—me calló elegantemente.

«Esto se pondrá bueno», la risa macabra de mi subconsciente martilló mi cerebro. Se sentó al lado de Matt, recostando su cabeza sobre el hombro de él.

Me quedé pasmada, sin saber qué hacer.

—¿Emma?—dijo Matt, fingiendo dulzura.

Negué con un lento movimiento de cabeza. No sabía ni qué me daba más miedo: su evidente plan malévolo por castigarme aquí mismo o su rostro divertido repleto de mi labial rojo.

—¿Puedes creer esto?—Matt se volvió hacia Oliver—. Deberás disculparla, no es así de ruda siempre.

Oliver se quedó mirando atentamente a sus manchones rojos. Tampoco podía dejarlos pasar.

—Te ves estúpido—le dijo.

Gemí en mi interior. Esto estaba peor que peor que peor.

Temerosa ante lo que seguía, corrí a sentarme al lado de Matt. Agarré una servilleta con la intención de limpiarlo, pero justo cuando el papel papiro se acercaba a su piel, me apartó la mano.

—¿Crees que me avergüenza usar el labial de mi novia?—se paró—. ¿A los hombres les debería avergonzar eso?

Oliver no titubeó.

—Supongo que sí, porque...

—No, no, la verdad me importa un comino tu opinión—lo detuvo Matt—. ¿Por qué no mejor le preguntamos a los presentes?

—¡No!—le agarré la mano—. ¡No le preguntemos a nadie!

Él se liberó, indiferente a mis deseos.

—¡Oigan todos! —exclamó Matt a los cuatro vientos—. ¡Oigan! ¡Tengo una pregunta para todos!

Madre mía, lo había hecho perder la facultad para razonar.

Cuando Matt se cercioró que todos tenían su atención fija en él, empezó a recitar:

—¿Saben? Hace exactamente 14 horas, estando en Alemania, que curiosamente está a un continente de distancia de Los Ángeles...

Examiné a mi alrededor:

Oliver se mordía la lengua para no soltar la carcajada.

Mi subconsciente le hacía ojitos a Matt.

Y yo estaba que moriría de la vergüenza.

—...convoqué una videollamada para recordarle a mi novia cuánto la amo y lo mucho que la extrañaba estando tan lejos por primera vez desde que nos conocimos.

Seguía repitiendo la palabra «novia» para hacerme sentir mal.

Sentí a Oliver muy cerca mío:

—Dijo que haría una pregunta, no que contaría una historia.

—Cállate, Oliver, solo... cállate.

—¡Oh! ¿No les he presentado a mi novia?—prosiguió Matt elevando tu tono de voz—. Emma, ponte de pie por favor, quiero que todos te conozcan.

Me eché hacia atrás, espantada, pero Matt no puso cuidado. Me entregó su mano para que la agarrara, pero yo bajé la cabeza, denegando su petición.

—Vamos, mi amor, no tengas pena.

Me obligó a levantarme para rodearme con un abrazo y recostar su cabeza sobre la mía.

—Ésta es mi hermosa novia—intentó sonar presumido—. Mi amor, ¿qué eres mío?

Exhalé con fuerza.

—Tu novia, Matt.

—¡Mi novia!—gritó agudamente, asustando a los presentes, pero a Matt no le importó y continuó con la historia—: Entonces cuando finaliza la videollamada me digo a mí mismo que no puedo vivir sin esta maravillosa mujer, que Berlín y todos los demás negocios pueden esperar. Así que corrí al aeropuerto, tomé el primer vuelo que salía a Los Ángeles, me peleé con mi hermana por tal locura y doce horas más tarde, cuando finalmente llego a casa y creo que sorprenderé a la mujer que amo, ¿saben qué ocurre?

«La encuentras con el otro estúpido», respondió mi subconsciente poniendo los ojos en blanco y bebiendo de mi copa de vino.

—Me encuentro con que está en un restaurante, con un hombre que no soy yo, ¡y él encima de ella!—su mano tembló sobre mi espalda. Estallaría pronto—. Así que lo único que quiero decir es...

Hizo una breve pausa, ocasionando expectativa y terminó:

—¿Me veo ridículo usando el labial de ella?

Nadie se atrevió a reír. Menos a responder.

—Eso pensé—dijo Matt cortante.

«Si de algo sirve, yo opino que te ves lindo», tiró otro comentario inoportuno mi subconsciente. Seguro no se callaría en toda la noche.

Matt se fue a sentar, satisfecho por su hazaña, pero Oliver lo detuvo.

—Si tanto la quieres, ¿por qué la humillas delante de todo el mundo?—espetó—. Yo jamás te trataría así, Emma.

—¿Disculpa?—preguntó Matt, adoptando una postura desafiante frente a Oliver.

Me interpose entre los dos antes que esto empeorará más.

—¿Qué estás diciendo?!—le grité a Oliver—. ¡Haz silencio!

Oliver me quitó del paso, reforzando su ataque:

—La invité a cenar para que pasara una velada agradable, no para que llegues y le armes este espectáculo delante de todo el mundo.

«¡Aaaaaaaaah!», se escucharon gritos cizañeros en el lugar. Tal parece que les ofrecíamos a todos una función entretenida en tan aburrida noche.

Matt se mantuvo callado, escuchando atentamente.

—Ahora entiendo por qué dice que se volvió estúpida por ti. Era literal—continuó Oliver—. No la mereces. ¿Me oyes, Emma? Este tipo no te merece.

«¡¿Ahora tú eres el héroe?!», gritó mi subconsciente cabreada.

Matt se cruzó de brazos y contraatacó:

—¿Eso viene del idiota que le escribió que la ama en una servilleta?

¡Maldición! ¡Sabía que estaba enterado de todo!

«¡Aaaaaaaaah!», se escucharon otra vez las voces cizañeras, incluyendo la de mi subconsciente que las apoyaba. ¿Acaso no se daban cuenta que estaban empeorando todo?

—Al menos yo no la indispongo en público—espetó Oliver acercándose más a Matt para confrontarlo—. Yo sí sé cómo tratarla, a diferencia de ti.

Matt empujó a Oliver por el pecho.

—No te atrevas a decirme cómo tengo que tratar a mi novia.

Oliver retrocedió, impactado ante el atrevimiento de Matt, pero no titubeó en su siguiente movimiento, que fue empujarlo también, induciendo la pelea.

Sentí la necesidad de detenerlos, antes que que nos metieran presos a los tres por disturbio en lugares públicos, por lo que me interpose entre los dos.

—¡Basta! ¡Estamos en un lugar público!—grité.

No obstante, ambos hicieron caso omiso. Y fue Matt quien me echó

a un lado, confirmando en su totalidad lo que ya yo sabía: esta noche estaba pintada en la pared para él.

Oliver dio el siguiente empujón.

—No te lo tendría que decir si supieras cómo tratarla.

—¿Y tú sí la trataste como lo merecía?—atacó Matt—. Primero le escribiste que la amabas en una servilleta, cosa que no es de hombres.

No olvidaría eso jamás.

—Luego rompiste con ella sin siquiera decirle, cosa que es menos de hombres.

—¿Qué mierda sabes tú de ser hombre?!—Oliver no se aguantó, lo empujó, pero Matt ni se movió. En cambio continuó con su ataque verbal.

—Y ahora, que no es solo Emma, sino mi novia...

—Matt—insistí, por enésima, intentando hacer que entrara en razón.

Me ignoró deliberadamente y siguió hablando.

—...la invitas a salir en una cita mientras yo estoy fuera del país para, ¿qué? ¿Intentar conquistarla pretendiendo que has cambiado?

Los labios de Oliver se arquearon despacio hacia arriba evolucionando en una sonrisa tan malvada que pronunció el último detonador de la bomba:

—Y ella aceptó.

Un silencio letal nos invadió hasta que Matt le dio fin con cuatro sencillas palabras:

—Te voy a matar.

Antes que tan siquiera pudiera pensar en cómo reaccionar, Matt soltó un puñetazo directo en la quijada de Oliver, demostrando cuántas ganas tenía de hacerlo desde que lo vio por primera vez.

—¡Oh por Dios!—definí cómo reaccionar, que fue gritar despavorida—. ¡Matt, basta!

Corrí hasta él, pero me evadió, arremetiendo contra Oliver que estaba desparramado en el suelo. Pero ni esto último evitó que Matt siguiera atacando, porque lo agarró por la camisa y lo alzó para encararlo.

El público entero que nos ganamos de gratis empezó a gritar, algunos en apoyo a Matt, otros en apoyo a Oliver.

—¿Así que así quieres que sean las cosas?!—Oliver se zafó del

agarre de Matt para ser el siguiente en soltar un puñetazo.

Matt perdió el equilibrio. Cayó directo contra la mesa en la que previamente estábamos sentados. Se estabilizó pronto, limpiándose el labio que le sangraba, y se abalanzó encima de Oliver para seguir golpeándolo.

—¡BASTA!—grité desesperada.

Ahí, en el suelo donde mi orgullo vivía, se desplomaron los dos rodando uno encima del otro, primero Olive encima de Matt, luego viceversa, luego cambiaron de nuevo, luego me mareé y dejé de seguirlos.

—¡DETÉNGANSE YA!

«¡VAMOS, MATT! ¡PÉGALE MÁS DURO!», mi subconsciente saltaba en su lugar tirando puñetazos como si fuese una boxeadora profesional.

—¡Alguien que los detenga, por favor!

Sin embargo, al ver que nadie hacía el más mínimo esfuerzo por ayudarme, ni siquiera los meseros que también gritaban apoyando a su demente favorito, salí disparada hasta la puerta del salón en busca de un guardia de seguridad.

—¡Auxilio! ¡Seguridad!—encontré un par de uniformados en el pasillo—. ¡Mi ex-novio y mi novio actual se están matando a golpes!

¿Pero qué locura dije?

—¡Y soné muy ridícula, pero por favor ayuda!

Los guardias, que conversaban muy amablemente entre ellos, renunciaron a la tranquilidad. Pegaron una carrera detrás mío directo al salón donde Matt y Oliver se mataban a golpes.

—¡Allá! ¡Por favor deténganlos!

Señalé a Matt y Oliver, quienes habían destrozado gran parte del restaurante, pero al personal parecía no importarle. Tal vez odiaban su trabajo y esto les daba un poco de diversión.

Ambos guardias se metieron en medio de la pelea, uno de ellos recibiendo un golpe en la espalda. El segundo agarró a Matt tirándolo hacia atrás, mientras que el otro agarró a Oliver y retrocedió aplastándolo contra una mesa.

«Buen trabajo, soqueta, esta vez sí te pasaste», mi subconsciente, riendo a carcajadas, me dio una palmada en el hombro para desvanecer como parte de magia.

Quedé en medio de los dos prospectos. Sin querer, quedé inspeccionándolos individualmente aunque sea por un microsegundo.

Por un lado estaba Oliver, el patán que me dejó hace cuatro años oscureciendo sin piedad mi corazón. Se mantenía recostado sobre la mesa, con el guardia haciendo una agresiva presión sobre él, impidiendo que pudiese moverse.

Y del otro lado estaba Matt, el príncipe que conocí hace unos meses, que me sacó de la oscuridad causada por el patán. Se movía desesperadamente, intentando zafarse del agarre del guardia, que aprisionaba su ira incesante.

No había nada que decidir aquí. Nunca hubo nada que decidir. Nunca hubo nada que probar. Nunca hubo nada que vengar.

Emma Bennett, ¿qué demonios hiciste?

Con mis ojos cristalizados temiendo lo que seguía, corrí hasta Matt para abrazarlo, aun cuando el guardia lo tenía apresado como un criminal. Un criminal que no era más que la víctima aquí.

—¿Esto era lo que querías, Emma?!—la voz de Oliver atormentó mi corazón adolorido—. ¿Para eso te me insinuaste?! ¿Querías que peleara por ti?! ¿Estoy luchando por ti, preciosa!

Quise no escucharlo. Quise que nunca se hubiese vuelto a entrometer en mi vida. Quise que hubiese sido un fantasma de mi pasado que nunca debió ser terrorífico para mí.

—¿Estoy luchando por ti, Emma!

—¿SILENCIO!—lo fulminé con ojos listos para estallar en lágrimas.

La serenidad en mí desertó. Un estrujón en el corazón me hizo romper en llano sobre el pecho de Matt, que ya no respiraba acelerado.

El guardia lo liberó, pero ni así me abrazó de regreso. En cambio, su cuerpo temblaba, quizás de rabia, quizás de desilusión; y se giró dándome la espalda.

—Matt—murmuré entre sollozos, pero no me hizo caso. Se dirigió directo a la salida, sin importar nada más—. ¡Matt!

Decidí perseguirlo, pero una voz a mis espaldas me detuvo:

—¿Emma!—era Oliver.

Detuve el paso, temblando, incrédula ante todo el incidente.

—¿Por qué...?—dije, pausadamente—. ¿Por qué... me llamaste?

El guardia soltó a Oliver. Él hizo el ademán por acercarse a mí.

—¡Mantente donde estás y dime por qué me llamaste!

Oliver exhaló derrotado.

—Temía... estar solo en Los Ángeles.

Me reí ahogadamente.

—Sigues siendo el mismo idiota de siempre—le dije—. No te atrevas a llamarme más nunca o me aseguraré de ponerte una orden de alejamiento.

La última imagen que mi mente registró de Oliver era él, abriendo la boca para decir algo, pero me volteé antes de que lo hiciera. Debía correr tras Matt, cuya presencia había desaparecido.

Con lágrimas brotando y sollozos desgarradores, me apresuré en salir por todas las puertas que el destino me ponía enfrente para evitar que alcanzara al amor de mi vida. Aun cuando ni siquiera me había dado un ultimátum ya podía percibir su partida. Era atroz, punzante, penosa.

—¡Matt!—grité, tirando la última puerta hacia atrás, que daba con el exterior.

Todo estaba oscuro. No había luna en el cielo que alumbrara. Mi vista nublada por las lágrimas tampoco ayudaba.

Caminé de un lado al otro, con la esperanza de encontrar a la única persona que realmente me importaba, pero no lo veía.

Lloré desconsoladamente, perdiendo la esperanza, hasta que me detuve a contemplar el otro lado de la calle. Ahí estaba el auto de Matt y él se mantenía parado, sosteniendo la perilla de la puerta de conductor, pero no parecía tener intenciones de abrirla.

Crucé la calle a la mayor brevedad posible, sin siquiera prestar atención a los automóviles que circulaban.

—Matt—me posé detrás de él—. Debes escucharme, por favor, te juro que esto no es lo que parece.

Él no se giró para atenderme, pero noté que su mano tembló sobre la perilla.

—Matt, por favor.

Se mantuvo silenciado hasta que soltó la perilla de la puerta.

—¿Cómo viniste?—preguntó.

—¿Qué?

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Él... él me trajo.

Una brisa fría revolvió mi cabello. Deseaba pensar que ella era la

causante de escalofrío tan espantoso que sentía, pero mi corazón me confirmó que no se trataba de eso. Lo que yo tenía era miedo. Miedo de perder lo más importante que me pudo pasar en la vida.

—Entra al auto—ordenó Matt indiferentemente.

Así que era por eso que no se había ido todavía. Aun enojado, no quería abandonarme a mi propia suerte a esta hora de la noche.

—Por favor no—me costó hablar—. Debes escucharme, por favor, te lo ruego.

—No te quiero escuchar. Entra al auto ya, esta conversación se acabó.

—Lo siento—perseveré—. Lo siento mucho, Matt, pero de verdad, esto no es lo que crees. Yo solo quería...

—¿No es lo que creo?!

Y se volteó, dándome la cara por primera vez en la noche. Sus ojos, que eran abrasados por la ira, habían cambiado. Se habían humedecido, pero luchaban incansablemente por no estallar en lágrimas.

—Acabo de hacer un maldito vuelo de doce horas para estar contigo, Emma—su voz quebrantó—. Porque te extrañaba, porque no podía estar sin ti, porque ansiaba vivir nuestro momento finalmente, formalizar lo que creí teníamos.

—¿Lo tenemos!

—Cuando llegué, lo primero que hice fue preguntar por ti—continuó—, pero me dicen que tú no estás, que saliste con alguien. Y por el rostro de enojo que tenía Isabella, supe inmediatamente todo lo que estaba pasando.

—¿Ella te dijo?

—¿Por supuesto que no, Emma!—replicó fastidiado—. Isabella te ama, jamás te delataría. Tuve que sacárselo a la fuerza.

Por supuesto que Isabella no se lo diría, no importaba las veces que me hubiese amenazado con hacerlo. ¿Cómo pude llegar a pensar que ella era capaz de eso y por consiguiente, pelearme con ella?

Cielos... le fallé a todos.

—Camino al restaurante me decía a mí mismo: «No, Emma no sería capaz. No lo haría, no podría hacerlo»—sonrió con melancolía—. Y cuando llego, ahí estabas tú, con el vestido sugestivo, el maquillaje despampanante y el tipo que dices odiar encima tuyo toqueteándote. Así que no te atrevas a decirme que no es lo que creo, porque...

—¡Esto no tiene nada que ver con nosotros!—lo interrumpí—. Salí con él porque quería hacerlo pagar por lo que me hizo, quería vengarme de él.

Vaya, horas atrás me parecía lo correcto, pero entre más intentaba justificar mis acciones con esa excusa tan vaga, más ridículo sonaba.

—¿Vengarte?—preguntó Matt indignado—. La venganza es para aquellos que están vacíos por dentro. Tú lo estabas, Emma, eras miserable cuando te conocí.

Apretó los labios.

—Qué iluso yo al pensar que podía llenar ese vacío.

—¡Pero lo hiciste!

—¿Sabes lo decepcionante que es que me entere de esto porque Isabella me dijo y tú no fuiste capaz de hacerlo? Hasta me parece que te aprovechaste que yo no estaba en el país.

—¡Por supuesto que no!

Negó repetidas veces con la cabeza.

—No puedo confiar en ti, Emma.

Sus palabras, peligrosas como estacas, atravesaron mi arrepentido corazón, cada una doliendo más que la anterior.

—¡Esto no se trata de nosotros, Matt! ¡Por favor entiéndelo!

—¡Por supuesto que se trata de nosotros!—me interrumpió, alzando la voz—. Él fue la razón por la que me comprometí a ayudarte, la razón por la que establecimos nuestro trato. La única cosa que no debías hacer, la hiciste.

—¿Pero por qué no te das cuenta? ¡No siento nada hacia él! Esto representaba una prueba para mí, funcionó todo lo que hiciste.

Bufó. Mis excusas no tenían sentido alguno para él.

—Mira, Emma—dijo, aferrándose a la incansable lucha por no llorar—. Yo puedo aceptar que me rechaces infinitas veces, porque eso es parte de la vida. Porque no te puedo obligar a quererme.

—¿Qué dices? Yo te quiero...

—Pero no te permito que juegues con mis reglas de felicidad porque, estúpidas o no, son parte de mi pasado, ¿entiendes?—declaró—. Porque significan algo para mí. Porque me sacaron del más oscuro abismo en el que me encontraba a causa de la muerte de mis padres. Y yo intenté hacer eso por ti, porque lo necesitabas, porque lo merecías.

Bajó la cabeza.

—Pero faltaste a nuestro trato—dijo—. Me mentiste en mi maldita cara, y la cuestión es... no puedo estar con alguien en quien no confío.

La última estaca se adentró en mi corazón, inmovilizando todo dentro de mí. Toda la adrenalina descendió de un tirón, inundando mi cuerpo de unas intensas descargas eléctricas que lastimaron cada uno de mis órganos.

—No—refuté, como si tuviera el derecho—. ¡No! ¡Esto no debe pasar así! Dijiste que tendríamos otra cita y que a partir de ahí iniciaríamos nuestra relación perfecta.

—No vamos a tener ninguna otra cita, ni tampoco vamos a iniciar una relación—espetó—. La base de una relación es la confianza y definitivamente eso ya no existe eso entre nosotros.

Negué. Me rehusaba a renunciar a esto.

—No lo acepto.

—¿No lo aceptas?

—Salvé tu vida y todavía me debes la décima enseñanza, así que te exijo que cumplas con nuestro trato.

¿Quién era Emma Bennett para exigirle algo a Matthew Sinclair después de lo que hizo? Nadie. Absolutamente nadie.

—No, Emma—replicó—. No tienes derecho a jugar esa carta conmigo. El «tú y yo» se acabó como también nuestro trato. Todo quedó anulado entre nosotros desde el momento en que decidiste vengarte de tu ex-novio.

Las lágrimas cesaron, pero la ira se apoderó de mí.

—No puedes anularlo—gruñí—. ¡No te lo permito!

Matt apartó la vista.

—Sube al auto—dijo cortante.

—¡Que no!—exclamé—. ¡Tú eres mejor que esto! ¡No te permito que anules lo que tenemos por algo que no significó nada!

—Emma, por favor sube al auto.

—¡No!

No aguanté más. Me aproximé para apretarle el brazo.

—¿Por qué haces esto?!—oprimí fuerte, como por un impulso nervioso.

Se soltó, enfurecido, girándose para mirarme directo a los ojos.

—¡Porque no puedo sanar tu corazón si el mío está roto!—gritó, revelando una verdad que solo me destrozó más—. ¡Sube al maldito auto!

¡Esta conversación se acabó!

Retrocedí, completamente desarmada. Y aceptando la derrota que me hizo romper en llanto por enésima vez, asentí sabiendo que ya no me quedaban más argumentos para salvar lo que yo misma había desamparado.

Entré al auto. Me aseguré con el cinturón del asiento que dejaría de ser mío.

Mientras se deslizaban las amargas lágrimas por mis mejillas y pasaron los siguientes sucesos, en mi mente se fueron listado una a una todas las cosas a las que debería renunciar desde hoy.

No más mañanas de ejercitación.

Matt puso en marcha el auto. Sin pronunciar ni una sola palabra más, se dedicó únicamente a conducirnos de vuelta a la Mansión Sinclair.

No más días de construir librerías.

Sus oceánicos iris se mantenían perdidos en la carretera, como si estuviese solo en el auto. Como si mi presencia fuera inexistente.

No más salidas extremas.

Pensé que debía hablarle, pero sabía que no era correcto. Porque cualquier cosa que dijera sería una vaga excusa.

No más tabla ficticia de puntuaciones.

El camino se vio muy extenso, aun cuando estábamos a pocos minutos de la casa que era suya y que una vez sentí que también me pertenecía.

No más compañero para cada día.

Nos adentramos por el portón principal de la Mansión Sinclair, dando el mismo giro de siempre por la rotonda, pero que para mí se sentía diferente. Porque sería la última vez que lo daría con Matt a mi lado.

No más risas correspondidas.

Mientras Matt estacionó el auto donde siempre, mi organismo entero se estremeció, aterrado por revivir lo que seguía: el amargo sabor de una ruptura.

No más visitas sorpresas a mis padres.

¿Y es que acaso «ruptura» era el término correcto para lo que estábamos viviendo? ¿Cómo terminar con alguien que ni siquiera empezaste realmente?

No más enseñanzas de vida.

Registré cada uno de sus movimiento cuando se bajó del auto, pero él no hizo lo mismo conmigo. Estaba enfadado y decepcionado, pero más calmado que antes.

Con piernas temblorosas, bajé del auto y me posé detrás suyo, mientras buscaba la llave para abrir la puerta.

—Dijiste que...—murmuré débilmente en lo que fue mi último intento—. Dijiste que no romperías mi corazón. Y lo estás rompiendo.

Sostuvo la perilla, pero no la giró.

—Eso no fue lo que sucedió.

Alcancé a ver su rostro lleno de las heridas de la pelea, pero no hubo ninguna tan grave como la herida que mostraban sus azules iris: se habían humedecido finalmente, dimitiendo la lucha por no llorar.

—Nos rompimos el corazón el uno al otro.

Entonces tiró la puerta hacia atrás, confirmando su partida.

No más Matthew Allan Sinclair.

Fragmentos

La noche en que Matthew Sinclair me dejó más que claro que no quería nada de mí —ni siquiera mis disculpas—, imaginé cómo sería el mundo sin él.

No me gustaba. No era positivo, ni extremo, ni divertido, ni sensato, ni romántico. No era ni una de esas cinco cosas que él había prometido para mi pequeño universo.

Así que cuando me abandonó en el portón de la Mansión Sinclair sin siquiera mirar atrás, me senté en el suelo a llorar sobre mis rodillas con la esperanza de que volviera.

No volvió. Esperé al menos un ahora, rogando por escuchar su melodiosa voz que diría: «Todo está bien, linda, solo fue la amargura del momento».

No lo escuché. Lo que en realidad retumbó en mi cabeza una y otra vez fue: «La venganza es para aquellos que están vacíos», la última lección de Matt, que en realidad fue un reclamo.

Esa noche sí llegó a buscarme un Sinclair, pero se trataba de Jane. Preocupada por era pasada media noche —y tenía la costumbre de revisar que todos estuvieran en su habitación a tal hora—, me encontró desolada en el suelo de cemento del portón.

Me ayudó a levantar, preguntando una y otra vez qué había sucedido. Insistió hasta que logró sacarme la historia. Luego de eso pensé en acudir con Isabella, pero al imaginarme llorando en medio de ella y Joseph, que seguro dormía, confirmé que era una mala idea.

Así que terminé rogándole a Jane que me dejara dormir con ella. Y mientras lloraba, siendo abrazada por la Sinclair que sí me quería, repetía una y otra vez: «No fue mi intención», «no significó nada», «no quiero que se vaya de mi vida».

Sucedió, hasta que me quedé dormida.



Desperté de golpe a la mañana siguiente porque unas voces discutían en el pasillo. Una era femenina, la otra masculina. Noté que Jane ya no estaba a mi lado, ni tampoco estaba en el dormitorio.

Desorientada, me senté sobre la cama y contemplé mi cuerpo. No traía puesto el vestido de secundaria, ni tampoco la chaqueta de Matt, sino una pijama que no era mía. Era de Jane, seguramente me cambió de ropa cuando me quedé dormida.

Mis pies descalzos se resintieron al entrar en contacto con el suelo helado. Me dirigí a la puerta para recostarme sobre ella, lo que me permitió identificar las voces del pasillo.

—*¡No significó nada! ¡No puedes tratarla así!*—Jane.

—*¡Deja de defenderla!*—Matt.

Seguía enojado. Muy enojado. Sonaba igual de enfurecido que ayer o quizás más.

—*Le importas a esta chica, Matt. No puedes permitir que las cosas queden así por algo que no significó nada.*

—*¿Yo soy el malo aquí? Significó algo para mí, ¿entiendes? Algo muy desgarrador.*

Oprimí los labios. Maldita la hora en que respondí la primera llamada de Oliver, pero más maldita la hora en que me convencí que no era correcto contarle de todo a Matt.

Experimentando la necesidad de detener esta pelea, salí sin pensarlo dos veces y me posé al lado de Jane.

—Es desgarrador para mí también.

Los dos se callaron. Mientras Jane inhaló aire profundamente, incómoda ante mi aparición, contemplé a Matt, quien apartó la vista de mí.

Traía su atuendo deportivo puesto. Por nada del mundo interrumpiría su rutina matutina. Lo lamentable era que yo ya no formaba parte de ella.

Una mano era enrollada por el extremo de una correa roja y nuestro perro se mantenía sentado a su lado. Al verme, hizo un ademán por correr hacia mí, por lo que Matt tiró de la correa, deteniéndolo.

Demonios, se suponía que era mi responsabilidad. Todo este revuelco hizo que me olvidara de él.

—*¿Enviste a mi hermana a hablar conmigo?*—dijo el Sinclair que ya no me quería.

Abrí la boca. Jane me robó la palabra.

—No lo hizo—sonó firme—. Renuncia a esta actitud, Matt, no les hace bien a ninguno de los dos.

Matt no dijo nada, tan solo se llevó la mano libre al bolsillo de su pantalón y sacó algo de él.

—Toma—se acercó para entregarme el objeto—. Te han estado llamando y por la insistencia, imagino que se trata de tu ex-novio.

¡Mi móvil! Olvidé que lo había dejado tirado en el recibidor de la casa, cuando Oliver apareció inesperadamente diciendo que era mi primo.

—No quise responderle por no arruinar lo que sea que ustedes están teniendo—terminó su oración dándome la espalda.

Los fragmentos de mi corazón se dividieron en más pedazos. Nunca había sido así de indiferente conmigo y todo dentro de mí lo estaba resintiendo. Éste no era él, me rehusaba a pensar que se convertiría en esta persona.

Por favor, por favor devuélvanme a mi Matt.

Avancé dos pasos hacia él.

—Es contigo con quien tengo algo.

Detuvo la marcha, pero no se interesó en mí.

—Con quien *tenías* algo.

Acto seguido, desapareció a través del pasillo junto a nuestro perro, quien no entendía la disputa que había entre sus dueños, solo sabía que quería salir.

Bajé la cabeza, sintiendo que las lágrimas se avecinaban dentro de poco. Quería pensar que esto era una pesadilla, la más terrorífica de mi vida. Que despertaría dentro de poco. Que abandonaría el limbo, en el cual las palabras de Matt eran lanzas que me apuñalaban despiadadamente.

—Estarán bien—me dijo Jane de pronto, ofreciéndome calidez.

Un temblor se apoderó de mí. ¿Qué era esto que sentía? Era auténtico dolor. Uno más punzante que aquel provocado por Oliver hace cuatro años. Ni siquiera había ira de por medio, solo tristeza.

—Emma, debes...

Pero no permití que terminara. Las lágrimas brotaron de mis ojos una a una velozmente advirtiéndome que se convertirían en un nuevo llanto. El primero de muchos.

Sin querer, volví a demostrarle mi tormento a la hermana de la persona que más me importaba en mi pequeño universo. La única que realmente amaba.

—No fue mi intención Jane—me costaba hablar entre sollozos—. Juro que es la última persona a la que lastimaría.

Finalmente rompí en llanto. Uno desahuciado, amargo. Una lluvia que descargó las potentes cargas eléctricas negativas que me corroían por dentro.

Jane me abrazó. Enredó su mano en mi cabello, acariciándolo con tanta suavidad que me hizo sentir como parte de su familia.

Lloré, lloré, lloré. No sabía de dónde salían tantas lágrimas, pero no se sentían suficientes para todo lo que necesitaba descargar.

—¿Por qué esto duele tanto?—dije, recurriendo a la retórica.

Jane no lo comprendió de aquella manera. Me alejó solo un poco para conectar sus ojos con los míos, en los que prevalecía la agonía.

—Querida Emma...—susurró con ternura—. Te has enamorado de mi hermano.

Asentí, porque ya no se trataba de algo que deseaba ocultar.

Jane retornó al abrazo, permitiéndome reflexionar sobre mis sentimientos. Nunca me había detenido a pensar realmente sobre ellos.

«Estoy loca y profundamente enamorada de Matthew Allan Sinclair», me dije con firmeza en mi interior citando su épica frase. No se trataba de una simple atracción física, no porque él no fuese muy apuesto, claro.

Era mucho más que eso: Su personalidad, la manera tan positiva de vivir el día a día, cómo reía ante mis chistes oscuros y los contraatacaba elegantemente, la sensatez con la que sopesaba las situaciones difíciles.

Odiaba que me sacara de quicio porque en realidad amaba que lo hiciera. Me fascinaban cada una de sus estúpidas reglas de felicidad y cómo se esmeró en aplicarlas una a una en mi vida.

Amaba a Matt. Maldición, lo amaba perdidamente. Salvaría su vida una y otra vez con tal que nunca se alejara de mí.

—Está bien, está muy bien—Jane me dio unas pequeñas palmadas en la espalda—. Me gusta verlos a ustedes dos.

Hablaba como si hubiese alguna esperanza de que volviéramos a estar juntos. ¿Es que la había?

—Es curioso que...—hizo una pausa larga y continuó—. Nunca imaginé cómo sería el día en que vera a mis dos hermanos tan enamorados, especialmente a Matt.

¿Enamorado? ¿Acaso no se dio cuenta cómo me rechazó como si fuera su más hostil adversaria? ¿Como insinuó que me fuera con mi ex-novio? ¿Como me arrebató hasta a mi perro?

—Es grato ver que eligieron bien de quién enamorarse.

Me liberó de su protección, pero solo para secarme las lágrimas con las yemas de sus dedos.

—Pero deberás perseverar, ¿me escuchas, querida Emma?— acarició mis mejillas—. Un amor así de verdadero es digno de ser perseverado.

Intentaba darme esperanza. Me podía equivocar en muchas cosas (MUCHAS), pero estaba segura que Jane Sinclair estaba convencida que esto no era más que una discusión efímera.

—Solo un tonto rechazaría un amor así de verdadero—prosiguió peinando mi cabello hacia atrás—, y mi hermano no es ningún tonto.

Me ofreció una última sonrisa alentadora.

—Dale tiempo, Emma. El tiempo es reparador.

¿«El tiempo es reparador»? Para mí el tiempo es un arma de doble filo: restaura amores, como también los destruye.



En la tarde del mismo día, la puerta de mi dormitorio quedó entreabierta, hasta que mi perro la abrió por completo advirtiendo que entraría a toda velocidad.

Pegó una corrida alrededor de mi cama que duró un pequeño rato, pero tras ver que yo no le prestaba atención, se subió en ella para revolcarse encima de mi cuerpo deprimido yacente sobre el colchón. No tendría nombre ni raza, pero era muy perceptivo y se había dado cuenta que no me encontraba bien.

—Basta...—lo empujé a una esquina.

No desistió. Pasó su enorme lengua por mi rostro, que se arrugó ante tal dulce, pero repugnante muestra de cariño.

—¡Basta!

Emitió un ladrido. No estaba de acuerdo conmigo.

Seguidamente se acostó a mi lado reforzando su fidelidad, a pesar que lo hubiese rechazado. Una costumbre que los humanos ciertamente deberíamos aprender de los animales.

De pronto, se levantó en sus grandes cuatro patas, meneó la cola y terminó por ladrar nuevamente. Quería jugar.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para jugar—me giré para darle la espalda—. Tengo una vida que vivir.

«Gran vida la que vives ahí acostada», resonó la voz sarcástica de mi subconsciente en mi cabeza.

El can insistió en tumbarse encima mío y lamerme. Puse los ojos en blanco, cabreada, hasta que logré quitármelo de encima.

—Oye—lo señalé—. Tú estarás muy feliz porque saliste a pasear con él en la mañana, pero a mí ya no me quiere, ¿entiendes?

Ladró. Por supuesto que no entendía.

—Sí, ya sé que yo tengo la culpa. Estoy muy arrepentida, de veras. Tuve que apagar mi teléfono móvil para que Oliver me dejara en paz.

Ladró.

—Claro que debí hacerlo desde un principio, pero no soy perfecta, ¿sí?—dije—. Cualquiera hubiese querido hacer sufrir a ese idiota y yo tuve la oportunidad.

Ladró.

—¡Pero es que aunque le contara a Matt se iba a enojar conmigo!

Exhalé derrotada, al tiempo que el perro volvió a ladrar.

—¿Y ahora qué hago?—acaricié su cabeza gentilmente—. Tú debes ser experto en que todos te quieran, ¿cómo hago para que Matt me vuelva a querer?

Chilló, mientras mi mano palpaba su oreja izquierda.

Mi curiosidad se despertó, lo que me hizo detener un minuto mi depresión para examinar su oreja de cerca. Extrañamente una parte del lóbulo estaba cortado, pero se había restablecido en una notable cicatriz.

—¿Te duele?—toqué. Se quejó—. Pero ahí no hay nada.

No era la herida ya sanada lo que le dolía, sino que seguro le recordaba algo doloroso de su pasado. Matt dijo que sobrevivió a una cruel infancia. Era una cicatriz de triunfo, pero debía tener memorias nefastas de cómo se las hizo. Memorias que seguían latentes.

Vaya, vaya, este perro y yo teníamos más en común de lo que hubiese querido.

—¿Qué hago, perro sin nombre ni raza? ¡Dame luces!

—Eres miserable.

¿Y esa voz? ¿El perro me acababa de hablar? No, no, eso era ridículo.

—Sé que estás siendo miserable porque le estás pidiendo consejo al perro.

Me volví hacia la entrada de mi dormitorio, donde Isabella se mantenía de pie, cruzada de brazos, con cara de póquer.

—Y no pretendo consolarte.

Bufé. Tampoco era como que quería consuelo.

¿A quién engañaba? Deseaba con toda mi alma que me abrazara y me dijera que todo estaría bien. Tenía el corazón roto en mil trozos.

—No espero que me consueles—mentí.

—Bien, porque no lo haré—se hizo la importante—. Te advertí de esto, ahí tienes las consecuencias.

Suspiré. Si no pretendía consolarme, ¿entonces había venido para hacerme revivir cada cosa mala que hice y así purgar mi interior?

—Así que me quedaré aquí, viendo cómo te desmoronas mientras yo soy feliz con el hombre al cual no engañé. Cosa que pudiste haber tenido tú si me hubieses hecho caso.

Caminó, cautelosamente hasta mi cama, para sentarse en ella.

—Creí que dijiste que te ibas a quedar allá viendo cómo me desmorono.

—Quiero verlo desde más cerca—fingió una sonrisa mientras colocaba su mano sobre mi pierna—. Y pondré mi mano aquí, sin ningún ánimo de consolarte.

Me dio unas cuantas palmaditas conciliadoras.

—Me estás consolando.

—Que no.

Se recostó en la cama, deslizándose hasta mi cuerpo carente de cualquier motivo para vivir. Entonces me abrazó y apretó fuerte. Su mejilla quedó rozando la mía, ofreciéndome una ligera calidez que, aunque no fue la gran cosa, me hizo sentir mejor.

—Isabella, estoy casi segura que me estás consolando.

—Ya te dije que no, Emma Rosalie.

Exhalé. Isabella siempre había sido así. Sin importar cuán enojada estuviera conmigo, siempre velaba por mi bienestar. Me sorprendía que,

incluso en esta ocasión, que dejó muy claro que los Sinclair eran su prioridad, estuviera pendiente de mis sentimientos.

—Lo siento—solté al fin.

—Sí, deberías, Matt está muy enojado. Esta mañana intenté hablar con él, pero ni me registró. Igual Joseph.

Dimitiendo mi inútil orgullo, le correspondí el abrazo recostando mi cabeza sobre su hombro en busca del consuelo que tanto necesitaba.

—Me refiero a nosotras. A veces te trato muy mal y no te lo mereces—dije, arrepentida—. Y ya sé que no me delataste.

—¿De qué hablas? Le solté todo a Matt desde el primer momento en que me preguntó qué estaba ocurriendo. Te advertí que no te iba a encubrir.

Se rió, porque sabía que no era buena mintiendo.

—Estaba muy ilusionado, Emma—suavizó el tono—. Llegaron de sorpresa, ni siquiera yo los esperaba. Matt estaba muy agotado por el viaje, pero lo primero que dijo al llegar fue...

Hizo una pausa en la cual los fragmentos de los fragmentos de mi corazón se prepararon para dividirse en más partes.

—«Solo quiero abrazarla»—terminó con desilusión.

Mi perro chilló exigiendo atención, pero esta vez fue Isabella quien lo acarició.

—Eres hermosa, ingeniosa, talentosa e independiente—continuó—, pero metiste la pata hasta el fondo. Te mereces a este príncipe en tu vida, pero recuerda que él también merece lo mejor de ti.

Una vez más, Isabella logró reconfortar mi interior tan bien como si lo hubiese hecho mi propia madre. Eso era algo bueno, porque, aunque ella lo negara hasta el infinito, quería decir que estaba lista para criar a la bendición que llevaba en su vientre.

—Así que lo siguiente que harás, Emma Rosalie, es ir a donde Matt, le dirás que fuiste una idiota...

«Idiota» era una palabra que se quedaba corta con respecto a lo que fui.

—...Te disculparás—sonrió con calidez—. Y posiblemente tengas que darle tu discurso de lo blanco y negro, pero más importante aún...

El «discurso de lo blanco y negro» también se quedaba corto con respecto a lo que sentía hacia él.

—Lo mirarás a los ojos y le dirás con plena honestidad lo que

sientes hacia él, que por lo que yo veo es un amor único y verdadero.

Accedí al sermón con un ligero movimiento de cabeza.

Entretanto, Isabella abandonó su lugar a mi lado para dirigirse a mi baño y adentrarse en él. Cuando salió, me mostró un vestido azul oscuro que no esperaba tener que ver tan pronto.

—Dicho todo esto—lo movió con entusiasmo en mi dirección—. ¿Lista para mi ensayo de bodas?

«Lista» tampoco era una palabra que describía cómo me sentía en aquel instante. De hecho, «idiota» me caía mejor. Me caía mejor por lo que le hice a Matt y porque olvidé que hoy en la noche era el ensayo de bodas de Isabella.



El vestido picaba. Casi lo arruino al tener que correr detrás del perro que pretendía comerse todos los bocadillos que estaban en la terraza como ofrenda para los invitados de los Sinclair.

Lo peor era que ni siquiera sabía cómo llamarlo para que me hiciera caso, porque aún no encontraba un nombre digno para él, así que decidí amarrarlo con una correa y llevarlo conmigo toda la instancia.

Di un hondo respiro mientras admiré la terraza. Se veía absolutamente espectacular esta noche. El periodo renacentista se manifestaba mediante luces cálidas que adornaban casi toda la vegetación existente.

El escenario donde se daría la unión de Joseph e Isabella estaba listo, iluminado estratégicamente con luces de otra tonalidad blanquecina para que resaltara por sobre todo lo demás.

Habían 30 mesas perfectamente ubicadas para mantener el balance entre los elementos existentes, las cuales eran cubiertas con el capricho de Isabella, digo, los manteles blanco marfil y estaban decoradas con centros de mesas altos, con detalles florales.

Una serie de familiares «claves», como les había denominado Isabella, que tenían participación en la boda, mostraban sus vestidos más casuales para la ocasión.

Todo era perfecto excepto por dos detalles: 1) Matt no estaba aquí. No lo había visto desde la mañana, cuando rompió mi corazón por segunda vez y, 2) Jane corría como loca por todas partes dándole órdenes

a todos porque le encargaron la logística de hoy y mañana.

Pero más me afectaba el detalle número 1.

—Emma Rosalie Bennett—salté en mi lugar al oír a Isabella a mis espaldas—. ¿Me podrías explicar qué hace ese perro contigo todavía? Estamos en mi ensayo de boda, aquí no se permiten perros.

—Se supone que debo cuidarlo.

—¿Pero tienes que cargarlo contigo todo el tiempo?—se cruzó de brazos, fastidiada—. ¿Y por qué le pones ese absurdo abrigo?

Fruncí el ceño. El abrigo no era absurdo, ella lo era. Además, era casualmente del mismo color de mi vestido y con suerte a él no le debía picar.

—Venía en el kit—me limité a responder.

—¿Qué kit?

—El «kit del perro de Emma»—respondí, torturándome con el recuerdo de Matt diciéndolo—. No quiero que le dé frío. Suficiente con la infancia desastrosa que tuvo.

—Adentro no le daría frío.

Gruñí. El perro también.

—Es como si fuese mi hijo, ¿de acuerdo? Cuando tengas a tu estúpido bebé lo entenderás.

Isabella gimió.

—¿Acabas de decir que mi bebé será estúpido?—carraspeó—. Y mejor baja la voz, no quiero que nadie nos oiga.

Miramos al frente. Joseph, a unos pocos metros de distancia, nos sonreía con cariño mientras conversaba con algunos de los invitados.

—¿NO LE HAS DICHO?

—¡No!

Y la gente dice que yo hago todo mal.

—Isabella, te crecerá una barriga.

—La barriga no crecerá de aquí a mañana.

—Pero si el maldito vestido casi no te entra, así que, créeme, sí crecerá.

—¡Ay, por favor! ¿Tú qué sabes sobre bebés?

—Sé mucho sobre bebés—bufé—. ¡Fui una!

Joseph estrechó manos con un hombre mayor, para entonces girarse en nuestra dirección dejando claras sus intenciones de encontrarse con nosotras.

—Cállate que ahí viene.

Fingimos sonreír. No era como que quisiera ocultar la futura maternidad de Isabella, pero tampoco la delataría. Eso era algo que ella tenía que decirle, no me concernía a mí. Además, teníamos un trato de sangre llamado «amistad» o algo así.

—¿Están hablando sobre bebés?—preguntó Joseph, en un tan tono dulce como su personalidad que me recordaba que su hermano ya no me quería.

Isabella y yo negamos con la cabeza al mismo tiempo. Al mismo para disimular sí nos poníamos de acuerdo.

—¿Be...bebés?—rió Isabella nerviosa—. Querido, ¿ya estás pensando en eso? ¿No te parece que es mejor que nos casemos primero?

Los ojos de Joseph brillaron hacia su futura esposa. Maldición, ese brillo tan genuino también me recordaba Matt. ¿Dónde estaría? ¿Será que lo herí tanto que abandonó el país?

—Los bebés son una gran bendición—respondió Joseph—, pero concuerdo en que deberíamos casarnos primero y esperar un par de años para establecernos antes de iniciar una familia.

Sentí un terremoto a mi lado. Era Isabella, que temblaba. Apostaba que se quería morir de un infarto y la culpaba enteramente. Un embarazo no se esconde.

«Una mentira como la de Oliver tampoco se esconde», me atacó mi subconsciente. Tenía razón, pero, ¿podíamos ir superándolo ya?

—¡Tienes toda la razón, mi amor!—Isabella continuó riendo como una desquiciada—. Toda, toda la razón, sí, toda, tod...

La golpeé con mi codo, lo que hizo que se callara. Carraspeó, pretendiendo como que nada hubiese pasado, pero Joseph no era ningún tonto.

—¿Está todo bien?—cuestionó este último.

Isabella intercambió una mirada conmigo.

—¡Dile!—se me escapó.

—¿Decirme qué? ¿Hay algo de lo que no estoy enterado?

Amigo, había mucho de lo que no estabas enterado. Pero lo más importante: serías padre y deberías renunciar a tu vida como la conocías por los próximos 18 años o más, si tu hijo salía como un holgazán.

—Yo... yo...—balbuceó Isabella.

Alguien silbó tan fuerte que tuvimos que prestarle atención.

Jane, con su teléfono móvil en mano y unos auriculares puestos en sus orejas, se posó frente a nosotros con una postura militar. Se veía tan cabreada.

—Bennett, Sinclair, futura Sinclair—nos dijo—. Tenemos quince minutos de atraso. ¿Se van a quedar ahí parados conversando o vamos a ensayar una boda? ¿O quieren que su día especial de mañana sea un desastre?—entonces se dirigió a mí—. ¿Y tú? ¿Dónde está tu pareja de macha nupcial?

Se tomaba tan en serio sus trabajos de logística.

—¿Y yo qué sé?

¿Se le olvidó lo que pasó en la mañana o qué?

—¡Yo opino que ensayemos la boda!—comentó Isabella.

—No, no, no—la contrarió Joseph—. Jane, Isabella estaba a punto de decirme algo muy importante. Lo que sea que tengamos que hacer puede esperar.

Jane puso los ojos en blanco.

—¿Algo importante? ¿Está embarazada o qué?

Me aguanté la inminente carcajada tapándome la boca. Isabella, por otra parte, fingió un ataque de tos. ¿Y Joseph? Joseph se puso tan serio que nos dio a entender a las tres que no le estaba gustando para nada este juego.

—¿Yo? No, no, no, yo no...—la futura Sinclair renunció al nerviosismo—. Está bien, mi amor, tienes razón, sí hay algo que necesito decirte.

Al fin. Creí que nunca se comportaría como la adulta responsable que es.

Los tres nos llenamos de ansiedad esperando la famosa declaración (más Joseph, por supuesto), pero no duró mucho porque enseguida Isabella acabó con él soltando toda la verdad:

—Jane está embarazada.

Sí, era una adulta tan responsable que... Espera, ¿qué? No, esa no era la verdad. Era la mentira del siglo. Oh no, esto se pondría muy feo.

—¿QUÉ?—Jane fue la primera en gritar.

—¿QUÉ?—Joseph fue el segundo.

—¿QUÉ?—les seguí el juego, solo por diversión.

Jane se bajó los auriculares de mala gana, dejándolos reposar sobre su cuello.

—¡No estoy embarazada!—se defendió.

—Querida, ya no lo niegues—Isabella era tan maligna—. Todos sabemos de esa aventura reciente que tuviste. No hay nada de qué avergonzarse. Estamos aquí para apoyarte.

—¿Aventura reciente? ¡Tengo meses sin acostarme con nadie! ¡Podría morir hoy mismo y ser beatificada del poco sexo que he tenido!

De acuerdo. Demasiada información.

—Entonces quizás fue un embarazo milagroso—dijo Isabella con sarcasmo.

Jane se volvió hacia mí. Me gritaba con la mirada que la ayudara, pero demonios, no podía ponerme en contra de Isabella. Fuera cual fuera la razón por la que no quería decirle a Joseph, le debía tanto que no podía defraudarla.

—Si te sirve de consuelo, yo tengo un perro—le dije a Jane, tratando de consolarla a mi manera.

—¡Mete a ese perro a la casa, Emma!—me regañó Isabella.

—¡Que no!

Jane gruñó, ahogada en indignación. Entretanto, Joseph se acercó a ella con una expresión de tanta compasión que sentí lástima por ella.

—¿Por qué no me dijiste? Sabes que yo te hubiese entendido. Para algo somos hermanos.

—¡No estoy embarazada, Joseph!

Y entonces, como por arte de magia blanca, se vislumbró lo que había esperado todo el día. Matt, con un semblante indiferente, apareció a través de la entrada de la terraza y nos pasó de largo sin siquiera saludar.

Quedé boquiabierta, mientras mis ojos lo seguían cautelosamente. Tomó asiento en una de las mesas donde no había ningún invitado.

—Adiós—dije a todos, llevando al perro conmigo—. Suerte con tu embarazo, Jane. Apóyala, Joseph. No la fastidies mucho, Isabella.

—¡No estoy...!

No terminé de escucharla. Prácticamente volé en un cohete hasta el planeta donde Matt estaba y me senté a su lado sin siquiera preguntar.

—Hola—le sonreí cálidamente.

Matt no respondió. Estaba tan serio y enfocado en ignorarme, que me dolió un mundo. Pero debía seguir intentándolo, debía recuperar lo que teníamos aunque mi vida dependiera de ello.

—Sabes...—intenté hacerle conversación—. Estoy un poco

desesperada. Quiero encontrarle un nombre a nuestro perro, no encuentro ninguno digno de él, y ya que tú eres muy bueno con las palabras y eso, creí que...

Los oceánicos iris de Matt se volvieron hacia mí, pero por primera vez, no existía ningún brío en ellos. No estaba el mar sereno que me gustaba, ni la profundidad que ahogaría en romance a cualquiera. No había nada.

—Esto no va a pasar—me habló al fin.

—¿Qué no va a pasar? ¿No le pondremos nombre al perro?

—Tú y yo, haciendo como que nada sucedió—apartó la vista—. Es imposible que vuelva a caer rendido ante ti y me traiciones de la forma en que lo hiciste. Así que deja de hablarme, no va a pasar.

Con el corazón roto en la boca, me arriesgué a poner mi mano sobre su pierna. Para mi sorpresa, no la apartó, pero tampoco la agarró. Tenía cero intenciones conmigo.

—Matt—dije—. ¿Podemos, por favor, intentar resolver esto de otra forma?

—No hay otra forma de resolverlo, así que ni lo intentes.

Balbuceé, incrédula ante la persona que tenía enfrente. Ese no era el Matt que volcaba todo dentro de mí. Aquel que me inspiraba a ser mejor. Yo tenía la culpa, claro que la tenía, pero me rehusaba a que termináramos de esta manera.

—Pero estoy intentando ser amable contigo.

—Pues déjalo, no necesito que lo seas.

Sin saber por qué, dejé de sentirme triste y pasé a sentirme enojada. ¿Cómo era posible que este hombre pudiera enamorar mi corazón y en menos de un minuto, sacarme de quicio también? ¿Lo amaba o no lo amaba?

—¿Hablas en serio?!—exclamé más alto de lo que hubiese querido.

—Sí.

—¿Ah sí?

Me levanté, sintiendo que mi sangre hervía de la rabia. Le quité la correa al perro y se la tiré en los pies a Matt logrando lo único que de verdad quería con aquella acción: capturar su atención.

—Al diablo contigo y tu perro, Matt.

Con rabia, pero ojos cristalizados también, corrí por toda la

terrazza dispuesta a largarme de ahí a toda costa para hundirme en llantos en mi habitación. Incluso pase al lado del trío de locos, quienes todavía discutían sobre el embarazo.

—¡QUE NO, JOSEPH, QUE NO!—Jane se zafó de su hermano y me siguió, intentando detenerme—. ¡Emma! ¡Demonios, Emma! ¡Tenemos una boda que ensayar!

—¡Déjame! ¡Al diablo con la boda! ¡Al diablo con el amor! ¡Al diablo con esta vida!

Antes que pudiera seguir corriendo, Jane me agarró por el vestido arrastrándome hacia ella. Parpadeé y tenía sus azules iris, ardientes en ira, fulminándome.

—Nadie va a decir que esta boda fue un desastre porque Janine Sinclair hizo un mal trabajo de logística—¿a alguien más le dio miedo que usara su verdadero nombre?—. Así que trágate tu orgullo, dolor, lo que sea, y ve a buscar a tu compañero de marcha nupcial. Tenemos una boda que ensayar.



Lo siguiente que supe es que estaba parada en el principio del largo pasaje principal de la boda. El mismo que Isabella debía caminar mañana para llegar hasta el altar donde Joseph la recibiría para unirse en santo matrimonio. Ah sí, y que estaba agarrando el brazo de Matt porque Jane también lo fulminó con sus palabras mandonas de diosa de logística.

Caminábamos despacio, al son de una música suave, pero ridícula. Tampoco entendía por qué, pero el perro sin nombre ni raza seguía a Matt. Debía estar cabreado conmigo porque lo abandoné.

—No puedes tratarme indiferente por siempre, Matt—le susurré, otra vez intentando hacerle conversación—. Soy tu novia.

Al final del pasaje estaba Joseph. Se veía tan perturbado e incómodo. Luego de la ridícula pelea con el embarazo, apostaba que estaba al tanto de todo y le estaba costando no salirse de sus casillas.

—No eres mi novia.

—Que sí lo soy—insistí—, y quiero a mi perro de vuelta, él no tiene nada que ver con nosotros.

—Él tampoco te quiere ya, lo rechazaste.

—¡Porque me sofocaste!

—¡MÁS LENTO!—nos gritó Jane desde la distancia.

Disminuimos la velocidad de nuestros pasos al tiempo que la banda sonora que tocaba los instrumentos hizo lo mismo.

—¿Yo te sofoqué a ti? ¿Qué hay de lo que tú me hiciste a mí?

—Ya te dije que lo siento y que estoy arrepentida. ¿Qué más quieres que te diga?

—Decir que lo sientes o que estás arrepentida no es suficiente.

—¡DEMASIADO LENTO!

Fastidiados, empezamos a caminar mucho más rápido, sin dejar de concentrarnos en nuestra discusión.

—¿Y qué demonios tengo que hacer para que me perdones, entonces?!

—¡Ya te dije que no es así de sencillo!

—¡VAN DEMASIADO RÁPIDO!

La música, junto a los gritos de Jane, llegó a un punto en que me sacó totalmente de control. Iba muy rápido, porque nosotros también íbamos demasiado rápido.

—¡CALLEN ESA MALDITA MÚSICA!—grité a los cuatro vientos.

La música se detuvo al mismo tiempo que me solté del agarre de Matt. A partir de ahí el ambiente se tornó tenso y callado. Todos los invitados nos contemplaban desconcertados por lo que sucedía en el pasaje.

En otro momento me hubiese sentido completamente fuera de lugar, pero ahora lo único que quería era ponerle fin a esta pelea estúpida con Matt.

—¿Sabes qué?!—estallé de la ira y lo empujé—. ¡Si quieres arruinar lo que tenemos, allá tú! ¡No te voy a seguir persiguiendo para que me perdones!

Él no me empujó, porque me respetaba, pero también estalló:

—¿Yo lo estoy arruinando?! ¡Tú lo arruinaste primero!

Jane, cabreada, se acercó a nosotros. Nos señaló lo que quedaba del pasaje.

—¿Les parece que ese pasaje se caminará solo?! ¡SIGAN CAMINANDO!

—¡CÁLLATE!—respondimos Matt y yo al mismo tiempo.

La Sinclair del medio, indignada, removió los auriculares que le

permitían controlar todo a su alrededor y los tiró al suelo, gritando un «renuncio». Así desapareció de nuestras vistas dejándonos el camino libre para pelear.

—¡Es cierto! ¡Lo arruiné! ¡Pero soy humana! ¡Tengo derecho a que lo hablemos y lo arreglemos como seres civilizados! ¡Así que supéralo ya!

—¿Superarlo? ¿Crees que es así de sencillo? ¡No lo es! ¡Es más, estoy a punto de salir con una de mis ex-novias a ver cómo reaccionas al respecto!

Quedé inmóvil ante la irracionalidad de sus palabras, al igual que todas las personas que vivían en mi interior. ¿Qué es más intenso que la ira? ¡Por eso era lo que estaba experimentando!

—Retráctate—lo señalé.

—No.

—Retráctate por lo que dijiste, Matthew Allan Sinclair.

Bufó y se cruzó de brazos.

—No.

—¿No?

—No.

—Bien—dije, retrocediendo dos pasos—. Entonces...—y lo siguiente lo grité sin importarme cuánto alboroto ya habíamos causado—. ¡Veamos si puedes sobrevivir para salir con una de ellas!

Sin que nadie lo esperara, especialmente Matt, pegué un brinco hacia él, arremetiendo contra su cuerpo y tumbándolo fuera del pasaje justo encima del césped húmedo. Y así, dejándome llevar por lo que era peor que la ira, lo golpeé con mis puños.

No pasó mucho tiempo cuando los invitados empezaron a gritar a nuestro alrededor, pero no me importaba. No permitiría que Matt cometiera tal locura, ni aunque estuviese de broma.

—¿Pretendes matarme con esos diminutos puños?!—exclamó tratando de pararse—. ¡Eres la misma pulga de siempre!

Estando en el suelo con la misión de matar a Matt, era difícil saber quién se aproximaba, pero por las voces, intuí que se trataban de Isabella y Joseph, uno proveniente de cada esquina.

—¡EMMA!—chilló Isabella.

Ladridos y otros gritos se arrinconaron a nuestro alrededor, mientras Matt y yo nos revolcábamos en el césped hasta que Joseph me

abrazó por la cintura y alzó en el aire separándome de Matt. Isabella ayudó a Matt a levantarse.

Me sentí un poco incómoda con Joseph abrazándome, pero ni siquiera eso evitó que me calmara. Nada lo haría. Ni los invitados que cuchicheaban, ni Isabella que parecía querer matarme, ni mi perro que ladraba como loco, ni mi propio raciocinio que me exigía que parara.

Las lágrimas recorrieron mis mejillas, haciéndome ver como una llorona enfrente de todo el mundo, pero eso tampoco me importó.

—¡Sí, lo arruiné todo y ya te dije que lo siento porque en verdad lo siento!—exclamé—. Y me está matando, ¿entiendes? Me estoy muriendo por dentro porque no sé qué decirte o hacer para que volvamos a ser como antes.

Joseph, sabiendo que necesitaba mi espacio, me soltó.

—¿Cómo te hago entender que no salí con Oliver para traicionarte? ¡Salí con él porque estaba herida y pensé que burlándome de él me sentiría mejor! ¡Soy humana! ¡Tengo derecho a tomar malas decisiones!

Matt apretó los labios, pero no dijo nada. Supe ahí que había bajado la guardia y que, seguramente, sus emociones estaban tan descontroladas como las mías.

—¿Cómo te hago entender que Oliver no significa nada para mí, pero que tú, en cambio, lo significas todo?—bajé la voz—. Tú, Matthew Sinclair, hiciste que mi corazón latiera con fuerza y seguridad; y no fue por el amor. Valoro cada una de tus estúpidas reglas de felicidad porque me brindaron una perspectiva diferente. Y te valoro a ti, porque no juzgaste lo peor de mí, sino que resaltaste lo mejor.

Matt suavizó el semblante. No solo había bajado la guardia, sino que también estaba abriendo su corazón. Lo supe porque me miraba diferente. Me miraba cómo todas aquellas veces en que me analizaba. En que me escuchaba. En que nos conectábamos.

Era el momento indicado. Era el momento para decirle exactamente cómo me sentía, sin importar quiénes pudieran estar escuchando.

—¿Y te digo otra realidad?—me costaba hablar, mi voz se cortaba con el llanto, pero no me detendría—. Te quiero con todo lo que tengo dentro de mí. Te amo tanto que duele amarte, porque amar solo es doloroso.

Decirlo así, frente a tanta gente, se sintió raro. Raro y retorcidamente liberador. Estuve escondiendo mis sentimientos durante tanto tiempo que gritarlo a los cuatro vientos, sin importar qué pudiesen pensar los demás, se sintió como salir de una cárcel de represión y experimentar lo más profundo de este amor.

—Me equivoqué—volví a admitir—. Lo hice porque soy débil. Pero tú no lo eres. Tú eres toda la fortaleza que yo jamás podré ser.

Pero, liberador o no, no podía obligar a Matt a experimentar tanta profundidad si él no quería. Esto es lo complicado del amor: se gana o se pierde. Y yo ya había perdido, así que terminé por resignarme finalmente.

—Si quieres dejar las cosas así, porque te hace feliz, bien, lo acepto—sonreí con melancolía y me volví hacia el público—. Invitados, familia, perro... buenas noches.

Sabiendo que los fragmentos de los fragmentos de los fragmentos de mi corazón se partirían otra vez, me giré dándole la espalda al galán que quise para mi vida, pero que él no me quería en la suya, y corrí directo a la casa para huir de todo aquello que me hacía daño.



MATT.

Hay tres sencillas maneras de darte cuenta que realmente amas a alguien:

Eres capaz de gritar tus sentimientos al mundo entero, sin importar quién te esté escuchando.

Cuando lo único que importa es la felicidad de esa persona a costa de la tuya propia.

Cuando duele, porque dicen que es verdadero.

Emma había hecho cada una de estas tres cosas en menos de cinco minutos y a mí me había tomado casi tres meses completarlas.

La vi irse como la heroína de la noche, mientras me sentí como el más grande estúpido. Me esmeré tanto en culparla por lo que hizo, que terminé fallando yo también. Debí escucharla, no cerrar mi corazón de la forma en que lo hice.

—¡De acuerdo, se acabó el ensayo!—exclamó de pronto Isabella a todo el mundo, pero ni siquiera eso me sacó del shock.

No, no salí de él, ni cuando Joseph me rodeó con un brazo. Lo

único que quería ver era el horizonte hacia donde Emma se había ido, dejando un sinfín de promesas detrás.

—¿Te digo por qué me casaré?—escuché la voz de mi hermano en un débil susurro—. Porque puedo discutir con esa maravillosa mujer de allá—señaló a Isabella—, justo como tú lo acabas de hacer con Emma y aún así amarla incondicionalmente.

Sonrió.

—Por ejemplo, en este momento quiero matarla porque sé que me está escondiendo un embarazo y se inventó que Jane lo estaba para evadirme.

—¿Qué?—mi asombro fue inevitable.

Joseph asintió.

—Pero cuando me diga por qué lo hizo y podamos hablar al respecto, sé que disfrutaré plenamente la etapa que nos toca vivir, aunque no estemos listos para hacerlo.

—¿Te felicito?—pregunté, desconcertado.

—No, mejor haz otra cosa por mí—replicó—. Por favor ve a buscar a esa maravillosa mujer que te acaba de gritar cuánto te quiere y bésala como nunca antes lo has hecho.

Ni siquiera era necesario que lo dijera. Porque podía hacer las veces de idiota y dejar esto pasar, pero ser idiota es lo último que se debe ser cuando encuentras a alguien a quien vale la pena amar.

Joseph me dejó, sabiendo que ya no tenía más nada que decir, para dirigirse hasta Isabella. Empecé a correr como un loco hacia el interior de la casa, pero cuando les pasé de largo, alcancé a ver a mi hermano abrazando a su prometida y diciéndole: «Mi amor, hablemos de ese bebé cuando todos se hayan ido». Ese era mi hermano mayor, a quién admiraba tanto.

El camino se hizo largo mientras descifré donde estaba Emma, pero lo aproveché para pensar en todo lo que me encantaba de ella. Lo más importante: era todo lo contrario a mí.

Emma era valentía. No temía expresar quién era, lo que pensaba o sentía enfrente de los demás.

Era talento. Una verdadera alma artística. La urgencia de pintar un lienzo en blanco y trazar sobre él los más vibrantes colores.

Era libertad. La sensación de estar en una avioneta a miles de metros sobre la tierra y saltar sin paracaídas, sin importar las

consecuencias en el aterrizaje, porque no aterrizabas, te mantenías en un flote tranquilo, pero un poco inseguro.

Era real. Hermosamente imperfecta. Un diamante con potencial para brillar si permitía que se le hiciera presión.

Era un enigma. Tan impredecible que encantaba. La compañía que podrías tener el resto de tu vida sin aburrirte jamás.

Era imaginación sin límites. Una invención andante. Transformaba el mundo a su manera y te hacía transportarte con ella en él.

Ésa era mi Emma Bennett. Mi alocada, pero amada Emma Bennett.

La encontré al llegar al segundo piso. Estaba sentada frente a la puerta de mi dormitorio, abrazando sus rodillas y con el mismo rostro malhumorado que siempre me hacía reír.

Me acerqué cautelosamente, pensando que seguro me maldeciría por cómo rompí su corazón, pero valía la pena escucharlo. Porque para amar, es necesario primero conquistar el dolor.

Emma alzó la cabeza cuando se percató que estaba enfrente, pero decidí arrodillarme para estar a su altura.

—Emma, ¿por qué estás sentada frente a mi puerta?—intenté no reír. No quería que pensara que no la tomaba en serio.

Frunció el ceño de mala gana.

—Porque desgraciadamente...—parecía que jamás podría corregir su vocabulario indecente—. Rendirse no es una opción en el amor.

Sonó igual a mí y no podía expresar con palabras cuánto me fascinaba. Vaya, vaya, cuánto había aprendido mi pequeña Emma.

Le ofrecí mi mano para que se levantara.

—¿Te levantas para mí, por favor?

—No si me vas a romper el corazón de nuevo.

—Prometí sanar tu corazón, no romperlo—le sonreí, pero creo que ella no se dio cuenta—. Y en el medio de eso, me enamoré de él también.

Finalmente me permitió ver sus hermosos ojos café, que parecían muy asombrados por mis palabras.

—¿Me das tu mano, por favor?

Accedió, temerosa.

Cuando ya tenía su mano agarrada, la besé, dándole la confianza que se merecía y me puse de pie haciendo que ella también lo hiciera.

Tembló, lo que me hizo sentir bastante mal, no obstante, su lenguaje corporal me confirmó que solo se trataba de un nerviosismo del

cual no debía preocuparme.

«¿O debería?», me pregunté, acercándola más a mí.



EMMA.

No entendía nada lo que estaba pasando. ¿Por qué Matt había cambiado su semblante? ¿Por qué me pidió que me levantara? ¿Por qué me miraba tan lleno de deseo? ¿Se le había pasado realmente la rabia o esta era otra forma de hacerme sentir culpable de todo?

Reaccioné con un temblor, sin quererlo. Tenía miedo. Temía que los infinitos fragmentos de mi corazón se siguieran rompiendo porque ya sentía que no podía más.

—Regla número diez—susurró Matt muy cerca de mis labios, que independientemente del miedo, se morían por sentir los suyos—. Y va para ti y para mí...

Sus manos descendieron hasta mi cintura, ocasionando un sinfín de emociones que solo el corazón sabe cómo explicar y no es un lenguaje que todos puedan entender. En medio de eso, dejé escapar un par de lágrimas más, que Matt se apresuró en secar acompañado de una cálida sonrisa que calmó todo en mí.

—«Piensa menos, siente más».

Y me besó, alzándome hasta quedar de puntillas.

Los fragmentos de los fragmentos de los fragmentos de mi corazón se unieron milagrosamente, forjando una nueva bomba aórtica de acero, tan fuerte como también maleable.

El aire empezó a faltar, pero de una forma que extrañaba. El beso fue intenso, romántico, seguro. La certeza que me hacía falta para convencerme que lo correcto era seguir adelante, sin importar el «cómo» o el «porqué».

Se prolongó, mientras la puerta que teníamos detrás se abría dándonos paso a que nos adentráramos sin siquiera pensarlo. Porque no estábamos pensando nada, estábamos solo sintiendo.

Matt cerró la puerta, sin apartarse de mí. Ambos estábamos claros de nuestras intenciones el uno con el otro, y esta vez no se trataba de rompernos el corazón, sino de restaurarlo.

Le costó quitarme el vestido, pero me reí porque a mí me costó

mucho ponérmelo. Él rió a mi par y susurró algo como: «no te burles de mí».

Nuestros cuerpos se tumbaron en su cama, desatendiendo cualquier cosa que pudiese pasar a nuestro alrededor. Sin embargo, cuando la magia estaba por reinarnos en su máximo nivel, renunció al roce de nuestros labios, jadeando, pero sin dejar de abrazarme.

—¿Estás segura?

Asentí, alcanzado sus labios. Volvió a separarse.

—De que me amas, ¿estás segura?

Demonios, ¿será que parecía insegura?

—Sí—le dije—. Estoy segura de que te amo.

—Bien—respondió complacido—. Porque yo te amo también.

Y junto sus labios con los míos, permitiéndonos perdernos en nuestro pequeño universo, donde solo reinábamos nosotros y nuestro romance, que era muy distinto al de las terribles películas de romance.

Hemisferio central

Estar de esa manera con Matt fue extrañamente hermoso.

No fue como ver un atardecer en paracaídas, pero fue igual de emocionante. No fue como cenar en la zona más peligrosa de la Aguja Espacial durante una noche estrellada, pero fue igual de romántico. No fue como atacarnos el uno al otro compitiendo por el liderazgo en la tabla ficticia de puntuaciones, pero fue igual de divertido.

Él fue gentil, se preocupó de que yo estuviera cómoda en todo momento —porque vaya que yo tenía muy poca experiencia en el asunto y él parecía tener mucha—, me dio seguridad repitiéndome mil veces cuánto me quería y lo hermosa que yo era para él; y cuando la magia reinó a su máximo nivel permitiéndonos por primera vez ser uno solo, sentí que jamás podría estar de esta manera con nadie más que él.

Para mí, esa noche no «hicimos el amor», como le llaman en las terribles películas de romance, porque el amor no se hace, ni se piensa. Incluso decirlo es dudoso. El amor se siente y punto.

Esa noche solo nos amamos. Sin prisa, con dedicación, abandonándonos en nuestro pequeño universo y mezclando nuestros sentimientos con el silencio apacible que abundaba en su habitación. Un silencio donde no hubo palabras, pero aún así miles de promesas.



Matt mantenía los párpados cerrados. La lobreguez en su habitación hacía que me costara confirmarlo, pero si hubiesen estado abiertos hubiese podido percibir el brillo en su oceánico iris. Situación que no sucedía mientras me mantenía tumbada a su lado abrazándolo.

—¿Estás despierto?

Demoró en responder.

—Sí...

—Si estás despierto, ¿por qué tienes los ojos cerrados?

Si hay algo en este mundo que jamás lograré entender, es por qué

la gente cierra sus ojos si no va a dormir. La frase «descansar la vista» debería ser erradicada. Para mí la hora de dormir es sagrada, o cierras los ojos porque vas a disfrutar de ella, o no los cierras y punto.

—No sé—soltó una risita—. Solo los tengo cerrados.

—¿Te das cuenta cuán ridículo suena eso?—refuté—. Es absurdo que alguien que no está durmiendo o pensando en dormir, cierre los ojos.

—Si solo cierras los ojos cuando vas a dormir, ¿por qué los cierras también cuando me besas? ¿Eso también es absurdo para ti?

Me callé. De acuerdo, punto para Sinclair.

—Se siente más cuando los cierras, pero si no es para dormir o besar, ¿por qué cerrar los ojos?—igual no pretendía perder—. Te pierdes de lo que está sucediendo enfrente tuyo, que en este momento soy yo desnuda.

—Sí, pero de ahora en adelante te voy a disfrutar mucho desnuda.

—Ya lo sé, pero, ¿qué tan interesante puede ser lo que estás viendo ahora mismo? Es solo un fondo negro. Y el negro es de lo más aburrido. El negro ni siquiera es un color, es la ausencia de luz. Es la percepción visual de máxima oscuridad, algo totalmente deprimente. De verdad que la gente no debería...

—Ya los estoy abriendo, ya los estoy abriendo—me interrumpió, con la intención de detener mi discurso filosófico—. Tienes razón, estás mucho mejor que el fondo negro aburrido. Más deseable también.

Me reí y cuando percibí el océano que tanto me gustaba, le dije:

—Encontré un nombre.

—¿Un nombre?

Asintiendo, me levanté solo un poco para alcanzar la lámpara de noche que tenía a mi lado y la encendí. Cerciorándome que la sábana me siguiera cubriendo, no porque me importara que Matt me viera desnuda sino porque hacía frío, volví para seguir abrazándolo.

—Para el perro. Le encontré un nombre a nuestro perro.

—Ya era hora—me devolvió la sonrisa—. ¿Cuál es?

—¿Prometes no reírte? Es fabuloso.

—Lo prometo.

Agarró mi mano para llevarla a sus labios, cautivándome con su ternura de siempre. Cielos, ¿cuándo me volví tan fanática del romance?

Es que no era *el* romance. Era *nuestro* romance.

—Pero promételo de verdad.

—Te prometo de verdad, mi amor, que no me reiré.

Inspiré profundamente y espiré. Por un momento sentí como que le volvería a revelar que estaba enamorada de él. Estuve pensando durante mucho el tiempo el nombre de nuestro perro porque se merecía un nombre digno y yo se lo había encontrado. Así que sin pensarlo más, lo solté simplemente:

—Vincent Van Gogh.

Silencio pesado. Los labios de Matt abandonaron mi mano, se curvaron hacia arriba y soltó una risotada tan grande que acabó con el silencio apacible que reinaba en nuestra velada romántica.

Pensé que callaría, porque pues, se calló; pero negó con la cabeza y rió todavía más alto. Lo observé con un rostro muy serio. Apuesto que pensaba que estaba bromeando, pero no, en verdad sentía que éste era el nombre para nuestro perro.

—Oh, ¿hablas en serio?—abrió mucho los ojos.

Asentí, lentamente. Y él presionó con fuerza los labios. Intentaba no volverse a reír en mi cara, pero terminó por hacerlo de nuevo, cada vez más alto.

—¡Dijiste que no te reirías!—golpeé su pecho desnudo.

—¿Quién le pone Vincent Van Gogh a un perro?

¡Yo!

No, no, debía renunciar al individualismo.

—Nosotros—le respondí—. En la tarde, mientras me ignorabas, le encontré una cicatriz en su oreja izquierda, lo que me indica que tuvo una cortada en el lóbulo, tal como a Vincent Van Gogh le cortaron la oreja.

Seguro está demás decir que Van Gogh fue un pintor neerlandés —uno de los principales representantes del postimpresionismo—, y a parte de ser famoso por sus alucinantes obras de arte, lo es también porque un día amaneció sin una oreja y centurias más tarde todavía nadie sabe quién se la cortó. Algunos piensan que fue un hermano que lo odiaba, pero yo sigo pensando que fue él mismo porque estaba loco y drogado.

—Buena investigación, Sherlock—se burló Matt.

—Le podemos decir Vincent para que parezca un nombre común—añadí—. Pero yo estoy segura que ese perro es la reencarnación de Van Gogh, porque ese pintor estaba demente y nuestro perro no se ve muy cuerdo, si me permites decirlo.

Matt, todavía riéndose, fingió confusión.

—¿En serio? Para mí estaba muy cuerdo antes de traerlo a casa— dijo—. Aunque... ¡Ya sé qué es! Usualmente cuando la gente se acerca a ti, pierde la cordura.

Abrí la boca, indignada. ¿Quién se creía que era para bromear así después del momento íntimo que acabábamos de tener? ¡Encima acababa de renunciar al individualismo para compartirle un nombre en el que yo creía fielmente! ¡No era el instante para bromas!

—¡Es todo! ¡Hoy duermes solo! ¡Me largo a mi habitación!

Removí la sábana y se la tiré, dispuesta a huir como la reina del drama que era, pero a Matt pareció no importarle. Continuó riendo al tiempo que me miraba de arriba abajo con un deseo carnal que fue imposible de ignorar.

—Lindo cuerpo, Sherlock—declaró lleno de picardía.

—¡Cállate!—lo empujé.

Mi intento de drama se tornó inútil. Antes que pudiera seguir con el arrebato, mi sensual sirviente me tomó de la muñeca y tiró con fuerza hacia él para encarcelarme debajo suyo.

Y aún cuando sabía que a este punto debía existir una gran confianza entre nosotros, no pude evitar sentirme nerviosa al sentir el contacto de su piel desnuda contra la mía. Al sentir esos atributos que lo hacían ser hombre y que a mí me hacían sentir como una mujer.

—Yo también perdí la cordura por ti—susurró consiguiendo que olvidara por qué estaba enojada e incluso el nuevo nombre del perro—. La cordura y muchas otras características que le daban el sentido lógico a mi hemisferio.

Contra todo pronóstico, me sacó una sonrisa de estúpida.

Me costaba creerlo todavía. Hace casi tres meses era una chica solitaria, con un corazón envuelto en una máxima oscuridad —como el color negro—, que no creía en el amor ni en sí misma y mírame ahora, enamorándome de golpe, sin temor al abismo de consecuencias en el que pudiese caer.

Nos miramos a los ojos durante un largo rato, transmitiendo un sinfín de promesas hermosas el uno al otro, hasta que tuve que hablar.

—Pídemelo.

—¿Qué cosa, amor?

—Pídeme que sea tu novia.

No había necesidad. Ambos sabíamos que éramos novios desde

hace mucho tiempo, pero quería vivir ese momento. Quería que este romance, que era algo nuevo en mi vida, se sintiera formal. Que no hubiese cabos sueltos en él.

Sin embargo, Matt negó, jovial.

—No, no te lo mereces—dijo.

Mi ceño se frunció.

—Lo merezco más que cualquiera en este mundo.

—¿Y eso por qué?

—Porque aquellos que se hacen reír merecen estar juntos—repliqué, imitando su tono filosófico—. Y yo te hago reír mucho.

—Mmm... eso es discutible—intentó jugar al difícil.

—No lo es y lo sabes.

Se calló, seguramente admitiendo en su interior que se sumaba un punto para Bennett en la tabla de puntuaciones.

—¿De dónde sacaste eso?—me preguntó al final.

Le guiñé un ojo.

—Me suscribí a una de tus listas de correo, de las que te envían frases motivacionales todos los días a la cuatro de la mañana, mientras duermes.

—¿Estás diciendo que saco mis frases épicas de una lista de correo?

—¿Sino de dónde más?

Oh, otro punto para Bennett. El amor me tenía ardiendo, señoras y señores.

Matt llevó sus manos hasta mi cintura, apretó y terminó haciéndome cosquillas. Me retorcí, riendo tan alto que temía que a este punto hubiéramos despertado a todo el mundo. Aunque, pensándolo mejor, no me extrañaba que todos estuviesen pegados en la puerta escuchando nuestras incoherencias.

Verán, haya sacado o no la frase épica de una lista de correo —en verdad sí fue así—, estaba de acuerdo con ella. Cuando encuentras a alguien con quien te puedes reír sinceramente sin parar durante un largo rato, definitivamente hay un fuego ardiente entre tú y esa persona.

—Bien, tú ganas—declaró mi sensual sirviente, al cabo de unos segundos.

Tiró el cuerpo hacia atrás, obligándome a sentarme. Seguido, se puso a rebuscar entre las sábanas, luego al suelo. Ahí, en la alfombra,

encontró la camisa que tenía puesta antes del momento mágico y recubrió mi cuerpo con ella ajustando los botones uno a uno.

—Ven—me agarró la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

Caminamos lentamente hasta una amplia ventana que se escondía tras unas cortinas color bronce. Matt tiró las cortinas hacia ambos lados dejando ver el cristal, cuyo reflejo mostraba una parte de la terraza decorada para la boda y otra parte el escenario interior en el que nos encontrábamos.

Me abrazó por la cintura, con mi espalda apoyándose contra su pecho. Su calidez me deleitó tanto que me terminó de convencer que estaba en el lugar indicado, con la persona indicada.

—¿Qué ves?—murmuró en mi oído.

Conociéndolo, sabía que era una pregunta capciosa, pero recurrí a la honestidad por si acaso:

—La decoración de miles de dólares para la boda de Isabella y Joseph, cuya paleta de colores no fue la que sugerí.

Seguramente si mi subconsciente estuviera presente, hubiese dicho algo como: «No puedo contigo soqueta, te ganas el premio del año por arruinar un momento romántico», pero decidió darme la privacidad que merezco con la persona que también lo merece.

—¿Qué más?—preguntó Matt, divertido.

Lo pensé mejor durante un minuto, pero fallé de nuevo en mi respuesta:

—Tu caliente cuerpo que no quiero compartir con nadie.

Y, oye, no era mentira.

Su sonrisa, tan mortal como todo lo demás en él, me atacó a través del reflejo, derritiendo cada poro en mí.

—Hablo en serio—insistió.

Yo también, pero viéndolo mejor, tenía razón. En el reflejo había algo más importante que la horrible paleta de colores que Isabella y Joseph eligieron para la decoración de su boda y todas las demás cosas materiales:

—Nosotros. Somos nosotros en el reflejo.

Matt asintió.

—Repite después de mí—dijo—: Soy el hemisferio derecho del cerebro.

Me desconcerté.

—¿Ahora usarás la gráfica de los hemisferios del cerebro en mi contra?—me burlé, sin querer—. ¿Finalmente te dignaste en leerla?

—No es en tu contra. Y sí, me digné en leerla. Ahora repite después de mí: Soy el hemisferio derecho del cerebro.

Por primera vez desde que nos conocíamos me permití hundirme en el efecto Sinclair. Se sentía diferente que cuando impedía que se manifestara en mí. Era una sensación más compleja de descifrar que la fuerza electrizante, pero se sentía mucho mejor.

Decidí enfocarme en nosotros y en lo que Matt me pedía.

—Soy el hemisferio derecho del cerebro—dije.

—Soy valiente, libre, creativa, anhelante—me dijo Matt y lo seguí sin titubear—. Soy imaginación sin límites. La urgencia de pintar un lienzo en blanco y llenarlo con colores vibrantes.

Las palabras salieron de mi boca con tanta seguridad que me impresioné que era yo quién las estuviera pronunciando.

«Soy valiente. Soy anhelante. Soy libre. Soy imaginación sin límites. Soy la urgencia de pintar un lienzo en blanco». Sí, ésa era yo. En palabras cortas e incluso distintas a la gráfica de los hemisferios del cerebro —porque Matt no tuvo la intención de memorizarla sino interpretarla con su propia filosofía—, ésa era yo.

¿Cómo esta persona me conocía tan bien? ¿Cómo, en tan poco tiempo, logró erradicar lo peor que habitaba en mí y potenciar lo mejor?

—Soy todo lo que quiero ser—citó Matt a la gráfica.

—«Soy todo lo que quiero ser»—repetí, despacio, pero con firmeza.

¡Cuidado todos! Una Emma segura de sí misma había nacido.

Matt alcanzó mis manos, entrelazando sus dedos con los míos. Los apretó levemente, creyendo que requería seguridad. Y aunque ya no necesitaba que me la brindara, porque predominaba en mí, nunca dejaría de gustarme que lo hiciera.

—Soy Emma Rosalie Bennett—continuó.

El tocadiscos se rayó. Eh no, no, alto ahí. Ni con tanta seguridad pronunciaría mi segundo nombre que tanto aborrecía.

—Sabes que odio ese segundo nombre.

—Repite, mi amor, repite—añadió Matt.

Bufé.

—Soy Emma Rosalie Bennett—dije.

Y entonces el disgusto por el segundo nombre se desvaneció por completo al escuchar lo más hermoso que había oído jamás.

—Y soy la novia de Matthew Allan Sinclair—pronunció Matt enorgullecido.

Sonreí ampliamente.

—Y soy la novia de Matthew Allan Sinclair—le dije. Me sonó todavía más hermoso—. Una declaración muy...

—Shh...

Dejé de ver nuestro reflejo y se presentó ante mí el océano que tanto me gustaba, pues Matt me giró hacia él. Su mirada fue tan penetrante que me quedé sin aliento.

—Soy Matthew Allan Sinclair—me dijo, enloqueciendo mis palpitares—, y soy el hemisferio izquierdo del cerebro. Soy lógico, analítico, habitual. Un maestro de las palabras. Siempre tengo el control.

No leyó, analizó y adecuó la gráfica a *mí*. La leyó, analizó y adecuó a *nosotros*.

—Sé exactamente quién soy—citó a la gráfica.

Ladeó la cabeza, ampliando nuestra conexión visual. Su respiración era más calmada. No denotaba ni un gramo de nervios, sino emoción. Esperaba este momento con ansias, lo estaba atesorando tanto como yo o incluso más.

—También odio mi segundo nombre—me dejó ver su cautivante sonrisa—, pero es quién soy. Soy Matthew Allan Sinclair y soy el novio de Emma Rosalie Bennett.

Y eso sonó todavía más hermoso que mi propia declaración de amor, porque dejó muy claro tres cosas: 1) Matt se enorgullecía de quién era, 2) Se enorgullecía de quién yo era y, 3) Se enorgullecía de quién éramos juntos.

Tres cosas que no necesitaba oír, porque las sabía, pero qué bien se sentía poder reafirmarlas luego de la intimidad que tuvimos.

Me invadió unas inmensas ganas de llorar. Llorar de felicidad. Pero me contuve porque podía llorar y arruinar el momento, o podía sonreír como nunca y disfrutar el premio celestial que era este sentimiento correspondido. Obviamente opté por la segunda.

—¿Debo seguir perseverando por ti?—Matt agarró mi mentón para alzarlo—. ¿O dirías que sí a esta declaración?

Hice silencio, solo para dejarlo a la expectativa. Sin embargo, no

pude contenerme más. Me tiré encima de él gritando:

—¡Sí y un millón de veces sí!

Abracé su cintura con mis piernas, a lo que él perdió un poco el equilibrio, pero logró mantenerse estable, para terminar abrazándome también. Me correspondió con tanta fuerza que se me escapó todo el aire, pero no me importaba, porque no era solo Matt quién me abrazaba. Era mi demente, desvergonzado, persistente, abnegado y enamorado novio.

Recostó su cabeza sobre la mía, besándola primero para entonces decir:

—No perdimos el sentido de quiénes somos—susurró, suave, gentil, besó mi mejilla y volvió a mi oído—. Adquirimos un nuevo sentido.

¿Saben esa sensación de estar flotando sobre el mismo lugar en el que estás parado? ¿Ésa en que tu estómago se llena de mariposas que revolotean desesperadamente en busca de una salida inexistente? ¿No? Yo tampoco la conocía. Hasta hoy.

Hasta hoy que había desbloqueado un nuevo logro: decir «sí» a un futuro prometedor que en una sola palabra que todos puedan entender, quedó proclamado como mi «novio».

El novio decente, valiente y merecedor, que no dejó de abrazarme para cerrar nuestro trato del futuro con un beso que para mí, incluso se sintió mejor que el primero.

No sé en qué momento quedamos acostados nuevamente uno al lado del otro, porque me desconecté de nuestros movimientos. Solo supe que mientras mi novio me contemplaba, tuve que cerrar los párpados para «descansar la vista», porque el cansancio me estaba venciendo.

—Lo siento...—susurré antes de desfallecer—. Por ser tan idiota. Lo siento.

La pacífica respiración de mi novio me indicó que él también desfallecía a mi par. Pobre, debía estar tan agotado. Los últimos días habían sido fatales para él.

—Lo siento también—respondió—. Por formar parte de la idiotez, pero por favor, no me vuelvas a ocultar nada, ¿lo prometes?

—Lo prometo.

Definitivamente éramos lo que éramos. Emma era Emma y Matt era Matt. Pero juntos, diría yo, que éramos un nuevo sentido. Una nueva gráfica con un hemisferio central en donde se entremezclaba la

creatividad con la lógica. Un hemisferio que se definiría bien con la frase: «Soy exactamente todo lo que quiero ser».

—Aún así, debo felicitarte—añadí—. Golpeaste a mi ex-patán más duro de lo que yo lo hice.

—¿Lo golpeaste?

—Directo en el rostro.

Estaba segura que Matt me diría algo como: «¿Qué te he dicho sobre andar pegándole a la gente?», pero en cambio dijo:

—Ésa es mi chica.

Mi mente se empezó a nublar por el agotamiento y supe que era hora de decir adiós a la noche tan especial. No fue difícil, porque también supe que sería la primera de muchas.

—Buenas noches, novio.

Matt suspiró, cansado, renunciando a mantenerse despierto.

—Buenas noches, novia.

Coincidimos en una última respiración antes de desconectarnos de la realidad circundante. Y mientras sentí que el sueño finalmente me dominaba, unas palabras salieron imprevistamente de mi boca:

—Matthew... Sinclair...—mis labios se movieron débilmente—. Nunca pensé que... conocería a alguien como tú, pero qué bueno que lo hice porque...

Era el discurso de amor que le tenía. Sí necesitaba decirlo después de todo.

—Mi vida dejó de ser blanco y negro.

Hubo un silencio. Uno en el que me sumergí en mi sueño, pero incluso así, escuché la lejana respuesta de Matt que pareció perderse en el vacío:

—La mía también, mi amor. La mía también.

¿Final feliz?

—*Matt...*

Golpe.

—*Matt..*

Golpe.

—*¡MATT!*

Abrí los ojos de un tirón, sobresaltada.

Los rayos de sol penetraron a través de la ventana causándome molestia. Hacía calor, mucha calor. También me sentía asfixiada. Era Matt, que me abrazaba y apretaba la barriga.

—*¡Matt!*

Me removí un poco, tratando de separarme de Matt, pero él dormía profundamente. Mientras tanto, afuera se escuchaban unos lejanos gritos que no dejaban de pronunciar el nombre de mi persona favorita al tiempo que golpeaba la puerta con desesperación.

¿Qué hora era? ¿Por qué Matt me abrazaba tan fuerte? ¿Y por qué estaba abrazando también a Vincent? ¿Cómo demonios se había metido Vincent al dormitorio? ¿Y por qué me sentía celosa del perro?

Miré al reloj de pared: 9:40 a.m.

¡Oh no! ¡Nos quedamos dormidos!

—*¡Matt, despierta!*

Esa voz... solo había una persona tan inquisitiva en este mundo que no tenía vergüenza de irrumpir en el sagrado sueño de los demás cuando se trataba de descubrir algo que sospechaba no estaba bien: la mujer que se casaba hoy.

Me revolqué en las sábanas haciendo un segundo intento por quitar a Matt de encima mío, pero estaba tan dormido que ni siquiera se había percatado de los golpes o los grititos que pretendían ser dulces o de mis propios movimientos.

Cielos, Isabella me mataría. Literalmente me mataría. Lo dijo clara y específicamente: «El estilista llega a las 9:00 a.m. Tiene solo una hora y media para cada una (Jane, ella y yo). Debes estar lista a esa hora o te mato». Hizo mucho énfasis en la parte de «te mato».

—Matt—susurré—. MATT.

Logré quitar su brazo de encima mío y lo toqué repetidas veces, pero nada que daba señales de vida. ¡Ni él ni Vincent!

—Matt, vamos, por favor despierta.

Se movió. Pero solo para liberar el brazo con que rodeaba al perro y abrazarme con él para apretar más fuerte mi espalda contra su pecho. Quería que se quedara así por siempre conmigo, pero lastimosamente teníamos una boda hoy a la que no podíamos faltar porque eran seres queridos, éramos los padrinos y todas esas otras excusas que la gente te dice para que no faltes a una boda.

—*¡Matt!*—persistió Isabella afuera—. *¡Vamos, querido, necesito que despiertes!*

¿Que no le daba vergüenza? Sin importar cuánto se estuviera derrumbando el mundo, yo jamás había ido a su habitación a despertar a su futuro esposo. Digo, tampoco era como que tuviera muchas agallas para hacerlo, pero ese no era el punto.

—*¡Matt!*—grité a lo bajito.

Milagrosamente empezó a reaccionar.

—*¿Mmm...mmm.mm?*

—Por favor, por favor, despierta.

Rió en mi oído. Estaba tan adormecido todavía.

Los golpes cesaron. Matt me liberó y mientras bostezaba, me giré para verlo. Su cabello estaba más revuelto que las sábanas que nos protegían del frío de la madrugada. Mantenía los ojos cerrados dejando resaltar unas ligeras ojeras que se habían formado debajo de ellos.

Sonreí. No sabía si era yo que estaba muy enamorada, pero me parecía de lo más lindo. Hasta creo que era en mi faceta favorita de él.

—Vamos, novio, despierta, debes salvarme de esta.

Abrió los ojos débilmente. Era como si sus párpados le pesaran demasiado.

—*¿Sal... salvar..?*—preguntó, pero de pronto su expresión cambió a una de asombro—. *¡OH POR DIOS!*

Me asusté.

—*¿Qué?! ¿Qué pasó?!*

—Santo Cielo, Emma, eres de lo más hermosa en la mañana—agarró la sábana y la estiró hacia arriba para cubrirnos con ella—. Rápido, volvamos a dormir para despertar y que seas lo primero que vea

de nuevo.

Quedé debajo suyo, con la respiración entrecortada, por su pecho que presionaba sobre el mío. Todavía no me lo podía creer, apenas la mañana anterior me había despertado llorando por no tenerlo conmigo y ahora de repente me despertaba en sus brazos luego de una apasionante velada.

La sábana nos cubrió todo, dejándonos envolvernos en la privacidad que aquella cueva nos proporcionaba, en la que aprovechamos para desearnos con la mirada.

—Buenos días, novia.

—Buenos días, novio.

A pesar de estar recién despiertos me atreví a besarlo, hasta que sentí que algo me lamía la cara. Algo que definitivamente no era Matt. Me separé para encontrarme con que Vincent se había metido en la cueva también y me lamía a diestra y siniestra.

—¡No, vete!—le grité, asqueada.

Matt se rió, ignorando mi lucha con el perro.

—Hagámoslo antes de levantarnos—dijo sin pena alguna.

No tuve ni tiempo de avergonzarme por su atrevimiento porque entre lo que tiraba al perro a un lado y trataba de respirar debajo suyo, volvió a capturar mis labios. Yo, por supuesto, no me quejé. Al contrario, le correspondí perdiéndome en su ternura, lo que también hizo que me olvidara de mis obligaciones de madrina de esta mañana.

Sentí que desabotonaba la camisa (suya) que traía puesta, mientras me besaba, acariciaba y yo revolvía su cabello con mis manos disfrutando de cada una de las sensaciones tan placenteras que me ocasionaba.

Eso hasta que...

—*¡Emma! ¡Sé que estás ahí! ¡Escuché tu voz! ¡Abran la puerta ya!*

Aún con nuestros labios unidos, Matt y yo intercambiamos una mirada de alerta. Y fue así como se arruinó mi primera mañana con mi novio oficial. Una mañana que pudo ser hermosa, como también picante. Definitivamente esto lo mostraban más romántico en las terribles películas.

—¿Ésa es Isabella?—preguntó Matt, separándose.

Removí la sábana, la tiré a un lado y logré salir de la cama.

Inmediatamente me horroricé con el desorden que había. Nuestras prendas de ropa de la noche anterior estaban tiradas por doquier como también algunas almohadas y el cobertor de la cama. ¡Madre mía! Este dormitorio decía por todas partes: «Aquí Matt y Emma tuvieron una aventura y no precisamente inocente».

—*¡EMMA ROSALIE BENNETT!*

Me sacudí del susto.

—Me va a matar, me va a matar—dije, corriendo como demente alrededor de la cama recogiendo todas mis cosas como también las de Matt.

Matt salió de la cama y corrió a mi par, ayudándome a recoger nuestro desorden.

—¡Me va a matar!—exclamé por tercera vez, tirándole a Matt el pantalón que tenía puesto anoche. Lo atrapó hábilmente y se lo puso.

—¿Por qué te va a matar?

Matt encontró mi vestido y me lo lanzó. Vicent ladró viéndolo volar. No logré atraparlo, lo vi caer a mis pies.

—Porque si me ve aquí sabrá que me acosté contigo y me dará un sermón de por qué no debo tener relaciones sexuales con alguien con quien estaba peleada y con quien no tengo una relación formal, ni tampoco informal, ni tampoco una relación definida.

Agarré el vestido de la alfombra y lo miré con desprecio. Me rehusaba a ponerme esa cosa maligna otra vez.

—Pues dile que ahora sí tienes una relación. Dile que eres mi novia. Que somos adultos y que nos amamos.

Matt me tiró una sábana.

—Sí, claro—dije, agarrándola y doblándola—. Como si la excusa del amor fuera a funcionar.

—No es una excusa, es la verdad.

Vincent voló por los aires, mordió el extremo de la sábana, gruñó y empezó a halar hacia atrás para quitármela. ¡Y luego Matt decía que este perro no tenía problemas mentales!

—¡Suéltalo! ¡SUÉLTALO!—halé por mi lado—. ¡VINCENT SINCLAIR!

«¡BAM! ¡BAM!», retumbaron los golpes de la puerta en mi conciencia.

—*¡EMMA!*

—Oh... pero mira nada más lo que encontré—Matt recurrió a un tono muy pícaro. Alzó una mano en la que sostenía... ¡Mis bragas!—. Esto me trae bonitos recuerdos.

Mis mejillas cobraron un color más rojo que un tomate. Estuve a punto de gritar de la vergüenza, pero luego recordé que Isabella estaba allá afuera con intenciones de matarme y se me pasó.

—¡Deja eso!—exclamé—. ¿Dónde...? ¿Dónde está tu camisa?

Con una mirada muy pícaro, me señaló con su dedo índice. Me vi a mí misma. La tenía puesta todavía. Medio abierta, pero la cargaba encima cubriendo mi cuerpo desnudo.

—Oh, demonios...

—*¡EMMA! ¡Ésta es la última vez que te llamo!*

—Hagamos un trato, amor—me dijo Matt—. Yo te devuelvo esto —ondeó mis bragas en el aire—. Y tú me devuelves mi camisa.

—Pero no traigo nada debajo.

—Exacto—me atacó Matt con su arma mortal—. Vamos, nena, solo quítatela.

Exploté en la rojez. Yo había conocido a un Matt diferente: uno sensiblero, que había organizado dos citas románticas (una con velas y la otra en la Aguja Espacial), que me había llenado de pétalos rosas mi dormitorio de Seattle, que había regalado un teléfono móvil con mensajes clichés de la operadora. Me sorprendía ver esta faceta tan traviesa de él, pero ojo, no me estaba quejando. Me encantaba que tuviera esta confianza conmigo. Y de paso que me deseara tanto.

Tragué, nerviosa.

—¿Quién... quién te crees que eres para hablarme así?—pregunté, y sus ojos me recordaron en un segundo todo lo que había sucedido la noche anterior—. Oh, cierto, ahora tienes ciertos derechos sobre mí. ¡Qué emoción!

Aún así, no me quité la camisa. Porque sin importar cuántas indirectas Matt me estuviera tirando para verme desnuda, si me la quitaba tendría que volver a ponerme el vestido que picaba y no había forma de que volviera a esa tortura.

Cuando el dormitorio se veía «decente», nos apresuramos en llegar hasta la puerta, pero fue Matt quién sostuvo la perilla haciendo un ademán para girarla.

—Espera, espera—me peiné con los dedos—. ¿Cómo me veo?

Los labios de Matt se curvaron hacia arriba.

—Preciosa.

Aun cuando no le creí, asentí. Agarró la perilla y justo cuando estaba por abrirla...

—Espera, espera—lo detuve—. Me matará, no puedo hacer esto. Mejor me escondo. Tú sálvame.

Matt accedió sin protestar. Abrió la puerta hasta la mitad. Me escondí detrás de ella, procurando ser muy sigilosa, pero Vincent no hizo lo mismo. Viendo una oportunidad, salió disparado del dormitorio rozando a Matt y quizás a Isabella también.

—¡Hola Isabella!—Matt pretendió sonar emocionado—. ¿Qué te trae a mi habitación en una mañana tan calmada como ésta en la que dormía solo y definitivamente con más nadie?

Estábamos tan jodidos.

—Buenos días, querido—Isabella fingió dulzura—. Tengo más de quince minutos llamando, ¿por qué no me respondías?

—Es que estaba muy dormido abrazando a mi hermosa nov...—le pellizqué la espalda—. Almohada.

—Con que la almohada, claro—replicó Isabela—. ¿Puedo pasar?

¡Pero qué descarada! ¡Esas hormonas de futura mamá se le estaban subiendo a la cabeza!

—¿Pasar?—el tono de Matt se tornó serio—. Isabella, sé que hoy te vas a casar con mi hermano y todo eso, pero no creo que tengamos la confianza suficiente para que entres a mi habitación.

—¿Por qué no?

—Porque estoy desnudo.

—Tienes pantalones puestos, Matt.

Matt balbuceó.

—Sí, pero estoy por quitármelos—hizo un ademán por bajarse la cremallera del pantalón—. No creo que debas verme desnudo.

Yo tampoco lo creía. De ninguna manera permitiría que alguien más viera ese cuerpazo de él que era un regalo del Cielo.

—¡Ya, ya!—lo detuvo Isabella avergonzada—. ¿Has visto a Emma?

—¿Emma? ¿Quién es Emma?—volví a pellizcar su espalda. Lo iba a joder todo—. ¡Claro, Emma! No la he visto.

—¿Seguro que no está adentro contigo?

—Isabella, si te estoy diciendo que estoy por desnudarme, ¿por qué Emma estaría adentro conmigo?—Matt jugó al tonto—. ¿Te das cuenta de la locura que eso es? Definitivamente Emma no está adentro conmigo.

—Bien—accedió Isabella—, pero si ves a Emma—alzó más la voz hasta empezar a gritar. Por supuesto que sabía que yo estaba adentro—. ¡Dile que el estilista ya llegó, que estamos retrasados y que la estamos esperando abajo!

—¿Por qué gritas?—le preguntó Matt confundido.

—¡Que la estamos esperando abajo y que sin importar las locuras que haya hecho, tiene que peinarse y maquillarse para mi boda PORQUE ES LA MADRINA!—entonces retornó a su dulzura de siempre—. Pero solo se lo dices si la ves. Buenos días, querido.

Tras desearle los buenos días también, Matt cerró la puerta.

Nos miramos durante un minuto. Luego soltamos una carcajada que no hizo más que tirarnos a las peligrosas aguas turbulentas.

¿Qué podía decir? Al fin y al cabo solo éramos dos jóvenes enamorados que no eran capaces ni de salvar sus propios pellejos porque no hacían más que pensar en excusas tontas que jamás funcionarían.

—Debo irme—le dije, sonando un poco desilusionada.

Pero Matt, retornando a la picardía de antes, negó con la cabeza.

—No me parece—murmuró, abrazando mi cintura y empujándome hacia atrás contra la pared—. Yo opino que te quedes.

—Debo ir a maquillarme—dije débilmente, en un intento fallido por resistirme—. Y a peinarme, y todas esas cosas aburridas que...

Me calló con toque sutil de sus dedos en los labios.

—Mi preciosa novia no necesita maquillaje.

Sus labios terminaron por posarse sobre los míos, presionando con gentileza. Sentí que el calor del deseo me inundó todo el cuerpo, despertando todas las sensaciones que solo Matt ocasionaban en él.

Aún así, logré hacer un esfuerzo enorme por resistirme, muy triste por tener que acabar con nuestra primera mañana romántica juntos. Me dolía, pero éste en realidad era el día de Isabella y como su madrina, debía aportar para que todo saliera bien.

—En verdad debo irme...

Matt asintió, pero no dejó de besarme.

—Así nunca podré irme...

Negó, profundizando en el beso, por lo que tuve que llenarme de voluntad para separarme o sino terminaríamos revolcados entre las sábanas otra vez.

—Soy la madrina y tú, el... el...—me distraje con todo el deseo con el que me examinaba—. El padrino. Un muy sexy padrino que debe...

Tragué, nerviosa. ¿Cómo es que no podía concentrarme ni siquiera para hablar en su presencia? Esto no era tan difícil antes.

—...arreglarse también para la boda de su hermano.

Me agarró la mano, jugó con mis dedos y la besó al tiempo que se esforzaba en hechizarme con sus ojitos sensuales. Estaba más que claro que la boda no le importaba tanto como nuestro nuevo compromiso.

—Así que...—dije insegura—. Te veo ahora.

Eché dos pasos hacia atrás, abrí la puerta y me preparé para pegar la carrera de mi vida para salir de ahí. Sin embargo, ni siquiera pasé del marco porque Matt me volvió a agarrar, arrastrar hacia él y colocó contra la puerta abierta, lo cual atentaba contra nuestra privacidad.

Quedé a centímetros de distancia de él, con el corazón acelerado y unas inmensas ganas de que Isabella no se casara hoy para que así pudiera disfrutar de mi novio todo el día.

—Ese «ahora» puede tardar demasiado en llegar—susurró, rozando mis labios con la única intención de provocarme—, pero está bien.

Entonces me soltó, justo cuando empezaba a derretirme en sus brazos.

Salí sin mirar atrás. Era lo mejor.

Probablemente me fui volando de la alegría hasta mi dormitorio, porque esas son las locuras que te hace sentir el amor. Entré, di un hondo respiro, cerré la puerta y me recosté sobre ella con una gran sonrisa de estúpida creyendo que me desmayaría de la emoción por todo lo que había sucedido. Vaya, vaya, tenía novio y era un príncipe que tenía todas las cualidades noveleras con las que las mujeres sueñan.

—Ah...—suspiré, dejándome caer hasta la alfombra.

—Vaya suspiro—retumbó una voz.

Salté como un canguro, quedando de pie. Isabella estaba sentada en mi cama, cruzada de brazos y piernas, con una ceja arqueada y un rostro de: «Te pillé».

—Isa... Isa... Isabella.

«Dile que la esperamos abajo». ¡Por supuesto que dijo eso para despistarme! Estaba segura que vendría a mi dormitorio primero a buscar algo de ropa que ponerme. Era demasiado astuta.

—¿Dónde dormiste, Emma Rosalie?—preguntó, adoptando su actitud maternal. ¡Qué pesar que logré escapar de mi madre para quedar siendo sobre-protegida por alguien que la sustituía mejor!

—Por... por ahí.

Me señaló con su dedo índice del mal.

—¡TE ACOSTASTE CON ÉL!

Tartamudeé.

—¡Oye! ¿Y qué si lo hice? ¡Soy una adulta!

Isabella exhaló. Sabía que jamás podría corregir mi rebeldía, pero era bonito que se preocupara tanto por mí.

—Emma...—dijo con desilusión—. Los amo a ti y a Matt. Sé que se gustan y todo eso, pero ayer estaban peleados, ya se arreglaron y ahora parece que son amigos con derechos. No me agrada eso, no quiero que anden jugando así el uno con el otro. Eventualmente terminarán lastimados.

Me crucé de brazos.

—Entonces te alegrará saber que no somos amigos con derechos—soné muy firme, recordando el argumento de Matt—. Tenemos una relación. Es mi novio y nos amamos.

Dudaba que esa excusa funcionara, pero lógicamente me equivoqué en mis suposiciones como siempre porque los ojos grises de Isabella se llenaron de júbilo.

—¿LO ES?

Asentí con la cabeza.

—¡Madre mía! ¡Qué buena noticia!—dio pequeños saltitos en su lugar y luego me abrazó—. ¡Ya era hora! ¡Qué emoción!

Vaya, ¿quién diría que esa excusa tonta funcionaría?

—¡Lo sé!—le correspondí en la emoción, dando brincos a su par, mientras nos manteníamos abrazadas.

—¡Es tan genial que celebraremos aniversario en la misma fecha!

La emoción en mi interior se detuvo. De hecho, el disco romántico que sonó toda la noche y mañana se rayó ocasionando un ruido tan estrepitoso que se oyó más metal que otra cosa. *Metallica* ni sabía.

—¿Ah?—pregunté, desconcertada.

Isabella se apartó de mí, pero solo para seguir saltando por su cuenta.

—Joseph, Matt, tú y yo, celebrando aniversario juntos—prosiguió Isabella. No, no, por favor, no—. Qué bonito suena. Estoy muy feliz por ti, amiga. Ahora vístete, por fis, que tenemos que prepararnos para mi boda. Jane ya está en la cocina, ve a hacerle compañía. Yo tengo que hacer algo antes.

Sinceramente dejé de escuchar todo lo que dijo luego de «celebraremos aniversario juntos». Definitivamente no sé cómo lo hago, pero tengo un don para quedar involucrada en *todo* lo que *no* quiero estar involucrada. Y celebrar aniversario con mi mejor amiga y su esposo, que era el hermano de mi novio, contaba como una de esas cosas.

Suspiré. Matt no querría cambiar la fecha.

Suspiré. Yo tampoco la quería cambiar.

Suspiré. Tocaría huir de ellos cuando llegara la fecha todos los años.



Jane se veía aburrida sentada en uno de los taburetes de la cocina, contemplando cómo Edward preparaba un poco de café en la máquina refinada de espresso. El dichoso estilista no estaba por ningún lado.

Con mi vibra de enamorada, que esperaba no se notara mucho, tomé asiento a su lado en uno de los taburetes, dándole los buenos días.

Empezó a hablar sobre algo que no le presté atención porque a mi mente llegaron imágenes de Matt abrazándome, besándome, diciéndome que era su preciosa novia y otras cosas bonitas que vivimos en nuestra velada romántica.

Sin darme cuenta, empecé a sonreír como estúpida y luego suspiré. Sonreí, suspiré, sonreí, suspiré, sonreí más y más, más, más hasta que...

—Parece que hoy es un mejor día, ¿eh?—Jane me sacó de mi nube de pensamientos fresas.

—¿Uhhh?

—Lo digo por la sonrisa que traes.

El olor a café invadió la cocina. Edward estaba muy concentrado haciendo las veces de barista en la máquina de espresso mientras silbaba una rara melodía, por lo que ni siquiera se percató de nuestra

conversación.

—¿Qué sonrisa?—traté de disimular.

Jane me mostró sus perfectos dientes que me recordaban a la perfecta sonrisa de mi perfecto novio que era perfecto en mi vida y todo lo demás que pudiera ser perfecto.

—La sonrisa de estúpida.

Casi me río. Tendría que empezar a cobrar de ahora en adelante por cada vez que uno de mis conocidos usara alguna de mis frases. Juro que tendría más dinero que los Sinclair.

—¡Ésa es mi frase!—me quejé.

Jane se acomodó sobre la mesa para acercarse más a mí.

—Ah, ya sé...—dijo, le echó un vistazo a Edward y se volvió hacia mí para susurrar—: Lo hiciste anoche con mi hermano.

Me sonrojé. Sentí mi cara más caliente que el agua que hervía nuestro mayordomo barista en la máquina de espresso.

Le di un golpecito a Jane en el hombro.

—¡Jane!

—Oh vamos, Emma—contestó—. No es como que quiera imaginar a mi hermano menor y a ti en medio de eso, pero...

¡Ah! ¡Me moría de la vergüenza!

—...soy muy liberal—me mostró su pulgar hacia arriba—. Tampoco entiendo qué tipo de amistad con derecho tienen ustedes, pero si se quieren y se hacen feliz el uno al otro, estoy de acuerdo con ello.

Era tan diferente a Isabella. Definitivamente Isabella era la mamá sobre-protectora, mientras que Jane era la tía alcahuete.

Abochornada, me escondí entre mis manos. Previo a eso, percibí a Edward acercándose a nosotras con dos tazas de café que colocó sobre la mesa.

Y cuando la humillación estaba por reinar en nuestro espacio, alguien me tocó la espalda de la nada. Dos manos agarraron mis hombros para obligarme a voltear, pero antes que pudiera averiguar a quién pertenecían, sostuvieron mi rostro presionando unos labios sobre los míos.

Me quedé sin aliento. Ni siquiera era necesario que siguiera indagando. Conocía perfectamente a quién pertenecían esos labios tan cautivantes como también seductores.

—¡Oigan, estoy aquí!—Jane se oyó a lo lejos, no porque no

estuviera cerca, sino porque estaba cayendo en un sueño apasionante.

Matt se apartó solo un poco de mí y clavó sus azules ojos en los míos con la única intención de hipnotizarme.

—Ya es «ahora», novia.

No me quedó de otra que asentir, porque estaba que me desmayaba ahí mismo de tanto romance. Si era así de dedicado en nuestro primer día como pareja oficial, no podía ni imaginar cómo sea el resto de nuestra vida.

—Hola de nuevo, novio—le respondí, con una risita de estúpida.

—Oh sí, es un hecho: lo hicieron anoche—comentó Jane capturando nuestra atención, pero luego simplemente se enfocó en su taza de café.

Matt y yo la ignoramos.

—Oye, Edward—dijo—. ¿No es mi novia la más hermosa de todas?

No sé en qué momento Edward volvió a su lugar al lado de la máquina de espresso, pero estaba preparando otro café, supongo que para Matt.

—Es muy hermosa, señor—respondió divertido.

—La más hermosa de todas—presumió mi novio.

Unos aplausos estallaron a nuestro lado. Era Jane, que no bromeaba, sino que parecía realmente feliz por nosotros.

—Felicidades, felicidades—declaró—. Definitivamente el amor es una locura hecha por dos y ustedes están dementes. Son el uno para el otro.

La buena vibra abundó en la cocina y me susurró: «Ahí tienes, Emma, terminó la tormenta. Te presento a tu nuevo Sol. Es brillante, irradia alegría y sus rayos te iluminarán por siempre. Disfrútalo, disfrútalo mucho».

—Buenos días, familia—Joseph fue el siguiente en aparecer en la cocina.

Intenté separarme de Matt, por respeto, pero rodeó mi cintura para abrazarme contra él. Estaba tan orgulloso de nuestra nueva relación.

Joseph agarró una de las tazas servidas con café de la mesa, bebió, nos examinó. Volvió a concentrarse en la taza, depositó su atención en nosotros y bebió un poco más.

—Ustedes dos...—nos miró fijamente, hizo silencio y sonrió

pícaramente—. Sí, no hay duda, ustedes lo hicieron anoche.

Jane fue la primera en soltar la carcajada. El rubor volvió a mis mejillas, mentón, frente, nariz, manos, pies, cuello, cabello, todo lo que era, todo lo que no era, lo que tenía, lo que no tenía, lo que me faltaba. Todo se puso rojo.

De pronto mi perspectiva de Joseph, que lo hacía ver como la cabeza seria de la familia, dio un giro radical y entendí por qué Isabella y él se complementaban tan bien. Ella era la amargada, y él, el divertido.

Me escondí en el pecho de Matt, quien rió débilmente. Pensé que se pondría de mi parte, que me defendería de estos locos, pero dijo:

—Sí y fue muy bueno.

Solté un gritito, apesadumbrada. ¡Maldita sea! ¡No podía creer que estuviesen bromeando con eso! Era un hecho: Los Sinclair me habían ganado en el asunto del humor negro. Oficialmente me arrebataron el título.

Me bajé del taburete, rompiendo el abrazo con Matt, dispuesta a huir de ese lugar, pero ellos no se detuvieron.

—Matt, Emma no se ve complacida—dijo Jane.

—Sí, Matt—le complementó Joseph—. Te dije que debías practicar más.

Le rogué a Matt con ojos desesperados que me ayudara.

—Con la única con quien quiero practicar es con Emma—rechazó mi petición, poniéndole la cereza al helado de la broma.

Entre los tres hermanos chocaron palmas, sin parar de reír.

—¿CÓMO PUEDEN BROMEAR CON ESO?—exclamé, huyendo hacia la salida, pero me topé con Isabella en medio de mi escape.

—¿Qué le hicieron a Emma?!—regañó—. ¿Por qué está tan roja?!

Joseph, Matt y Jane se encogieron de hombros, haciéndose los inocentes. Edward, por su parte, se fue a seguir preparando café, evitando formar parte de la broma.

—Emma—Isabella se volvió hacia mí—. ¿Qué te hicieron estos malvados hermanos?

Gruñí sin remedio.

—¡Pregúntale al inepto de mi novio!—señalé a Matt.

—¡No hice nada!—respondió él, jugando al idiota.

—¡Suficiente!—nos detuvo Isabella con autoridad—. El estilista

ya llegó hace rato, así que los chicos se van porque las chicas debemos embellecernos. Vamos, fuera, fuera.

Edward fue el primero en escapar. Lo compadecía, aun cuando a él parecía no molestarle, sino divertirle la familia.

Joseph también se fue, no sin antes acariciar el vientre de Isabella. Vaya, vaya, así que ya estaba enterado de todo. Qué bueno, porque sino esta boda iba a ser un desastre.

Matt me pasó de largo. Mi mente lo interpretó como que me estaba ignorando, pero fallé en mis suposiciones cuando me agarró sorpresivamente para robarme un beso.

Quedé boquiabierta mientras nos abandonó con una expresión de victoria.

—Ah, el amor—se burló Jane.

Y entonces un grito masculino que provenía del pasillo nos estremeció:

—*¡TE AMO, EMMA BENNETT!*—era Matt. *¿Y ahora qué había picado?—. ¿Me escuchan todos? ¡Amo con locura a Emma Bennett! ¡La amo como jamás había amado a nadie!*

Me reí, nerviosa. Confirmado: se le zafaron varios tornillos. La buena noticia: los tornillos me pertenecían.

Traté de ocultar mi alegría, pero fue imposible. Estaba feliz, enamorada, con los animalitos de Blanca Nieves bailando una melodía romántica en mi cabeza. Traían unos vestidos formales, tenían invitación a la boda y creo que no me querían abandonar jamás.

Me giré para encontrarme con que Isabella y Jane me dirigían miradas traviesas y terminaron por soltar gritos de emoción como las chicas que eran. Eventualmente me uní a sus gritos como la chica que también era.



El vestido de hoy no picaba. Todo lo contrario: me hacía sentir bonita y segura. Me hacía querer usarlo. Hacía que quisiera presumir a todo el mundo que hoy apoyaba con mi corazón entero a esa alocada pareja que se unía en sagrado matrimonio.

Era violeta, porque dicen que es un color que representa disfrutar al máximo los cristalinos sentimientos del corazón. Un color mixto que se

origina mezclando el rojo y azul, lo que metafóricamente se traduce como la unión de lo femenino y lo masculino. Es fuerza espiritual y especial sensibilidad.

Por eso, a parte de incluir al amarillo, blanco y verde entre la paleta de colores de la boda —que no fue la que sugerí—, logré convencer a Isabella de usar el violeta para algunas flores, los vestidos de las damas de honor y la niña de los anillos.

El estilista, que definitivamente pertenecía a uno de los salones de belleza de Jane, optó por peinados recogidos para Jane, Isabella y para mí. Así que hoy llevaba al descubierto mis hombros luciendo mi cuello con joyería que Isabella compró especialmente para mí. El conjunto se acompañaba con un maquillaje pastel, tan sutil que encantaba.

Sostuve fuerte el ramillete de flores que me obligaron a usar, mientras contemplé el escenario donde nuestros seres queridos se prometerían amor eterno rodeados de familia, amigos y todas aquellas personas que importaban.

El pasaje hacia el altar se veía más espléndido que anoche. Estaba adornado con pétalos de rosa, mientras que la niña de los anillos —que era una prima de los Sinclair—, corría con una canasta entre risas divertidas.

Reí con ella cuando vi a mi perro sin raza (pero con un nombre que lo definía bien) persiguiéndola, pensando que se trataba de un juego. Isabella había accedido a incluirlo dentro de la boda, siempre y cuando vistiera rosas en su collar.

Jane estaba muy ajetreada. Llevaba consigo un accesorio adicional a mí: los auriculares que la destacaban como la experta en logística de eventos. Pasó a mi lado, apretando mi hombro con cariño y susurrando un: «ya casi iniciamos».

Todos los asientos estaban llenos de personas que vestían su atuendo más elegante. Incluso tuvimos que poner más sillas porque algunas personas que no estaban invitadas (reporteros, clientes de Joseph, fans de Joseph...) llegaron de imprevisto. Al tener que recibir las y fingir que estábamos de acuerdo con que vinieran me sentí como en la boda de dos celebridades.

Tres fotógrafos intrépidos capturaban todos los momentos, el personal del banquete terminaba de preparar las mesas con la cena de hoy y un sinnúmero de personas atendían a los invitados que esperaban

ansiosos que iniciara la ceremonia.

De pronto, mientras me burlaba de Vincent que le había quitado la canasta a la niña y ésta gritaba despavorida, sentí a mi presencia favorita posarse a mi lado. Me agarró la mano, entrelazando nuestros dedos, para entonces llevarla a sus labios y besarla.

—Mi encanto se sintió victorioso cuando le dije que finalmente te has unido a nuestro equipo—me dijo Matt, siendo el payaso de siempre que me fascinaba.

Y yo, recurriendo al humor negro que me identificaba, respondí:

—Sabes que estás arruinando el momento con esa babosada. ¿Lo sabes, verdad?

Matt asintió, con la diversión dominándolo, otorgándome el punto en la tabla ficticia de puntuaciones de Bennett y Sinclair. Bien, volvía a encabezarla. Luego giró mi cuerpo sutilmente hacia él.

—Eres la deuda más hermosa que he adquirido.

—Soy la única deuda que has adquirido.

—Y la única que espero mantener toda mi vida.

Sus dedos removieron un mechón de cabello que el estilista quiso que llevara suelto y que me tapaba un poco el rostro. Acarició una de mis mejillas, tentándome a recostarme sobre su mano, que se sentía como la mejor protección.

Mi futuro prometedor también se veía muy bien hoy. Como el padrino que era y parte de la corte de caballeros, vestía un saco de gala negro con un ramillete de flores violetas que también lo obligaron a usar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?—dije.

—Claro.

—¿Qué deseaste aquel día?

—¿Qué día, mi amor?—preguntó suave, pero confundido.

Jane nos pasó de largo. Esta vez iba acompañada de Joseph, quien ya estaba por ponerse en posición en su lugar para iniciar la ceremonia. Noté que detrás nuestro ya estaban listos los participantes de la ceremonia: las damas de honor, caballeros, como también la primera que llevaba los anillos.

—El día que estuvimos en la Aguja Espacial y cambié la regla número ocho por la cursilería de «pide un deseo a una estrella». ¿Qué deseaste aquel día?

Sonrió.

—¿En verdad no sabes? Es bastante predecible.

Lo pensé durante un minuto.

—Deseaste que tuviera un superpoder mutante.

Matt negó, jovial.

—Aquel día desee que tuvieras un gran poder, pero no uno mutante —declaró—. Creo que suspenderemos las películas de superhéroes por un tiempo.

No estaba de acuerdo con suspender las películas de superhéroes porque eran mejor que las románticas, pero terminé concordando en que su deseo sí podía ser muy trivial.

—Deseaste que fuera feliz.

—Algo así—respondió—. Deseo que te dieras cuenta cuán feliz ya eres.

Curioso. Ese día mi deseo también tuvo algo que ver con eso: «Deseo que Matt siempre esté presente en mis momentos felices».

—Deseo concedido, Sinclair—informé a mi manera, sabiendo que eso lo haría sentir complacido—. Estúpidas y todo, esas reglas de felicidad tuyas podrían ayudar a una humanidad carente de esperanza.

Lo crean o no, eso fue un cumplido.

Matt estaba por contraatacarme, pero su teléfono móvil empezó a sonar. Lo sacó para verlo y en sus labios se dibujaron una amplia sonrisa.

—Tengo una sorpresa para ti—me dijo—. ¿Me esperas aquí?

—¿En este momento? Pero ya estamos por iniciar.

—Es el momento apropiado—besó mi mejilla—. Espérame un momento, no tardo en volver.

No me quedó de otra que acceder. Así que mientras lo esperaba, me dediqué a contemplar nuevamente el escenario frente a mí: Jane terminó de darle instrucciones a la orquesta que hoy tocaba para nosotros.

Me perdí en lo que veía hasta que sentí que alguien tocaba mi hombro.

Pensando que se trataba de Matt, me volteé y mis ojos café fueron invadidos por la impresión ante las figuras que estaban ahí paradas.

—¿MAMÁ? ¿PAPÁ?—exclamé—. ¿Cómo fue que...? ¿Por qué...? ¿Cuándo...? ¡Ah, qué importa!

Dudosa, porque pensé que se trataba de un sueño, recibí a mis padres en mis brazos que me apretaron juntos. Eran reales. En verdad

estaban aquí, conmigo. Vinieron a la boda, ¡pero no me avisaron!

Esto solo podía ser obra de...

—Tenía muchas ganas de irlos a buscar al aeropuerto—nos dijo Matt—, pero Isabella y Joseph nos complicaron un poco el día a todos.

—Oh, querido—mi mamá se separó de mí para abrazar a Matt—. No te preocupes, ya es suficiente con todo lo que hiciste para que pudiéramos llegar a tiempo. Este jet de ustedes es una maravilla.

—Qué bueno que los trataron bien—respondió Matt un poco aliviado.

—Así que...—inmiscuyó mi mamá con picardía—. ¿Ya son...?

El calor llegó a mis mejillas sin poder evitarlo, pero me atreví a responder, incluso antes que Matt.

—Lo somos—dije, a lo que Matt me miró asombrado—. Espero les parezca bien, mamá, papá.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de mi mamá y papá habló por sí sola.

—¿Que si nos parece bien?—comentó mamá—. ¿No se podrán casar hoy con Isabella y Joseph?

El disco con las canciones bonitas se rayó e incluso mi papá estalló en una risa nerviosa, pero antes que pudiera decir algo, notamos a Jane en la distancia, que se esmeraba con las señas de humo.

—Eh, eh—interrumpió mi papá un poco asustado—. Creo que es hora que de integrarnos al evento, querida.

Mi mamá asintió con la cabeza, asustándose un poco con las señas de Jane.

—Sí, sí—me dijo y agarró mi mano—. Es bueno verlos, hija, se ven muy bien juntos. Hablamos más tarde.

La orquesta contratada inició con el coro celestial para la entrada de Isabella. Sentí la presión de inmediato y no era yo la que se casaba hoy.

—¿Lista, madrina?—Matt me ofreció su brazo.

Hice silencio. Las bodas son bodas y suelen ser aburridas, pero ésta...

—Lista, padrino—acepté su brazo, con toda la seguridad que me brindaba.

...Ésta no era solo una boda. Era el final feliz que abría paso a una vida feliz.

Así abrimos la marcha nupcial hacia el altar. Por suerte la orquesta siguió nuestros pasos, porque estábamos de lo más desorientados al no poder ensayar ayer como debimos.

Aún con todo eso, hoy no hubo roces, ni discusiones, ni lucha libre en el césped, solo miradas gentiles del uno para el otro, disfrutando de la increíble coincidencia que era que hoy estuviésemos caminando juntos hacia el altar y que en verdad fuésemos una pareja oficial.

La marcha nupcial más esperada la hizo Isabella cuando apareció. Su vestido blanco, que tuvo que enviar una última vez al sastre esta mañana por la bendición que descubrió lleva en su vientre, resplandecía por sobre todas las personas y objetos decorativos.

Como decía: las bodas son bodas y suelen ser aburridas. Pero ésta representaba un inicio no solo para Isabella y Joseph, sino también para todos los que éramos su familia.

Las bodas son lo más novelero que hay en los finales felices, pero yo veía a ésta distinta: no se trataba de la boda, se trataba del momento. Ver a mi mejor amiga caminar por el altar, tan feliz como segura de su decisión, me daba seguridad a mí también.

Entonces comprendí algo sobre la felicidad: no se encuentra en las cosas, ni en las personas. Está en las experiencias que vivimos. Malas o buenas, le brindan una perspectiva a nuestro corazón. Perspectivas que nos definen como humanos merecedores de la libertad tan inmensa que representa ser feliz.

Esa felicidad fortalece y el dolor se transforma en poder. El poder de decidir si queremos sufrir por las situaciones mundanas o si queremos vivir sin lamentaciones.

Los anillos —que tampoco fueron los que sugerí—, se pasaron hacia el altar en las manos de la encantadora prima de los Sinclair.

Un silencio nos llenó de expectativa, hasta que el líder religioso de la ceremonia, dio la instrucción a Joseph para que iniciara sus votos, los cuales él no titubeó en hacer:

—Isabella Olsen—agarró el anillo más pequeño—. Cuando te conocí por primera vez, dudé de si eras para mí, porque no creí que mereciera a alguien como tú. Esa duda voló en una brisa de otoño cuando dijiste por primera vez: «Te quiero, Joseph».

Oh, demonios, solo esperaba que ese estilista nos hubiese puesto maquillaje a prueba de agua, ¡porque estaba a punto de llorar!

—Querer a alguien es un sentimiento hermoso, pero amar es una decisión—prosiguió Joseph besando la mano de Isabella—. Y yo, Joseph James Sinclair, decido hoy tomar la mejor decisión: estar contigo y amarte lo que me queda de vida.

¿«Joseph James Sinclair»? ¿Por qué todos los nombres deben ser tan terribles? Ejem, quiero decir, Joseph prosiguió con sus votos:

—Tú, Isabella, eres lo único que necesito en esta vida. Prometo amarte sin medida, anteponer tu felicidad a la mía, defenderte, aun cuando no tengas la razón. Entregarte mis ojos y mirar en tu misma dirección.

Sus votos eran tan magníficos que, sin darme cuenta, estaba contemplando a Matt, quién sonreía orgulloso de ver a su hermano hablando con tanta seguridad. Definitivamente la filosofía de vida la llevaban los Sinclair en la sangre.

—Yo te tomo a ti, Isabella Cecilia Olsen...

Sí, es definitivo, todos tenemos segundos nombres que apestan.

—...para hacerte mi esposa y no desampararte jamás—continuó colocándole el anillo a Isabella, que ya quería llorar. Pero vamos, ¿quién no lo haría con tremendo discurso? Hasta le ganó al mío de lo blanco y negro.

Isabella agarró el anillo que quedaba y lo posó sobre el dedo anular de Joseph.

—Joseph James Sinclair—dijo, tratando de respirar—. En ti he encontrado mi mejor amigo y el respaldo que necesitaba en mi vida.

Estaba con la sonrisota de tonta tatuada en la cara, creyendo que iba a llorar porque la cosa era más bonita de lo que esperaba, cuando de la nada Isabella dejó de hablar para echar un vistazo a su espalda. Hice lo mismo y descubrí que Vincent estaba mordiendo la cola de su vestido.

—Oh, no, no...—susurré—. ¡Vincent! ¡VINCENT!

No entiendo por qué Matt pensó que era una buena idea que yo tuviese una mascota.

—¡Vincent Van Gogh Sinclair Bennett!—hablé más alto, pero no me hizo caso. Todo el mundo tenía su mirada clavada en mí—. Lo siento... entenderá que ése es su nombre en algún momento.

Matt usó dos dedos para silbar. Vincent acudió a su orden y se sentó a su lado.

—Perdonen, es nuevo en la familia—dijo Matt a todos,

especialmente a la pareja y el líder religioso—. Continúen, por favor.

«Cómo arruinar los votos de una pareja enamorada que se está casando», por Emma Bennett y Matthew Sinclair.

Isabella carraspeó.

—Joseph—volvió al discurso—. El amor que nos tenemos no se puede definir con palabras que digamos hoy o en el futuro, sino en el tiempo que permanezcamos juntos. Estoy ansiosa de envejecer contigo, ser fuerte por ti cuando tú no puedas serlo, acompañarte cuando te sientas solitario..

Noté que Joseph también se esmeraba en no dejar salir las lágrimas que empujaban fuerte. Estaba demasiado emocionado y era lógico.

—Te entrego mi vida hoy, sin ninguna duda, sino con plena seguridad. *Nunca pensé que conocería a alguien como tú, pero qué bueno que lo hice porque...*

Un segundo, ¿dónde oí esa frase antes? Me sonaba como a...

—*Mi vida dejó de ser blanco y negro.*

¡Mi discurso de amor para Matt!

Matt instantáneamente puso una expresión de eterna confusión. Seguramente en su cabeza debían rondar las palabras: «¿Eso no me lo dijeron anoche?».

Carraspeé con fuerza, buscando una posición que resolviera la incomodidad que sentía. Estaba a punto de golpear a Isabella con mi codo exigiéndole una explicación a este plagio descarado, pero recordé que habían más de 300 personas en el evento y que lo estaban grabando por lo que decidí no seguir haciendo el ridículo.

Con un «acepto» y un beso sincero, Isabella y Joseph sellaron su pacto de amor para el futuro. Aplausos resonaron, los flashes de las cámaras nos cegaron y pétalos de rosas aparecieron por doquier, porque pues, nuevamente lo digo: bodas son bodas.

La pareja de recién casados se escapó de mi vida entre la multitud que los elogiaba con gritos y no sé qué otras incoherencias, pero bueno, nuevamente: bodas son bodas.



En la recepción de la boda, hubo un espacio de tiempo en que no

me importó nada de lo que pasaba a mi alrededor, ni siquiera que mis padres estaban nuevamente en la fila del banquete por su tercer plato de comida.

Así que me encontraba muy cómoda sentada en el regazo de mi novio, intercambiando sonrisas traviesas con él, cuando repentinamente nos interceptó la voz de Jane:

—¡Matt!

La ignoramos, naturalmente.

—¡MATT!

—¡Ahora no, estoy coqueteando con mi novia!

Me reí como estúpida.

—¡Entonces trae a tu novia! ¡Debes dar el discurso para Joseph e Isabella!

Matt cambió el semblante. Alarmado, me ayudó a levantar de su regazo para ponerse de pie. Creí que me dejaría ahí tirada, pero me abrazó para arrastrarme con él.

—¿Creíste que te ibas a escapar?—le dijo Jane a Matt cuando llegamos, fingiendo una sonrisa y entregándonos unas copas con champán—. Tú perdiste en «cara o sello», te toca a ti dar el discurso—encendió el micrófono—. ¡Y ahora, estimados invitados, las palabras del padrino para la feliz pareja!

Ah... Jane Sinclair jamás dejaría de ser mi ejemplo a seguir.

Matt recibió el micrófono, al tiempo que me abrazaba por la cintura y empezó a recitar:

—Buenas noches, estimados invitados—su voz era celestial, madre mía, mi novio era perfecto—. Verán... nuestros padres siempre creyeron que yo sería el primero en casarse, porque Joseph era demasiado exigente con las mujeres...

Sonrió. Cielos, se me caería la baba de verlo.

—Incluso hicimos una apuesta en la que yo estaba de parte de mi hermano y ellos se pusieron de parte mía—hizo una pausa. Seguro el recuerdo de sus padres lo llenaba de melancolía—. Si ellos estuvieran aquí se sentirían enojados por haber perdido la apuesta, pero al mismo tiempo muy felices por Joseph, porque nos amaban sin medida.

Algunos se contagiaron con el buen humor del chiste, pero yo solo pensaba en examinar a Matt para cerciorarme que se encontrara bien con sus recuerdos.

—Encontrar el amor es difícil—dirigió su vista a mí—, pero cuando estás destinado a encontrarlo, puede aparecer en el lugar menos esperado, como por ejemplo, una ferretería en medio de un robo a mano armada.

Bajé la cabeza, ruborizada.

—¿Ese discurso es para Joseph e Isabella o para Emma?!—gritó Will de pronto en algún lugar de la multitud.

Sé que Matt estaba dispuesto a ignorarlo, pero yo no, por lo que le quité el micrófono para hablar.

—¡Tú! ¡Donde sea que te encuentres! ¡Mi novio está dando un fabuloso discurso, así que no te metas con él!—exclamé, pero demonios, supe que estaba haciendo el ridículo, porque Joseph e Isabella, sentados en una mesa, se morían de risa de mí—. Lo... lo siento.

Le devolví el micrófono a Matt. Y él, tan profesional como siempre, volvió a su discurso:

—Cuando encuentras el amor, la vida es mejor—me abrazó más fuerte—. Isabella y Joseph estaban destinados a encontrarse y yo estoy muy feliz de que así haya sido porque se merecen el uno al otro—alzó la copa en el aire—. Por la feliz pareja.

Aplausos, choque de copas, silbidos, gritos, de todo se escuchó por parte de los invitados. Pero a lo único que realmente presté atención fue a una cosa: los oceánicos ojos de Joseph mirando a Isabella como si ella fuese lo único que necesitara para vivir. Un gesto que quizás nadie notó, pero yo sí, porque Matt me estaba mirando de la misma manera.

—0—

Las bodas no son bodas hasta que la pareja recién casada huye de la fiesta, cuando está en lo mejor: el baile, la borrachera y la cosa. Así que despedimos a la pareja Sinclair en la entrada de la casa, donde una limosina (que manejaba Edward, por supuesto, porque nadie más pudo ser) pasó a recogerlos.

Se veían tan felices, agarrados de la mano, entrando al auto y despidiéndose de todos. Tal cual final feliz de las terribles películas de romance.

Pasadas las tres de la mañana, cuando Jane se ofreció a llevar a mis padres a su dormitorio de invitados, me paseé un rato por la terraza

donde horas atrás vi a Isabella caminar hacia el altar.

No sé por qué, pero empecé a pensar en el futuro: ¿Será que algún día caminaría hacia un altar con un vestido blanco? ¿Tendría yo una gran ceremonia? ¿Sería mi matrimonio para toda la vida? ¿Y es que en verdad los matrimonios son para toda la vida? ¿Sería Matthew Allan Sinclair el compañero con el que pasaré el resto de mi vida?

—Muy pensativa—interrumpió mi voz favorita mi sesión de pensamientos.

Mi futuro prometedor me rodeó con un brazo para traerme cerca a él, permitiéndome deleitarme con su dulce aroma, que ya se había extinguido un poco por el festejón que nos pegamos. Porque si había dos personas que habían bailado, bebido, comido, dicho incoherencias y disfrutado la fiesta, esos habíamos sido nosotros. Pero aún así, ninguno de los dos estaba ebrio. Habíamos decidido disfrutar cada segundo completamente sobrios.

Suspiré.

—¿Crees que algún día pasaremos por esto?

Se lo pensó un momento.

—¿Recuerdas la regla número ocho? ¿La que quisiste cambiar por un deseo a una estrella?

Asentí. La conocía bien: «Vive el ‘ahora’». Y luego me reí, porque sabía exactamente por dónde iba todo esto.

—La recuerdo perfectamente.

—Bueno, pienso que no debiste cambiarla.

Era su manera de decirme que disfrutara lo que teníamos, mientras lo teníamos. Que me preocupara por nuestro presente, porque con él se forjaba nuestro futuro. Matthew Sinclair nunca dejaría de enseñarme cosas.

—Voy a cambiar todas esas reglas tuyas—me burlé.

Se rió conmigo para luego darme un corto beso, aprovechando que estábamos totalmente solos frente al escenario que todavía se veía tan hermoso como cuando inició la ceremonia.

—Te reto—me dijo.

—Oh, Sinclair, no sabes en lo que te estás metiendo.

—Lo sé. Créeme que lo sé.

Admiramos juntos el pasaje donde nos tocó abrir la marcha nupcial como la madrina y el padrino que fuimos.

—Aún así, creo que podemos practicar, ¿no?—dijo, divertido y se alejó hacia el altar—. Anda, ven, te espero acá. Ya pensé en mis votos y todo.

«Emma Bennett y Matthew Sinclair: Los descarados que imaginan su final feliz en un escenario de bodas reciclado».

Fingí modelar un pomposo vestido antes de empezar mi intento de marcha nupcial. Él se veía feliz en la distancia, probablemente disfrutando las jugarretas tan bonitas que nos hacía el destino.

Y entonces caminé, sin prisa, hacia mi presente prometedor.

¿Sería ésta una escena como la de las terribles películas de romance, donde hoy estaba caminando hacia un novio, pero luego se transformaba en el verdadero día de nuestra boda?

No, porque me resbalé con uno de los desgraciados pétalos violeta que adornaban el pasaje, cayendo como idiota al suelo.

Matt, estallando en una carcajada, corrió hasta mí para ayudarme a levantar —y quizás recuperar mi integridad—, mientras dijo: «Emma Bennett: La torpe chica que amo que se cae cuando imaginamos nuestro final feliz».

La conclusión de mi caída era que 1) nunca recicles el escenario de bodas de otros y 2) que nuestra historia siempre debía vivirse en el presente y solo por eso era mucho más real y mejor que las terribles películas de romance.

Estando en los brazos de Matt, sentí la necesidad imperante de tomar la mejor decisión de mi vida: amarlo de verdad. Sin dudas, dramas u obstáculos. Solo enfocándome en el equipo imparable que quería que fuéramos de ahora en adelante. Él y yo. Nosotros.

—Yo también ya pensé en mis votos—comenté a Matt.

Él, atacándome con su arma mortal, sostuvo mi mentón.

—¿Me los dirías?

Definitivamente no encuentras el amor todos los días y cuando lo encuentras, podría ser difícil darte cuenta que se trata de esa fuerza tan electrizante, pero he ahí el asunto sobre éste último: si es verdadero y es para ti, de cualquier manera te darás cuenta.

Antes solía pensar que el amor y la felicidad iban de la mano. Que cuando amabas a alguien automáticamente eras feliz, pero ahora entiendo que son dos entes separados. Que la felicidad no está condicionada por el amor y que en el amor no se es feliz, a menos que ya lo seas por tu cuenta.

Que ambos son decisiones, pero que una de ambas es la que se debe tomar primero.

Alcé la cabeza hacia Matt. Lo miré con el corazón, que es la única forma de mirar a la persona que has decidido amar y, copiando esa insuperable sonrisa que él tenía, le dije:

—«Regla número once: Elige ser feliz».

Epílogo

Un tiempo después, decidí, finalmente, enmarcar un par de fotos. Hice una selección muy minuciosa y las imprimí para colocarlas en el 564 librero que Matt tenía todo un año quejándose que construyó para nada.

Por amor a la literatura, ¡habían libros puestos! ¡Cumplía su propósito!

Obviamente él lo decía más desde el punto de vista que yo diseñé un librero con espacios estratégicos para colocar marcos con fotografías y que él se esmeró en hacerlo realidad —a pesar de lo imposible que se veía—, pero al final nunca le coloqué ninguna fotografía, así que decidí finalmente hacerle caso y ponerme a trabajar.

Eran tantas fotos que no sabía cuáles elegir. Luego de verlas una y otra vez durante horas y horas, hice una entrevista con cada persona de la casa con la que me había tomado una fotografía y las elegimos en conjunto. Seguro estará demás decir que con Matt fue el que más tiempo me tomó.

Ubiqué el primer portarretrato: La boda de Isabella y Joseph Sinclair.

Era el portarretrato más grande, porque era nuestra primera foto familiar. Sucedió en la dichosa fuente de Isabella, tal como ella lo había soñado. Ah, y por supuesto que dijo la locura de: «Somos una hermosa, hermosa familia». ¿Y adivinen qué? No pudo ser más perfecto.

Segundo portarretrato: El nacimiento de la pequeña Gabrielle Emma Sinclair. Es broma, no le pusieron mi nombre como segundo nombre, pero era bonito soñar que sí.

Estábamos todos tan emocionados que quedamos metidos —incluso Edward— en la sala de parto con Isabella, pero nos sacaron a patadas por ser unos insurrectos. La foto sucedió una vez la bebé había nacido, cuando ya nos dejaron entrar a la habitación donde Isabella se recuperaba. Edward nos la tomó: Joseph abrazaba a Isabella, que tenía la bebé en abrazos, mientras que Jane, Matt y yo hacíamos muecas graciosas para romper con la ternura.

Tercer portarretrato: Mi graduación de paracaidismo.

Recuerdo con júbilo aquel día y todavía me parece escuchar

nuestros gritos antes de saltar sola de la avioneta: «¡LO VOY A HACER!», grité despavorida. «¡VAMOS, NENA, TÚ PUEDES!», gritó Matt terminando de arreglar mi equipo. «Siempre dicen lo mismo», comentó Will inútilmente. «¡VOY A HACERLO! ¡VOY A HACERLO!», yo seguí gritando y chocando palmas con Matt.

Solíamos parecer mejores amigos, porque lo somos. Luego de decirnos palabras de aliento como dementes, lo besé, porque podría ser nuestro último beso. Corrí hacia la puerta, di un último grito y me dejé caer en el abismo. Seguidamente Matt caía conmigo y Will aprovechó para tomar una foto de los dos, desde arriba, agarrándonos las manos. Punto para Will.

Cuarto portarretratos: La apertura de mi galería de arte.

Matt y yo trabajamos muy duro durante dos meses para terminar de arreglarla para su apertura oficial. Invitamos a un montón de gente de prestigio, medios de comunicación, clientes fieles y quedó muy bien.

Ahora puedo decir que soy una exitosa mujer de negocios que tiene una cadena de galerías de arte y... está bien, no. Pero aprendí a llevar un negocio y estoy muy estable de momento, haciendo grandes planes para el futuro.

La foto, en la que sale Matt con un brazo en mi cintura, mientras sonreímos y aparentamos que somos felices (porque lo somos), fue tomada por un periodista y fuimos noticia en televisión bajo el titular: «Matthew Sinclair y Emma Bennett revolucionan la industria del arte».

Antes solían ponernos en los titulares como: «Matthew Sinclair y *novia* hacen...», pero Matt se enojó mucho. En verdad se rió primero y luego se enojó. Hizo un par de llamadas para darme a conocer a todo el que pudiera como «Emma Bennett» y no «novia».

Quinto portarretratos: El cumpleaños número veintiocho de Matt.

Hubo una gran fiesta en la Mansión Sinclair, donde todos quedamos muy ebrios y todo se puso muy estúpido. Y creo que ya todos sabemos que en una fiesta con los Sinclair realmente todo se puede poner muy, muy estúpido.

Hicimos cosas que no debimos hacer como por ejemplo beber y bailar alrededor de la piscina de la terraza. El resultado fue Emma en el hospital porque se cayó y en ese momento, recordó que no sabe nadar.

En fin, la foto la tomamos antes del incidente de la piscina. Aparecemos Jane (ebria, indiscutiblemente), Matt (ebrio y fue la primera

vez que lo vi así), una persona que no sé quién es y no recuerdo por qué estaba ahí (tampoco recuerdo su estado), Isabella con sus seis meses de embarazo (sobria) y Joseph agotado por los seis meses de embarazo de Isabella (ebrio, por voluntad).

Entre otros portarretratos que preparé estaba: mi cumpleaños, una foto de Matt, Vincent y yo en un parque de Los Ángeles; una de nuestras muchas visitas a mis padres en Seattle. Joseph, Matt y yo pintando el dormitorio de Gabrielle, la fiesta de *baby shower* de Isabella en la que sale ella muy radiante con su barriga, mientras Jane y yo se la agarramos y una última de Matt y yo practicando *rappelling*. Sí, me volví muy extrema desde que estamos juntos.

Muchas fotos se quedan sin portarretratos porque no compré suficientes, pero bastarán un par de días para que se los consiga. Igual, admirando mi librero con todas las que he colocado, me sentí orgullosa y feliz de las experiencias maravillosas que la vida me había permitido vivir en el último año. De pronto la insistencia de Matt con respecto a las fotos cobró sentido: quería que esté anente de cuán real y bonita es nuestra vida.

Mientras bostecé y estiré los brazos, miré al reloj de pared. Era pasada la media noche. ¡Vaya! ¿Cómo se pasó el tiempo tan rápido?

Suficiente por hoy. Hora de dormir. ¡Y qué pesar hacerlo sola!

—No, no dormiré sola—me dije, sonriente.

Apagué todas las luces de mi dormitorio, con la excepción de una: la que alumbraba mi librero, al que admiré una última vez antes de salir.

El pasillo del segundo piso de la Mansión Sinclair estaba desierto. Me di cuenta que todos dormían porque las luces de todas las habitaciones estaban apagadas, excepto una: la única que resultaba ser mi lugar de destino.

Sin pedir permiso, porque sobraba la confianza, me adentré en el dormitorio de Matt y me encontré con lo que me temía: todavía estaba sentado en su escritorio, trabajando en su laptop. Trabajaba demasiado.

Estaba tan concentrando que ni siquiera se percató cuando me metí en su cama, entre las sábanas, envolviéndome en ellas. Ahí fue que decidí hablar:

—Pero qué noche tan fría.

Su risa resonó celestialmente desde donde estaba. Nunca dejaría de ser melodía para mis oídos. Sin embargo, aún conociendo mis

intenciones, pretendió seguir concentrado en los números aburridos que tenía en su pantalla.

Por supuesto que no me rendí.

—¡Qué frío, qué frío!—exclamé—. ¡Si tan solo tuviera a alguien que me abrazara y me diera calor en tan fría noche!

Sonreí. Era suficiente y no debía fallar.

Conté tres segundos, dos, uno...

Y lo siguiente que supe era que estaba disfrutando de mi presencia favorita acostándose a mi lado, apagando la luz de la cómoda de noche y finalmente abrazándome. Un gesto que me daba más calor que todas las sábanas que cargaba encima.

—Nunca falla—le dije, victoriosa.

—Y nunca lo hará—respondió Matt.

¿Quién se ganó otro punto por tener las técnicas más efectivas para lograr que su novio deje de trabajar y se acueste a dormir con ella? ¡Emma Bennett, señoras y señores!

Mi presente prometedor me abrazó por detrás, ubicando mi espalda contra su abdomen. Su calidez era relajante, embrujadora, el amparo que no me abandonó en un año y que garantizaba no abandonarme jamás.

—Feliz aniversario, mi amor—susurró Matt en mi oído.

En un año su dulzura no se agotó. Y en décadas prometía no agotarse.

—Feliz aniversario—repliqué—. Presiento que tienes un plan muy extremo para celebrar hoy.

Sus labios quedaron en mi mejilla, besándola con dedicación. Entonces volvió al abrazo y dijo:

—Oh, Bennett, no te lo puedes ni imaginar.

Reímos juntos.

Porque sí, ambos sabíamos que sí me lo podía imaginar.